

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

XI
HISTORIA DOMINICANA

GPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-11-1 (T. XI)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Juan Bosch, un enfoque sociológico creativo e innovador de la sociedad dominicana

Wilfredo Lozano VII

CRISIS DE LA DEMOCRACIA DE AMÉRICA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Introducción a la primera edición dominicana	3
Introducción	5
I A la muerte del tirano	9
II El Partido Revolucionario Dominicano en la hora crítica	21
III La juventud desviada	33
IV Los “patriotas” y sus planes	45
V Los “patriotas” conquistan el poder	57
VI La composición social dominicana	69
VII La clase media en el campo político	81
VIII La lengua nueva	93
IX Política y conspiración	105
X Una escuela de política	117
XI Golpe primero y elecciones después	129
XII El papel de la Iglesia en el golpe	141
XIII Comunismo y democracia	153
XIV La Alianza para el Progreso	165
XV Los hombres de la Alianza	177
XVI El CIDES, una experiencia importante	189

XVII	Los conflictos con Haití	201
XVIII	El papel de la corrupción en el golpe	215
XIX	Trujillo, el jefe militar del golpe	227
XX	Los sectores sociales en las Fuerzas Armadas	239
XXI	Juventud y masas populares, reserva del porvenir	251
TRES ARTÍCULOS SOBRE LA REVOLUCIÓN DOMINICANA		
	Introducción	265
	Aclaraciones acerca de la Revolución Dominicana ..	267
	Comunismo y democracia en la República Dominicana	283
	La debilidad de la fuerza	295
LA REVOLUCIÓN DE ABRIL		
	La Revolución de Abril	309
LA REPÚBLICA DOMINICANA: CAUSAS DE LA INTERVENCIÓN MILITAR NORTEAMERICANA DE 1965		
	La República Dominicana: causas de la intervención militar norteamericana de 1965	347
CLASES SOCIALES EN LA REPÚBLICA DOMINICANA		
	Introducción	367
	La educación es una actividad clasista (Una entrevista para Vanguardia)	369
	Analizando a la pequeña burguesía	375
	Sobre el desarrollo de las clases en el país	387
	Balaguerismo y perredeísmo	399
	Discurso en el primer congreso	409
	Política y poder	413
	Clases y psicología	417
	Votaciones y elecciones	435
	No siempre la clase dominante es clase gobernante ..	441

Capitalismo tardío y clases sociales en la América Latina	449
Algo más sobre la clase dominante que no es clase gobernante	453
Apariencias y sustancia del capitalismo en la República Dominicana	457
Capas de la pequeña burguesía en la República Dominicana	463
La pequeña burguesía y el programa socialista	469
Conciencia política y programa socialista	473
¿Cuándo pasa una clase a ser gobernante?	477
Capitalismo y clase obrera	541

LA PEQUEÑA BURGUESÍA EN LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

I	599
II	603
III	607
IV	611
V	615
VI	619
VII	623
VIII	627
IX	631
X	635
XI	639
XII	643
XIII	647
XIV	651
XV	655
XVI	659
XVII	663
XVIII	667

XIX	671
XX	675
XXI	679
XXII	683
XXIII	687
XXIV	691
Índice onomástico	695

JUAN BOSCH, UN ENFOQUE SOCIOLÓGICO CREATIVO E INNOVADOR DE LA SOCIEDAD DOMINICANA

Wilfredo LOZANO

El tomo XI de las *Obras completas* de Juan Bosch lo integran textos políticos e históricos agrupados en seis títulos. En particular ensayos que corresponden a coyunturas políticas específicas que hay que tomar en cuenta pues, de lo contrario, se perdería no sólo el sentido histórico de su redacción, sino también sería difícil apreciar con claridad esa importante cualidad del Juan Bosch político: fundamentar y sostener sus posiciones con argumentos de mayor alcance que el de la coyuntura y que, a su juicio, podían darle soporte y justificación históricos.

En los políticos tradicionales, acostumbrados al sobresalto de los problemas cotidianos que requieren respuestas inmediatas, esta cualidad no es común. Lo contrario es menos evidente. En Juan Bosch, sin embargo, apreciamos al intelectual cuyos textos, como historiador o sociólogo, se orientan hacia una genuina preocupación política en el sentido simplemente griego del término: la del debate e intervención en los problemas de la vida de la polis, de la comunidad social y política.

Nos conciernen pues en este volumen: *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964), *Tres artículos sobre la Revolución Dominicana* (1965), *La Revolución de Abril* (1980), *La República Dominicana: causas de la intervención militar*

norteamericana de 1965 (1985), *Clases sociales en la República Dominicana* (1986) y *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana*.

De estos seis títulos sólo *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* fue publicado inicialmente como libro. Su simple lectura nos permite apreciar que fue pensado como un ensayo único. Los demás aparecieron en publicaciones periódicas y opúsculos: *Tres artículos sobre la Revolución Dominicana*, en Estados Unidos, primero en inglés y, luego, en México reunidos en un opúsculo; *Clases sociales en la República Dominicana* y *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana*, por entregas en el periódico *Vanguardia del Pueblo*, del Partido de la Liberación Dominicana.

De *Crisis de la democracia...* (1964), a *Clases sociales en la República Dominicana* (1986), transcurren poco más de veinte años. Un período en que no sólo se transformó y evolucionó el pensamiento de Bosch, sino también sus enfoques ideológicos y perspectivas de la lucha política. Asimismo, en ese lapso, República Dominicana cambió de manera significativa tanto en lo que refiere a su realidad política como a su situación económica y social. Detengámonos un poco en este aspecto.

La muerte de Trujillo en 1961 abrió un nuevo horizonte político en República Dominicana y nuevas perspectivas de cambio social. Se trata de lo que ya he denominado la primera transición democrática dominicana¹. Lo que unificaba los dos componentes señalados fue la larga crisis política desatada tras la muerte del dictador, caracterizada por varios elementos²:

¹ Cfr. LOZANO, Wilfredo (editor, *Cambio político en el Caribe: escenarios de la post guerra fría* (Caracas, Nueva Sociedad, 1998); y, del mismo autor, *Después de los caudillos* (Santo Domingo, Flacso-Librería La Trinitaria, 2004).

² Para una visión de la crisis dominicana luego de la caída de la dictadura de Trujillo, léase de BOSCH, Juan, *Crisis de la democracia de América en la República*

1. En primer lugar, se produjo un cambio en el modelo político al desmoronarse la dictadura tras el ajusticiamiento del tirano Trujillo. Ciertamente, esto dio lugar a una larga crisis política que con sus alzas y bajas se prolongó prácticamente hasta la guerra civil de 1965 y sólo finalizó con la vuelta al poder de Balaguer en 1966. En este sentido, la primera y efímera transición democrática dominicana, tras la caída de la dictadura trujillista, culmina en una salida o regresión autoritaria, con Balaguer al frente del poder. Con ello se abre una fase autoritaria que se prolonga por doce años (1966-1978). Sin embargo, el bloqueo autoritario de la transición democrática no se inicia en 1966, sino que el mismo caracterizó todo el período de crisis posttrujillista (1961-1966). Tres momentos relevantes tiene ese período crítico: a) una fase de lucha contra los remanentes de la dictadura y que culmina con la salida de Balaguer al exilio en 1962, b) una fase de auge democrático que

Dominicana, GLEIJESES, Piero, *The Dominican Crisis. The 1965 constitutionalist revolt and american intervention*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University, 1978, hasta ahora el mejor estudio político sobre el período 1961-1965; CASSÁ, Roberto, *Contrarrevolución y desarrollismo*, T. I, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1991, estudio sobre el primer período de gobierno de Balaguer (1966-1978) concentrado en los cambios en el proceso de industrialización y en el pensamiento político de Joaquín Balaguer; LOZANO, Wilfredo, *El reformismo dependiente*, Santo Domingo, Editora Taller, 1986, hasta ahora el trabajo más completo sobre los gobiernos de Balaguer 1966-78, cubriendo los campos económicos, sociales y políticos. El estudio de Jonathan Hartlyn, *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic*, Chapell Hill y Londres, The University of North Caroline Press, 1998, es el estudio más completo sobre el proceso de construcción de la democracia dominicana entre 1961 y 1996, sobre todo en lo que refiere a la construcción de la institucionalidad democrática. Existe una traducción al español publicada en Santo Domingo por la Fundación Global y Desarrollo bajo el título de *La lucha por la democracia en la República Dominicana* (Santo Domingo, FUNGLODE, 2008).

se inicia con la campaña electoral de 1962 y el triunfo electoral de Bosch y el PRD en ese mismo año, finalizando con el golpe de Estado de septiembre de 1963, y c) una fase de retroceso autoritario que lleva a la guerra civil de 1965, a la intervención norteamericana, que impide la vuelta al poder de Bosch, fase que culmina en 1966 con el triunfo electoral de Balaguer³. No puede olvidarse que era la época de la Guerra Fría, lo que en el plano regional se traducía en la política de seguridad nacional por parte de los Estados Unidos, que sostenía la lógica de sus relaciones con América Latina y el Caribe.

2. Un segundo elemento, que surge en este período y caracterizará a partir de ese momento la política moderna dominicana, es la política de masas. No es que antes no se conocieran movilizaciones de masas, como fueron los casos del movimiento nacionalista en los años 1919-1924⁴ o las acciones obreras en las zonas azucareras en 1946⁵ sino que incluso la propia dictadura trujillista

³ Todo ese período está brillantemente analizado en *Crisis de la democracia de América...* de Bosch que se incluye en este volumen. El ensayo de GLEIJESES (*op. cit.*) continúa siendo, a nuestro juicio, la obra más completa sobre ese período. Tras la apertura de la documentación clasificada del Departamento de Estado norteamericano, reunida en la Biblioteca del Congreso de Washington y trabajada ampliamente por Bernardo Vega, ha surgido mucha información nueva sobre esos años dominicanos; véanse específicamente sus libros: *Los Estados Unidos y Trujillo. Los días finales: 1960-1961* (Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1999), *Cómo los americanos ayudaron a colocar a Balaguer en el poder en 1966* (Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2004) y *El peligro comunista en la revolución de abril ¿Mito o realidad?* (Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2006).

⁴ Cfr. CALDER, Bruce, *El impacto de la intervención. La República Dominicana durante la primera ocupación norteamericana de 1916-1924*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989.

⁵ Cfr. CASSÁ, Roberto, *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1990.

tuvo su propia política de masas hacia el campesinado y la clase media⁶. Lo nuevo a partir de 1961 son dos cosas: los actores populares logran espacios y reivindicaciones propias consecuentes, pero sobre todo logran identificar al Estado como el interlocutor hacia el cual dirigir sus presiones reivindicativas. Esto obliga al Estado a la articulación de políticas “sociales” que movilizan una parte importante del gasto público hacia inversiones sociales y aumentos salariales de gran significación⁷. También obliga a los partidos políticos en proceso de constitución a articular políticas reivindicativas en el plano social. En la coyuntura 1961-1962 este punto fue un elemento central de la diferenciación entre el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), y las fuerzas oligárquicas y de clase media organizadas en la Unión Cívica Nacional (UCN): mientras el PRD concentró su estrategia en las reivindicaciones sociales a las masas, la UCN concentró su estrategia en la destrujillización. Como veremos más adelante, Bosch logra demostrar que esto obedeció a un proyecto conservador de captura del Estado donde no contaban las reivindicaciones populares.

3. Este último punto nos conduce al tercer elemento nuevo que surge en la política dominicana tras la desaparición de la dictadura: el papel del Estado/empresario en la dinámica del desarrollo: El Estado pasa así: 1) a constituirse en el principal empresario, concentrando un potencial de recursos que le permite articular políticas

⁶ Sobre las bases sociales de la dominación trujillista véase TURITS, Richard Lee, *Foundation of Despotism. Peasant, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican Republic*, Stanford University Press, 2003.

⁷ Cfr. Oficina Nacional de Planificación (ONAPLAN), *Plataforma para el desarrollo económico y social de la República Dominicana*, Santo Domingo, Secretariado Técnico de la Presidencia, 1968.

de cooptación de masas que servirán de soporte para la política populista; 2) en la hipótesis de Bosch el Estado pasa a ser objeto de una estrategia de captura por parte de la oligarquía tradicional como medio de una rápida reconversión socioeconómica, y 3) la participación en torno al mismo se convierte en el principal espacio de movilidad social de la clase media emergente. Es en este contexto que puede comprenderse y debe asumirse el análisis de *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* de Juan Bosch.

La crisis de la democracia

Como demuestra Juan Bosch en *Crisis de la Democracia de América en la República Dominicana*, no pueden entenderse las crisis políticas y, en particular la poststrujillista, sin la comprensión del cuadro de fuerzas sociales y económicas en las que se apoyan los actores propiamente políticos, fuerzas y realidades que a su vez estos actores expresan y representan. En ese sentido este notable ensayo constituye un modelo ilustrativo del enfoque asumido por Bosch. Representa un análisis clásico de coyuntura política —y como tal constituye uno de los pocos casos donde Bosch asume un análisis, si se quiere académico, por cuanto busca mostrar un cuadro lo más objetivo posible de una situación de crisis política—, aunque ciertamente es un libro político en el sentido de que expresa un proyecto de poder.

En la obra que nos ocupa hay algo más que un inteligente análisis intelectual. Reconocemos también un determinante político, una estrategia orientada a la recuperación del poder y la vuelta a la constitucionalidad. *Crisis de la democracia...* no sólo explica, pues, el golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963, indica también el camino para organizar la resistencia al *putsch* y la estrategia para derrocar al malogrado Triunvirato.

De esta forma es que *Crisis de la democracia...* debe leerse, como un clásico análisis de coyuntura que orienta una estrategia política.

En *Crisis de la democracia...* Bosch articula un plan analítico muy claro: sitúa su objetivo inmediato —la explicación del golpe de septiembre de 1963—; establece luego un análisis que da cuenta de la coyuntura postrujillista y de sus siete meses de gobierno, entre marzo y septiembre de 1963; procede entonces a analizar las fuerzas sociales que organizan la sociedad dominicana; da cuenta de la situación internacional, y, finalmente, establece algunas líneas de acción política apoyadas en lo que entiende son los sectores que en el país podrían sostener el cambio democrático. Aparentemente se trata de un esquema simple, limitándose a reconocer las bases sociológicas de un golpe de Estado. Pero el asunto es más complicado.

En primer lugar, el libro no sólo “describe” las condiciones en que se dio el golpe de 1963 y las fuerzas sociales que lo motorizaron. Bosch indica también las condiciones y procesos políticos que le dieron pie y finalmente lo explican. De esta forma su estudio permite reconocer que la explicación del golpe de Estado no puede reducirse al análisis de las condiciones sociales que establecen su contexto. En ese camino Bosch arguye claramente que para explicar el golpe se necesita reconocer las condiciones políticas de su ejecución⁸. Nos indica así

⁸ Este es un aspecto particularmente interesante al que desgraciadamente no le podemos dedicar mucho espacio. Baste con indicar que muchos analistas piensan que en Bosch, sobre todo en su etapa marxista, hay una suerte de reduccionismo social, aunque no económico. Esto así pues se piensa que los análisis de Bosch lo que hacen es derivar de las características de un determinado conglomerado social —llámese clase, estamento, casta, o grupo— el entendimiento o explicación de las conductas políticas de sujetos o actores que dicen o se piensa representan a dichos grupos sociales. En *Crisis de la democracia...* reconocemos que el asunto es más complicado, pues en dicho

que si se asume este enfoque se logra entonces reconocer las condiciones en virtud de las cuales es posible articular una estrategia —*a contrario sensu*— de recuperación de la democracia política.

Los antecedentes intelectuales de *Crisis de la democracia...* los podemos rastrear en su obra *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo* (1959). En la misma Bosch presenta una visión de la sociedad dominicana y la interpretación del sentido histórico de la dictadura trujillista. Argumenta que la dictadura no sólo constituía un despotismo político sino que representaba sobre todo una gran empresa económica bajo el dominio de Trujillo. Bosch indica igualmente que el motor de la dictadura no era simplemente el dominio autoritario, el control político total de la sociedad, sino también el lucro, al servicio del cual actuaba la barbarie política⁹.

Con relación a su ensayo sobre Trujillo, en *Crisis de la democracia...* Bosch da un paso más adelante. Reconoce que no

libro asistimos a un esfuerzo analítico por apreciar la racionalidad de conductas políticas como tales, en función de un determinado contexto a su vez político. Lamentablemente, en muchos de sus posteriores análisis marxistas, por tratarse de textos que persiguen establecer tesis políticas generales, la dimensión del accionar propiamente político de los actores por lo general no asume la importancia que el mismo Bosch le asignó siempre al análisis político, en su proceder como dirigente político y que muestra en *Crisis de la democracia...*

⁹ Exactamente el mismo año en que Bosch publicó en Caracas *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, José Ramón Cordero Michel dictaba sus famosas conferencias en la Universidad de Puerto Rico, reunidas años después en un volumen bajo el título de *Informe sobre la República Dominicana* (Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1972), sobre el mismo tema, la dictadura de Trujillo. El informe de Cordero Michel representa un enfoque marxista; el de Bosch, no. Lo importante a señalar aquí es que por caminos distintos un demócrata liberal, como Bosch en esos años, y un marxista, como Cordero Michel, entendían que era fundamental caracterizar la naturaleza no sólo política del régimen trujillista, sino también social y económica, a fin de poder definir precisamente la estrategia política correcta para el derrocamiento del régimen.

son únicamente las características políticas del régimen de Trujillo, sino también las condiciones sociales y económicas de la dictadura y de la propia sociedad dominicana las que deben reconocerse para poder apreciar el funcionamiento de lo político en el régimen dictatorial. Unos años después, ambos estudios ayudarían a Bosch a cristalizar un marco analítico más sistemático, a propósito del análisis de clases, como veremos más adelante en su libro *Clases sociales en la República Dominicana* y sobre todo en su mayor esfuerzo teórico para comprender la sociedad dominicana: *Composición social dominicana*. En este momento lo importante es reconocer que en *Crisis de la democracia...*, al proponerse explicar la conducta política de los autores del golpe militar que derrocó su gobierno, Bosch se da cuenta de que para ello debe entender lo específico de la sociedad dominicana. Es de esta forma que el interés por lo político no sólo se apoya en el conocimiento de las fuerzas sociales dominicanas; se trata, en cierto modo, de todo lo contrario, pues en el libro el conocimiento de estas últimas sale fortalecido al lograr precisar la singularidad de su comportamiento político. Es la complejidad de la visión política de la situación por la que atraviesa la República Dominicana la que ayuda a explicar la acción política de sus actores dominantes, enriqueciendo así el conocimiento de su cosmovisión de lo social, hoy diríamos su ideología.

En *Composición social dominicana*, por ejemplo, su obra máxima en términos de una teoría del proceso histórico social dominicano, si bien el análisis de clase es muy rico, se trata de una caracterización inteligente y creativa del nivel económico, con importantes apreciaciones sobre la cosmovisión social de los diversos estamentos de la estructura de clases, pero aún así el libro se sostiene en un andamiaje teórico tradicional. Lo mismo puede decirse, desde el punto de vista del análisis de clase, de obras como *Clases sociales en la República Dominicana*,

como apreciaremos luego. Pero en *Crisis de la democracia...* de lo que se trata es de la conducta concreta de actores políticos, para cuyo entendimiento se recurre al análisis histórico y social y no lo inverso. Sin embargo, en *Crisis de la democracia...* Bosch no pierde de vista que la explicación más general del golpe militar de 1963 debe encontrarse en la propia estructura de la sociedad dominicana, creada en y condicionada por la propia dictadura. Como dice Bosch en uno de los capítulos de la obra: Trujillo fue en resumidas cuentas el autor del golpe militar.

Bosch le asigna mucha importancia en su análisis al lugar ocupado por las Fuerzas Armadas en la organización política de la dictadura trujillista. Esta preocupación aparece ya en 1959 en *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*. En 1964, la misma preocupación pasa a desempeñar un puesto señero en la explicación del golpe de septiembre de 1963. La novedad del enfoque es que ahora los militares no ocupan simplemente un lugar en el planteo explicativo del golpe, también lo ocupan en el diseño estratégico que a lo largo del libro se va articulando con relación a las fuerzas y actores políticos que podrían eventualmente apoyar el regreso a la democracia.

Nuestro autor argumenta que las instituciones armadas de Trujillo, en la nueva coyuntura política post dictadura, no podían comportarse en base a otro esquema mental y lógica política que no fuera la aprendida en la dictadura. Sus miembros eran hijos de campesinos aunque algunos de sus oficiales fueron hijos de la clase media. Añade un elemento de gran interés: las instituciones armadas bajo la dictadura operaban no como una institución a la que se ingresaba por “vocación”, sino como medio para ganarse la vida, pero en la misma se reflejaba la propia estratificación social dominicana: “[...] se trataba de un ejército al cual se iba a

ganarse la vida, a conquistar una posición económica y social. La masa del pueblo estaba representada por los soldados y las clases; la pequeña clase media por la oficialidad de segundo teniente hasta capitán o hasta mayor; la mediana clase media, por los mayores de la aviación —que tenían un sobresuelo—, los tenientes coroneles y los coroneles; la alta clase media, por los generales en activo y retirados, pues un general retirado ganaba tanto como un general activo aunque percibía menos dinero debido a que no participaba en los muchos negocios que hacían los generales activos con los fondos de la institución”¹⁰.

Bosch propone que por razones de prestigio o estatus, lejos de la idea de que durante la dictadura Trujillo las Fuerzas Armadas operaban como una élite o casta al margen de la sociedad, las mismas estaban atravesadas por las características de la estructura social de la que provenían. Igualmente sostiene que en las Fuerzas Armadas se expresaban las mismas desigualdades observadas en la sociedad, siendo la propia oficialidad superior beneficiaria de negocios a los que accedían, a consecuencia de su privilegio de estatus. Indica que en los primeros veinticinco años del régimen fue propiamente la policía la encargada de las acciones represivas y no el ejército, acciones que al final de la dictadura se concentraron en el famoso Servicio de Inteligencia Militar (SIM).

Luego de un análisis del papel que jugaron las Fuerzas Armadas, simbolizadas en la figura del teniente Amado García Guerrero, en la conspiración que culmina con el ajusticiamiento del dictador, da pie entonces a la discusión sobre el impacto que en los estamentos militares produjo su

¹⁰ BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XI, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.229. En lo adelante, todas las citas a las que se hace referencia sólo a través del número de la página, corresponden a esta edición.

involucramiento en la acción represiva. Ese análisis le permitirá luego apreciar la vulnerabilidad de las Fuerzas Armadas dominicanas como sujeto político y su constitución contradictoria que reflejaba las propias de la sociedad en que se inscribían.

A partir de ese punto, Bosch introduce un interesante análisis político de las Fuerzas Armadas luego de la caída de la dictadura. Más allá de su conocido argumento según el cual nunca se supo a ciencia cierta que la misión militar norteamericana conspirara para derrocarlo, lo relevante es que su estudio indica cómo los jóvenes oficiales de clase media estaban en proceso de formación ideológica antitrujillista a la hora de la muerte del tirano. Establece enseguida un análisis de las capas sociales que potenciaron el golpe desde el punto de vista militar, esencialmente la alta clase media y la alta oficialidad, pero no sus bases, ni su oficialidad media.

Un aspecto de particular importancia en el análisis de Bosch es el manejo del tiempo. Como se sabe, los estudios sobre coyunturas exigen de una clara apreciación del tiempo, ya que es a partir del mismo que se deslinda propiamente el campo coyuntural. *Crisis de la democracia...* representa en ese sentido un análisis clásico. El estudio se ocupa del golpe de Estado contra el propio gobierno de Bosch, quedando aparentemente limitado a un marco temporal estricto: el de sus siete meses de gobierno. Pero un análisis más preciso permitiría apreciar que el gobierno de Bosch se inscribe en un espacio coyuntural más amplio: el definido por la crisis postrujillista. A partir de ese momento define luego un campo más inclusivo, el cual queda delimitado por el tiempo histórico de la sociedad trujillista, a lo que se añade el tiempo de la coyuntura internacional. Nos movemos así en cuatro campos o ritmos temporales: el tiempo inmediato de la coyuntura del golpe, el contexto de la crisis del régimen

trujillista, el propio del tipo de sociedad que le fue característico y, finalmente, el definido por el campo internacional. Cada nivel de temporalidad exige un tipo de análisis y establece parámetros específicos.

Por lo pronto, el tiempo de la coyuntura del golpe y de la crisis del trujillismo se define en términos del análisis del comportamiento político de los actores, mientras el de la sociedad trujillista lo establecen las clases y sus características socio-históricas y culturales, quedando el tiempo del contexto internacional definido por la acción de los Estados.

Aparentemente el análisis se concentra sobre todo en la descripción de los “momentos” propiamente políticos en los que los actores se expresan, dando materialidad a la acción histórica, vale decir, a la implementación del golpe de Estado de septiembre de 1963. Sin embargo, debido a que en rigor el despliegue de la acción histórica precisa del tiempo en el que se define la acción del sujeto social que organiza la estructura y en la que cobra cuerpo la acción política, el golpe militar no puede explicarse simplemente por la acción coyuntural del sujeto político, pues exige de la acción del sujeto social encuadrado en el tiempo “más o menos largo”.

Esto último nos lleva a la consideración de la estructura o composición social que dota de sentido histórico al accionar propiamente político. Sin embargo, en *Crisis de la democracia...* Bosch no analiza primero la naturaleza social de los actores, sino que pone de inmediato en movimiento su accionar político, lo que nos descubre su especificidad “como sujetos”. En determinado momento del análisis, para explicar aspectos de este proceder, es que surge el análisis propiamente social.

Bosch reconoce, en la coyuntura posttrujillista, un cuadro de actores sociales y políticos más o menos claro: la UCN, que representaba a la oligarquía dominicana o “gente de

primera”¹¹, es la organización que traduce el interés oligárquico por la conquista del poder; el PRD que representa a juicio de Bosch los intereses de las masas populares y la opción política propiamente democrática; el Movimiento 14 de Junio (1J4), de izquierda, que agrupa a la juventud de clase media; la iglesia católica que apoya la opción oligárquica; y las Fuerzas Armadas, igualmente conservadoras, de ascendiente trujillista en su liderazgo, pero profundamente dividida en sus diversos estamentos o sectores.

¹¹ Este es un concepto recurrente en Bosch y el mismo adopta varios sentidos, según el contexto del análisis. El primero y más sencillo lo identifica con el de una élite, caracterizada por un estilo de vida y un marco de relaciones sociales entre la propia oligarquía como grupo y la “gente de segunda”, organizado en torno a una cultura y un conjunto de relaciones de poder social, pero enraizado en la economía por su relación con el poder terrateniente y el alto comercio. “Gente de primera”, en la terminología de Bosch en esos años, recogida a su vez del propio lenguaje oligárquico y elitista, se identifica con lo que autores como François Bourricaud definen como oligarquías latinoamericanas. “Gente de primera” remite así a un orden de dominio, mediante el cual la oligarquía establece un ascendiente sociocultural sobre las capas sociales que le quedan debajo en términos socioeconómicos y sobre todo de estatus, ejerciendo sobre ellas un dominio social y cultural. Es de esta forma que el concepto remite a un orden de dominación oligárquico. Años después Bosch recuperará esta idea en su tesis sobre la dictadura con respaldo popular, al plantear la tesis del frente oligárquico. Un último aspecto que debe señalarse es que el concepto en Bosch asume un doble sentido en el análisis histórico: como grupo tradicional la “gente de primera” opera como una casta, es decir, como un grupo o élite escasamente relacionado con los demás grupos sociales; por tanto, dicho grupo no actúa como clase, es decir, como grupo socioeconómico que establece determinados lazos de dominación económica sobre la estructura social y una lógica de intereses económicos, sino como grupo de estatus o élite cultural. Por otro lado, durante la coyuntura postrujillista en la “gente de primera” se desata un proceso tras el cual dicho agregado social se propone convertirse —según Bosch— en una clase social, vale decir en un grupo con intereses socioeconómicos propios, siendo esto lo que define su estrategia de control del Estado como principal espacio empresarial del país. A partir de ello es que cobra sentido histórico el propósito de la UCN de alcanzar el poder por cualquier vía.

A partir de ese cuadro sociopolítico la coyuntura que va de la muerte de Trujillo el 30 de mayo de 1961 al golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963, asistimos a varios “momentos” en la dinámica coyuntural: a) del 30 de mayo de 1961 hasta la salida de los familiares de Trujillo; b) de la formación del primer Consejo de Estado a la salida de Balaguer de Santo Domingo; c) de la organización de las elecciones del 20 de diciembre de 1962 al ascenso de Bosch a la Presidencia de la República el 27 de febrero de 1963 y d) de la toma de posesión de Bosch hasta el golpe de Estado militar del 25 de septiembre de 1963.

El análisis de la evolución de los acontecimientos puede organizarse de otra forma, de acuerdo a la cuestión del control del poder del Estado, apreciando así otros ejes articuladores. Por ejemplo, si se lee la coyuntura en función de los intereses de la oligarquía un objetivo es el central: controlar el Estado. En función de ello se aprecian tres momentos: 1) la fase previa a los Consejos de Estado controlados por la oligarquía. Esa fase es de claro ascendente militar y en ella la figura central es naturalmente Balaguer; 2) la fase que culmina en la derrota electoral oligárquica, tras la derrota de UCN y el triunfo del PRD, en la cual las dos figuras principales son Viriato Fiallo y sobre todo Juan Bosch; y 3) finalmente la fase que se inicia desde el primer día del ascenso de Bosch al poder en 1963 hasta su derrocamiento en septiembre del mismo año, cuyos protagonistas son: el propio Bosch y los militares golpistas.

Del lado de las fuerzas populares la lectura es distinta. Puede decirse que en una primera fase las masas estuvieron bajo el control oligárquico, atrapadas en la estrategia de lucha antitrujillista, bajo la cual, pese a que la coyuntura les abría un espacio para su expresión como sujetos políticos, quedaron subsumidas a la lógica oligárquica del “antitrujillismo sin

Trujillo”¹². La segunda fase se inicia con las movilizaciones electorales de 1962 donde las masas pasan a apoyar al PRD y desplazan su visión esencialmente antitrujillista a un esquema reivindicativo en el plano social. Esa fase culmina pues, tras el triunfo electoral de Bosch, con una victoria de las masas. Finalmente, se aprecia la fase de dispersión momentánea de las masas, tras el golpe militar y la recuperación violenta del poder por los militares golpistas.

El otro eje del análisis es el internacional. Bosch establece aquí esencialmente dos parámetros para entender la conducta de los Estados Unidos: 1) la preocupación por Cuba y —aunque no lo dice de esa manera— el contexto de la Guerra Fría; y 2) el papel de la Alianza para el Progreso, a la cual hace una crítica por su incapacidad de entendimiento de la realidad latinoamericana, su visión desarrollista de los problemas del área y su engorroso esquema de aplicación. En ese marco, Bosch asume el tema del comunismo como un asunto menor, pues los comunistas nunca representaron una real amenaza para la República Dominicana; insiste a *contrario sensu* en la idea de la libertad política como condición de la democracia representativa. Las tensiones y finalmente el conflicto con Haití, Bosch los ve como un accidente, en parte producido por razones históricas, en parte fruto del antagonismo que Duvalier le profesó siempre, pero también fruto de la visión que los militares dominicanos tenían respecto a Haití¹³.

¹² Debe recordarse que según Bosch, tras la muerte de Trujillo, la división entre trujillistas y antitrujillistas dejaba de tener sentido histórico, por las características mismas de la dictadura. Centrado en esa idea fue que Bosch ideó toda su estrategia de lucha política en la coyuntura postrujillista. Dicha estrategia, vista en la perspectiva de la lucha por el poder y particularmente en su dimensión electoral, resultó exitosa.

¹³ Este es otro punto controversial poco estudiado. Los libros de Bernardo Vega sobre las relaciones de Trujillo con la élite política haitiana arrojan luz sobre los antecedentes de todo esto. Véase Bernardo VEGA, *Trujillo y Haití*:

Esa visión del conflicto político, sigue la siguiente lógica en los pormenores del análisis coyuntural: 1) demuestra que tras la UCN la oligarquía mantuvo un claro objetivo de alcanzar el poder del Estado, porque entendía que ello era requisito de su constitución como clase económica; 2) sostiene que los militares fueron los herederos naturales de la dictadura, pero dados su ascendiente social, su poco profesionalismo y vocación como estamento armado del Estado, no pudieron articular propuestas políticas alternativas al trujillismo y quedaron controlados por la oligarquía; 3) argumenta que el estamento burocrático de la dictadura, liderado por Balaguer, pese a tener una posición de claro tinte antioligárquico en la política de destrujillización, quedó momentáneamente disuelto; 4) establece que la Iglesia Católica, al igual que los medios de comunicación en su generalidad, asumieron un rol ideológico legitimador de la estrategia oligárquica; 5) finalmente, sostiene que los Estados Unidos terminaron apoyando a la oligarquía cívica y, tras esa decisión, su apoyo al proyecto democrático fue, al menos, ambigua. Bosch indica que no tuvo hasta el momento de escribir el libro indicios de que los asesores militares norteamericanos conspiraran para derrocar su gobierno, aunque admite que tenían influencia en las Fuerzas Armadas¹⁴.

Volumen I (1930-1937), Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1988; *Volumen II (1937-1938)* Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1995; *Volumen III (1939-1946): la agresión contra Lescot*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2007; *Volumen IV (1946-1957): el complot contra Estimé*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2009. Sobre el tema militar hay alguna literatura publicada, sobre todo por militares y publicistas, pero pocos trabajos académicos. Debe consultarse a: P. G. ATKINS: *Los militares y la política en la República Dominicana*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1987. Un libro reciente sobre el tema militar en el período de los llamados “doce años de Balaguer” (1966-1978), es el de Brian J. BOSCH, *Balaguer and the Dominican Military*, New York, McFarland & Co., 2007.

¹⁴ Este ha sido un tema de controversia en la literatura sobre el golpe militar. Hoy se sabe que militares norteamericanos de alto rango de la misión militar

Tras ese análisis, Bosch establece un balance preliminar. Indica que prácticamente era inevitable el golpe de septiembre de 1963. Esto siempre se ha dicho. Lo que poco se aprecia es una sutileza que en este caso es esencial y nos revela a un Bosch sumamente agudo en el manejo de las posibilidades que siempre muestran las condiciones cambiantes de la política. En varias oportunidades indica que en el país pudo darse una verdadera revolución democrática sin pasar por la opción oligárquica autoritaria que finalmente triunfó, al menos coyunturalmente. Esas condiciones pasaban por varias premisas que requerían cumplimiento: a) un mayor trabajo político en el ejército que permitiera que sus sectores progresistas pudieran organizarse; b) un acercamiento realista y diferenciado entre los dispersos estamentos burocráticos del viejo aparato de la dictadura con las fuerzas populares y democráticas; c) una mayor capacidad política de la juventud nacionalista agrupada en el IJ4; y d) una visión más clara de las dificultades del proceso de construcción democrática por parte de los Estados Unidos. Nada de esto está explícitamente dicho en el libro, pero su inferencia es fácil de establecer.

Es, sin embargo, a partir de este tipo de proposiciones que podemos acercarnos a la discusión del otro elemento que se reconoce en la obra, además del análisis propiamente

con asiento en Santo Domingo conspiraron contra el gobierno de Bosch y aquí el determinante central del asunto para los Estados Unidos fue claramente la lucha geopolítica en el marco de la Guerra Fría. Otro asunto es el del posible apoyo de la Casa Blanca al golpe militar, la información que se tiene no es concluyente en este punto. Hay que recordar que Kennedy era el Presidente de los Estados Unidos y él mismo ya había probado el sinsabor de la derrota de la invasión de Bahía de Cochinos en Cuba, invasión que como se sabe en un principio fue organizada por la CIA y prácticamente impuesta a la administración Kennedy a última hora. Para una visión de esta controversia véase a: Víctor GRIMALDI, *Golpe y revolución. El derrocamiento de Juan Bosch y la intervención norteamericana*, Santo Domingo, Editora Corripio, 2000.

sociopolítico, nos referimos a su encuadramiento estratégico. Pese al tono escéptico que se cuela a través de sus páginas respecto al destino de la democracia política en la República Dominicana, en el ensayo permanece una constante: la preparación de la estrategia que debe conducir a la recuperación de la democracia. En ese sentido, Bosch empieza por descartar todo acuerdo o compromiso con la oligarquía y la oficialidad corrupta del alto mando militar¹⁵. Indica luego que en la

¹⁵ Le atribuye una importancia extrema a la corrupción, sobre todo militar, como factor desencadenante del golpe, llegando a establecer que fue su principal causa. En *Crisis de la democracia...* es muy explícito e indica: "Aunque hubo numerosas causas, todas coincidentes, para el golpe militar dominicano de 1963, la que lo determinó fue la corrupción" (p.225). Y de inmediato ilustra con el ejemplo: "En mi viaje a México, adonde iba como invitado del presidente López Mateos a la celebración del aniversario de la independencia mexicana, me acompañaron el Ministro de las Fuerzas Armadas y el jefe de la aviación militar. Este último me presentó en el viaje un proyecto suyo para comprar aviones de guerra ingleses por seis millones de dólares. Yo tenía informes acerca de la negociación. El jefe de la aviación militar había mantenido en el hotel Embajador varias entrevistas con agentes extranjeros, y en esas entrevistas se bebía y se hablaba más de la cuenta. Sólo a un inconsciente se le podía ocurrir que un país en quiebra, con el pueblo muriéndose de hambre, estaba en condiciones de gastar seis millones de dólares en aviones de guerra. Ese general sabía, como todos sus compañeros de las fuerzas armadas, cuál era la situación económica del Gobierno, pues a menudo yo mismo le hablaba de ella; sin embargo su inconsciencia era tan notable que sin haber hablado conmigo había seleccionado el grupo de pilotos que iban a llevar esos aviones desde Inglaterra, y los había puesto a recibir lecciones de inglés. 'La Comisión habitual de los compradores en las fuerzas armadas era de diez por ciento, aunque hubo casos, como el de la compra de baterías, en que se llegó al quince por ciento. En las conversaciones del hotel Embajador el tanto por ciento se había fijado en veinte, es decir, en un millón doscientos mil dólares. La tajada era demasiado grande, y valía la pena derrocar un Gobierno cuyo Presidente no estaba dispuesto a permitir que un millón doscientos mil dólares del pueblo dominicano fueran a parar a una cuenta de ahorro de un banco de Miami o de Puerto Rico. 'Yo retorné de México el día 19 de septiembre; el 23 se decidió el golpe; en la madrugada del 25, el golpe se había consumado" (pp.225-226).

pequeña y mediana burguesía había muchos elementos positivos que podían ser ganados para la causa de la democracia y reconociendo en lo mejor de la juventud nacionalista, agrupada incluso en el Movimiento Revolucionario 14 de Junio, un semillero de liderazgo democrático. Pero donde Bosch indica claramente que debe buscarse apoyo para un proyecto democrático es en las masas populares, en la base del ejército y en su oficialidad joven no corrupta. ¿Qué otra estrategia fue la que se manejó para organizar la revolución constitucionalista para la vuelta de Bosch al poder? Respecto a los Estados Unidos Bosch es escéptico, pero todavía en ese momento, al menos en *Crisis de la democracia...*, abrigaba alguna esperanza de compromiso democrático.

En este ensayo Bosch demuestra su capacidad de analista político. Proporciona un inteligente análisis de cómo las oligarquías tradicionales en su comportamiento político manifiestan una clara incapacidad para asumir el cambio político democrático. En ese sentido, su enfoque es sumamente convincente de cómo el conservadurismo de ascendiente oligárquico puede, en la práctica, devenir quizás el principal obstáculo para el cambio democrático en una sociedad tradicional de fuerte peso campesino, como la dominicana de aquel entonces. Posteriormente, académicos como Barrington Moore demostraron ese aserto al estudiar sociedades tan distintas como la norteamericana del período de la independencia, la China de la revolución comunista, el Japón de la revolución Meiji o la India de Nehru¹⁶.

Crisis de la democracia de América en la República Dominicana es una de las mejores obras de Juan Bosch. Resulta irónico que siendo el único texto en donde se apresta a producir

¹⁶ Cfr. MOORE, Barrington: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Ediciones Península, 1976.

uno de sus más acabados análisis políticos, no se le haya dado intelectualmente la importancia que merece. Asimismo, se ha oscurecido y ocultado a este ensayo su dimensión política como “organizador” intelectual (en el sentido que Gramsci le asigna al término) de lo que fue el intento por restaurar la democracia en la República Dominicana y, en consecuencia, como premisa ideológica y moral de la Revolución Constitucionalista. Bosch plantea aquí una interrogante central en todo proceso de cambio democrático: ¿cuáles son, en efecto, los límites políticos de los grupos tradicionales que les permitirían adaptarse y asumir el cambio democrático? Visto de otra manera: ¿es posible el cambio democrático sin que los grupos tradicionales, con gran poder terrateniente y comercial, asuman un compromiso político con la democracia? La respuesta a estas interrogantes es difícil y aún hoy constituye uno de los retos de los procesos políticos modernizadores de la región, particularmente en países como República Dominicana.

Revolución constitucionalista e intervención militar de 1965

Tres artículos sobre la Revolución Dominicana son esencialmente textos polémicos y se organizan en torno a la defensa del carácter democrático de la revuelta. Independientemente de las tesis que Bosch expresa en ellos, puede apreciarse el choque que los acontecimientos de 1965 produjeron en él y cómo los mismos —sobre todo la intervención militar norteamericana— ayudaron a modificar su punto de vista en torno a la democracia y las relaciones de Latinoamérica con los Estados Unidos. Son, en consecuencia, artículos de transición, producidos a la luz de una coyuntura crítica. A ellos debe agregarse *La República Dominicana: causas de la intervención militar norteamericana* de 1985.

El primero, “Aclaraciones acerca de la revolución dominicana”, es una respuesta a John Bartlow Martin¹⁷ y la interpretación que el negociador de Washington y ex Embajador de los Estados Unidos en República Dominicana hacía, en ese momento, de la Revolución Constitucionalista de 1965. Como tal, representa pues una respuesta a la interpretación de la revuelta que promovían los propios Estados Unidos.

La idea central del artículo sostiene el carácter democrático de la revolución constitucionalista. Al respecto, la argumentación de Bosch es clara y contundente. En primer lugar establece que debido a su reducido número era imposible que los comunistas pudieran controlar la revuelta, pero

¹⁷ El embajador John B. Martin en *El destino dominicano. La crisis dominicana desde la caída de Trujillo hasta la guerra civil*, Editora de Santo Domingo, 1975 (la primera edición en inglés es de 1966), narra su experiencia en República Dominicana. La interpretación de los acontecimientos de abril de 1965 y en general sobre el proceso político dominicano en la larga coyuntura postrujillista hasta la revolución de 1965, es profundamente acomodaticia de la posición oficial de la Casa Blanca respecto al país. En consecuencia, los hechos vistos por la administración norteamericana reflejan muchas veces más que un análisis o reflexión objetiva, una defensa conservadora, pese al liberalismo del embajador, del *statu quo* dominicano y la política norteamericana. Es curioso que respecto a la ocupación militar norteamericana de 1965 a la hora de escribir su libro, mucho tiempo después de haberse realizado los encuentros con Bosch en San Juan, Puerto Rico, en la casa del Rector de la Universidad de Puerto Rico, el Dr. Benítez, Martin matiza algunos puntos sobre la presencia comunista en la revolución constitucionalista, pero mantiene la visión del “peligro comunista” que siempre “asechaba” a las fuerzas democráticas. Pero lo más curioso es que en su libro ofrece apenas un breve dibujo de su encuentro con Bosch en Puerto Rico en 1965, reunión que Bosch detalla en su primer artículo de 1965 sobre la Revolución Constitucionalista y que se incluye en el presente volumen. Detalles de estos encuentros pueden verse en la documentación de Washington analizada por Bernardo Vega (Cfr. supra nota 3). Cfr. JIMENES-GRULLÓN, Juan Isidro, *John Bartlow Martin: prócónsul del imperio yanqui*, Mérida, Universidad de los Andes, 1977. Se trata de una extensa, dura, apasionada y polémica respuesta a la interpretación de Martin de la historia dominicana de esos años, pero constituye una referencia importante.

también debido al peso político marginal, casi nulo, de estos en la República Dominicana.

Demuestra las contradicciones interpretativas de la revuelta en que cae el embajador Martin en sus conversaciones con él, para proceder luego a señalar que lo que está detrás de esa interpretación es claramente el rechazo norteamericano a su regreso como Presidente de la República o a aceptar, en su lugar, al coronel Francisco Caamaño.

Bosch señala entonces que la intervención militar de los Estados Unidos en la República Dominicana tendrá, a largo plazo, efectos desastrosos para la democracia latinoamericana. Concluye el artículo con una nota escéptica acerca del porvenir de la democracia en la región, pues el liderazgo democrático genuino es rechazado por ellos mismos. Plantea que ante los conflictos que la vida democrática presenta los norteamericanos parecen preferir las soluciones de fuerza y apoyar en cualquier caso a los grupos conservadores no democráticos en América Latina.

En “Aclaraciones acerca de la revolución dominicana”, Bosch pone de manifiesto el profundo impacto que en su cosmovisión política causó el rechazo norteamericano al restablecimiento de la democracia dominicana, tras el eventual triunfo de los constitucionalistas en el plano militar. La ocupación del país el 28 de abril de 1965 por tropas norteamericanas lo que hizo fue simplemente impedir esa situación. Tras este hecho, Bosch, que se encontraba en Puerto Rico, reflexiona y reconoce que en su defensa de los grupos conservadores no democráticos los norteamericanos prefieren sacrificar la democracia. Como se aprecia, en el artículo están ya dados los elementos contextualizadores y hasta emocionales, que posteriormente madurarán en Bosch una postura claramente anti-imperialista, que culmina con su reconocida obra *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*.

En “Comunismo y democracia en la República Dominicana”, profundiza en una de las tesis centrales del primero: el rechazo a la idea de que en la Revolución Constitucionalista predominaran los comunistas. En éste reitera el argumento numérico sustentando que, debido a que los núcleos o grupos comunistas en el país eran reducidos, se hacía muy difícil que los mismos pasaran a hegemonizar el movimiento constitucionalista, el cual por la propia definición de sus objetivos era claramente democrático.

A esta tesis Bosch añade un argumento muy interesante. Sostiene que en el país el discurso anticomunista era un componente importante del discurso de la dictadura trujillista en su fase de post Guerra Mundial. Argumenta entonces que dado el carácter totalitario del régimen¹⁸, el sentimiento antitrujillista identificó la idea del anticomunismo con el discurso de la dictadura. Por tanto, en las condiciones políticas que siguieron a la muerte de Trujillo el discurso anticomunista terminó siendo un componente asociado al trujillismo, sobre todo por parte de la juventud.

Un aspecto central del artículo es el relativo al papel del Movimiento Revolucionario 14 de Junio en la coyuntura posttrujillista. Esta fuerza política, integrada esencialmente por

¹⁸ La idea del totalitarismo como un eje clave del sentido político general de la dictadura trujillista no ha sido muy desarrollada en la literatura especializada sobre el tema. La idea básica del totalitarismo es que las dictaduras y regímenes de fuerza que asumen este carácter rompen una de las características centrales del Estado moderno, la separación entre lo público y lo privado, entre Estado y sociedad. De esta manera el cuerpo social termina siendo minado por el poder de los aparatos de Estado, sobre todo represivos y la vida cotidiana misma queda subsumida a la impronta totalitaria, la que casi siempre termina identificándose con una figura fuerte, dictatorial, llámese Hitler, Stalin o Trujillo. Esa es la idea de autores como Hannah ARENDT (*Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2006), y sobre todo Claude LEFORT (*La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1982). En su artículo Bosch se acerca mucho al planteamiento de Lefort.

la juventud de clase media, es de corte nacionalista. El 14 de Junio tenía mucha influencia en los jóvenes y es por ello que Bosch entiende que en la coyuntura política del momento esta organización constituía una suerte de bisagra ideológica para el porvenir de la democracia. Debido a su arraigado antitrujillismo el 1J4 estaba influenciado por el discurso democrático y, por su nacionalismo, era profundamente antinorteamericano. Por tanto, el 14 de Junio era clave para arraigar en la juventud el discurso democrático, pero, si las fuerzas democráticas manejaban mal la coyuntura, en el 14 de Junio el discurso comunista podía tomar fuerza.

Luego, en “La debilidad de la fuerza”, Bosch introduce un argumento en torno al papel de la “fuerza” en el contexto de la lucha democrática. Su argumento, aunque no responde a una teorización gramsciana sobre la construcción de la hegemonía que se desenvuelve en término de un *continuum* cambiante que va de la fuerza al consenso¹⁹, afirma que la política de la fuerza, que es la que ha primado en la invasión militar norteamericana a la República Dominicana, es por definición antidemocrática. Sostiene una idea complementaria más interesante, la del sentido cambiante de la fuerza, según se aplique en contextos políticos democráticos altamente institucionalizados (como es el caso de la propia sociedad norteamericana), o en sociedades caracterizadas por la debilidad de sus instituciones político-democráticas. Mientras en las primeras la idea de la fuerza se identifica con la aplicación de la ley, en las segundas se identifica con el poder militar y la simple arbitrariedad de quienes detentan el poder. Establece luego un correlato según el cual la política del miedo muchas veces es la que sostiene la aplicación arbitraria de la fuerza,

¹⁹ Cfr. GRAMSCI, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987.

mientras la democracia se sostiene en lo contrario: la lógica democrática con base en la ley y el consenso, aunque esto no está explícitamente en el texto.

En “La debilidad de la fuerza” profundiza el argumento sostenido en “Comunismo y democracia en la República Dominicana” en torno a la fuerza como instrumento político. Añade ahora la idea de que la apelación a la fuerza²⁰ como acción no democrática de suyo viola la lógica del Derecho. Es en ese contexto que introduce un razonamiento sobre la noción de “revolución”²¹, reconociéndola como un acto de fuerza, que surge no de los poderosos, sino de los débiles. Por eso argumenta que es un contrasentido pensar la revolución como algo que los poderosos producen. Por el contrario, generalmente las revoluciones la motorizan fuerzas

²⁰ Está claro que en “La debilidad de la fuerza” Bosch aplica la idea de la fuerza, en tanto instrumento de dominio, como expresión de una política no democrática, pues, como hemos visto, en “Comunismo y democracia en la República Dominicana” sostiene que la apelación a la fuerza en contextos democráticos se identifica con la aplicación de la ley, mientras que en marcos no democráticos la fuerza corresponde a decisiones arbitrarias, autoritarias.

²¹ La noción de revolución es de suyo compleja. Sobre las revoluciones hay abundante literatura, tanto en su dimensión teórica como en lo relativo al análisis histórico. Bosch asume el concepto en su dimensión esencialmente política, específicamente en lo que refiere al cambio en las relaciones de fuerza en el Estado que su realización supone. Para una reflexión general sobre el papel de las revoluciones políticas en la construcción de la modernidad véase a Hannat ARENDT, *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 1963. Un análisis comparativo de las principales revoluciones modernas en la perspectiva de la sociología histórica se encuentra en Skocpol THEDA, *Los Estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Bosch maneja la idea de revolución en diversos textos históricos, sobre todo en *Las clases sociales en la República Dominicana* (Cfr. pp.365-596 de esta edición), en su clásico ensayo *Composición social dominicana*, en diversos ensayos históricos como *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana* (Cfr. pp.597-694 de esta edición), y *La guerra de la Restauración* (Santo Domingo, Editora Corripio, 1982).

sociales que políticamente no se caracterizan por tener el poder del Estado, sino por estar sometidos al mismo.

Cierra su argumentación reiterando una idea ya vista en los artículos anteriores: la invasión norteamericana a la República Dominicana es la expresión de la fuerza del *statu quo*, al cual los Estados Unidos con su acto de fuerza militar apoyan. Esto expresa así la defensa de los intereses de los poderosos en el país por parte de los Estados Unidos. Se une a esta argumentación la idea de arritmia histórica²².

²² La noción de arritmia histórica la maneja Bosch en varios de sus escritos. Aparece claramente en su ensayo *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*. Se recupera de alguna forma en *Crisis de la democracia...* aunque es en sus textos históricos donde vuelve a surgir de manera más sistemática, tal es el caso de *Composición social dominicana*. Esta noción es insostenible desde el punto de vista histórico si se la identifica con una especie de desviación del ritmo regular del proceso histórico por el que han atravesado los pueblos latinoamericanos. Esto así por tres razones principales: a) porque la moderna historiografía dominicana en particular y latinoamericana en general permiten reconocer que no hay tal alejamiento de los procesos dominicanos de las grandes dinámicas latinoamericanas, si se conecta a la primera a las dinámicas del sistema mundial capitalista, que le asigna a la segunda una suerte de posición en la dinámica histórica general del capitalismo; b) porque no existen procesos teleológicos en la historia que establezcan fines últimos a los pueblos, como tampoco permiten reconocer pautas históricas universales en el sentido de un progreso histórico que dirige el curso del desarrollo de la humanidad; c) posiblemente lo más importante es que todo proceso histórico es por definición específico y, en consecuencia, no puede expresar desviaciones de una corriente principal que dirija el curso de la historia. Sin embargo, si se piensa la noción de arritmia como una hipótesis para aproximarse a la especificidad propiamente dominicana del proceso de desarrollo histórico en relación a la articulación del capitalismo mundial y del subsistema latinoamericano en particular, la noción es un instrumento que en manos del autor le permitió establecer hipótesis útiles. La noción de “arritmia histórica” es un caso representativo de lo que en la metodología de Max Weber se define como “tipo ideal”, el cual como concepto general no tiene ningún valor histórico, pues no remite a un conocimiento específico de la historia, aunque representa un útil instrumento para su análisis. No puede olvidarse que Bosch es un pensador político e histórico, más que un académico especialista en historiografía.

Como podemos apreciar, los tres artículos de 1965 incluidos en este volumen constituyen una defensa del carácter democrático de la revolución constitucionalista. A partir de ese propósito, en ellos apreciamos una postura crítica de Juan Bosch ante la ocupación militar norteamericana de la República Dominicana, tras la revuelta constitucionalista; crítica que constituye el punto de partida de la creciente radicalización del autor ante la postura estadounidense en Latinoamérica en su defensa del *statu quo* y como tal en su defensa de los sectores privilegiados que, en el caso dominicano, fueron precisamente los artífices del golpe militar de 1963. En los tres ensayos apreciamos cómo fue madurando en Bosch el convencimiento de que los Estados Unidos se oponían a su regreso al país, pero también rechazaban cualquier solución que implicara la instalación en el poder de un gobierno constitucionalista con Caamaño al frente. Esos textos marcan una transición importante en la obra de Bosch, pues definen probablemente un momento reflexivo determinante en el giro crítico y en el cambio de postura ideológica hacia la perspectiva socialista que a partir de ese momento irá adoptando nuestro autor.

Entre los artículos de 1965, escritos al calor de la crisis de abril de 1965, y *La República Dominicana: causas de la intervención militar norteamericana de 1965*, de 1985, sobre el mismo tema, como afirmamos arriba, mediaron 20 años. En ese tiempo muchas cosas cambiaron en el país, incluida la propia posición política e ideológica de Bosch. Por lo pronto, ya era un socialista con una visión ideológica muy propia, pero distinta, a la del demócrata crítico de 1965. Asimismo, el país había cambiado de manera significativa. Si se observan esos cambios desde la perspectiva de los problemas cotidianos que los dominicanos enfrentaban entonces, como también desde la perspectiva coyuntural a la que debían responder los políticos,

esos cambios apenas eran perceptibles. Pero de lo que no hay dudas es que el país se encaminaba a una profunda transformación de su economía, reconociéndose en la sociedad una serie de transformaciones que comprometerían el futuro de la política, principalmente del Estado. En el plano político se había producido igualmente una importante transformación del sistema de partidos.

Si comenzamos por esto último apreciamos de inmediato que, contrariamente a los años setenta, en el país se reconocía la existencia de un sistema de partidos competitivo en vías de consolidación, en un marco democrático donde había pluralidad y de alguna manera se apreciaba un clima de libertades democráticas. Esto se había iniciado en 1978 con la salida del poder de Balaguer, el ascenso al poder del PRD y el significativo debilitamiento del estamento militar en lo que respecta a su poder político en el Estado. El otro cambio político de importancia era el claro debilitamiento del Estado como el principal articulador del empresariado y en su función de Estado benefactor, debilitamientos que comprometerían en lo adelante, sobre todo a partir de los años noventa, la capacidad de dicho Estado para responder a las crecientes demandas de una sociedad en rápido proceso de cambio. Esta era, si no la principal, una de las más importantes características de la nueva situación política que se enfrentaba desde la perspectiva de la gobernabilidad democrática.

En segundo lugar la sociedad dominicana era claramente urbana y ya se apreciaban cambios significativos en los estilos de vida y en la cotidianeidad. Por lo pronto, la sociedad dominicana estaba cada vez más enlazada a la economía norteamericana: por la vía de las remesas de sus sectores medios y algunos estratos pobres que cada vez más hacían depender la estabilidad de sus hogares de sus relaciones con parientes en Estados Unidos y en el extranjero. De ese modo,

las relaciones del país con los Estados Unidos lo comprometían con el destino de la economía norteamericana por una triple vía: por la tradicional del aumento de las importaciones y exportaciones dominicanas hacia ese mercado, por la creciente participación de las remesas provenientes del vecino del norte en la estabilidad macroeconómica de la nación y vida de los hogares medios y pobres, y por una creciente articulación de la economía de consumo a los patrones de vida de los estratos bajos de las grandes ciudades de los Estados Unidos. Todos estos cambios afectarían naturalmente el imaginario social dominicano y la práctica de la política. En tal sentido, en la sociedad dominicana de esos años era cada vez más claro no sólo el escenario de una creciente presión reivindicativa de la sociedad sobre el Estado, sino también el cada vez mayor peso de una política clientelista, tutelada por el Estado como mecanismo de articulación del dominio político del sistema de partidos sobre el Estado y la propia sociedad.

Desde mediados de los ochenta se podía identificar en República Dominicana un proceso de cambio económico y productivo acelerado que terminaría modificando la orientación exportadora tradicional de la economía nacional, haciéndola más dependiente y articulada al mercado mundial, como economía exportadora de servicios, donde destacaban como sus ejes dinámicos el pujante sector turístico y las llamadas Zonas Francas. Asimismo, se apreciaba un proceso de acelerada informalización del mercado laboral.

Desde la perspectiva del desarrollo humano, quizás el principal cambio que se advierte en República Dominicana, a partir de la llamada década perdida en los ochenta, fue la acentuación de la exclusión social, pese al crecimiento económico de largo plazo, manifiesta en el deterioro general del nivel de vida y sobre todo en el aumento de la pobreza, o en el

mejor de los casos su permanencia a lo largo del tiempo, a tasas que sobrepasaron el 50% de la población en los ochenta y los noventa.

Todos estos procesos culminaron en los noventa con un cambio en la matriz institucional del Estado que readecuó su organización a las presiones neoliberales hacia la apertura, la flexibilización laboral y en general el fortalecimiento del poder de grandes corporaciones transnacionales en el escenario nacional. Fue el momento de hegemonía del neoliberalismo como ideología y doctrina económica. Aunque estos procesos verían su consolidación en estos años, era claro que a mediados de los ochenta la sociedad dominicana estaba en proceso de cambios, lo que comprometería su destino político.

Como es natural, todos esos cambios habrían de reflejarse en la trayectoria intelectual de Bosch, expresándose directamente en los enfoques y los propios contenidos de su obra. Y es en ese nuevo marco de la sociedad dominicana que debe interpretarse la obra de Bosch, sobre todo a partir de los años ochenta. *La República Dominicana: causas de la intervención militar norteamericana de 1965*, de 1985, nos presenta a un Bosch diferente al de los textos de 1965. Se trata de un marxista y del líder de un nuevo partido, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), organización fundada en 1973.

El primer aspecto que llama la atención de este ensayo es la cuestión geopolítica y la importancia que Bosch le otorga al papel de la personalidad en la historia. En ese sentido narra el rol, hasta ese momento desconocido, de Antonio Martínez Francisco en una de las conspiraciones urdidas para derrocar al régimen trujillista, comenzando por su desaparición física. Se establece luego que el llamado “Plan Reed” —llamado así por el coronel Reed que lo organizó— era expresión de un proceso más amplio desatado por la crisis que sucedió a la realización de la Feria de la Paz en 1959, agravada por el

bloqueo a las ventas de azúcar en 1960, debido a las sanciones de la OEA, impuesta República Dominicana ese año producto del fallido atentado de los sicarios de Trujillo al presidente Betancourt. El coronel Reed se retiró del país y los norteamericanos abandonaron el plan de organizar la muerte del dictador Trujillo. A juicio de Bosch esto fue el fruto del fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos en la administración Kennedy. Pero que el coronel Reed se retirara no indica que los norteamericanos se desinteresaran por la desaparición de Trujillo. Por ejemplo, se sabe que fue el norteamericano Wimpy el introductor al país de algunas de las armas que se emplearían en el atentado que finalmente dio cuenta de la vida de Trujillo el 30 de mayo de 1961²³.

Con ese complot —a juicio de Bosch— los norteamericanos no apoyaban simplemente una operación que resultó exitosa. Lo central fue el aprovechamiento norteamericano de la crisis económica que vivía el país para fortalecer a la oligarquía dominicana, hasta ese momento un grupo políticamente débil. Esto, a juicio del autor, pone en evidencia el interés norteamericano por fortalecer en naciones como la dominicana el poder de los “frentes oligárquicos”. Procede luego, a través de una serie de informaciones, a mostrar lo que a su criterio es el modo cómo los norteamericanos manejaban sus intereses geopolíticos en la región, hasta llegar al análisis de las lógicas de dominación de las empresas transnacionales, cuya dominación es sobre todo económica, a su vez apoyada en el poder geopolítico de los norteamericanos en el área. Refiere así el caso de la Gulf and Western y del Gobierno de

²³ Para detalles de las conspiraciones contra Trujillo y un minucioso estudio de la conspiración del 30 de mayo de 1961 véase a Juan Daniel BALCÁKER, *Trujillo. El tiranicidio de 1961*, Taurus, Santo Domingo, 2007. El estudio de Balcáker es uno de los análisis más completo sobre la muerte de Trujillo y como tal resume la literatura hasta ese momento acumulada sobre el tema.

Joaquín Balaguer en sus relaciones con los Estados Unidos, como un caso representativo de control y dominio geopolítico norteamericano. Pasa entonces a explicar lo que a su juicio fue la clave de la transición democrática de 1978 (no son sus términos), la que se explica, en lo que refiere al cambio de gobierno, tras el triunfo electoral del PRD en 1978, por el hecho del cambio de posición política de ese partido hacia los Estados Unidos, sobre todo al abandono de su oposición a las empresas transnacionales, específicamente la Gulf and Western²⁴. Destaca en ese punto el papel del presidente norteamericano Jimmy Carter en la negociación de la transición en 1978 que en definitiva consistió —a juicio de Bosch— en que, a cambio de que Balaguer aceptara el triunfo de Antonio Guzmán en las urnas, a su Partido Reformista se le reconocería la victoria electoral en cuatro provincias donde en efecto había perdido, lo que le permitiría a Balaguer mantener el control del Senado. Es lo que se conoce en el país como el “gacetazo”. Lo importante es que a juicio de Bosch esa negociación inicia un nuevo estilo de dominación geopolítica norteamericana en el país.

Lo que precede pone al desnudo que con la intervención militar norteamericana de 1965 —en la perspectiva de Bosch— se inicia una nueva etapa de la dominación imperial de los Estados Unidos, donde la motivación económica cede su puesto a la preocupación militar y geopolítica, lo que expresa un cambio en la estructura del poder imperial norteamericano a nivel global²⁵.

²⁴ Es indudable que en este caso, debido a la lucha político-partidaria, Bosch minimiza el papel del PRD en su estrategia de alianza con los grupos liberales norteamericanos, sobre todo con el Partido Demócrata y sus sectores más cercanos a la socialdemocracia europea y a la América Latina.

²⁵ El desarrollo de esa tesis Bosch lo presentará en *El pentagonismo: sustituto del imperialismo* (Obras completas, T. XV, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión

Como puede apreciarse, se trata de un texto no sólo coyuntural sino también polémico. Para comprender su valor hay que reconocer ambos aspectos. El ensayo tiene claramente un enfoque muy diferente al asumido en *Crisis de la democracia de América...*, predominando ahora el interés en el rol imperialista de la política exterior norteamericana en Latinoamérica, la que es calificada como “pentagonista”, queriendo con ello manifestar el predominio militar en la política exterior norteamericana. Recordemos en este tiempo el poder que sobre los militares latinoamericanos tenían los Estados Unidos tras las políticas de seguridad nacional. Se trata de un análisis marxista y de izquierda, pero lo central es el encuadramiento historicista del análisis global que se propone. En este trabajo apreciamos, ciertamente, el papel de la personalidad en la historia, esencialmente de determinados individuos que fueron centrales en los acontecimientos analizados, pero las formas de su intervención a juicio del autor obedecen a determinantes de tipo estructurales, donde la eficacia de la acción del individuo está determinada por grandes fuerzas: clases sociales, grupos de poder, presiones geopolíticas.

Clases sociales y pequeñaburguesía

En *Clases sociales en la República Dominicana* Juan Bosch reúne diversos trabajos de tipo político organizados en torno a la común preocupación por las clases sociales. Esta obra tiene, entre otras, la virtud de agrupar un material que le permite al lector reconocer en un único esfuerzo la visión boschista de las clases sociales. La naturaleza de los diferentes artículos que lo integran no sólo es polémica sino sobre todo política, con lo que muchos asuntos propiamente historiográficos, de manejo de

fuentes, de análisis crítico de documentos, ceden su lugar a la discusión de tesis políticas. Como el propio autor indica, no se trata, entonces, de un libro de historia, sino de debate político, aún cuando el objetivo del mismo no es presentar simples informaciones y describir acontecimientos coyunturales.

A través de un conjunto de entrevistas publicadas en el periódico del PLD *Vanguardia del Pueblo*, poniendo el acento en el tema de la educación política, Bosch describe lo que, en su criterio, constituyen las diversas capas de la pequeña burguesía dominicana. Argumenta que el grueso de la población dominicana pertenece a la pequeñaburguesía. Sin embargo, la misma está claramente estratificada. Distingue tres capas o segmentos pequeñoburgueses (alto, medio y bajo). La capa baja es la que constituye el segmento mayoritario de la pequeñaburguesía dominicana. Lo que quizás caracteriza a este segmento “es que sus bienes de producción son sumamente limitados, son muy pequeños” (p.371).

En este enfoque, donde lo característico del segmento más bajo de la llamada pequeña burguesía es su profunda limitación para el acceso a bienes y servicios, el individuo tiene una profunda limitación para generar capacidades propias y asegurar la movilidad social ascendente. Las pocas capacidades que al fin y al cabo logran adquirir los llamados bajo pequeñoburgueses se producen por la vía informal, de manera asistemática, articuladas en torno a una lógica de socialización particular, que sostiene lo que Bosch denomina despectivamente “el tigueraje”. Según este punto de vista, lo que produce este “bloqueo” en la generación de capacidades formales de movilidad social y satisfacción de necesidades es que el bajo pequeñoburgués no tiene en la estructura social una clara ubicación en las relaciones de producción que la organizan. Argumenta también que tipos sociales como el burgués y el obrero tienen definida su ubicación social, no

así el pequeñoburgués; incluso las capas altas y medias de la pequeña burguesía como el campesinado medio o acomodado también lo tienen, pero no el segmento más bajo.

Según este punto de vista, Bosch sostiene, de hecho, una teoría de la marginación social del pequeñoburgués pobre, como elemento característico del funcionamiento de la sociedad dominicana. “En dos palabras”, escribe Bosch, “la sociedad dominicana desconoce al bajo pequeñoburgués pobre y muy pobre porque no tiene papel en la producción, y como lo desconoce no lo prepara para nada porque no tiene un lugar para él. Nuestros bajos pequeñoburgueses pobres y muy pobres ocuparán cada uno un sitio mínimo en el campo de la producción allí donde encuentran huecos, lugares abandonados, pero la sociedad no los tomará en cuenta. Hay educación para los demás, a cada uno según su posición en las relaciones de producción. No la hay para el que en esas relaciones no tiene lugar definido” (pp.373-374).

En su visión de las capas bajo pequeñoburguesas asume un enfoque propio de la teoría de la marginalidad²⁶. El punto esencial es que a su juicio esta capa social no se encuentra inserta en el marco de las relaciones de producción propiamente

²⁶ La problemática de la marginalidad ha tenido en América Latina una compleja evolución. Es claro que en el enfoque inicial de DESAL (“Desarrollo Económico y Social en América Latina”, Programa auspiciado por el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y social, ILPES, con sede en Santiago de Chile en los 60 y 70) predominaba un enfoque heredero de la escuela de Chicago en sociología, donde el marginado se identificaba con el poblador urbano de barriadas pobres y excluidas. Posteriormente, el debate evolucionó permitiendo reconocer en los marginales a los pobres urbanos, muy en la orientación del antropólogo Oscar Lewis con su teoría de la antropología de la pobreza. Esfuerzos herederos de la teoría de la dependencia, conectaron la cuestión de la marginalidad al análisis marxista (Cardoso, Quijano y Núñ). El análisis del Prealc le dio un giro a ese último debate, desplazando la discusión hacia el llamado sector informal urbano. Hoy día el debate se orienta en torno al tema de la exclusión social y las políticas de combate a la pobreza.

capitalistas, a diferencia de los obreros y los capitalistas cuya relación contradictoria es la que caracteriza este ordenamiento económico o modo de producción. Por esa razón, dado el predominio bajo pequeñoburgués de la formación social dominicana, en *Composición social dominicana*, Bosch caracterizó a la sociedad dominicana como pequeñoburguesa. Ciertamente, esa hipótesis abrió en el país nuevas pistas de investigación en torno al perfil socioeconómico y político de esa sociedad, pero la noción es a su vez problemática, en la medida en que se articula en su definición por una vía excluyente: lo pequeñoburgués es lo característico de un capitalismo atrasado, y sus estratos más bajos se encuentran incluso desconectados de los lazos o relaciones sociales (de producción) propios del capitalismo. De esta forma, aún cuando fenomenológicamente podamos definir la sociedad dominicana como pequeñoburguesa, lo que la caracteriza es que en la misma domina el capitalismo. Hay aquí una tensión que a nuestro juicio en toda la obra de Bosch no se resuelve. Sin embargo, esa tensión es la fuente de muchos aportes de Bosch al análisis de clases dominicano, aunque sus hipótesis requieren en el plano académico de comprobaciones empíricas.

En ese sentido, por ejemplo, el análisis de la psicología de las clases sociales proporciona interpretaciones fecundas acerca de las características y comportamientos de los dominicanos. Lo mismo puede decirse de su estudio de las lógicas de exclusión social que en el fondo es lo que se encuentra en la base del análisis del comportamiento del mundo bajo pequeñoburgués.

Pese a que en el enfoque asumido en *Las clases sociales en la República Dominicana* es ortodoxamente marxista, a la hora del análisis concreto de las clases sus afirmaciones son heterodoxas y como tales no se sujetan al marxismo tradicional, que tiende a reducir el análisis de clase al ámbito

de las relaciones de producción y de ahí deriva la conducta esperada de los actores en el plano político. Bosch no reduce la idea de relaciones de producción al ámbito laboral; por el contrario, generaliza el concepto y lo extiende a ámbitos más allá de los laborales o productivos. Con ello corre el riesgo de un cierto determinismo económico como en efecto ocurre muchas veces en sus análisis de este período, pero también es lo que le permite un análisis de la exclusión social en una lógica de clases e introducir un enfoque propio de la teoría de la estratificación social heredado de la sociología norteamericana. Todo esto ocurre así en el desarrollo de sus análisis, pese a que las premisas de las que parte apelan a la teoría marxista.

De esta forma, a pesar de que la obra se encuentra atravesada por un cierto sociologismo donde la explicación de la conducta social y política de los grupos se deriva de lo que se supone que son los espacios sociales que ocupan, el marxismo de Bosch no es reduccionista. Es el caso del papel que Bosch le asigna a la educación como mecanismo de movilidad social y como medio de formación política. De esta forma, en el tema de la educación en muchos pasajes los análisis de Bosch terminan identificando la noción de “capacidades” que proporciona precisamente la educación, con la idea de conocimiento como recurso para el cambio. Este es un enfoque que autores modernos como Sen han sistematizado²⁷.

A propósito del ejemplo de las trabajadoras domésticas, Bosch introduce la noción de “trabajo” en general como distinto al que realiza el obrero. Este último tiene como eje central la venta o no de fuerza de trabajo. En ese sentido, replantea el asunto del mundo pequeñoburgués: éste no se reconoce por la fuerza del trabajo asalariado, sino precisamente por su

²⁷ Cfr. Amartya SEN, *Desarrollo y libertad*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2000.

debilidad. De esta forma pasa a formular la idea que identifica trabajo asalariado con vínculo con la sociedad (*Cfr.* p.379), conectándolo a la idea de trabajo social. Es indudable que Bosch está tratando de precisar el ámbito de relaciones sociales a partir de las cuales el capitalismo se articula no simplemente como modo de producción, sino como sociedad concreta en la que llega a predominar. Exagera al afirmar que el trabajo de la mujer en el hogar en sentido estricto no es social pero indudablemente revela un serio problema del capitalismo moderno: ¿cuál es el lugar del trabajo doméstico en el capitalismo?

Es este tipo de preocupaciones que permiten a Bosch apreciar con claridad que la dependencia ideológica de las mujeres en sus relaciones familiares respecto a los hombres, en cierto modo se deriva del lugar que ellas ocupan en las relaciones de producción. Es indudable que este es un argumento reduccionista, pero revela un problema, aunque no lo afirma claramente: trata de vislumbrar una lógica patriarcal de dominio masculino, precisamente como consecuencia de la exclusión que aquellas sufren del ámbito de las relaciones de producción del que son excluidas al condenarse al trabajo en el hogar. Claramente hoy sabemos que este es un problema más complejo, por lo pronto el hogar del trabajador ocupa un lugar central en la articulación del capitalismo como modo de producción con el trabajo en la unidad doméstica. Hoy sabemos que el trabajo doméstico es un requisito esencial del potencial de inserción del trabajador en la relación salarial y sabemos también que la propia mujer constituye un ente activo en el proceso de producción, no sólo por su integración al proceso laboral directamente, sino incluso por su papel en la organización del ámbito doméstico. Aún así, la argumentación boschista da un paso más y sostiene que pese a su papel subordinado en el hogar, la

mujer puede y debe encontrar en la política una mediación emancipadora de su condición de sujeto social dominado²⁸.

Luego de los análisis descritos sobre la baja pequeñaburguesía, Bosch procede a presentar un argumento sobre el desarrollo de las clases sociales en República Dominicana. El enfoque es ahora más propiamente histórico, aunque no abandona la disquisición sociológica.

Parte de una evidencia: donde hay capitalismo hay capitalistas, pero no forzosamente donde hay capitalistas predomina el capitalismo. Puede incluso haber capitalismo y no haber burguesía ni proletariado (*Ibid.*, p.387). Esas “anomalías” son las que Bosch se propone discutir en lo que resta de su libro sobre las clases sociales.

En ese sentido acude al ejemplo de las plantaciones esclavistas norteamericanas, que permite reconocer en el sur esclavista de ese país un sistema capitalista anómalo, porque los empresarios esclavistas del sur de los Estados Unidos no se apoyaban en obreros libres, sino en el trabajo esclavo. A este empresariado, recuerda Bosch, Marx le llamó oligarquía esclavista y no burguesía, aunque reconociendo que el sistema de gran plantación era ya capitalista, no así por ejemplo, el empleo de mano de obra esclava bajo el imperio romano²⁹.

²⁸ *Ibid.*, p.380. En los análisis de Bosch podemos encontrar muchos problemas e imprecisiones conceptuales, pero lo esencial de ese pensamiento radica en sus intuiciones sumamente creativas, producto de una compleja inteligencia y de una singular cultura. Por ejemplo, su noción de trabajo productivo es reduccionista al identificarlo con la noción de trabajo asalariado, pero a partir de allí su razonamiento produce una serie de hipótesis innovadoras a propósito de las relaciones entre clases y segmentos de clase que le permiten sostener un enfoque creativo sobre la naturaleza de la sociedad dominicana, siendo esto último lo que finalmente importa.

²⁹ *Ibid.*, p.389. Bosch desarrolla con detalle estos análisis en *Breve historia de la oligarquía* (Santo Domingo, Impresora Arte y Cine, 1971).

Pasa a argumentar entonces que la dinámica del sistema hace correr parejas la formación de clases y el desarrollo capitalista. Por ello sostiene que allí donde el capitalismo esté poco desarrollado las clases sociales que le corresponden (burguesía y proletariado) también lo estarán. Es el caso del capitalismo dominicano dominado por lo que el autor llama el gran capitalismo mundial³⁰.

Ese capitalismo anómalo es el que potenció Trujillo y aún persistía cuando Bosch escribió su ensayo. En ese momento el análisis de Bosch da un giro y argumenta que el “caudillismo”, como categoría sociopolítica, es el producto de un capitalismo de bajo desarrollo económico, social y clasista. Llega incluso a indicar —en una afirmación a nuestro juicio exagerada— que “donde hay desarrollo clasista (como consecuencia de que hay desarrollo capitalista) no puede haber caudillos” (p.393), y procede a brindar el ejemplo de Nixon en los Estados Unidos, contraponiendo el caso de Balaguer en República Dominicana³¹. Sin embargo, el eje del análisis de Bosch es

³⁰ *Ibid.*, p.391. La tesis de la anomalía dominicana y latinoamericana en el desarrollo del capitalismo Bosch la aborda en varios de sus escritos. En *Las clases sociales en la República Dominicana* la recupera a propósito del tema del capitalismo tardío y las clases sociales (p.455 y ss, de esta edición), pero igual se plantea en otros textos. Su idea de lo tardío del capitalismo no se refiere a la fase última del capitalismo, como por ejemplo la desarrolla ERNEST MANDEL en *El Capitalismo tardío* (México, Editorial Era, 1972). Para Bosch lo tardío se refiere a la llegada tarde del capitalismo en una determinada formación social. Lo central, sin embargo, consiste en que esa tardanza produce anomalías en el desarrollo clasista, de acuerdo a lo que podría esperarse sea el canon clásico de formación de clases en una sociedad capitalista desarrollada o madura. En muchos sentidos la tardanza de la llegada del capitalismo en la República Dominicana es lo que le permite a Bosch a entender el predominio pequeñoburgués de la formación social dominicana.

³¹ Claramente el argumento de Bosch es en ese punto exagerado, comprensible por el carácter político de la naturaleza del texto en que se inscribe. Ciertamente los casos de la Alemania nazi y la Italia fascista muestran que los

que, desde el punto de vista de la composición de clases y en la perspectiva de un modelo puro, el débil nivel de desarrollo del capitalismo en una formación social bajo el dominio del capitalismo central, produce una “anomalía” que hay que explicar y esa explicación no la resuelve una teoría ortodoxa de tipo marxista sobre las clases sociales. Claramente, en ese punto Bosch tiene razón. Concluye su argumentación con la idea del nexo entre condiciones sociales y conciencia política del sujeto. La idea de Bosch es que el “momento político”, mediado por la organización, puede generar las condiciones subjetivas que completen o superen los vacíos que deja el bajo desarrollo de una sociedad, desde el punto de vista del interés de clase³².

Pasando por alto algunos capítulos propios del debate político de la época (la discusión sobre el papel de la organización en el proceso de cambio político, lo que constituye el balaguerismo y el perredeísmo, y naturalmente la cuestión electoral) en *Las clases sociales en la República Dominicana*, Bosch reflexiona sobre tres asuntos centrales de sus preocupaciones: la relación y diferencia entre clase dominante y gobernante, la conciencia política y el programa socialista y el lugar de la clase obrera en el capitalismo. Veamos.

totalitarismos pueden desarrollarse precisamente a consecuencia de la competencia intercapitalista a nivel mundial entre grandes potencias y de las luchas sociales e incapacidades del Estado democrático resolver sus crisis. Las figuras de Hitler y Mussolini muestran que pueden haber caudillos allí donde hay capitalismo, lo que desplaza la discusión del terreno específicamente económico al político. Para un análisis del totalitarismo véase a Hannah ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Ed. Taurus, 1974.

³² Con esa afirmación Bosch razona evidentemente como un marxista clásico, muy influenciado por Lenin. Sin embargo, como ya se ha visto, a lo largo de su análisis de la estructura de clases dominicana no se aprecia un Bosch en modo alguno ortodoxo, más aún se reconoce un Bosch innovador, precisamente a propósito de su visión de la estratificación de clase, la conducta de la pequeña burguesía y el pensamiento mismo de las oligarquías.

Una preocupación permanente en el escritor y político dominicano es la de la clase gobernante, la cual tiene estrecha correspondencia y de ella deriva un tema más inclusivo: la correspondencia esperada entre estructuras políticas y ordenamiento económico y social. Como marxista, e incluso antes de su abierta vinculación a esta perspectiva teórico-política, Bosch mantuvo la preocupación sobre el desarrollo de las instituciones políticas y el ordenamiento social y económico en la que descansa. El tema de la clase gobernante es un producto de esta problemática intelectual.

De eso deriva otro asunto verdaderamente significativo: si bien en el plano económico una clase social puede sostener un orden de dominación, la traducción de este dominio en el plano de lo político exige una mediación que especifica las condiciones del dominio; cuando esto ocurre, se dice que una clase dominante se ha hecho gobernante. Esa capacidad depende de condiciones institucionales, pero también de un cierto *ethos* cultural que deben tener quienes detentan ese dominio. Por ejemplo, al decir de Bosch, en países de alto desarrollo quienes ejercen la función política lo hacen con un alto nivel de especialización y para ello adquieren una preparación particular, pero también asumen una ética que se corresponde con su función. Esto último conduce a otro asunto: el de la armazón u organización del Estado capitalista como condición institucional imprescindible para que una clase dominante se haga gobernante³³. Bosch es muy claro al establecer

³³ Llama la atención que Bosch, en sus escritos —que sepamos— no hace referencia alguna a la teoría de las élites en ciencia política cuyos referentes son Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto. Al parecer llegó a la preocupación en torno a la clase dominante-gobernante por una vía distinta a la teoría de las élites. Tendemos a creer que ese camino se lo trazó su conocimiento de la sociedad norteamericana, específicamente del Estado, y su larga experiencia en sociedades como la cubana, la mexicana y la venezolana, pero este es un tema de investigación abierto.

que, sin embargo, no se trata de que la clase gobernante se reconozca en que sus miembros tengan simplemente una cierta especialidad en el tema de la política. De lo que se trata es que el grupo dominante debe tener la capacidad de articular políticas que se correspondan con el dominio institucional que se tiene sobre el Estado. Es esto último lo que lo convierte en grupo gobernante.

Estrechamente unido a esa preocupación se encuentra otra de carácter político-partidario. Se trata en este caso del debate sobre la organización política y la conciencia política. Aquí Bosch insiste, como dirigente político, en la necesidad de alejarse del ultraizquierdismo, en reconocer las condiciones específicas de cada situación histórica y en sostener los niveles propios de una organización política de inspiración socialista. De hecho destaca muchas de las ideas leninistas sobre el tema de la organización, pero en ningún momento de su escrito expresa una posición leninista. En ese punto algunos sectores de la izquierda dominicana criticaron las ideas de Bosch viendo en ella un leninismo inconfesado. Pensamos que el asunto es diferente. Como presidente del PLD, asumió claramente la idea de que la organización del partido era requisito del éxito político, sobre todo en una sociedad donde el ascendiente pequeñoburgués de sus estructuras producía —en su enfoque muy particular sobre el asunto— una suerte de tendencia entrópica a la dispersión social y a vicios oportunistas. Para resolver esto no se podía simplemente calcar experiencias históricas e importarlas a la realidad nacional. El asunto implicaba reconocer lo específico de la situación, en este caso dominicana, para de ahí definir el estilo de organización que se correspondiera con la situación concreta. En ese sentido Bosch actuaba como un marxista y es precisamente por ello que insistía en que no era un leninista.

En correspondencia con esa preocupación, en *Las clases sociales en la República Dominicana*, Bosch discute el tema de la clase obrera y el capitalismo. Esta última parte de su libro reúne en realidad una serie de trabajos publicados en *Vanguardia del Pueblo*, entre 1978-1979. Su estilo es polémico, aunque se trata de una reflexión que persigue situar la importancia política de la clase obrera en la República Dominicana.

Más allá de la crítica al PRD, propia de la coyuntura política de 1978, Bosch se preocupa por situar el verdadero alcance, y la importancia del tema, de la clase obrera para la lucha política. Trata de demostrar que el capitalismo moderno dominicano surge en realidad con Trujillo en torno al sector azucarero de mediados del siglo XX. Presenta luego una detallada descripción del proceso de concentración industrial que persigue mostrar el sesgo monopolista del proceso de desarrollo industrial dominicano, y el poco espacio que quedaba para la clase obrera industrial no azucarera. Luego señala que en el caso de la empresa trujillista había una contradicción de origen: el monopolio industrial trujillista al apoyarse en el Estado llevó los vaivenes de la política al horizonte de futuro de la industria, lo que convirtió en un problema del desarrollo lo que era propio de las características del despotismo político. En el caso que nos ocupa esto queda claro en el plano internacional con las sanciones que en 1960 impuso la OEA al país, como represalia por el atentado de Trujillo al presidente Rómulo Betancourt de Venezuela.

Bosch prosigue con un análisis que muestra que el aumento de los salarios obreros en los años sesenta en realidad no fue el producto ni de un aumento de la productividad del trabajo ni del poder del movimiento sindical, sino de las presiones de las masas populares en esos años sobre el Estado. Y concluye su razonamiento con una argumentación

sobre la pequeñez de la clase obrera³⁴, en la que el objetivo es demostrar que, dada esa característica del mundo del trabajo dominicano, es difícil que una política socialista se sostenga apoyada en el movimiento obrero.

Las clases sociales en la República Dominicana resume la posición de Bosch sobre un tema caro a su pensamiento: la estructura de clases dominicana. Esto no fue casual, el tema de las clases, vinculado a sus preocupaciones históricas, en gran medida daba asidero intelectual y sentido político a las luchas políticas que en el curso de su vida libró, en muchos sentidos a contrapelo de lo que sus propias conclusiones intelectuales establecían sobre el carácter pequeñoburgués de la formación social dominicana.

La historia dominicana y la pequeñaburguesía

En muchos sentidos para Juan Bosch la historia dominicana, desde la Primera República en el siglo XIX hasta los finales del siglo XX, es la historia de la pequeña burguesía. Con esa hipótesis propone una explicación del desarrollo histórico dominicano desde la proclamación de la Independencia Nacional el 27 de febrero de 1844, hasta la anexión a España en 1861.

Visto desde hoy, cuando tenemos un trabajo historiográfico acumulado en torno a la formación social dominicana, sus tesis no resultan tan llamativas, pero apreciadas en el momento en

³⁴ Claramente Bosch hace referencia al punto: “[...] la clase obrera dominicana es numéricamente muy pequeña, lo que se explica debido a que el desarrollo industrial del país es reciente, si se exceptúa el caso de los ingenios azucareros que hasta muy avanzada la dictadura de Trujillo operaban como islas económicas, a base de capitales, gerencia y mano de obra extranjeros; y sirven para que nos demos cuenta de que precisamente a causa de las razones que explican su limitación numérica, nuestro proletariado tiene escaso desarrollo político y por tanto no ha formado aún conciencia de clase, aunque hay indicios de que está en vías de hacerlo” (p.590).

que se produjeron, hay que reconocer que las mismas abrieron nuevos rumbos al trabajo del historiador, al fortalecer un enfoque social del trabajo historiográfico.

Bosch asume también la premisa de que en la isla Española nunca hubo feudalismo. Sostiene que el proyecto nacional mismo de fundación de la República fue un producto de la pequeñaburguesía capitalista encabezada por los patricios Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella. Para la ejecución del proyecto, sin embargo, los trinitarios tuvieron que aliarse a los hateros del este dominicano (terratenientes) y con la pequeñaburguesía haitiana. En la formación de la Primera República el proceso político estuvo caracterizado por la tensión entre pequeñoburgueses republicanos y el poder terrateniente de los hateros del Este desde el momento mismo de la independencia el 27 de febrero de 1844, hasta la Anexión a España en 1861, donde se impone la visión neocolonial hatera. La contradicción era clara en el diseño estratégico para sostener la República: la pequeñaburguesía liberal proponía una lucha contra Haití sin alianzas con el poder extranjero, los hateros entendían que para vencer en esa lucha era necesario un cierto tipo de protectorado extranjero, francés o español. Bosch describe en detalle el desarrollo de ese proceso.

Destaca que, pese al esfuerzo de los trinitarios, fue Pedro Santana el fundador del Estado dominicano, ya que fue durante su gobierno que se proclamó la Constitución de 1844 con la que comenzó a organizarse el Estado. De esta forma los hateros pasaron a ser, además de un poder social y económico, el poder gobernante. Sin embargo, cuando esto ocurrió el poder hatero se encontraba en declive, siendo poco a poco desplazado por los exportadores de tabaco de la banda norte. El rol intermediario de estos últimos los fue convirtiendo en el eje articulador del pequeño productor campesino del Cibao.

Fue a partir de dichos comerciantes que se constituyó el núcleo de una burguesía mercantil, base de los llamados “liberales” cuyo líder era Duarte, a quien se oponían los conservadores, cuyo jefe indiscutible era Santana.

Santana tuvo que dejar el poder en 1848, dos años antes de terminar su primer mandato, siendo sustituido por un Consejo de Ministros. El 8 de septiembre ese Consejo eligió al general Manuel Jimenes Presidente de la República, que era partidario de Duarte. A partir de ese hiato del poder hatero, Bosch analiza la crisis política que sucedió como consecuencia de la crisis de la economía mundial de 1848. La misma agudizó el enfrentamiento entre hateros y pequeñoburgueses comerciantes y productores campesinos.

La lucha contra Haití terminó concentrando el poder militar en Santana. El 30 de septiembre de 1849 Santana ocupó la Capital de la República obligando al presidente Jimenes a exiliarse. Es a partir de ese momento que el liderazgo liberal, según Bosch, pasa a mano de Buenaventura Báez³⁵, el cual terminó desplazando el liderazgo de Duarte y los trinitarios.

A partir de ese momento Bosch describe con precisión las vicisitudes políticas del país que culminan con la anexión a España en 1861. La idea central es que pese al poder creciente de los comerciantes de la banda norte, el poder efectivo continuaba en manos de Santana debido a su control del aparato militar que se enfrentaba a Haití. Los errores de la política monetaria de Báez, su clara debilidad militar frente a Santana, fortalecieron a la larga el poder militar hatero, pero

³⁵ Bosch caracteriza a Báez como un típico pequeñoburgués, el cual había hecho su fortuna como comerciante maderero en el sur del país. Indica luego que en una sociedad como la dominicana de la época muy pocas personas adineradas podían reconocerse como empresarios capitalistas. Si alguien lo fue es el caso de Juan Isidro Jimenes, comerciante y acaudalado terrateniente (*Cfr.* p.647 y ss de este volumen).

sobre todo llevaron a los “liberales” menos comprometidos con el ideal nacional, liderados por Báez, al compromiso con los hateros, cuyo espacio de articulación fue a la larga la vuelta del poder colonial español.

La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana es, a nuestro juicio, uno de los más importante escritos de Bosch donde trata de proponer una explicación no sólo de lo que el autor llama “el atraso del desarrollo de clases” en la sociedad dominicana, sino de la especificidad misma del desarrollo político nacional y sobre todo de las dificultades del desarrollo democrático en el país. Vale la pena por ello detenerse un poco en el asunto.

A nuestro juicio, nuestro autor plantea, en ese ensayo, la hipótesis de que la Primera República fracasa no por la alianza entre la pequeña burguesía (que pasó a ser liderada por Buenaventura Báez) y los liberales con los hateros, sino por la debilidad del desarrollo económico y social capitalista, que daba pie al poder militar de los terratenientes del Este con Santana a la cabeza. ¿Cuál era en ese marco la especificidad de lo político? Vale decir, ¿cómo se producía y articulaba el poder en una sociedad de ese tipo? Esa es, a mi juicio, la contribución de Bosch en el estudio de la historia social de ese período.

Sostiene que en una sociedad pequeñoburguesa el poder tiende a moverse hacia las esferas sociales donde se controla el eje que articula la vida económica, la tierra. La subordinación del campesinado al poder terrateniente define el otro elemento de ese *continuum*: el poder militar, que tiende a permanecer en manos terratenientes, ya que los ejércitos se reclutan de la base social campesina.

Sin embargo, en la coyuntura histórica de la Primera República, el poder de los hateros o terratenientes del este, estaba socavándose, en parte por la emergencia de un polo económico alternativo en el norte (los comerciantes exportadores), pero

también debido a la crisis política misma a que conducía la realidad de la guerra contra Haití, que a la larga ponía en problemas la estabilidad del lazo que articulaba el poder terrateniente: su capacidad de movilización militar del campesinado.

En la conjunción de ambos elementos surgió un poder político alternativo sostenido en un nuevo esquema o base social, el que articulaba las relaciones entre los campesinos pequeñoproductores y los intermediarios exportadores en la banda norte. Sin ese nuevo espacio social era difícil que los llamados liberales hubiesen podido articularse como opción política. De todos modos, la alianza liberal-hatera que hacia 1856 se articula a través de las figuras de Báez y Santana, no puede explicarse —y esta es la novedad del argumento de Bosch— reduciendo el asunto a las bases sociales que le daban apoyo. La misma en todo caso permite situar los límites del poder de ambos sectores: en uno la fragilidad del poder militar terrateniente que seguía en ese plano siendo hegemónico, en el otro la poca articulación de los exportadores con su base de sustentación, el campesinado. En ambos casos, la clave del problema se encontraba en el atraso de la sociedad campesina.

Es ese el marco que permite explicar no sólo la preeminencia de lo político en una sociedad de ese tipo (pequeñoburguesa como Bosch la define), sino la inestabilidad de sus propias instituciones. De esta forma, las diferencias que en el plano de la política frente a Haití se planteaban, donde los liberales entendían que podían asumir la defensa nacional sin compromisos con los poderes extranjeros y los hateros que planteaban lo contrario, expresan una realidad más profunda: el poder hatero requería para su propia seguridad del apoyo colonial o neocolonial, mientras el emergente poder exportador requería de la independencia del poder colonial, para poder expandir precisamente sus mercados. De esa forma, la alianza liberal-hatera, tras la figura de Báez, era frágil en sus bases

sociales constitutivas. Y si bien la anexión a España se produjo como resultado del poder de la clase terrateniente, no es menos cierto que la ruptura de esa alianza no sólo abrió el camino para la anexión, sino que dos años después enfrentó a los anexionistas con las fuerzas restauradoras, ahora reagrupadas por un nuevo liderazgo político, tras la ruptura del poder exportador del norte y de la propia clase política liberal, con su viejo líder Buenaventura Báez.

La Primera República fracasó por la debilidad de las fuerzas liberales que sí creían en la independencia, lo que es lo mismo que decir por el poder terrateniente conservador de orientación anexionista que no creía en ella. La Restauración no sólo expresó la fuerza política del antianexionismo, sino también el reconocimiento de un nuevo poder que emergía a la luz del nuevo ciclo económico que vinculaba al país al capitalismo mundial, en su orientación comercial-exportadora. Esa nueva situación dada por la economía mundial, en el plano local dio paso a un nuevo ciclo político, el cual, tras la Guerra de la Restauración (1863-1865), sentó las bases liberales de la economía exportadora dominicana y se prolongó de alguna manera hasta la muerte de Ulises Heureaux en 1899, tras cuyo poder se sentaron las bases de la nueva economía de base exportadora en torno a la producción azucarera³⁶ que organizaría la economía dominicana prácticamente hasta poco más allá de 1880.

³⁶ Una discusión distinta, que Bosch no desarrolla en su ensayo, es la del nuevo fracaso liberal tras la muerte de Ulises Heureaux en 1899. Bosch emprende esa tarea en su obra *Composición social dominicana*, donde analiza ese nuevo ciclo económico-político que a partir de Heureaux inaugura el capitalismo moderno de base azucarera. Sobre este período de la historia dominicana ha ido construyéndose una importante literatura. Sobre el tema del desarrollo nacional y la economía azucarera véase, a título de ilustración: Franc BAEZ EVERTSZ, *Azúcar y dependencia en la República Dominicana*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1979;

El análisis de Bosch en *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana*, aunque se limita al estudio del fracaso de la Primera República (1844-1861) contiene argumentos importantes que conectan con razonamientos de mayor alcance que ya había desarrollado en *Composición social dominicana*. El ensayo sobre la pequeñaburguesía muestra con claridad su idea de que a partir de una base pequeñoburguesa es difícil que en un país se fortalezca un desarrollo político moderno. De todos modos, en el ensayo en cuestión como en su obra mayor sobre la composición social dominicana hay una tensión consistente en el análisis de hecho de la base pequeñoburguesa del país y la imposibilidad de un desarrollo político moderno, por un lado, y la conciencia política y el esquema organizativo (partido) que debe impulsar una organización socialista como mediación necesaria para superar esa tensión entre desarrollo político e insuficiencia de desarrollo y atraso social y económico. La visión de Bosch fue siempre la de la voluntad política, la de la intervención en la historia y su apuesta concreta: la de la organización de un partido político. A partir de 1973 hasta su muerte Bosch pensó que ese instrumento era el PLD. Pero esto último ya no es objeto de discusión propiamente académica, aunque su consideración es imprescindible para reconocer precisamente los valores y conciencia moral que animaba a Juan Bosch como analista de la historia.

***Democracia, capitalismo y geopolítica:
la contribución de Bosch al análisis socio-histórico***

La obra de Juan Bosch desde una perspectiva histórico-política se organiza en torno a varios núcleos problemáticos que

Bruce CALDER, *El impacto de la intervención. La República Dominicana durante la primera intervención norteamericana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989. Una de las mejores introducciones a la historia política dominicana entre finales del siglo XIX y 1930 continúa siendo de Luis F. MEJÍA, *De Lillís a Trujillo*, Caracas, Editorial Élite, 1944.

atraviesan su larga trayectoria intelectual. A riesgo de ser un poco reduccionistas, a nuestro juicio cuatro ejes problemáticos organizan esa larga trayectoria intelectual, a saber: a) la preocupación por la construcción de la democracia, b) el papel del Estado en la construcción de la modernidad política, c) el carácter del capitalismo (tardío) dominicano y d) el condicionante geopolítico norteamericano sobre el Caribe y específicamente en la historia dominicana. En lo que sigue plantharemos una reflexión en torno a cada uno de estos ejes.

Democracia

En lo que quizás podamos definir como una primera *fase temprana*³⁷ del desarrollo intelectual de Bosch hasta avanzada su *fase tardía*³⁸, la democracia es una constante problemática que atraviesa toda su obra³⁹. En principio la democracia surge en el horizonte intelectual como un ideal de lucha contra la autocracia trujillista. Evoluciona luego como el objetivo central de la política de desarrollo, se convierte luego en su

³⁷ Podríamos reconocer en esta fase sus ensayos sobre Cuba, Costa Rica y Venezuela, sobre Trujillo, la crisis de la democracia dominicana y otros textos coyunturales, así como discursos políticos hasta 1965.

³⁸ Su fase tardía es la más rica y productiva. La misma se desarrolla aproximadamente a partir de los años setenta. El punto de inflexión más importante de esta fase la define su reflexión organizada en torno al proceso histórico dominicano, cuya síntesis principal es *Composición social dominicana*. En esta fase apreciamos una diversidad de preocupaciones y problemática, que a nuestro juicio la organiza una preocupación mayor, la de la especificidad del desarrollo capitalista dominicano, tales como: las clases sociales, el lugar histórico de la pequeñaburguesía, el papel de las oligarquías en la historia política. En esta fase se aprecian preocupaciones mayores como es la de la historia del Caribe en la perspectiva de su lugar en la geopolítica mundial y el militarismo (pentagonismo) creciente de la política norteamericana, entre otros aspectos.

³⁹ Dada la organización de la publicación de las *Obras completas* de Juan Bosch nos tenemos que limitar al análisis de las obras reunidas en el presente tomo XI. En los estudios de los tomos IX y X Juan Daniel Balcácer analiza buena parte de la obra socio-histórica de Juan Bosch, en particular *Composición social*

expresión político-representativa en un objetivo crítico de la política norteamericana hacia Latinoamérica y en un discurso antioligárquico, hasta aparecer como una imposibilidad de realización política, en función de las limitaciones societales y estatales del capitalismo “tardío” dominicano. En ese periplo la preocupación por la democracia evoluciona de su expresión puramente política (representativa) a su dimensión social e internacional.

En *Crisis de la democracia...*, aunque Bosch conserva “la fe” en el ideal democrático, hay una visión escéptica hacia el porvenir de la democracia en la región. En esta obra se expresa ya una visión del desarrollo democrático en el cual, a pesar de concentrarse en la democracia representativa y de que ésta sea el objeto de su escepticismo respecto a su futuro, se aprecia un esfuerzo por reconocer la dimensión social de la democracia desde el punto de vista de la justicia social que de alguna manera este régimen político debe impulsar. Se aprecia también una argumentación consistente respecto a la incapacidad de los grupos dominantes para asumir el discurso y la práctica democrática.

En sus trabajos de 1965 sobre la Revolución Constitucionalista su escepticismo acerca del porvenir de la democracia representativa se extiende a una visión geopolítica, surgiendo los Estados Unidos como un elemento actuante en el bloqueo a las posibilidades de desarrollo democrático en naciones como República Dominicana, en tanto esfuerzos como la Revolución Constitucionalista de 1965 son bloqueados militarmente por ese país, en beneficio de

dominicana y La guerra de la Restauración. En el tomo XIII Pablo Maríñez estudia *De Cristóbal Colon a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial*, y en el tomo XV analiza *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*. Para mayor información remitimos a esos estudios.

los grupos dominantes que, como las oligarquías, aparecen en ese escenario como antidemocráticos⁴⁰.

La crítica política de Juan Bosch a la expresión representativa de la democracia en sus ensayos de 1965 y 1985, publicados en este volumen, asume un carácter nacionalista, que se explica claramente por el papel interventor de los Estados Unidos en la República Dominicana frustrando así la Revolución Constitucionalista. Es en este contexto que Bosch defiende el carácter democrático de la revuelta armada dominicana de 1965, pero también es a partir de ese momento que pierde claramente la confianza en los Estados Unidos como agentes de cambio democrático, afirmándose en él, a la vez, su convicción sobre la incapacidad de los grupos dominantes tradicionales (oligarquías) para sostener procesos de democratización.

En su extenso ensayo *La República Dominicana: causas de la intervención militar norteamericana de 1965*, escrito veinte años después de la revuelta de abril, nos encontramos con un Bosch claramente marxista. Su escepticismo sobre la democracia deja de ser una duda, pasando a ser una convicción acerca de la imposibilidad de desarrollo de su forma representativa. La democracia queda claramente condicionada a los intereses regionales norteamericanos, tanto geopolíticos como económicos, surgiendo el fantasma de las empresas transnacionales como mecanismos de dominio neocolonial.

En *Clases sociales en la República dominicana* el tema de la democracia cede su puesto a la preocupación por el desarrollo

⁴⁰ Es importante reconocer que la crítica de Juan Bosch a las oligarquías como sujetos no democráticos no se limita, ni refiere exclusivamente, a la dimensión político-representativa de esta forma de Estado, sino —y quizás de manera principal— a la incapacidad oligárquica por asumir la dimensión social del ideal democrático. Este aspecto está muy presente en *Crisis de la democracia...* al analizar el apoyo oligárquico al golpe de Estado de 1963 que derrocó su gobierno.

del capitalismo y la formación del Estado moderno, siendo su eje articulador el rol de las clases sociales en el desarrollo capitalista. Finalmente, en *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana*, desde la perspectiva de la democracia su mejor aporte es la convicción de que no puede haber Estado moderno y, en consecuencia, democracia efectiva, allí en donde predomine en la formación de clases la pequeñaburguesía.

Estado

La segunda línea de reflexión intelectual que nos interesa destacar de la obra de Bosch es la relativa al Estado como categoría política. Para el autor el Estado es un eje central de su explicación sobre la crisis política posttrujillista. Más aún, de cierta manera esa crisis la caracteriza como una crisis de una forma de Estado y la lucha por el establecimiento del Estado democrático.

De ese enfoque derivan muchos elementos que dan coherencia a su análisis, veamos al menos cuatro:

- a) Su insistencia en que es la búsqueda del control del Estado por parte de la oligarquía dominicana, tras el partido que la representaba (Unión Cívica Nacional) el mecanismo que estos grupos diseñaron para pasar a consolidarse como una clase económica, dejando de constituir un grupo de estatus y de poder político. Desde el punto de vista teórico este argumento lo que está planteando es que el proceso de construcción de las clases encuentra uno de sus ejes articuladores en el Estado, pero va más lejos al invertir la visión marxista tradicional a partir de la cual las clases se constituyen primero como sujetos económicos, para luego producir su subjetividad política. En ese sentido la tesis de Bosch es teóricamente subversiva: sostiene que en una formación social como la dominicana bajo la dictadura de Trujillo,

el dominio totalitario del Estado margina económicamente a los grupos oligárquicos tradicionales, convirtiendo al Estado en el factor central de constitución de su objetividad como grupo económico. La conciencia de esa necesidad plantea una controversia de tipo teórica, muy poco discutida: derivada de su posicionamiento político se intenta construir su objetividad como grupo económico.

- b) El otro aspecto es la importancia de la cuestión militar en la construcción del Estado. En *Crisis de la democracia...* el tema es crucial para explicar la coyuntura y para la articulación de la propuesta interpretativa de la sociedad dominicana de la época; en su estudio sobre la pequeña burguesía el tema es central para comprender el poder de las clases terratenientes y su capacidad de control del Estado. En *Clases sociales en la República Dominicana* el asunto aparece como un componente necesario de la organización del poder político. Quizás lo principal del análisis boschista de la cuestión militar es su insistencia en asumir su análisis estrechamente conectado a las clases sociales, y en consecuencia a la sociedad, pero a partir del lugar ocupado por el poder militar en el juego de fuerzas que “ocupan” el espacio estatal.
- c) El tercer aspecto que debe destacarse es el institucional. Cuando Bosch hace la crítica a la endeblez institucional de la democracia representativa dominicana lo que tiene en la mira es la debilidad institucional de una forma de Estado. Esta problemática está presente sobre todo en *Crisis de la democracia...*, pero también en numerosos artículos y textos polémicos. La cuestión está presente, aunque en otra variante interpretativa de tipo marxista, en sus análisis históricos sobre la pequeña burguesía dominicana. La preocupación también aparece en su libro

sobre las clases sociales ya analizado arriba, aunque ciertamente en esta obra la reflexión sobre el Estado constituye un tema subsidiario o dependiente de la preocupación por el desarrollo del capitalismo y la formación de las clases sociales.

- d) El último aspecto de la preocupación sobre la cuestión del Estado en la obra de Bosch es el relativo a la clase gobernante. Sin aparentemente ninguna conexión intelectual con los teóricos de las élites (Mosca, Pareto y Michels), ni de Gramsci, llega a esta discusión preocupado por dos asuntos estrechamente relacionados: el del ordenamiento institucional del Estado capitalista y el del desarrollo político de las clases. La clase gobernante constituye de alguna forma el punto a partir del cual se articulan ambos elementos, es decir, la clase gobernante expresa a nivel del dominio institucional del Estado la capacidad de dominación y organización política de una sociedad por parte de la clase que ejerce la dominación.

Capitalismo tardío

De esta forma arribamos a la preocupación de Bosch por el desarrollo del capitalismo. Si uno contempla el asunto con una mirada amplia que cubra las dos fases de la evolución de su pensamiento, podemos reconocer que el tema del desarrollo siempre fue un elemento característico de sus preocupaciones intelectuales. En su fase temprana el desarrollo aparece como un aspecto subsidiario de la preocupación por la política, porque en dicha fase el eje central es el análisis del poder político de la dictadura y la lucha por la democracia. Aun así, en esa fase apreciamos que la dictadura no puede ser caracterizada sólo por el despotismo totalitario, en ella también gravita el carácter de empresa económica monopolista que Trujillo le insufló a su dominio político del Estado. En la

fase posttrujillista, los problemas de la democracia no son vistos como simples productos de la lucha contra los remanentes de la dictadura, sino principalmente como la expresión de una sociedad atrasada en lo económico y con grandes injusticias sociales. Es claro que en ambos momentos el análisis de lo político se apoya en una preocupación y caracterización de los problemas del desarrollo.

De manera implícita el tema aparece en diversas obras tempranas de Bosch, como *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo* (1959), pero es a partir de los setenta donde la preocupación por el carácter tardío del capitalismo dominicano se define como núcleo intelectual propiamente dicho y como herramienta de interpretación histórica. Propiamente es en *Clases sociales en la República Dominicana* donde se aborda claramente el tema⁴¹.

El primer aspecto que hay que destacar es que bajo el concepto de capitalismo tardío, de clara inspiración marxista, se recupera la problemática de la arritmia histórica que, como hemos visto, trata de abordar algunas de las especificidades del desarrollo histórico nacional. Naturalmente, envuelta en otra matriz conceptual, la idea de arritmia se transforma, siendo sustituida por un concepto más inclusivo, el de desarrollo capitalista tardío. Aquí hay dos elementos esenciales: en primer lugar, se trata de analizar no el desarrollo histórico dominicano en general, sino su fase propiamente capitalista, vale decir, moderna; en segundo lugar, se compara este desarrollo con un modelo de alcance más general, siendo en referencia a ese modelo que el caso dominicano, a juicio de Bosch, expresa un caso tardío de desarrollo capitalista.

⁴¹ Ciertamente, en su obra mayor, *Composición social dominicana*, la preocupación también está presente. Asimismo, se expresa en otros trabajos, aunque de manera secundaria, como en *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana*.

El carácter tardío del desarrollo capitalista dominicano pasa a constituir el factor explicativo central de los problemas de la modernidad política y de la formación de clases en particular, siendo esto lo que explica en la formación social el lugar de la pequeñaburguesía en la estructura de clases. Es de esta forma que la idea de capitalismo tardío se constituye en la clave o puerta de entrada para el estudio de la dinámica histórica, al menos en su fase moderna a partir de la formación de la Primera República en 1844.

Geopolítica

La dimensión internacional de la política es una clara constante en la obra intelectual de Bosch. Pero esta preocupación adquiere diversas orientaciones y matices analíticos en las diversas fases del pensamiento del autor.

En su fase temprana, en los sesenta, es claro que en la discusión sobre el desarrollo democrático de la región latinoamericana las relaciones internacionales ocupan un importante lugar. Sobre todo le permiten al autor articular un marco de referencia regional a partir del cual se mide la calidad del desarrollo democrático nacional. Eso es claro en sus discursos políticos a su regreso del exilio y se aprecia en *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*.

Tras el golpe de Estado de septiembre de 1963, la geopolítica pasa a ocupar un lugar privilegiado en los análisis políticos e históricos de Bosch. En *Crisis de la democracia...*, se señala claramente que hubo una dimensión geopolítica entre los determinantes centrales del golpe de Estado, aunque explícitamente en ningún momento Bosch acuse, en esta obra, a los Estados Unidos de haber apoyado el golpe, como ya hemos visto arriba. También la geopolítica aparece largamente como un elemento central para el análisis de la acción y cosmovisión de los principales actores políticos nacionales,

dado el rol que en la crisis posttrujillista pasaron a jugar directamente los Estados Unidos.

Es en los artículos de 1965 donde se produce una clara inflexión en la mirada de Juan Bosch sobre la influencia norteamericana en la región y particularmente en la República Dominicana. En esos artículos, aunque mantiene una clara convicción democrática, insiste en que los Estados Unidos parecen estar dispuestos a sacrificar la democracia en defensa de los grupos poderosos tradicionalmente no democráticos. En este sentido, en esos textos se expresa no sólo una dura crítica a los Estados Unidos por la ocupación militar de la República Dominicana en 1965, también la interpreta como una estrategia de tipo geopolítico y, aunque no lo expresa directamente, es claro que esa posición geopolítica tiene que ver con la Guerra Fría, con la presencia de Cuba en la región; pero se puede interpretar igualmente como el producto de un conservadurismo geopolítico que tiene nefastos efectos en la política de los países de la región, ya que asume un perfil conservador, defensor del *statu quo*.

En esa crítica hay un aspecto importante de la nueva visión geopolítica que va emergiendo en el pensamiento de Bosch y es el del carácter militarista del proceder de los Estados Unidos en el Caribe. A partir de 1965 esta interpretación se va fortaleciendo hasta culminar en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* en donde Bosch asume que el tradicional carácter imperialista de la política norteamericana se ha convertido en algo distinto y más violento al fortalecerse la dimensión militar de su expansionismo geopolítico. A este giro Bosch lo identifica como el elemento dominante de la nueva fase de dominio global de los Estados Unidos sobre los países del Tercer Mundo. Completa esta nueva visión de la geopolítica global con predominio norteamericano el papel

que las empresas transnacionales han pasado a jugar en el escenario económico internacional, en estrecha alianza con el elemento político-militar, cuyo ejemplo dominicano fue el caso de Gulf and Western.

El marxismo de Bosch

Está claro que el marxismo, en la obra de Juan Bosch de finales de la década del 50 y mediados de la del 60, no constituye el mecanismo metodológicamente empleado para el análisis social, aunque en ella se puede reconocer que ya en esa época tenía conocimiento de ciertos autores marxistas como Trotsky, por ejemplo. En esa etapa, si bien Bosch no es un marxista, algunas de las preocupaciones centrales del razonamiento marxista sobre la historia están presentes en su obra, aunque es indudable que en esa fase temprana es esencialmente un demócrata firmemente convencido de la necesidad de la democracia en su expresión político-representativa. El marxismo de Bosch es tardío. Se remonta a la crisis política de 1965, aunque su desarrollo como esfuerzo intelectual es de los setenta. Entre 1966 y 1970 escribió mucho. Cubrió una variedad de temas históricos, sociales y políticos en los que ya se hace presente el marxismo. Pero ¿cuál marxismo?

Su marxismo no es precisamente leninista, como el propio Bosch lo señaló en variadas ocasiones. Por ejemplo, en toda su obra no aparece prácticamente ninguna referencia a los textos económicos de Lenin, como, por ejemplo, sus trabajos críticos al populismo ruso, su estudio sobre el desarrollo del capitalismo, y el análisis de la renta capitalista del suelo. Tampoco aparecen referencias claras a la obra política del pensador y dirigente ruso, tales sus textos de análisis de coyuntura, como las llamadas tesis de abril, las que articularon la estrategia bolchevique para la toma del poder en 1917. Ni siquiera

hay referencias claras al *¿Qué hacer?*, escrito tras la experiencia del fracaso de la Revolución Rusa de 1905⁴².

Sin embargo, al crear el PLD en 1973 como un partido orientado a la organización de una élite de cuadros políticos disciplinados en torno a una estructura de mando vertical y cerrada, desde los llamados círculos de estudio, los comités de base, zonales y provinciales, hasta llegar al mando superior del Comité Central y su Comité Político,

⁴² En diversos trabajos políticos publicados en *Vanguardia del Pueblo*, periódico del PLD, Bosch declaró que si bien su obra tenía una influencia de Marx y que como método de análisis entendía que el marxismo tenía una potencia explicativa de la historia, su recuperación del marxismo no suponía compartir la versión leninista del mismo. Sin embargo, varias analogías que se presentan en las trayectorias políticas e intelectuales de Bosch y Lenin resultan interesantes. Por lo pronto, los escritos económicos de Lenin fueron esenciales para la articulación de la estrategia bolchevique, respecto al carácter de la formación social rusa, el carácter burgués de la revolución que podía emprenderse en la Rusia zarista, su posterior visión de la práctica revolucionaria tras el fracaso de la Revolución de 1905, visión que culmina en su libro *El Estado y la revolución*, antecedido por las famosas “tesis de abril” de 1917 que, como se sabe, fueron la base estratégica para la toma del poder en octubre de ese año. En Bosch, por su parte, vemos un pensador preocupado por la naturaleza económica de la dictadura trujillista, las líneas estratégico-políticas que de ello derivaban, lo cual cristalizaba en la estrategia de toma del poder en la coyuntura electoral de 1962 que subvertía la tesis tradicional de la oligarquía concentrada en la contradicción trujillistas-antitrujillistas, y su sustitución por la tesis social que enfrentaba a tutumpotes e hijos de Machepa, vale decir privilegiados y desposeídos. Posteriormente en 1964, tras la experiencia del golpe de Estado de 1963, la reflexión de Bosch coloca en el centro del debate la idea de que los determinantes básicos del golpe hay que ir a buscarlos en la estructura de la sociedad trujillista. En 1965 se inicia una radicalización de su pensamiento político hacia la izquierda, para culminar a partir de 1970 en una visión marxista de tipo socialista en lo político. Como puede apreciarse, la trayectoria de ambas inteligencias es clara en lo relativo al paralelo entre los ejes de la reflexión intelectual y los problemas del desarrollo político en los dos países objeto de las preocupaciones y del obrar político de ambos líderes, aunque los caminos elegidos por cada uno fueran distintos.

es claro que el modelo reconoce una fuente de inspiración leninista⁴³. Sin embargo, la organización creada por Bosch operaba en una sociedad democrática, y el mismo Bosch, aunque profundamente decepcionado por los fracasos de la democracia (representativa) para encarar la tarea de la reforma social, continuaba siendo un demócrata, radicalizado hacia la izquierda, claramente influenciado por el socialismo e identificado con el tipo de análisis socio-histórico marxista.

No es tarea nuestra en este prólogo discutir las complejidades de la empresa política asumida por Bosch, tanto durante su largo liderazgo al frente del PRD hasta 1973, como el que luego pasó a asumir como el líder de un nuevo partido, el PLD. Pero es claro que esa tarea pasó a ser el eje central de su vida, a la cual se sometían incluso sus diversas preocupaciones intelectuales⁴⁴.

⁴³ En sí mismo esto no es una novedad, pues los partidos de inspiración socialista, con sus diferencias en cada caso nacional, asumían un modelo organización donde la referencia inicial era la experiencia bolchevique, puesto que era la experiencia exitosa. Tras la escisión de la internacional comunista y la fundación de la Comintern, la hegemonía bolchevique se hizo total en el seno del movimiento comunista. La otra corriente, la socialdemócrata o revisionista en el lenguaje bolchevique, se alejó claramente del modelo leninista y organizó grandes partidos de masas, como fueron los casos de Alemania, Francia y la propia Inglaterra. En el caso del PLD la novedad es que esa experiencia no se traduce en un calco mecánico del modelo leninista, pero resulta claro que a su vez también se alejó del modelo de organización de masas que adoptaron los grandes partidos socialistas europeos de inspiración socialdemócrata. El modelo que organizó Bosch fue el de un partido de cuadros, que dejaba abiertos espacios de organización de masas, manteniendo un esquema centralista en la organización.

⁴⁴ El marxismo de Bosch se conecta directamente con los clásicos fundadores de ese pensamiento y doctrina, Marx y Engels, sobre todo del primero. Casi no hay referencia a otros autores marxistas en la obra tardía de Bosch. En el caso de Marx, las referencias básicas son tomadas de *El Capital*, concretamente del Tomo I. En los escritos de Bosch de esos años aparecen algunas referencias a las obras de análisis político de Marx como *El 18 brumario de Luis Bonaparte* y *La lucha de clases en Francia*, pero hay pocas referencias a otras obras del

Bosch y la política democrática

Es indudable que la principal contribución de Bosch en la historia política dominicana es el esfuerzo de una vida por la construcción de una sociedad dominicana democrática. Su esfuerzo sin embargo no puede únicamente ser definido ni reconocido en la voluntad política que desplegó y que cristalizaron en la construcción de los dos principales partidos democráticos que ha tenido República Dominicana. Ese fue también un esfuerzo moral e intelectual. Como argumentamos al principio de este trabajo, la actividad política de Juan Bosch no puede comprenderse sin el estímulo intelectual que la orientó.

En este sentido, su obra es ejemplar por cuanto comprometió en un solo obrar histórico el sentido último de todo político que asume una visión ética de su actividad: la de la ética de la responsabilidad de la que habló Max Weber como característica principal de la moral del político, a diferencia de la moral del científico que se orienta por la convicción. Aún así la reflexión intelectual, su trabajo como pensador histórico y fino analista de la política siempre encontró un lugar relevante, lo que nos debe conducir al reconocimiento de que en su caso se produjo una compleja unión entre el obrar político responsable y la convicción del intelectual y pensador a propósito de las decisiones fundamentales de su obrar político.

Ese sentido de responsabilidad en el obrar político de Bosch sostuvo su idea de la democracia como un régimen político que defendió hasta el final de sus días, permitiéndole afianzar

pensador alemán que no tengan que ver directamente con la cuestión del capitalismo. Incluso en sus referencias a *El Capital* Bosch se concentra en los capítulos que tienen que ver con el desarrollo histórico del capitalismo, como los relativos al desarrollo de la manufactura, la organización del trabajo fabril y la acumulación originaria de capitales. Hay también otras referencias a Marx y a Engels en su correspondencia.

una ética de compromisos donde la crítica a la frágil institucionalidad del régimen democrático dio paso, con el tiempo, a la convicción de la necesidad de un nuevo orden social justo, para que el ideal democrático pudiera realizarse más allá del compromiso con su expresión político-representativa. Ese fue, al final, el sentido de su compromiso con el pensamiento socialista y la defensa de un nacionalismo democrático.

En ese trayecto puede diferirse de las fórmulas políticas que en su obrar práctico Bosch pusiera en marcha y quien esto escribe en efecto ha diferido y difiere de muchos de sus puntos de vista. Más aún, se puede estar en desacuerdo con muchas de sus tesis e interpretaciones sobre la historia y la sociología dominicanas y en efecto muchos académicos dominicanos diferimos de él en muchos asuntos de interpretación histórica. Pero no puede desconocerse que sus tesis, precisamente por ser polémicas, ayudaron a dar un sentido distinto a la historia social y a la sociología histórica dominicanas, de lo cual nos hemos beneficiado y nutrido todos los que en algún momento hemos estudiado la historia y la sociedad dominicanas. Lo que resulta indiscutible es que su vida constituye un formidable ejemplo orientador del necesario encuentro entre el compromiso responsable, la orientación moral y el sentido de justicia que debería guiar a todo hombre de Estado, a todo gran líder político, comprometido con la lucha por una sociedad democrática y justa. Su entrega a ese propósito es a mi juicio la principal contribución de Bosch a las luchas dominicanas por una sociedad democrática y justa.

Los escritos de Juan Bosch reunidos en el presente volumen de sus *Obras completas* constituyen expresiones de los principales momentos del despliegue de su pensamiento, en estrecha conjunción con las diversas coyunturas históricas que les dan sentido a los textos aquí reunidos que, particularmente, nos

ponen en evidencia la evolución de un pensamiento crítico compenetrado con su tiempo, capaz de asumir sus retos y compromisos que toda acción histórica conlleva.

La lectura de esos textos nos conduce al reconocimiento de muchos asuntos centrales de la historia política dominicana. Deseamos destacar principalmente tres:

1. La permanente referencia a la necesidad de construcción de una sociedad y Estado democráticos, aunque la interpretación de la democracia en Bosch evoluciona de una visión clásica en torno a su dimensión político-representativa, a una visión crítica de profundo contenido social.
2. Esto último establece el segundo aspecto a destacar: la crítica ante la injusticia social, que lo condujo a una visión radical de la democracia y de hecho al reconocimiento del socialismo como una opción histórica necesaria para acercarse al ideal democrático con justicia social.
3. Finalmente, es necesario destacar la creciente importancia asignada por Bosch a la cuestión internacional, cuyo foco de atención y preocupación principales fueron desde los años ochenta el poder norteamericano y el carácter militarista de su política exterior. Viéndolo de esa manera, el valor de los escritos de Bosch no puede reconocerse sino en estrecha relación con las coyunturas históricas y el devenir político dominicano. Pero es precisamente por esa estrecha relación que sus textos constituyen referencias imprescindibles para la comprensión y conocimiento de la sociedad que le tocó vivir y por la cual luchó.

CRISIS DE LA DEMOCRACIA DE AMÉRICA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

A José Francisco Peña Gómez, y
en él a la juventud del pueblo, semilla
de esperanza en la tierra dominicana.

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN DOMINICANA

Crisis de la Democracia de América en la República Dominicana fue escrito en Aguas Buenas, Puerto Rico, en el mes de julio de 1964, y publicado en tres ediciones en noviembre de ese año, enero de 1965 y febrero del mismo año, las tres hechas por el Centro de Estudios y Documentación Sociales de México. Cada edición fue de 4 mil ejemplares, de los cuales los que llegaron a la República Dominicana fueron menos de 2 mil. Esta edición es, pues, la cuarta, y creo que al aprobar su publicación debo aclararles a sus lectores que al referirme en este libro a las clases que componían en los años de la dictadura la sociedad de nuestro país, yo usé las palabras alta clase media, mediana clase media y pequeña clase media en vez de las que definían esos mismos niveles sociales valiéndome de la palabra burguesía en sus diferentes valoraciones como quedó dicho en el capítulo titulado “Capas de la pequeña burguesía en la República Dominicana”, que figura en las páginas de mi libro *Clases Sociales en la República Dominicana*, del cual se había puesto en circulación la sexta edición en octubre de 1989. En el capítulo mencionado, que aparece en la página 107, digo: “Hay sociólogos que no nos perdonan haber dicho que la pequeña burguesía dominicana tiene cinco capas: la alta, la mediana, la baja, la baja pobre y la baja muy pobre”. En

el año 1964 el término que se usaba no era el de pequeña burguesía sino el de la pequeña clase media.

JB

Santo Domingo, R. D.,
20 de agosto de 1991.

INTRODUCCIÓN

Este no es un libro de memorias y por tanto no hay que buscar en él una historia de los sucesos que hicieron posible establecer en la República Dominicana un Gobierno de elección popular a menos de dos años de la muerte de Rafael L. Trujillo, el tirano por excelencia, y que terminaron con el derrocamiento de ese Gobierno mediante golpe militar a los siete meses de haber tomado el poder. Los que lo lean para satisfacer curiosidad de tipo subalterno quedarán desencantados.

Este libro se ha escrito para poner de relieve ante los ojos de dominicanos y latinoamericanos las debilidades intrínsecas de una sociedad cuyo desarrollo ha sido obstaculizado sistemáticamente por fuerzas opuestas a su progreso. Como resultado de esas debilidades, la democracia, creada por el Pueblo, era también intrínsecamente débil y no podía hacer frente a sus enemigos tradicionales.

La democracia es un régimen político que se mantiene sobre la voluntad de todos los sectores sociales y de todos los individuos que tienen alguna responsabilidad que cumplir como ciudadanos. Si falta esa voluntad, la democracia no puede sostenerse. En la República Dominicana, los sectores sociales más influyentes y los líderes políticos que habían conquistado prestigio luchando contra la tiranía, conspiraron en la forma más vulgar para derrocar el sistema democrático; trabajaron concienzudamente en los cuarteles para llevar a los soldados

a dar el golpe del 25 de septiembre de 1963. Los soldados se dejaron conducir a esa triste hazaña, ¿pero qué había de pedírsele a ninguno de ellos si los doctores, los abogados y los sacerdotes eran incapaces de frenar sus pasiones?

En la República Dominicana se da un fenómeno social digno de estudio: las masas del Pueblo tienen más conciencia, más patriotismo, más concepto de sus deberes ciudadanos que la alta y la mediana clase media, de las cuales salieron los líderes conspiradores de 1963. En ese sentido, las diferencias son muy marcadas. Cualquier desocupado de los barrios pobres de la Capital del país puede dar lecciones de honestidad política a los que fueron candidatos presidenciales en las elecciones de 1962; y la razón no está en virtudes personales del primero y en vicios personales de los segundos; la razón está en que el primero pertenece a un grupo social coherente y los segundos pertenecen a grupos sociales incoherentes.

El lector hallará en este libro una explicación más amplia de lo que acabo de decir, y ojalá le sea provechosa y le sirva para ver los sucesos políticos dominicanos —una parte mínima de los sucesos de América— con las perspectivas que he querido darle. A menudo, en estos países nuestros quieren verse los acontecimientos sociales y políticos en función de los hombres que más se destacan en ellos; y no se ve lo que hay debajo, las corrientes que mueven los suelos, los dedos que manejan los hilos de los títeres. En cierto grado, todos somos títeres de fuerzas más poderosas.

Hasta cierto punto, este libro es continuación de uno anterior: *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*. Aquel fue escrito poco antes de que Trujillo muriera; éste, poco después. Trujillo fue el producto de todas las fuerzas históricas adversas al desarrollo del Pueblo dominicano a contar del día mismo en que Colón descubrió la isla en que se halla hoy la República Dominicana. Pero la tiranía de Trujillo

generó fuerzas nuevas y prolongó muchas de las anteriores. El Pueblo dominicano, que tiene que luchar todavía contra Trujillo algunos años, no sabía que muchos antitrujillistas eran, en realidad, aspirantes a sustituir al tirano, no a liquidar su régimen. El golpe del 25 de septiembre de 1963 sirvió para dejar eso en claro.

Además de los hijos de su sangre, Rafael L. Trujillo dejó numerosos herederos en la República Dominicana. Los dominicanos tienen que limpiar su tierra de esa mala semilla. En el trabajo de limpieza, yo cumplí mi parte como líder político, como presidente democrático, y ahora aspiro a hacerlo con este libro.

JB

Luquillo, Puerto Rico,
31 de julio de 1964.

I A LA MUERTE DEL TIRANO

A mediodía del 31 de mayo de 1961 estaba en San Isidro del Coronado, en las afueras de San José de Costa Rica, en el comedor del Instituto de Educación Política. Acababa de comer y hablaba con uno de los profesores haciendo tiempo mientras llegaba la hora de iniciar las clases de la tarde, cuando llegó un tropel de estudiantes —a la cabeza de ellos un dominicano apellidado Llauger Medina— gritando que habían muerto a Trujillo. Minutos después me comunicaban de la oficina que el Embajador de Honduras en Costa Rica quería hablarme por teléfono. Era para confirmarme la noticia.

Esa misma tarde, mientras los muchachos del Instituto desfilaban con banderas y cartelones por las calles de San José y organizaban un mitin en el Parque Central —en el cual hablamos uno de los estudiantes, José Figueres y yo—, desde la casa de don José Figueres hablé por teléfono con Ángel Miolán, que se hallaba en Caracas, y le pedí que se trasladara a San José cuanto antes y que convocara a la capital de Costa Rica a todos los representantes del Partido Revolucionario Dominicano que estuvieran en capacidad de viajar.

El partido se había organizado desde 1939 en secciones, una por cada lugar donde hubiera afiliados suficientes; cada sección estaba compuesta por los afiliados de ese lugar y era dirigida por un comité seccional, pero todas las secciones se hallaban bajo la dirección superior del Comité Político. En el

momento de la muerte de Trujillo, yo presidía el Comité Político y Ángel Miolán era el secretario general.

Miolán se movilizó sin perder un minuto, se puso en contacto telefónico con varias seccionales y salió hacia Costa Rica vía Panamá. En Panamá, la oficina de la compañía aérea le comunicó que había órdenes de no vender pasajes a los dominicanos que pretendieran viajar por el Caribe hasta tanto no se aclarara la situación que se había producido en Santo Domingo con motivo de la muerte de Trujillo. Miolán pudo averiguar que en las normas de la empresa la vía Panamá-Costa Rica no figuraba dentro de la zona del Caribe sino en la de América Central, y logró que le dieran paso hacia San José. Pero otros delegados seccionales no pudieron viajar y sólo alcanzaron a hacerlo dos que tenían pasaportes norteamericanos: Ramón Castillo, secretario de la seccional de Puerto Rico, y Nicolás Silfa, que tenía igual cargo en la seccional de Nueva York.

Los obstáculos para viajar impidieron, pues, que en San José de Costa Rica nos reuniéramos más líderes del Partido Revolucionario Dominicano. Si no recuerdo mal, el 4 de junio estábamos ya Miolán, Silfa, Castillo y yo discutiendo la salida de la crisis que se le presentaba a nuestro país con la desaparición de Trujillo. Desde el primer momento mi opinión fue que había llegado la hora de entrar en el país, y a medida que fueron llegando los compañeros, hallaba que cada uno tenía las mismas ideas. Todos estuvimos de acuerdo en que había llegado la oportunidad de mover a las masas dominicanas hacia un destino mejor, y no podíamos dejar pasar esa coyuntura.

Pero sucedía que poco antes, el 19 de mayo, y allí mismo, en San José de Costa Rica, el Partido había llegado a un acuerdo con Vanguardia Revolucionaria Dominicana para actuar juntos en cualquiera acción llamada a liquidar la tiranía

trujillista, y ese acuerdo nos obligaba a consultar con la dirección de Vanguardia Revolucionaria antes de dar un paso. Llamamos a Horacio Julio Ornes a San Juan de Puerto Rico. Ornes no podía salir inmediatamente hacia San José debido a los obstáculos para viajes de dominicanos que residieran en el Caribe, ya explicados, y eso nos hizo perder tiempo; todavía perderíamos más, pues a su llegada a San José, Ornes alegó que tenía que consultar con sus compañeros de Puerto Rico, y por último, tras varias llamadas telefónicas a San Juan, concluyó en que su partido no aprobaba el plan nuestro. Los líderes de Vanguardia Revolucionaria creían que ir al país era traicionar la revolución.

En todas esas actividades se perdieron ocho días; pero al fin, el 13 de junio cablegrafiamos al doctor Joaquín Balaguer, Presidente de la República Dominicana, y al Presidente de la Comisión de la Organización de Estados Americanos que se hallaba en Santo Domingo, diciéndoles que si se daban garantías suficientes el Partido Revolucionario Dominicano trasladaría su equipo dirigente a la República Dominicana. Ambos contestaron inmediatamente; Balaguer, diciendo que daba garantías, y el Presidente de la Delegación de la OEA informando que había hablado con Balaguer, y que éste le había asegurado que el PRD tendría garantías para actuar.

Desde luego, el Gobierno dominicano no tenía otra salida. En el libro *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, cuya segunda edición estaba imprimiéndose en esos momentos en Venezuela, yo decía textualmente las siguientes palabras (págs. 178-179): “[...] debido a que Trujillo resumió en su persona todas las debilidades históricas dominicanas, y debido a que sus condiciones personales fueron decisivas en la creación y en el mantenimiento de esa vasta empresa llamada el régimen trujillista, esa empresa depende vitalmente de la propia persona de Trujillo. Tal dependencia es el punto

débil de la tiranía, que no perdurará un día más allá de aquel en que Rafael Leonidas Trujillo pierda el poder o dé la vida. Las circunstancias históricas que lo produjeron a él como ser psicológico, militar, político y económico, no se han reproducido ni se reproducirán en ninguno de sus herederos; ninguno de ellos, por tanto, podrá actuar como él”.

La imposibilidad de que la tiranía se mantuviera saltaba a la vista de cualquiera que hubiera estudiado con seriedad las características del régimen. El 31 de mayo, en el mitin que había tenido lugar en el Parque Central de San José de Costa Rica, afirmé que en Santo Domingo no iba a repetirse el caso de Nicaragua, donde la muerte del tirano no significó cambios sustanciales en el sistema porque los hijos de Anastasio Somoza siguieron gobernando el país como si nada hubiera sucedido. Por otra parte, presumía que Joaquín Balaguer iba a verse en una situación difícil y sería forzado a presidir la liquidación del trujillismo. Yo había estudiado despaciosamente el problema de las castas dominicanas y tenía la convicción de que a la muerte de Trujillo se produciría en forma inevitable la agrupación de los de “primera” para luchar por el poder; y por la forma retraída en que Balaguer se había comportado toda su vida frente a ese sector social, entendía que él no estaría con ese grupo, al cual no pertenecía ni por nacimiento ni por inclinación, pero al mismo tiempo, para no ofrecer flancos vulnerables a los ataques de ese grupo, tendría que comenzar inmediatamente a desmovilizar la maquinaria de la tiranía.

Esos razonamientos se aplicaban a una persona que estaba jugando un papel de primera fila en la crisis dominicana, no a la crisis en sí. Al estudiar la crisis con independencia de los factores humanos que podían ser determinantes, encontraba que la crisis estaba en el choque de fuerzas nacionales e internacionales, de las cuales las que tenían mayor poder

entonces —al mediar el mes de junio de 1961— eran las de tipo internacional; y esas fuerzas obligaban a la totalidad del régimen dominicano —no sólo al Gobierno civil encabezado por Balaguer sino también al poder militar encabezado por Ramfis Trujillo— a ofrecer y mantener las garantías que pedíamos. Si esta suposición era correcta —y los hechos demostraron que lo era—, el Gobierno dominicano no tenía salida: estaba forzado a darle garantías al Partido Revolucionario Dominicano, y con esas garantías el PRD movilizaría al Pueblo para llevarlo a conquistar su libertad y a hacer su revolución.

En el orden nacional, a la muerte de Trujillo no se advirtió movimiento alguno en el país. Ramfis Trujillo, el hijo del tirano, que se hallaba en Europa cuando su padre fue muerto a tiros en la Avenida George Washington de la capital dominicana, voló a Santo Domingo y tomó el mando militar. Ya en el mando, se dedicó a satisfacer apetitos de venganza mediante la cacería de los que habían participado en la conjura que le costó la vida a su padre, y a ir sacando del país la mayor cantidad posible de dólares. El país, mientras tanto, se hallaba paralizado por una crisis económica aguda que tenía su origen primario en la crisis económica norteamericana de 1957, pero que se había agravado en territorio dominicano por dos razones: por el derroche de dinero que había hecho Trujillo en edificaciones suntuosas, no reproductivas, para la Feria de la Paz, y por las sanciones que se le habían impuesto a la República en la Conferencia de Cancilleres de San José de Costa Rica celebrada en agosto de 1960.

A esa crisis económica se había sumado la crisis política producida por la muerte del tirano, y todo ello junto afectaba a las fuerzas armadas, base del poder de Ramfis Trujillo. El heredero militar del régimen necesitaba una victoria internacional que le permitiera ofrecer a sus soldados un porvenir

seguro; y la única victoria internacional posible era el levantamiento de las sanciones americanas. Ahora bien, ¿cómo podían levantarse esas sanciones si se mantenía el régimen dictatorial? Y para dar pruebas de que el régimen dictatorial iba a ser liquidado, ¿qué mejor precio podía pagar Ramfis que el de ofrecer garantías a un partido democrático, cuyos líderes eran conocidos y respetados en toda América?

Sobre la crisis internacional de orden político que padecía el régimen dominicano, y que tan favorable era a los designios del PRD, había una crisis norteamericana en el suministro de azúcar. Los Estados Unidos se habían cerrado a sí mismos el mercado azucarero dominicano mediante una resolución que mandaba no comprar azúcar a países que se hallaran bajo gobierno dictatorial. La medida se había tomado para boicotear el azúcar cubano, pero como todavía Fidel Castro no había declarado que Cuba era un país comunista, resultaba difícil, ante la opinión pública internacional e incluso ante un sector importante de la opinión pública norteamericana, aplicar la resolución sólo a Cuba y no a la República Dominicana, país exportador de azúcar que se hallaba gobernado por una tiranía más vieja que la de Castro y además declarada por la Organización de Estados Americanos fuera de la ley internacional desde el intento de asesinato del presidente Rómulo Betancourt realizado por Trujillo.

Los Estados Unidos, pues, no compraban azúcar dominicano; pero sucedía que en esos meses de 1961 las reservas del dulce que tenían los Estados Unidos iban en descenso, las cosechas de remolacha no eran buenas, la producción de azúcar en países de Asia y de América libres de tiranías amenazaba bajar. Washington, pues, veía la liberalización dominicana como una solución no sólo a un problema político que afectaba su posición ante América Latina, sino además como una necesidad de tipo económico que tenía reflejos serios en

los consumidores norteamericanos. Al mismo tiempo, sucedía que Ramfis Trujillo, y con él su madre y sus hermanos, eran dueños del ochenta por ciento de los ingenios de azúcar dominicanos —entre ellos, de los dos más grandes del mundo—, y la familia Trujillo quería el poder pero quería más el dinero; de manera que entre conservar el poder político en la República Dominicana y obtener dólares vendiendo su azúcar en los Estados Unidos, Ramfis Trujillo titubeaba; y nosotros, los dirigentes del PRD, que nos dábamos cuenta de su situación, aprovechábamos ese titubeo.

¿Para qué lo aprovechábamos? ¿Para lanzarnos a la lucha por el poder?

No; y este no, simple pero rotundo, requiere una explicación.

El estado de agitación política, de malestar económico, de debilidad de las estructuras sociales en que dejaba Trujillo el país requería una conducta muy limpia de parte de los que quisieran conducir el Pueblo dominicano hacia una liquidación gradual, cuidadosa y no sangrienta de los remanentes de la tiranía, lo cual no podía lograrse sin transformar todo el ambiente dominicano. Se requería ante todo preguntarse con verdadera honestidad, y responderse con igual honestidad, qué se buscaba.

Si se iba a la lucha por el poder, podían usarse en ese momento dos fuerzas: la de las armas que estaba en manos de los militares, y la de la presión exterior, que sólo Washington podía manejar. Usar a los militares requería conspirar, y de la conspiración podían surgir algunos generales con el poder político en la mano; además, conspirar era una infamia y nosotros no habíamos luchado tantos años para caer en infamias. Usar a Washington era renegar de los principios que nos habían situado desde hacía largos años en el campo de la revolución democrática. La revolución democrática tenía que

ser básicamente nacional, hecha por las fuerzas del país. Como demócratas, podíamos aceptar ayuda de los demócratas norteamericanos, estuvieran o no en el poder, de la misma manera que la aceptábamos de los demócratas latinoamericanos; pero no podíamos atar nuestra conducta a la de ningún gobierno extranjero, por amistoso que se mostrara con nosotros.

Nuestros fines no podían ser la lucha por el poder sino la movilización del Pueblo, y sabíamos que eso no podíamos hacerlo ni en un mes ni en seis. Al mismo tiempo podíamos tratar de hacer la revolución desde el poder, pero no como partido político sino como parte de un régimen de unión nacional, y eso, como veremos en otro capítulo, no fue posible, por lo cual nuestra función quedó en la primera parte, y para cumplir esa parte —es decir, la de movilizar al Pueblo— no necesitábamos sino de nuestras propias fuerzas.

Esa movilización del Pueblo requería conocimiento del estado de ánimo general, conocimiento de la psicología de nuestras masas sector por sector, conocimiento del punto exacto en que se hallaba cada uno de esos sectores en términos de evolución económica, social y política, conocimiento de las aspiraciones de cada sector y de su capacidad para la lucha. Nosotros creíamos saberlo y en consecuencia trazamos una línea que debía seguirse estrictamente: ir despertando al mismo tiempo la conciencia social del Pueblo y su conciencia política e ir matando simultáneamente el miedo nacional, el miedo que se había metido en los huesos de la generalidad de los dominicanos; y hacer eso dirigiéndonos en primer término a las grandes masas porque pensábamos que eran las que menos deformación habían sufrido bajo las presiones de la tiranía y las que más necesitaban liderazgo. A nuestro juicio, las clases medias estaban deformadas por la fuerza demoledora del trujillismo y se lanzarían a la conquista del poder tan pronto pudieran hacerlo.

La tarea era dura porque de antemano nos restábamos la ayuda de la juventud de los tres sectores de la clase media —la alta, la mediana y la pequeña—, y la juventud de la clase media es el alma de los movimientos políticos renovadores en la América Latina. Sin embargo nosotros, los encargados de trazar los rumbos políticos del Partido Revolucionario Dominicano, habíamos visto claro a pesar de hallarnos en el exilio hacía un cuarto de siglo —y algunos, como Ángel Miolán, durante más de un cuarto de siglo—, y tuvimos razón, pues la juventud de la clase media había trazado su camino antes del 30 de mayo de 1961 y lo había prolongado entre ese día histórico y el 5 de julio, fecha del arribo del PRD a la República Dominicana; y ese camino, aunque la juventud dominicana creía todo lo contrario, no iba a ser el del Pueblo.

Pues había sucedido que en los últimos dos años del trujillato la juventud de los tres sectores de la clase media dominicana se había lanzado a la lucha contra la tiranía; y lo había hecho estimulada, tal vez más que por otra cosa, por el ejemplo de la victoria que había alcanzado en Cuba Fidel Castro contra Fulgencio Batista. Cada joven dominicano de la clase media se sintió hechizado con la ilusión de bajar de una montaña vencedor de Trujillo, aclamado por los pueblos de América. Y sucedía que esa revolución cubana no era la que el Pueblo dominicano estaba en capacidad de respaldar. A mediados de 1961, las grandes masas dominicanas no tenían idea de lo que era la justicia social, no tenían idea de por qué ellas pasaban hambre, sufrían enfermedades y eran ignorantes y esclavas. Entre la caída de Gerardo Machado en 1933 y la de Fulgencio Batista en 1958, los cubanos habían tenido una escuela política de veinticinco años, y toda Cuba concurrió a ayudar a Fidel en su lucha contra Batista. En la República Dominicana, el Pueblo no había participado en la batalla antitrujillista.

En muy alta proporción, los jóvenes de las clases medias dominicanas eran hijos de veteranos trujillistas, de abogados, arquitectos, ingenieros, comerciantes y finqueros que habían hecho fortuna con los favores de Trujillo. En Santo Domingo se daba un eco de la eterna respuesta de la historia a los conflictos políticos y sociales: los hijos se rebelaban contra los padres. Muchos de los padres de esos jóvenes hallaron en la rebelión de sus hijos contra el trujillato —en las prisiones, torturas y exilios de sus hijos— la justificación necesaria para seguir usufructuando el poder a la caída del trujillismo. Un buen ejemplo para probar esa afirmación es el licenciado Rafael F. Bonnelly.

La juventud que había conspirado desde 1959 se organizó clandestinamente en el llamado Movimiento 14 de Junio, que después se denominó Agrupación Política 14 de Junio. El nombre, por sí sólo, da idea de la influencia que tenía la imagen de Fidel Castro en esos jóvenes; pero no se piense que por eso tales jóvenes eran comunistas. Todavía Castro no se había proclamado comunista. La juventud dominicana de la clase media admiraba en Fidel al héroe que había derrocado a un tirano y al líder extremadamente nacionalista, no al jefe de una revolución marxista-leninista. Cuando los delegados del Partido Revolucionario Dominicano llegaron al país, muchos de los líderes catorcistas* estaban presos, entre ellos el de más categoría, el doctor Manuel Tavárez Justo, y el movimiento se mantenía en forma clandestina.

La delegación del Partido Revolucionario Dominicano llegó a Santo Domingo el 5 de julio de 1961, es decir, a los treinta y cinco días de haber sido muerto Trujillo por los arrojados conspiradores del 30 de mayo. La presencia de los delegados

* Catorcista: localismo dominicano de “catorcista”, es decir, partidario de la Agrupación 14 de Junio.

del PRD en tierra dominicana dio al Pueblo la sensación de que habían aparecido líderes que iban a protegerlo contra sus tiranos; y los más valientes jóvenes, hombres y mujeres de los barrios que forman el cinturón de hambre de la vieja Santo Domingo de Guzmán, se lanzaron a la lucha.

Ese hecho tuvo tanta importancia en la historia dominicana, que merece —y yo diría que requiere— unos párrafos para explicarla, pues aunque han pasado algunos años desde entonces, todavía el sector dominicano que escribe la historia no se ha dado cuenta de lo que significa el 5 de julio de 1961 como hora inicial de la formación de una conciencia en las masas dominicanas.

II

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO DOMINICANO EN LA HORA CRÍTICA

La llegada de los delegados del Partido Revolucionario Dominicano a Santo Domingo le dio sentido político al 30 de mayo. Sin el 5 de julio, el 30 de mayo era una fecha aislada, aunque heroica, perdida en una espantosa noche de terror.

La muerte de Trujillo no amenguó, sino que acentuó el miedo de los dominicanos. Colmó el miedo de los antitrujillistas, que esperaban hora tras hora que se desatara una ola de venganzas que dejaría muy pequeños todos los crímenes del trujillato; colmó el miedo de los trujillistas, militares y civiles, porque todos ellos esperaban que de momento se produciría un desborde popular que arrasaría con los últimos vestigios del régimen; colmó el miedo de los que no eran ni trujillistas ni antitrujillistas, porque nadie sabía qué podía suceder y se temía que sucediera lo peor.

Es difícil decir cuánto tiempo hubiera durado la paralización general que producía ese terror, pero es fácil ver ahora hacia el pasado y asegurar que mientras durara la parálisis, el acto heroico de la muerte del tirano permanecería como un hecho aislado, que no producía consecuencias en la vida nacional.

La delegación del Partido Revolucionario Dominicano rompió el hechizo del miedo que separaba a los dominicanos, a cada uno de todos los demás, y también a todos los

dominicanos del resto del mundo, y le comunicó movimiento histórico al acto del 30 de mayo. Lo que habían hecho los valientes del 30 de mayo comenzó a fluir en la historia; dejó de ser un suceso aislado por el terror y pasó a tener categoría de punto de partida hacia una nueva etapa de la vida dominicana.

Aunque los delegados del PRD eran tres, la responsabilidad política de sus actos descansaba sobre todo en Ángel Miolán, que era el Secretario General del Partido; y se trataba de una responsabilidad verdaderamente pesada, pues de lo que hicieran los delegados dependía todo un pueblo. Cualquier acto de ellos podía ser mal interpretado por el Gobierno o por el Pueblo, y el Gobierno estaba compuesto por fuerzas distintas, la civil, encabezada por el doctor Joaquín Balaguer, y la militar, encabezada por Ramfis Trujillo. Los delegados no sabían hasta qué punto el poder civil tenía ascendencia sobre el poder militar, y en este último abundaban los asesinos; de manera que una reacción inesperada de esos asesinos llenaría de terror al Pueblo, pero a la vez una complacencia de los delegados con ese poder tenebroso podía hacer cundir en el Pueblo la desconfianza. A los delegados no podía caberles duda de que si el Pueblo les hacía el vacío, Ramfis y sus matones aprovecharían ese vacío para aniquilarlos.

La posición de los delegados del PRD hacía evocar, sin que en ello hubiera irreverencia, las palabras de Jesús a los discípulos: “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas”. Era difícil que en los primeros días pudieran distinguir entre los que se les acercaban quiénes eran caliés o espiones de Ramfis y quiénes verdaderos luchadores del Pueblo, quiénes iban a ayudar y quiénes a aniquilar la semilla de libertad que ellos llevaban al país.

Muchas de las incidencias de esos días figuran en los periódicos; pero no figuran las tensiones calladas, las horas de

amargura y de angustia, los documentos con que valientemente se reclamó del Gobierno la disolución de cuerpos de matones —mazorcas antillanas del siglo xx— como los Jinetes del Este y los Cocuyos de la Cordillera.

Yo me mantenía en el exterior, listo a movilizar la opinión pública continental si algo le pasaba a los delegados y sobre todo buscando entre los amigos dinero para mantener las actividades del partido en el país. Pero mi situación era privilegiada, porque no me jugaba la vida; en cambio, los delegados se la jugaban todos los días. Actuaron con heroica firmeza y el país les debe gratitud; y entre ellos, el mayor honor le toca al que tenía la mayor responsabilidad, que era Ángel Miolán.

La delegación del PRD había herido de muerte el fantasma del miedo, y entonces comenzó la alta clase media dominicana a organizarse en un movimiento apolítico y patriótico, llamado Unión Cívica Nacional. Por uno de esos chistes históricos que de vez en cuando se ven en países atrasados como la República Dominicana, en la formación de la Unión Cívica Nacional trabajaron a la vez, cada uno persiguiendo fines diferentes, el Departamento de Estado norteamericano y el Partido Comunista.

En el Departamento de Estado se pensaba que como en la República Dominicana no había organismos políticos del Pueblo, era necesario estimular la formación de uno que se hallara bajo la dirección de personas distinguidas y honestas, que hubieran demostrado su fidelidad a los principios democráticos. Pero en el Departamento de Estado se creía que haber sido antitrujillista era una garantía de fe democrática, error por lo demás bastante difundido en la propia tierra dominicana; tan difundido, que hasta los comunistas, avezados en el estudio de los fenómenos políticos y sociales, creían que antitrujillismo y democracia no eran conceptos opuestos. Desde luego, el Departamento de Estado perseguía destacar

un sector democrático con fines diferentes a los comunistas; estos querían trabajar en una organización democrática para dominarla desde adentro.

Cuando me enteré, estando en San José de Costa Rica, de que se había fundado Unión Cívica Nacional como fuerza “apolítica y patriótica”, me di cuenta inmediatamente de que ahí estaban los comunistas, y aunque sabía que los comunistas dominicanos eran pocos, consideré que el Partido Revolucionario Dominicano debía actuar con cautela frente a la UCN. El 16 de julio se celebró el primer mitin del PRD en el país; en su discurso, Miolán pidió la unidad de todo el Pueblo y mencionó específicamente a la Unión Cívica y al 14 de Junio, lo cual me alarmó tanto que al día siguiente lo llamé por teléfono para decirle que no volviera a hacer invitaciones de unidad a la UCN.

El Partido Comunista era la única fuerza política organizada que había trabajado en el país de manera continua, por lo menos desde el año 1944; su propaganda había sido la única que había estado llegando en forma sistemática a manos de los jóvenes de clase media. En esa propaganda yo era tratado sin piedad, a tal extremo que yo mismo no lograba saber quién me desfiguraba más, si Trujillo o los comunistas; y como presidente del PRD, tenía conciencia de que la propaganda que me desfiguraba a los ojos del Pueblo perjudicaba al partido. Si los comunistas estaban injertados en la Unión Cívica Nacional, la Unión Cívica Nacional nos combatiría sin la menor duda, y si se establecía un organismo de unidad en que participara la UCN, nos combatirían desde adentro, mediante el expediente de presentar nuestros líderes —incluidos Miolán y yo— a los ojos de nuestros afiliados en forma desfavorable.

La propaganda adversa desde otro campo, y no desde el propio, era inevitable; pero ésa no nos causaría daño. Cuando ya a fines de ese año de 1961 la Unión Cívica Nacional lanzó todo el peso de su prestigio contra nosotros, y especialmente

contra mí, el Partido Revolucionario Dominicano era una fuerza de raigambre popular, con sus filas nutridas por gentes de los barrios y de los campos, y la propaganda ucenista sólo lograba un fin: afianzar las filas del PRD en un movimiento de repudio contra esa propaganda.

Pero mientras no llegara ese momento debíamos seguir el viejo refrán: “Cada uno en su casa y el loco en la ajena”. Nosotros teníamos que ir edificando nuestra casa con nuestras propias manos y nuestras propias herramientas y nuestros propios materiales. Nada de unidad, nada de confusión. Si era necesario que las diferentes organizaciones trabajaran juntas en alguna tarea concreta, lo haríamos; pero unidad no significa llevar a cabo una faena determinada, trabajar juntos unos cuantos dirigentes de todas las organizaciones; unidad significa una línea política común, actos públicos con oradores de distintos partidos hablando ante una misma masa, establecimiento de organismos formados por líderes de los grupos unificados.

Nada de unidad, debía ser nuestra consigna secreta. Porque nosotros éramos un partido político, habíamos iniciado nuestra actividad en el país como partido político, con ideas claras sobre nuestra función, y no podíamos dejar de ser lo que éramos sin perder la fisonomía de partido democrático de masas, que era nuestra característica. Nuestra función era organizar a las grandes masas del país para llevarlas al terreno político, donde pudieran reclamar y obtener, por medios democráticos, lo que nunca habían tenido: libertad y justicia social. Si entrábamos a formar parte en un movimiento de unidad en que se hallaran los comunistas, íbamos a perder nuestra fisonomía ante las masas, y al final éstas nunca nos reconocerían como sus líderes naturales.

Por otra parte, tampoco podíamos entrar en unidad con la alta clase media —que más que alta clase media era una casta—, porque una vez liquidado el régimen de Trujillo

—y ya se estaba en vías de esa liquidación—, nuestros adversarios naturales serían los núcleos de esa casta de “primera”. Esos núcleos estaban reuniéndose en la Unión Cívica Nacional, y yo sabía que por la dinámica de la historia dominicana, una vez agrupados darían un paso inevitable: se convertirían en partido político para conquistar el poder, porque necesitaban el poder para darle a su casta lo que le faltaba, que era sustancia económica. A mi juicio, pues, la Unión Cívica Nacional, con todo y los comunistas en su seno, iría a parar en partido político. Por esa razón, en un artículo escrito en el propio mes de julio de 1961 que se publicó en la edición española de *Life* del mes de agosto, si no recuerdo mal, dije estas palabras: “La composición dual de la Unión Cívica Nacional plantea para el futuro inmediato una división de las clases medias dominicanas en dos grupos principales; uno bajo el liderazgo del doctor Fiallo y otro bajo el del ingeniero [*sic*] Tavárez”. Agregaba que “además de estos dos grupos, pueden preverse con cierta claridad otros menores de mediana y pequeña clase media, que irán formándose en los próximos meses”. Con la palabra “grupo” quería decir “partidos”, pero no me atreví a escribir “partidos” para que en Santo Domingo no se pensara que yo estaba haciendo juicios interesados.

De manera inevitable, una vez que probaran sus fuerzas, los cívicos pasarían a formar un partido, y ese partido, dada la posición social de sus líderes, pasaría a ser un partido de derechas, y no precisamente de derechas democráticas, sino de derechas dispuestas a alcanzar el poder por cualquier medio. Todas las noticias que me llegaban del país indicaban que ya a mediados de agosto la Unión Cívica Nacional, sin haberse convertido en partido, estaba luchando para conquistar el poder. A un mismo tiempo, la lanzaban hacia ese fin tres factores: sus propias fuerzas de casta,

el Departamento de Estado y el núcleo comunista que tenía adentro. La conclusión era que Unión Cívica Nacional podía alcanzar el poder antes de convertirse en partido, y si sucedía así, no habría cambios sustanciales en las estructuras dominicanas.

El impulso hacia el poder de la casta de “primera” que se había agrupado en la UCN tenía un origen: su necesidad de darse a sí misma, como hemos dicho, sustancia económica, o dicho en términos más simples, repartirse la herencia de Trujillo; el que le comunicaba el Departamento de Estado se debía a que éste quería definir la situación dominicana antes de que degenerara en una revolución que podía seguir el rumbo de la de Cuba, pero además a la necesidad de levantar las sanciones para poder comprar el azúcar del país, punto que tenía gran importancia para el Gobierno norteamericano y que la tenía también para los sectores comerciales y financieros de los Estados Unidos que negociaban con azúcar; para los comunistas que estaban dentro de la UCN, la conquista del poder, aunque fuera para ellos en forma parcial, era una garantía de que su movimiento no sería desbandado y perseguido.

La presencia de los comunistas en el seno de la Unión Cívica Nacional era un secreto aun para los representantes de los Estados Unidos en la República Dominicana. Pero un político avezado no podía equivocarse: dondequiera que se forma un movimiento “apolítico y patriótico”, están los comunistas. Todos los pueblos responden a la llamada del patriotismo apolítico; no hay mejor fórmula para convocar y organizar a las masas.

¿De qué manera podíamos nosotros evitar la conquista del poder por un movimiento que a la postre mostraría su aspecto derechista, puesto que según nuestros cálculos, ni aun los comunistas con toda su sabiduría para manejar organizaciones

podrían evitar la radicalización de UCN hacia la derecha, dado que aunque tuvieran experiencia, los comunistas dominicanos carecían de la fuerza que dan las masas?

Tras algunas consultas con Miolán, resolvimos que había sólo un camino: el de hacer la revolución desde el poder; por lo menos, iniciar la revolución desde arriba. Eso sólo podíamos hacerlo si rodeábamos a Balaguer con un gabinete en que estuvieran representados la propia Unión Cívica, el 14 de Junio y el PRD. Un Gabinete con un programa mediante el cual pudiéramos hacer en tres meses lo que había hecho el Gobierno revolucionario cubano de Grau San Martín en 1933, era la única solución a la vista. En términos históricos, nuestro país estaba más o menos a la altura de la Cuba de 1933, de manera que lo que planeábamos no era un disparate.

Miolán y yo habíamos hablado ya en Curazao; Balaguer había hecho declaraciones favorables a un plan parecido. Así, en el mes de septiembre viajé a Miami para entrevistarme allí con Emilio Rodríguez Demorizi, que llevaba la representación del doctor Balaguer; de Miami fui a Washington, donde estuve cambiando impresiones con algunos funcionarios de la Cancillería y con algunos representantes de UCN. Ese fue el primer contacto del Partido Revolucionario Dominicano con el Departamento de Estado; sin embargo el 14 de junio de 1962 el doctor Manuel Tavárez Justo dijo, en un discurso ante una manifestación de sus partidarios, que el PRD había llegado a la República Dominicana enviado por el Departamento de Estado, como un agente de los norteamericanos. Fue no sólo una injusticia con nosotros sino además una afirmación que tergiversaba la verdad histórica, puesto que la Unión Cívica Nacional se había formado sobre los cuadros del Movimiento 14 de Junio, y la organización que el Departamento de Estado tenía como su favorita era precisamente la UCN. La UCN incluso tenía agentes permanentes destacados en

Washington, además de los dirigentes que enviaba con frecuencia a la capital norteamericana.

Cuando llegué a Washington, UCN acababa de publicar un manifiesto en que exponía su programa de acción: gobierno colegiado con capacidad para contratar u obligarse en el campo internacional, y desde luego, desaparición del Gobierno de Balaguer; en suma, el Consejo de Estado. Mi impresión fue que el Departamento de Estado había colaborado en la formulación de ese programa y por tanto apoyaría a UCN. La idea de un gobierno de concentración nacional que pudiera hacer la revolución rápidamente desde el poder, no tendría apoyo exterior; había, pues, que ir al país a buscarle solución al problema.

La idea era viable a pesar de la presencia de Ramfis Trujillo y de su corte de asesinos en la jefatura de las fuerzas armadas. Ramfis era hijo de Rafael Leonidas. Un Gabinete que llevara a cabo medidas revolucionarias reforzaría el poder civil, conseguiría el respaldo popular para ese poder civil, y si además teníamos apoyo exterior —un factor tan importante en política que ni los Estados Unidos ni Rusia, con ser las potencias más grandes del mundo, pueden desdeñarlo— haríamos salir a Ramfis de su puesto de jefe de las armas.

Pero aun en el interior del país, la posible fórmula de un Gobierno capaz de hacer la revolución desde el poder se hacía difícil porque entre agosto y septiembre la Unión Cívica pasaba a dirigir a los sectores de clase media, y estos iban tomando el primer lugar en una lucha callejera que día por día iba siendo desviada de sus fines populares —de los fines populares que debía tener—, mediante el astuto expediente de convertir lo que debía ser una revolución para transformar las estructuras económicas, sociales y políticas y ponerlas al servicio del Pueblo, en un mero movimiento antitrujillista en términos de personas, es decir, de cambios de personas. Ya Trujillo

había desaparecido y con él habían desaparecido los trujillistas, puesto que les faltaba la esencia humana que había hecho posible el régimen de Trujillo; pero quedaban las estructuras y los sistemas trujillistas, y eso era lo que había que cambiar. Con gran habilidad, la Unión Cívica convirtió en una cruzada santa contra los caliés y algunos pobres diablos del trujillismo lo que debió haber sido una revolución de masas para que éstas entraran en la vida social, económica y política del país.

Como encarnación del trujillismo, Unión Cívica escogió a Joaquín Balaguer. Dentro de poco estudiaremos este punto de la actividad ucenista. Por ahora, diré que a mi llegada al país —por primera vez en veinticuatro años—, me entrevisté inmediatamente con algunos líderes del 14 de Junio —entre ellos, el doctor Tavárez Justo— y con la Unión Cívica Nacional, encabezada por el doctor Viriato A. Fiallo. Punto por punto les expliqué el plan perredeísta de formar un gobierno de concentración nacional que pudiera hacer la revolución desde arriba en el plazo más breve posible. Ni los catorcistas ni los ucenistas estaban dispuestos a compartir nuestras ideas; y visto que el PRD, por sí solo, no podía hacerlo, tuvimos que acogernos a otros planes.

Estos serían planes de largo alcance, puesto que había que formar conciencia en el Pueblo para que el Pueblo mismo hiciera su revolución democrática —y pacífica, desde luego—, y ese largo alcance podía significar muchos meses, tal vez años, lo que equivalía a admitir que el tiempo crítico para hacer rápidamente la revolución desde el poder podía no presentarse más.

En este calificativo de “rápidamente” está la clave de todo el problema de esos días. Pues lo que puede hacer un gobierno revolucionario con todos los instrumentos del poder en sus manos en tres meses, tal vez no puede hacerlo —y difícilmente haya

ejemplo de uno que haya podido hacerlo— un gobierno normal, con todos los instrumentos oficiales y privados del poder actuando cada uno en su esfera particular.

La oportunidad única de la República Dominicana para hacer su revolución sin sangre era en esos meses finales de 1961. Nadie sabía lo que podría suceder en el país pasados esos meses últimos del año crítico que, en el orden político, había comenzado el 30 de mayo con la muerte de Trujillo.

Nos hallábamos ya en la última semana de octubre. Yo había llegado al país el día 20. El Partido Revolucionario Dominicano iba extendiéndose por el este, por el sur; pero sin ninguna duda, la Unión Cívica Nacional era la que dominaba la opinión pública. Todavía entonces el Pueblo no formaba opinión pública en el país. El Pueblo —las grandes masas campesinas y de los barrios pobres de las ciudades— se hallaba al margen de la batalla que daba la Unión Cívica Nacional contra el Gobierno de Balaguer. Ese pueblo desconfiaba de los cívicos y, además, tenía miedo.

Todavía por esos días la opinión pública nacional estaba formada por la clase media, y sobre todo por los sectores de la alta y la mediana clase media; y en esos círculos el PRD no tenía casi a nadie. Puede asegurarse, sin temor a exagerar, que a finales de octubre de 1961 no había una docena de personas de la clase media inscritas en el PRD; y de esa cantidad, no había una sola de la alta clase media.

Miolán, y con él los que formaban el primer Comité Ejecutivo Provisional del Partido, habían trabajado duramente. Pero las calles de las ciudades y de los pueblos respondían a la consigna de “lucha antitrujillista” que esparcía la Unión Cívica Nacional, no a la de lucha por la justicia social, libertades públicas y bienestar para las masas que predicaba el PRD. Además, Ramfis Trujillo desataba el terror sobre nuestros hombres, los “paleros” destruían hogares y rompían huesos.

Precisamente, la noche antes de mi llegada al país, los “paleros” atacaron la casa de una hermana mía, donde yo fijaría mi residencia, y el mismo día asaltaban la casa de Francisco Gómez Estrella, el Secretario de Asuntos Campesinos del Comité Ejecutivo del Partido; no dejaron un mueble, una lámpara, una puerta, una ventana que no destrozaran, y a Gómez Estrella y a su hijo los golpearon de manera tan bárbara que un año después todavía estaba el padre bajo tratamiento médico.

III

LA JUVENTUD DESVIADA

El Movimiento 14 de Junio se había formado en la clandestinidad, con una mística de heroísmo y sacrificio que produjo muchos mártires, muchos torturados en las prisiones de Trujillo y muchos desaparecidos cuyas tumbas nadie sabe dónde están.

En año y medio, casi todas las poblaciones dominicanas fueron cubiertas por células del 14 de Junio, y los jefes y los miembros de esas células secretas eran jóvenes profesionales y estudiantes de la alta y la mediana clase media, y alguno que otro —muy contados— de la pequeña clase media.

Cuando los delegados del Partido Revolucionario llegaron a Santo Domingo, la mayoría de los principales líderes del 14 de Junio estaba todavía en prisión, entre ellos el que iba a ser su Presidente, el doctor Manuel Tavárez Justo.

Esos jóvenes tenían pasión patriótica, eran honestos y buenos luchadores, pero no habían tenido tiempo de estudiar a su pueblo y por tanto no conocían ni la composición social del país ni la diferencia de actitud ante la vida que había entre un campesino y un hijo de rico de la Capital, entre un obrero azucarero y un abogado, entre un sin trabajo de Gualey y un Secretario de Embajada. Bajo la tiranía de Trujillo la República vivía aislada del resto del mundo y los luchadores antitrujillistas del interior no conocían el pensamiento de los que habían logrado saltar la muralla e irse afuera, a otros mundos donde habían podido estudiar con más serenidad y con

relativa objetividad el proceso histórico dominicano, la psicología nacional, el juego de las fuerzas internas y externas que habían presionado sobre el Pueblo dominicano y lo habían formado —o deformado— en un trabajo de siglos.

La República Dominicana era un país colocado fuera de las corrientes que habían predominado en América, razón por la cual se había producido nuestra arritmia histórica, nuestra falta de coordinación con el mundo americano. América, vista en conjunto, tenía un ritmo, y nosotros teníamos otro. Entre las muchas consecuencias negativas de esa arritmia estaba la falta de estudios de todo tipo. Nosotros, los dominicanos, no habíamos hecho estudios —y ni siquiera observaciones— sobre nuestra composición social, nuestra psicología nacional y la particular de cada grupo social del país; y desde luego, nunca habíamos pensado hacer una interpretación del acontecer nacional con métodos modernos de análisis histórico.

Como es claro, los catorcistas, formados y organizados dentro del país, no tenían luz que los orientara. Habían aparecido en el escenario dominicano, brotados de la clandestinidad y de las cárceles políticas, como si hubieran sido los primeros habitantes de la tierra de Anacaona y Caonabo; y no se daban cuenta de que ningún ser humano escapa a la atmósfera de su medio, a lo que Ortega y Gasset había llamado casi medio siglo antes “sus circunstancias”, y por tanto no habían comprendido que ellos no habían podido escapar al influjo del ambiente dominicano.

En Santo Domingo había funcionado legalmente, hacia 1945, un partido comunista llamado Partido Socialista Popular. Trujillo le permitió salir a la luz porque quería dejar constancia de que en el país había comunistas y de que sólo él podía exterminarlos, paso previo para declararse a sí mismo campeón anticomunista de América, título que necesitaba para asegurarse el apoyo de Washington. Los restos de ese

Partido Socialista Popular habían seguido operando en el país después de la dispersión de sus líderes en 1945, y esos cuadros clandestinos buscaron la manera de infiltrarse entre los jóvenes catorcistas. La operación de infiltración fue tan audaz que lograron enviar a la cárcel de La Victoria, donde se hallaban presos los más de los catorcistas que habían caído en manos de la policía política trujillista, no sólo propaganda comunista sino también propagandistas. En esa forma los comunistas lograron influir sobre algunos catorcistas.

El flanco más propicio a la penetración comunista en el 14 de Junio fue el nacionalismo de los catorcistas. El nacionalismo era una actitud que había desaparecido en el país. Nunca hubo en ninguna parte un pueblo tan entreguista como el dominicano a partir de 1930. La alta clase media, sobre todo, vivió todo el tiempo de la tiranía esperando que los *marines* americanos resolvieran el problema nacional desembarcando un día para echar a Trujillo del poder. Trujillo, que sabía eso, no desperdiciaba oportunidad de mostrarle al país que tenía el apoyo irrestricto de los Estados Unidos. En realidad, Trujillo hacía bautizar una avenida con el nombre de George Washington, otra con el de Cordell Hull, una calle con el de US Marine Corps, pero cuando se trataba de sus intereses personales, mantenía a los norteamericanos a distancia.

El nacionalismo de los catorcistas fue una consecuencia de su antitrujillismo y se manifestó como antinorteamericanismo. Si Trujillo y los Estados Unidos eran socios, los jóvenes catorcistas debían ser —y lo fueron— antinorteamericanos.

En relación con esta actitud antinorteamericana se había producido en Santo Domingo un fenómeno de psicología social que difícilmente puede comprenderse en otro país. Bajo el mando de Trujillo se habían formado dos generaciones, y una de ellas había nacido y se había desarrollado sin conocer otro sistema político. Para los dominicanos de menos de treinta

años, eso que llamaban democracia tenía que ser igual en todas partes. Si en la República Dominicana no sucedía nada —y no podía suceder nada— sin una orden de Trujillo, igual debía ocurrir en Estados Unidos. Así, cuando un periódico norteamericano, o un diputado, o un senador, o un embajador del gran país del Norte elogiaba a Trujillo, se debía sin duda a que ése era el criterio de todo el Gobierno norteamericano; y no debemos olvidar que hasta el Presidente de la Suprema Corte de los Estados Unidos elogió una vez sin tasa a Trujillo, llamándole el nuevo George Washington de la América Latina. Por otra parte, Trujillo tenía un control tan rígido de la prensa, la radio y la televisión dominicanas, que en el país no se publicaba ninguna declaración de ningún norteamericano que pudiera ser adversa a su régimen, y sin embargo, se publicaba con gran despliegue cualquier cosa favorable que de ese régimen dijera el norteamericano de menor significación, por ejemplo, un turista sin idea de lo que él representaba como ciudadano de su país a los ojos de los dominicanos.

A los agentes del Partido Socialista Popular les resultó, pues, fácil conducir el nacionalismo de los jóvenes catorcistas hacia un terreno de hostilidad contra los Estados Unidos, y esa actitud catorcista fue aprovechada más tarde por los enemigos naturales del 14 de Junio para presentarlos a los ojos de sacerdotes, militares, comerciantes y otros grupos de la alta clase media como peligrosos comunistas. Pero antes de llegar a ese punto, usaron al Movimiento 14 de Junio como se usa un traje ajeno para causar buena impresión y obtener el empleo que se busca. Pronto vamos a ver cómo los menos nacionalistas de los dominicanos se aprovecharon del 14 de Junio para tomar fuerzas y frustrar la posible revolución nacional.

El sector de gente de “primera” en la República Dominicana no había sido una clase sino una casta. Al llegar los días

finales del régimen de Trujillo, antes aún de que el tirano fuera muerto a tiros, esa casta aspiraba a evolucionar hacia la categoría de clase. ¿Cómo? Dándose a sí misma la sustancia económica de que había carecido siempre. Los de “primera” habían aprendido de Trujillo una lección: que desde el poder es fácil hacerse rico en la medida en que la industria y las finanzas proporcionan riquezas, lo cual es una medida bastante diferente de la que daba en otros tiempos la posesión de hatos de ganado o casas de alquiler.

La casta de “primera” había sido tradicionalmente un sector social soberbio por el origen de sus miembros, por el nacimiento, no por su poder económico o político. En el orden económico y en el orden político, eran dependientes, y por tanto débiles, lo que explica por qué todo ese sector, como grupo social, tuvo que doblegarse a Trujillo, que no procedía de su casta.

En los últimos años de Trujillo algunas familias de “primera” habían abandonado la actividad política —que habían realizado al lado de Trujillo, desde luego— y con el favor del tirano se habían dedicado a la actividad industrial o se enriquecían cobrando comisiones a los que negociaban con el Estado. Había llegado el momento preciso en que la gente de “primera” debía pasar de casta a clase, y esa gente de “primera” había reconocido instintivamente ese momento; de ahí que a la muerte de Trujillo se organizara en grupo político para lanzarse a la conquista del poder, pues el poder era el instrumento imprescindible para asegurarse un salto rápido hacia la categoría de clase. Ese grupo fue Unión Cívica Nacional.

Ahora bien, en el momento de organizarse, la Unión Cívica Nacional no tenía un sector del Pueblo al que pudiera dirigirse, si se exceptúa la juventud del círculo social a que pertenecían los primeros cívicos, y esa juventud era catorcista. El momento histórico se hallaba en un punto realmente crítico,

aquel en que los padres debían definirse como reaccionarios y los hijos como revolucionarios. Ya el PRD estaba en el país y el PRD había iniciado su actividad dirigiéndose a las masas con un mensaje de transformación social y económica, que era el fundamento de una futura revolución. La reacción naciente habló el lenguaje meramente político, el de las apariencias, y la juventud que debía ser revolucionaria se dejó hechizar por ese lenguaje.

Dos argumentos usaron los cívicos para convencer a las juventudes catorcistas de que les prestaran sus cuadros para formar la nueva organización: que la UCN sería un cuerpo apolítico, patriótico, de unidad nacional, llamado a desintegrarse tan pronto quedara liquidado el poder de la familia Trujillo, y que estaría encabezado por un hombre de prestigio, que nunca se había inscrito en el partido de Trujillo, el doctor Viriato A. Fiallo.

En tal momento, los catorcistas reaccionaron como miembros de una casta, no como jóvenes revolucionarios. Ya hemos explicado que la juventud catorcista procedía de la alta y la mediana clase media, que era donde se hallaban las personas de “primera”. A la hora de tomar su primera decisión política importante, esos jóvenes actuaron bajo la presión de las circunstancias en que habían nacido y se habían criado; y además, pesaba sobre ellos la acción del grupo comunista del Partido Socialista Popular, la propaganda antinorteamericana y el descrédito de nosotros, los hombres del PRD, a quienes los jóvenes del PSP venían presentando desde hacía tiempo como agentes norteamericanos y aventureros políticos de la peor ley.

A los ojos de la juventud de clase media que formaba el núcleo catorcista, nosotros éramos una especie de leprosos morales; en cambio, la Unión Cívica era el summum de la honestidad patriótica y antitrujillista. Si el doctor Fiallo estaba a la

cabeza de la UCN, para los líderes catorcistas no podía haber duda de que la UCN sería una organización impecable, honorable; y si el doctor Fiallo decía que la UCN sería patriótica y no política, que se desintegraría una vez terminada la lucha contra la familia Trujillo, así sería. En octubre de 1959, en la Introducción a *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, yo había escrito estas palabras: “Cuando actúan en función política, los hombres no son buenos ni son malos; son los resultados de las fuerzas que los han creado y los mantienen, y con cierta frecuencia son juguetes de esas fuerzas o son sus beneficiarios”. Pero esa simpleza conocida en el mundo político desde hacía mucho tiempo, la ignoraban los dominicanos. Los catorcistas —y los comunistas que se injertaron en UCN— creían en el doctor Fiallo porque era de su grupo social y porque el país no había entrado en la etapa del estudio de la sociología moderna; no se daban cuenta de que el doctor Fiallo tendría que responder a su grupo social, quisiera o no quisiera, y ese grupo estaba listo para usar a la Unión Cívica Nacional como su instrumento político para tomar el poder, sin el cual no podrían pasar de casta a clase.

Los dirigentes del 14 de Junio —algunos todavía desde las cárceles— dieron órdenes de que todos sus miembros formaran filas en la Unión Cívica; y así, sobre los cuadros clandestinos del 14 de Junio, se formó la UCN. Unos meses más tarde, cuando la UCN decidió declarar que era partido político y no asociación patriótica, muchos de los dirigentes catorcistas que figuraban en los mandos de UCN renunciaron al 14 de Junio y siguieron siendo cívicos.

Con el empuje de los jóvenes catorcistas, el prestigio del doctor Fiallo y la campaña antitrujillista sostenida en el campo político —acusaciones a Mengano y a Fulano de ser trujillistas—, sin entrar en ningún momento en el terreno de la revolución, que debía consistir en medidas económicas y sociales

más que en medidas políticas, la Unión Cívica Nacional se adueñó en poco tiempo de las calles. Yo veía aquella desviación gigantesca, tipo de gran estafa nacional, y me sentía alarmado. Pero era imposible abrir los ojos de esas juventudes de clase media —a las cuales iban sumándose rápidamente la pequeña clase media y algunos, muy pequeños, núcleos de trabajadores—, que estaban actuando, ya en medio de la lucha, bajo el estímulo de sus resentimientos, de los amargos recuerdos que habían dejado en sus almas las torturas y las humillaciones del trujillismo. Lo único que podíamos hacer era seguir nuestra campaña sobre las grandes masas pobres, evitar que ellas también cayeran en el engaño, ir las sumando a la formación de una conciencia revolucionaria nacional.

Ya en el mes de agosto la Unión Cívica había concebido la conquista del poder a través de un gobierno de hombres suyos y había elaborado la fórmula que después se llamaría Consejo de Estado; al colocarse en el terreno de la lucha por el poder, comprendió que el PRD podía ser un enemigo a batir, aunque al principio no le dio importancia.

Combatir al PRD era tarea relativamente sencilla. En la República Dominicana no podía tener prestigio quien no perteneciera a la casta de “primera”, y nosotros, los dirigentes del PRD, no éramos gente de “primera”. En Santo Domingo, un hombre podía ser virtuoso, pero si no pertenecía a la casta su virtud sería ignorada y fácilmente negada y hasta destruida en el concepto público mediante una calumnia elaborada en el círculo de los de “primera”; podía ser inteligente, pero se convencía a la gente de que esa inteligencia era peligrosa porque el que la tenía era un pícaro o tenía condiciones para ser pícaro. La opinión pública se hacía a base de chismes, rumores, calumnias, habladurías de doble sentido, y a veces hasta a base de apodos y nombretes que ridiculizaban a una

persona. Eso había sido siempre así y lo era todavía en esos meses finales de 1961.

El Partido Revolucionario Dominicano ganó las elecciones de 1962 por una mayoría apabullante, a razón de más o menos dos votos suyos por cada voto cívico, y sin embargo tomamos el poder sin que hubiéramos podido alcanzar esa aura indescriptible, pero fuente de poder, que se llama prestigio. En los días en que gobernábamos y muchos meses después del golpe que nos echó del poder, la acusación más frecuente que se nos hacía era que nosotros nos habíamos rodeado de “basura”, que nosotros no tuvimos un Gabinete de “altura”. “Basura” quiere decir que llevamos a las más altas funciones públicas a gente que no era de “primera”; Gabinete de “altura” quería decir ministerio formado con gente de “primera”. A tal grado era yo consciente de ese odio de casta, que entre el mes de octubre de 1961, cuando regresé a la República Dominicana después de un exilio de veinticuatro años, y el 25 de septiembre de 1963, cuando fui hecho preso por los golpistas en el Palacio Nacional, no visité una sola vez la Universidad Nacional. Yo sabía que el estudiantado estaba bajo la influencia de la casta de “primera”, única formadora de la opinión pública, y esa gente de “primera” pretendía negarme hasta la nacionalidad. Para ellos, yo, que no procedía de su casta, no era dominicano.

Como los líderes del PRD no éramos gente de “primera”, resultaba relativamente fácil desacreditarnos ante ese grupo social, y ese grupo era el que formaba la opinión pública en el país, por lo menos hasta el día en que el PRD comenzó a comunicarse con las masas. Sin embargo he aquí que en corto tiempo, tres o cuatro meses a lo sumo, la situación comenzaba a cambiar; pues al producirse la muerte de Trujillo el Pueblo estaba ya listo para dejar de ser el espectador de su propio drama y subir al escenario como actor, y eso fue lo que hizo el

PRD: darle al Pueblo categoría de actor en el drama nacional. Desde el primer momento, el PRD había planteado el problema del Pueblo en términos sociales y económicos, y la masa popular reconoció al PRD como su expresión natural en el terreno político. Así, mientras se nos desacreditaba entre la gente de “primera”, la masa popular engrosaba nuestras filas.

Los que lean los periódicos que publicaban UCN y el 14 de Junio entre agosto de 1961 y agosto de 1962, y especialmente los que publicaban entre noviembre de 1961 y julio de 1962, hallarán la prueba de lo que estoy diciendo. En el semanario *Claridad* de los catorcistas y en el interdiario de Unión Cívica no se economizó ningún insulto contra mí, contra Miolán, contra el PRD. Eramos de todo; lo peor, lo más bajo y lo más barato entre los hampones de la política del Caribe, entre los trujillistas y los vendidos a Washington. Ya he referido lo que dijo de nosotros el doctor Tavárez Justo en su discurso del 14 de junio de 1962, pero debo aclarar que aquélla fue una acusación política en la que no hubo calumnia de tipo personal como las que abundaban en *Claridad*.

Todavía a seis meses de las elecciones, cuando ya el PRD tenía casi un año actuando en el país y yo hablaba todos los días por radio y nuestra conducta política sin dobleces de ningún tipo hablaba por nosotros mismos, los catorcistas seguían transitando el camino que les trazó UCN; y lo más triste del caso es que lo hacían con toda honestidad, con la mayor buena fe, creyendo que estaban sirviendo a la Revolución Dominicana, convencidos de que debían limpiar el campo nacional de pillos de la peor especie.

¿Por qué sucedía eso?

Porque las juventudes de alta y mediana clase media seguían reaccionando en función de casta, no como revolucionarios objetivos ni como luchadores liberados del ambiente en que habían nacido y en que habían crecido.

Desde luego, con ese grado de atraso en el desarrollo social y político del país, era tontería insigne esperar que la juventud de clase media se uniera a nosotros en la misión de encabezar a las masas del Pueblo para realizar una revolución democrática. Nosotros teníamos que seguir labrando un surco sin los bueyes que reclamaba el momento histórico. La revolución democrática dominicana no podía hacerse en la única coyuntura en que era posible realizarla, esto es, a fines de ese año dramático de 1961.

Todavía iba a presentarse una oportunidad en el momento de la fuga de los Trujillo, pero ya la desviación producida por la hábil campaña de Unión Cívica era tan notable, que hubiera sido obra de locos querer aprovecharla.

En cuanto a los grupos comunistas, a fines de 1961 eran pequeños, tenían poca influencia y seguían dócilmente las consignas de la UCN. Los principales líderes del Partido Socialista Popular se hallaban en el destierro, y el Movimiento Popular Dominicano —que había estado operando en el país desde que negoció con Trujillo su legalización, hacia 1960— carecía de una línea política definida y de afiliados; era un partido que se llamaba a sí mismo marxista-leninista-fidelista, pero en realidad tenía más de anarquista que de otra cosa, y desde el primer momento sostenía una lucha a muerte con el PSP por causa de pugnas individuales entre líderes.

IV

LOS “PATRIOTAS” Y SUS PLANES

El día de mi llegada a Santo Domingo los jóvenes del barrio de Ciudad Nueva se batían con la policía. Esos jóvenes eran catorcistas, comunistas, emepedeístas o no pertenecían a ningún grupo, pero formaban la vanguardia de acción directa de la Unión Cívica, y peleaban contra la policía porque pensaban que la lucha nacional debía llevarse a cabo en el terreno político. Ninguno de ellos creía que la solución de los problemas debía buscarse en el campo económico y social. En cambio, los jóvenes de los barrios altos, de Gualey y Guachupita, hijos de obreros y de sin trabajo, corrieron a rodear el automóvil en que yo iba —y a empujarlo cuando el motor dejó de funcionar a la altura del Puente Duarte—, mientras gritaban con un ritmo monótono: “Ya llegó Juan Bó, ya esto se acabó”.

¿Qué era lo que ellos querían que se acabara?

La miseria y la desesperanza a que los tenía sometidos la familia Trujillo. En ese momento los Trujillo tenían todo su poder militar en las manos del primogénito del tirano, el joven Ramfis, y un observador superficial podía pensar que tenían también todo el poder político en manos de Joaquín Balaguer. A los ojos de aquellos que no sabían ver en el fondo de los acontecimientos las fuerzas que los guían, el trujillismo parecía incólume. Pero no era así por que no podía haber trujillismo sin Trujillo. El régimen del tirano era un muerto y lo que veían los dominicanos era el entierro de ese muerto.

Sin embargo era tanta la ceguera de los políticos dominicanos, que cuando la tarde de mi llegada y en los días sucesivos dije y repetí que a los Trujillo les quedaban no más de seis semanas de poder —“entre tres y seis semanas”, era mi expresión—, hasta mis compañeros en la dirección del PRD pensaron que yo estaba viendo visiones. Ramfis abandonó el país el 18 de noviembre y el 19, esto es, un mes después de mi llegada a la República Dominicana, comenzó el desfile de sus tíos y familiares hacia el destierro. Yo no había estado viendo visiones.

En las cuatro semanas que pasaron entre mi llegada al país y la salida de los Trujillo, la clase media dominicana vivió en un estado de agitación perpetua; pero la masa popular, y especialmente los barrios pobres de las ciudades, no tomaron parte en ella. El objetivo de la agitación no era Ramfis Trujillo, por lo menos en apariencia; el objetivo era Balaguer. Se hablaba muy poco de Ramfis y de su corte de asesinos, pero se hablaba sin tasa de Balaguer, a quien se le pedía que abandonara el poder.

En cosa de días se sentía crecer la presión; se veía a los jóvenes de acción de la UCN destruir las bombillas de las calles mediante el uso de tirapiedras infantiles que manejaban con asombrosa puntería; se les veía romper vitrinas y provocar motines; en horas de la noche resonaba por los barrios de pequeña y mediana clase media un intenso golpear de latas cuyo fin era extender la agitación por actos reflejos; las cadenas telefónicas funcionaban sin cesar transmitiendo rumores, consignas y chismes; de las estaciones de radio salían una tras otra incitaciones a la violencia; en los mítines radiales se predicaba la guerra santa contra Balaguer y lo mismo se hacía en los periódicos de la UCN y del 14 de Junio. Pero no se hablaba de reformas, y eso era lo único que le interesaba a la masa popular. Sólo el PRD mantenía su propaganda sobre las

reformas, y sólo el PRD no predicaba odio. Nos interesaban las reformas sociales y económicas, aunque las hiciera Balaguer —y de ser posible, hechas por Balaguer, puesto que a nuestro juicio el Pueblo no podía esperar—, porque el PRD no estaba luchando por el poder sino por un cambio beneficioso para las grandes masas.

En suma, Unión Cívica Nacional actuó de tal manera y con tanta persistencia y habilidad, que cuando llegó la hora de la liquidación de la familia Trujillo el odio contra Balaguer había sido inducido en la alta y la mediana clase media y en un sector importante de la pequeña clase media, y el resultado de ese odio era que esos grupos sociales reclamaban un cambio inmediato, pero un cambio de hombres, un cambio superficial. En pocos meses se había pasado del trujillismo al fiallismo, de un caudillaje a otro caudillaje. Se pensaba que los males del país no eran del sistema sino de los hombres, y la clase media tenía la impresión de que al cambiar el hombre Balaguer por otro hombre que fuera cívico, todo cambiaría favorablemente.

A principios de noviembre, el Secretario General de la UCN se presentó en mi casa para decirme que se había concertado un viaje a Washington de los Presidentes y Secretarios Generales de la UCN, el 14 de Junio y el PRD. La causa aparente del viaje era solicitar de la OEA que no levantara las sanciones impuestas al país en agosto de 1960, pero según me dijo textualmente el doctor Baquero, el motivo real era acordar con el Departamento de Estado la manera de acabar con el régimen Balaguer-Ramfis. Esta última parte, dijo el doctor Baquero, no sería conocida por el 14 de Junio. En el acto le respondí al doctor Baquero que aunque consultaría a mis compañeros, yo no era partidario de ir a Washington ni a ningún sitio; le expliqué que dada la situación del país, y conjugada con ella la presión internacional, yo esperaba acontecimientos

de un día a otro y consideraba que el país necesitaba a sus líderes adentro, no afuera, porque nadie podía prever adónde conducirían los hechos que a mi juicio estaban a punto de darse. Al irse el doctor Baquero llamé a Miolán para discutir con él la situación, y todavía estaba Miolán en mi casa cuando llegó el hijo mayor del doctor Fiallo para reiterar la invitación; le contestamos que no, y estuvimos acertados. Al día siguiente, los doctores Fiallo, Baquero, Tavárez Justo y Guzmán salían hacia los Estados Unidos, y la fuga de la familia Trujillo les sorprendió afuera.

Balaguer había conseguido que Ramfis Trujillo sacara del país a sus tíos Negro y Petán, pero cuando Washington manifestó que no habría levantamiento de sanciones sin la salida de Ramfis del país, el hijo del tirano llamó de nuevo a sus tíos y estos volvieron a escondidas en una nave de guerra dominicana. Al conocer ese retorno subrepticio, en el PRD tuvimos reunión urgente del Comité Ejecutivo y llegamos a la conclusión de que la vuelta de sus tíos provocaría la salida de Ramfis de las fuerzas armadas y eso estaba llamado a producir un vacío en el mando militar. ¿Quién llenaría ese vacío, y cómo? Esa era una pregunta que difícilmente podía responder el mejor de los oráculos. Esa noche, en el cuarto de hora de radio que llenaba como portavoz del PRD, dije una frase que se popularizó rápidamente: “Hemos dado un tropezón, pero el que tropieza y no se cae, adelanta el paso”. Al día siguiente, a primera hora, una comisión del PRD fue a hablar con el doctor Balaguer.

No recuerdo cuántos formábamos la comisión, pero sí puedo asegurar que en ella estaban los compañeros Ángel Miolán y Humbertilio Valdez Sánchez. Cuando le explicamos al doctor Balaguer que a juicio nuestro el retorno de los hermanos Trujillo iba a arrastrar a su sobrino Ramfis, respondió:

—Ya ha sucedido. Esta mañana me envió su renuncia.

Le pregunté a Balaguer si él contaba con oficiales de las fuerzas armadas, o siquiera de la policía, que pudieran ofrecerle apoyo en caso de una sublevación militar.

—Ninguno —dijo—. Ni siquiera conozco a los oficiales que me mandan a Palacio para cuidarme.

La situación era en verdad difícil. Ante el vacío dejado por Ramfis, la conmoción en los cuarteles era inevitable, y nadie sabía —ni aun el doctor Balaguer, que era Presidente de la República— quién saldría de esa conmoción convertido en líder militar; nadie podía saber si ese nuevo líder militar arrasaría con el poder civil, si le entregaría el poder a la UCN, si lo retendría para sí. Todo era posible, y nos hallábamos prácticamente sin medios para hacer frente a lo que se presentara.

Tal vez teníamos ante nosotros la última oportunidad de hacer una revolución ; pero las masas no organizan, no dirigen ni desatan revoluciones. Las revoluciones son organizadas y dirigidas por minorías, y en estos años de la América Latina, las revoluciones son iniciadas y dirigidas por la juventud de la clase media. El Partido Revolucionario Dominicano tenía masas, todavía no en el alto número que iba a tener un año después, pero tenía masas; en cambio no tenía clase media y especialmente no tenía juventud de la clase media. A esa altura, las masas del PRD eran incapaces de ir a una acción revolucionaria.

De esa hora confusa surgió convertido en líder militar el jefe de la base aérea de Santiago, el general Pedro Rafael Rodríguez Echavarría, y Rodríguez Echavarría reconoció como Presidente de la República al doctor Joaquín Balaguer. Libre ya de los Trujillo, Balaguer podía tomar medidas que transformarían, aunque fuera tímidamente, el estado de sumisión económica y social de las masas populares. En ese momento la tierra dominicana era el espejo de la miseria. Salvo en Haití, en ninguna parte de América se veía tanta hambre en las

gentes, tantos harapos sobre cuerpos desnutridos, tantos ranchos miserables en todas partes.

Tal vez los que habían vivido en el país su vida entera no se daban cuenta de esa miseria, pero nosotros, los que volvíamos del exilio y conocíamos Venezuela, México, Costa Rica —cualquier país de América, en fin— nos sentíamos espantados. En nuestra entrevista de Curazao, por el mes de agosto, Miolán me había dicho que me figurara lo peor, y todavía no llegaría a imaginarme cuánta hambre había en el país; y tuvo razón. La República se había quedado atrás no sólo los treintaún años de la tiranía, sino muchos más. En varios aspectos se vivía en pleno siglo XIX, sólo que con los problemas del siglo XX; y según pude alcanzar a comprobar más tarde, había gente que vivía en el siglo XVIII.

El país necesitaba una revolución para situarse por lo menos en el siglo XX; no una revolución a la cubana de Fidel Castro, pero sí una a la cubana de Grau San Martín; una revolución que nos permitiera avanzar en pocos meses siquiera al punto que había alcanzado Venezuela en 1945, hubiera sido casi un sueño.

Rodríguez Echavarría había reconocido a Balaguer como Presidente de la República y eso determinó el enfrentamiento de Unión Cívica con él. A partir del 19 de noviembre de 1961, la UCN dedicaría todas sus fuerzas a derrocar conjuntamente a Balaguer y a Rodríguez Echavarría. Rodríguez Echavarría tenía una inclinación franca a la justicia social. No sabía cómo hacerla, pero sentía la necesidad de hacerla. Era tosco y violento, pero no tanto que no pudiera ser conducido en dos puntos: su instinto de justicia social y su sentimiento nacionalista. La juventud catorcista se colocó frente a él porque esa juventud seguía la línea política de UCN; sin embargo Rodríguez Echavarría se sentía inclinado al catorcismo. Desde luego, era un típico “guardia”, con todos los resabios de su

profesión. Había iniciado su carrera como guardia raso y por su origen popular era anticívico. Como a toda la masa del Pueblo, el instinto le hacía repudiar a esa casta de “primera” que surgía de entre las ruinas del trujillato queriendo apoderarse de los mandos del país.

El 18 de noviembre en la tarde, cuando ya se hablaba de que era inminente el alzamiento de Rodríguez Echavarría en Santiago, Miolán, Valdez Sánchez y yo estábamos en el Hotel Embajador, adonde habíamos ido a una entrevista. Alguien dijo que Rodríguez Echavarría se sentía enemigo del PRD, que había ordenado el asalto al local de nuestro partido en Santiago que se había producido algunos días antes —con fuerte maltrato físico de los dirigentes perredeístas en aquella ciudad— y que había dicho que si tenía una oportunidad de agarrarme me arrancaría la cabeza porque yo era comunista. Yo sabía que ése era el clásico chisme dominicano. A poco empezaron a llamarme por teléfono. Por la manera de decir las cosas, los que llamaban parecían guardias, y más o menos repetían la misma frase:

—Don Juan, váyase de ahí porque lo van a matar.

Pero esas llamadas no podían tener relación con Rodríguez Echavarría debido a que no procedían de Santiago sino de la Capital, donde se hallaban todavía Ramfis Trujillo, sus tíos y su corte de matones, y Rodríguez Echavarría estaba en Santiago. A las repetidas peticiones de amigos, entre ellos un funcionario norteamericano, para que Miolán y yo nos fuéramos y nos preparáramos para salir del país si así parecía aconsejable, respondíamos que íbamos a quedarnos para ver qué pasaba. Nosotros éramos los únicos líderes políticos que quedaban en el país y no podíamos abandonar al Pueblo en una hora tan confusa, que podía hacerse trágica en cualquier momento.

A partir del 19 de noviembre la presión para sacar del poder a Balaguer y a Rodríguez Echavarría fue creciendo día

a día. La representación norteamericana trabajaba abiertamente en esa dirección. Arturo Morales Carrión, Subsecretario de Estado para la América Latina, pasó a vivir en la Embajada de los Estados Unidos; los doctores Jordi Brossa, Donald Reid Cabral, Luis Manuel Baquero, y en general los hombres claves en la Unión Cívica, visitaban con tanta frecuencia la Embajada que parecían haberse mudado en ella. Tres o cuatro veces, unas Morales Carrión y otras el Cónsul General señor Hill, me invitaron a comer, y en todas las oportunidades en que fui vi llegar a varios de esos dirigentes cívicos, que entraban allí sin previo aviso y hacían tertulia como si estuvieran en su casa.

Yo me hacía cargo de que el Departamento de Estado necesitaba tener bajo control los acontecimientos dominicanos; que en una situación inestable en la que iba envuelta la liquidación de la tiranía más dura que recordaba América, con el ejemplo cubano al costado, Washington no quería darse de buenas a primeras con una revolución salida de cauce; y si la fuerza dominante en el país era Unión Cívica, era lógico que controlando a Unión Cívica, el Departamento de Estado podía sentirse tranquilo. Lo que yo no entendía era que una agrupación dominicana se ciñera fielmente a una política dictada por un poder que tenía sus propios fines, y tenía que tenerlos, independientes de los fines que debían buscar los dominicanos.

Los propósitos norteamericanos podían ser legítimos desde el punto de vista de los intereses norteamericanos. Los Estados Unidos son una gran nación, con influencia mundial y obligaciones mundiales, que estaban pasando en ese año de 1961 por la experiencia de haber perdido una gran batalla política y diplomática en un pequeño país antillano llamado Cuba, y no era el caso de perder otra batalla en la República Dominicana. Pero el interés del Pueblo dominicano no era el de los Estados Unidos, como no era el de Rusia ni el de Cuba

ni el de ningún otro país. El interés del Pueblo dominicano era hallar por sí mismo la respuesta a su propia angustia, hallar su camino hacia la dignidad, la libertad y el bienestar, y ese camino no íbamos a encontrarlo de la mano de los Estados Unidos ni de nadie que quisiera imponer una fórmula que no salía de las entrañas mismas de nuestro pueblo y de su historia. Nosotros, el PRD —como le dije una noche al doctor Morales Carrión— no íbamos a conspirar para derrocar a Balaguer; nosotros creíamos en el Pueblo, y el Pueblo, la gran masa, no tenía vela en ese entierro.

En noviembre de 1961, y aún en diciembre del mismo año y en enero de 1962, en la República Dominicana se daba una de las más flagrantes ironías de la vida política en el mundo: Unión Cívica Nacional tenía el respaldo de la Embajada norteamericana, un respaldo pleno, y los jóvenes comunistas del PSP y los jóvenes nacionalistas del 14 de Junio eran los grupos de acción de la UCN; de manera que los nacionalistas y los comunistas estaban actuando, sin saberlo, de concierto con la representación de los Estados Unidos. Como se vio más tarde, casi todo el Comité del Distrito de la UCN se hallaba en manos de miembros importantes del PSP, y en igual situación estaba el movimiento obrero organizado por la UCN. El antiyanquismo comunista se destiñó en esa ocasión.

Los comunistas, los emepedeístas, los catorcistas, tuvieron el primer papel en la huelga que se desató en el mes de diciembre, cuya finalidad era el derrocamiento de Balaguer y de Rodríguez Echavarría. El Pueblo, la gran masa popular, no participó en esa huelga; es más, la repudió. El Pueblo no tenía vela en ese entierro. La huelga se había decidido en una reunión a la que fueron invitados el 14 de Junio y el PRD. Miolán y yo asistimos en representación de nuestro partido. Un señor de mentalidad apropiada para funcionario español

en la América a mediados del siglo XVIII, opinó que había que hacerle sentir a Balaguer la fuerza de la UCN. “Eso quiere decir huelga general”, le dije al oído a Miolán. Y así fue. Esa misma noche la huelga quedó decretada.

Por boca mía, el PRD dijo por radio que no apoyaba la huelga, lo cual le ganó al mismo tiempo la simpatía de las grandes masas de los barrios y del campo y el odio a muerte de los cívicos. Esa huelga marcó un instante crítico en la vida del PRD. Si no hubiésemos seguido lealmente nuestra línea, el Partido se hubiera debilitado quién sabe si hasta la extinción. Pero el Pueblo y nosotros nos entendíamos, hablábamos el mismo lenguaje; nosotros teníamos el oído puesto en su corazón, conocíamos sus anhelos y sus angustias. De la huelga de diciembre salió el Partido fortalecido; al terminar ese mes, nuestras afiliaciones pasaban de ciento veinte mil. En cambio, la huelga marcó el punto en que la masa popular, que hasta entonces se había mostrado indiferente a la propaganda de Unión Cívica, comenzó a ser francamente anticívica. (Debo explicar que la llamada huelga no fue eso; fue una protesta política planeada y ejecutada por un partido político, la Unión Cívica Nacional, no por una Central Obrera que el país no tenía).

Quiere decir que ya en el mes de diciembre comenzaba a hacer efecto la siembra que estaba haciendo el PRD; más propiamente, puede afirmarse que en ese mes comenzaba el Pueblo dominicano a mostrar su perfil en el fondo de los acontecimientos históricos, y si ese perfil seguía definiéndose llegaría el día en que el Pueblo se levantaría a su tamaño natural y comenzaría entonces a hacer la historia nacional. ¿Cuándo sería ese día? No podíamos saberlo, pero estábamos seguros de que la República tendría su amanecer.

En los días 13 y 14 de diciembre la dirección de UCN celebró una reunión en la que se acordó convertir la organización

en partido político y poner en acción una campaña de descrédito del PRD y de sus líderes. Esto último era, desde luego, una consecuencia de lo primero; pues si UCN pasaba a ser partido político, debía combatir al PRD, que desde el primer momento se había presentado ante el Pueblo como partido político.

Al llegar a mis manos las pruebas escritas del acuerdo, los compañeros del Comité Ejecutivo plantearon la conveniencia de que yo, como portavoz del Partido, denunciara públicamente el plan. Pero mi opinión fue que era tanta la fe pública de las clases medias en el doctor Fiallo, que si yo decía que él había aceptado la conversión de UCN en partido y su designación como líder de ese partido, se me consideraría un calumniador y nosotros perderíamos prestigio. Esta opinión fue aceptada y los hechos la hicieron buena. A mi juicio, era mejor que el Pueblo se diera de buenas a primeras con la noticia de que la UCN se había convertido en partido, con el doctor Fiallo a la cabeza, y que la noticia le fuera dada por el propio doctor Fiallo. “Será como desnudarse ante el Pueblo”, dije; y expliqué que dada la psicología de las clases medias dominicanas el desengaño sería fatal y la UCN, que ya empezaba a tener la repulsa popular, perdería rápidamente su primer lugar entre las organizaciones políticas del país.

Así sucedió. En los siete meses transcurridos desde la muerte de Trujillo hasta el 31 de diciembre de 1961, la historia dominicana avanzaba de prisa; y la historia avanza devorando, creando, destruyendo y construyendo. No en balde es la síntesis del poder creador y destructor de la especie humana.

V LOS “PATRIOTAS” CONQUISTAN EL PODER

Al producirse la fuga de los Trujillo el país entró en una etapa abiertamente revolucionaria, pero revolucionaria en cuanto al ambiente, no en hechos. Los militares enviados a cuidar las propiedades de los Trujillo y de los trujillistas que habían huido, entraban a saquearlas y después llamaban al Pueblo para que terminara el saqueo. El concepto de autoridad había sido sustituido por un impulso vengativo popular que en el primer momento se satisfacía con la depredación de los bienes de los fugitivos. Por todas partes, en las ciudades principales —y sobre todo en la Capital— y en los campos, se formaban turbas que corrían a saquear propiedades, a llevarse muebles, reses, caballos, puertas, ventanas, a quemar casas y destruir cercas. Guardias y policías fraternizaban con el Pueblo y tomaban su parte en el botín.

Se trataba de la reacción primitiva de unas masas que buscaban sacar algún provecho de la caída del trujillato, y debieron haber encontrado ese provecho en unas cuantas medidas revolucionarias que hubieran podido transformar las estructuras sociales para el beneficio de todo el Pueblo. Las masas buscaban ventajas y las sacaban en muebles y vajillas.

Hasta cierto punto tenían razón, porque ya no podía hacerse una revolución rápida. La Unión Cívica había convertido todo el impulso nacional hacia una revolución en un simple movimiento antitrujillista, en una lucha contra lo que

había sido, no contra lo que era. Y ya el trujillismo no era lo que debía combatirse. El trujillismo había sido algo malo, algo que pertenecía al pasado del país. Lo que debía combatirse estaba presente: las estructuras económicas y sociales, atrasadas como en ningún país americano; las violentas desigualdades de todo tipo. La UCN había actuado como el torero que desvía el toro con arrogante habilidad y lo lleva tras la muleta para salvarse él mismo de la cornada mortal.

Detrás de la UCN, hechizados por su prédica, iban los jóvenes de la clase media, los catorcistas y hasta los comunistas, los emepedeístas y hasta los escasos social-cristianos que había por esos días, gritando contra Balaguer y contra Rodríguez Echavarría, pidiendo la salida de uno y de otro del poder, y ninguno de esos jóvenes presentaba un programa al Pueblo, una lista siquiera de las medidas que debería tomar el Gobierno que sustituyera al de Balaguer. Era un espectáculo triste para los que comprendíamos que la última oportunidad de la Revolución Dominicana estaba disipándose, mucho más triste porque ya no había nada que hacer para encauzar a aquel pueblo maliciosamente desviado, para volver en sí a aquellos jóvenes que de manera cándida, creyendo de buena fe que lo que hacían era una revolución, servían con toda su alma los fines de los enemigos de la revolución.

Una tarde, en el mes de diciembre, llegó a Polvorín número 7 el doctor Baquero. Quería hablar conmigo y nos fuimos a Polvorín número 8, altos, vivienda de una hermana mía, situada enfrente de Polvorín número 7, donde yo vivía, acogido a la hospitalidad de otra hermana. El doctor Baquero quería tratarme algo confidencial, según me dijo.

El doctor Baquero llegaba a pedirme en nombre de la dirección de UCN que el PRD escogiera tres hombres para formar el Gabinete del doctor Fiallo, pues de un momento a otro el doctor Balaguer designaría al doctor Fiallo Secretario

de Estado de las Fuerzas Armadas. Una vez designado el doctor Fiallo, Balaguer renunciaría a la Presidencia de la República y automáticamente, de acuerdo con un mandato constitucional, el doctor Fiallo pasaría a ser Presidente de la República. Era deseo del doctor Fiallo, y acuerdo de Unión Cívica —según dijo el doctor Baquero— formar un Gabinete en que hubiera tres miembros del PRD, tres del 14 de Junio y el resto de UCN.

Según me contó el doctor Baquero, la noche anterior los doctores Jordi Brossa y Viriato A. Fiallo habían visitado al doctor Balaguer en su casa y le habían planteado la solución a la crisis política nacional en esos términos: nombramiento del doctor Fiallo como Secretario de Estado de las Fuerzas Armadas, renuncia del doctor Balaguer, subsiguiente elevación del doctor Fiallo a la Presidencia de la República. Según me informó el doctor Baquero, la dirección del 14 de Junio estaba al tanto de la situación y en ese momento estudiaba si participaría o no en el Gabinete del doctor Fiallo.

Todo aquello me pareció tan infantil que estuve a punto de echarme a reír. Dije al doctor Baquero que reuniría al Comité Ejecutivo del PRD, pero que personalmente me opondría a participar en el Gobierno cívico. No tuve que convocar la reunión porque al atardecer de ese mismo día el doctor Balaguer dio la noticia por radio en una alocución que causó sorpresa general.

Aquella era la primera muestra pública que daban los hombres de UCN de que querían el poder y luchaban por conseguirlo. Ahora bien, ¿para qué lo querían? Fue solamente hacia septiembre u octubre de 1962, es decir casi un año después de lo que relato, cuando la Unión Cívica presentó al país un programa de Gobierno. La participación de los cívicos en el Consejo de Estado demostró que no solamente no tenían idea de las medidas que debían tomarse para transformar la situación

dominicana, sino que lo que deseaban era usar el poder para beneficio de cada uno de los altos funcionarios cívicos.

La presión siguió sitiando a Balaguer. Un día, a fines de diciembre, el doctor Balaguer me hizo saber que dada la situación, él tendría que dejar el poder y que entre ponerlo en manos de la Unión Cívica y en manos de nosotros, prefería lo último. Poco después me llamó el general Rodríguez Echavarría —era un domingo, de mañana— y me invitó a hablar con él en el Círculo de Oficiales. El presidente Balaguer, según sus palabras, quería nombrarme Secretario de Estado de las Fuerzas Armadas; inmediatamente, el doctor Balaguer renunciaría a la Presidencia y yo pasaría a ser Presidente. “Si usted acepta, yo renunciaré a mi cargo, y si después que usted sea Presidente quiere nombrarme otra vez Secretario de las Fuerzas Armadas, me nombra, pero si quiere nombrar a otro, lo hace. De todas maneras, yo le aseguro a usted la lealtad de las fuerzas armadas”, dijo el general.

Yo no le había contestado todavía al general Rodríguez Echavarría cuando llegó un oficial a avisarle que el doctor Balaguer quería hablarle por teléfono. El general salió y volvió en pocos minutos para decirme que en Palacio había una reunión y que el doctor Morales Carrión estaba pidiéndole al doctor Balaguer que presentara una solución inmediata a la crisis política. El general salió hacia Palacio sin que yo pudiera explicarle lo que pensaba de su petición.

Los acontecimientos estaban precipitándose. Si yo aceptaba la Presidencia de la República de manos de Balaguer, las juventudes de clase media iban a reaccionar en forma violenta. Para ellos, sólo UCN podía ir al poder. El problema que se planteaban los jóvenes no era el de revolución o no, sino el de trujillismo o antitrujillismo, y no se daban cuenta de que en el fondo de sus sentimientos lo que querían era vengarse de las humillaciones, las torturas, los maltratos

padecidos, y que a eso los habían llevado hábilmente, porque así se desviaba la revolución.

Por otra parte, ni el PRD era lo suficientemente fuerte para mantenerse en el Gobierno ni las fuerzas armadas tenían con nosotros el vínculo que tenían con Balaguer. Balaguer se había formado y había crecido políticamente a la sombra de Trujillo, y los jefes militares respetaban en él al heredero político de Trujillo. Las Cámaras, hechura también de Trujillo, no iban a responderle al PRD como le respondían a Balaguer. Aunque el doctor Balaguer tuviera las mejores intenciones, él mismo no se daba cuenta de que si aceptábamos el poder, nosotros —es decir, el PRD— íbamos a quedar prisioneros de toda la maquinaria de Trujillo, que aún quedaba en pie, y al mismo tiempo íbamos a recibir todo el peso de la oposición de la clase media que tenía Balaguer, pero renovado por la ira de lo que esa clase media cívica podía tomar como una burla.

Al día siguiente el general Rodríguez Echavarría me llamó varias veces por teléfono, porque quería una decisión rápida. Cuando pudo localizarme, ya al caer la tarde, le dije que ni a él ni a mí ni al doctor Balaguer nos convenía que siguiéramos hablando sobre el tema. Esa noche, en el cuarto de hora de radio que usaba el PRD, dije por vez primera una frase que después repetiría a menudo: “El PRD sólo aceptaría el poder de manos del Pueblo”. Estoy seguro de que poca gente se dio cuenta de lo que había en el fondo de esas palabras.

Ya para ese momento la propaganda cívica y catorcista presentando al PRD como un partido trujillista, aliado de Balaguer, era rampante. En una campaña nacional, de punta a punta del país, los jóvenes de acción de UCN pintaban una palmita —el símbolo del partido de Trujillo— sobre la R de nuestras siglas donde quiera que había un letrero que dijera PRD; así, a los ojos del Pueblo aparecía esta leyenda: P-palmita-D, lo cual quería decir, justamente, Partido Dominicano,

nombre del que Trujillo estableció y mantuvo como partido único durante todo su régimen. De las oficinas de UCN salían día tras día docenas de consignas que los jóvenes partidarios de la Unión Cívica iban repitiendo por donde pasaban, y todas eran especies calumniosas destinadas a presentarnos a nosotros, los líderes del PRD, como recibiendo fondos de Balaguer o de los trujillistas perseguidos, como agentes de Ramfis y de Petán.

Los compañeros del Comité Ejecutivo del PRD se alarmaban y me pedían que respondiera a esa campaña a través de la radio. Pero mi posición era otra. Yo creía que la clase media dominicana no tenía comunicación con la masa popular, no conocía su psicología, no sabía qué cosa deseaba el Pueblo, y lo que era peor, no entendía su lenguaje así como el Pueblo no entendía el de la clase media. La clase media, debido a una deformación que trataré de explicar en otra parte, tenía una naturaleza psicológica anormal y no podía vivir sin el alimento cotidiano del chisme; era —y es— una fuente perpetua de chismes; crea y consume chismes. Según dije una vez cuando era Presidente de la República, el chisme es la mayor industria nacional. En cambio, el Pueblo, los sintrabajo, los campesinos, los obreros —y una parte de la pequeña clase media— no produce ni consume chismes. Todas esas calumnias que echaban a rodar los hombres de UCN se quedaban en su propio ambiente, pues había una muralla china que separaba a la clase media del Pueblo, y los chismes no lograban saltar esa muralla. Yo hablaba para el Pueblo, y si respondía a los chismes el Pueblo conocería esos chismes a través de mi palabra, lo cual podía ser perjudicial, pues según un viejo proverbio campesino, “no se debe poner a la gente en lo que no está”, es decir, no se debe dar pie para que la gente piense mal de uno. Si yo decía que los cívicos nos acusaban de estar recibiendo dinero de un trujillista, ¿cuánta gente del Pueblo no se preguntaría si sería o no verdad eso?

Por otra parte, si había un sector de la clase media —que difícilmente sería de la alta clase media— que repudiaba el chisme, ese sector hallaría malos los métodos cívicos y al cabo rechazaría a la UCN; y esto era posible porque el chisme, la calumnia, la injuria de baja especie habían sido usados hasta la saciedad bajo el régimen de Trujillo. Debía haber una parte de la mediana clase media dominicana —aunque fuera pequeña— que se asquearía de esa resurrección del “Foro Público” de los días en que Trujillo era dueño y señor del país; y si la había, dejaría de ser cívica.

A mi juicio, pues, la campaña de la UCN contra el PRD se volvería contra sus autores. Lo mejor era dejar que esa campaña recorriera su órbita y volviera, como un boomerang, a los pies de sus creadores.

La campaña no perjudicaría al PRD, pero dejaba al país sin un instrumento político que pudiera hacer la revolución. En verdad, ya hacia el mes de diciembre sólo el Gobierno de Balaguer podía hacer una revolución, porque contaba con una burocracia entrenada y un Congreso adicto, y tenía el respaldo de las fuerzas armadas. Durante los doce días de la huelga, los militares se habían mantenido leales a Balaguer, y las Cámaras seguían aprobando las recomendaciones del Ejecutivo con la misma unidad y la misma rapidez de los días de Trujillo. Quiere decir que desde el punto de vista objetivo, Balaguer podía hacer la revolución; sin embargo, subjetivamente no era así, porque Balaguer estaba sometido a una presión de tal naturaleza que se veía obligado a entregar el poder.

La revolución, pues, se perdía, se diluía en formación de turbas que perseguían a algún calié, en buscar tumbas de víctimas del trujillato, en desenterrar huesos de mártires. Precisamente el día en que estuvo a visitarme el doctor Baquero para pedir que el PRD tomara parte en el próximo —y a su

juicio inevitable— Gobierno del doctor Fiallo, fui a la Casa Nacional del Partido. Yo no iba a menudo porque desde que amanecía hasta tarde en la noche me pasaba todo el tiempo en casa atendiendo a las personas que querían verme. La Casa Nacional del Partido, frente al Parque Colón, era un hervidero perpetuo de hombres y mujeres del Pueblo. El PRD crecía por días y a medida que crecía aumentaba el número de los delegados de barrios y de provincias que llegaban a la Casa Nacional a solicitar instrucciones, formularios de afiliaciones, tarjetas. Aquel lugar se había vuelto un sitio público, al grado que no podíamos ya celebrar en él las reuniones del Comité Ejecutivo porque la gente no nos dejaba trabajar. Pero esa tarde, después de haber hablado con el doctor Baquero, fui a la Casa Nacional.

¿Me vigilaban y usaron esa ocasión para darle al Pueblo la muestra de que nosotros éramos asociados de los trujillistas? Tal vez, porque resulta extraño que cuando yo llegué a la Casa Nacional no había nadie en el Parque Colón, y quince minutos después había trescientas o cuatrocientas personas, armadas de palos, tubos, cabillas, cadenas y piedras, gritando que en la Casa Nacional había un calíe y que debíamos entregarle ese calíe a la multitud para que ésta saciara en él su deseo de vengar a las numerosas víctimas de Trujillo. Salí al balcón y dije que si había un calíe, yo mismo lo entregaría a la Policía pero no a la turba. “Ustedes —les dije— no tienen derecho a hacer justicia. Si los jueces se han equivocado tantas veces, ¿cómo puede estar seguro nadie de que la multitud no se equivoque?”.

La respuesta fue un abucheo general y una pedrea contra la Casa Nacional. Yo oía desde adentro los gritos de “¡Juan Bó calíe, Juan Bó calíe; ya Juan Bó se denunció!”. Sabía que eso podía ser el inicio de una campaña más fuerte aún que la de rumores, chismes y calumnias; pero no cedí. Por nada del

mundo hubiera cedido. Si con esa actitud mía se jugaba la vida del PRD, mi prestigio, la labor paciente de los compañeros, no me importaba. El compañero Miolán, que estaba a mi lado, no titubeó un momento. Nada nos haría ceder. Yo mismo llamé por teléfono a la Policía. El supuesto calió salvó la vida, y resultó que nadie pudo hacer una acusación contra él ante los jueces, porque su función había sido ser chofer de Pedrito Trujillo, pero no había sido ni informador ni agente de la policía política.

Esa misma tarde, mientras todavía caían piedras en la Casa Nacional, grabé la cinta que debía pasarse por radio en la noche; la grabé, lo recuerdo, sin tener notas a mi alcance. ¿Y de qué hablé? De la necesidad de distribuir las tierras de los Trujillo entre familias campesinas sin tierra, a razón de cien tareas, más o menos, por familia. Fue, por cierto, la primera vez que traté ese tema, que había de ser uno de los *leit-motiv* de la campaña electoral de 1962.

Todos esos días eran agitados. Se había desatado la lucha por el poder en un país que no conocía los procedimientos de la lucha política en la democracia; el resentimiento, las pasiones, los odios y las ambiciones se derramaban como una avalancha sobre la tierra dominicana. Los cívicos usaban el prestigio del doctor Fiallo como un escudo y a él mismo lo llevaban y lo traían sin que él acertara a comprender lo que estaban haciendo de él. Cuando se dio cuenta de que su visita a la casa del doctor Balaguer y su solicitud de que éste renunciara para entregarle la jefatura del Estado había causado mala impresión, reaccionó diciendo que sus amigos lo habían puesto en ridículo ante el país y que iba a renunciar a la actividad pública. El doctor Morales Carrión logró disuadirlo. El doctor Morales Carrión creía que la renuncia del doctor Fiallo iba a crear un vacío político peligroso. Ni el doctor Morales Carrión ni la mayoría de los

improvisados políticos dominicanos se habían dado cuenta de que la Unión Cívica Nacional había entrado en decadencia al declarar la huelga de diciembre, y pasara lo que pasara, nadie detendría esa caída. Si el doctor Fiallo hubiera mantenido entonces su decisión de renunciar a la vida pública, se hubiera convertido en una reserva a la que hubiera acudido el Pueblo en sus horas de crisis. No la mantuvo, y para el Pueblo dominicano quizá eso haya sido lo mejor.

La presión sobre Balaguer aumentó a tal punto que aceptó entregar el poder a un equipo de hombres de la UCN, tal y como lo había pedido la UCN con el respaldo del Departamento de Estado. Washington quería un Gobierno colegiado con autoridad para negociar, para recibir préstamos y obligar al Estado; y ese tipo de Gobierno no podía crearse sin una reforma constitucional. Balaguer, pues, envió al Congreso una solicitud de enmienda a la Constitución, y así se creó el Consejo de Estado, de siete miembros, con uno de ellos como Presidente, que debía gobernar hasta el 27 de febrero de 1963 y debía convocar a elecciones para Constituyente a más tardar el 16 de agosto de 1962 y a elecciones presidenciales, de Congreso y de Ayuntamientos a más tardar el 20 de diciembre del mismo año.

Para formar el Consejo de Estado, la UCN escogió cuatro de sus miembros y alguien que no se sabe si fue Balaguer, si fue Rodríguez Echavarría o fue otra autoridad, escogió a los dos supervivientes del complot del 30 de mayo. En total cuatro cívicos y dos que no lo eran, y después de la renuncia de Balaguer se agregaría uno que había entrado en la UCN a título de dirigente del 14 de Junio pero que en diciembre ya no era catorcista sino cívico.

La mecánica de la sustitución de Balaguer por ese Consejo de Estado fue la siguiente: Balaguer seguiría siendo Presidente de la República como Presidente del Consejo de Estado hasta

el 27 de febrero de 1962, el licenciado Rafael F. Bonnelly, que debía encabezar el Consejo como Presidente, sería Vicepresidente hasta la renuncia de Balaguer, cuando pasaría a ser el Presidente.

Se estableció, pues, todo lo necesario para el traspaso del poder, pero la UCN no estaba conforme y quería hacer saltar a Balaguer antes del 27 de febrero. Los cívicos no podían esperar unos días; querían el poder inmediatamente. La agitación crecía por horas, y esa agitación desembocó, el 16 de enero, en la muerte de cinco personas en el Parque Independencia. Hostigado por los cívicos, Rodríguez Echavarría envió un tanque de guerra a ese parque para que impidiera actividades de agitación en el local de la Unión Cívica que se hallaba en aquel lugar, y como la multitud no se dispersaba sino que se mostraba agresiva, los tripulantes del tanque dispararon. Rodríguez Echavarría perdió la cabeza, y a la conmoción producida por el desgraciado episodio respondió con un golpe de Estado relampagueante. Balaguer y los miembros del flamante Consejo de Estado fueron presos en Palacio, aunque a Balaguer se le permitió después salir, e inmediatamente Rodríguez Echavarría formó una Junta de Gobierno de tres miembros.

El doctor Morales Carrión y el Cónsul Hill habían salido del país poco antes. Al día siguiente recibí una llamada telefónica de alguien que no me dio su nombre pero que no era dominicano; en palabras sibilinas me dio a entender que el señor Hill había llegado y que se iba a desatar una acción inmediata. Pero aquello fue tan vago que ni siquiera lo tomé en cuenta. Dos días después, sin embargo, se desató la huelga general que liquidó el golpe de Estado. Esa huelga fue el acto culminante de una agitación nacional de siete meses, que se inició el 5 de julio con la llegada de los delegados del PRD al país y se mantuvo sin un día de reposo hasta enero de 1962.

Todavía a esa altura, la masa popular no había actuado. La masa popular era un espectador del drama dominicano. La entrada en el escenario, en calidad de actor, le estaba vedada por aquellos que decían representar su voluntad.

VI LA COMPOSICIÓN SOCIAL DOMINICANA

A la muerte de Trujillo debía comenzar a producirse un movimiento de ordenación de las fuerzas sociales: a un lado la alta clase media y parte de la mediana; a otro lado, parte de la mediana, la pequeña clase media y las masas de obreros, campesinos y sintrabajo.

Este era un proceso demasiado tardío para un país de la América Latina, pero era de tal grado la arritmia histórica dominicana, que esa ordenación vendría a producirse en el país ya avanzada la segunda mitad del siglo XX.

La alta clase media estaba formada por comerciantes y profesionales de más recursos económicos que otros comerciantes y profesionales; con ellos se mezclaban terratenientes, funcionarios públicos y algunos industriales. Flotando sobre ese sector, y en ocasiones entreverada con algunos de sus miembros, estaba la casta de los de “primera”, gente socialmente más elevada aunque no tuviera los medios económicos ni siquiera para pertenecer a la mediana clase media. Algunas familias de la alta clase media eran de “segunda”, lo era gran parte de la mediana clase media y casi toda la pequeña clase media; y después estaban los demás, los descartados del Pueblo, la “chusma” sin derecho a nada.

Trujillo había tenido metida en su puño a la totalidad de los dominicanos. El nombre que él mismo se había hecho dar, y que de manera casi inconsciente usaba todo el mundo para

dirigirse a él o para mencionarlo ante otras personas, era el de “jefe”; y él fue el jefe de todos los dominicanos en la más amplia acepción del vocablo; fue el jefe de la casta de “primera”, de los de segunda y de los descastados del Pueblo; bajo su jefatura se ampliaron los círculos de alta y mediana clase media y proliferó el de la pequeña clase media; a su sombra se formó un pequeño círculo de industriales que a menudo eran llevados por él a ese terreno haciéndolos socios de sus empresas; por último, Trujillo era la burguesía nacional, porque no había burguesía nacional en la República Dominicana, en el sentido de capitalistas en términos de sociología moderna, antes de que Trujillo comenzara a instalar industrias para montar su emporio económico.

Todavía hoy, en el país no hay una burguesía propiamente dicha; no la hay como clase. Hay algún que otro empresario industrial, pero los de más categoría no son dominicanos, de manera que no pueden ser calificados como miembros de la burguesía nacional. Las industrias de Trujillo pasaron al Estado, y el Estado es, por esa razón, el más grande empresario industrial del país. La casta de “primera”, y un sector de la alta clase media comercial, profesional y terrateniente, soñaron ser los herederos de Trujillo mediante la adquisición, a través del poder político, de esas empresas, con lo cual hubieran podido convertirse en la burguesía nacional.

Tenemos, pues, que a la muerte de Trujillo no había definición de clases, y sin embargo debía producirse esa definición, no sólo en términos económicos sino también en términos políticos.

Como hay industrias, aunque no haya burguesía dominicana hay obreros dominicanos, y desde hace algunos años, aun bajo el régimen de Trujillo, comenzó a irse formando una conciencia obrera de clase que todavía en 1963 no había llegado a un desarrollo cabal. En términos generales, puede afirmarse lo

mismo del campesinado; en la República Dominicana no hay conciencia de clase campesina, y esta clase es la que tiene más movilidad, pues de ella sale una gran parte de la pequeña clase media y también la mayor parte de los obreros y los sintrabajo que pueblan los barrios pobres de las ciudades

Todos los países subdesarrollados presentan un cuadro sociológico parecido, pero los pueblos hijos de España tienen en su composición social un ingrediente histórico que merece una investigación prolija de parte de gente versada en la materia. Tradicionalmente, desde la Conquista, España fue, de los países importantes de Europa, el que producía más clase media en el orden cultural y social, sin que esa clase media tuviera sustento económico para mantenerse como clase media. Aunque el término “clase media” es moderno, podemos definir con él la pequeña nobleza española de los siglos XV al XIX y hasta una parte del siglo XX: los hijosdalgo, segundones, infanzones; los que sin llegar a pequeña nobleza se igualaban con ésta por desempeñar funciones públicas, y hasta los sacerdotes y monjas, que en cierto momento de la historia de España llegaron a ser una parte numerosa de la población.

La verdadera clase media, desde el punto de vista económico, se formaba en España a base de gente que procedía de la masa popular, sobre todo de campesinos y artesanos; pero la otra, la clase media social y cultural, con hábitos o pretensiones de hábitos de un nivel superior, era un ser social híbrido que flotaba en el aire, sin sustento económico en que afirmarse. Y nosotros, los pueblos americanos, heredamos esa propensión de España a producir un espectro de clase media porque heredamos de la madre patria los conceptos que le daban vida. Así, en un país de otras tradiciones el hijo pobre de un noble podía establecer un comercio o una pequeña industria; pero eso no podía suceder en un país de origen español, pues trabajar era infamante si se procedía de alguna familia

que tuviera cierta distinción. Las regiones de América que se desarrollaron sobre un núcleo de población originario de las Islas Canarias tenían otra manera de pensar, porque los canarios, al parecer, no distinguieron entre nobles y plebe; y de ahí resulta que en la zona de Baní, por ejemplo, en la República Dominicana, no había impedimentos para la gente distinguida que quisiera trabajar.

Es verdad que el subdesarrollo mantiene esas sociedades estáticas donde no hay movilidad social, pero también es cierto que el subdesarrollo latinoamericano se debe, entre muchas causas, al peso de esas tradiciones. Muchos hombres y mujeres que pudieron haber contribuido a un cambio en los métodos de producción de estos países, no lo hicieron porque el medio les impedía trabajar; trabajar era deshonroso para ellos y para sus familias. Así, al avanzar el siglo XIX, y en muchos países todavía a principios del siglo XX, el único camino abierto para los que necesitaban trabajar y no “debían” hacerlo a causa de sus orígenes sociales, fue el de las profesiones de servicio, el empleo público, el sacerdocio y las armas. Entre los finales del siglo pasado y los principios del actual, la clase media de la América Latina produjo abogados, médicos, agrimensores, ingenieros, arquitectos, maestros, curas, monjas, generales, periodistas, escritores, y muy escasa gente que supiera producir.

Este mal se acentuó en la República Dominicana. La tiranía fue un molde de hierro en tres aspectos: el político, el militar y el económico; pero los dos primeros sólo tenían por objeto garantizar el último. Lo que Trujillo persiguió durante su largo mando fue hacerse rico, convertirse en el hombre más rico del país, y en uno de los más ricos de América; de manera que si en algún terreno aplicó su tiranía a fondo fue en el económico. En este aspecto, la República Dominicana no pudo avanzar un paso sino en la medida en que Trujillo lo

permitió. Para mal de los dominicanos, el trujillismo acertó a dominar la vida nacional en los años decisivos de su formación económica, social y cultural, los años en que más avanzaron los demás pueblos americanos; y con su dominio impidió en forma drástica que los dominicanos se desarrollaran según las tendencias del mundo exterior.

La República vivió aislada, y no en términos comparativos sino absolutos. Del país salía el que la tiranía dejaba salir; al país entraba aquél a quien la tiranía dejaba entrar; salían y entraban las noticias y los libros, los hábitos y las ideas que la tiranía permitía. La sociedad dominicana permaneció, pues, estática, excepto en su crecimiento natural; y ese estatismo agravó la propensión, heredada de España, a producir clase media en lo cultural y en lo social sin que hubiera base para mantenerla económicamente. En suma, tuvimos más clase media de la que podíamos mantener.

Los dominicanos no tenemos estadísticas confiables ni siquiera en lo que se refiere a población. Pero se estima que vamos de los tres millones a los tres millones quinientos mil. Se estima también que un setenta por ciento de esa población es campesina, si bien para fines de censo se toman por habitantes urbanos los que viven en poblaciones de mil, dos mil o tres mil habitantes, cuyo emplazamiento y cuyos medios de vida son campesinos. Pero aun si aceptamos que el sesenta por ciento de los dominicanos viven en el campo, tenemos que distinguir cuántos de esos campesinos son pequeña y mediana y alta clase media; y no lo sabemos. A ojo de buen cubero, la pequeña clase media parece ser la más numerosa, pues el campesinado es la mayor fuente social de la pequeña clase media no sólo de los campos sino también de las ciudades; y, desde luego, de los sintrabajo. La mediana clase media de los campos es mucho menos numerosa, pero parece ser que de ella sale el mayor número de la mediana clase media de las

ciudades porque generalmente sus hijos estudian y pasan a engrosar ese sector social urbano; de ahí surgen los profesionales y los que sin llegar a profesionales adquieren hábitos que necesitan mantener con empleos públicos o cualquier trabajo que sea de escritorio o algo similar. Por último la alta clase media campesina es al mismo tiempo urbana porque habitualmente tiene residencia en las ciudades.

¿Qué número de dominicanos forman los tres sectores de la clase media?

Si es un veinte por ciento de los habitantes, serían unos setecientos mil, de los cuales más de trescientos mil deben ser adultos, contando entre ellos las mujeres y los hijos mayores de dieciocho años; si es un treinta por ciento, sobrepasa el millón y los adultos están cerca de los cuatrocientos mil, mejor más que menos.

De todas maneras, sea una cifra o la otra, no creo que la alta clase media tenga más de cinco mil familias, lo que supone unos quince mil adultos; y no creo que la pequeña clase media sobrepase las cien mil familias, lo cual significaría cerca de trescientos mil adultos. En total, entre la alta clase media y la pequeña clase media no me parece que haya más de trescientos mil adultos. El resto está en la mediana clase media.

Estos números no tienen base estadística pero no son caprichosos; son el resultado de observaciones hechas en el terreno con fines interesados y con apreciaciones parecidas a las que hace el comerciante que va a establecer un negocio en una población cuya composición económica desconoce: calcula cuántos clientes podrá tener. Sin una apreciación más o menos cercana a la realidad sobre la composición social dominicana, el PRD no hubiera podido ganar las elecciones de 1962; pues toda la campaña electoral fue hecha sobre esos cálculos, afinando bien la puntería para dar en el objetivo, y un error en las apreciaciones hubiera significado una derrota segura.

La alta clase media es, desde luego, la que tiene más sustento económico y por tanto más estabilidad emocional; en ese sentido le sigue la pequeña clase media, aunque a bastante distancia porque la pequeña clase media va siempre de paso hacia la mediana clase media, lo que significa que hay un sector apreciable de la pequeña clase media que no tiene la estabilidad económica y emocional que el restante sector. Una parte importante de la pequeña clase media es, pues, mediana clase media por sus aspiraciones, por la cultura y por sus hábitos, pero no lo es en el orden económico, y por tanto flota en el aire social, corresponde a ese número de dominicanos que van y vienen por la vida buscando un asidero económico que les permita desenvolverse según sus deseos y según su posición social.

En conjunto, los dominicanos de la mediana clase media son un sector inseguro. Ahí están la mayoría de los profesionales, los comerciantes medianos, la mayoría de los funcionarios públicos, los que no tienen profesión pero viven como si la tuvieran. ¿Cuántos pueden ser? ¿Ciento cincuenta mil, doscientos mil? Por pocos que sean, no pueden bajar de un cinco por ciento de la población. Entre ellos los hay miembros de la casta de “primera”, sobre todo en las poblaciones y las ciudades del interior. En términos generales, su vida es afanosa. Están donde no deben estar y quisieran estar donde no pueden estar. Económica, política y socialmente, son un lastre pesado para un país como la República Dominicana; económicamente, porque el país no da para mantenerlos; políticamente, porque su inestabilidad emocional los hace cambiantes o indiferentes; socialmente, porque no tienen coherencia y por tanto no persiguen ningún fin social determinado.

Lo que hemos llamado clase media española en los días de la Conquista —y de la Colonia— tenía coherencia; sus miembros respetaban ciertos principios; eran católicos a rajatabla;

obedecían al Rey y a sus representantes sin un titubeo; creían en su sociedad y en sus leyes; amaban a España ciegamente. No tenían sustento económico pero se aferraban a ciertas normas con bravura.

La clase media dominicana, en cambio, es como una nube que cambia de forma cada cinco minutos, que se deshace, se diluye, se aleja, se acerca, se carga de agua y cae en lluvia o se pierde en el horizonte llevada por el viento.

Desde la alta clase media —donde un número importante es de extranjeros— hasta un sector grande de la pequeña clase media, pasando por la mayoría de la mediana clase media, la clase media dominicana es, ante todo, un grupo social inconforme consigo mismo; que no se estima, no se aprecia; que odia el país en el cual vive o ha nacido, y si no lo odia no sabe amarlo. Hay un número —no muy grande— de la mediana clase media que escapa a ese mal, y uno mayor en la pequeña clase media; pero en la alta clase media —y en la casta de “primera”— es casi imposible hallar un dominicano que quiera a su país.

La falta de sentido patriótico de la clase media dominicana, en conjunto, es algo desolador. Uno no puede comprenderlo. Yo, por lo menos, no puedo entender que no se ame a la patria como no puedo entender que no se ame a la madre. Me digo que esa ausencia de amor a la propia tierra se debe a su inseguridad, a su insatisfacción, a la angustia en que viven los dominicanos de clase media; pero no lo acepto. Sin amor es imposible hacer algo creador. La gallina, que es considerada como el más cobarde de los animales domésticos, se lanza como una pequeña fiera emplumada sobre el que se acerque demasiado a sus polluelos. El amor hace fuertes a los débiles y valientes a los cobardes. El amor obra milagros.

Causa pena oír a la mayoría de los dominicanos de clase media hablar de su pueblo y causa pesar oírlos comentar las

crisis nacionales. Para esa gente, el dominicano es haragán, es cobarde, es ladrón; y cuando hay un momento crítico en la vida del país, en los hogares, en las esquinas, en los cafés, unos y otros se preguntan cuándo van “los americanos” a actuar; inventan noticias de que ya llega “la flota”, de que el “Presidente dijo tal cosa o tal otra” —y se refieren no al Presidente de la República Dominicana sino de los Estados Unidos—. Durante los treinta y un años de la dominación trujillista, la mayoría de la clase media estuvo esperando que “los americanos” sacaran a Trujillo del poder.

Con las excepciones lógicas, comerciantes, profesionales, militares, sacerdotes, periodistas, hombres y mujeres carecen de dignidad patriótica porque les falta ese ingrediente estabilizador y creador que se llama amor; amor a lo suyo, a su tierra, a su historia, a su destino. En esta última palabra se halla la clave de esa actitud: la clase media dominicana, que vive sin un presente estable, no tiene fe en su destino; no cree en él y por tanto su vida como grupo social no tiene finalidad. Vive perdida en un mar de tribulaciones.

Como consecuencia de esa actitud, los dominicanos medios no han establecido todavía una escala de valores morales; no tienen lealtad a nada, ni a un amigo ni a un partido ni a un principio ni a una idea ni a un gobierno. El único valor importante es el dinero porque con él pueden vivir en el nivel que les pertenece desde el punto de vista social y cultural; y para ganar dinero se desconocen todas las lealtades.

A esta descripción desoladora escapa la porción de la pequeña y la mediana clase media que comenzó a reaccionar contra ese estado de cosas hacia 1959 y 1960, casi toda de afiliación o inclinación catorcista. Esa reacción se manifestó por un sentimiento nacionalista intenso, según explicamos ya, que por razones también explicadas se convertía fácilmente en antinorteamericanismo.

La gran masa popular, que vive en su ambiente social y económico propio, es otra cosa. Las virtudes nacionales están en esa gran masa popular. Ahí están el amor a lo suyo, a su tierra, a su música, a su comida; la lealtad a los amigos, a los partidos, a ciertas ideas simples pero generosas. Esto no significa que no haya una porción de esa masa popular que no sea así. En todos los casos, los sectores sociales no actúan en bloque, monolíticamente; y así como en la clase media hay un número que ha reaccionado contra su falta de fe, de su carencia de amor al país, así en la masa popular hay uno que actúa como descastado, sin principios, sin más actividad emocional que la primitiva de las bestias: comer, dormir, beber, reproducirse, aunque para ganar el sustento tenga que llegar al crimen, si se le exige el crimen. Ese es el margen social del cual sale el delincuente en toda agrupación humana.

Esta situación dominicana no es desconocida en otras partes de América, pero hay aspectos distintos, que en el caso dominicano agravan esas características de país subdesarrollado. Por ejemplo, algo parecido sucedía en la Venezuela de 1940 a 1950: sin embargo Venezuela tenía una tradición tan fuerte de luchas patrióticas, que ningún grupo social venezolano fue capaz de confiar la solución de sus problemas a la intervención de un poder extranacional. Venezuela entera fue sobrellevando su drama con valor espartano porque todos los venezolanos sabían que su país había dado hombres de excepción en el pasado y algún día los daría en el porvenir. Tenían, en suma, fe en el destino de Venezuela.

La clase media dominicana era muy pequeña cuando se lanzó a establecer la República en 1844; era todavía pequeña cuando combatió a España en 1863 para restaurar la República. ¿Por qué ahora no tiene fe en su país?

La explicación quizá esté en que durante todo lo que va del siglo XX el Pueblo dominicano ha sido víctima de sus

debilidades nacionales en forma verdaderamente impresionante. Comenzó el siglo en medio de guerras civiles desastrosas que sólo pararon en 1916 debido a la ocupación militar norteamericana, que duró ocho años; tuvo seis años de paz y junto con la crisis económica de 1929 le llegó la tiranía de Trujillo, que ahogó toda aspiración de cambios y mantuvo el país sumergido en un sistema despiadado de terror y de explotación. La clase media, más consciente por muchas razones de su situación, fue perdiendo la fe en el porvenir de su tierra; al faltarle la fe murieron, por agotamiento, las fuentes de los estímulos, la capacidad de amor y de lucha.

La clase media, con sus tres sectores, actuó unida sólo en una ocasión; en la huelga que liquidó el golpe de Rodríguez Echavarría en enero de 1962. Pero no debemos olvidar que detrás de ella estaba el poder norteamericano. Es probable que si los funcionarios de la representación norteamericana no hubieran respaldado esa acción, ésta no hubiera sido tan bien coordinada, tan rápida. Es verdad que era a la vez la culminación de siete meses de agitación política, pero aun así, uno debe preguntarse cómo hubiera sido esa huelga si no hubiera habido en sus directores la fe en la victoria porque Mr. Hill y sus subalternos los respaldaban.

De todas maneras —ya lo dijimos— la masa popular no tomó parte en esta acción. Para enero de 1962 la masa popular estaba ya divorciada de la clase media y la casta de “primera” iba a perder de golpe, en menos de dos meses, su prestigio nacional.

VII

LA CLASE MEDIA EN EL CAMPO POLÍTICO

Todavía en los meses medios de 1961 en el país no había la menor conciencia de que entre los diversos sectores del Pueblo se tendían unas fronteras invisibles que dividían a los dominicanos y los mantenían separados en grupos que no se comunicaban entre sí. Por puro instinto, la masa popular sentía que estaba debajo de otra gente; pero no tenía conciencia de quiénes eran esas gentes ni por qué estaban sobre ellas.

Bajo el poder de Trujillo las castas se mezclaban con otros sectores, pero no se integraban con ellos. El sentimiento de casta no se hacía público a pesar de que era vivísimo en la porción de la alta clase media con apellidos ilustres y en una parte apreciable de la mediana clase media —esta última, sobre todo, en el interior del país—; un sentimiento tanto más vivo cuantos menos recursos económicos tenían los miembros de la casta. A mayor dificultad para vivir según su categoría, mayor fuerza adquiría la sensación de su importancia social. Como resultado de esa actitud había lazos de clanes que ligaban a las familias de “primera” y cada una de ellas consideraba una ofensa a todo el clan lo que la tiranía le hiciera al primo de un sobrino o al hermano de un cuñado.

Si Trujillo le confería poder, mediante su designación en funciones públicas importantes a un miembro de la pequeña clase media —lo cual hizo muchas veces—, ese funcionario podía estar seguro de que tendría la docilidad de aquellos de

sus subalternos que pertenecían a la casta de “primera”, y funcionario y subalternos charlaban y bebían juntos en las fiestas oficiales. Pero la mezcla no pasaba de ahí. Anselmo Paulino era siempre Anselmo Paulino, un hombre del Pueblo, aunque representara todo el poder de Trujillo, y una familia ilustre no lo sentaba a su mesa. El poder incontrastable de Trujillo no lograba eliminar las fronteras invisibles.

Al morir el tirano “comenzó a desgranarse la mazorca”, según hubiera dicho un campesino de esos que se expresan en forma gráfica, con imágenes sacadas de su ambiente. En forma casi natural, las masas del Pueblo comenzaron a afiliarse en el Partido Revolucionario Dominicano; la alta y la mediana clase media, en la Unión Cívica, y la dirección de la UCN estaba en manos de la casta de “primera”. Por primera vez en la historia dominicana, el Pueblo, en conjunto, reconocía instintivamente la existencia de aquellas fronteras que lo dividían; y pronto una parte de la mediana clase media, la mayoría de la pequeña clase media y la casi totalidad de las masas, pasarían a tener conciencia de la división.

Guiada por la casta de “primera”, la alta clase media y la mediana clase media—incluyendo en ésta a los comunistas del PSP, aunque cause asombro a los comunistas de otros países—, sin distinción entre adultos y jóvenes, repudiaron a Joaquín Balaguer por trujillista y escogieron para sucederle a Rafael F. Bonnelly. ¿Por antitrujillista? No; porque pertenecía a la casta. Rafael F. Bonnelly era tan trujillista como Balaguer; de arriba abajo, de costado a costado, por fuera y por dentro, Bonnelly era tan trujillista como Balaguer, y más responsable que Balaguer de los peores aspectos del trujillismo.

Balaguer, doctor en derecho graduado en París, no le sirvió como abogado a Trujillo; Bonnelly, licenciado en derecho de la universidad dominicana, fue el abogado y notario preferido por Trujillo para legalizar sus apropiaciones forzadas de

tierras y bienes. Balaguer, buen orador, pronunció numerosos discursos en favor de Trujillo; Bonnelly, lector de discursos, leyó tantos en favor de Trujillo como los que Balaguer improvisó. Balaguer no le sirvió a Trujillo en cargos donde tuviera que tomar medidas represivas; Bonnelly fue durante años el Secretario de Estado de Interior y Policía, instrumento de la política represiva del régimen. Nadie puede afirmar que Balaguer se enriqueció con el favor de Trujillo; nadie puede afirmar que Bonnelly salió del servicio de Trujillo con los mismos bienes que tenía al iniciar su carrera de funcionario trujillista.

El instinto del Pueblo dominicano, no deformado por intereses, captó rápidamente la existencia de esas fronteras; pero la clase media se asustó cuando nosotros, los hombres del PRD, empezamos a plantear el problema social dominicano. La reacción de la clase media —especialmente en sus sectores de casta de “primera”, alta y mediana clase media— fue acusarnos de trujillistas y aliados de Balaguer porque denunciábamos el problema social en vez de denunciar a los trujillistas. La confusión creada en la clase media por el miedo a que el Pueblo comprendiera las causas de su situación llegó a tal grado, que el mismo doctor Balaguer, en un tiempo tan relativamente avanzado como octubre de 1963 —esto es, después del golpe de septiembre— me acusó de haber llevado al país la lucha de clases. La afirmación era divertida porque sonaba como si un enfermo de paludismo acusara al médico que le diagnosticó el mal de haberle llevado la enfermedad, y tanto más divertida porque el propio Balaguer fue objeto del odio de la casta de “primera”. Ya entrado el año de 1964, un “aeda laureado”, portavoz de Unión Cívica, catedrático de la Universidad, que había sido Subsecretario de Educación bajo Trujillo mientras Balaguer era el Secretario, escribió un artículo en que afirmaba que el doctor Balaguer era una persona

sin importancia alguna porque era de origen humilde, hijo de un inmigrante puertorriqueño, y había trabajado en su juventud en una pulpería. Ese antiguo subalterno del doctor Balaguer ejercía la lucha de clases en la República Dominicana mucho antes de que yo hablara de ella. Aunque el “aeda laureado”^{*} no lo mencionó, sin duda que tenía presente el caso opuesto, el del licenciado Bonnelly, que no había tenido que trabajar y entraba sin cortapisas en los clubes de Santiago donde se reunían las familias distinguidas mientras el joven Balaguer, en esa misma ciudad, vendía centavos de jabón a los pobres de su barrio.

¡Qué delito tan infamante el de ese señor Balaguer; haber trabajado en una pulpería! ¿Cómo se le puede perdonar a Trujillo que lo hiciera Embajador, Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes, Vicepresidente y después Presidente de la República? A Trujillo se le podía perdonar que hiciera Subsecretario al “aeda laureado”, diputado, senador, Secretario de Estado y Embajador a Rafael F. Bonnelly, Presidentes de la República al licenciado Jacinto B. Peynado y al licenciado “Pipí” Troncoso de la Concha, gente de alcurnia, pero no a un Joaquín Balaguer, que había nacido en cuna humilde.

Esto pensaba en 1964 un catedrático de la Universidad;^{**} pero el mismo año, otro catedrático de la Universidad, profesor de Historia y autor de una columna de efemérides nacionales que se publica en uno de los dos principales periódicos de la Capital, dijo paladinamente que jamás escribiría una efemérides en que apareciera mi nombre, a pesar de que yo fui Presidente por la voluntad mayoritaria del Pueblo en elecciones supervisadas por la OEA. Ese profesor de Historia es

* Se trata del poeta Antonio Fernández Spencer, quien ha ocupado altos cargos durante los diferentes gobiernos presididos por Balaguer desde 1966 (N. del E.).

** Se trata de Damián Báez Blyden, descendiente de Buenaventura Báez, quien publicaba la mencionada columna en el *Listín Diario* (N. del E.).

nieto o biznieto o algo así de un señor que fue Presidente de la República cinco veces en el siglo pasado, y aunque ese señor fue hijo de una esclava con el hijo adúltero de un sacerdote, fundó una casa de gran rango, acumuló millones y sus descendientes no tuvieron que trabajar en pulperías.

El Consejo de Estado se estableció con ese caduco criterio de escoger los hombres de gobierno no por su capacidad ni por sus luchas contra el régimen trujillista, sino por su “importancia” social. De los siete Consejeros, había un sacerdote con categoría de Monseñor, tres con apellidos que procedían de los días de las guerras contra Haití, uno con apellido sonado desde los de Lilís. De los siete, sólo dos no habían sido trujillistas, aunque debemos reconocer que otros dos habían participado en el complot que le costó la vida al tirano. En cuanto al Gabinete del Consejo de Estado, en él pululaban los personajes de la increíble aristocracia dominicana.

Por otra parte, con la excepción de los dos actuantes en el hecho histórico del 30 de mayo, todos los Consejeros de Estado eran cívicos, y a UCN pertenecía el Gabinete en pleno. La Unión Cívica Nacional se lanzó al asalto del poder con un apetito patriótico y apolítico, y en pocos días miles de cívicos pasaban a los cargos públicos, desde las Embajadas hasta las Alcaldías pedáneas.

En los primeros días de enero —hacia el 10, más o menos—, el Comité Ejecutivo del PRD planteó la conveniencia de que nosotros participáramos en el nuevo Gobierno. La tesis del compañero Miolán era que al ocupar todos los cargos claves para una campaña política, la UCN se convertiría en el partido dominante del país. Mi criterio fue que la Unión Cívica se quemaría en el Gobierno; que el solo hecho de convertirse en partido la mataría, porque su fuerza vital estaba en la juventud de la clase media, mayormente catorcista, y esa juventud,

que había creído de buena fe hasta entonces en el patriotismo de los líderes cívicos, reaccionaría en forma violenta cuando comprendiera que la habían engañado.

Mientras se preparaba para tomar el poder, la UCN desataba en todo el país una campaña de descrédito del Movimiento 14 de Junio acusándolo de comunista. Era una campaña llevada a cabo desde los púlpitos hasta las escuelas. Sin duda en el 14 de Junio había comunistas, pero tal vez menos que en la propia UCN; sin embargo la gran mayoría de los catorcistas no eran comunistas ni se inclinaban a serlo. Eran jóvenes de la clase media, algunos de ellos de la alta clase media, el núcleo más fuerte de la mediana clase media, y una parte —quizá la que expresaba mayor poder agresivo— de la pequeña clase media; eran jóvenes que aparecían de súbito en una clase media sin amor patrio, con una dosis bien marcada de nacionalismo, con un nacionalismo impetuoso y hasta bravío, y esa especie de cólera nacionalista la hacía admiradora de Fidel Castro además de haber tenido a Fidel Castro como el modelo del guerrillero capaz de derrotar los ejércitos de una tiranía.

Acusar de comunistas a esos muchachos —de los dos sexos, y quizá con un ochenta por ciento todavía estudiantes— equivalía a lanzarlos al comunismo. Los jóvenes reaccionan con el sentimiento, no con la razón; y los jóvenes latinoamericanos tienen razones para ser resentidos, de manera que cuando reaccionan lo hacen, inconscientemente, con ánimo de destruir al que les hace daño; y si los señores de la UCN les temían tanto a los comunistas, la mejor manera de vengarse de ellos era inclinándose hacia esos temidos enemigos.

Mientras no llegó la hora de tomar el poder; mientras los cívicos fueron “patriotas y apolíticos”, no manifestaron la menor preocupación por el peligro comunista. Es más, la UCN se organizó precisamente sobre la base de un ala derecha formada por la alta clase media —con su sector de casta de “primera” en

los mandos— y un ala izquierda democrática juvenil formada por el 14 de Junio; y la estructura de Unión Cívica pudo ser montada porque los catorcistas les prestaron a los señores del ala derecha su propia organización clandestina. En todos los pueblos del país, fueron los líderes catorcistas quienes buscaron las afiliaciones para la UCN. Y entre esa ala derecha y esa ala izquierda democrática y juvenil, había un lazo de unión: una célula importante de los comunistas del PSP. Los comunistas del PSP se quedaron en Unión Cívica, con funciones de mando, hasta octubre de 1962. Los cívicos, pues, usaron a los comunistas como instrumento de enlace con los catorcistas y después acusaron a los catorcistas de comunistas. Lo peor del caso, para el sentimiento honesto de los catorcistas, fue que cuando se les lanzó la acusación ya UCN tenía de hecho todo el poder en sus manos.

Cierto que en el 14 de Junio había comunistas; ya se ha dicho. Había algunos líderes comunistas en la alta dirección del Movimiento y los había en la oficina de propaganda. Nosotros, los del PRD, sospechábamos eso; y lo supimos con seguridad cuando poco después se produjo en el 14 de Junio una especie de purga que hizo salir del catorcismo un grupo de moderados y el grupo de comunistas. Al mediar el año de 1962, el 14 de Junio estaba definido como una organización intensamente nacionalista, con su mayor líder —el doctor Manuel Tavárez Justo— muy inclinado al fidelismo de 1959-60 y una masa teñida de fidelismo y antinorteamericanismo, pero en pugna abierta con los comunistas del PSP y los llamados marxistas-leninistas-fidelistas del MPD. Hasta la muerte de Tavárez Justo y de un grupo de sus compañeros en diciembre de 1963, esa pugna se mantuvo y llegó a ser, en algunas ocasiones, bastante violenta.

Para los cívicos había llegado la hora de luchar en su propio seno, puesto que el catorcismo era parte de la Unión Cívica, y

cuidadosamente pusieron a un lado sus planes antiperredeístas. El PRD, por otra parte, no había respondido a la campaña cívica contra él. Los cívicos sabían que nosotros no íbamos a disputarles el poder. Habíamos hecho saber al Consejo de Estado que si aprobaba un programa de Gobierno y se comprometía a realizarlo, nosotros colaboraríamos en la realización de ese programa, pero desde la calle, sin ir a funciones públicas. De nosotros no podía esperarse una acción sucia, una conspiración; nuestra actividad era clara, a la luz del sol, y lo único que perseguíamos era crear en la masa del Pueblo conciencia de cuáles eran sus problemas y cómo podían solucionarse con medios democráticos. La Unión Cívica Nacional podía, pues, desentenderse de nosotros y dedicarse a su lucha interna. El ala derecha de los cívicos estaba tomando el poder y tenía que enfrentarse con su ala izquierda. Esa era su dificultad y necesitaba todas sus fuerzas para resolverla.

Aun cuando formaba parte de la UCN, y seguía sus consignas y tenía sus representantes en la alta dirección de la UCN, el catorcismo se conservaba al mismo tiempo como organización independiente; pero el catorcismo era el brazo activo de la UCN, y junto con los catorcistas, los pocos afiliados del PSP y del MPD. A la altura de noviembre de 1961, sin embargo, el Pueblo sabía distinguir entre catorcistas y cívicos, y en enero de 1962, la distinción era clara. Para el Pueblo, los cívicos eran el alto mando de la UCN, e incluía en ellos a los líderes catorcistas que formaban parte de esa alta dirección cívica. Cuando se produjo la ruptura, esos líderes catorcistas abandonaron el 14 de Junio y prosiguieron su actividad política como cívicos.

La ruptura fue la primera consecuencia inmediata de la transformación de UCN de “patriótica y apolítica” en partido político; y esa transformación ocurrió cuando ya los cívicos habían tomado el poder con el Consejo de Estado.

Lo que yo había escrito para la revista *Life*, edición española, en julio de 1961, estaba empezando a verse en enero de 1962. El reloj de la historia dominicana, que había sido detenido durante treinta y un años por la mano poderosa de Trujillo, comenzaba a marcar el tiempo con velocidad superior a lo normal. Era lógico que sucediera así, puesto que esa historia tendría que recuperar en pocos años todos los que se mantuvo retrasada. La ruptura de UCN y el 14 de Junio se producía en enero —en los primeros días de enero de 1962, aunque entre cívicos y catorcistas no hubo acción violenta sino hacia el 9 ó el 10 de febrero—; de manera que no hacía todavía sesenta días de la fuga de los Trujillo, frente a los cuales cívicos y catorcistas habían estado tan firmemente unidos. Sin duda, el reloj de la historia dominicana estaba avanzando de prisa.

A esa altura, ¿cuál era la posición de la masa popular y cuál la del Partido Revolucionario Dominicano?

Ni la masa ni nosotros ni el 14 de Junio, según me temo, tuvimos que ver nada en la formación del Consejo de Estado. La UCN, la Embajada de los Estados Unidos, el general Rodríguez Echavarría; y el doctor Balaguer habían puesto cada uno su parte en la creación de ese organismo gubernamental, y la masa y nosotros lo aceptamos sin decir ni que sí ni que no. La masa del Pueblo y el PRD tenían su diálogo aparte. En los días de la formación del Consejo, una noche, ya tarde, se presentaron en mi casa —y por cierto me despertaron, pues estaba dormido— el doctor Nicolás Pichardo y el doctor Humbertilio Valdez Sánchez, este último miembro del Comité Ejecutivo del PRD. Valdez Sánchez me explicó que había ido con el doctor Pichardo porque los que estaban formando el Consejo de Estado querían de todos modos consultar al Partido sobre su intención de incluir en el Consejo al doctor Valdez Sánchez. Este había dicho que no podía aceptar,

pero los otros querían cerciorarse. Le dije al doctor Pichardo que el PRD había decidido no participar en el Gobierno, lo cual sin duda les causó cierto alivio a sus compañeros porque eran menos cargos a repartir.

Nosotros seguíamos aplicados a la tarea de ir formando conciencia en el Pueblo. Lo hacíamos con enormes dificultades, pero estábamos haciéndolo. Mientras los cívicos se adueñaban del poder —sin nuestra oposición, debe decirse— los hombres y las mujeres que se habían formado ya como líderes del PRD en todo el país se dedicaban a fundar comités de campos y de barrios, de municipios y provincias; trabajaban día y noche, con una pasión de cruzados; ganaban prosélitos, difundían papeles, acopiaban escritorios y maquinillas y asientos y todo lo necesario para montar las oficinas del Partido aquí y allá; hablaban por radio y organizaban mítines; buscaban medicinas y ropa y las repartían entre los pobres de los barrios; acudían a cualquier punto donde había una necesidad colectiva y se aplicaban a aliviarla; resolvían conflictos entre obreros y patronos, entre autoridades y ciudadanos. El Partido Revolucionario Dominicano estaba siendo hecho por el Pueblo, y estaba dirigido por unas cuantas docenas de mujeres y hombres que hallaron en él la expresión de sus inquietudes y de su necesidad de edificar una República Dominicana mejor, más justa, menos hambreada, más libre de sus males tradicionales.

En verdad, el Pueblo entraba en el Partido en cantidades mayores de las que nosotros, los líderes, habíamos esperado. Al quedar establecido el Consejo de Estado, las masas comenzaron a volcarse en el PRD. Antes de que nadie se lo dijera, las masas —que habían sido anticívicas y que lo estaban siendo más desde la huelga del mes anterior, es decir desde diciembre de 1961— se dieron cuenta de que al pasar de “patriótica y apolítica” a partido político, la UCN había mostrado su entraña

verdadera: era un grupo de hombres que habían dicho que no serían partido para poder conquistar el poder más fácilmente. Y esas masas les temían a los que buscaban el poder. Trujillo había sido a juicio de ellas la encarnación del que quiere el poder, lo conquista y lo mantiene a rajatabla, derramando la sangre, cogiéndose la tierra, aplastando a todo el que se le opusiera. La UCN había predicado una guerra santa a los trujillistas, pero nunca había dicho una palabra acerca de los problemas del Pueblo; y de buenas a primeras aparecía sentada allí donde Trujillo había reinado durante casi un tercio de siglo. ¿Para qué ocupaba ese lugar? Las masas populares miraron, oyeron y callaron; y corrieron a afiliarse en el PRD.

Al comenzar febrero —hacia el 9 ó el 10—, salí del país en viaje hacia Venezuela. Tenía un pasaje de retorno a Curazao, pero ni un centavo para seguir de Curazao al Sur; y debía llegar a Lima, para tomar parte en una reunión de la Conferencia Pro Democracia y Libertad que tendría lugar en esos días. Un amigo norteamericano, a quien conocía desde 1945, me prestó cien dólares. Mientras el avión volaba de Santo Domingo a Curazao, las juventudes de la Capital se lanzaron sobre los locales de la UCN. El general Rodríguez Echavarría, detenido desde mediados de enero, había sido embarcado de noche, en secreto, hacia Puerto Rico, y los jóvenes catorcistas aprovecharon ese pretexto para mostrar con estruendosa energía la cólera que les había producido la conducta de Unión Cívica Nacional; la conversión en partido para tomar el poder, después de haberse servido de los mejores dominicanos bajo el antifaz de su apoliticidad patriótica, y la de haber acusado luego a esos dominicanos de comunistas, la misma acusación que tradicionalmente hacía Trujillo contra aquellos a quienes necesitaba eliminar.

Los cívicos dijeron, oficialmente, que antes de salir de viaje yo había dejado organizados los motines. Lo que había en

el fondo de esa mentira era toda una táctica: a partir de ese momento, el enemigo a combatir pasaba a ser el Partido Revolucionario Dominicano. Algún indiscreto había informado a los líderes de la UCN que en el mes de enero las afiliaciones perredeístas habían pasado de sesenta mil, a casi dos mil diarias, incluidos sábados y domingos.

VIII

LA LENGUA NUEVA

En muchos círculos políticos latinoamericanos se creyó que el PRD ganó las elecciones de 1962 porque yo había ofrecido villas y castillas al Pueblo. Esta idea fue esparcida a través de los periódicos del Continente por periodistas norteamericanos que nunca oyeron un discurso mío y recogían impresiones en los grupos de alta y mediana clase media que eran clientes habituales de los pocos hoteles a la americana que hay en Santo Domingo o en los sectores de negocios norteamericanos parcializados a favor de la UCN.

El alto mando cívico se alimentaba de chismes y rumores y regurgitaba chismes y rumores. Antes de Trujillo, las campañas políticas dominicanas se hacían a base de decirle a Fulano que Mengano, líder de otro partido, había dicho de él tal o cual cosa y Fulano se convertía fácilmente en enemigo de Mengano. Eugenio María de Hostos había tenido razón al decir que en la República Dominicana la política consistía en llevar el chisme a la categoría de negocio de Estado. Trujillo magnificó la importancia del chisme en el acontecer político nacional. El chisme, debido a su naturaleza mentirosa, era siempre el germen de una calumnia, y Trujillo hizo de la calumnia la forma habitual de lucha política. Tradicionalmente, pues, todo lo que se relacionara con la política se hacía en términos de personas: Zutano es esto, Perencejo es aquello.

El PRD llevó al país una técnica de propaganda política completamente nueva. En el PRD se hablaba de problemas nacionales, no de personas; de los métodos para resolver esos problemas, no de los vicios o de las virtudes de nadie. Pero el PRD tuvo siempre un auditorio señalado, un sector social al cual se dirigía, y era la gran masa popular. Nunca antes la masa popular se había sentido objeto de la atención de nadie, y eso le dio rápidamente la sensación de su importancia. El “hijo de Machepa” encontraba a alguien que le daba categoría de persona importante, y ese alguien era el PRD; como era lógico, el “hijo de Machepa” se hizo perredeísta.

Un amigo mío contaba este episodio: en los días en que la UCN no era todavía partido sino organización “patriótica y apolítica”, él estaba en un comercio y entró allí un joven de la alta clase media con ciertos papeles en la mano; explicó que esos papeles eran hojas de afiliación a la UCN y que él estaba encargado de conseguir miembros para la organización. El dueño del comercio firmó, su hijo firmó, un empleado del mostrador firmó; en eso se acercó un hombre del Pueblo cuyo cargo en el comercio era de barredor y mensajero. “Yo quiero firmar”, dijo. “No, usted no; con las firmas de ellos basta”, explicó el joven encargado de afiliar para UCN. Para aquel joven, como para los líderes de Unión Cívica, un hombre del Pueblo no tenía importancia y no era, por tanto, necesario que firmara como afiliado ucenista.

Para el PRD, en cambio, los que tenían importancia eran los hombres y las mujeres del Pueblo. Nosotros no queríamos ser un partido de gente distinguida sino un partido de las grandes masas populares; y a ellas nos dirigimos desde el primer momento. Hubiera sido una tontería insigne tratar de ganar la atención y la simpatía de esas grandes masas ofreciéndoles cosas, puesto que todo el dinero del mundo hubiera sido poco para dotar a cada dominicano de lo que le hacía

falta; pero no era tontería —y no lo fue— convencerlas de que ellas tenían derecho a que se les diera la oportunidad de obtener lo que les hacía falta. Entre ofrecer un refrigerador y darle a un ciudadano la conciencia de que él tiene derecho a usar un refrigerador, hay una distancia enorme; y sucedía que antes de que el Pueblo dominicano oyera la voz del PRD, ese pueblo creía que él no tenía derecho a usar un refrigerador, porque ese artefacto estaba destinado a ser usado sólo por los de arriba.

Una noche oí al doctor Viriato A. Fiallo decir en una presentación ante los periodistas que él nunca había ofrecido neveras eléctricas a los campesinos “como hace otro líder”. Aludía a mí. Yo nunca ofrecí neveras. En toda la campaña lo único que ofrecí, si el PRD iba al poder, era tierra para los campesinos sin tierra. En esa misma oportunidad dijo que él había ido a Samaná y había hablado de la industria del coco, pero no les había ofrecido a los samanenses el “Faro de Colón”. El “Faro de Colón” o a Colón había sido una idea que alguien les había metido en la cabeza a los gobernantes de los tiempos anteriores a Trujillo y que Trujillo quiso convertir en realidad. Se trataba de un homenaje al Descubridor, una contribución suntuosa levantada en las afueras de la ciudad de Santo Domingo a un costo de varios millones de dólares que debían pagar todas las naciones de América. Pues bien, cuando se reunió la Conferencia de Punta del Este en Uruguay para echar las bases de la Alianza para el Progreso —lo que sucedió a principios de 1962—, el doctor Fiallo puso un cable a la delegación dominicana pidiéndole que solicitara de esa conferencia los fondos necesarios... ¿para desarrollar el país, mejorar su educación, impulsar su agricultura? No; para erigir el “Faro de Colón”.

Día por día, desde que el alto mando de la UCN supo a fines de enero de 1962 que el PRD bordeaba las doscientas mil afiliaciones, los órganos de propaganda cívicos martillaban

sobre si yo era esto o era aquello, sobre si Miolán hacía esto o hacía aquello. Día por día circulaban por la cadena telefónica de UCN los chismes y las calumnias más increíbles. Y el PRD aumentaba sus filas. Cuando se le preguntó al doctor Fiallo en el programa “Ante la Prensa” cuántos eran los miembros de UCN, dijo que tenía seiscientas mil afiliaciones. ¿Por qué lo dijo? Porque el PRD había solicitado su inscripción en la Junta Central Electoral y había presentado trescientas mil afiliaciones. El PRD fue el primer partido que pidió su inscripción. UCN no se inscribió sino después que su Gobierno —el Consejo de Estado— legisló en el sentido de que ningún partido necesitaba presentar el número de sus afiliados para ser inscrito. Pero el doctor Fiallo dijo que UCN tenía seiscientos mil miembros; y nosotros, los líderes del PRD, sabíamos que éramos el partido mayor del país y sabíamos que en el mes de abril, cuando el doctor Fiallo dijo eso, ningún partido dominicano podía tener tan alto número de afiliaciones como aseguraba el doctor Fiallo porque todavía más de la mitad de los electores no se había decidido a afiliarse, y los electores —que ya para abril estaban divididos en perredeístas, catorcistas y cívicos— no podían pasar de un millón doscientos mil.

Sin embargo, el PRD no se ocupaba ni siquiera de contradecir afirmaciones como ésa. En “Tribuna Democrática”, el programa de radio del Partido que se hacía a mediodía, se trataban los problemas diarios del Pueblo: que si tal sindicato reclamaba tal cosa, que si los vividores de aquel sitio necesitaban luz, que si la policía había atropellado a Fulano de Tal, que si determinada oficina pública requería esta o aquella medida; y se pasaba la cinta de un cuarto de hora en que yo iba exponiendo día a día el criterio del Partido sobre los asuntos de interés general.

Pero los cívicos deformaban lo que yo decía, o porque no lo oían o porque querían confundir al Pueblo. Yo mismo oía a

varios cívicos decir que no me oían porque no querían que los convenciera, así que es probable que no oyeran el programa y se atuvieran a chismes y decires de gente de cascos ligeros. Un día, por ejemplo, apareció en el periódico de UCN un artículo en que se aseguraba que yo había dicho esta simpleza: que en el Gobierno del PRD las sirvientas y las cocineras ganarían sesenta pesos. Es difícil que en la República Dominicana haya diez mil hogares que usen sirvientas y cocineras, y en esos diez mil hogares —o en una alta proporción de ellos— las amas de casa reaccionarían diciendo pestes de mí. Pero es seguro que en la República Dominicana hay cien mil mujeres que aspiran a trabajar como sirvientas y cocineras, y si todas esas mujeres oían de boca de los cívicos que yo hablaba de que ganarían sesenta pesos mensuales, se harían partidarias del PRD, pues el sueldo de una sirvienta y una cocinera en esos días iba de cinco a quince pesos mensuales, más los de cinco que los de quince. La diferencia, en términos electorales, no era despreciable.

En gran medida, por no conocer al Pueblo, ni su psicología ni su lenguaje, los cívicos estaban haciéndole propaganda al PRD. Y como estaban convencidos de que el Pueblo no tenía capacidad de juzgar ni inteligencia ni interés en saber la verdad, hablaban sólo para los círculos “importantes” fueran nacionales o extranjeros, y vivían comentando a su manera lo que ellos decían que decía el PRD. Los corresponsales norteamericanos, que ni en la República Dominicana ni en ningún lugar de la América Latina van a buscar la fuente de sus informes en sitios donde no hay whisky y teléfonos, esparcían a través del cable esa visión falseada de la campaña del PRD; y a través de ellos, y a través de lo que decían muchos diplomáticos que estaban en su situación, Gobiernos y círculos políticos de la América Latina creyeron que el PRD —y especialmente yo— estaba haciendo una campaña demagógica escandalosa.

Yo había vivido en muchos países de América y había sido espectador de varias campañas políticas. Con toda seriedad, afirmo que ninguna llegó a ser más cuidadosa y responsable que la del PRD en el año de 1962. La obra de formación de conciencia sobre los problemas del país que hizo el PRD es algo sin paralelo en la América Latina; sin paralelo, porque se hizo en menos de año y medio, hablando día tras día, con lenguaje del Pueblo, claro y simple, que el Pueblo entendía hasta el fondo; sin paralelo porque en ella se decían cosas que nunca antes se han dicho a las grandes masas; sin paralelo porque la hicimos de manera tan discreta, que ni aun los dominicanos más advertidos de la alta y la mediana clase media se dieron cuenta de su penetración. El único precedente nuestro fue la campaña del Partido Popular Democrático de Puerto Rico en 1938-1940, pero podemos asegurar que las condiciones de la masa puertorriqueña en esos días no se comparaban con las dominicanas de 1962 en cuanto a ignorancia, abandono y gravedad de los problemas, de manera que nosotros tuvimos que trabajar con más intensidad que los populares de Muñoz Marín para explicar uno por uno esos problemas y su posible solución, así como para inculcar en el Pueblo la idea de qué era y cómo actuaba una democracia moderna.

En la República Dominicana se daba una peculiaridad; sin que el nuestro fuera un pueblo donde hubiera minorías raciales o culturales como otros de América donde hay indios de lengua y hábitos diferentes, la masa popular tiene una valoración propia para muchos de los vocablos de la lengua, y a tal extremo llega esto que prácticamente el Pueblo tiene un lenguaje y la clase media otro sin que las palabras, sin embargo, sean diferentes; sólo son diferentes los valores, en ocasiones la pronunciación y muy a menudo la manera de coordinar las palabras, lo cual, desde luego, requiere una sintaxis apropiada.

Yo había nacido en una pequeña clase media muy cercana a la masa popular, de niño había vivido años en los campos de La Vega y había aprendido a expresarme en el lenguaje del Pueblo. Hay una región —precisamente en la que nací— donde el campesino y mucha gente de las ciudades habla una lengua española que es prácticamente un dialecto; se trata del habla cibaëña, en la que las *eres* y las *eles* finales de sílaba se pronuncian como *i*, pero el hecho de no hablar como un cibaëño de pura cepa significa poco si quien habla se hace entender de los vividores de esa región mediante el uso de una sintaxis adecuada a su manera de organizar la ideación y a la valoración de las palabras en el sentido que ellos le dan, y como ambas cosas son generales en todo el país, aunque el Cibao tenga su forma de pronunciar, era posible hallar una manera de hablar que llegara con toda claridad al fondo de la mente popular en el Cibao y en otras regiones.

Yo tenía esa manera. De niño, instintivamente y quizá llevado a ello por mi entonces desconocida pero sin duda existente vocación de escritor, observaba con cuidado el alma de la gente del Pueblo, su manera de reaccionar, y me fui formando una idea de sus hábitos mentales y de sus aspiraciones y preocupaciones. El del Pueblo era un mundo psicológico distinto del de la clase media. Entre el campesinado y los pobres y sintrabajo de las ciudades había mucha afinidad, porque los pobres y los sintrabajo salían del campesinado; entre éste y la pequeña clase media había también afinidad, pero no en aspiraciones ni preocupaciones, porque la pequeña clase media, casi siempre de origen campesino —aunque en los últimos tiempos sale también de los obreros y hasta de los pobres y sintrabajo de las ciudades— aspiraba a ser mediana clase media y por lo mismo sus preocupaciones pasaban a ser las de la mediana clase media; pero entre la mediana y la alta clase media y el campesinado y los trabajadores y los sintrabajo, ya

no había prácticamente relación. Los unos no entendían a los otros y de hecho, hablando la misma lengua, no decían las mismas cosas.

Para explicarles a los jóvenes del Partido cómo debían expresarse ante la masa, les ponía el ejemplo de un señor de alta clase media —y de “primera”— cargado de títulos que en sus peroraciones por radio usaba a menudo la expresión “eso entraña una traición a la ética revolucionaria”. Les hacía fijarse en que la palabra “entraña” significaba para el Pueblo intestinos de animales, lo cual en su lengua se decía “mondongo”; que la palabra “ética” no quería decir nada para la masa popular y que si alguna persona de ese sector social la tomaba en cuenta, era por el significado de “tísica” que se le daba en ciertas zonas; de manera que la frase “eso entraña una traición a la ética revolucionaria” quería decir para la gente del Pueblo este disparate: “Eso mondongo una traición a la tísica revolucionaria”. Desde luego, para el Pueblo era lengua árabe.

Hablar en términos comprensibles para la gran masa significaba también hablar para la clase media si se sabían decir las cosas en un término medio cuidadoso, pero si no se hallaba el término medio apropiado, entonces había que hablar en la lengua del Pueblo. Como por otra parte, aun usando esa lengua se requería ir ilustrando poco a poco al Pueblo sobre todo lo que pudiera y debiera importarle, debía hablarse cada día de un tema, de un asunto, hasta agotarlo en toda su extensión, y si el tiempo no alcanzaba para agotarlo, seguir con ese tema un día más, dos días más si era necesario.

Muchas de mis charlas de radio eran improvisadas, otras eran producidas con notas a la vista; muy pocas eran escritas con anterioridad. Prácticamente, todas se perdieron, y sólo queda el rastro en los periódicos que publicaban resúmenes. Pero si alguien se toma alguna vez el trabajo de leer esos resúmenes verá que nosotros nunca hicimos promesa de darle nada

a nadie, con la excepción de tierras para los campesinos y medios para hacerlas producir, lo cual era la prédica de la necesaria reforma agraria que todo país de la América Latina tiene que hacer un día u otro. De manera que el decir de “Juan Bosch ofreció demasiado y no pudo cumplir” con que en ciertos círculos políticos de las dos Américas se quiere justificar el golpe del 25 de septiembre de 1963 es una ligereza. El golpe tuvo su origen en causas un poco más complicadas que la de “ofreció y no cumplió”; además, la masa popular, que fue la que votó por el PRD, no participó ni directa ni indirectamente en el golpe ni tuvo nada que ver con su organización o realización, lo que quiere decir que si yo hubiera ofrecido y no cumplido, eso no originaba el golpe.

¿Y de qué hablaba yo en tantos días?

Fundamentalmente de tres cosas: qué es y cómo funciona una democracia, cuáles son los problemas económicos en un país como la República Dominicana y cómo estaba organizada la sociedad dominicana.

Al hablar sobre la democracia explicaba qué es una Constitución, qué es una ley, cómo trabajan los poderes separados; cómo y por qué se vota, qué es un partido político; al hablar de los problemas económicos explicaba puntos tan abstrusos como lo que es una balanza de pagos, lo que es divisa, lo que es un banco, por qué teníamos que producir más y cómo hacerlo, en qué consistía la diferencia entre mercado interno y mercado extranjero; al hablar de la organización de la sociedad dominicana explicaba por qué el Pueblo estaba y había estado siempre sometido a una minoría y apliqué a esa minoría la palabra “tutumpote”, que se popularizó rápidamente y no tardó en traspasar los límites del país.

Esa palabra había sido de cierto uso en la región cibaëña cuando yo era un niño, pero su uso había desaparecido hasta el grado que en 1961 sólo la gente de alguna edad podía

recordarla. Es difícil establecer su origen. Quizá provenga del latín, un latín vulgarizado, porque parece sonar en esa lengua muy similar a lo que significaba entre los dominicanos del Cibao en 1912, es decir, señor todopoderoso, con mucho poder, con dinero abundante. Tal vez tenga su raíz en los años de la ocupación haitiana; en el dialecto de Haití abundan las palabras con el sonido de “tuntún”, “tutún”. En algunas regiones de España “pote” quería decir “con abundancia”, y la locución “a pote” o “al pote” significaba “mucho de algo”.

A mi llegada al país en octubre de 1961 circulaba la palabra “burgués” con el valor que le da el marxismo, y con ella designaban los jóvenes de acción de Unión Cívica y los escasos adherentes al PSP y al MPD a los ricos trujillistas. Ese vocablo no era correcto en la República Dominicana, porque allí no había burguesía criolla; había alta clase media comercial, terratenientes y hasta algún que otro industrial; pero no había burguesía. Yo tenía que crear una palabra en la que quedaran englobados los círculos de “primera” aunque no fueran señores de buenas cuentas bancarias, altos funcionarios públicos, terratenientes y grandes comerciantes; esa palabra debía tener sonido atractivo para las masas, debía ser pegajosa y debía bastarse a sí misma de tal manera que yo no me viera en el caso de tener que explicarle al Pueblo cada día quiénes eran sus explotadores habituales. Ninguna palabra era más adecuada para el caso que “tutumpote”; la resucité, pues, y no la había dicho más de cinco veces cuando ya el Pueblo la tenía en la boca y la usaba como un arma de lucha.

Los tutumpotes dominicanos, y algunos líderes que no son tutumpotes, me acusan de haber llevado al país la lucha de clases. La lucha de clases, y el odio de clases, existió siempre en Santo Domingo, sólo que una y otro eran ejercidos nada más por la gente de “primera”, y el Pueblo, que los padecía,

no los tomaba en cuenta o consideraba que debía resignarse a sufrir la injusticia. En los primeros tiempos de la Colonia, los españoles del Pueblo eran muy conscientes de su situación y quien lea la historia dominicana se enterará de que varias veces esos labriegos, artesanos y soldados españoles se rebelaron contra la opresión de los Colón. En cuanto a la lucha de clases según la filosofía marxista, esto es, el odio del obrero hacia el patrón, de ésa no hablé nunca en la campaña política, entre otras razones porque —como ya he dicho— en el país no hay propiamente una burguesía.

Los cívicos dijeron varias veces que yo había llevado a Santo Domingo el odio racial; y como ellos no oían lo que yo decía, y se atenían a chismes y rumores, el doctor Fiallo salió un día —cuando ya era candidato presidencial de UCN— hablando de que no era verdad que él odiaba a los negros, que si los negritos por aquí, que si sus negritos por allá. Una vez más, como tantas otras, el líder de Unión Cívica le hacía propaganda al PRD. Al día siguiente le recordé al doctor Fiallo que en la República Dominicana no debía haber ni blancos ni negros sino sólo dominicanos.

Fue la única vez en toda la campaña que yo me referí al problema racial. Ni antes lo había tocado ni después volví a tocarlo. No he tenido nunca el menor asomo de racista ni en sentido de blanco ni en sentido de negro, y en la República Dominicana no se sufría la discriminación racial en la medida en que se sufre en otras tierras. Si hubiera habido esa discriminación, yo la hubiera denunciado y atacado aunque se me acusara de demagogo. Había la división social y la saqué a discusión, la mostré al Pueblo y le dije que era injusta y fuente de injusticias. Era mi deber hacerlo, para provecho de las grandes masas dominicanas y del país, pues sobre la injusticia, la explotación, la ignorancia y el abuso no puede edificarse ni mantenerse una República de hombres y mujeres libres.

Después de esa campaña de 1962, el Pueblo sabe quiénes son en verdad sus enemigos y dónde se emboscan. El Pueblo aprendió a distinguir entre un miserable calié que denunciaba por sesenta pesos al mes y un gran señor que sacaba enormes fortunas del régimen sostenido por los caliés; y supo que entre el calié y el tutumpote, su verdadero enemigo era el tutumpote.

Estoy seguro de que al enseñarle eso a la masa popular hice una obra de bien público, y me siento orgulloso de ello, digan lo que digan mis adversarios.

IX POLÍTICA Y CONSPIRACIÓN

La campaña electoral de 1962 estaba ya hecha, por parte del PRD, en abril de ese mismo año; en esa tarea tuvimos una ayuda de categoría en los errores de la UCN.

Mientras duró mi viaje a Sudamérica, entre febrero y el 8 de abril, la radio y el periódico de Unión Cívica volcaron sobre mí todos los dicitos y todas las mentiras que durante años había usado Trujillo para combatirme; pero los cívicos cometieron además el error de decirle todos los días al Pueblo que yo no volvería, que había abandonado el país, que Ramfis me había dado un millón de pesos para que me fuera; de manera que un viaje que tenía escasa trascendencia política fue convertido por UCN en un acontecimiento decisivo para los cívicos.

El Pueblo acostumbraba afirmar que yo decía la verdad, que era el único que decía la verdad. Para la masa, la verdad no consistía en denunciar atropellos ni hablar de Trujillo todos los días; para la masa, la verdad era decir las cosas de manera que ella las entendiera, y era sobre todo enseñarle lo que se relacionara con ella y con el país. El cuarto de hora de charla radial en que yo hablaba a nombre del PRD se había convertido en una escuela a la que asistía todo el Pueblo, y en esa escuela el Pueblo descubría aspectos de su propia vida en que nunca había pensado. Eso era para él la verdad. La lengua de la verdad le faltó durante mi viaje, y los cívicos cometieron

el error de decirle que ya no la tendrían más, con lo cual la hacían más deseada.

Miolán se dio cuenta de esto y actuó en consecuencia. Ángel Miolán era un líder hábil en usar a las masas para mostrar el poder del Partido.

Llegué al aeropuerto de Punta Caucedo ese 8 de abril, por cierto con varias horas de retraso, muy quitado de bulla y sin imaginarme lo que iba a pasar. El aeropuerto estaba sellado de gente. Aquí y allá resaltaban los cartelones de bienvenida y entre ellos algunos con estas dos palabras: “Pasaremos, compañero”. El Pueblo había aprendido a usar las consignas cívicas contra sus autores. En el discurso con que anunció al país que UCN había dejado de ser una organización patriótica y apolítica, el doctor Fiallo había dicho que él se colocaba en un platillo de la balanza —es de suponer que de la estimación pública— y pesaba más que todos los otros líderes reunidos en el otro platillo, y había terminado con la vieja consigna de “¡No pasarán!”. Eso, dicho por el líder de un partido que estaba en el poder, denunciaba una voluntad de mando que no le gustaba al Pueblo dominicano. La frase simple y heroica del anciano general Joffre sirvió para levantar el ánimo de los parisienses y para estimular a los partidarios de Francia en todo el mundo en un momento en que los alemanes avanzaban inconteniblemente hacia París. Era una frase buena para ser dicha por los débiles frente a los poderosos, no por los que estaban en el poder frente a los que sólo tenían pueblo. Así, el Pueblo respondió con el “pasaremos, compañero”; y pasamos.

Del aeropuerto salimos hacia la ciudad. Había miles de hombres y mujeres en cientos de vehículos gritando las consignas del Partido, y ya en la ciudad aquello fue multitudinario. Pasamos por los barrios populares; las mujeres, los hombres, los niños se lanzaban a las calles en ropas de

dormir, gritaban hasta enronquecer, corrían al lado de los automóviles y los camiones. “¿Se ha vuelto loco este pueblo, compañero?”, le preguntaba yo a Miolán, que iba de pie a mi lado, en un automóvil convertible; y Miolán no respondía; sólo sonreía.

Pasábamos por una calle del centro de la ciudad y una joven agraciada, que debía tener veinte años, si acaso, me gritó “ladrón”. ¿Qué era, catorcista o cívica? ¿Por qué me decía ladrón? ¿A quién le había yo robado en mi vida? Yo sabía de dónde salía esa palabra; me lo había contado en Caracas, unos días atrás, un industrial dominicano establecido en la capital de Venezuela que había hecho un viaje a Santo Domingo sólo para conocer al doctor Fiallo, a quien había tenido por un apóstol hasta que en la única visita que le hizo en su vida oyó al doctor Fiallo contarle cómo había yo hecho millones en Venezuela. El industrial me conocía y sabía de qué viví y cómo viví en Caracas durante mi destierro. Cuando esa joven, desde la puerta de su casa, me gritó “ladrón”, yo supe que nadie derrotaría al Partido Revolucionario Dominicano; lo supe porque esa propaganda de tipo personal y de corte trujillista ya no era apropiada para un país que tenía problemas de masas. La República había cambiado mucho, para mal o para bien, bajo el reinado de los Trujillo, y los métodos de lucha política que habían dado resultado en 1924 no servían ya. La calumnia al voleo en vez de la acusación concreta con datos veraces, no iba a prender en la República Dominicana de 1962. Esa joven, evidentemente de clase media, podía creer lo que quisiera creer, lo que le viniera bien a su inclinación natural. Pero la gran masa quería creer otras cosas, quería creer en un porvenir de justicia, en un futuro sin privilegios, en un mañana mejor; y sería la gran masa la llamada a decidir, si los acontecimientos dominicanos desembocaban en elecciones.

Debía haber elecciones para una Asamblea Revisora de la Constitución antes del 16 de agosto de 1962, pero no se tomaban medidas para esas elecciones. El Comité del Distrito Nacional de la UCN, el más importante desde el punto de vista electoral porque en el Distrito debía haber más de ciento sesenta mil electores, estaba en manos de los hombres del PSP, y la Unión Cívica temía que nosotros denunciáramos ese predominio de los comunistas en su partido. Nosotros sabíamos que mientras la UCN no resolviera esa situación, no habría elecciones. Pero para el PRD y para el país era muy importante que se celebrara esa consulta electoral; primero, porque el Pueblo haría un ensayo de elecciones libres; segundo, porque cada partido mediría sus fuerzas, y tercero, porque así someteríamos al Consejo de Estado a un tipo de ley constitucional que impidiera las deportaciones y la violencia, ya en uso.

A mí me tocó mantener la campaña en favor de las elecciones para la reforma constitucional, y fue una campaña solitaria porque a ningún otro partido le interesaba ese punto. Para esa época —a mediados de 1962—, además del PRD, de UCN y del 14 de Junio, funcionaban otros partidos, entre ellos el Revolucionario Social Cristiano y uno muy pequeño pero muy activo, el Partido Nacionalista Revolucionario, estrechamente ligado al 14 de Junio.

En Santo Domingo se llama ventorrillo una forma de comercio estable que es la más primitiva del mundo de los negocios. Se abre una ventanita en un rancho o bohío del campo o de un barrio pobre, se coloca una tabla en el dintel y allí se exhiben frutas, velas, cajas de fósforos, dulces, y se venden centavos de sal y de azúcar. Un ventorrillo se monta con diez pesos y se sostiene con cincuenta, porque hay que fiar a los pobres del lugar.

En el año 1962, en el país surgieron los ventorrillos políticos. Unos cuantos señores que querían ser importantes, ver

sus nombres en los periódicos, llamarse a sí mismos presidentes de partido, y desde luego tener un rótulo para negociar posiciones, recoger dinero y hasta llegar algún día a ser embajadores o algo así, empezaron a montar partidos. La verdad, sin embargo, es que había sólo cuatro partidos que merecían el nombre, y entre ellos el que tenía más afiliados era el PRD y el que le seguía en fuerza electoral era la UCN. A juicio de los que dirigíamos el PRD, el 14 de Junio tenía más simpatizantes que UCN, pero menos electores; y esto se debía a que tal vez la mitad de los catorcistas tenían menos de 18 años. Algo parecido, aunque en un nivel más bajo, sucedía con los social-cristianos; muchos de sus simpatizantes no tenían aún edad electoral.

La campaña solicitando elecciones para revisar la Constitución despertó las sospechas de los Consejeros de Estado. Yo había dicho en una ocasión que el Consejo tenía una vida corta —pues constitucionalmente se le fijó un año de ejercicio del poder—, y los cívicos, con su costumbre de desfigurar cuanto yo decía, afirmaron que yo anunciaba el derrocamiento inmediato del Consejo. Con su mentalidad hecha a los vericuetos del trujillismo, el licenciado Bonnelly vio en mí lo que él era, un conspirador, no un líder político; un buscador del poder, no el director de un partido político que conducía a las masas hacia un fin político. Por esos días yo estaba alojado en la finca de un amigo, en las cercanías del aeropuerto de Punta Caucedo; y un domingo en la tarde pasaron por allí dos coroneles del ejército que iban a visitar al dueño de la casa. Como era lógico, charlamos algo. Una hora después la radio del 14 de Junio decía que yo estaba conspirando, que altos oficiales de las fuerzas armadas habían estado reunidos conmigo en conferencia secreta “en la casa de un trujillista peligroso”. Al día siguiente comencé a ser vigilado. El agente a quien le tocaba el primer turno del día se ponía espejuelos

oscuros, lo cual era una manera discreta de llamarle la atención a todo el mundo. Si no recuerdo mal, se llamaba Zarzuela.

Cuento estos detalles de episodios al parecer sin importancia porque ellos pintan un estado de ánimo en los hombres que dirigían el país y sirven como fondo para explicar lo que sucedería un año y tres meses después. Los gobernantes, los cívicos, los catorcistas y mucha otra gente pensaba en términos de conspiración, no de lucha política. La fundación de una democracia requiere otra actitud, pues para establecer un sistema democrático no hay sino una base firme: el reconocimiento de que la voluntad del Pueblo es sagrada y sólo de ella debe partir la autoridad democrática. Cuando se entra en el camino de las conspiraciones, ya sólo a base de conspiraciones puede retornarse a un estado de derecho. Un líder político, un verdadero líder, no conspira mientras haya una puerta abierta para conquistar la voluntad popular con medios lícitos. Yo era un líder político, y los gobernantes y los adversarios del PRD no lo aceptaban. A mí se me había ofrecido meses antes el poder, para entregármelo en la misma forma en que se le entregó al Consejo de Estado, y no lo acepté. Yo había dicho varias veces que el PRD sólo tomaría el poder de manos del Pueblo, y ni los gobernantes ni los cívicos ni los catorcistas habían oído esas palabras. Si las habían oído, no las habían creído. Pero sucede que un líder político —un líder, no un charlatán— no dice que hará lo que no va a hacer. La política es una función de servicio, y por tanto eminentemente moral. Hechos a la atmósfera turbia del engaño, de la doblez y de la falta de lealtad a todo principio que era habitual en la mayoría de la clase media dominicana, los gobernantes y los dirigentes de UCN pensaban que yo reclamaba con tanta energía el cumplimiento de un mandato constitucional —el que ordenaba elecciones para revisar la Constitución antes del 16 de agosto— como medio de agitación que justificara un golpe de cuartel.

Lo pensaban porque para ellos hacer política era combinar golpes de cuartel. Bonnelly había sido un factor importante en el alzamiento de Rodríguez Echavarría en noviembre de 1961, y él y sus compañeros habían llegado al poder en acuerdos de aposento, sin tomar en cuenta la voluntad del Pueblo. Para esa clase de gente, el Pueblo no contaba; si le hacía falta el pretexto del respaldo popular, lo agitaban, como habían hecho los cívicos; pero a la hora de tomar decisiones sobre la vida de ese pueblo, se le dejaba fuera del aposento en que se hacían los arreglos. Para la formación del Consejo de Estado no se consultó ni a los partidos ni a los sindicatos ni a las asociaciones culturales; lo arreglaron entre sí, a puertas cerradas, la dirección de UCN, el doctor Balaguer, el general Rodríguez Echavarría y la Embajada norteamericana. Al PRD se le preguntó, únicamente, si daba su autorización para que el doctor Valdez Sánchez fuera miembro del Consejo de Estado, y no se le dijo nada sobre ese Consejo de Estado, sobre lo que sería, lo que haría, quiénes lo formarían.

El plan gubernamental era echar una noche mano sobre mí, llevarme al aeropuerto —que quedaba a unos cientos de metros de la casa donde me hospedaba— y sacarme del país bajo la acusación de que era comunista. Estábamos en el mes de julio de 1962, y ya entonces se pensaba en usar mi supuesto comunismo como un pretexto para liquidar al PRD. Se habló con algunos jefes militares y estos se lavaron las manos. Pero había un punto negro: ¿cómo podía justificarse mi destierro ante mis amigos de América, que sabían que yo no era comunista ni tenía ni había tenido nunca el menor nexo con ningún partido comunista? ¿Qué iban a decir Rómulo Betancourt, José Figueres, Luis Muñoz Marín?

Los catorcistas me acusaban de conspirador porque ellos seguían viendo hacia atrás, obsesionados por el pasado. El fantasma de Trujillo no les dejaba tranquilos. En cierta medida, su

actitud estaba justificada porque el trujillismo no había sido liquidado ni en el Gobierno ni en las fuerzas armadas; pero en cierta medida actuaban, en relación conmigo, bajo la influencia de dos propagandas que debiendo ser contradictorias coincidían en un punto: la necesidad de destruir el PRD. Una era la de origen comunista, la única —como expliqué ya— que entraba en el país bajo el trujillato; y en ella Miolán y yo éramos los aventureros políticos más despreciables, y especialmente yo era el escogido del Departamento de Estado para suceder a Trujillo, el hombre adiestrado por los norteamericanos para mantener la tiranía al servicio de Washington. Al mismo tiempo, los catorcistas estaban bajo la influencia de la propaganda cívica que nos pintaba como agentes de Ramfis y de Balaguer. Para el 14 de Junio, pues, si yo hablaba con militares era sin duda porque estaba metido hasta el pescuezo en una conspiración trujillista apoyada por los Estados Unidos.

Cuando el curso de los acontecimientos se vio con mayor nitidez y resultó evidente a los ojos de todo el mundo que nosotros no éramos ni agentes de Washington ni socios de los Trujillo ni conspiradores ni cómplices de ningún militar aventurero, los catorcistas cambiaron de actitud frente a nosotros; pero los Consejeros de Estado y los cívicos y los auto-llamados líderes de los ventorrillos políticos siguieron pensando como pensaban en julio de 1962, y al actuar en consecuencia con esas ideas, desembocaron en el golpe de Estado de 1963.

No hubo elecciones para asamblea revisora de la Constitución y ésta se reformó en algunos puntos gracias a acuerdos entre los social-cristianos, los cívicos y el PRD. La UCN había logrado salvar una situación difícil y unos meses después los comunistas del PSP que controlaban el Comité del Distrito de su partido salieron de la organización. Mientras tanto, al PRD iban entrando cada vez más miembros de la pequeña clase media. Nuestra estrategia en punto a afiliaciones había sido

ésta: salgamos a buscar las masas, que cuando éstas hayan entrado en el Partido arrastrarán a una porción apreciable de la pequeña clase media, y luego, tras la pequeña clase media, vendrán algunos de la mediana clase media. Con el mayor cuidado, como se cumple un plan de batalla o se realiza una obra de arte, íbamos desarrollando la táctica correspondiente a esa estrategia. Y tal vez convenga decir aquí otra vez que lo hicimos sin demagogia, con una conducta política digna. Personalmente, a mí me era más fácil decir “no” que “sí” en respuesta a cualquier petición, pero cuando ofrecía algo lo cumplía.

Todos los líderes del Partido en todo el país sabían a qué atenerse conmigo: podían verme a cualquier hora, no oía chismes de ningún tipo, no aceptaba pugnas entre líderes y si se producía alguna le buscaba solución, no me parcializaba en favor de ninguno de ellos. Mi papel de Presidente del Partido, y por tanto de portavoz de todos sus miembros, me impedía favorecer de manera directa o indirecta la formación de grupos o de corrientes. Ángel Miolán era el Secretario General y por tanto el ejecutivo del Comité Ejecutivo, y debido a su responsabilidad de poner en ejecución los acuerdos de ese Comité, debía ser respetado por todos los perredeístas, sin la menor excepción. Cada quien tenía señaladas sus funciones y debía cumplirlas. El Partido sería lo que quisieran sus miembros, porque a ellos les tocaba mantenerlo en crecimiento, con mística, disciplinado. Yo sabía que mientras la masa del Pueblo fuera predominante en el Partido, éste respondería a los fines que perseguíamos; pero temía que cuando el predominio de la organización cayera en manos de la clase media —por funciones de mando, por ejemplo—, las debilidades de ese sector social se reflejarían en él. Por eso, nuestra estrategia en cuanto a afiliaciones era mucha masa popular, bastante pequeña clase media y poca mediana clase media.

El Partido podía ser, o la imagen del país tal como éste era, o la imagen de lo que el país debería ser. Para lograr lo último necesitábamos medios y personas de alto nivel político. Teníamos que formar dirigentes con base cultural y adiestrados en soluciones de problemas del Pueblo; teníamos que formar bibliotecas y hacer publicaciones. Era una tarea seria para la cual contamos con la ayuda de Sacha Volman, personaje nada común del cual hablaré más tarde.

Pero la movilización de las masas en la campaña electoral era para el mes de agosto de proporciones increíbles, y a los líderes del Partido se nos tiraba encima una avalancha de trabajo que nos consumía todo el tiempo. Íbamos de pueblo en pueblo, teníamos que hablar por radio, debíamos reunirnos con frecuencia para llegar a acuerdos acerca de los acontecimientos políticos; teníamos que recibir a los líderes de campos, de barrios, de municipios y de provincias de todo el país; teníamos que buscar dinero, hacer visitas, atender invitaciones, responder a periodistas nacionales y extranjeros, contestar correspondencia; y la correspondencia era a montones, a millares por mes.

Con admirable persistencia en su inclinación a confundir al Pueblo y en usar toda suerte de trucos para ello, los cívicos comenzaron a propagar la especie de que yo era un cuentista, el hombre del cuento, el que hacía cuentos. En el lenguaje del Pueblo, eso quiere decir el que engaña, el que miente. Pero resulta que yo soy cuentista, que gané una reputación americana escribiendo cuentos, que tenía cinco libros de cuentos publicados. De manera que en vez de respetar lo que era un bien del Pueblo, puesto que la obra literaria pertenece al Pueblo y no a su autor, usaban mi obra para confundir a las masas.

A mí me había tocado, por razones de tiempo y no por otra causa, ser el primer escritor dominicano del siglo XX que trató el tema nacional a través de personajes del Pueblo. Los

protagonistas de mis cuentos eran campesinos, trabajadores, peones. Todo lo que yo estaba diciendo en la campaña electoral de 1962 aparecía ya en *Camino Real*, mi primer libro, editado en 1933. A tal extremo era esto así, que el cuento que daba título al libro podía haber sido escrito en 1962.

Por esos días el Club Rotario —¿o sería el de Leones?— me invitó a dar una charla sobre el arte de escribir cuentos. Era la primera vez que me tocaba hablar ante un auditorio de mediana y alta clase media, y por ironías de la vida iba a hablar de asuntos literarios ante gente culta mientras hablaba para el Pueblo de asuntos económicos, sociales y políticos.

Hablé, y aproveché la ocasión para explicarle al Pueblo al día siguiente qué quería decir, en mi caso, la palabra cuentista; cuáles eran los cuentos que yo había hecho y por qué causa los había hecho. De esa manera, el Pueblo dominicano aprendió a distinguir entre lo que es un escritor de cuentos y lo que es un vividor del cuento.

X UNA ESCUELA DE POLÍTICA

No recuerdo si fue en el mes de junio o en el de julio cuando conocí al embajador Martin. John Bartlow Martin era un hombre de cara amarga y alma fina. Tenía la mente de un liberal kennediano, a pesar de que le llevaba algunos años al presidente Kennedy. Había pertenecido al círculo de Stevenson y luego pasó al de Kennedy. Era del grupo de intelectuales norteamericanos de la izquierda democrática que creía con pasión en la necesidad de que los Estados Unidos encabezaran en todo el mundo una cruzada para llevar a la choza del africano desnudo, a la aldea de los Andes y al Asia del Continente y de las islas la mística de una democracia constructiva. Mary Martin, su mujer, era una criatura alegre que compartía las ideas de su marido.

Presumo que el embajador Martin llegó al país con la opinión del Departamento de Estado acerca de cómo se producirían los acontecimientos dominicanos. En Santo Domingo debía haber elecciones y los ganadores, con toda seguridad, serían los cívicos. El Departamento de Estado sabía que en el mes de diciembre del año anterior —1961—, la UCN era la fuerza dominante en la República Dominicana; que en enero de 1962 había probado esa fuerza en la huelga que liquidó el golpe de Rodríguez Echavarría. Pero en junio de 1962, y aun mucho después, el Departamento de Estado no conocía la situación real porque sus funcionarios no penetraban en los

campos, no visitaban los barrios pobres de las ciudades y por tanto no se informaban correctamente acerca del cambio que estaba operándose en el Pueblo.

En mi primera entrevista con John Bartlow Martin le dibujé un triángulo isósceles, una figura que acostumbraba usar para mostrar gráficamente la idea de un corte transversal de la composición social dominicana. En la base del triángulo, ocupando la mayor superficie del mismo, estaba el campesinado; encima, una línea paralela a la que dividía el triángulo marcaba la superficie correspondiente a obreros y sintrabajo de las ciudades; encima estaban las que correspondían a pequeña, mediana y alta clase media urbanas. Le dije al embajador Martin que el PRD trabajaba conscientemente sobre las superficies mayores y le fui haciendo números. “Estamos seguros de que de aquí al 20 de diciembre contaremos con no menos de quinientos mil votos que nos darán la victoria en dieciocho provincias, y deseo advertirle que nosotros hacemos siempre nuestros cálculos sobre base conservadora. Si nuestros adversarios siguen cometiendo los errores que han estado cometiendo, entonces llegaremos a seiscientos mil votos”, le dije. Tuvimos seiscientos veintiocho mil y ganamos veintidós provincias. De las veintisiete provincias del país, la Unión Cívica ganó sólo cuatro.

¿Por qué era posible antever cómo iba a presentarse la votación?

Porque la política, que en otros tiempos fue un arte que se alimentaba del extraño don de la adivinación, había pasado a ser un arte fundamentado en conocimientos, esto es, algo parecido a lo que fue la medicina antes de que se le incorporaran la investigación de laboratorio, los rayos X, los medidores de presión, los aparatos eléctricos que dan gráficamente el estado del corazón y de la cabeza. La sociología moderna, la psicología de masas, el análisis correcto de la historia de un pueblo

permiten transformar la actividad política de mero arte en algo más: en una ciencia que requiere mucho de arte en el que la aplica, pero no ya un arte a secas.

Desde luego, el embajador Martín me oyó pero no me creyó. Todavía en el mes de septiembre el Departamento de Estado pensaba que la Unión Cívica ganaría las elecciones, aunque a esa altura ya había cambiado un poco: pensaba que tal vez podía ganarlas el PRD. Digo septiembre y no estoy seguro de si fue en ese mes cuando estuvo a verme un amigo para decirme que los Embajadores de Estados Unidos y Venezuela querían tener una entrevista conjunta con el doctor Viriato A. Fiallo y conmigo. Pregunté qué iba a tratarse en la reunión y se me dijo que los presidentes Betancourt y Kennedy estaban interesados en que la democracia dominicana que debía nacer de las elecciones de ese año se parara en sus pies desde el primer momento, y para tener la seguridad de que así sería ambos gobernantes querían que el doctor Fiallo y yo hiciéramos un compromiso de honor ante sus representantes. Como se sabe, el Embajador de un país representa personalmente a su Presidente, o a su Rey, si se trata de una monarquía.

Los Gobiernos de Venezuela y de Estados Unidos pensaban que la Presidencia iba a discutirse entre el doctor Fiallo y yo. La entrevista se celebraría para asegurar al ganador que el perdedor haría una oposición leal, una oposición para mantener la democracia, una oposición sin conspiraciones y sin exageraciones que pusieran en peligro el régimen llamado a nacer en las elecciones del 20 de diciembre.

En el PRD nos habíamos cuidado mucho de hablar de candidaturas, ni de la presidencial ni de ninguna otra. Las candidaturas nacionales —Presidente y Vicepresidente— debían salir de la Convención Nacional del Partido, sin compromiso previo ninguno. Por ningún motivo haríamos politiquería.

El PRD no era un partido a secas sino además una escuela de democracia, y queríamos enseñar la democracia en sus líneas más puras. Nuestra Convención Nacional se celebraría el 19 de octubre; yo no podía, pues, aceptar que iba a ser el candidato presidencial del Partido por que no lo era y no sabía si iba a serlo.

La situación del doctor Fiallo no era la misma. Aunque la UCN no había celebrado convención, ya los portavoces cívicos hacían campaña abierta con el doctor Fiallo como candidato presidencial. El doctor Fiallo estaba, pues, hasta cierto punto, moralmente autorizado por sus partidarios para actuar como candidato presidencial.

Le expliqué a mi amigo el problema y le dije que además consideraba la reunión superflua porque si el PRD perdía las elecciones, cualquiera que fuera su candidato presidencial, la conducta del Partido y de todos sus líderes sería la única que podía esperarse de una organización política seria, más interesada en la creación y el sostenimiento de la democracia dominicana que en la conquista del poder; esto es, haríamos siempre, en todo caso, una oposición leal. En cambio, dada la composición de UCN y según lo probaba la historia de los últimos meses, el doctor Fiallo no podía cumplir un compromiso de ese tipo, si lo hacía. Social y psicológicamente, el doctor Fiallo se adaptaba a las presiones de los líderes de su Partido; en vez de dirigirlos él a ellos, ellos le dirigían a él. El doctor Fiallo era el representante, no el líder, de un grupo social que iba resueltamente a la conquista del poder por cualquier medio: si ganaban las elecciones, los cívicos usarían el poder a fondo, pero si las perdían conspirarían para ir al Gobierno por las malas.

En suma, un compromiso hecho por mí a nombre del PRD estaba de más porque si perdíamos las elecciones haríamos de todas maneras oposición leal, aunque no hubiera compromiso;

en cambio un compromiso hecho por el doctor Fiallo a nombre de UCN era innecesario porque de todas maneras los cívicos no podían hacer oposición leal si perdían las elecciones. ¿Para qué, pues, ir a una entrevista con los señores Embajadores y el doctor Fiallo?

Pero mi amigo no me dejó tranquilo en ocho o diez días, y por fin usó un argumento que tenía que impresionarme: Rómulo Betancourt, viejo amigo personal y político y una víctima del trujillato, tenía empeño en que se celebrara la entrevista y yo no debía negarme a complacerlo. Acepté.

La reunión sería en la Embajada de Venezuela. En caso de que deseara ir acompañado de alguien, debería ser de una sola persona, y así iría el doctor Fiallo. Fui con el Secretario General del PRD, Ángel Miolán, y como la cita era a las ocho y media de la noche, nos presentamos en la Embajada a las ocho y veintisiete. Pasadas las nueve llegó uno de los líderes cívicos para avisar que el doctor Fiallo estaba ocupado y que iría más tarde; y en efecto, llegó cerca de las diez, acompañado de dos personas.

Cuando la reunión iba a empezar no fueron invitados a entrar ni el Secretario General del PRD ni los líderes cívicos; sólo el doctor Fiallo y yo, y los Embajadores Izaguirre y Martín y el intérprete del señor Martín.

Parecía que aquella entrevista iba a ser muy importante para los que la habían combinado. A medida que el embajador Martín hablaba yo me daba cuenta de que, en efecto, el Departamento de Estado le daba a la reunión una importancia excepcional. Por un momento pensé que la idea del acto no había sido del presidente Betancourt sino del Departamento de Estado, y probablemente se le había pedido al presidente Betancourt que participara en ella a través de su Embajador para quitarle al acto cualquier sombra de intervención norteamericana en la política doméstica dominicana. Ya estábamos

en octubre; ya se veía crecer el PRD en todo el país, y ya se oían de vez en cuando amenazas de que si el PRD ganaba las elecciones, no gobernaría. ¿Había llegado a Washington alguna amenaza de ésas?

En un mensaje solemne, que el señor Fandino, su intérprete, iba traduciendo cuidadosamente, el embajador Martin dijo que se hallaba ante el futuro Presidente de la República Dominicana, pues uno de los dos —el doctor Fiallo o yo— iba a ser el elegido el 20 de diciembre; que en nombre del presidente Kennedy nos hablaba para pedirnos que hiciéramos un compromiso allí mismo, esa noche, por el cual el que perdiera las elecciones se obligaría a hacer una oposición leal. Para el caso, si lo aceptábamos, él llevaba consigo un borrador de las bases del compromiso, y nosotros teníamos la autoridad necesaria para cambiar los términos de ese borrador. El había escrito el borrador sólo para ganar tiempo.

Yo aclaré que no estaba allí como probable futuro Presidente de la República porque todavía el PRD no había nominado candidato presidencial; por tanto, no tenía capacidad legal para hacer compromisos como candidato. Podía hacerlos como Presidente del Partido, si les parecía bien a los presentes, pero con una condición: que esa entrevista se mantuviera en términos confidenciales, pues si los líderes de los otros partidos sabían que dos gobiernos de América consideraban a esa altura que las elecciones de diciembre iban a decidirse entre el PRD y la UCN, armarían una algazara mayúscula y acusarían a ambos Gobiernos de entrometerse en los problemas nacionales para favorecer a dos partidos en perjuicio de los otros. Ambas cosas fueron aceptadas.

El borrador del embajador Martin tenía cinco puntos, si no recuerdo mal; el embajador Izaguirre dijo que él los conocía y los había aprobado. Se me preguntó si tenía alguna objeción que hacer y respondí que ninguna, pero que deseaba

dejar establecido lo siguiente: el PRD aceptaba los cinco puntos como un gesto de cortesía y amistad hacia los gobernantes representados allí por los dos Embajadores, porque con esos cinco puntos y sin ellos, si el PRD perdía las elecciones seguiría la única línea política que podía esperarse de un partido serio: oposición leal, sin ataques de mala ley al Gobierno, como no los habíamos hecho ni a Balaguer ni al Consejo de Estado; sin conspiraciones porque nosotros no conspirábamos ni nos habíamos acercado nunca a ningún militar para abrirle las puertas de la función política. El PRD entendía, dije, que el puesto de los soldados estaba en los cuarteles y allí debían seguir.

El doctor Fiallo discutió algunos puntos. Había en los cinco puntos detalles que él quería mejorar, dijo. Hablaba como Presidente electo, aunque en una ocasión me hizo un favor: “Si Bosch gana, yo tengo la seguridad que no tendré que ir al exilio”, afirmó. Los cívicos tomaron el poder mediante el golpe de Estado de septiembre de 1963; la firma del doctor Fiallo es la primera en el acta notarial que formó el gobierno golpista, y yo estoy escribiendo estas páginas en el exilio.

Por esos mismos días estuvo a verme una noche el general Rodríguez Reyes. Rodríguez Reyes era Inspector de las fuerzas armadas y el único entre los generales que tenía condiciones de líder. Había entrado en la guardia como raso y moriría ese mismo año, a fines de diciembre, en el episodio sangriento de Palmasola. El general me dijo que en el Consejo de Estado había presiones internas fuertes, divisiones y tirantezas. Un grupo de Consejeros deseaba prolongar la vida del Consejo un año más, y uno de los Consejeros le había propuesto dar un golpe de Estado. Las fuerzas armadas, me afirmó, no se prestarían a ningún chanchullo. Al Consejero que le había propuesto el golpe él le había dicho que sí e inmediatamente informó al alto mando de lo que pasaba. Algunos días

más tarde, tres altos oficiales me confirmaron lo que había dicho el general Rodríguez Reyes; me visitaron para eso y yo los oí con atención, pero sin darles estímulo, pues no quería que se sintieran actores en el campo político ni siquiera por un minuto.

En realidad, aunque los hombres del PRD usábamos esas informaciones para mantener en el Pueblo un estado de vigilancia, no les dábamos verdadera importancia porque sabíamos que ya no había otra salida que no fuera la electoral. El país estaba movilizado hacia ese fin, las presiones exteriores en el sentido de que debían celebrarse elecciones eran cada vez más fuertes; el Gobierno estaba de hecho manejado desde afuera, a través de la OEA, en cuanto se refiriera a la necesidad de dar a la América Latina el ejemplo de una de sus Repúblicas que escogía la solución electoral en vez de la solución violenta. Hasta ese momento, con detalles de más o de menos, los acontecimientos dominicanos estaban produciéndose tal como los habíamos visto año y medio atrás en San José de Costa Rica.

El PRD fijó el 19 de octubre como primer día de su Convención Nacional. Planeamos esa convención como un acontecimiento histórico. Nunca antes, en la historia del país, se habían reunido quinientos hombres y mujeres del Pueblo, elegidos directamente por sus copartidarios en todos los municipios y distritos municipales sin más limitación que actuar cada uno como representante verdadero de sus electores. Esos hombres iban a redactar el programa de Gobierno del Partido, a elegir candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República y a reformar los estatutos del Partido. Entre ellos los había abogados, comerciantes, médicos, dentistas, ingenieros, peones, campesinos, obreros, maestras, mujeres de su casa, sirvientas, estudiantes, de todas las edades y de todas las razas.

La República Dominicana iba a cumplir pronto los ciento veinte años de establecida y en todo ese tiempo era la primera vez que los dominicanos presenciaban el espectáculo de una convención democrática, en la cual los convencionales no tenían compromisos previos de ninguna especie —ni pública ni oculta—; por primera vez se reunían hombres y mujeres del Pueblo como representantes de sus comunidades y por primera vez esos representantes iban a discutir y formular un programa de Gobierno. Afirmo con conocimiento de causa que una convención tan limpia y tan popular no se ha visto en ninguna democracia americana, ni aun en los Estados Unidos. Afirmo también que esa fue la primera vez en su historia que el Pueblo dominicano tuvo en sus manos la ocasión de actuar por sí mismo para ejercer su propia autoridad en el campo de los derechos ciudadanos. Pero también afirmo que en el hecho de que eso sucediera por primera vez a los casi ciento veinte años de haber sido establecida la República hay ya una explicación para el golpe de Estado de 1963.

Por muy bien que haga las cosas en la primera oportunidad, un pueblo no afirma sus derechos con un solo acto de voluntad. La libertad democrática, como la vida misma, necesita ser defendida y mejorada día por día; y es sólo al cabo de mucho tiempo, cuando ya ningún miembro de la comunidad nacional se plantea ante su conciencia la pregunta de si esa libertad está o no en peligro —es decir, cuando ha pasado a ser consustancial con la naturaleza social, como lo es el aire para el hombre—, cuando puede asegurarse que el Pueblo tiene su libertad fundada en cimientos sólidos, que esa libertad es un bien inalienable y que ya nunca más se perderá.

Estamos en una hora crítica en todo el mundo. Tal vez dentro de pocos años parezca ridículo el empeño de los líderes del PRD en dar una lección de democracia en la República Dominicana. Quizá antes de lo que yo mismo pienso los

dominicanos de una nueva generación se reirán de ese empeño anacrónico, hecho a destiempo, precisamente cuando ya las señales de los tiempos anunciaban los días finales de la democracia. Pero nosotros habíamos dedicado una vida entera a esa idea; era lógico, pues, que cumpliéramos nuestro destino político con toda lealtad. El deber del hombre, como ser individual y como ser social, es convertir en hechos aquello en que cree, y debe cumplir ese deber aunque sepa que a él no le tocará, como dijo Martí, sentarse a la sombra del árbol que siembra.

La Convención Nacional me eligió candidato presidencial del PRD por cuatrocientos noventa y nueve votos contra uno. La elección de Buenaventura Sánchez como candidato vicepresidencial estuvo viciada de origen porque no llenó los requisitos de la Ley Electoral. Cuando supimos que la UCN esperaba el último momento —cuando ya no hubiera tiempo legal de enmendar el daño— para impugnar las dos candidaturas basándose en los defectos de la del Vicepresidente, se convocó a una convención complementaria en que resultó elegido candidato a Vicepresidente el doctor Segundo Armando González Tamayo. Este era un médico joven, de pequeña clase media, nacido en los campos de Puerto Plata, punto menos que desconocido en el país antes de afiliarse, de los primeros, en el PRD. Nunca antes pensó un dominicano de origen popular que alguien sin apellido ilustre podía ser nominado para uno de los dos cargos más altos del país. Sin duda que el PRD había trastornado los viejos conceptos, cosa que los tutumpotes cívicos no estaban dispuestos a perdonar.

Inmediatamente después de la Convención Nacional, me retiré a un sitio donde ningún miembro del Partido pudiera encontrarme. Quería que las convenciones de provincias y municipios, encargadas de nominar candidatos provinciales y municipales, lo hicieran por sí mismas, bajo su responsabilidad, sin que tuvieran siquiera la oportunidad de consultarme.

Corríamos el riesgo de que las nominaciones no fueran las más convenientes; pero así como se aprende a caminar dando pasos, así la democracia se aprende ejerciéndola. Si las asambleas de provincias y municipios escogían mal, en otra ocasión escogerían mejor. “Nadie aprende en cabeza ajena”, dicen los campesinos; y esa es una buena regla en todos los casos.

Con las convenciones para elegir los candidatos a senadores, diputados y municipales terminó una etapa de la vida del Partido; de ahí en adelante comenzaba otra. Durante años y años nos habíamos preparado en el destierro para la tarea que habíamos terminado en ese mes de octubre. Miolán se había adiestrado para todo trabajo relacionado con la movilización de masas; había aprendido en México y observado en Cuba y en Venezuela cómo se desenvolvían los procesos democráticos; había aprendido a organizar reuniones, convenciones, mítines; a redactar agendas, estatutos, órdenes del día; a dirigir trabajos de líderes y desarrollo de planes. Durante un año y cuatro meses en que los días y las noches se confundían, llevó sobre la espalda el peso de la organización del Partido. En la nueva etapa, que duraría menos de dos meses, había que enseñar a todo un pueblo la complicada técnica de unas elecciones democráticas y había que enseñar a unos cuantos millares de perredeístas a defender al Pueblo de los trucos de toda laya en que podían enredarlo. La mayor parte de esos millares de compañeros a quienes había que adiestrar procedería de la masa popular, otra parte sería de la pequeña clase media, muy pocos de la mediana clase media.

La tarea era grande, pero se cumplió. Fue mérito de Ángel Miolán, pero también de los que le ayudaron y del Pueblo, pues si el Pueblo pudo aprender tan de prisa fue porque tenía condiciones para ello. Lo digo para que se enteren aquellos que consideran al Pueblo dominicano —su masa, su gente de barrios y de campos— una colectividad sin dotes para mejorar su suerte.

XI

GOLPE PRIMERO Y ELECCIONES DESPUÉS

A medida que avanzaba el mes de noviembre y se sentía físicamente el crecimiento del PRD, comenzaron a aparecer los trucos que habían sido elaborados por los cívicos a través de su órgano de Gobierno, que era el Consejo de Estado. La Junta Central Electoral dijo que no habría votos de colores, y cuando los abogados perredeístas revisaron la Ley Electoral se hallaron con el artículo más curioso que jamás había habido en ley alguna, un párrafo que decía más o menos lo siguiente: “Los votos serán de colores, un color para cada partido, pero la Junta Central Electoral puede disponer que sean todos de un mismo color”. Mandar algo y autorizar lo contrario en un mismo artículo es un auténtico “Créalo o no lo Crea” en la historia de la legislación universal.

Para el Partido Revolucionario Dominicano el voto de color era uno de esos puntos en que no hay disyuntiva. El Pueblo dominicano debe tener un cincuenta por ciento de analfabetos. Hasta a la gente medianamente culta que no ha sido educada por años en la técnica de la emisión del voto le resulta engorroso votar correctamente, cuanto más debe resultarles a los analfabetos. La UCN, que sabía eso, había asomado una campaña para que se les prohibiera el voto a los que no sabían leer y escribir, y los artículos de un historiador reclamando esa medida se publicaban en el periódico de la Unión Cívica. Por cierto, en mis archivos tengo las pruebas de que esos artículos

tenían la autorización del doctor Fiallo. Si el PRD permitía que las primeras elecciones libres —supervisadas por la OEA, como iban a ser esas— se celebraran con votos de un color, se sentaría un precedente y nunca más podría el Pueblo dominicano esperar que se estableciera el voto de color; y éste era indispensable para que el Pueblo votara sabiendo lo que hacía.

A esa altura, sabíamos ya algo que no supimos a tiempo: el predominio cívico en la Junta Central Electoral era tan firme que si el PRD daba una batalla en el seno de la Junta, la perdía. Ya había perdido la de las elecciones para Constituyente porque uno de los miembros de la Junta alegaba que una Asamblea Revisora de la Constitución tendría los poderes necesarios para deponer al Consejo de Estado debido a su condición de asamblea soberana. La movilización de la opinión pública no era suficiente; el Consejo de Estado había probado que no le importaba la opinión pública. El PRD estaba en el caso de usar otros medios, y amenazó con no ir a las elecciones si no había voto de colores.

La situación hizo crisis porque el alto mando militar se presentó ante el Consejo de Estado con esta demanda: “Si no hay elecciones, las fuerzas armadas tomarán el poder el 27 de febrero de 1963; tal como lo dice la Constitución, el Consejo de Estado debe entregar el poder ese día; de manera que ni un día más allá del 27 de febrero de 1963”. El Consejo de Estado se plegó; el Presidente de la Junta Central Electoral fue llamado a Palacio y al día siguiente se dio la noticia: habría votos de colores, aunque cuatro partidos tendrían el voto blanco, tres de ellos orlados con otros colores. Como el voto blanco era el del PRD, si había confusión entre los votantes el perjuicio sería para nosotros. Aceptamos la decisión, aunque nos causara daños, porque para el PRD lo verdaderamente importante era que el antecedente quedara establecido; al fin y al cabo, cuarenta o cincuenta mil

votos significaban poco para nosotros, pues según nuestros cálculos tendríamos no menos de doscientos mil por encima del partido que nos siguiera.

¿Por qué se comportaron así los jefes militares que pocos meses después iban a derogar la Constitución?

En ese momento, los generales y los coroneles se hallaban a la defensiva. Muchos de ellos eran acusados públicamente de haber cometido crímenes en el régimen de Trujillo, y temían a una crisis política que pudiera echarlos de los cuarteles y ponerlos al alcance del Pueblo. En los rangos bajos y en las filas de las fuerzas armadas y de la policía se producían constantemente pequeñas y hasta grandes rebeliones. Unos meses antes, los policías rasos se habían negado a aceptar un jefe que había nombrado el Consejo de Estado. Diez meses después, en septiembre de 1963, esos jefes militares estaban en situación distinta; se hallaban bajo el control de un Gobierno que no les permitía privilegios, que les había prohibido seguir cobrando el diez y el quince por ciento de comisión en las compras, que no les aceptaba recomendaciones de familiares en los cargos públicos, que no les exoneraba automóviles ni ropas ni muebles. En noviembre de 1962, los jefes militares querían seguridad, y la podían obtener haciéndose pasar por defensores de la Constitución: en septiembre de 1963 querían ventajas que un Gobierno constitucional no podía darles, y en ese caso la Constitución era un estorbo. Por último, si el PRD no iba a las elecciones de 1962, la victoria electoral sería de UCN; y los altos mandos le temían a la UCN en el poder porque UCN había sido decisiva en la lucha contra Ramfis Trujillo y ellos habían sido cómplices y sostenedores de Ramfis; en 1963, la UCN estaba asociada a ellos en los planes golpistas.

Los altos jefes militares habían cambiado de posición y de opiniones entre noviembre de 1962 y septiembre de 1963, y

eso sucede a menudo en países de organización social tan primitiva y de estructuras sociales tan débiles como la República Dominicana.

Los tutumpotes cívicos habían perdido la batalla de los trucos legales; entonces se dedicaron con toda el alma a echar las bases políticas del golpe de Estado que lograron dar, al fin, en septiembre de 1963. Aunque seguramente no se lo formularon con esas palabras, la consigna cívica fue: “Golpe primero y elecciones después”. Fue así como ya en noviembre apareció el *leit-motiv* del golpe: “El PRD es comunista”.

La técnica que se siguió fue la siguiente: un periódico de Puerto Rico publicó un supuesto reportaje en que se afirmaba que Thelma Frías, líder perredeísta y candidata a senadora por el Distrito Nacional, había sacado un cuadro de la Virgen de La Altagracia del local en que se había celebrado la convención nacional del PRD. El supuesto reportaje había sido elaborado en las oficinas de UCN. El doctor Fiallo usó inmediatamente, en una charla radial, esa “información de periódicos extranjeros”. Trujillo también había usado y abusado del sistema: hacer publicar en el extranjero lo que después iba a propagar en el país. Monseñor Pérez Sánchez, miembro del Consejo de Estado y jerarca de la Iglesia, declaró que lo que había hecho Thelma Frías equivalía a reemplazar el escudo de la bandera nacional por la hoz y el martillo, y —siguiendo una táctica que Trujillo había hecho clásica dentro de sus métodos de propaganda—, la radio cívica aseguró una y otra vez que Thelma Frías había pedido que en vez del escudo de la bandera, se pusiera la hoz y el martillo comunistas.

Si en el PRD había un líder que era congénitamente adversario del comunismo, era Thelma Frías. Thelma Frías participaba a diario en el programa de radio del Partido —“Tribuna Democrática”— y en una ocasión, hacia el mes de julio, se había dedicado casi con exclusividad a tratar el problema de

Cuba con tanta vehemencia que yo le llamé la atención. “Recuerda que para el Pueblo dominicano el anticomunismo apasionado significa trujillismo debido a la campaña anticomunista frenética de Trujillo, y si el PRD imita a Trujillo en eso, el Pueblo nos cogerá miedo. No olvides que para el Pueblo dominicano la experiencia más amarga es la que dejó el trujillismo”, le dije; y Thelma Frías siguió mi consejo, pero no con docilidad, porque discutió con vehemencia su posición. Sin embargo ella fue la escogida como cabeza de turco para iniciar la campaña que echaría las bases del golpe de Estado, lo cual se explica porque en los barrios de la Capital Thelma Frías era popular en grado asombroso.

De buenas a primeras, a fines de noviembre y en los comienzos de diciembre, se derramó en todo el país la voz de los púlpitos. Numerosos sacerdotes comenzaron a predicar por campos y ciudades que el PRD era un partido comunista o influido por los comunistas o dirigido por los comunistas. Un buen día, por fin, apareció la acusación concreta: yo era comunista, marxista-leninista, y lo aseguraba un cura de la orden de los jesuitas, el reverendo Láutico García. La radio Santa María, propiedad de la Iglesia, situada en el Santo Cerro de La Vega —una especie de Meca para los católicos del país— dijo que si yo ganaba las elecciones, los sacerdotes serían muertos ante los altares y los hijos de los dominicanos les serían arrebatados y enviados a Rusia de donde volverían convertidos en enemigos de Dios. Ya estaba en marcha la consigna de “golpe primero y elecciones después”, y ya en los círculos de la alta clase media y de gente de “primera” se afirmaba sin recato que si el PRD ganaba las elecciones no podría gobernar porque no se le daría el poder.

Yo me di cuenta de que el espectro de Trujillo había retornado del más allá y volvía a tomar los mandos del país. Bajo el pretexto de que había que destruir el comunismo, Trujillo

mató, violó, quemó, torturó, expolió; bajo ese mismo pretexto estaba de vuelta en la tierra que había martirizado y convocaba a sus huestes para revivir el pasado. En un cuento que había escrito muchos años antes, tal vez hacia 1943 ó 1944, y que había titulado “El difunto estaba vivo”, yo había tratado de poner en acción la tesis de que es difícil acabar con el pasado, porque el pasado está vivo en el presente si hay un solo actor del hecho actual que responde a los sentimientos o las ideas de atrás. En diciembre de 1962, cívicos y sacerdotes habían levantado la losa que cubría los despojos del tirano y éste había salido de la tumba y volvía a adueñarse del país. El Pueblo, sin embargo, no podía verlo; el Pueblo no ve lo que no tiene cuerpo. Para el Pueblo, Trujillo estaba enterrado en París y Ramfis y sus tíos estaban en el exilio.

Desde el 5 de abril de 1958 hasta el 4 del mismo mes de 1961, yo había estado viviendo en Venezuela. A mediados de 1959, si no recuerdo mal, y a petición de Julio César Martínez, que se había hecho cargo de la jefatura de redacción de la revista *Momento*, escribí tres artículos de pura ciencia política. Los artículos provocaron cartas de lectores y hasta una respuesta bastante agria de un periodista comunista en que me acusaba de estar frenando la futura revolución dominicana. Rómulo Betancourt, que era ya Presidente de Venezuela, me pidió que ampliara la pequeña serie porque a su juicio mis artículos hacían falta para llevar el tema político a cierta altura. Después de un exilio de varios años, Julio César Martínez había retornado a Santo Domingo y había reiniciado la publicación de su semanario *Renovación*, que había sido cerrado en los días de Trujillo. Martínez publicó algunos de esos artículos y sobre uno de ellos se basaron los del padre Láutico García para afirmar que yo era marxista-leninista.

Hay una ciencia política en que se estudian los sistemas y las filosofías que ha producido la humanidad y hay una actividad

política menuda en que se habla esto y aquello de un Gobierno o de un líder acusándolo de tal o cual cosa. La ciencia política había sido debatida en Venezuela desde los días de las guerras de Bolívar, y el mismo Bolívar expresaba a menudo conceptos políticos de verdadera novedad, lo cual podía hacer porque en medida más o menos grande, tenía un auditorio capaz de entenderlos. Ese no era el caso de la República Dominicana; en la República Dominicana, con la excepción de Hostos, nadie habló nunca el lenguaje de la ciencia política: se hablaba de política, lo que significa que se chismeaba acerca de Fulano y de Zutano o se les defendía con fanatismo, y en los mejores casos se hablaba de cosas que había que hacer para mejorar la suerte del país; pero nadie —hasta donde yo sepa— tocó nunca el tema de las concepciones políticas que el hombre había creado a lo largo de la historia humana. En forma modesta, como cuadraba a la modestia de mis conocimientos, yo había hecho eso en Venezuela, y lo que había hecho en Venezuela con la aprobación y el estímulo de gente del Pueblo, de líderes y de intelectuales demócratas, resultaba en Santo Domingo la prueba de que yo era comunista. No había la menor duda de que la sombra de Trujillo había vuelto a tomar los mandos del país.

La situación se presentaba con mal cariz. Ya estábamos a pocos días de las elecciones; los dos partidos comunistas —el PSP y el MPD— habían predicado la abstención electoral y el 14 de Junio se había dejado influir por esa prédica. Si el PRD se abstenía de ir a las elecciones, se afirmarían en mucha gente la sospecha de que nosotros éramos comunistas, pero si íbamos a las elecciones y las perdíamos, nunca más podría el PRD quitarse de encima la etiqueta de marxista-leninista.

A la gran masa dominicana podía hacerle mella esa propaganda. Para un trabajador y para uno de los millares de sintrabajo que de vez en cuando podían ganar un peso en una

ocupación pasajera, anticomunismo no significaba lo que significaba para la gente de alta, mediana y pequeña clase media. En los días de Trujillo, cuando un obrero pedía diez centavos de aumento en el jornal, se le mataba por comunista; cuando un campesino pobre quería defender sus tierras de la incautación forzosa de un Trujillo, se le colgaba por comunista. Los hombres y las mujeres del Pueblo le temían al anticomunismo porque éste era un aspecto —y el que justificaba las mayores crueldades— del trujillismo. Pero había una diferencia importante entre anticomunismo y comunismo. A la gente del Pueblo no le gustaba el anticomunismo militante a lo Trujillo, y sin embargo la idea de que yo fuera comunista podía asustarla tanto como hubiera podido asustarla que yo hubiera sido un cazador profesional de comunistas.

Los sacerdotes tenían una influencia quizá decisiva en la alta clase media y bastante influencia en la mediana y la pequeña clase media; tenían influencia prácticamente total en ciertas zonas campesinas que podían alcanzar hasta cien mil votos, y en la alta oficialidad de las fuerzas armadas, y éstas podían usar su autoridad sobre los soldados para que propagaran por los campos de donde eran oriundos que nosotros éramos comunistas; pero la Iglesia no influía en las masas de obreros y sintrabajo, de donde el PRD iba a sacar su votación más segura. La campaña contra el 14 de Junio había sido relativamente fácil porque el 14 de Junio reclutó su militancia entre los jóvenes de la alta y la mediana clase media, lo cual no sucedía en el PRD. La propaganda de algunos sacerdotes no podría en ningún caso debilitar al PRD hasta el grado de reducirlo a un partido de segundo orden; sin embargo sí influía decisivamente en el campesinado, nosotros podíamos perder las elecciones por un margen estrecho.

Si la propaganda de los púlpitos y los confesionarios se hubiera limitado a ser antiperredeísta, el daño que podía hacernos

era soportable. Pero no se detenía en ese límite; iba más allá y nos acusaba de comunistas. En La Vega, por ejemplo, ciudad que era centro de una zona muy católica, un sacerdote se negó a cantar una misa que querían dar los jóvenes del PRD “porque el PRD es comunista”.

Los sacerdotes que habían desatado sobre el PRD la lengua sagrada de los salmos —una lengua que debería atenerse únicamente a la glorificación del Señor y a la propaganda de la religión— no habían dicho que los dominicanos debían votar por los cívicos o por los socialcristianos; habían afirmado que yo, el candidato del PRD, era comunista; y para hacer frente a esa acusación autorizada por los representantes de Dios en este mundo de miserias, yo tenía que demostrarle al Pueblo que los sacerdotes no decían la verdad. La tarea no era fácil.

El Comité Ejecutivo Nacional del PRD se dirigió a la alta jerarquía católica pidiéndole que aclarara la situación; la alta jerarquía respondió con un comunicado que no aclaraba nada y, por tanto, confundía más a todo el mundo. La alta jerarquía de la Iglesia dominicana se lavaba las manos como Poncio Pilatos mientras un grupo de fariseos gritaba: “¡Suelta a Barrabás, queremos a Barrabás!”. Rápidamente, planeamos una estrategia de emergencia: yo me retiraría como candidato presidencial, y si a pesar de eso la Iglesia no desautorizaba al padre García, invitaría al padre a una polémica a través de la televisión; ahora bien, como era posible que el padre recibiera orden de no aceptar la polémica, mi invitación se haría a última hora, cuando ya la jerarquía católica tuviera conciencia de la responsabilidad que le cabría en caso de que el PRD no fuera a las elecciones. Salvador Pittaluga, que sostenía un programa de televisión, se dio cuenta de que tenía ante sí una oportunidad que difícilmente volvería a tener en años, y habló con el padre García. La idea de Pittaluga era escoger un intelectual de prestigio como moderador, pero yo le dije que

debía ser él mismo. A través de Pittaluga, el sacerdote impuso una sola condición: que la polémica no se saldría en ningún caso del tema que la provocaba, es decir, su aseveración de que yo era marxista-leninista. Acepté, desde luego.

El encuentro duró varias horas, con todo el país pendiente de sus resultados, pues al mismo tiempo que por televisión, se transmitía por radio. Probablemente más de un millón de dominicanos estuvieron hasta cerca de las dos de la mañana pegados a televisores y radios. Muchas mujeres ofrecieron promesas de ir al Santo Cerro y a Higüey —los dos santuarios dominicanos—, de vestir hábitos, pagar misas y velas y de hacer penitencia con tal de que el padre Láutico García no saliera vencedor esa noche; de donde resulta que la religión que los sacerdotes predicaban servía para que numerosos de sus fieles consolaran la pena que esos sacerdotes les causaban.

El padre Láutico García era español, razón por la cual yo llevé al estudio de televisión un diccionario de la Real Academia Española seguro de que no lo rechazaría, y con ese diccionario se dilucidaría si el padre decía la verdad al acusarme de marxista-leninista, pues de la interpretación que él había hecho de los artículos en que basaba la acusación, yo había sacado en claro una cosa: el sacerdote había tomado las palabras en su valor callejero; no se había dado cuenta de que esos artículos eran de ciencia política y no tomó las palabras en su estricto sentido científico.

Hasta ese momento, un número alto de gente de la pequeña y la mediana clase media se había negado a oír mis charlas de radio. Esa gente creía que yo era un demagogo. Ellos oían a los cívicos y a los partidarios de otros grupos decir que yo hablaba para “la chusma”, “la plebe”, que mi lenguaje era el del Pueblo. Pero esa noche me oyeron porque esperaban ver al padre Láutico García apabullarme con su sabiduría, la sabiduría tradicional de los jesuitas. Y esa noche, sin que me lo

propusiera, tuve que hablar la lengua que exigían las circunstancias, la que me habían enseñado los distinguidos autores de tratados de ciencias políticas y sociales que había tenido que leer durante años. Esa noche, pues, unos cuantos miles de dominicanos descubrieron quién era el candidato del PRD; de manera que al terminar la polémica había quizá cincuenta mil perredeístas más que el día en que Monseñor Pérez Sánchez inició la ofensiva sacerdotal con la ingeniosa acusación de que Thelma Frías había hecho algo que equivalía a reemplazar el escudo de la bandera por la hoz y el martillo.

El padre García se había resistido tenazmente a reconocer que yo no era comunista, pero yo sentía, allí en el estudio de televisión, que ya todo el Pueblo acusaba en su intimidad al sacerdote de negarse a decir algo que era evidente a sus ojos. El padre García no tenía argumentos con que mantenerse en su posición, pero no cedía. Y de pronto comenzó a leer párrafos de un libro. Cuando terminó le dije: “Yo no he escrito eso en mi vida, padre”. “No, no lo escribió usted; lo escribió Ángel Miolán”, respondió.

El padre Láutico García había exigido, a través de Salvador Pittaluga, que la polémica se mantuviera en el terreno estricto de la acusación que él me había hecho a mí, sólo a mí, y yo había aceptado. Pero el padre Láutico García, quizá sin él mismo saberlo, servía la estrategia de “el golpe primero, las elecciones después”. Estábamos a una altura —era la noche del 18 al 19 de diciembre, y las elecciones serían el día 20— en que era imposible evitar las elecciones y con ellas la victoria del PRD; pero todavía era tiempo de echar las bases del golpe futuro, y en ese golpe iba a jugar un papel muy importante ese rumor de “Juan Bosch no lo es, pero Ángel Miolán sí es comunista”.

Y resultaba que Ángel Miolán no había sido nunca comunista. Había sido aprista, en sus días de México; y toda persona

versada en filiaciones políticas en América sabe que aprismo y comunismo son posiciones tan opuestas como lo eran años atrás evangelistas y católicos, y así como unos y otros tienen a Cristo por la base de sus creencias, así apristas y comunistas tienen en la filosofía de Carlos Marx su fuente de origen. El lenguaje socio-político de casi todos los partidos modernos del mundo occidental es parecido; socialistas de Europa, apristas del Perú, revolucionarios de México, accióndemocratistas de Venezuela, liberales de Colombia, hablan de proletariado, lucha de clases, burguesía, imperialismo, revolución social. En aquellas páginas escritas por Ángel Miolán en el México de 1938 ó 1939, cuando todo México trepidaba bajo el impulso revolucionario, no había el menor asomo de comunismo.

El padre Láutico García acabó admitiendo que yo no era comunista, pero dejó en el aire, flotando como un veneno, la idea de que Ángel Miolán lo era; en suma, el plan golpista era ya una semilla en la tierra, que no tardaría en germinar. “Golpe primero y elecciones después”. Y así se hizo, aunque a la vista del Pueblo parece que hubo elecciones primero y golpe después.

XII

EL PAPEL DE LA IGLESIA EN EL GOLPE

El padre Láutico García admitió que yo no era comunista, pero los sacerdotes que habían tomado la vanguardia en la ofensiva contra el PRD no cejaron un paso; al contrario, pasadas las elecciones organizaron la lucha y no la abandonaron ni siquiera después de caído el Gobierno constitucional. Como me daba cuenta de que sería así, no recibí como señal de paz la admisión de que yo no era comunista, hecha por el padre García ante todo el Pueblo: “¿Insiste usted en no ser candidato presidencial?”, me preguntó el moderador en el último minuto de la entrevista. Y le respondí: “No quiero ser candidato porque sé que el PRD ganará las elecciones, y si las ganamos, el Gobierno que yo presida no podrá gobernar: será derrocado por comunista en poco tiempo”.

Ya era imposible, sin embargo, renunciar a la candidatura. Afuera del estudio de televisión esperaba una multitud regocijada; en los barrios las calles estaban animadas como de día, a pesar de que eran las dos de la mañana; los centenares de millares de perredeístas que lanzaban a esa hora vivas entusiasmadas en todos los rincones del país, esperaban ir a votar treinta horas después. Yo tuve que aceptar esa presión de las masas, y si hay algo de que me arrepiento en la vida es de haber aceptado ir a la elección como candidato presidencial sabiendo, como lo sabía sin la menor duda, que el Gobierno que me iba a tocar encabezar sería derrocado quizá antes de que tomara el poder.

“El mundo se divide en dos bandos: el de los que aman y edifican y el de los que odian y destruyen”, había dicho Martí. El odio de la casta de “primera” y de la alta clase media al Pueblo, operando sobre una clase media sin propósitos, sin principios, sin patriotismo, sin amor, iba a destruir en poco tiempo lo que el Pueblo había hecho con su fe democrática. Todo lo que la gente de “primera” había aprendido en la Universidad de Santo Domingo y en universidades extranjeras, los libros que habían leído, los títulos que habían obtenido, fue usado para esa tarea destructora. Uno de esos “líderes” de ventorrillos políticos lanzó a la calle esta peregrina teoría: “Las elecciones no son válidas porque Juan Bosch engañó al Pueblo”.

Todavía estaba distante el día en que yo asumiría la Presidencia y ya se tergiversaba la doctrina democrática en forma tan increíble. Todo el mundo sabe que las doctrinas políticas son producto de pactos sociales, que se establecen sobre un acuerdo expreso o tácito de la sociedad, y que todas, sin excepción, reconocen que en cada una de ellas hay un punto de partida convencional y sin embargo dogmático en sus resultados —y yo diría que en su propia naturaleza de hecho que no admite discusión—, y que no hay forma humana de fundar un sistema político sin esa convención fundamental. El sistema democrático parte de un punto: la soberanía reside sólo en el Pueblo y lo que éste decide por voluntad mayoritaria es sagrado, y por tanto debe ser admitido sin un titubeo por todas las partes. En pocas palabras, no puede haber democracia representativa si no se acepta que la voluntad del Pueblo, expresada libre, legítima y limpiamente, es la base misma del sistema. Las elecciones dominicanas del 20 de diciembre de 1962, supervisadas por la OEA, no fueron impugnadas, ni en conjunto ni en detalle, por ninguno de los grupos políticos que tomaron parte en ellas; toda América las

comentó jubilosamente como unas elecciones modelo. Sin embargo, uno de los candidatos presidenciales, que había sacado apenas el uno por ciento de los votos, decía que no eran válidas porque “Juan Bosch había engañado al Pueblo”, esto es, el Pueblo había votado por el PRD engañado por mí. El autor* de esa novedosa reforma a la doctrina del Gobierno democrático representativo había sido un exilado de Trujillo durante más de veinticinco años, era médico graduado en la Sorbona, había sido profesor de Filosofía en una universidad de Venezuela, había escrito varios libros. ¿Qué podía esperarse de los dominicanos que no habían recibido esa preparación? Ese ilustre reformador de una doctrina que tenía casi doscientos años de aplicación en los países más avanzados de Occidente había descubierto, para gloria de la *intelligentsia* dominicana, que los que ganan elecciones engañan al Pueblo, de donde resulta que los que las ganan por más del sesenta por ciento de la votación total —como fue el caso del PRD en esa ocasión— son criminales peores que los que las ganan por márgenes estrechos, puesto que engañan a más ciudadanos; y ese extraordinario descubridor era, como por casualidad, un típico dominicano de “primera”, nieto y biznieto de Presidentes de la República.

Ahora bien, algunos sacerdotes extranjeros, que no eran gente dominicana de “primera”, ¿por qué tomaron con tanto entusiasmo sobre los hombros la tarea de impedir que la democracia se desarrollara en Santo Domingo? ¿Quién los dirigía; qué poder desconocido de aquende o allende los mares les daba órdenes: a qué señor servían?

Tal vez a muchos señores al mismo tiempo. Los jesuitas españoles y les jesuitas dominicanos, así como jóvenes

* Se trata de Juan Isidro Jimenes Grullón, quien había sido candidato presidencial por el minúsculo Partido Alianza Social Demócrata (N. del E.).

dominicanos miembros de otras congregaciones, tenían una actitud política: eran social-cristianos y querían, si no el triunfo de los social-cristianos, por lo menos que estos hicieran buen papel electoral y llevaran a algunos de sus hombres a las Cámaras y a los Ayuntamientos. En términos generales, los sacerdotes social-cristianos no fueron conspiradores; tampoco sería justo decir que respaldaron al Gobierno constitucional.

Otro sector, el de sacerdotes dominicanos más viejos —o extranjeros avecindados en el país de hacía muchos años—, incluso los jefes de la Iglesia nacional, actuaron como miembros de la casta de “primera” y de la alta clase media. Uno de ellos, norteamericano, escribió al *New York Times* después del golpe de Estado y repitió en un nivel más alto lo que había hecho Monseñor Pérez Sánchez diez meses antes. Los agentes que tenía la UCN en Miami propagaron que el Gobierno dominicano estaba organizando una milicia oculta de cuarenta mil miembros, y a pesar de que en ninguna cabeza sensata cabe que pueda organizarse una milicia secreta en un medio donde hay completa libertad de prensa, radio y movimientos, el doctor Fiallo dijo en un artículo —tal vez una carta pública— que yo estaba organizando esa milicia para destruir a las fuerzas armadas; y el Obispo de San Juan de la Maguana lo afirmó en el *New York Times* con un candor verdaderamente sacerdotal.

Otro sector, el más pequeño pero el más activo, se dedicó a conspirar con toda el alma; es más, el instrumento oculto, el Rasputín del golpe de Estado del 25 de septiembre fue un cura criollo que había dedicado gran parte de su vida de pastor a servir funciones públicas a la orden de Trujillo*.

En las elecciones del 20 de diciembre de 1962 se habían elegido, entre otros representantes del Pueblo, diputados al Congreso y suplentes suyos. De acuerdo con la ley que convocó

* Se trata del presbítero Rafael Marcial Silva (N. del E.).

a elecciones, los Diputados en propiedad integrarían la Asamblea Revisora de la Constitución, y si no habían terminado esa tarea para el 27 de febrero de 1963 —fecha en que tomarían posesión de sus cargos todos los elegidos el 20 de diciembre—, sus suplentes formarían la Cámara de Diputados hasta el día en que estuviera terminada la revisión constitucional. Yo estaba de viaje por Europa, pero creo no equivocarme al decir que los Diputados revisores de la Constitución se reunieron a mediados de enero. El diario *El Caribe* publicó una especie de borrador del proyecto constitucional del PRD, y como en él no aparecía mención alguna del Concordato que había firmado Trujillo con la Santa Sede, se desataron las iras del Averno y los dominicanos vieron un espectáculo digno de figurar en la historia: los niños de las escuelas católicas apedrearon el edificio del Congreso, con averías de cristales, de donde resulta que es verdad que la historia da vueltas en espiral y pasa regularmente sobre un mismo punto, pues algo parecido había sucedido en los primeros tiempos de la cristiandad, cuando los predicadores del Verbo eran apedreados por multitudes en que abundaban los niños. Los niños, como sabe todo el mundo, ¡son tan conscientes, tan dueños de sus actos, tan organizados! Nunca hacen lo que les mandan sus mayores, padres o maestros, sino lo que ellos creen santo y bueno para la humanidad.

La última Constitución de Trujillo —porque hubo varias Constituciones bajo el reinado de los Trujillo— era un modelo de novedad constitucional. Entre sus artículos había uno que declaraba intocables, inembargables, totalmente fuera de todo alcance humano, judicial o lo que fuere, las propiedades de los que hubieran sido Presidentes de la República, sus viudas o herederos. Esa misma Constitución establecía que las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado dominicano se regirían por el Concordato que había firmado

Trujillo con el Santo Padre en no recuerdo qué año. La vida del país no podía ser organizada en muchos aspectos, según eso, por los dominicanos que sucedieran a Trujillo, puesto que por siempre jamás los aspectos tratados en el Concordato —algunos de ellos, como el de la enseñanza pública, vitales para el porvenir de la República— serían intocables. El Derecho Constitucional era, pues, un fósil en el país, ya que no se admitía su evolución. Por otra parte, si la Constitución dominicana establecía que las relaciones entre la Iglesia y el Estado dominicano serían regidas por el Concordato, ¿por qué no figuraban también en ese o en otros artículos los muchos tratados internacionales que obligaban a la República?

Esa Constitución trujillista había recibido enmiendas bajo el Gobierno de Balaguer, para hacer posible la formación del Consejo de Estado, y bajo el Gobierno del Consejo de Estado para hacer posibles las elecciones de 1962, las que venía obligado a celebrar el Consejo de Estado por la propia enmienda que lo creó. Pero ni en las enmiendas de Balaguer ni en las del Consejo de Estado se tocó el punto del Concordato. Ahora bien, la Santa Sede no estaba dispuesta a ceder en ese punto. Antes de que yo tomara posesión de la Presidencia, el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Clarizio, estuvo a verme para reclamarme que pidiera a la Asamblea Revisora incluir el artículo referente al Concordato. “Monseñor, usted sabe lo que es una democracia: una democracia no es un régimen gobernado por un hombre, como lo era el de Trujillo. Yo no tengo ninguna clase de autoridad legal sobre los Diputados Constituyentes, pero usted sabe que ellos han estado cediendo en muchos puntos; vaya a ver al Presidente de la Asamblea, el doctor Rafael Molina Ureña, hable con él, mueva amigos. Ayúdenos a crear la democracia dominicana haciendo funcionar las instituciones con el combustible de la opinión pública”, le dije. Por cierto, tal vez dos meses más tarde

respondí en términos parecidos a Monseñor O'Reilly, el Obispo de San Juan de la Maguana, que me pidió que interviniera también en el caso de la Constitución, y quien por el hecho de ser norteamericano debía conocer en forma práctica cómo funciona el sistema democrático.

Yo no me explicaba esas peticiones de Monseñor Clarizio y de Monseñor O'Reilly como un resultado del hábito. Desde el año 1930 hasta ese momento, en la República Dominicana se hacía todo por la voluntad del que gobernaba; primero, por la de Trujillo, después por la de Balaguer, luego por la de los Consejeros de Estado. La tesis de "El difunto estaba vivo" era correcta. Pero esa tesis iba mucho más allá de lo que yo había creído, pues Monseñor Clarizio no era dominicano ni español, Monseñor O'Reilly no era dominicano ni español. Siendo dominicanos, se explicaba que estuvieran deformados por treinta y dos años de hábitos dictatoriales; siendo españoles, se explicaba que actuaran como dominicanos. ¿Qué sucedía, pues? Sucedió que sin ellos darse cuenta obedecían al impulso poderoso, aunque no definido, que había lanzado a muchos de los sacerdotes contra el Pueblo organizado en el PRD; sucedía que ellos actuaban como miembros de la alta clase media dominicana, y quizá no se daban cuenta de ello. La jerarquía católica del país vivía en el ambiente de la alta clase media y de la gente de "primera"; no tenía contacto con la masa popular y no la conocía; ignoraba su existencia en tanto grupo social con aspiraciones; sólo conocía a ese grupo social como pobres a los que se daba una limosna de vez en cuando y a los que se debía conquistar para los fines de la fe. Esta alta jerarquía católica no era superior al medio en que se desenvolvía.

Cuando la Constitución fue promulgada el 29 de abril de 1963, la Iglesia no envió un representante a los actos oficiales de la promulgación. Era un acto de rebeldía que la propia Iglesia condenaba, puesto que la Iglesia tiene como doctrina

el respeto a los Gobiernos y a las instituciones legalmente establecidas. Pero los altos dignatarios de la Iglesia en la República Dominicana actuaban de acuerdo con el medio en que se movían; y en ese medio, entre la gente de “primera” y de alta clase media se decía que esa Constitución no tenía validez porque había sido redactada por gente “sin importancia”, por ignorantes. ¡Imagínese el lector que en la Asamblea Revisora había obreros, estudiantes, mujeres de su casa, hombres cuyo apellido no se había oído nunca en un salón! Verdaderamente, eso era imperdonable en una democracia representativa de un pueblo que en poco más de tres millones de habitantes apenas tenía dos millones de campesinos y quizá sólo setecientos u ochocientos mil entre obreros, sintrabajo y sus familias. En verdad, no había derecho a que esa poca gente fuera tomada en cuenta. La Asamblea Revisora de la Constitución, el Congreso y el Poder Judicial y el Poder Ejecutivo debieron haberse escogido entre las cien familias ilustres del país; ellas eran en verdad las únicas con derecho a representar al Pueblo. El Pueblo no debió votar nunca por el PRD, y como hizo lo que no debió hacer, sería castigado de manera ejemplar.

La Constitución de 1963 no era nada del otro mundo, pero tenía atrevimientos como estos: el de no mencionar el Concordato, el de establecer que los trabajadores tenían derecho a participar en los beneficios de las empresas en que trabajaban, el de que la Ley fijaría los límites máximos de la propiedad territorial dedicada a la agricultura, el de que todas las libertades ciudadanas serían intocables. En un punto dado, los Constituyentes quisieron afirmar la democracia sindical diciendo que en todo centro de trabajo se admitiría como sindicato sólo el que tuviera mayoría de miembros, y se armó un escándalo colosal porque eso era constitucionalizar la central única de trabajadores, es decir, el comunismo. Todavía

siendo yo Presidente me llegaban una tras otra las reclamaciones del Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas por esa acción dictatorial del Gobierno dominicano. El Gobierno no tenía nada que ver con la Constitución, excepto en que debía respetarla y hacerla respetar; la idea de los Constituyentes en el punto debatido no tenía nada que ver con una supuesta central sindical única, puesto que cada sindicato era libre de afiliarse a la central que le pareciera mejor, pero evitaba que se crearan los sindicatos patronales ya que parecía muy difícil que los patronos de una empresa pudieran organizar un sindicato favorable a sus intereses a base de la mayoría de los trabajadores, y en cambio era fácil que lo formaran con una minoría.

La Constitución dominicana de 1963 era tímida, conservadora en relación con la Constitución cubana de 1940, por ejemplo. Pero el fantasma de Trujillo había sido sacado de su tumba unos meses antes, y el fantasma de Trujillo había tomado el mando de la alta clase media dominicana. Era otra vez “el jefe”; como en los días anteriores al 30 de mayo de 1961, y daba órdenes que sus antiguos subordinados y socios y cómplices cumplían sin chistar. Esa Constitución no podía regir la vida del país porque aun con su timidez y su tono conservador, era la Constitución antitrujillista, la que hacía imposible el predominio de unos pocos sobre todos los demás, la que impedía la prisión arbitraria, la deportación, la tortura, los despojos de bienes; la que evitaría que se estableciera de nuevo el gigantesco latifundio familiar de los días de la tiranía y la esclavitud del obrero que arriesgaba su vida, bajo la acusación de ser comunista, si tenía la osadía de reclamar un alza en el salario. Esa Constitución garantizaba la libertad de denuncia, de palabra, de reunión, de movimientos, cosa muy peligrosa para un sector social que cometía a diario hechos que debían mantenerse ocultos; era la Constitución

de la democracia, y la democracia no reconoce privilegios de cuna ni económicos, lo cual es criminal en un país donde había privilegiados de nacimiento y privilegiados económicos por favores del tirano. Por eso, al producirse el golpe del 25 de septiembre de 1963, junto con los Ayuntamientos y el Congreso y el Poder Judicial y el Poder Ejecutivo, los golpistas borraron de un plumazo la Constitución de 1963.

Para la jerarquía católica, desde luego, esa Constitución de 1963 no tenía validez porque se negaron a acatarla en público, pero en la misma medida en que no la aceptaron no la rechazaron públicamente; se limitaron a ignorarla. Ahora bien, muchos sacerdotes no sólo la ignoraron sino que actuaron contra ella al conspirar para derrocar el Gobierno constitucional y algo más: las instituciones consagradas por esa Constitución.

Al día siguiente de las elecciones, el capellán de la fuerza aérea pidió a los oficiales de la base de San Isidro que me vigilaran estrechamente. Según él, yo era comunista y tan pronto moviera el primer hombre de las fuerzas armadas, debía ser derrocado porque si no acabaría destruyéndolas por completo. El 16 de julio expliqué al Pueblo, en una de las charlas con las que informaba al país de las actividades del Gobierno, que había pedido la cancelación de ese sacerdote, “al capellán y mal sacerdote” dije. Era mal capellán porque sus funciones como tal se limitaban al campo religioso y no debían invadir el terreno político, y era mal sacerdote porque la Iglesia a la cual servía mandaba que todo católico respetara el Gobierno constituido legalmente. “Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, había dicho Jesús. En los días de Cristo el César era el jefe del Estado, y Jesús no había venido al mundo a transformar Estados, a subvertir Estados, a organizar subversiones políticas sino a predicar el reino de Su Padre, que no era de este mundo.

A principios de agosto, los Obispos dominicanos —uno de ellos español y otro norteamericano— declararon que cada hogar del país se hallaba en estado de angustia, que la República no podía seguir así, que la grey católica tenía que salvar al Pueblo de la amenaza comunista. Ya desde los primeros días del Gobierno constitucional había periodistas extranjeros que decían lo mismo y ya el doctor Fiallo había lanzado al ruedo el toro del miedo: el Gobierno, según el doctor Fiallo, estaba infiltrado de comunistas en sus más altos niveles. La propaganda del peligro comunista había llegado a tal punto que los dominicanos esperaban de hora en hora el desembarco de los milicianos de Fidel Castro o de los cosacos de Nikita Kruschev. La agresión tenía que llegar de afuera, porque en el país no había comunistas en número suficiente para poder enfrentarse con cincuenta policías armados de macanas y bombas lacrimógenas.

Detrás de la declaración obispal, como por arte de magia, comenzaron las llamadas “demostraciones cristianas”. La primera fue en la Capital y según el *Listín Diario* asistieron cuarenta mil personas. El jefe de la Policía, a quien yo había pedido una estimación correcta de los asistentes, me aseguró que no llegaron a diez mil; y así debía ser porque en el sitio donde se celebró la reunión no podían haber más de diez o doce mil personas. La cadena de las “demostraciones cristianas” se extendió a otros sitios del país, a razón de una por semana, y a medida que avanzaba iba disminuyendo el número de los “demostradores”. En la última no pasaban de doscientos.

El uso de Cristo como bandera de agitación contra un Gobierno constitucional no fue afortunado para la Iglesia, que perdió prestigio con ese movimiento. Pero sirvió para justificar el golpe y el golpe le dio poder suficiente para reponer el prestigio perdido.

Meses después del golpe de septiembre, los sacerdotes sostenían hasta en el confesionario la tesis de que el que no era golpista era comunista, y un sacerdote español, profesor de Apologética en una escuela de niñas, al hablar de la hipocresía dijo estas palabras: “Un ejemplo de persona hipócrita es Juan Bosch, que se hacía pasar por demócrata siendo comunista”.

Admirable manera de ir inculcando en los niños la idea de que democracia y comunismo quieren decir lo mismo, tienen iguales fines, son dos caras de un rostro que debe ser odiado hasta la exterminación.

¿No será que los comunistas, en su sabiduría infinita, han disfrazado de curas a sus agitadores más sagaces?

XIII

COMUNISMO Y DEMOCRACIA

Desde luego, hubo sacerdotes que no conspiraron, y tal vez sería más justo decir que muchos de ellos no conspiraron. Creo estar seguro de que hasta en la alta jerarquía los hubo que rechazaron ser conspiradores. Pero hubo muy pocos que fueron militantes en la defensa del orden que se había dado el Pueblo; y de esos pocos, los más eran curas humildes, verdaderos representantes de la pequeña clase media, gente que estaba más cerca de la gran masa que la mayoría de los pastores católicos.

En la República Dominicana, como había sucedido en Cuba, los sacerdotes criollos estaban en minoría frente a los españoles, por lo menos en los últimos años; y los sacerdotes españoles, si se exceptúa alguna que otra orden como la de los franciscanos, tendían a vivir en los círculos de la alta clase media; reducían su actividad a influir en ese sector, a establecer colegios para educar a los hijos de los tutumpotes, a construir capillas en los barrios elegantes. Sucedió también que esos sacerdotes no tenían la menor educación política. Ya se ha visto que hasta un jesuita —y los jesuitas han recibido preparación política—, el padre Láutico García, llamó comunista a un hombre como yo, que había dedicado casi la mitad de su vida a la lucha por la democracia no sólo en Santo Domingo sino en varios países de América.

Los curas tenían verdadera influencia en la masa sólo en una parte del país, al norte de La Vega, región campesina por excelencia, poblada sobre todo por pequeños propietarios y peones agrícolas; y esa influencia se debía al hecho de que allí había vivido un sacerdote excepcional, el tipo de cura que la gente del Pueblo identifica con los santos de categoría. Aquel sacerdote se llamaba el padre Fantino; era italiano y había dirigido en La Vega un colegio semiprivado en el cual se educó por lo menos toda una generación. Excelente latinista y gramático, alma de fundador, fue sintiéndose cada vez más atraído por su vocación mística que por la enseñanza, y al fin se fue al Santo Cerro, adonde trasladó su colegio y desde donde poco a poco fue imponiendo a toda la vecindad el respeto congénito a su auténtica conducta de siervo de Dios. Recuerdo haberlo visto en una misa, transfigurado por la pasión religiosa, las manos juntas sobre el pecho, los ojos cerrados, estampa impresionante de fe. Cuando hablaba a la grey, su voz era de verdad un sonido celeste. Tenía gran cabeza, gran nariz, y toda la cabeza le temblaba. Vestía con extremada humildad, a veces con manchas en el hábito. Yo era joven entonces, pero dije a menudo: “Después de su muerte, el padre Fantino será adorado en toda esta región como un santo, y la gente tendrá por reliquia un pedazo de su sotana”. Y así sucedió.

El padre Fantino es lo que explica la influencia de la Iglesia católica en la zona donde él predicó con el ejemplo, y el caso del padre Fantino explica por qué la Iglesia católica tenía en el resto del país menos influencia de la que lógicamente debía tener en un país católico. En mis viajes de carácter político vi más de una vez a sacerdotes españoles llegar a las capillas de los campos, y en cada caso se repetía el mismo espectáculo: unas cuantas mujeres del Pueblo esperaban en la puerta, a veces durante bastante tiempo; se acercaba un automóvil del cual

bajaba el pastor con una pequeña maleta en la mano, y no se detenía a hablar con esas mujeres, a preguntarles por sus hijos, por sus maridos, por los enfermos de la casa, sino que entraba rápidamente en el pequeño templo, en alguna que otra ocasión gritando. “¡Vamos, vamos!”; unos minutos después comenzaba la misa; la cantaba de prisa o no la cantaba; si había tiempo oía unas cuantas confesiones, entraba en la pequeña sacristía a despojarse de las vestiduras sagradas y a poco volvía a tomar el automóvil.

Con sacerdotes así, poco es lo que puede hacer la Iglesia católica en cuanto a influencia sobre la masa popular. En cambio, con sacerdotes dedicados a cultivar la amistad de la clase media, y especialmente de la alta clase media, la Iglesia será siempre un factor político porque la política es el caldo en que prospera esa alta clase media que vive para mantener o para conseguir privilegios. En el orden doctrinal, la Iglesia tiene poca fuerza ante el Pueblo dominicano; en el orden político, tiene mucha entre la gente que es impopular. Arrastrada por el ambiente en que se mueve, la Iglesia de la República Dominicana puede derrocar gobiernos democráticos; ¿pero que ocurrirá cuando tenga que enfrentarse a una gran masa galvanizada por una pasión política? La respuesta está anunciada ya en lo que sucedió cuando el padre Láutico García afirmó que yo era comunista: el país reaccionó en forma opuesta a lo que esperaban los inductores de la acusación.

En los círculos de la alta clase media —con sus naturales excepciones, desde luego—, entró algo así como un vendaval de locura a la sola idea de que estaba discutiéndose una Constitución en que se hablaba de que los obreros tenían derecho a participar en los beneficios de las empresas. El director de *El Caribe*, un periodista que había vivido en Puerto Rico varios años, no podía ser —y no lo era— ni un tonto ni un ignorante; sin embargo ese señor, que había escrito por lo menos un

libro, me dijo a mediados de febrero de 1963, cuando todavía yo no había tomado posesión de la Presidencia, que él veía ya las coletillas en los artículos y las noticias que publicara su periódico. “La coletilla” era el comentario que el sindicato de trabajadores del periódico ponía al final de los artículos y las noticias desfavorables a Fidel Castro que publicaban los diarios cubanos en los primeros meses de la revolución; ese sistema de “coletillas” había sido usado en otros países comunistas. El director de *El Caribe* me decía abiertamente, ante varias personas de la alta clase media —y hasta algunos industriales— que el Gobierno que yo iba a presidir sería comunista. El director de ese periódico tenía que saber que los comunistas no van al poder por elecciones, que los comunistas no redactan Constituciones sino después de haber liquidado toda resistencia económica y política, que los comunistas no tienen congresos ni dan garantías sindicales ni permiten libertad de partidos. Lo que decía no lo decía por ignorancia ni porque estuviera loco. Esa persona sabía cómo funciona una democracia, pues no podía alegar, como muchos dominicanos, que él no había vivido bajo un régimen democrático.

Sin embargo a veces me pregunto si en verdad el director de *El Caribe* y tanta otra gente de su grupo social sabía lo que era una democracia; pues a menudo me veo en el caso de dudar acerca de lo que significa el régimen democrático para millones y millones de personas que nacen y viven en él. En los días en que fue derrocado el Gobierno constitucional dominicano, un periodista de *Life* —edición en inglés—, dijo que los Ministros tenían que consultarme hasta para hacer gastos de trescientos pesos; lo cual indica que ese periodista norteamericano, que escribía para una revista que tira varios millones de ejemplares en cada edición, no sabía que en un régimen democrático hay una Ley de Gastos Públicos, y que en esa Ley, que se vota al iniciarse cada año fiscal, se dice en

números, de manera inconfundible, y se especifica partida por partida, cuánto puede gastar cada dependencia gubernamental y en qué ha de gastarlo. Ahora bien, si un comentarista político norteamericano que escribe para millones de lectores y que recibe una cantidad sustancial de dólares, en salario y en gastos, para escribir sobre la República Dominicana, ignora a tal grado el mecanismo del régimen democrático en su aspecto fiscal, tal vez sea posible que un periodista dominicano ignore cómo funciona la democracia en su totalidad, como sistema, y que ignore por tanto qué es la democracia como doctrina; y si eso es posible, también es posible, con más razón, que un sacerdote español llame comunista a un demócrata.

Pero si a veces dudo acerca de la capacidad de la gente para comprender lo que es la democracia, con más frecuencia me digo que cierta gente actúa en forma verdaderamente irresponsable; pues quien tienen funciones de orientador de la comunidad —sea periodista o sea sacerdote— no puede y no debe ignorar algo tan importante para la sociedad humana como es todo lo que se refiere a su organización política. Un periodista de un país democrático, o que desea ser democrático, y un cura católico de cualquier país, están en la obligación de saber a fondo y en detalle no sólo qué es y cómo funciona la democracia, sino qué es y cómo funciona el comunismo. El periodista, el autor de libros, el profesor, el sacerdote que no saben qué es la democracia y cómo funciona, están sembrando el comunismo; pero también están sembrando el comunismo el periodista, el autor de libros, el sacerdote, el profesor y todos los que dirigen la opinión pública cuando no saben qué es y cómo funciona el comunismo. En la guerra ideológica que está llevando a cabo la humanidad, los generales y los coroneles y los capitanes que no saben mandar deberían ser degradados a cabos; y no sabe mandar quien no sabe

distinguir entre los combatientes quién es el amigo y quién el enemigo, si debe disparar sobre las tropas enemigas o si debe disparar sobre las suyas.

Hubo un periodista norteamericano*, nada menos un Premio Pulitzer, que dedicó toda la energía de su alma a llamar comunista al Gobierno que yo presidía. Entregó su vida, durante siete meses, a la tarea de destruir una democracia. Llegó a decir que CIDES, una institución establecida expresamente para formar conciencia democrática en la República Dominicana —de la cual hablaré con cierta extensión, porque fue un experimento de importancia—, había entrenado nada menos que diecisiete mil guerrilleros comunistas. Nueve meses después de haber sido derrocado el Gobierno, las fuerzas armadas y la policía dominicanas no habían podido presentar al mundo uno solo —o una parte de uno solo— de esos diecisiete mil guerrilleros. ¿Para quién trabajó ese Premio Pulitzer? ¿Y para quién trabajó la poderosa cadena de periódicos de los Estados Unidos que pagaba a ese periodista? ¿Para quién trabaja, en esta hora del mundo, el que mata una democracia?

La democracia latinoamericana es constitucionalmente débil a causa de la debilidad de las estructuras sociales en los países americanos; pero esa debilidad es mayor debido a que sobre todo el Continente —tal vez con la excepción de Canadá, México, Costa Rica y Uruguay, pero no con la excepción de los Estados Unidos— se ha estado propagando sistemáticamente el miedo al comunismo sin explicar qué es el comunismo; se ha creado en forma artificial un miedo difuso a algo que cada quien identifica con aquello que menos le agrada o que menos se ajusta a sus deseos; así, comunismo puede serlo todo, y todo puede ser comunista: un gobierno,

* Se trata de Jules Dubois (N. del E.).

un libro, una canción, un partido político, y a menudo un régimen democrático con todas las de la ley. Ese miedo ha sido creado y difundido deliberadamente por aquello de que “el miedo guarda la huerta”, y deliberadamente se rehúye explicar a los pueblos qué es la democracia y qué es el comunismo, porque si se explican ambas cosas se corre peligro de que los pueblos sepan que dentro del sistema democrático pueden lograr beneficios que hoy se adjudican a sus explotadores.

La acusación de comunista truena en periódicos, en estaciones de radio y televisión, en revistas, conversaciones, púlpitos, corrillos, y se lanza como una catapulta contra cualquier intelectual o político que ose predicar la menor reforma. Esa acusación crea una falsa opinión pública, la que se ciñe a los grupos de mando de estos países; pero aun siendo falsa —porque es la de una minoría—, resulta suficiente para justificar el asalto destructor a la democracia y sobre todo para darle aspecto de justicia a la persecución de que son objeto los intelectuales y los políticos que desean un cambio en la situación de nuestros pueblos. Con tal acusación, sostenida en todas partes y por todos los medios, se ha logrado crear una falange fanática que nos hace evocar el celo ardiente de Savonarola y la locura criminal de Adolfo Hitler. Ser demócrata no consiste ya en predicar la democracia y vivir según sus principios ni en ayudar a edificar una democracia. En la República Dominicana, por lo menos, para dar fe de que era demócrata yo tenía que hacer lo mismo que hizo Trujillo: encarcelar, deportar y matar a cualquiera que fuera acusado de comunista, y además debía atenerme al juicio del general Tal o del coronel Cual, a quienes Dios había dotado de un don especial para saber quién era comunista y quién no lo era. Yo, por ejemplo, que jamás he tenido el menor coqueteo comunista, resultaba comunista para algunos de esos militares y para algunos sacerdotes católicos.

El miedo cerval al comunismo crea comunistas. En general, el miedo es el peor de los consejeros porque no da lugar al consejo, esto es, al juicio frío que permite hallar la mejor solución para un problema.

Cuando Fidel Castro dijo que Cuba era un país socialista y que él había sido siempre comunista, dijo verdad en cuanto a lo primero, pero no dijo verdad en cuanto a lo segundo. Fidel no había sido siempre marxista-leninista. Tal vez Fidel Castro quiso justificarse ante sí mismo y por tanto ante la historia mostrándose como un hombre que había abrazado una idea y había sido leal a ella aunque hubiera tenido que disimularlo. La personalidad del jefe de la revolución cubana es compleja y resulta difícil determinar con exactitud qué causas lo impulsan a decir esto o aquello. Pero si nos atenemos a estudiar los efectos de lo que hizo o dijo, hallaremos que los efectos de la segunda parte de esa declaración han sido demoledores. Pues a partir del momento en que él dijo que había sido siempre marxista leninista —o comunista, que para el caso da igual— toda persona que hubiera luchado por una democracia reformadora pasó a ser un comunista en potencia, y al serlo en potencia, ya fue de hecho un comunista para los sectores sociales que mantienen la jefatura política en América.

Con esa declaración, Fidel Castro, que había sido el líder de una revolución democrática fervientemente popular, marcó por mucho tiempo todo intento de revolución democrática con un acero al rojo que tiene esta sola palabra: “Comunista”. Es arriesgado decir si lo hizo conscientemente o de manera inconsciente, pero no debe haber duda de que al hacerlo rindió un servicio de consecuencias incalculables a la causa del comunismo mundial, pues después de su declaración es virtual y totalmente imposible hacer en esta parte del mundo una revolución democrática, y sin revolución democrática en América no hay salida posible: la revolución

americana, que es inevitable aunque demore quince años, veinte años, veinticinco años, no debe ser comunista, pero por miedo a la revolución democrática, caeremos más tarde o más temprano en la revolución comunista.

La explicación de esto que digo está en mi propio caso y en el caso de Ángel Miolán. Los dos habíamos dedicado un cuarto de siglo a luchar por la democracia, pero como nos habíamos propuesto que la democracia dominicana que debía surgir a la caída de Trujillo tendría que ser una democracia reformadora, revolucionaria —a fin de evitar que permanecieran intactos los males económicos, políticos y sociales que hicieron posible la tiranía trujillista—, fuimos acusados de comunistas tan pronto se advirtió que íbamos a ganar las elecciones de 1962. Nosotros —en tanto líderes del PRD, no como personas— íbamos al poder por la vía democrática, abierta y franca del voto, a pesar de lo cual se nos calificó de comunistas; ahora queda el lector en libertad de pensar a qué acusación no hubiéramos dado pie si en vez de organizar un partido político para lanzarnos a la lucha electoral hubiéramos tomado el camino de la insurrección armada para establecer la democracia en la República Dominicana.

Todo aquel que no muestre de manera satisfactoria que respeta y respetará el orden constituido en la América Latina, que no tocará un pelo a los intereses creados y que, al contrario, se dedicará a defenderlos con cuerpo y alma, noche y día, se convierte en sospechoso de comunista encubierto y es acusado por un coro de voces continentales de ser agente de Moscú y de Fidel Castro. La presión que se levanta de todas partes como eco de esa acusación es de naturaleza denigrante, y pocos pueden sufrirla en calma. Pero hay una respuesta a esa acusación: la juventud latinoamericana, indignada por la injusticia que se comete con los líderes democráticos honestos, reacciona inclinándose al comunismo.

Si la acusación viene de los círculos más odiados del Hemisferio, la juventud responde a ella colocándose precisamente en el punto extremo que se opone a los acusadores; y así, día tras día, los jóvenes más osados de América, encabezados por los de la alta clase media y los de mediana clase media, van engrosando las filas comunistas en todos nuestros países.

No es verdad que Fidel Castro había sido siempre comunista, aunque lo diga él y a pesar de que la propaganda de sus adversarios haya querido achacarle hasta los sucesos conocidos con el nombre de “El Bogotazo”. Hasta 1957 Fidel Castro fue un revolucionario democrático, si bien con ideas confusas acerca de qué era la revolución democrática. Es relativamente fácil darse cuenta de que Castro empezó a inclinarse al comunismo hacia fines de 1957, cuando estaba en la Sierra Maestra, y esto se revela por la carta que escribió en esos días a la Junta Revolucionaria de Miami; y es fácil darse cuenta de que si al descender de la Sierra Maestra en enero de 1959, ya Fidel Castro pensaba que era posible establecer un régimen comunista en Cuba, todavía no era un comunista convencido. Que él pensaba que era posible establecer un régimen comunista en su país, y que prefería ese al socialismo democrático, se desprende de la siguiente observación: Castro no tomó una sola medida sobre la cual tuviera que volver, para enmendarla o revocarla, cuando estableciera el comunismo. Aunque muchas de esas medidas eran indispensables para hacer la revolución democrática, resultaban también necesarias en una revolución comunista. Pero había una serie de medidas que eran al mismo tiempo indispensables si la revolución iba a ser democrática, y esas eran las que Castro no tomaba. A principios de 1959 mi familia vivía en Cuba y yo en Venezuela —adonde había tenido que refugiarme desde abril de 1958—; la familia me pedía volver a Cuba, pero yo observaba la revolución castrista y no la veía dar pruebas de que sería una revolución

democrática, la revolución que las grandes masas de América esperaban; y en el mes de marzo, cuando la revolución tenía menos de tres meses en el poder, pedí a mi familia que en vez de esperarme en Cuba se trasladara ella a Venezuela.

No es posible mantener una democracia sin demócratas, y en Cuba había sucedido que la burguesía criolla y la clase media, especialmente en sus sectores alto y mediano, así como gran parte de las masas populares, habían vivido doce años bajo el régimen democrático y no aprendieron a conocer la democracia, a estimar sus beneficios y defenderla de sus enemigos. Desde 1940, con muchas debilidades en el orden moral, pero con pocas en otros aspectos, en Cuba hubo una democracia; y sin embargo, cuando ella fue destruida por el golpe de Batista en marzo de 1952, el Pueblo cubano se comportó con una indiferencia glacial; no salió a defender la democracia, no tuvo ningún inconveniente en aceptar el golpe militar que llevó a Batista al poder, a pesar de que los cubanos sabían que Batista había sido dictador, y un dictador duro, por lo menos entre 1934 y 1940. Al cabo del tiempo, se rebelaron una parte de la mediana clase media y sobre todo la pequeña clase media —y ni una porción del proletariado— y el fruto de esa rebelión fue la revolución de Fidel Castro. En 1963 se aseguraba que había doscientos cincuenta mil cubanos en el destierro; si esa cantidad de cubanos hubiera defendido la democracia en 1952, cuando Batista la destruyó, el Gobierno de éste no hubiera durado una semana y la revolución de Fidel Castro no se hubiera producido.

Los que ignoran qué es y cómo funciona la democracia, ignoran también qué es y cómo funciona el comunismo. En el mejor de los casos, ignoran ambas cosas por ligereza e irresponsabilidad o porque no se dan cuenta de que el orden político en que vive una sociedad es tan importante para

cada miembro de esa sociedad como el aire que respira; pero muy a menudo se simula ignorar qué es y cómo funciona la democracia y qué es y cómo funciona el comunismo, porque a la sombra de esa ignorancia supuesta se obtienen ventajas, se aseguran privilegios, se conquistan posiciones; se le cierran los ojos al Pueblo, en suma, para despojarlo con relativa facilidad.

XIV

LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

Cuando los periodistas norteamericanos me preguntaban qué opinaba yo de la Alianza para el Progreso, les contestaba a la típica manera judía, con otra pregunta: “¿Puede usted explicarme qué es y cómo funciona la Alianza para el Progreso?”. Ninguno de ellos fue capaz de responderme, y lo que es peor, nunca hallé un funcionario de los Estados Unidos en la República Dominicana que supiera responder a esa pregunta.

Se supone que la Alianza para el Progreso suministra fondos norteamericanos destinados al desarrollo de los países de la América Latina, y se supone que esos fondos deben usarse sólo en inversiones reproductivas, en educación, comunicaciones y salud; pero se supone también que hay fondos para construcción de viviendas y para préstamos a empresas industriales privadas, y que en estos dos últimos casos los fondos proceden del Banco Interamericano de Desarrollo —el BID—. En la República Dominicana había, además, un servicio de distribución gratuita de comida a través de dos instituciones, CARITAS y CARE, y esa comida se anotaba en el haber de la Alianza para el Progreso.

¿Pero cómo funcionaba la Alianza para el Progreso? ¿Qué mecanismos había que seguir para obtener fondos de ella? Eso era una especie de secreto celosamente guardado; ni el Pueblo dominicano ni el Pueblo norteamericano lo conocían.

Lo que acabo de decir parece una burla de mala ley, pues si la Alianza era —y lo era— un plan útil a los fines del desarrollo del Continente, todo el mundo, en las dos Américas, debía conocer sus entrañas; de niños a viejos, nadie debía ignorar cómo funcionaba. Y si yo, el Presidente electo de una República de la América Latina, no encontraba quién me explicara ese misterio, ¿qué debía esperarse de la gran masa del Pueblo?

Se hablaba mucho, en todo el Hemisferio, de la Alianza para el Progreso y de los beneficios que derramaba, y sin embargo nadie sabía cuáles eran los mecanismos del plan; en consecuencia, todos los dominicanos, pero especialmente los círculos de alta y mediana clase media, esperaban milagros de ella, y como no sabían cómo se producirían esos milagros y cuáles eran los límites de la fuerza que los originaría, nunca estarían satisfechos con los resultados. En la cabeza de gente que no estaba versada en problemas de política y economía —y ese era el caso de la alta y la mediana clase media dominicanas—, el proceso de las ideas relacionadas con la Alianza para el Progreso era muy simple: “Los Estados Unidos son el país más rico de la Tierra; a los norteamericanos les sobran los millones de dólares por millares, y nos van a dar millares de millones de dólares —o por lo menos, centenares— como quien da hojas de árboles”.

Con la Alianza para el Progreso sucedía algo similar a lo que sucedía con el comunismo, aunque en sentido contrario; la primera era algo muy bueno que nos haría ricos, el segundo era algo muy malo que nos quitaría esa riqueza. De la una se esperaban todas las bienandanzas y del otro todos los crímenes. Como en los tiempos del medioevo en que la vida de cada quien dependía de que la protegiera un santo —el Bien— o la pusiera en peligro un diablo —el Mal—, así para la alta y la mediana clase media dominicana no había sino un camino que conducía a la felicidad, que era el de la Alianza para el

Progreso, y uno que conducía al desastre, que era el del comunismo. El otro camino, el del esfuerzo propio sostenido en un ambiente democrático, no existía; y he aquí que ése era el verdadero, el seguro, el firme. Ningún pueblo se salva con dádivas ni con miedo.

La Alianza para el Progreso era una ayuda, una excelente ayuda que debíamos recibir con dignidad y con el criterio de que debía ser temporal, no perpetua; una ayuda para impulsarnos a desarrollar nuestras riquezas *con el propósito de edificar una democracia justa*, de bien social; no era ni podía ser un derrame de dólares para enriquecer a unos cuantos y mucho menos para comprarnos el alma a fin de que en vez de crear la democracia nos dedicáramos, como lo había hecho Trujillo, a cazar a tiros comunistas reales o supuestos. La Alianza para el Progreso no estaba destinada a comprar esclavos sino a liberar pueblos de la miseria y de la tiranía, de la ignorancia y de la enfermedad, con la condición de que esos pueblos quisieran librarse de esos males.

Ahora bien, la Alianza no derramaba dólares sino que proporcionaba mercancías y productos industriales a mediano y largo plazo. Una vez llegadas a la República Dominicana, esas mercancías y productos se convertían en pesos dominicanos que el Gobierno y la misión de la Alianza usaban en proyectos específicos. En última instancia, para nosotros eran dólares ya que el Banco Central no tenía que pagar esas importaciones con moneda extranjera y, a largo plazo, eran dólares porque tendríamos que pagarlos en dólares siete, diez o doce años después.

Veamos un ejemplo: los Estados Unidos habían hecho, en los días de Trujillo, una retención de veintidós millones setecientos cincuenta mil dólares sobre el azúcar dominicano que se había vendido ese año en Norteamérica; después de la caída del régimen trujillista, el Gobierno de Kennedy

resolvió devolver esa cantidad a la República Dominicana, pero no en dólares contantes y sonantes sino a través de la Alianza para el Progreso. Eso significaba que el comercio dominicano podía disponer de mercancías y productos industriales —incluyendo maquinaria y otros tipos de bienes de capital— por la suma ya dicha. En ese caso particular, la República Dominicana no tendría que pagar en dólares, ni a dos ni a cinco ni a veinte años, porque se trataba de una deuda que los Estados Unidos pagaban a los dominicanos.

Ahora bien, ¿cuánto tiempo tardarían los comerciantes dominicanos en comprar productos norteamericanos por esos veintidós millones setecientos cincuenta mil dólares?

Podían tardar seis meses, pero podían tardar también dos años; pues no todos los importadores dominicanos querían importar a través de los canales de la Alianza. Las compras a través de la Alianza tenían restricciones que muchos comerciantes dominicanos no estaban dispuestos a satisfacer. Por ejemplo, si se seguían las especificaciones de la Alianza no era posible burlar el control de divisas mediante la facturación falsa, sistema bastante seguido en el país. Si un comerciante dominicano compraba en Estados Unidos por valor de veinticinco mil dólares y obtenía que el exportador norteamericano —o el agente— le facturara por treinta mil, había una diferencia de cinco mil dólares que se quedaban en un banco de los Estados Unidos a nombre del comprador dominicano, de su esposa o de otra persona de su confianza; y con ese sistema se amontonaban cada año decenas de millones de dólares dominicanos sólo en los Estados Unidos, inútiles para el desarrollo de la República Dominicana y además restados al monto de divisas de que debía disponer el país para pagar sus compras en países extranjeros.

La facturación falsa no podía hacerse si se compraba a través de la Alianza; en otros casos había muchos artículos que

no entraban en las especificaciones de la Alianza y debían ser comprados fuera de ella. De manera que había limitaciones que imponían un cierto ritmo a las importaciones que la Alianza cubría, y ello, en fin de cuentas, redundaba en la imposibilidad material de establecer de antemano cifras para las importaciones. El Gobierno dominicano no sabía, y no podía saber, en cuánto tiempo dispondría de los veintidós millones setecientos cincuenta mil dólares a que estoy refiriéndome; por tanto, era imposible hacer un presupuesto de gastos a base de esa cantidad, pues en un mes podían entrar doscientos mil y en el próximo sólo cien mil, y con entradas irregulares no puede haber gastos regulares.

Hace un momento dije que el Gobierno dominicano no sabía cuándo recibiría esos veintidós millones setecientos cincuenta mil dólares de que vengo hablando, y debo aclarar que lo que el Gobierno dominicano debía recibir eran pesos dominicanos, no dólares. En el comercio normal, no sujeto a las regulaciones de la Alianza, el comerciante importador dominicano que compraba en los Estados Unidos pagaba su compra en pesos dominicanos a cualquiera de los bancos establecidos en el país —específicamente, al banco a través del cual operaba el exportador norteamericano—, y este banco cambiaba en el Banco Central esos pesos dominicanos por dólares y giraba los dólares a los Estados Unidos, donde el banco que los recibía se los acreditaba a la firma que había vendido las mercancías al comerciante dominicano. Pero en las operaciones hechas a través de la Alianza, el comerciante importador dominicano pagaba a un banco del país y éste entregaba el dinero al Banco Central, el cual lo depositaba en una cuenta especial, que estaba a la disposición de la misión de la Alianza en Santo Domingo.

Ese dinero debía ser usado para los planes de la Alianza en la República Dominicana, y los planes se elaboraban y se

ejecutaban, por lo menos durante el Gobierno que yo presidí, a través del Gobierno aunque con asesoramiento de la misión de la Alianza.

Como se ve, el mecanismo según el cual operaba la Alianza para el Progreso —que era igual para toda la América Latina— no era tan difícil de explicar; el misterio no estaba guardado por siete velos. ¿Por qué, pues, no se les decía a los dominicanos y a los norteamericanos?

Lo ignoro, pero aseguro que no se les decía. Yo vine a descubrirlo en Washington, y no porque se me explicara sino como resultado de lo que hablé con el Administrador General de la Alianza, Teodoro Moscoso, y con el jefe de la misión de la Alianza en la República Dominicana, Newell Williams. En esa ocasión acababa el Gobierno de Kennedy de asegurar que entregaría al Gobierno que yo iba a presidir los veintidós millones setecientos cincuenta mil dólares de compensación azucarera, y yo quería saber si ese dinero estaría en disponibilidad en dólares porque el Gobierno dominicano, por sí y a través del Banco Central, tenía en ese momento deudas vencidas en dólares que montaban a más de cuarentaicinco millones y la reserva total de dólares del Banco Central no llegaba a ocho millones. No fue posible obtener el dinero de la compensación azucarera en dólares, porque el mecanismo de la Alianza no lo permitía.

Ese mecanismo venía impuesto por dos causas principales: los Estados Unidos tenían una balanza de pagos negativa, con un déficit que alcanzaba a mil quinientos millones de dólares por año, y aunque la exportación en productos industriales y mercancías era, de hecho, una exportación de dólares destinada a aumentar el déficit, ese aumento no se contabilizaba porque el Gobierno norteamericano pagaba a los exportadores o les aseguraba el pago de sus exportaciones; y por otra parte, a fin de asegurar el buen éxito de la Alianza, el Gobierno de

Kennedy había tenido que llegar a una transacción —el clásico *compromise* norteamericano— con los centros financieros de su país, la cual se ajustó sobre la base de que los dólares norteamericanos no saldrían de los Estados Unidos en dinero sino en producción industrial o agrícola.

Para la República Dominicana, un país que había sido despojado de todo su capital de trabajo por la familia Trujillo, la ayuda de la Alianza era importante, y hasta muy importante; pero no era suficiente. La República Dominicana se hallaba en un punto similar al de un gas o un líquido que mediante el aumento o la disminución de un grado en la temperatura pasa a cambiar su naturaleza. El mundo en torno al país se había transformado; al transformarse había producido nuevos problemas sociales, y los dominicanos recibíamos las influencias de esos problemas y no la influencia de los beneficios causados por la transformación.

Para hacer una obra cualquiera con los fondos de la Alianza, el Gobierno constitucional tenía que esperar que esos fondos se acumularan en cantidad suficiente para asegurar gastos normales. Por ejemplo, si se planeaba hacer una escuela que costaría un millón de pesos, era necesario esperar que se reunieran cuatrocientos o quinientos mil pesos, pues no podíamos poner a trabajar arquitectos, constructores, capataces y albañiles, carpinteros y peones, si un mes o dos meses después teníamos que parar la obra porque no había fondos suficientes para terminarla.

Y nosotros teníamos grandes obras por delante, obras necesarias a fin de hacer avanzar la producción a tal velocidad, que en algunos años pudiéramos alcanzar el nivel de consumo que requería un pueblo que crecía a razón de más del tres por ciento anual. Fundamentalmente, necesitábamos caminos vecinales, de los campos a los centros de consumo, muelles, presas y canalización de aguas y energía eléctrica. La

producción de energía eléctrica era tan baja, que en junio de 1963 era imposible —y hablo en términos absolutos, no relativos— aumentar el uso de bombillas en una sola unidad en todo el país.

Todos los estudiantes de sociología saben que en cualquier país las organizaciones burocráticas tienden a una centralización de poder que se proyecta en una creciente centralización de actividades. Esa tendencia es mucho más notable cuando la organización es internacional, y como se trata de un fenómeno inherente al tipo de organización, ninguna escapa a esa hambre de poder y por tanto a esa necesidad de centralizar actividades. Algunos sociólogos han tratado de explicar la causa de esa tendencia; parece sin embargo claro que tiene origen en el temor de cada uno de los individuos que forman el grupo a perder su posición si el grupo no hace cosas que justifiquen ostensiblemente su existencia.

En el orden internacional hay una serie de organismos que compiten entre sí en el campo de las grandes obras destinadas a estimular el desarrollo de países pobres; van desde el Banco Mundial al BID, desde las Naciones Unidas a la Organización de Estados Americanos. Todos emplean técnicos que reclutan y contratan con sueldos altos, gastos liberales cuando viajan; y no hay duda de que algunos de esos técnicos creen apasionadamente en que deben rendir y están rindiendo un servicio importante a la humanidad, pero tampoco puede haber duda de que muchos de ellos sirven, inconscientemente, la ley de centralización creciente de actividades que tienen los organismos que los emplean.

Como resultado de esa ley se produce un fenómeno característico de la hora de auge que tienen los organismos internacionales: varios de esos organismos desean, a un mismo tiempo, realizar obras en cada país pobre. Y como es claro, esas obras deben ser cuidadosamente estudiadas, lentamente estudiadas,

desde todos los ángulos menos del que realmente importa en un país en verdad atrasado: la necesidad de urgencia.

Cuando el senador Javits, republicano de Nueva York, discutió conmigo este aspecto de los problemas del desarrollo, me convencí de que además de la Alianza, que era una buena ayuda para resolver los problemas diarios, la República Dominicana necesitaba inversiones fuertes en obras reproductivas que sólo podían llegar del campo privado. Me fui a Europa, en enero de 1963, y concerté en principio un acuerdo con un consorcio suizo. Ese acuerdo le proporcionaría a la República Dominicana ciento cincuenta millones de dólares en obras reproductivas, de los cuales el Gobierno pagaría quince millones en los dos primeros años —a razón de siete y medio millones cada año—, pero siempre que esos quince millones estuvieran invertidos ya en el país; el resto se pagaría doce años después. Todos los gastos hechos en el territorio dominicano serían en dólares, que el consorcio suizo llevaría al país; los trabajos y los costos serían supervisados por una oficina especialmente creada por el Gobierno dominicano y, además, por una firma extranjera debidamente calificada. Como el Gobierno dominicano no tenía estudios suficientes para cubrir la totalidad del acuerdo, se comenzaría con obras que montaban a noventa millones de dólares: dos grandes presas, con su instalación eléctrica y amplias canalizaciones; una planta eléctrica térmica y la ampliación del acueducto de la Capital. Mientras tanto, se irían haciendo estudios para el empleo de los sesenta millones restantes.

El contrato de la Overseas, que sería realizado por la General Electric de Inglaterra, levantó al mismo tiempo el crédito internacional de la República Dominicana y una ola de laborantismo de tipo internacional. De golpe aparecieron docenas y docenas de consorcios y compañías constructoras que antes no hubieran vuelto los ojos al pequeño país antillano, todas interesadas en ese contrato o en otros parecidos y

surgieron también —desde luego— las críticas de organismos internacionales que se lamentaban de que la República Dominicana tuviera que pagar intereses de mercado cuando hubiera podido hacer lo mismo pagando intereses tipo organismo internacional. Como es claro, líderes de ventorrillos políticos dominicanos se pusieron al servicio de los competidores de la General Electric inglesa; y cuando el Gobierno constitucional fue derrocado, el contrato fue rescindido. El gobierno golpista no pudo presentar un solo argumento para justificar la derogación.

Sin que se hiciera notar, muy lenta y suavemente, los círculos de la oligarquía latinoamericana, que se oponían a la Alianza para el Progreso debido a que ésta exigía reformas económicas y sociales, usaban las opiniones de los organismos internacionales cuando estos les eran favorables. Si un organismo internacional decía que no debían usarse fondos de empresas privadas en obras de desarrollo porque el tipo de interés era muy alto, entonces la oligarquía trinaba oponiéndose a que se usaran esas empresas. Con un mimetismo admirable, la oligarquía latinoamericana cambia de forma y color varias veces en pocos días; aprovecha en su servicio todo lo que se pone a su alcance; desquicia los mejores planes, los inutiliza, usa las partes que le convienen según las circunstancias, y siempre sale triunfante de todo obstáculo que se oponga a su decisión de seguir sacando para sí, en todo momento, la parte del león.

La Alianza para el Progreso era mala, según esos círculos, porque exigía reformas tales como la agraria y la fiscal; pero cuando un Gobierno pretendía hacer fuera de la Alianza algo que en fin de cuentas produciría un cambio en las estructuras económicas, la oligarquía salía, como un desinteresado caballero andante, a propagar que la Alianza para el Progreso era la única ayuda que debía usarse.

Y resulta que la Alianza no era ni mala ni buena; era una ayuda útil, el tipo de ayuda que hubiera podido evitar muchos males históricos de la América Latina si hubiera comenzado a aplicarse a tiempo, esto es, antes de que la segunda Guerra Mundial precipitara en estos países la formación de una oligarquía financiera e industrial con mentalidad de latifundista. No era ni buena ni mala porque dependía esencialmente del criterio con que esa ayuda se administraba. Si los fondos de la Alianza se manejaban con probidad, para el desarrollo del país y no para beneficio político del partido gobernante o para el provecho de un sector oligárquico, la Alianza era buena; si se manejaban sin honestidad y con fines politiqueros o para servir los apetitos de un grupo, era mala. Pero si la Alianza se usaba para hacer propaganda, bien a los Estados Unidos, bien al Gobierno latinoamericano beneficiado por ella, entonces la Alianza ni era buena ni era mala ni era útil, porque con la tragedia de América Latina no debe hacerse politiquería.

Los males de la Alianza no le eran inherentes, no nacieron con ella. Estaban en la entraña latinoamericana y eran nuestros males históricos. La manera de aplicar los fondos de la Alianza tenía resultados negativos que el Gobierno que yo presidí trató de evitar, y creo que lo consiguió en medida importante. Pero el Gobierno constitucional dominicano era un régimen con una intención clara de hacer reformas en todos los campos, sin excluir, desde luego, el campo moral, y por esa razón usó la ayuda de la Alianza para que sirviera al Pueblo y no a personas o grupos.

Sin embargo no debemos olvidar que cualquier Gobierno democrático latinoamericano que se resista a usar el poder para el provecho de unos pocos, sean nacionales o extranjeros, no puede sostenerse en este mundo subdesarrollado de piratas con Cadillacs. Es comunista y hay que destruirlo.

XV

LOS HOMBRES DE LA ALIANZA

La democracia latinoamericana tiene numerosos enemigos, y sin duda los más fuertes están en la América Latina, en la debilidad intrínseca de sus estructuras sociales, en la falta de respeto propio de estos pueblos, en la carencia de amor a lo suyo y de fe en su destino. Pero pocos de esos enemigos son tan inmediatamente dañinos como los periodistas irresponsables de Norteamérica. Los hay responsables, pero hablo de los que no lo son.

Hacerse experto en asuntos latinoamericanos le cuesta muy poco esfuerzo a un periodista de los Estados Unidos. A menudo ni siquiera se toma el trabajo de aprender la lengua española. Basta con que un día, por cualquier motivo, conozca a un político de esta parte del mundo y éste le dé su visión de los problemas que tenemos; es posible que se encuentre de vacaciones en uno de nuestros países en el momento en que sucede algún acontecimiento, y entonces su periódico lo asigna para cubrirlo y ahí comienza su carrera de experto.

En lo que se refiere a la Alianza para el Progreso, a cada rato pasaba por la República Dominicana un periodista norteamericano que de retorno a los Estados Unidos escribía sobre un patrón invariable: todo lo bueno que estaba haciendo el Gobierno constitucional, era lo que hacía la Alianza para el Progreso; lo malo, en cambio, era lo que hacía el Gobierno dominicano.

Esa práctica era a la vez mentirosa, humillante y peligrosa. El Gobierno que yo presidí tuvo siete meses de vida, menos dos días; en siete meses, ningún Gobierno constitucional puede hacer nada que merezca verse. Un Gobierno revolucionario, que no se halle obligado a actuar en el campo legislativo a través de un Congreso, que no tenga la obligación de planear lenta y cuidadosamente, que actúe mediante decretos, puede hacer mucho en ese tiempo. El Gobierno que yo presidí se encontró sin un solo estudio de nada, con un presupuesto ya en su tercer mes y con un déficit serio, con una situación monetaria en crisis. El primer año era un año de ajustes, de economías, de formulación de planes.

El PRD había ganado las elecciones con votos sólo de las masas más pobres. La alta clase media, la mediana clase media y una parte apreciable de la pequeña clase media, votó por otros partidos. Al tomar el poder, el Gobierno constitucional comenzó a reajustar el presupuesto bajando sueldos; los de ministros, de dos mil a mil pesos, los de viceministros, de novecientos a setecientos pesos, los de embajadores, secretarios de embajadas y otros funcionarios del servicio exterior, en proporciones aún mayores. Había funcionarios diplomáticos que ganaban más de cinco mil dólares, y eso era un crimen en un país donde la gente se moría materialmente de hambre. Había señores que cobraban sueldos de mil pesos sin ir nunca al trabajo. Las rebajas afectaron a la clase media de la burocracia estatal, pues los límites de clase en la República Dominicana son relativos a la economía del país, y una persona que gane allí seiscientos pesos mensuales es un miembro de la mediana clase media, y un embajador es un miembro de la alta clase media.

Los dos sectores más altos de la clase media habían sido adversarios del PRD, y en un país del tipo de Santo Domingo, adversario significa enemigo a muerte. Así, cuando esos

sectores sociales, que influían en las fuerzas armadas y en el sacerdocio a la vez que eran influidos por estos, leían artículos en la prensa norteamericana, o traducidos de la prensa norteamericana, en que sólo se elogiaba como bueno lo que hacía la Alianza para el Progreso, se sentían cada vez más inclinados a considerar que el Gobierno dominicano era un hato de incapaces y que el Gobierno norteamericano estaba ayudando a sus enemigos, con lo cual se colocaban insensiblemente en una actitud antinorteamericana.

Al mismo tiempo, los funcionarios dominicanos que trabajaban dieciséis horas diarias para echar las bases de un sistema democrático se consideraban humillados por esa propaganda que los ignoraba, y reaccionaban situándose poco a poco, y también insensiblemente, frente a los Estados Unidos y a la Alianza para el Progreso.

Una materia tan delicada para un país de intereses mundiales, como son las relaciones exteriores de los Estados Unidos, no puede ni debe estar a expensas de que la manejen periodistas sin autoridad y sin capacidad. Algunos de esos periodistas son francamente enemigos de la democracia latinoamericana, dondequiera y como quiera que ésta se produzca, y muy pocos son en verdad conocedores de lo que está formándose en el subsuelo político de la América Latina.

Los norteamericanos de hoy no tienen ante sí la función casi heroica, y por tanto muy respetable, de crear una democracia. Ellos encontraron la suya hecha cuando vinieron al mundo. No saben, ni se imaginan siquiera —con sus lógicas excepciones— cuánto esfuerzo cuesta, cuánto trabajo demanda, cuánta pasión exige la tarea de crear una democracia precisamente en la hora en que la democracia tiene más enemigos y encara más peligros. El problema del norteamericano de hoy es defender los bienes que él disfruta dentro de un régimen democrático, y la defensa de esos bienes lo obsesiona

al grado que piensa que todos los demás pueblos deben dedicarse a defenderlo a él; no es capaz de comprender que los demás pueblos quieren también disfrutar esos bienes y tienen que empezar por fundar la democracia. No puede defenderse lo que todavía no existe. Para los latinoamericanos, ésta no es la hora de luchar por la democracia norteamericana sino la hora de crear la suya.

La manera como el promedio de los periodistas de Norteamérica comentan los sucesos latinoamericanos es humillante para los que estamos entregados a la tarea de crear un sistema de Gobierno que nos permita alcanzar el desarrollo sin enajenar la libertad individual. La mayor parte de las veces son frívolos, en ocasiones son malignos, casi siempre son ignorantes; y lo peor del caso es que no saben que al hacerle daño a la democracia latinoamericana están poniendo en peligro la norteamericana, y con ella esos beneficios que les permiten viajar con gastos lujosos por los mundos latinoamericanos para escribir las sátiras con que alimentan a los lectores de sus diarios y revistas.

El daño que hacen esos periodistas irresponsables es incalculable, pues cuando hayamos ido al cementerio de las esperanzas a colocar una corona sobre la tumba de lo que pudo ser la democracia de la América Latina, habrá llegado el momento de que la América del Norte se prepare a enterrar su democracia.

La Alianza para el Progreso tenía su programa avanzado cuando el Gobierno constitucional tomó el poder el 27 de febrero de 1963, y aunque Newell Williams me dijo que los planes podían cambiarse en un acuerdo con el nuevo régimen, no era cosa de dejar los proyectos a medio terminar. Newell Williams era en verdad un hombre para el puesto. Había nacido en Colombia, había vivido en Paraguay, hablaba el español con acento costarricense y tenía verdadero interés en ayudar a la República Dominicana.

Los aspectos negativos del trabajo que debía hacerse para convertir los planes de la Alianza en un suceso en la República Dominicana, eran varios. Comenzaban con la falta de capacidad técnica de los dominicanos. Lo que había hecho la tiranía trujillista en materia de capacitación era criminal. Cuando los estudios del Gobierno constitucional avanzaron a un punto que ya podíamos decir qué obras iban a estar haciéndose en el mes de febrero de 1964, hallamos que para esa fecha tendríamos que importar ingenieros porque los que había en el país no podrían atender las necesidades. En cuanto a agrónomos y veterinarios, los informes que tenía el Gobierno era que no alcanzaban a veinticinco de cada una de esas profesiones. Había que enviar al extranjero, a la carrera, estudiantes y profesionales para que se especializaran en el menor tiempo posible en lo que cada uno de ellos eligiera. Todo estaba por hacerse y no teníamos con quién hacer nada.

Los técnicos norteamericanos que nos ayudaban —con la excepción de los jóvenes del Cuerpo de Paz— no era gente apropiada. La técnica norteamericana es muy cara, y teníamos que pagarla con los fondos que debíamos usar en obras. Un técnico de los Estados Unidos está hecho para trabajar en un medio costoso; si necesita datos que sólo puede conseguir en San Francisco de California y él está en Massachussetts, levanta el teléfono, habla con San Francisco y al día siguiente tiene un cable de tres mil palabras con los informes detallados a la coma. Nosotros necesitábamos técnica más barata. Por otra parte, a menudo los técnicos norteamericanos no conocían ni siquiera la lengua, mucho menos la psicología, la historia, la composición social del Pueblo dominicano.

Los técnicos que mejor resultado podían darnos eran los latinoamericanos, y entre ellos, los puertorriqueños. El Gobierno de Puerto Rico nos facilitaba toda ayuda en ese sentido. La llamada “troika” —OEA, CEPAL y BID— envió una misión

que estaba comenzando a trabajar cuando se produjo el golpe de Estado; su labor debía empezar, a petición mía, por la organización de una oficina de presupuestos, y la consiguiente preparación de dominicanos especializados en la materia, pues la República Dominicana mantenía en ese orden un sistema que procedía de los primeros años de la ocupación norteamericana —1916-1924—, y aunque el Director era un hombre capaz y honesto, el sistema era tan anticuado que no respondía a la concepción moderna de lo que es un presupuesto como instrumento de desarrollo.

Otro aspecto negativo de la Alianza para el Progreso era la abundancia de pescadores que acuden a los ríos revueltos donde corren millones de dólares. Cada día aparecían dos o tres proposiciones de planes acogidos a la Alianza; otras veces se gastaba el dinero sin ninguna utilidad. Durante el Consejo de Estado, una firma hizo un estudio para la reforma agraria por el cual cobró una verdadera fortuna —doscientos cincuenta mil dólares, en dólares, no en pesos dominicanos—, y el estudio no sirvió ni para dar un paso; otra firma hizo, al costo de cien mil dólares, un estudio sobre organización gubernamental que parecía escrito por un niño de catorce años que sueña y divaga sobre un país ideal.

La falta de una burocracia estable en la República Dominicana dificultaba el trabajo. Ya expliqué cómo actúa la clase media del país, y con tal tipo de gente, que no tiene lealtad a nada, se necesitaban años para establecer un servicio civil responsable.

Por último, la Alianza quería atender a todos los frentes; a la construcción de caminos vecinales y de escuelas, a la de acueductos y hospitales, a la formación de maestros y al desarrollo agrícola, a la fabricación de puentes y de viviendas; de manera que los fondos se dispersaban en cantidades relativamente pequeñas en cada caso; y así, la reforma agraria no

podía avanzar al paso necesario ni las escuelas se levantaban con la velocidad que hacía falta. El Gobierno constitucional había encontrado múltiples proyectos en marcha y no podía pararlos; pero la Alianza y el país hubieran ganado mucho si el gran esfuerzo que se hizo se hubiera concretado en dos o tres puntos claves: educación, desarrollo agrícola y caminos vecinales, por ejemplo; y en los dos primeros puntos, especializando la ayuda en aspectos muy definidos, supongamos, construcción de escuelas y formación de maestros en el ramo de educación, créditos y preparación de técnicos para cultivos determinados, en el agrícola.

Pero Newell Williams, por un lado, y el embajador Martin, por el otro, tenían empeño en ayudar al país, y la Casa Blanca respondía con entusiasmo a cualquier sugerencia que hicieran ellos dos.

Martin y Williams, en verdad, no parecían dos agentes del Gobierno norteamericano sino dos dominicanos tan dispuestos como el mejor de los dominicanos a hacer lo imposible por nosotros. No eran dos funcionarios de alma fría que estaban atentos sólo a los intereses de su país y de su Gobierno. Newell Williams elaboraba ideas sin cesar, y se me presentaba en cualquier parte, en mi casa o en el Palacio Nacional... de día o de noche, con las proposiciones más inesperadas. Todas eran para beneficiar a la pequeña, a la débil República Dominicana; y si yo aceptaba su plan, corría donde el embajador Martin para ponerlo en ejecución cuanto antes. Hubo problemas serios, de solución difícil, que entre Martin y Williams arreglaron en veinticuatro horas.

Y tratar conmigo no era fácil —soy consciente de ello—, porque yo tenía una sensibilidad muy viva para todo lo que pudiera afectar la soberanía dominicana. Mi pobre país había tenido, desde su primer día de vida republicana, una caterva de líderes políticos que dedicaron su capacidad y sus esfuerzos a

buscar una metrópoli a quien entregarle el don de nuestra independencia, y así se explica que nacimos siendo un protectorado de Colombia, en los días de Bolívar, fuimos después territorio de Haití hasta 1844 y a los diecisiete años de República retornamos a ser colonia española —en 1861— por petición nuestra, no por instigación de España; en 1870 hicimos todo lo posible por entregar a Estados Unidos un pedazo del país; a fines del siglo gestionamos de nuevo el protectorado norteamericano.

Yo sufría en carne viva, como una afrenta personal, el espectáculo de tantos hombres sin fe en el destino de su patria. En mi infancia había visto bajar de los edificios públicos la bandera dominicana para izar en su lugar la de América del Norte, y nadie podrá nunca imaginarse lo que eso significó para mi almita de siete años. Seguramente me sería difícil decir por qué vía llegaban a La Vega —el pequeño pueblo donde había nacido y donde crecí— los corridos mexicanos que contaban cómo Pancho Villa se había enfrentado a los soldados norteamericanos que entraron en México, pero puedo decir sin temor a ser mentiroso que Pancho Villa se convirtió en mi ídolo. Es muy probable que para entonces yo no supiera una palabra acerca de los fundadores de la República Dominicana, de Duarte, de Sánchez, de Mella; sin embargo sabía bastante de Martí, de Máximo Gómez, de Maceo, y cantaba canciones de la guerra cubana, lo cual tal vez explique que Pancho Villa se convirtiera para mí en la suma de todos los héroes de Cuba. En las noches rezaba para que apareciera un Pancho Villa dominicano, alguien que hiciera lo que él hacía en México y lo que Martí, Gómez y Maceo habían hecho en Cuba.

El hombre de hoy viene prefigurado en el niño de ayer. Quizá yo quiera tan apasionadamente a mi pequeña patria antillana porque cuando tuve conciencia de ella fue a causa de que ya no era una patria sino un dominio, y eso me produjo

un dolor vivo, casi indescriptible, que muchas veces me mantuvo despierto largo rato cuando me mandaban a dormir, y velar es difícil para un niño. Puedo asegurar que a los diez años yo me sentía avergonzado de que Santana, el que anexionó el país a España en 1863, y Báez, el que quiso entregar Samaná a los Estados Unidos, fueran dominicanos. Al andar de los años aquel dolor y aquella vergüenza se convirtieron en pasión dominicana; y cuando empecé a escribir lo hice con esa pasión, y cuando me tocó ser el líder de un partido político y el Presidente de mi país, tuve buen cuidado de conducirme siempre como un dominicano que tenía el orgullo de su nacionalidad.

John Bartlow Martin y Newell Williams respetaron en todo momento esa actitud mía. Nunca trataron de darme la impresión de que estaban haciendo caridad con los dominicanos; en ningún momento me hicieron sentir que ellos representaban al Gobierno más poderoso del mundo. Ambos tenían un tacto ejemplar y la difícil humildad de los que saben que son fuertes.

La Alianza para el Progreso podía ser buena o no serlo, podía ser útil o no serlo; podía tener aspectos negativos y positivos. Toda realización humana tiene debilidades y aciertos. Pero la Alianza para el Progreso fue creada con el fin inequívoco de acelerar el desarrollo político, económico y social de la América Latina. Si la Alianza beneficiaba a los Estados Unidos, ello era justo. Todo líder de un país piensa en los intereses de su país y tiene el deber de protegerlos. Pero es el caso que entre el *big stick* de Teodoro Roosevelt y la Alianza para el Progreso hay una diferencia que vale la pena destacar: Roosevelt actuaba al servicio de los Estados Unidos sin importarle para nada los intereses de Panamá o de Colombia cuando ordenó la construcción del Canal; Kennedy actuaba al servicio de los Estados Unidos cuando estableció la Alianza

para el Progreso, pero también pensaba en los intereses y en el destino de la democracia en la América Latina.

Cuando me entrevisté con Kennedy en la Casa Blanca, a principios de enero de 1963, observé cuidadosamente a ese hombre joven —demasiado joven, quizá, para ser el Presidente de la nación más poderosa del mundo—; lo observaba mientras yo hablaba y mientras él me hablaba. Vestía con sencillez; no con sobriedad sino con sencillez —zapatos marrón claro, traje gris a rayas perla, corbata de tonos azules, camisa blanca; todo usado, nada nuevo—, como si se hubiera propuesto no ofender la pobreza dominicana con la exhibición, en su persona, de la riqueza norteamericana. Se comportaba con la naturalidad de un viejo amigo. Pasamos revista a los problemas comunes a su país y al mío; y cuando le dije que los dominicanos pasaban hambre, se movió como si hubiera recibido una herida. Ambos nos mirábamos a los ojos. Le expliqué que el Consejo de Estado había dado, en forma casi oculta, una concesión de refinería petrolera a una conocida firma norteamericana en condiciones que recordaban los tiempos más floridos del imperialismo de su país, y que yo iba a rescindir ese contrato. Al mencionarle la palabra imperialismo le vi el dolor en la cara. “Es un punto delicado, pero le ayudaremos”, me dijo. Meses después, la poderosa empresa renunció al contrato.

Por ése y por otros puntos de nuestra conversación, deduje que John F. Kennedy se sentía, él y únicamente él, responsable por los errores que en relación con la América Latina habían cometido los norteamericanos de todas las épocas, desde los días de George Washington hasta los días de Dwight Eisenhower. Era el caso patético de un gobernante que tenía sensibilidad de místico, lo cual tal vez pueda explicarse por su origen irlandés y su religión católica. ¿Era su complejo de culpa por el mal que hubieran hecho sus compatriotas, y su

decisión de enmendar esos males, lo que lo impulsaba a ser un reformador más allá de las fronteras de su país? Quizá; de todas maneras, un místico encarnado en el cuerpo y la mente de un político de gran categoría era un caso poco común en la historia humana. Yo podía comprender su actitud porque yo sentía como una afrenta personal las debilidades de los entreguistas dominicanos; y quizá por ese sentimiento, que había arrastrado conmigo durante años, podía percibir lo que pasaba en el alma de Kennedy.

Un hombre así no podía hacer diferencia entre el latinoamericano desheredado y explotado y el negro norteamericano maltratado y segregado en su propia tierra. Si tenía esa capacidad de sufrir por los otros, no podía ser un líder limitado a los problemas y los intereses del país que gobernaba; tenía necesariamente que ser una conciencia herida por el dolor de cualquier hombre humillado.

El día en que tomé posesión de la Presidencia, Kennedy me envió un obsequio. Me lo entregó su representante personal en los actos de toma del poder, el entonces Vicepresidente Lyndon B. Johnson. No era nada para mi uso: era una ambulancia para el Pueblo dominicano.

John F. Kennedy murió asesinado, y aunque el mecanismo de la Alianza para el Progreso le haya sobrevivido, el aliento reformador que él le dio al crearla cayó con él en Dallas el 22 de noviembre de 1963. Por eso he hablado de la Alianza en tiempo pretérito.

XVI

EL CIDES, UNA EXPERIENCIA IMPORTANTE

Cuando en este libro se habla de “juventud de clase media” debe entenderse que se hace con el propósito de situar un determinado grupo de jóvenes en su contexto social; así el lector puede hacerse una idea aproximada de qué grado de cultura, qué tipo de sensibilidad y qué preocupaciones tienen esos jóvenes. Pero en verdad, la llamada “juventud de clase media” en la República Dominicana no responde a la psicología de la clase media de su país. Como en cualquiera otra parte del mundo, los jóvenes dominicanos de la clase media son idealistas, tienen una escala de valores públicos que defienden con tesón, y aman su patria.

Esto había sido siempre así. Los fundadores de la República eran casi niños cuando organizaron La Trinitaria a base de células secretas; Luperón era poco más que un púber cuando se lanzó a la guerra restauradora de 1863; Gregorio Urbano Gilbert apenas tenía bozo cuando disparó su revólver contra la infantería de marina norteamericana que desembarcaba en San Pedro de Macorís hacia 1916.

En 1962 se había extendido por la juventud de la clase media dominicana un sentimiento patriótico casi fiero, y, como ya expliqué antes, ese sentimiento se inclinaba a ser antinorteamericano. Yo tenía que ser cuidadoso con el alma de los jóvenes. Si podía haber alguna vez democracia en la República Dominicana, esa democracia tendría que ser sostenida

y defendida por ellos, pues la clase media a que correspondían sus padres estaba herida en el fondo de su ser por los vicios de la tiranía trujillista, deformada e inutilizada para todo lo que fuera tarea creadora y para todo lo que requiriera un esfuerzo común.

La posible democracia dominicana sería obra del porvenir, no del pasado. El pasado era la infamia y de él no podría sacarse nada provechoso. Por eso había que sembrar para el porvenir, y hacerlo desde el primer momento, con voluntad y resolución de suicida. La democracia dominicana que iba a nacer el 27 de febrero de 1963 debía ser tan pura como podía deseársela un joven; debía ser pura en su respeto a todas las libertades, aun a los excesos en el uso de esas libertades; debía ser pura en el manejo de los fondos públicos, aunque para lograrlo cada alto funcionario tuviera que dedicar tiempo a vigilar las inmoralidades; debía ser pura en la vida privada de los representantes del poder público; debía ser pura e inflexible en su trato con las fuerzas reaccionarias del país y del exterior; debía ser pura en sus relaciones con otros países, y especialmente con los Estados Unidos. Una democracia así concebida podía durar seis meses o un año, pero su recuerdo quedaría como una luz resplandeciente en la historia dominicana, como un hito que se había alcanzado alguna vez y que podría alcanzarse otra vez en el futuro.

Para los jóvenes dominicanos que habían aprendido a odiar, bajo Trujillo, todo lo que se llamara democracia —porque Trujillo se llamaba a sí mismo, y a él lo llamaban políticos y escritores extranjeros, sobre todo norteamericanos, el gran líder demócrata de la América Latina— había que crear una imagen de la democracia perfecta, en la medida en que los hombres pueden hacer cosas perfectas. Una democracia honesta, digna, sobria, era lo menos que ellos reclamaban; si no se les daba, no habría esperanzas democráticas en el porvenir dominicano.

Para ayudar en esa tarea, desde el lado de los Estados Unidos, el Gobierno que yo presidí contó con dos organismos: el Cuerpo de Paz y el Centro Interamericano de Estudios Sociales (CIDES). Ya se sabe lo que es el Cuerpo de Paz: jóvenes norteamericanos de ambos sexos que se desparraman por los campos y los barrios de las ciudades, se reúnen con la gente humilde y le enseñan a mejorar su vida mediante el sistema de trabajar con ella, codo a codo, en todas las menudencias de la vida diaria. El Cuerpo de Paz fue la creación más inteligente y más fructuosa, como instrumento de política exterior, que tuvo el Gobierno de Kennedy, porque abordó el problema de las relaciones de los Estados Unidos con los países pobres del mundo en el terreno de pueblo a pueblo y no de Gobierno a Gobierno. El CIDES, en otro nivel, fue un ensayo de tipo privado que merece un tratamiento especial en este libro, porque el CIDES fue una experiencia que no debe caer en saco roto.

Para hablar del CIDES hay que hablar de Norman Thomas y de Sacha Volman. Norman Thomas, el veterano socialista norteamericano, es demasiado conocido en la política estadounidense de este siglo y sería, por tanto, una pedantería repetir aquí su historia; pero conviene decir que Norman Thomas era el alma del Instituto de Investigaciones del Trabajo, para el cual trabajaba Sacha Volman.

Sacha Volman había nacido en Besarabia, Rumanía, hacia 1922 ó 1923. Su padre era un hombre acaudalado, pero el hijo tuvo desde muy temprano inclinaciones socialistas. Rumanía era un país con un sentimiento antirruso de origen histórico, probablemente más pronunciado en Besarabia por su frontera común con Rusia, lo cual explica que Volman, como la mayoría de los jóvenes de su generación, creciera con una franca hostilidad hacia el comunismo. Rumanía había luchado durante siglos por las libertades públicas, y cuando

Volman tenía diez años, en Rusia gobernaba Stalin; de manera que al anticomunismo patriótico del niño Volman se sumaba el odio a la despiadada tiranía stalinista. Y Rumanía era por esos años un país expoliado por firmas inglesas, francesas, alemanas, que influían en la política nacional ayudando a sostener un régimen feudal de terratenientes apoyado en cuerpos militares de fachada aristocrática, razón por la cual Volman debió ir creciendo con un fuerte sentimiento antiimperialista y nacionalista. Todo eso junto hizo del niño Sacha Volman un socialista apasionado, que abandonó la casa rica de sus padres cuando apenas tenía quince años y se fue a Bucarest, la capital de Rumanía, para luchar por lo que él creía que era bueno. Volman fue prisionero de los nazis cuando las tropas de Hitler ocuparon el país; salvó la vida para ser perseguido después por los comunistas cuando las tropas de Stalin ocuparon el lugar de las de Hitler, y al fin huyó de Rumanía escondido en un cajón de equipajes.

He contado todo esto porque entre la historia de Sacha Volman, en sus primeros veinticinco o veintiocho años, y la de cualquier joven luchador latinoamericano, hay mucha semejanza; es en concreto la historia de la lucha por la libertad, en la cual se han consumido generaciones y generaciones de latinoamericanos desde principios del siglo XIX; es, en suma, la misma guerra a muerte que hemos sostenido en América contra poderes extranjeros y reacción nacional aliados. Esa similitud explica que desde que hizo contacto con los movimientos democráticos revolucionarios de la América Latina, Volman los comprendiera a fondo y se dedicara a ayudarlos. Con el respaldo de Norman Thomas y de los amigos de Norman Thomas, consiguió dinero de varias fundaciones para establecer el Instituto de Educación Política de Costa Rica, el primer esfuerzo serio que se hizo en América para formar líderes democráticos con ideología clara y

conocimientos adecuados de lo que es la democracia y de sus posibilidades de renovación.

Yo conocí a Sacha Volman en 1957 y de inmediato me di cuenta de que era no sólo un idealista y un convencido de que la democracia podía sobrevivir en el mar de enemigos en que se debatía, sino además un hombre con ideas prácticas y capaz de ponerlas en ejecución. Con el tiempo trabajé en el Instituto de Educación Política de Costa Rica, y allí estaba, como expliqué al comenzar este libro, cuando Trujillo fue muerto a tiros el 30 de mayo de 1961.

En los días en que la delegación del Partido Revolucionario Dominicano iba a salir hacia la República Dominicana le pedí a Volman un servicio: que fuera al país y tratara de captar qué había en el ambiente, pues si los delegados del PRD llegaban a territorio dominicano y no había reacción popular que los respaldara, Miolán, Silfa y Castillo corrían peligro de muerte. Sacha Volman fue y se produjo un amor a primera vista: el Pueblo dominicano lo conquistó para siempre. Desde ese momento, Sacha Volman se dedicó con cuerpo y alma a ayudar a los dominicanos.

El caso de Volman es un buen ejemplo de lo que ocurre en la América Latina. En su primer viaje a Santo Domingo, él se dio cuenta de que a la muerte de Trujillo iba a salir de las catacumbas de la tiranía una juventud llena de pasión política, pero sin orientación alguna, y decidió organizar un curso especial de liderazgo democrático para cincuenta y tantos jóvenes dominicanos, veinticinco o veintiséis del PRD, otros tantos del 14 de Junio y el resto de Unión Cívica Nacional, todos los cuales fueron llevados a Costa Rica, donde estuvieron estudiando cerca de dos meses. Pues bien, en esa ocasión el Movimiento Popular Dominicano —marxista, leninista, fidelista, según se definen sus propios partidarios— acusó a Volman de ser agente del imperialismo, miembro del FBI y

no recuerdo cuántas cosas más. Pero si eso sucedía a mediados de 1961, a mediados de 1963, cuando el CIDES comenzaba a dar sus frutos y se veía ya que su labor iba a ser en verdad fecunda y útil para la democracia dominicana, los sectores golpistas se lanzaron con su típica vulgaridad sobre Volman, y entonces éste no era el agente del imperialismo ni del FBI sino el de Kruschev y Fidel Castro. Así, en dos años un mismo hombre había sido blanco de la persecución comunista y blanco de la persecución de la reacción; en dos años había sido objeto de las acusaciones más groseras del MPD y de las más groseras de todos los partidos golpistas, y Sacha Volman terminó, como era lógico, perseguido por la policía a raíz del golpe militar que derribó al Gobierno constitucional. Por cierto, en los registros que hizo la policía en su casa desaparecieron hasta su navaja de afeitar, sus zapatos y sus medias, según es típico en los golpes de Estado de la América Latina.

El CIDES no era un organismo manejado por la Alianza para el Progreso ni tenía vinculación burocrática con el Gobierno norteamericano, y precisamente en esa independencia estaba su valor como ensayo. Desde luego, mantenía, a través de Volman y de Norman Thomas, buenas relaciones con la Casa Blanca y tal vez con el Departamento de Estado, y hasta creo que en alguna ocasión solicitó ayuda de la Alianza para trabajos específicos; pero en general el CIDES —hasta donde yo sepa— trabajaba con dinero de fundaciones privadas norteamericanas que lo respaldaban económicamente.

El CIDES reclutó cubanos desterrados, puertorriqueños prestados por el Gobierno de Puerto Rico, venezolanos, peruanos, argentinos; gente de todas las Américas que tuvieran estas condiciones: conducta democrática probada, vocación de servicio público, capacidad técnica también probada. El Gobierno dominicano le arrendó al CIDES un local, y una casa

a Sacha Volman por la cual tenía que pagar dos veces lo que esa misma casa había pagado bajo el Consejo de Estado; además, el CIDES tenía una oficina en la ciudad. El local del CIDES había sido antes una finca de Ramfis Trujillo, el hijo del tirano, y se hallaba en las cercanías de la base militar de San Isidro. En cada una de sus fincas, Ramfis se hacía fabricar una casa lujosa, con habitaciones para alojar muchos invitados, regularmente con piscina, y por lo menos un amplio cuartel para una compañía de soldados. La que ocupó el CIDES se llamaba Jainamosa, y allí puso el CIDES todas sus dependencias de campo, entre ellas una escuela.

En esa escuela se enseñaba cooperativismo, historia política de la América Latina —y yo mismo, siendo Presidente, di las lecciones correspondientes a la República Dominicana—, se hacían cursos para maestros de escuela. Los alumnos procedían de todo el país, sin hacer diferencias de ninguna clase y sobre todo sin inclinación partidista, de manera que llegaban miembros del PRD pero también miembros de los partidos golpistas. El plan era ayudar a crear en Santo Domingo una conciencia democrática, ayudar a extender el conocimiento de los problemas dominicanos y de cómo podían solucionarse esos problemas con medidas democráticas. El CIDES trabajaba para el país, no para un partido.

A fin de dar una idea de la extensión que tenía el vértigo golpista en la República Dominicana, y de los métodos que usaban sus agentes, voy a contar este episodio: más o menos hacia el mes de agosto —1963— se me presentó un día el director de la Seguridad Nacional y me dio un informe de uno de sus hombres; según ese informe que se suponía era secreto y destinado a fortalecer la seguridad del Estado, en las clases que estaban dando los profesores del CIDES se enseñaba comunismo y al mismo tiempo —y aseguro que el disparate que va a verse en seguida figuraba en aquel informe— se

enseñaba racismo. El agente decía que los datos le habían sido proporcionados por su esposa, que era maestra de escuela y estaba recibiendo en el CIDES un cursillo de superación; y según esos datos allí se pasaban películas de Fidel Castro, con discursos de propaganda fidelista, y se les decía a los alumnos que Fidel era el líder de la revolución latinoamericana, el gran líder a quien todos debían seguir, e inmediatamente el informe relataba que un profesor puertorriqueño —cuyo nombre daba, con el mayor desparpajo— alegó en una clase que el Pueblo dominicano no podría desarrollarse porque era un país de negros y mulatos, y además que ese profesor había prohibido a un alumno sentarse a la mesa con los demás porque no era blanco. El informe había sido entregado al director de la Seguridad Nacional, pero éste ignoraba que antes que a él, había llegado a manos de militares y políticos golpistas, como llegaban cada día a esos sectores invenciones parecidas que luego se publicaban a través de la radio y de un periódico que se editaba para esos fines.

El CIDES estuvo meses trabajando en la organización de una gran campaña de educación popular a través de la televisión. Reunió maestros de escuela de varios países y técnicos en enseñanza por televisión así como en alfabetización, envió un maestro dominicano a adiestrarse en Puerto Rico y Estados Unidos y llegó a filmar cincuenta películas con las cuales iba a comenzar su tarea por la base: alfabetización masiva. El día 24 de septiembre, catorce horas antes del golpe de Estado, Sacha Volman estuvo a visitarme con un funcionario de una de las fundaciones que ayudaban al CIDES, pues se había llegado ya al punto en que iban a montarse los primeros doscientos televisores y la fundación alegaba que podía dar en ese momento sólo cincuenta unidades. El programa de alfabetización se quedó sin realizar, y unos meses después del golpe, el CIDES regaló al gobierno golpista las películas para que las usara.

Un día el Ministro de Salud se quejó, en presencia de Volman, de la falta de recursos en que se hallaba su departamento para hacerle frente a la amenaza de una epidemia de poliomiélitis, que se anunciaba catastrófica. Sin perder una hora, Volman movilizó los recursos humanos a su disposición; viajó a los Estados Unidos, y con la ayuda del senador Javits, la de la Casa Blanca —y allí, especialmente, de Ralph Dugan—, la cooperación de una firma de medicinas cuyo nombre lamento no recordar ahora, y la de la Panamerican Airways, reunió setecientos cincuenta mil juegos de vacunas orales, a los que se unieron cien mil que proporcionó el Gobierno mexicano de López Mateos, y toda la infancia dominicana fue vacunada contra el terrible mal. Para esa tarea se hizo una movilización nacional sorprendente. Recuerdo haber visto llegar a los puestos de vacunación las mujeres del Pueblo, con cinco y seis hijitos algunas, muchas de ellas con dos en brazos y dos o tres siguiéndolas.

Esa vacunación masiva y total no le costó al Gobierno dominicano ni un centavo, excepto, desde luego, los gastos de los funcionarios nacionales que actuaron en ella. Nada de lo que hizo el CIDES le costó un peso al país.

El CIDES tenía un grupo de técnicos de categoría bajo la dirección de Alvin Mayne, cuya experiencia en Puerto Rico era valiosa para un técnico norteamericano. Mayne se había percatado de la psicología latinoamericana, de sus muchas dificultades y del alto valor que tenían entre nosotros aspectos sutiles de ciertas actitudes. El grupo que él encabezaba iba a suplir la falta de técnicos dominicanos, por lo menos mientras estos se preparaban en número suficiente para atender a las necesidades del Gobierno.

El Gobierno tenía una Junta Nacional de Planificación servida por jóvenes de mucho espíritu, que trabajaban sin horario, a veces hasta altas horas de la noche; pero esos jóvenes no eran

ni todos los que se requerían ni efectivamente especializados en todas las materias de la ciencia de gobernar. Ellos mismos iban preparándose y aprovechaban el tiempo de la mejor manera; aprendían con los técnicos de los organismos internacionales que llegaban al país, y el CIDES los ayudó. En dos o tres años más, la Junta Nacional de Planificación hubiera madurado, pero mientras tanto, el grupo de técnicos del CIDES haría su parte en la obra de planeamiento.

Yo le encargué al CIDES un estudio de las leyes que establecían tributos de importación. En total, había cuatro impuestos de importación con diferentes nombres. En un país pequeño y pobre, era imposible manejar esos impuestos con capacidad y honestidad debido a que se requería mucha gente para calcularlos, cobrarlos e inspeccionarlos, y donde no se deslizaba un error se introducía una mano corrompida. El CIDES hizo el trabajo, y el lector puede suponerse con cuánto esfuerzo lo haría sólo con situarse en el ambiente apropiado: sin estadísticas, sin estudios previos, sin una base científica para llegar a conclusiones correctas. El plan del Gobierno era unificar esos impuestos y esperar unos meses para estudiar el resultado de la unificación y proceder entonces a reorganizar el sistema impositivo con un criterio de beneficio público. La ley se hallaba en el Congreso cuando se produjo el golpe.

El CIDES trabajó también, con la Junta de Planificación y el Ministerio de Industria y Comercio, en la elaboración de una ley de desarrollo industrial que yo había enviado al Congreso el día antes del golpe, y bajo la dirección de José Arroyo Riestra, el CIDES había elaborado dos proyectos de ley; una, Ley General de Cooperativas, que tendía a organizar un sistema cooperativo para todas las actividades cooperativas que estaban desarrollándose o podían desarrollarse en el país, y otra, creando el Instituto de Crédito Cooperativo. Como ambas

leyes se complementaban y yo había enviado la segunda a la Junta Monetaria Nacional para que hiciera las observaciones pertinentes, las dos leyes estaban todavía sin enviar al Congreso cuando se produjo el golpe militar.

El gobierno golpista firmó todas esas leyes sin quitarles ni ponerles una coma y las hizo publicar como obra suya. Es más, la revista *Time* de los Estados Unidos elogió a uno de los triunviros —es decir, un miembro del triunvirato que entró a gobernar después del golpe con todos los poderes del país— como autor de esas leyes. Resultaba una ironía —aunque en otras lenguas le llamarían de otra manera— que los golpistas usaran en provecho suyo el trabajo de un organismo que ellos desacreditaron llamándole agencia comunista, en la propaganda vulgar que estuvieron haciendo antes del golpe para justificar el derrocamiento del Gobierno constitucional. Pero así es como opera la reacción en la América Latina, sin cuidado alguno por la verdad y ni aun por su propia dignidad.

Una experiencia como la del CIDES no se había hecho antes en la América Latina. El CIDES no era una agencia del Gobierno de los Estados Unidos ni una agencia del Gobierno dominicano. El CIDES era una organización privada, mantenida a base de fondos privados, y sin embargo trabajaba en estrecho contacto con el Gobierno de Norteamérica y con el Gobierno dominicano. En todos los casos y en todos los momentos, el CIDES fue una organización dirigida por norteamericanos —pues Sacha Volman se había hecho ciudadano norteamericano años atrás— y servida por latinoamericanos y dominicanos, que conservó lealtad a los dos Gobiernos y nunca rozó problemas que pudieran tocar la soberanía dominicana. Fue un experimento importante, que debería seguir haciéndose en otros países. Completaba en un nivel alto lo que hacía el Cuerpo de Paz en un nivel popular.

Si el CIDES tuvo alguna falla política —como podría deducirse de los ataques de que fue objeto por parte de la reacción—, hay que achacarla al medio dominicano, no al CIDES y mucho menos a la intención con que fue creado y a la dirección con que trabajó. El medio dominicano no estaba preparado para recibir los beneficios del CIDES. Un país que acababa de salir de una tiranía tan larga y tan despiadada como la de Trujillo no estaba política ni moralmente sano, y sólo hubiera aceptado el CIDES si éste hubiera tenido tras sí la autoridad del Gobierno norteamericano; pero en ese caso la juventud hubiera visto al CIDES con ojos menos benevolentes, y era en la juventud donde había que sembrar la semilla de la democracia. La clase media que había sido deformada por Trujillo era tierra estéril para la democracia. En su alma sólo germinaban el odio, la vulgaridad, el apetito de ganancias ilícitas. Hasta los que creyeron de buena fe que eran antitrujillistas hicieron de Trujillo su modelo, y la imagen de Trujillo, rico, todopoderoso, señor de vidas, honras y haciendas, presidía, como un ídolo sagrado, el vacío de sus corazones. El principio de la sustitución del jefe que se realizaba en los pueblos primitivos mediante la ingestión del corazón o la cabeza del jefe vencido, había resucitado en la República Dominicana en la segunda mitad del siglo XX. Así, la mayoría de los líderes antitrujillistas querían suplantarlo a Trujillo, no cambiar su régimen; y para destruir el régimen democrático usaron los métodos de Trujillo. El CIDES, pues, fue víctima de esos métodos.

XVII

LOS CONFLICTOS CON HAITÍ

Hoy se le llama a Cuba la “Perla de las Antillas”; ese sobrenombre, sin embargo, había sido originalmente dado a la isla Española, antigua Santo Domingo o Saint-Domingue. En realidad, la altura de sus montañas, la densidad y la riqueza de sus bosques, la abundancia de aguas, la extensión, el número y la asombrosa fertilidad de sus valles justificaba que se le llamara así. Fue un hecho político lo que la degradó a los ojos de los viajeros y los estudiosos; y ese hecho político consistió en la división de la isla en dos países de historia, lengua y origen diferentes: Haití y la República Dominicana. Cuando la isla quedó dividida, dejó de llamarse la “Perla de las Antillas”.

La presencia de Haití en la parte occidental de la isla Española equivalió a una amputación del porvenir dominicano. Lo que era el porvenir visto desde mediados del siglo XVI es, en la segunda mitad del siglo XX, un pasado de más de trescientos años. Así, los dominicanos no podemos escribir nuestra historia ignorando ese pasado, pues todo el curso de la vida de nuestro pueblo en las tres últimas centurias ha sido configurado por ese hecho: la existencia de Haití al lado nuestro, en una isla relativamente pequeña.

La existencia del Pueblo dominicano fue el resultado de la expansión española hacia el oeste; la de Haití, el resultado de las luchas de Francia, Inglaterra y Holanda contra el imperio

español. De manera que al cabo de los siglos, los dominicanos somos un pueblo amputado a causa de las rivalidades europeas. Nuestra amputación no se refiere al punto concreto de que una parte de la tierra que fue nuestra sea ahora el solar de otro pueblo; es algo más sutil y más profundo, que afecta de manera consciente o inconsciente toda la vida nacional dominicana. Los dominicanos sabemos que a causa de que Haití está ahí, en la misma isla, no podremos desarrollar nunca nuestras facultades a plena capacidad; sabemos que un día u otro, de manera inevitable, Haití irá a dar a un nivel al cual viene arrastrándonos desde que hizo su revolución. En aquellos años finales del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX, nadie quiso invertir un peso en desarrollar, por ejemplo, la industria azucarera dominicana, por miedo a las invasiones de Haití. El azúcar y el café de Haití habían dejado de fluir a los mercados de Europa y de los Estados Unidos, y aunque ninguna tierra era más apropiada para producirlos que la de Santo Domingo, los capitales para suplir la producción haitiana prefirieron ir a Cuba. El desarrollo de Cuba comenzó entonces; en cambio, el de nuestro país se estancó, primero, y descendió luego, pues la gente más capaz y más acomodada económicamente abandonó la parte española de la isla por miedo a la revolución haitiana.

La isla Española tenía frente a su costa nord-occidental una pequeña isla adyacente, La Tortuga; el Gobierno colonial español abandonó La Tortuga porque le era costoso en hombres y en dinero defenderla de incursiones inglesas y francesas, y así fue como La Tortuga pasó a manos de piratas franceses y más tarde a manos del Gobierno francés. Desde La Tortuga, poco a poco, los blancos franceses fueron acomodándose en los pequeños valles fértiles de la parte norte del oeste de la Española; fueron llevando esclavos y organizando plantaciones de caña y de índigo, de manera que cuando España vino

a darse cuenta, ya había en su colonia una población de franceses que se consideraban por derecho de conquista colonos franceses, parte del imperio colonial de Francia, sin deber de obediencia al Gobierno español. Al principio, esa colonia francesa de facto se llamaba Saint-Domingue; después pasó a llamarse Haití. Al principio, España la dejó estabilizarse por indolencia; después, tuvo que reconocer su existencia, y al cabo, en el siglo XVIII, debilitada por su continuo guerrear en Europa, España admitió que Haití era de derecho colonia de un poder extranjero.

He contado con ciertos detalles lo que pasó en la colonia de Haití cuando los esclavos se rebelaron contra sus amos a consecuencia de la agitación que produjo en la colonia la Revolución Francesa; lo hice en mi libro *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*. No voy, pues, a repetirme; pero sucintamente explicaré que de esa rebelión surgió, al comenzar el siglo XIX, la República de Haití, y que ésta tenía ya dieciocho años de vida cuando los dominicanos se declararon independientes de España y protegidos de Colombia. Menos de dos meses después de esa acción política dominicana, los ejércitos de Haití cruzaron la frontera y extendieron su gobierno a toda la isla. Así se explica por qué la República Dominicana, establecida en 1844, surgió en guerra contra Haití y no contra España, que había sido su metrópoli original.

Esa guerra, que en la historia dominicana se conoce con el nombre de “guerra de independencia” —aunque en los días en que se llevaba a cabo se llamaba, con mayor propiedad, “de separación”— fue la culminación de una lucha larga, que se había iniciado desde el siglo XVII, que se mantuvo prácticamente todo el siglo XVIII, y que tuvo a principios del siglo XIX páginas sombrías con las invasiones de Toussaint, de Dessalines y de Cristóbal. Los dominicanos,

pues, formaron su sentimiento nacional peleando, primero contra los franceses de la región occidental, y después contra sus herederos, los haitianos.

Me veo en el caso de repetir ahora lo que dije en mi libro sobre Trujillo acerca de la revolución haitiana: ha sido la única revolución en la historia moderna que fue a la vez guerra de independencia —de colonia contra metrópoli—, guerra social —de esclavos contra amos— y guerra racial —de negros contra blancos—. La violencia de esas tres guerras en una resultó devastadora; en términos absolutos, no relativos, los antiguos esclavos destruyeron toda la riqueza acumulada en Haití durante la colonia, y esa riqueza era mucha. Sin embargo —y esto no lo dije en aquel libro porque estaba haciendo el análisis de un problema dominicano, no haitiano— sucede que en cierta medida, el aspecto destructor de la revolución haitiana ha sido continuo; de hecho, Haití ha seguido, a lo largo de su vida independiente, en guerra constante contra todo núcleo humano y social que pudiera convertirse, por cualquier vía, en sustituto de los colonos franceses.

Esa especie de guerra social perpetua, que en su origen fue de negros contra blancos —debido a que los negros eran los esclavos y los blancos los amos—, derivó después hacia la matanza de los mulatos y se ha conservado como lucha sin cuartel de los negros contra los mulatos. Las carnicerías de los tiempos de Soulouque, en que los mulatos eran las víctimas, encogen el ánimo del que estudia la historia de Haití. Ahora bien, sucede que los mulatos eran los que —tal vez por ser hijos de blancos, y por tanto disponían de más medios— se preparaban para ser burócratas, comerciantes, profesionales; formaban élites que al principio no tenían sustancia económica pero que al final adquirirían bienes, con lo cual amenazaban convertirse en minorías con poder económico. Al mismo tiempo que esas matanzas, con sus naturales consecuencias

de inestabilidad política, retardaban el desarrollo del país, los gobernantes usaban el poder para hacer negocios, para enriquecerse y sacar dinero hacia Europa o —más recientemente— hacia Estados Unidos; de donde resultaba que se expoliaba a un pueblo pobre, se le robaba a la miseria. Y al tiempo que eso iba sucediendo década tras década, la población haitiana crecía, su tierra se erosionaba, los medios del Estado eran cada vez menos de los que se necesitaban para darle al Pueblo educación y salud. Fue así como de manera natural, como rueda una bola por un plano inclinado, Haití vino a caer bajo la tiranía de François Duvalier, quien tenía ya años gobernando cuando se estableció en la República Dominicana el régimen democrático que me tocó presidir.

Duvalier corresponde a un tipo psicológico que se halla en las sociedades primitivas; el hombre que a medida que va adquiriendo poder de cualquier clase va llenándose por dentro de una soberbia que lo transforma día a día físicamente, lo envara, le da insensiblemente la apariencia de un muñeco que se yergue y se yergue hasta que parece que va a caerse de espaldas o que va a volar; al mismo tiempo, los párpados bajan, la mirada se torna fría y adquiere un brillo como de hechicería, el rostro se inmoviliza gradualmente y la voz va haciéndose cada vez más imperativa y sin embargo más baja y escalofriante. En esos seres, la conciencia del poder se traduce en transformaciones físicas; crean en torno suyo una atmósfera que es como una emanación de brujos, y como sucede que a esos cambios van correspondiendo otros en el seno de su alma, mediante los cuales se hacen gradualmente insensibles a todo sentimiento humano hasta llegar a ser puros receptáculos de pasiones sin control, esos hombres acaban siendo peligrosos porque se niegan a aceptar que son simples seres humanos, mortales y falibles, y no delegados vivos de las oscuras fuerzas que gobiernan los mundos.

El que desee comprobar la verdad de lo que acabo de decir no tiene sino que tomar una fotografía de François Duvalier hecha en 1955, por ejemplo, y otra hecha en 1964. Son dos hombres diferentes, versión haitiana de los dos Dorian Gray de Oscar Wilde.

En el lado sur de la frontera que divide a la República Dominicana de Haití se ven de tarde en tarde tipos a lo Duvalier; labriegos que eran gente corriente y moliente hasta la hora en que se sintieron poseídos por un poder que ellos llaman “religioso”, y empezaron a dictar recetas, a recomendar curaciones, a crear ritos propios, y con ello comenzaron a cambiar de aspecto hasta convertirse en estampas de caudillos de pueblos de la selva. Son locos con poderío, como en un nivel más alto lo fue Hitler.

Ignoro debido a qué, tan pronto resulté electo Presidente, Duvalier resolvió matarme. Tal vez soñó conmigo e interpretó el sueño como una orden de quitarme la vida; quizá en un acceso de hechicería vodú uno de sus espíritus protectores le dijo que yo sería su enemigo. Es el caso que escogió un antiguo agente del espionaje de Trujillo, que había sido Cónsul de Haití en Camagüey —Cuba— y le encargó mi muerte. Durante toda la campaña política, yo no me había referido ni una sola vez a Duvalier. La Unión Cívica hizo varias declaraciones acerca de su tiranía, y si no recuerdo mal el doctor Fiallo se refirió también a él. Pero yo no lo hice porque no me parecía prudente meter en Santo Domingo problemas ajenos y además, porque si yo resultaba elegido Presidente de la República, no era cuerdo que llegara a esa posición comprometido en el orden internacional por declaraciones hechas al calor de la campaña política. Yo no me había ganado, pues, enemistad de Duvalier; era gratuita, aunque debe presumirse que de origen extrahumano.

Por todo lo que he dicho acerca de la actitud del Pueblo dominicano en relación con la existencia de Haití, y por lo

que he relatado brevemente sobre las largas hostilidades entre dominicanos y haitianos, debe presumirse cuál fue la reacción de los dominicanos cuando de buenas a primeras llegó a Santo Domingo, dada a través de una estación de radio, la noticia de que fuerzas policíacas de Duvalier habían asaltado el local de nuestra embajada en Puerto Príncipe, capital de Haití. En una hora, el Pueblo estaba agitado, los partidos políticos se reunían, las estaciones de radio lanzaban boletines al aire y al Palacio Nacional llegaban montones de telegramas denunciando la agresión.

Hacía algunas semanas que en Haití se producían actos de terrorismo contra el Gobierno de Duvalier; éste había solicitado el retiro de la misión militar norteamericana; altos jefes militares eran depuestos y encarcelados; un señor Barbot, que había sido el fundador de la milicia armada de Duvalier —los tonton macutes, asesinos tenebrosos— daba asaltos aquí y allá, en los alrededores de Puerto Príncipe; civiles y militares perseguidos se asilaban en las representaciones diplomáticas de la América Latina, y la dominicana tenía varios asilados. Un día llegó a la embajada de nuestro país un teniente haitiano de apellido Benoit y pidió asilo, que se le concedió, desde luego; al día siguiente, los hombres de Barbot dispararon contra el automóvil de Duvalier, que llevaba a los hijos del dictador a la escuela. La respuesta de Duvalier fue instantánea: mandó asaltar la Embajada dominicana y al mismo tiempo sus matones entraron en la casa de la familia de Benoit, dieron muerte a todos los que había allí —incluyendo la madre de Benoit y una niña— y quemaron la vivienda. Duvalier, pues, había agredido a la República Dominicana en su representación diplomática.

Ese día era domingo, y si no recuerdo mal, estábamos a principios de mayo. De súbito comenzaron a llegar noticias que daban indicios de que Duvalier tenía un plan: familiares

de Trujillo estaban arribando a Haití, guardias haitianos armados rodeaban la Embajada dominicana, los correos diplomáticos dominicanos habían sido detenidos antes de llegar a la frontera, el Cónsul nuestro en la villa fronteriza de Belladere, estaba preso.

En la noche hablé por radio y televisión y denuncié ante el Pueblo todos esos actos de locura que estaba realizando Duvalier, y mientras en la Cancillería se trabajaba redactando cables a Puerto Príncipe y a la OEA y notas para la prensa, yo elaboraba, después de haber hablado, un plan de acción que podía librar a haitianos y a dominicanos de los peligros que podía desatar sobre ambos países un gobernante que no estaba en sus cabales. El plan era simple y no costaría una gota de sangre: la República Dominicana movilizaría tropas y las concentraría en la frontera del sur, en el punto más cercano a la capital de Haití, y la movilización se haría en tal forma que diera la impresión indudable de que esas fuerzas iban a avanzar por Haití; una vez creado el clima adecuado, la aviación militar dominicana volaría sobre Puerto Príncipe y dejaría caer hojas sueltas en francés pidiendo al Pueblo de la capital vecina que evacuara los alrededores del Palacio Presidencial, porque los aviones dominicanos iban a bombardear en un plazo de horas. Yo estaba seguro de que, dado el estado de agitación que había en Haití y la preparación del ambiente que estábamos haciendo en Santo Domingo, Duvalier huiría sin que hubiera necesidad de disparar un tiro.

Pero este plan tenía un punto débil: yo no podía confiárselo a nadie, ni siquiera a los jefes militares que iban a participar en él. Si le decía a alguien que todos los movimientos dominicanos serían aparentes, que no íbamos a llegar a la guerra, no tardaría en saberse, y había que contar con la irresponsabilidad de la mayoría de los líderes de la llamada oposición; uno de ellos, tal vez dos, quizás tres, se plantarían,

con toda seguridad, frente a un micrófono y me acusarían de comediante y denunciarían el plan. De hecho, en medio de la crisis, uno de esos líderes dijo que todo aquello lo había inventado yo porque quería figurar en la historia como el conquistador de Haití, valiente majadería, pues el día que los dominicanos hagan la conquista de Haití —si ello fuere posible alguna vez— lo que harían sería comprar a precio alto los problemas de Haití para sumarlos a los problemas dominicanos.

Los campesinos dominicanos dicen, cuando algo no está completamente terminado, que “falta el rabo por desollar”, con lo cual aluden al rabo del cerdo muerto, y en el caso de mi plan había un rabo por desollar: ¿qué podía suceder si el dictador haitiano no emprendía la fuga? No había sino una respuesta: las tropas dominicanas debían avanzar sobre Haití; pero avanzar poco, unos kilómetros, lo suficiente para dar la sensación de que iban a atacar de veras. Yo estaba seguro de que la población haitiana de la región fronteriza no haría resistencia; si se hacía indispensable, la aviación dispararía dos o tres bombas en sitios donde no causarían bajas.

En ese punto, ocurrió un misterio: los generales dominicanos llegaron a decirme que los camiones del ejército no tenían repuestos de llantas, que no estaban en condiciones de transportar las tropas. ¿Quién les había aconsejado que usaran esa coartada? Hasta la noche antes habían estado muy entusiasmados con la movilización, y de pronto, “los camiones militares no servían”.

El embajador Martin fue a verme, alarmado, y era la primera vez que le veía alarmado. La posibilidad de una guerra domínico-haitiana lo había inquietado, sin duda por que había inquietado al Departamento de Estado. En esos mismos momentos, Moscú, Pekín, La Habana y el MPD en Santo Domingo me acusaban de ser un muñeco en manos del

“imperialismo yanqui” para agredir a Haití. La situación era tristemente cómica, pues era precisamente el llamado “imperialismo yanqui” el que obstaculizaba la decisión dominicana de resolver el problema haitiano.

De pronto, unos días después, el embajador Martin me visitó en mi casa para decirme que su Gobierno esperaba en pocas horas la salida de Duvalier de Haití; me dijo que ya estaba en el aeropuerto de Puerto Príncipe un avión de la KLM en el cual Duvalier viajaría hasta Idlewild, de ahí a Amsterdam y de Amsterdam a Argelia, donde Ben Bella le había ofrecido asilo. Le expresé mis dudas al embajador Martin. “Duvalier no se va”, le dije; él me aseguró que sí. Durante el día me visitó otra vez, en la noche me telefoneó dos veces para mantenerme informado de lo que estaba sucediendo en Haití; por la mañana fue a verme a las cinco, convencido de que Duvalier se iría. En todos los casos le respondí lo mismo: “No se va”. Y no se fue.

Pocos días después, por un cubano exiliado me enteré de que en una zona militar, en el interior del país, oficiales dominicanos estaban entrenando haitianos. ¿Cómo era posible que estuviera haciéndose tal cosa sin mi conocimiento? Llamé al Ministro de las Fuerzas Armadas, lo interrogué, me dijo que era verdad y le ordené disolver el campamento. Una cosa era librarse de Duvalier en una coyuntura favorable, a la luz del sol, como debe operar siempre una democracia, y otra cosa era preparar fuerzas de haitianos para lanzarlos a una invasión; esto último era violar el principio de no intervención, lo cual podía quitarnos autoridad si en esa hora convulsa del Caribe algún Gobierno decidía hacer lo mismo con nosotros. A partir de ese momento, decidí esperar una oportunidad propicia para buscarle solución al problema que planteaba la presencia de Duvalier en el Gobierno de Haití.

Sin embargo, he aquí que un buen día, al leer la prensa en las primeras horas de la mañana me enteré de que el general León Cantave había invadido Haití por la costa norte. El general Cantave había estado a verme para pedirme ayuda y yo le había respondido que el Gobierno dominicano no podía hacerlo. ¿De dónde salió la expedición de Cantave; quién la armó, quién la respaldó? Eso era un misterio que debía aclararse. Hice una reunión de jefes militares, les interrogué sobre todas las posibilidades que se me ocurrían; pedí detalles acerca de los tipos de armas que usó Cantave. Nadie sabía nada. De acuerdo con sus informes, Cantave no había salido de territorio dominicano, no había recibido la menor ayuda de las fuerzas armadas dominicanas, y en los depósitos dominicanos no había armas similares a las que había llevado Cantave a Haití.

Algo andaba mal. Si el general Cantave no había salido de Santo Domingo, había salido de alguna de las islas vecinas —Las Bahamas, de bandera inglesa—, y si había salido de esas islas, ¿quién lo ayudaba? Le hice la pregunta, de manera abierta, al embajador Martin. Me respondió que él no sabía, que su Gobierno no sabía, pero que algunos de sus ayudantes presumían que Cantave había contado con la ayuda de Venezuela. Eso me pareció imposible; primero, porque el presidente Betancourt tenía encima las guerrillas comunistas y no iba a autorizar, con esa acción, un acto parecido al de Fidel Castro contra su Gobierno; segundo, porque si Betancourt hubiera tenido que ver en la invasión de Cantave, me lo hubiera hecho saber. “¿Hay en la Florida algún lugar que se llame Venezuela?”, le pregunté riendo al embajador Martin. “No, no lo hay”, respondió él, riendo también.

Pocos días antes del golpe de Estado, quizá tres días antes, me hallaba en mi despacho del Palacio Presidencial cuando a eso de las seis de la mañana me dijo el jefe de los ayudantes

militares que los haitianos estaban atacando Dajabón, villa dominicana en la frontera del norte. Efectivamente, en las calles de Dajabón caían balas que procedían del lado haitiano, de la Villa de Juana Méndez —Ouanaminthe, en el patois de Haití—, que queda frente a Dajabón, a menos, tal vez, de dos kilómetros. Cuando la situación se aclaró, unas horas después, se supo la verdad: el general Cantave había entrado en Haití de nuevo y había atacado la guarnición de Juana Méndez. El combate fue bastante largo, con abundante fuego de fusilería y de ametralladoras. ¿De dónde había sacado Cantave, otra vez, armas y municiones?

Al día siguiente, con asombro de mi parte, vi en la prensa una foto de Cantave en un cuartel de Dajabón. Había cruzado la frontera, como la habían cruzado otros haitianos, algunos de ellos heridos; pero Cantave estaba vestido como quien iba a un baile de gala, no como quien llegaba de un combate; y eso indicaba que el general haitiano tenía ropa en Dajabón o en algún lugar cercano. Por primera vez, mis sospechas hallaban un hilo que podía seguirse hasta dar con el ovillo. Hice llamar al Ministro de Relaciones Exteriores y al de las Fuerzas Armadas. “Tenga la bondad de solicitar de la OEA que envíe una comisión para que pruebe sobre el terreno que la agresión a Haití no partió de la República Dominicana”, le dije al primero.

¿Tuvo esa decisión alguna parte en el golpe de Estado?

A menudo pienso que sí; pues si la OEA investigaba —y mi plan era que investigara a fondo— yo llegaría a saber qué mano oculta manejaba los hilos de una intriga que nos ponía en ridículo como Gobierno, que restaba autoridad al Presidente de la República, el responsable ante el país y ante los organismos internacionales de la política exterior dominicana, y que nos exponía a los dislates de un tirano que era capaz de todo.

Espero que algún día se aclarará el misterio en que están envueltos los repetidos y extraños incidentes domínico-haitianos de 1963.

XVIII

EL PAPEL DE LA CORRUPCIÓN EN EL GOLPE

En los países de la América Latina, con muy pocas excepciones, gobernantes y gobernados ejercen la corrupción en la forma más natural, y la corrupción no se limita al robo de los fondos públicos sino que alcanza a otras manifestaciones de la vida en sociedad. Al tomar el poder en la República Dominicana, el régimen democrático tenía que esforzarse en moralizar el país o se exponía a que la inmoralidad acabara con la democracia.

A la semana de haber tomado posesión de sus cargos, los Ministros de Finanzas y de Obras Públicas sabían, más o menos, cómo estaba organizado el robo en sus departamentos; se pusieron de acuerdo con el Ministro de las Fuerzas Armadas y éste seleccionó unos cuantos estudiantes de la escuela militar que debían reunir ciertas condiciones, y con ese grupo, los dos Ministros planearon la primera batida importante contra el robo de dinero del Pueblo.

En el país funcionaba un llamado plan de emergencia; éste consistía en emplear algunos miles de hombres para que hicieran trabajo de limpieza en las cunetas de las carreteras. La erogación alcanzaba a un millón doscientos cincuenta mil pesos cada mes, esto es, quince millones al año, y por cierto, esa suma no figuraba en el presupuesto, de manera que había que sacarla de dónde apareciera. (Este dato puede dar idea de la forma en que se elaboraba y funcionaba el presupuesto

nacional. El de 1963 había sido aprobado tres meses antes por el Gobierno del Consejo de Estado). El plan de emergencia se pagaba quincenalmente, o debía pagarse quincenalmente, porque cuando el Gobierno democrático tomó el poder había un atraso de cuarenta y cinco días y además se debían dos meses del año anterior; el sistema de pagos era a base de tarjetas: a cada trabajador se le daba una tarjeta en que constaba cuántos días había trabajado, y desde la Capital se enviaba el dinero para rescatar las tarjetas. Como el país estaba dividido en varios distritos de obras públicas, los pagos se hacían en la sedes de los distritos.

Si el sistema se seguía correctamente, no había ocasión para el robo, pues debía pagársele a cada trabajador y ninguno de ellos se dejaría robar tranquilamente; pero alguien halló la manera de organizar el saqueo: que no se pagara con puntualidad. Si el pago se retardaba una semana, diez días o quince días, los trabajadores cambiarían las tarjetas por comida en los comercios del lugar, o las venderían con un descuento, y podía lograrse —lo que se obtuvo— que un solo comerciante, dos a lo sumo, centralizara las operaciones en cada una de las sedes de los distritos; después de eso, el comerciante recibía una cantidad adicional de las tarjetas y repartía la suma con la persona que se las daba.

En el primer pago del plan de emergencia hecho bajo el nuevo Gobierno, el dinero fue llevado por jóvenes desconocidos que habían cambiado por uno o dos días su ropa militar por ropa civil, y esos jóvenes exigieron que cada trabajador presentara su tarjeta para recibir el dinero que le correspondía. Cuando se les explicó a los jóvenes que eso no era posible, que los trabajadores cambiaban las tarjetas en casas de comercio, se presentaron en esas casas de comercio con las listas de los trabajadores y comprobaron fácilmente el fraude. Al volver a la Capital, sobraban más de ciento cincuenta mil pesos, lo que

indicaba que en ese solo renglón, el robo se acercaba a los cuatro millones de pesos al año, es decir, más del dos por ciento del presupuesto total de la nación.

La batida contra el robo fue de tal naturaleza, en todos los frentes donde podía haber fraude, que al terminar el primer mes de Gobierno podíamos estimar que al cerrarse el año fiscal, nueve meses después, tendríamos una economía de diez millones de pesos. Pero eso no significaba que hubiéramos acabado con el mal. Según nuestros cálculos, los robos en el campo fiscal solamente sobrepasaban los veinticinco millones y podían acercarse a treinta millones, es decir, casi el veinte por ciento del presupuesto total, y los que tenían lugar en dependencias autónomas, en fincas y propiedades y en empresas del Estado, eran incalculables; tampoco podían calcularse las sumas que dejaban de entrar en el fisco por contrabando, cobros amañados de los diferentes impuestos y exenciones contributivas caprichosas.

Pero no era posible hacerlo todo a la vez. Al Ministerio de Propiedades Públicas fue un comerciante del mediano comercio importador, que en siete meses recuperó para el Estado automóviles, muebles, solares, reses, reajustó los alquileres de las casas nacionales, cobró las acreencias atrasadas; a la Corporación de Fomento, que administraba la mayor cantidad de las empresas del Estado, fue un director de mentalidad parecida y se nombraron nuevos administradores en todas las empresas; de manera que cuando el Gobierno fue derrocado el 25 de septiembre de 1963, sólo nos faltaba reorganizar la industria azucarera estatal y eliminar el fraude en las compras que hacía el Estado.

Este fraude era el más generalizado. Cuando Trujillo alcanzó el poder, en 1930, el país tenía una Dirección General de Suministros del Estado y las compras se hacían por subasta pública; cuando murió el dictador, cada Ministerio compraba

lo que le hacía falta, cada departamento pedía al comercio lo que necesitaba, y como se hizo común y corriente que los comerciantes del país y sus agentes del exterior dieran el diez y el quince por ciento, en efectivo, del total de la compra al encargado de hacerla, el Gobierno democrático se encontró con un hábito de comisiones que había llegado a extremos escandalosos; a menudo, un departamento compraba cosas que no necesitaba sólo para que hubiera comisión, otro se hacía subir expresamente el precio de los artículos para que la comisión subiera, otro se las ingeniaba para echar a perder equipo nuevo a fin de justificar una compra que a su vez permitiera cobrar comisión.

Es difícil imaginarse a qué suma alcanzaba el fraude de las comisiones, porque éstas se estilaban en todo: los contratistas de obras públicas tenían que dar comisión a un intermediario, el cual a su vez pagaba comisión a un jefe, y los subcontratistas la pagaban a los contratistas, y la cadena llegaba ya a los más modestos funcionarios públicos, que tenían que dar dinero para conseguir empleo, y hasta a los escribientes de oficinas donde se expedían cheques, que cobraban por entregarlos.

Ese ambiente de corrupción era el caldo en que prosperaba una parte de la clase media dominicana, la porción de clase media que no se había preparado para obtener beneficios mediante la capacidad, en competencia honesta y abierta, y se las arreglaba para obtenerlos mediante el fraude, el negocio en la sombra, el favor del gobernante. Ahí estaba la clave de que la clase media dominicana —como ha sucedido con tantas otras en toda la América Latina en diferentes ocasiones— fuera tan indiferente en la defensa del régimen democrático, pues en el régimen democrático siempre se está expuesto a que alguien, en un mitin, en la radio, en un periódico, denuncie cualquiera de esos negocios turbios; y aunque a menudo el

ambiente de corrupción es usado por los políticos sin escrúpulos para acusar a todo el mundo de todas las infamias, lo cierto y verdadero es que la amenaza de que una de esas denuncias sea legítima asusta a los que viven del fraude, y su miedo acaba convirtiéndose en deseo de que desaparezca el sistema de gobierno que permite las denuncias públicas.

Por otro lado, la corrupción tiene consecuencias malas en un campo distinto: mata la fe de los que desearían tener fe en la democracia, especialmente entre los jóvenes; y esto es mucho más cierto en la América Latina, donde tal vez por esa misma tradición de fraude o por la necesidad de compensación para establecer el equilibrio que demanda la vida, la juventud tiene una necesidad vehemente de que la moralidad pública gobierne los actos de los que están en el poder.

Yo sabía, por denuncias privadas, que en los institutos armados —ejército, aviación, marina y policía— el cobro de comisión era un hábito; sabía también que los jefes acostumbraban nombrar intendentes que debían compartir con ellos las comisiones, y que cada cierto tiempo, cuando se consideraba que ya el intendente había percibido una cantidad de dinero suficiente, se nombraba uno nuevo para que se “acomodara”. Esa especie de institucionalización del robo llegó a tal punto, que en la madrugada del 25 de septiembre, antes aún de firmar la proclama del golpe de Estado, los militares golpistas discutieron la materia de las comisiones y resolvieron nombrar intendentes nuevos cada seis meses; y ahí mismo se acordó en qué orden de tiempo iban algunos de los firmantes de la proclama a ser nombrados intendentes. Con la autorización para cobrar comisiones se pagaba el asesinato de la democracia.

Un día llamé a los jefes militares y les dije que el cobro de comisiones debía terminar. Les expliqué que la democracia dominicana era observada atentamente en toda América, y que no podíamos permitir que se deshonrara; que la falta de

honestidad deshonraba la democracia no sólo porque el fraude es un delito en sí mismo, sino también porque sacaban fondos del Pueblo, que debían estar destinados a obras y servicios públicos, para llevarlos a bolsillos privados; les expliqué que según mis informes, la mayor cantidad de ese dinero sustraído al Pueblo era cambiado en dólares y enviado al extranjero, donde se colocaba en cuentas personales pero iba a dar, aunque figurara en el papel como dinero reservado a Fulano de Tal, a empresas, comercios e industrias extranjeros, porque los bancos usaban el dinero que recibían en depósitos para financiar negocios, de donde resultaba que el dinero dominicano que se le quitaba al Estado dominicano daba en fin de cuentas beneficios a otros países y no al nuestro; les dije que la República Dominicana era un país rico y que si nosotros nos sosteníamos dos años —nada más que dos años— con un régimen de austeridad, y si establecíamos como hábito la honestidad en la administración de los fondos públicos, el desarrollo del país iba a ser de tal naturaleza que la riqueza alcanzaría para todos.

Yo sabía que entre los jefes militares había uno que no estaba recibiendo beneficios del robo organizado, pero sabía también que los intendentes de su departamento hacían lo mismo que todos los intendentes de los institutos armados. De todos ellos, el que me oyó con más atención fue el jefe de la policía, y éste, al día siguiente, pidió verme para hablarme del asunto. “Presidente —me dijo—, he dado órdenes de que las comisiones se rebajen al cinco por ciento, porque rebajarlas de golpe a nada es casi imposible. El mes que viene ordenaré que no se cobren más. Pero quiero preguntarle algo: ¿qué hacemos si los comerciantes insisten en dar la comisión?”. “Pedirles que la rebajen en el precio, porque los comerciantes no dan esa comisión de sus beneficios; lo que hacen es que la suman al precio”, dije. Y cuento este detalle para que

se aprecie con qué naturalidad el encargado de perseguir los robos tomaba como cosa normal el hábito de las comisiones.

Una semana después llamé de nuevo a los jefes militares para saber si se estaba cumpliendo lo ordenado. Según ellos, no había cobro de comisiones en las fuerzas armadas; ese hábito se había eliminado. Entonces saqué de mi escritorio un recibo de un oficial extendido a una fábrica de baterías del Estado en el cual constaba la cantidad de dinero que había recibido, y explicaba el concepto: quince por ciento de comisión por compra de baterías para automóviles y camiones de la aviación. El Ministro de las Fuerzas Armadas se fue con el recibo y nunca más, a partir de ese día, volvió ninguna dependencia de su Ministerio, ni aun de la policía, a comprar una batería en esa fábrica; en lo sucesivo, las compras se hacían a comerciantes que pagaban las comisiones en efectivo y no dejaban pruebas de la operación.

La batalla por la decencia pública tenía que ser permanente y dura. La corrupción tomaba muchas formas, y el nepotismo era una de ellas. El país había heredado de la tiranía la costumbre de que familias enteras, incluyendo miembros colaterales, ocuparan los puestos públicos en los departamentos donde uno de ellos alcanzaba a ser jefe. El dispendio era escandaloso. Al tomar el poder, encontramos almacén de whisky, vinos y otros licores en el Palacio Nacional. Los autos con placas oficiales pululaban por donde quiera. Yo no usé auto del Estado ni placa oficial mientras fui Presidente, porque debía dar ejemplo de sencillez y austeridad, y en el Palacio Nacional sólo se brindaba café y agua de coco. La República Dominicana era un país pobre y debía sobrellevar su pobreza con dignidad, sin avergonzarse de ella y sin aumentarla por exhibir lujos que no podía darse. Cuando mi mujer hizo un viaje a los Estados Unidos para atender a nuestro hijo, que había sido sometido a una operación, ordené en el aeropuerto

que los inspectores de aduanas revisaran su equipaje y que se le aplicaran los impuestos de importación a todo lo nuevo que llevara; y así como actuaba yo, actuaban todos los Ministros y todos los altos funcionarios.

Para eliminar la venta de permisos de importación, con lo que se encarecían los artículos importados, se eliminó el control y se estableció libertad completa de importaciones; se eliminaron, por ley, los agentes de la lotería, que recibían los billetes del Estado y los vendían con sobreprecio a los detallistas; se estaban haciendo los estudios para mecanizar toda la contabilidad del Estado, a fin de impedir los fraudes en los cálculos de impuestos, y en el momento del golpe estaba en vías de organización una comisión de compras que hubiera hecho imposible el cobro de comisiones.

Con sólo evitar los robos de los fondos ya recaudados y evitar la fuga de impuestos antes del cobro, el país hubiera podido hacer frente a sus gastos sin necesidad de aumentar impuestos, y hubiera podido destinar una parte importante de esos gastos a inversiones reproductivas y a obras de infraestructura. Y era problema de vida o muerte hacer lo último, pues la República Dominicana no tenía invertido en infraestructura ni la quinta parte de lo que debía tener. Puerto Rico, con un millón menos de habitantes y con la sexta parte de nuestro territorio, tenía en caminos, acueductos, escuelas, hospitales, puertos, aeropuertos, plantas eléctricas, puentes y otras obras no menos de dos mil millones de dólares; la inversión total dominicana en esas obras quizá no llegaba a los quinientos millones.

Durante años y años, la corrupción había sido rampante, descarada y organizada desde lo más alto del poder público; no iba a ser fácil, pues, acabar con ella. Pero por lo menos se sabía ya que en las alturas del poder público no se apoyaba la corrupción, sino que se perseguía, y poco a poco podría

crearse el hábito de respetar los bienes del Pueblo. Pero la tarea era dura porque los beneficiados con la inmoralidad defendían su derecho a ejecutarla con más vehemencia que la que podían haber usado en defender derechos legítimos. Para esa gente, el que cometía delito era el Gobierno; cometía el imperdonable delito de ejercer y reclamar honestidad.

En la medida en que el Gobierno avanzaba en ese camino, la oposición se llenaba de santa cólera. Un comentarista de radio* —hay que llamarlo así, aunque no es comentarista el que se dedica a vociferar por la radio insultos, mentiras y vulgaridades— que había sido director del periódico del Gobierno bajo el Consejo de Estado, había hecho mal uso de fondos de la empresa y se le acusó ante los tribunales; pero cuando se le fue a detener con una orden judicial, líderes de la oposición —entre ellos el que había sido candidato presidencial de la UCN, el doctor Fiallo— rodearon al acusado, en un estudio de televisión que estaba transmitiendo —de manera que todos los televidentes que tenían puesta esa estación vieron el triste espectáculo—, y gritaron que allí estaba asesinándose la libertad de expresión, que ellos iban a dar sus vidas para salvarla; algunos reclamaron a voces que los militares derrocaran el Gobierno y hasta hubo quien solicitara que los matadores de Trujillo repitieran su acto heroico del 30 de mayo de 1961.

La intensidad de la corrupción puede medirse por ese episodio: los más altos líderes de la oposición se negaban a que la justicia actuara en un caso vulgar y corriente de abuso de confianza con dinero público. El caso era, en verdad, deprimente, pues en pocos países del mundo dos ex candidatos presidenciales podían reunirse para dar un espectáculo parecido. Como debía suceder, esos dos ex candidatos presidenciales

* Se trataba de Rafael Bonilla Aybar, alias Bonillita (N. del E.).

firmaron el acta notarial que formó el gobierno golpista, y en una memorable fotografía tomada el 25 de septiembre aparecen esos líderes junto con los oficiales que unas horas antes habían acordado “organizar” la secuencia de las intenciones militares.

Y he dicho “como debía suceder”, porque la conspiración golpista fue también un producto natural de la corrupción en que una parte de la clase media cultivaba sus derechos a los privilegios ilegítimos. La conspiración contra un Gobierno constitucional elegido por mayorías abrumadoras, en elecciones que todo el mundo reputó impecables, era una forma de robo; pues se le robó al Pueblo lo que el Pueblo hizo, y se le robó la esperanza, y el robo se cometió con nocturnidad, alevosía, acechanza y uso de armas. El golpe del 25 de septiembre de 1963 fue un asalto, con todos los agravantes, y los que lo indujeron y los que lo realizaron cometieron un delito mucho más serio que el que había cometido aquel desdichado comentarista que había mal dispuesto de unos cuantos pesos, si bien en los dos casos había un mismo origen: corrupción. En ambos casos se perseguía un fin: disponer de lo ajeno; y sucedía que en ambos hechos lo ajeno era del Pueblo dominicano.

Unos días después del golpe de Estado que llevó a Batista al poder en Cuba en el año 1952, oí a un negro de Jamaica, chofer de auto público en La Habana, decir algo que me impresionó. “Batista ha hecho esto porque es un hombre que no sabe perder, y el que no sabe perder no puede ser un buen ciudadano”. Yo me quedé pensando que el que no sabe perder no sabe tampoco ganar, y pretende ganar a la mala, arrebatándoles a otros lo que tienen. En pueblos de escaso desarrollo, donde los conceptos no se forman sobre bases seguras, se enseña el deporte para producir el puro desarrollo muscular y no se les da a los jóvenes deportistas de las escuelas la

filosofía del deporte y su intención humana, que no es hacer hombres musculosos para que exhiban los biceps en la playa o en fotos de concurso; es, también y sobre todo, formar mentalidad de equipo, carácter sobrio, enseñar a ganar un trofeo sin que produzca soberbia y perder un desafío sin que produzca humillación.

La corrupción tiene mil formas en nuestros países, y resulta que la corrupción corrompe, pues el ejemplo de actos ilícitos que no son penados y la exhibición de las ventajas que se compran con el producto del robo, van extendiendo la corrupción en diversos niveles. En el origen de las tiranías latinoamericanas está siempre el robo; robo ya hecho que se quiere defender o robo que va a hacerse; mantenimiento de privilegios obtenidos de mala manera por grupos sociales determinados y también avaricia de robo por parte del que desea ser dictador. Y detrás de los robos llega el crimen, porque se hace necesario ocultar el robo y por tanto hay que suprimir las libertades públicas, y para suprimir las libertades públicas es forzoso establecer el terror, y el terror se establece matando.

Aunque hubo numerosas causas, todas coincidentes, para el golpe militar dominicano de 1963, la que lo determinó fue la corrupción. En mi viaje a México, adonde iba como invitado del presidente López Mateos a la celebración del aniversario de la independencia mexicana, me acompañaron el Ministro de las Fuerzas Armadas y el jefe de la aviación militar. Este último me presentó en el viaje un proyecto suyo para comprar aviones de guerra ingleses por seis millones de dólares. Yo tenía informes acerca de la negociación. El jefe de la aviación militar había mantenido en el hotel Embajador varias entrevistas con agentes extranjeros, y en esas entrevistas se bebía y se hablaba más de la cuenta. Sólo a un inconsciente se le podía ocurrir que un país en quiebra, con el Pueblo muriéndose de hambre, estaba en condiciones de gastar seis millones de

dólares en aviones de guerra. Ese general sabía, como todos sus compañeros de las fuerzas armadas, cuál era la situación económica del Gobierno, pues a menudo yo mismo le hablaba de ella; sin embargo su inconsciencia era tan notable que sin haber hablado conmigo había seleccionado el grupo de pilotos que iban a llevar esos aviones desde Inglaterra, y los había puesto a recibir lecciones de inglés.

La Comisión habitual de los compradores en las fuerzas armadas era de diez por ciento, aunque hubo casos, como el de la compra de baterías, en que se llegó al quince por ciento. En las conversaciones del hotel Embajador el tanto por ciento se había fijado en veinte, es decir, en un millón doscientos mil dólares. La tajada era demasiado grande, y valía la pena derrocar un Gobierno cuyo Presidente no estaba dispuesto a permitir que un millón doscientos mil dólares del Pueblo dominicano fueran a parar a una cuenta de ahorro de un banco de Miami o de Puerto Rico.

Yo retorné de México el día 19 de septiembre; el 23 se decidió el golpe; en la madrugada del 25, el golpe se había consumado.

XIX

TRUJILLO, EL JEFE MILITAR DEL GOLPE

Las fuerzas armadas dominicanas eran una representación cabal del compuesto social del país, pero tenían características que eran más perceptibles en ellas que en el conjunto general, es decir, en la sociedad dominicana. Esto se explica porque en Santo Domingo no se iba a los institutos armados ni para rendir un servicio militar ni por vocación militar —salvo algunas excepciones— sino a ganarse la vida, a recibir un sueldo y a conquistar una posición, tal como sucedía en la Cuba de Batista.

En la República Dominicana no había servicio militar obligatorio sino contratos por tiempo fijo y con mesada establecida. El soldado, pues, trataba de progresar con la mayor rapidez posible, y lo conseguía si demostraba su adaptabilidad a los métodos y caprichos de Trujillo, de su hijo Ramfis o de los innumerables jefes que pertenecían a la familia Trujillo, de donde resultaba que ascendía más pronto el que tuviera más ambiciones y menos escrúpulos; y de ahí se desprendía una rápida movilidad social, puesto que había hombres que en pocos años pasaban de soldados rasos a mayores, coroneles y generales, esto es, de peones campesinos a mediana y alta clase media. Esa rapidez en el paso de un sector social a otro, con la consecuente transformación del individuo que hacía el tránsito —que en poco tiempo se hacía más conservador, más intolerante y más duro, así como cada vez más dedicado a su

provecho personal y con menos sensibilidad para los males del país—, destacaba el carácter de la sociedad dominicana dentro de las fuerzas armadas con mayor nitidez que en el conjunto general.

Las fuerzas armadas dominicanas habían sido organizadas después de 1916 por el Gobierno militar norteamericano de ocupación, el cual disolvió las que había en el país antes de ese año. En los primeros tiempos, el nuevo ejército tuvo funciones de policía rural y se llamaba Policía Nacional Dominicana. Sus miembros se reclutaron sobre todo entre peones campesinos sin trabajo y antiguos soldados, que se contrataban por dos años con derecho a prolongar el contrato tantas veces como lo quisieran. Algunos miembros de la pequeña clase media, y entre ellos se hallaba Trujillo, entraron como oficiales en la Policía Nacional, a la que el Pueblo llamó desde el primer momento “la guardia”. Después que Trujillo tomó el poder era fácil ascender de soldado raso a oficial en un día mediante una demostración de trujillismo ferviente, por ejemplo, haber muerto a un enemigo del “jefe”. Todavía en sus últimos días, Trujillo acostumbraba preguntar de buenas a primeras a un oficial: “¿A cuántos ha matado usted?”. Esto lo hacía cuando invitaba a los oficiales a comer con él. Conocí el caso de un oficial que halló la manera de eludir todas las oportunidades de ir a esas comidas, porque, según me contaba él mismo, “si me hubiera hecho esa pregunta no sé lo que habría sido de mí, y tal vez hubiera comedido una locura”.

Ese oficial, que enrojecía de cólera cuando recordaba lo cerca que estuvo de un mal momento, era uno de los ochenta o cien oficiales de las fuerzas armadas trujillistas que habían entrado en ellas por vocación militar, para hacer una carrera a base de capacidad y dignidad sin darse cuenta de cómo era por dentro la organización. Esos oficiales difícilmente podían

ascender a puestos de responsabilidad. En la organización social de los institutos armados, no podían pasar de pequeña clase media.

¿Cómo se explica eso de pequeña, mediana y alta clase media en un ejército?

Por lo que ya he dicho; porque se trataba de un ejército al cual se iba a ganarse la vida, a conquistar una posición económica y social. La masa del Pueblo estaba representada por los soldados y las clases; la pequeña clase media por la oficialidad de segundo teniente hasta capitán o hasta mayor; la mediana clase media, por los mayores de la aviación —que tenían un sobresueldo—, los tenientes coroneles y los coroneles; la alta clase media, por los generales en activo y retirados, pues un general retirado ganaba tanto como un general activo aunque percibía menos dinero debido a que no participaba en los muchos negocios que hacían los generales activos con los fondos de la institución.

En los primeros veinticinco años de Trujillo, el orden público estuvo confiado a la policía y la represión política a las fuerzas armadas; después, la represión política se concentró, dentro de las fuerzas armadas, en el llamado SIM —servicio de inteligencia militar—, y cada departamento tenía su SIM y cada SIM era un antro de crímenes y de torturas espeluznantes; pero en 1959, con motivo de la invasión de antitrujillistas que llegó al país desde Cuba, la represión desbordó los SIM y fue ejercida de nuevo por oficiales y soldados de todas las fuerzas, y especialmente por los de la aviación militar, que se hallaba bajo el mando de Ramfis, el hijo del tirano.

La aviación militar concentró su poder en la base aérea de San Isidro, a unos quince kilómetros de la Capital; allí, en las vecindades, estaba también la escuela militar, que era una creación reciente. Un día, mientras yo despachaba trabajo en mi casa y los jefes de las fuerzas armadas me esperaban en una

pequeña terraza-patio que quedaba al lado del sitio donde yo estaba trabajando, oí al jefe de la aviación comentar con los otros generales el estado de inquietud y de alarma de los jóvenes oficiales por el uso que estaba haciéndose de la libertad de expresión. Todo el mundo hablaba por radio y, bajo el Gobierno constitucional, todo el mundo quería demostrar que era valiente diciendo lo que se le antojaba, y muchos jóvenes oficiales tenían miedo. ¿Por qué? Porque muchos de ellos habían tenido que obedecer órdenes duras. “Recuerden”, decía el jefe de la aviación, “que los cadetes tuvieron que matar a los muchachos del 14 de Junio”.

Cuando pasé a hablar con los generales no di señales de haber oído esas palabras. Pocos días después interrogué a un oficial de mi confianza. Los llamados “muchachos del 14 de Junio” habían sido los invasores procedentes de Cuba, que habían llegado a tierra dominicana el 14 de junio de 1959, fecha de la que tomó el nombre la Agrupación 14 de Junio, organizada después de la invasión. La mayor parte de esos invasores habían sido cogidos prisioneros, brutalmente golpeados, pateados, heridos, y llevados a la base de San Isidro, donde se les torturó sin piedad, y luego, sin juicio alguno, fueron fusilados en los patios de la escuela militar. El director de la escuela militar seleccionó él mismo los escuadrones de fusilamiento. Si alguno de los cadetes hubiera rehusado participar en la hecatombe, el director lo hubiera puesto en la fila de las víctimas. Desde luego, ese director de la escuela militar tenía que ser, y fue, uno de los golpistas más activos. Por cierto, en la madrugada del golpe ese militar iba de grupo en grupo diciendo que él había fingido ser mi amigo para poder tumbarme sin levantar sospechas, lo cual da idea del tipo de moral corriente entre los jefes militares golpistas. Un hombre que use uniforme es el menos autorizado para simular. En todos los casos, el simulador es una criatura inferior.

Para dar una idea de lo que era el ejército dominicano de Trujillo —que era el mismo ejército del Gobierno que yo presidí— voy a relatar un episodio de verdadera profundidad trágica. Antes debo explicar que mi gratitud hacia los que mataron a Trujillo, y libraron con esa muerte a mi país de una tiranía de espanto y a América de una mancha oprobiosa, es casi como la del hijo hacia la madre, y si no es igual se debe a que entre el hijo y la madre hay, además de gratitud, un lazo perpetuo de amor que sólo el trato genera. Sin madre no hay hijo, y sin la muerte de Trujillo yo no hubiera vuelto a ser —aunque por corto tiempo— un dominicano con el derecho y la capacidad de vivir en mi tierra, de volver al seno de la patria perdida, de sentirme yo mismo integrado en mi ambiente vital. Pero si tengo esa gratitud por los que mataron a Trujillo, tengo también grados en la admiración por cada uno de ellos; y entre todos, al que más admiro es al teniente Amado García Guerrero, un militar del Pueblo, espécimen extraordinario de hombre en cualquier parte.

Amado García Guerrero no sobrevivió a la muerte de Trujillo sino dos o tres días; fue cazado a tiros por los asesinos de Ramfis, aunque tuvo la fortuna de morir peleando, gracia que no disfrutaron todos sus compañeros, y como no vive no podrá confirmar lo que voy a contar; pero aseguro que es cierto porque me lo relató alguien que lo supo de los propios labios de García Guerrero.

El teniente García Guerrero, de origen humilde, tenía esa coherencia, esa consistencia moral que uno halla en la gente del Pueblo dominicano y que no encuentra en la clase media sino como excepción. Por su seriedad y decisión, había sido llevado al cuerpo de ayudantes de Trujillo, y allí, oyendo a sus compañeros contar detalles de la vida del tirano y viendo a éste de cerca, le cobró un odio tal, odio de dominicano herido en lo más íntimo de su entraña por la vulgaridad, la falta

de nobleza, el engreimiento, la rapacidad y la maldad de aquel hombre. Resuelto a actuar para librar a su país del mal engendro que había hecho de la tierra dominicana la morada del crimen, entró en el complot que culminaría en el tiranicidio del 30 de mayo de 1961, y debido a su puesto en la ayudantía militar del llamado “generalísimo”, resultó ser el factor clave de la conjura. Sin Amado García Guerrero hubiera sido muy difícil, casi imposible, matar a Trujillo, pues él era quien conocía los movimientos del tirano y quien se los comunicaba a los conjurados.

Pues bien, cuando ya García Guerrero tenía uno o dos meses participando en el complot, recibió una llamada para que fuera al SIM. Era media noche, y al entrar en la casa de torturas llamada “La Cuarenta”, García Guerrero vio guiñapos humanos deshechos, sangrantes, que ya no tenían fuerzas ni para gemir. “Lo he llamado para que mate a ese hombre”, le dijo el jefe del SIM, señalando a una figura que estaba sentada en un sillón. García Guerrero pensó rápidamente: “Sabes algo y quieren ponerme a prueba. Si me niego, me torturarán para sacarme los nombres de mis compañeros; si no me niego, creerán en mí y en lo que les diga”.

El valor que necesitó García Guerrero, un hombre entero, para no responder con una injuria, una bofetada o un tiro al asesino que le proponía un crimen, es algo que está más allá de lo que puede esperarse de un valiente. Tenía que mantenerse sereno, no dar la menor muestra de vacilación, conservarse él y conservar a sus compañeros de conjura para el acto que debía librar al país del tirano y de su régimen. Cogió, pues, la pistola que le extendía el jefe del SIM y mató al desconocido.

¿Quién era la víctima? Un dominicano, pero un dominicano que moría por la libertad de su pueblo; alguien que había sido delatado tal vez porque pensaba hacer lo mismo

que el teniente García Guerrero. La intensidad de la tortura moral que padeció García Guerrero en ese momento y en los días siguientes no puede medirse fácilmente. El había resuelto, con pasión profunda, razón fría y carácter duro, eliminar al hombre que mantenía el país aterrado con el crimen, y él resultaba una pieza en esa máquina de horrores que era el trujillismo. A partir de esa noche, el teniente García Guerrero sólo vivió para aniquilar a Trujillo. Tuvo la satisfacción de ver su propósito cumplido y a Trujillo metido en el baúl de un automóvil, convertido en un momento de tirano de un pueblo en un montón de carne sin vida.

Tal como le sucedió a García Guerrero, aunque no estuvieran en su caso, muchos oficiales dominicanos fueron llevados a matar. “¿A cuántos ha matado usted?”, preguntaba Trujillo con su voz atiplada y su dejo hiriente. Algunos mataron porque si se negaban exponían la vida, otros mataron porque tenían entrañas de asesinos, otros mataron porque al hacerlo se distinguían y ganaban ascensos y favores. Pero había oficiales, como he dicho, que habían entrado en las fuerzas armadas por vocación, que creían que en la carrera de las armas podían servir a su país, y esos querían estudiar, prepararse, capacitarse; la mayor parte de estos últimos procedían de la pequeña clase media y algunos de la mediana clase media. Y a esos oficiales les era muy difícil llegar a los puestos más altos; es más, los altos mandos les cerraban todos los caminos hacia los ascensos porque les temían; temían a su honestidad y a su preparación, y siempre se las arreglaban para tenerlos lejos del país o en cargos donde vegetaban como simples burócratas.

En el año que transcurrió entre la fuga de la familia Trujillo, sucedida en noviembre de 1961, y las elecciones de diciembre de 1962, en las fuerzas armadas se produjo un acomodamiento similar al que estaba produciéndose en el país; y así

como la alta clase media había tomado el poder a través del Consejo de Estado para dotarse a sí misma de sustancia económica, la alta clase media militar tomó el control de los institutos armados con la vista puesta en el único fin de hacer dinero cuanto antes, tener afuera dólares en la mayor cantidad y en el menor tiempo posible. Podía haber una o dos excepciones, pero no más. El Consejo de Estado estableció las cantinas militares, con lo cual los militares de alto rango pasaron a ser comerciantes al tiempo que los comerciantes se mezclaban con los políticos para hacer política con los militares.

Después del golpe de Estado de 1963, el comercio dominicano se alarmó debido a la competencia de las cantinas militares y al contrabando rampante que se estableció por aire y por mar, con aviones de la aviación militar y con barcos de la marina de guerra. La alta clase media dominicana, que a través de sus líderes políticos llevó a los militares a dar el golpe, creyó que los militares iban a ser sus sirvientes. Había olvidado la lección, todavía viva, de Trujillo. En un país como la República Dominicana, en proceso de formación en el orden social, cultural y económico, los ejércitos no son instrumento de nadie, y cuando salen de los cuarteles salen a mandar, no a obedecer.

Parece lógico que en una sociedad de estructuras tambaleantes por débiles, el ejército lo sea. Sin embargo cuando se dice “fuerzas armadas dominicanas”, el militar de otro país puede pensar en una institución estable, con mandos que tengan la dignidad del soldado; y sería un error. Por ejemplo, para echar de la institución a un oficial que no le merecía confianza —porque no estaba de acuerdo en que los militares intervinieran en política o hicieran negocios—, el jefe de la aviación tenía el siguiente método: mandaba un soldado a robarle la pistola al oficial y luego acusaba a éste de haberla perdido o vendido, tras lo cual llegaba la

separación fulminante sin derecho a retiro. Eran los mismos métodos de Trujillo, sin cambiarles una coma.

La conducta de ese jefe de la aviación, y de muchos otros jefes militares, correspondía en todos los sentidos a esos métodos: queridas aquí y allá, bebentinas inacabables, lenguaje vulgar, modales sin corrección, lecturas de muñequitos; alma resentida, vida sin propósito noble, avidez de dinero y placeres sin tasa, ausencia de lealtad al amigo, a la familia, a la patria, a todo. Era gente que había pasado en pocos años de pequeña clase media pobre —y hasta de peón campesino y de sintrabajo— a alta clase media, y en su rápido paso por la escala social había adquirido todos los vicios de la mediana y la alta clase media y ninguna de sus virtudes. Y eso, que las virtudes de la mediana y la alta clase media dominicanas no son abundantes.

Con gente así hubiera podido mantenerse una democracia de relajo en un país rico; una democracia que hubiera tenido por delante veinticinco o treinta años para ir desarrollándose y afianzándose poco a poco, a través del fortalecimiento progresivo de sus estructuras sociales. Pero la República Dominicana no era rica sino un país muy pobre y plagado de necesidades, que no podía distraer un peso en nada que no fueran atenciones legítimas; un país que no tenía por delante tiempo para ese avance lento, porque ya había retrasado su evolución demasiados años y en 1961 había llegado al punto en que sus problemas crecían más de prisa que los medios para solucionarlos, y por último era un país que necesitaba tener ante sus ojos la imagen de una democracia tan perfecta como la había soñado durante más de treinta años; y si no se le daba no creería jamás en la democracia.

Ahora bien, era imposible cambiar ese ejército, hacerlo nuevo en siete meses y ni aun en años. Un tercio de siglo de malos hábitos no se borra con un plumazo. Esas fuerzas armadas eran

las mismas de Trujillo, las que él formó aunque las fundara la ocupación norteamericana; esos generales, esos coroneles, habían sido obra suya y estaban hechos a sus métodos. En suma, ese había sido el instrumento de Trujillo para mantener al Pueblo aterrado, y tan pronto como se les sacara del marco legal y constitucional, esos militares iban a hacer lo mismo que habían hecho toda su vida hasta el 19 de noviembre de 1961, esto es, hasta un año y diez meses antes del golpe de 1963.

Es increíble hasta donde las pasiones ciegan a los hombres, a qué punto de locura los puede llevar la incapacidad de aprender a perder. Y no hablo de hombres como quiera, sino de gente culta, de líderes políticos —aunque en Santo Domingo hubo líderes que leían y escribían trabajosamente—, de ex candidatos presidenciales, de médicos y profesores, de abogados y sacerdotes, de comerciantes e industriales. Es increíble, porque todos los que organizaron la conspiración golpista de 1963 sabían que los altos oficiales de las fuerzas armadas dominicanas eran hechura de Trujillo, y que tan pronto rompieran los límites establecidos por el respeto a la Constitución, a las leyes y a los poderes legítimos, iban a conducirse como se habían conducido durante toda su vida; es decir, iban a derramar sobre el país la muerte y el saqueo.

Una conducta no se improvisa, y el hecho de que un ser antisocial se comporte durante un año como persona normal, no significa que ha dejado de ser antisocial. En las fuerzas armadas de Trujillo hubo gente que fue forzada a matar y a saquear, y sólo Dios y el alma de ellos saben cuánto sufrimiento les costó tener que hacerlo; de manera que estos no fueron nunca, en lo íntimo de su conciencia, culpables de crímenes. Pero había otra gente que tenía a gala matar y saquear, y cuando se rompieran los frenos sociales, volverían a hacerlo; y los inductores del golpe de Estado, los líderes políticos, los sacerdotes, los comerciantes, los periodistas que

planearon el golpe y sacaron a los militares de los cuarteles para que lo dieran, estaban en la obligación de saber eso. A ellos, pues, les toca la mayor responsabilidad por los asesinatos y los robos que se produjeron en la República Dominicana después del 25 de septiembre de 1963.

Como el golpe fue un fracaso en sus resultados económicos y políticos, puesto que seis meses después, de los partidos golpistas, sólo UCN tenía cargos en el Gobierno y la situación económica del país había pasado a ser negra, los líderes golpistas comenzaron a decir, al principio muy cautamente y después en forma más abierta, que ellos no habían tenido responsabilidad en el golpe. Los jefes militares, con muy poca o ninguna conciencia histórica, se sentían satisfechos de cargar ellos con el “honor” de haber dado el golpe. El cinismo de los políticos golpistas llegó a tal grado, que el 25 de julio de 1964 UCN envió a la prensa un comunicado contra los golpes de Estado. En cuanto a los militares, hicieron publicar avisos hasta en periódicos de Miami afirmando que eran “apolíticos” y que respetaban el “poder legítimo”.

Tal vez he calificado injustamente al decir “cinismo”. El doctor Viriato Fiallo explicó más de una vez, después del golpe, que “política es oportunidad”. Hay, efectivamente, gente para quien “política es oportunidad”, y como las oportunidades cambian, pueden cambiar los conceptos y las palabras que los expresan. Así, puede que no sea cinismo condenar los golpes de Estado diez meses después de haber organizado uno y de haber firmado el acta notarial que lo consagró como un acto patriótico.

En el Palacio Nacional de Santo Domingo —un edificio hecho por Trujillo que pretende copiar en cemento “Portland” las nobles construcciones de piedra y ladrillo del Renacimiento italiano— hay dos despachos que ocupan el extremo noreste del ala izquierda de la segunda planta; uno es pequeño y

está en la esquina, el otro es más grande y queda contiguo al primero, con ventanas al este. El segundo de esos despachos era el de Trujillo; el más pequeño, que en los días de Trujillo servía de antesala, era el que ocupaba yo.

En ese despacho quedé preso la noche del 25 de septiembre de 1963. Conmigo estaban el Vicepresidente, el Presidente del Senado y varios Ministros. A través de las puertas de cristal, veíamos las sombras de los guardias que pasaban armados de ametralladoras. Ninguno entró en el despacho que ocupábamos, salvo el jefe del Cuerpo de Ayudantes; la mayoría estaba en el salón grande, el que había ocupado Trujillo.

Si alguien hubiera llegado esa madrugada a decirme que Trujillo estaba allí, que había vuelto a ocupar su sitio en el Palacio Nacional, lo hubiera aceptado como una verdad. Pues esa noche, el “jefe” volvió a mandar a sus hombres de armas, mientras afuera, en la ciudad alarmada por las patrullas de la policía que irrumpían en las casas para hacer preso a todo aquel que pudiera movilizar masas, los trujillistas de toda la vida se felicitaban por teléfono y celebraban con exclamaciones de alborozo el retorno del ausente.

XX

LOS SECTORES SOCIALES EN LAS FUERZAS ARMADAS

Las fuerzas armadas de la República Dominicana tenían su propia clase media, en sus tres sectores; una clase media producida dentro y por las fuerzas armadas mediante los ascensos. Pero en los últimos años de Trujillo, y especialmente después de 1947, a las filas de los institutos de armas entraron numerosos jóvenes que en la vida civil pertenecían a la clase media, también en sus tres sectores. La corte militar de Ramfis, por ejemplo, estaba formada principalmente por jóvenes que procedían de la alta y la mediana clase media civil; la oficialidad de la aviación se formó a base de jóvenes de la pequeña y la mediana clase media civil, y otro tanto, aunque no en forma tan marcada, sucedió en la marina. En la infantería —llamada, en el país, ejército— y en la policía, siguió siendo preponderante la pequeña clase media.

En las fuerzas armadas sucedió, aunque en menor grado, lo mismo que en el país: los jóvenes de clase media se volvían contra sus padres, es decir, contra la imagen moral y política de sus padres. Y así ocurría que en el bastión de Trujillo, en la propia casa de armas del señor todopoderoso, estaban formándose jóvenes apasionadamente antitrujillistas. ¿Por qué sucedía eso? Pues porque esos jóvenes creían que un ejército era una institución que debía ser gobernada por leyes y reglamentos, no por caprichos personales; y resultaba que el tirano y su hijo Ramfis hacían generales y coroneles de cualesquiera

que les cayeran en gracia. Además, esos jóvenes creían que un ejército es una institución que está por encima de los vaivenes de la política, que no es un campo de negocios, que no debe servir los intereses privados de nadie. Para esos jóvenes, la democracia establecida el 27 de febrero de 1963 fue un fracaso lamentable, porque esa democracia —el Gobierno que yo presidí— no les abrió paso a las ideas que ellos sustentaban; por lo menos, no les abrió paso dentro de las fuerzas armadas.

Eso es verdad, pero tiene su explicación. Cuando yo tomé el poder la conspiración estaba ya en marcha, y había avanzado tanto que un alto oficial consideró prudente que les hablara a los oficiales antes del 27 de febrero. Si yo hubiera hecho un cambio en los mandos, uno solo, el Gobierno hubiera durado semanas, y tal vez días.

Igual que en el campo civil, donde la clase media se envenenaba a sí misma, y envenenaba al país, con una perpetua invención de chismes y rumores, en el campo militar la clase media se mantenía conmovida por chismes y rumores. A mí me resultaba prácticamente imposible atender a todos ellos, analizarlos, localizar sus fuentes, distinguir entre los que tenían interés político y los que eran de mero aspecto personal.

Igual que en el campo civil, donde la clase media luchaba y se movía en pos de privilegios, favores, regalos, porque no estaba preparada para la competencia abierta y leal y no tenía capacidad para crear, la clase media militar vivía solicitando favores; o una finca de las tierras del Estado, o un solar de los que tenía el Estado en la Capital, o la exención de derechos para automóviles. Eran militares, pero querían tener actividades de negocios fuera del campo militar.

Yo sé que todas esas son características de las fuerzas armadas en cualquier país de escaso desarrollo, pero quiero destacarlas porque tal vez ayude a comprender los problemas de países de América que se hallan más o menos en un punto de

evolución parecido al de la República Dominicana en 1963. Yo nunca tuve pruebas de que la misión militar norteamericana en Santo Domingo conspirara para derrocar al Gobierno democrático, aunque a menudo me llegaban rumores en ese sentido; pero estoy seguro de que si un capitán de la misión hubiera dicho que el Gobierno debía ser derrocado, lo hubiera sido en una hora, porque ese capitán tenía más autoridad sobre los altos mandos militares dominicanos que el Pueblo, la Constitución, el Presidente. Sin embargo estoy también seguro de que en México no podría pasar nada parecido. ¿Por qué? Porque los militares mexicanos, sean de alta, mediana o pequeña clase media, tienen fervor patriótico, aman a su país, no se sienten humillados ni amargados ni frustrados como mexicanos, sino todo lo contrario; en cambio, como ya he explicado en otra parte de este libro, la clase media dominicana, con sus excepciones lógicas, no ama a su patria, y la clase media militar, también con sus excepciones lógicas, siente y actúa como la clase media civil. La oficialidad chilena no se mantiene conmovida por chismes, no le teme al rumor. ¿Por qué? Porque se siente segura; sabe que con ella no pueden cometerse injusticias, porque sus fuerzas armadas son una institución seria, bien querida por el Pueblo; porque no tienen complejos de culpa debido a que son conscientes de que no han abusado del Pueblo ni usan contra él las armas que la República les ha confiado. Los oficiales uruguayos no van a la oficina del Presidente a pedir tierras, solares y exenciones, porque son gente bien preparada que en cualquier momento pueden abandonar la carrera de las armas y vivir de su profesión tal vez mejor que en el ejército, y si no lo abandonan, saben que al final de sus servicios tendrán una pensión que les permitirá vivir con seguridad; y de todas maneras fueron soldados porque escogieron las armas por vocación, no como un medio de vida ni para escalar posiciones.

Las fuerzas armadas dominicanas son las más atrasadas de América, no sólo porque el país del cual son parte quedó retrasado en relación con otros del Hemisferio, sino porque ellas mismas resultan atrasadas por su propia organización; porque son un medio de vida y un campo de competencia frente a la parte civil del Pueblo, es decir, porque a ellas se va a escalar posiciones y a buscar fortuna.

Ahora bien, esos jóvenes de la clase media que estaban formándose como antitrujillistas dentro de las fuerzas armadas cuando la familia Trujillo quedó eliminada —muchos de ellos echados de las filas a raíz del golpe de septiembre— sentían la necesidad de que las fuerzas armadas fueran transformadas en una institución estable y especializada, y hablaban de ello con oficiales de menor graduación, con esos oficiales de la pequeña clase media que pertenecían a la última promoción de la época de Trujillo; y los conceptos dichos en reuniones familiares y en charlas de campamentos quedaron en los cuarteles como semillas sembradas aquí y allá, al voleo; pocas semillas, es cierto, pero en los procesos sociales y políticos sucede algo parecido a los de la naturaleza: un solo grano de maíz produce varias mazorcas, con millares de granos, si ha sido sembrado a tiempo en tierra buena.

El Pueblo dominicano es una tierra buena para la semilla de la democracia, y el Pueblo dominicano está representado en las fuerzas armadas por soldados y clases, y así como la pequeña clase media en la vida civil se halla cerca del Pueblo porque de él sale y mientras no avanza hacia la mediana clase media se mantiene en contacto estrecho con el Pueblo, así la pequeña clase media militar —tenientes y capitanes y muchos mayores— sienten y piensan casi como las clases y los rasos. En esa tierra, más temprano o más tarde, van a germinar las semillas de la renovación.

Bajo el régimen democrático la alta clase media y una parte de la mediana clase media de las fuerzas armadas actuó de acuerdo con la alta clase media y la mediana clase del campo civil. En el sector militar, el golpe fue dado sólo por veintiséis generales y coroneles, conducidos por el miedo y la ambición en la misma forma en que el miedo a cambios en las estructuras sociales y la ambición de poder para asegurar y conquistar riquezas produjo en el campo civil el movimiento golpista. Si se hubiera consultado a las masas civiles y a las masas militares, no hubiera habido golpe. Pero los golpes no se dan —salvo contadas veces— para mejorar la suerte de las masas sino para que saquen provecho las minorías que tienen los mandos civiles y militares; por tanto, sería de tontos esperar que los golpistas hagan consultas a las masas. Eso sólo lo hacen los demócratas que creen que el origen legítimo del poder está en la voluntad de las mayorías, no los conspiradores que consideran que el poder reside en la fuerza.

Las capas sociales más bajas, fueran civiles o fueran militares, no participaron en el golpe. Ahora bien, la pregunta oportuna hubiera sido la siguiente: ¿Era posible establecer las bases del Gobierno en esas capas en la pequeña clase media, en los obreros, en los sintrabajo? Y la respuesta adecuada hubiera sido: las del Gobierno no, porque en esas capas sociales había poca gente capaz de manejar el mecanismo de la administración pública; pero las de las fuerzas armadas sí, porque abundaban los tenientes, los capitanes y los mayores más capacitados, intelectual y moralmente, que los coroneles y los generales. Aquellos pertenecían a una generación que por razones de época si no por otras, era consustancialmente antitrujillista; los últimos formaban la crema del trujillismo intermedio, ése que no estaba compuesto por asesinos del SIM, pero sí por beneficiados de la tiranía. El Gobierno constitucional no pudo hacer nada para llevar a los mandos a gente

nueva debido a que la alta clase media civil le contagió su miedo al grupo que monopolizaba esos mandos a fin de asegurarse el poder a través de un golpe; y después del golpe ningún otro Gobierno podría hacerlo sin la coyuntura de un movimiento de reorganización que se produjera dentro de las propias fuerzas armadas.

Ahora bien, aun con esa remoción, ¿es posible tener un ejército estable en un país inestable? Si el ejército es parte de una sociedad basada en estructuras tambaleantes, ¿no tiene que ser el ejército, necesariamente, una fuerza también tambaleante?

Sí y no, porque bajo el régimen de Trujillo fue una fuerza estable, firme, el cimiento de roca en que se asentó aquella fábrica de crímenes. El terror le dio estabilidad. ¿Qué puede sustituir al terror? La seguridad democrática que confiere el ejercicio de una carrera honestamente servida y honrosamente tratada. Hay que convertir al militar dominicano, de burócrata uniformado que vive bajo la amenaza continua de ser despedido si no se adapta a los caprichos del jefe, en soldado profesional que se gobierna por leyes y reglamentos. Si eso se consigue, es posible, todavía, desarrollar la democracia en la República Dominicana, a pesar de que el tiempo de la democracia en América parece ser muy corto y muy preñado de huracanes desatados y de rayos aniquilantes.

Los altos mandos golpistas tomaron el poder el 25 de septiembre de 1963 y llamaron a los partidos golpistas para que formaran Gobierno. Como tenían más respeto a los representantes de los Estados Unidos que al Pueblo dominicano, estaban asustados con la actitud enérgica del embajador Martin, que les negó su apoyo, y no querían cargar con las consecuencias de la falta de respaldo de Norteamérica. Los partidos golpistas formaron un triunvirato civil, con la suma de los poderes del Estado, y de ese triunvirato escogieron un Presidente. La falta

de coherencia de la clase media dominicana puede medirse por este detalle: el Presidente del triunvirato había sido el Presidente de la Junta Central Electoral que había firmado el certificado de mi elección. A aquel hombre no le importaba desautorizar su propia firma. La vida de la clase media dominicana está llena de falta de lealtad a sí misma. Con su profunda sabiduría, el Pueblo llamó al nuevo régimen “el triunvirato”, con lo cual quería significar que era el Gobierno del doctor Viriato Fiallo; y también comenzó el mismo día del golpe, a llamar a Santo Domingo Ciudad Trujillo, a dar gritos de “¡Viva el jefe!”, a resucitar, con acento de amarga burla, los ritos que había impuesto Trujillo.

A medida que los hombres del “Triunvirato” iban fallándoles a los golpistas, los iban sustituyendo por otros más adaptables; y así, de los tres triunviros originales, al cabo de nueve meses no quedaba ninguno, y ni siquiera quedaban tres nuevos, sino dos, pues para uno de ellos no habían encontrado sustituto.

Desde el primer día del golpe, y aun desde la hora misma del golpe, comenzaron las prisiones, las apaleaduras, los allanamientos a la fuerza, sin autorización judicial; las expulsiones, la acción terrorista de la policía en las calles, los asaltos vulgares a oficinas, centros profesionales y edificios; la propaganda insultante por radio y prensa, con el viejo lenguaje depravado de Trujillo, y la persecución, en el exterior, a los desterrados con esa propaganda pagada en prensa extranjera. Y como tenía que suceder, todo eso culminó, antes de que terminara el año, en asesinatos políticos ejecutados a la manera de Trujillo.

La dirección del 14 de Junio, fiel a aquel juicio que la llevó a pensar que la República Dominicana de Trujillo era la Cuba de Batista, y que por tanto en Santo Domingo podía repetirse la revolución de Fidel Castro, vio que el golpe era la

resurrección del trujillato y pensó que todavía podía hacerse en tierra dominicana aquella revolución de leyenda que había hecho la juventud del 26 de Julio en la Cuba de 1957 y 1958; y se fue a las montañas. Cuando, al cabo de los días, los guerrilleros de varios puntos del país bajaron desarmados a entregarse, con las camisas desgarradas en puntas de varas cortadas a los árboles del camino a fin de que de lejos se viera que iban en son de paz y de rendición, encontraron que los recibían chorros de plomo. Murieron abogados, médicos, arquitectos, estudiantes, obreros, entre ellos el Presidente del 14 de Junio, el doctor Manuel Tavárez Justo y varios de los líderes de esa organización. Tres años antes, la esposa de Tavárez Justo y dos hermanas de la esposa habían sido asesinadas a palos, en un cañaveiral, por esbirros del SIM de Trujillo, y habían sido muertas cuando volvían de ver al doctor Tavárez Justo y su concuñado —esposo de otra de las tres mártires—, que se hallaban en prisión en una ciudad del Norte del país. Y así fue como lo que Trujillo no completó, lo completaron sus herederos.

La muerte de Tavárez Justo había sido uno de los legados que dejó el tirano a sus sucesores. Entre los generales y coroneles golpistas había unos cuantos que habían vivido dos años y medio mordiendo la cadena de la impaciencia en un afán loco de matar a Tavárez Justo. Algo había en el alma de esos hombres que les mandaba matar al Presidente del 14 de Junio, que les exigía aniquilarlo sin piedad. ¿Qué era? ¿La conciencia aterrorizada por la sospecha de que Tavárez Justo supiera cosas que podía decir en cualquier momento? ¿De dónde procedía ese odio irracional a quien había sido una de las víctimas más notorias del trujillismo en el seno de su hogar? ¿Procedía precisamente de aquel crimen?

En el campo político, Tavárez Justo era odiado también a torrentes por los líderes de la Unión Cívica, y puesto que el “Triunvirato” estaba compuesto por cívicos, la responsabilidad

política del crimen cayó sobre la UCN. En esos días, el doctor Fiallo fue objeto de varios ataques y atentados.

El doctor Tavárez Justo era un líder vehemente y honesto, que se veía forzado a una actividad incesante para mantener a su partido en una línea revolucionaria de izquierda casi extrema para evitar que cayera en el campo comunista. Los jóvenes catorcistas eran admiradores abiertos de Fidel Castro, del Fidel Castro que había derrotado a Batista en una larga guerra de guerrillas, lo cual los hacía muy vulnerables a la penetración comunista. En vida del doctor Tavárez Justo, los comunistas no lograron el control del Partido; después de su muerte, como necesariamente debía suceder, las masas juveniles de la clase media —que eran mayoritariamente catorcistas y después social-cristianas— quedaron sin guía. Fue una hora confusa y peligrosa para la juventud. Si el Gobierno democrático hubiera manchado la imagen de la democracia a los ojos de los jóvenes con robos, con abusos, con sometimiento a las fuerzas reaccionarias, con indignidad internacional, esa juventud hubiera respondido al asesinato de Tavárez Justo con un éxodo masivo hacia el comunismo.

La historia enseña que los países que asesinan a sus minorías inconformes no tienen redención. Las minorías inconformes son la levadura del progreso. Aniquilar no es gobernar; sólo sabe gobernar el que sabe conducir, y el que teme ni sabe ni aprenderá jamás a conducir. Los que temen a las minorías inconformes carecen de autoridad y de capacidad para ser conductores. Del miedo, que es el más bajo de los instintos, no puede surgir nada que no sean el crimen o la abyección.

La muerte de Tavárez Justo y de sus compañeros no tranquilizó a los jefes militares, que luchaban entre sí compitiendo en negocios, en influencia política, en avidez de poder. Las fuerzas armadas pasaron a ser el campo de lucha de varios

generales convertidos en políticos, cada uno de ellos resuelto a tener más influencia entre los oficiales y los soldados a fin de tener más poder; de ahí que al organizar negocios, como los de contrabando de toda suerte de mercancías, cada general tratara de repartir beneficios con un número de oficiales a fin de ganarse su adhesión; al mismo tiempo, repartían entre sus favoritos solares del Estado en la Capital, y usaban los soldados para construir casas con los fondos militares. El *Listín Diario* publicó una foto de esos soldados albañiles, y cada uno llevaba su revólver al cinto mientras cargaba mezcla o manejaba el nivel. El espectáculo de la corrupción llegó a ser tan alarmante, que varios periodistas extranjeros se escandalizaron, y aquel Premio Pulitzer que había dedicado siete meses de su vida a ayudar al derrocamiento del Gobierno constitucional —el mismo que había dicho que el CIDES adiestró a miles de guerrilleros—, escribió para el *New York World Telegram* algunos artículos comentando el asunto, y en uno de ellos afirmó que los generales dominicanos estaban deshonorando la revolución. ¿Qué revolución? ¿Cuándo un golpe de Estado vulgar ha sido una revolución?

Cuando los políticos —malos políticos, por cierto— llevan a los militares al campo de la política, también meten la política en los cuarteles. Y como los soldados no entienden de política, la que llega a los cuarteles es la peor. Ahora bien, la política es el arte y la ciencia de los cambios perpetuos, de la agitación constante, y cuando los cambios y la agitación entran en los cuarteles, desalojan de allí las virtudes clásicas de los sectores armados, sin las cuales los cuerpos armados no pueden sostener la disciplina, el respeto del subalterno al superior y de éste a la ley. Así, el golpe militar dominicano de 1963 metió en los recintos militares los venenos disolventes de las fuerzas armadas. El hecho de que esos venenos tarden un año o diez años en hacer sus efectos no es tan importante

para el proceso histórico dominicano como la seguridad de que terminarán haciendo esos efectos.

Ocho meses y medio después del golpe, a mediados de junio de 1964, en numerosas ciudades y pueblos del interior se vivió una noche de terror sólo comparable a las más negras del trujillismo. En la oscuridad de la noche, grupos de soldados golpeaban en centenares de casas donde las familias dormían sin presumir lo que les esperaba. Cuando se abrían las puertas, los soldados irrumpían en las habitaciones y arrastraban al padre, al hijo, al hermano; luego se perdían con ellos camino de los cuarteles. Hubo casos en que uno solo de aquellos sorprendidos ciudadanos fue pateado y golpeado por más de treinta guardias, que con igual facilidad quebraban un brazo, rompían una costilla o le despedazaban el rostro a culatazos a un jovencuelo.

¿Qué había sucedido? El jefe de los triunviros satisfizo la curiosidad de los periodistas con esta explicación: se habían dado órdenes de tomar esas medidas porque el triunvirato tenía informes de que con motivo de la fecha del 14 de junio, los catorcistas iban a promover agitación pública. De manera que como los gobernantes pensaban que los otros pensaban, se adelantaron a actuar... ¿con el pensamiento? No, con las culatas de los fusiles, los tacos de las botas, y todo lo que fuera útil para hacer pensar mejor a los que pensaban mal.

De buenas a primeras, un mes después, el ex candidato presidencial de la Unión Cívica dijo que los militares que habían cometido tales desafueros debían ser castigados. Era como pretender recoger el agua derramada largo tiempo después de haberla esparcido sobre una tierra sedienta. ¿O ignoraba el doctor Fiallo, cuando alentó el golpe, cuando firmó el acta notarial golpista, cuando su partido formó gobierno a la sombra de las bayonetas, que era eso, y no otra cosa, lo que iba a suceder?

XXI

JUVENTUD Y MASAS POPULARES, RESERVA DEL PORVENIR

Después del golpe de 1963, ¿qué fuerzas quedaron en la República Dominicana sobre las cuales podría edificarse un nuevo ensayo de organización democrática?

En lo político, los partidos de militancia popular y de juventudes de clase media; a saber: el Reformista, que se había fundado en los meses del Gobierno constitucional, y el Partido Revolucionario Dominicano que salió del golpe con mayor fuerza de la que había tenido en los días de las elecciones de 1962; el Partido Revolucionario Social Cristiano y la Agrupación Política 14 de Junio, esta última ilegalizada por el régimen golpista.

En lo social, prácticamente nada, ni aun las centrales sindicales; una de ellas, la favorita de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) y de la AFL-CIO, fue abiertamente golpista a través de algunos de sus líderes; otra —la más fuerte—, la central de sindicatos cristianos, hizo algunas declaraciones de prensa condenando el golpe, pero su única preocupación era que sus sindicatos afiliados obtuvieran más ventajas económicas o de servicios; otra central, Fouspa-Cesitrado, más activa en la defensa de las instituciones democráticas, tenía escasa organización para hacer frente al Gobierno golpista, y la cuarta —la Unión— era una central demasiado pequeña. A pesar de lo dicho, los obreros dominicanos lucharon más contra el golpe de septiembre de 1963 que

los obreros cubanos contra el golpe de marzo de 1952, pero aisladamente y no como fuerzas organizadas.

Los sectores llamados “fuerzas vivas” —cámaras de comercio, de industriales, patronales, asociaciones de propietarios— fueron golpistas, financiaron el golpe y se lanzaron a consolidarlo tan pronto fue dado; en los sectores profesionales, algunas personas protestaron, pero los empeños por obtener acuerdos de las asociaciones de profesionales terminaron en nada; meses después, los abogados se organizaron para luchar, pero a esa altura el régimen golpista se consideraba demasiado fuerte para oír protestas o peticiones.

En conjunto, toda organización formada por gente de la mediana y la alta clase media —con la excepción de aquellas formadas exclusivamente por jóvenes de esos círculos con fines políticos— o fue golpista o fue indiferente. De esos grupos sociales, la democracia dominicana no tenía que esperar nada. Si los líderes que procedían de esos sectores fallaron de manera tan lamentable que algunos de ellos liquidaron en una hora, como comerciantes que liquidan sus existencias en un baratillo, el prestigio que habían acumulado en años, fue debido a que esos grupos sociales que ellos representaban no tenían las entrañas sanas. Desde luego, tampoco ellos las tenían, porque la flor de una planta enferma no puede tener salud.

Las esperanzas de que la democracia pudiera establecerse algún día en la República Dominicana estaban en la juventud que andaba alrededor de los veinte años y en las grandes masas populares, y mucho más en las últimas que en las primeras, porque en las primeras había una influencia comunista que iría extendiéndose en la misma medida en que se prolongara la nueva dictadura.

Ahora bien, cuando hablo de juventud me refiero a la civil, a la sacerdotal y a la militar, y cuando hablo de masas populares me refiero a las del campo civil y a las del campo

militar. Los oficiales jóvenes y los sacerdotes jóvenes no viven aislados del Pueblo ni están fuera de su época; y si es cierto que sobre ellos hacen presión las organizaciones a que pertenecen, lo cual puede llevarlos a reaccionar en determinadas formas, no puede haber duda de que en sentido general tienen las preocupaciones de su generación, la sensibilidad propia de sus años y la voluntad de ser útiles que es congénita a los jóvenes. En cuanto a las masas populares, sean de los cuarteles o de los barrios pobres, ahí están las mejores reservas del Pueblo dominicano.

Ya expliqué antes que el hombre y la mujer del Pueblo viven en un ambiente que les es propio, razón por la cual tienen coherencia, no son intrínsecamente débiles como son los de la clase media. Supongamos un jefe de familia de la mediana clase media dominicana; dada su posición, tiene que vivir en una casa presentable; la mujer necesita ropa a la medida de sus relaciones, el marido no puede sostenerse con un solo traje porque daría una impresión de miseria que en la tradición social del país es mal vista; el sector de mediana y alta clase media es relativamente pequeño, de manera que todos se conocen y la mayoría se trata a diario; los muebles de la casa deben ser aparentes, los niños tienen que usar zapatos. Todo eso cuesta al mes cien, doscientos o trescientos pesos más de los que gana el jefe de la familia —en la mayor parte de los casos el único que trabaja—, y no es fácil completar la diferencia. Esa familia vive en un ambiente que no le es propio, y como entidad social ella es intrínsecamente débil debido a que está agobiada por necesidades que no puede satisfacer. En la primera crisis política, el jefe de la familia o su mujer —que muy bien pueden ser partidarios de un régimen democrático y constitucional— correrán a respaldar al grupo en el cual tengan relaciones, amigos, compadres, aunque ese grupo sea golpista; pues para esa familia la crisis

verdadera es la que le afecta todos los días, y es ésa la que tiene que resolver aunque sea al precio de traicionar sus deseos de algo mejor para el país. En ese sector social, los más jóvenes pueden ser coherentes porque no se mantienen a sí mismos y no mantienen mujeres e hijos, y porque en los últimos años se ha hecho moda en los jóvenes de todo el mundo vestir con menos gastos y ajustar la vida a menos exigencias sociales.

Pero un jefe de familia de los barrios pobres no tiene ante sí los problemas que tiene el jefe de familia de la mediana clase media. Para vivir le basta con un rancho o un bohío que, si tiene oportunidad, hace él mismo con bloques, cartones, latas y tablas perdidas que va recogiendo aquí y allá; su mujer se viste a menudo con un solo traje que obtuvo de regalo en una casa donde trabajaba como sirvienta; él tiene una camisa vieja y un pantalón roto que le cose la mujer o cose él mismo o le cose una vecina, poniéndole un remiendo de cualquier tela, y como en el barrio todos visten así, no se siente mal en compañía de sus amigos y vecinos; donde vive no hay muebles sino cajones, alguna mesa vieja, algunas sillas desvencijadas que entre él y la mujer han recogido en cualquier parte y han arreglado y pintado, si acaso; los niños de la casa van y vienen desnudos y descalzos, y como todos los niños tienen la misma estampa, los pequeños no se sienten avergonzados. Cuando la madre trabaja en una casa de familia, o lava o plancha ropa, lleva la comida fundamental; cuando el padre consigue algo que hacer, compra arroz, plátanos, carne; pero en todos los casos, aun sin que trabajen la madre y el padre, el sentimiento de fraternidad de la gente de los barrios es tan vivo y tan activo, que la familia que no tiene un día qué comer encuentra siempre en el vecindario algo que llevarse a la boca; pues esa gente, aun cuando tenga apenas lo suficiente, sabe repartir lo suyo con elegancia natural.

Eso, que sucede en el campo civil, sucede también en el caso militar. Los guardias, es decir, los rasos, viven en los barrios; comparten con los habitantes de los barrios sus escasos haberes y sus horas libres; conocen la situación de sus vecinos y cambian ideas con ellos. Son militares; por tanto, están regidos por una disciplina, y en los cuarteles tienen un comportamiento adecuado a sus funciones pero no pueden evitar que la vida que hacen en sus hogares les vaya formando conceptos distintos a los que les dan en los campamentos, y al fin y al cabo son influidos por esa dualidad, y en algún momento pesará más en ellos, como seres sociales, lo que perciben como ciudadanos que lo que reciben como militares.

La coherencia de la gente de los barrios les da más salud mental y psicológica que la que tiene la mediana clase media. Al fin y al cabo, inconformes consigo mismos porque no viven en su ambiente propio, los miembros de la mediana clase media dominicana se llenan de complejos; se amargan, se frustran, se pierden el respeto a sí mismos, y el resultado es esa cantidad impresionante de divorcios, de familias destruidas, de enemistades personales, que se advierte al primer contacto con la mediana clase media dominicana; o son las abundantes sorpresas en la conducta personal o social de gentes que parecen actuar como si en la vida no hubiera principios. Tanta inestabilidad psicológica y mental produce, como es claro, inteligencias entorpecidas por conceptos falsos. Que la alta clase media no supiera qué es la democracia, se explica porque ese grupo social no piensa con el cerebro sino con sus cuentas de banco; no tienen células cerebrales sino dólares. Pero que la mediana clase media no supiera qué es la democracia, se explica debido a que los innumerables complejos creados por su tipo de vida social falso le han bloqueado la inteligencia; estos no piensan con dólares sino con pasiones, con resentimientos, con frustraciones.

En cambio, la inteligencia clara —y profunda a grados insospechados— de la gente de las masas populares no está desviada por complejos, porque esa masa no vive inconforme consigo misma. Tiene deseos de mejorar su suerte, y lucha para lograrlo; pero no está avergonzada de sí. Cuando no se vive a gusto con un destino y se trabaja para cambiarlo, no se crean complejos porque la energía psicológica y mental va por un cauce sano. Lo que enferma mental y psicológicamente al ser humano es desear y no luchar, es querer y dejar que el deseo se pudra inmóvil, sin hacer nada por satisfacerlo; es tener que realizar actos socialmente condenables para salir adelante, pues aunque parezca que no, el alma se resiente de tener que actuar mal, y ese resentimiento se expresa luego en inconformidad consigo misma.

Como ser social, las grandes masas dominicanas tienen una inteligencia, una decencia y una bondad naturales que sorprenden al observador más exigente. Hasta 1961, ellas no habían sido nunca parte activa de la sociedad en el terreno político. Antes de Trujillo esas masas eran pobres en número, mayormente campesinas, y los agentes de los caudillos las manejan como se usa una mesa que es llevada de una casa a otra o de una habitación a otra según las necesidades de su dueño; bajo Trujillo, fueron la cantera de mano de obra barata para las industrias y los ejércitos del tirano. Por primera vez en la historia dominicana, alguien les dijo que ellas eran parte importante del Pueblo, de la nación, y que tenían derecho a participar en la creación de la historia, y eso lo hizo el PRD en 1961. Un año y medio después, ellas fundaban la primera democracia dominicana verdadera, una democracia social reformadora.

Durante toda la campaña llevada a cabo para que la creación de esa democracia fuera posible, a esas masas se le dijeron todas las mentiras que podían confundirlas, y no se dejaron

engañar; se las quiso desviar con toda suerte de infamias, y su decencia natural las guió rectamente; y después se las quiso usar contra su propio destino, y su bondad natural las mantuvo leales al camino que habían escogido. Ni la fuerza, ni las dádivas ni la propaganda aviesa las apartaron una pulgada de ese camino. Las masas populares no tuvieron la menor participación en el golpe de Estado de 1963 y en ningún momento se plegaron a él. Unos días después del golpe, los partidos golpistas organizaron una manifestación para probarle al mundo que tenían popularidad, y comisiones de cinco partidos agitaron por todo el país reclutando hombres y mujeres; cuando se produjo el mitin, había más policías que ciudadanos, y los policías eran mil. Un periodista norteamericano observó que los manifestantes no llegaban a setecientos. Pero hay detalles más impresionantes: días antes del golpe, el comercio decretó una huelga general la cual era la acción decisiva para justificar la intervención de los militares golpistas, y la reacción popular fue tan peligrosa que esa huelga duró sólo un día. Ya habían fracasado las “demostraciones cristianas”, de manera que al fracasar también la huelga de comerciantes, a los altos jefes militares no les quedó recurso político en qué apoyarse y tuvieron que dar la cara sin antifaces.

Ya he dicho que hay una parte apreciable de la pequeña clase media que vive muy cerca de las masas populares. Pues bien, en esa porción de la pequeña clase media abundan las mismas condiciones que tienen las grandes masas. La mayoría de los líderes del PRD que tenían contacto con el Pueblo salió de esa pequeña clase media. Muchos de ellos tenían talleres, comercios pequeños, negocios de las índoles más variadas. Iban a la Casa Nacional del Partido o a mi casa, decían que no sabían nada de política pero que les gustaba el Partido y querían hacer algo por él, y cuando empezaban a hablar me impresionaban por la claridad de sus ideas, la novedad de los

argumentos que usaban, la audacia de muchos planes, siempre decentes, siempre limpios, y la profundidad con que sentían la tragedia dominicana. No recuerdo una sola conversación con alguno de esos hombres o mujeres en que no se hablara a un alto nivel en todos los sentidos; no recuerdo que uno solo me llevara chisme de nadie. Cuando, ya en las dos semanas finales de la campaña, grupos de la Unión Cívica acudieron a la violencia contra la gente del PRD y comenzaron los asaltos a tiros, las cruces de pintura roja para borrar nuestros letreros, los rumores de atentados personales contra Miolán y contra mí, la gente de la pequeña clase media que no era perredeísta se volcó en el PRD. Su respuesta a lo innoBLE era un acto de justicia, tal como lo hacían las grandes masas. También una parte de la mediana clase media —hay que reconocerlo—, pero no la mayor, respondió en igual forma, y en cierta medida la acusación del padre Láutico García promovió en ese sector una reacción favorable al PRD porque también en esa acusación había habido injusticia.

Cierto día, en una reunión celebrada en la casa nacional del Partido, a mediados de 1962, se levantó un hombre vestido con ropas de trabajo y comenzó a hablar. Usaba una lengua hermosa, casi bíblica, e iba resumiendo en frases llenas de vigor todo lo que yo había estado diciendo por radio durante meses. Pregunté qué hacía y me dijeron que tenía un pequeño taller de zapatería. Así como él, estaban formándose en todo el país centenares y centenares de dirigentes que aprendían con celeridad increíble; hombres y mujeres que habían llegado a los veinte, a los veinticinco, a los treinta años sin oír una palabra acerca de problemas sociales, económicos y políticos, y que en pocos meses se habían formado todo un mundo de conceptos y lo expresaban con pasión. A los ojos de un observador frío, era claro que durante años y años ellos habían llevado en sus almas el deseo de oír esos conceptos y de poder

transmitirlos. Pero eran ideas de bien común, de justicia social, de libertad; eran razones, sentimientos y conceptos que debían beneficiar a muchos, no a ellos solos; si hubieran vivido pensando sólo en sus problemas personales o familiares, en cómo solucionarlos sin importarles si otros los solucionaban o no, no hubieran podido captar tan de prisa, y con tanta claridad y exactitud, el mensaje que les llevó el PRD.

La primera manifestación de que las grandes masas y la mayor parte de la pequeña clase media habían recibido ese mensaje y se disponían a pasar de peso muerto en la vida del país a actores de su propio drama —es decir, del patio de lunetas, como espectadores, al escenario como actores— se tuvo en las elecciones de 1962. La votación a favor del PRD fue masiva. La gente del Pueblo y de la pequeña clase media, sobre todo la de pequeña clase media pobre, estaba haciendo filas en los colegios electorales desde las cuatro de la mañana, en muchos puntos, y en la mayoría desde antes de las cinco. La segunda manifestación se produjo después del golpe de Estado, al comenzar el mes de mayo de 1964.

Con un pretexto cualquiera, los barrios pobres de la Capital se soliviantaron en esos días. Los choferes de autos públicos habían resuelto hacer una huelga, y la noticia de que la policía tenía órdenes de apresar a los líderes forzó el adelantamiento de la huelga. Instantáneamente, un sábado a las dos de la tarde, los barrios pobres se alzaron poseídos de una cólera que nadie sospechaba. Hombres, mujeres y niños se lanzaron a las calles, a apedrear automóviles, romper vidrieras, atravesar obstáculos en las calles, derramar basura, quemar madera, gomas viejas, todo lo que fuera combustible. Los comercios de la parte alta de la ciudad se vieron obligados a cerrar. Durante varios días se libró una verdadera batalla campal entre la gente del Pueblo y la policía, y aunque la República Dominicana es el país que tiene, proporcionalmente, más policías en el mundo

—diecisiete mil, para una población de tal vez tres millones y medio de habitantes—, llegó un momento en que la policía no tuvo capacidad para dominar los tumultos y el Gobierno golpista tuvo que echar a la calle millares de soldados.

Hasta ese momento, en la historia del país no había sucedido nada similar. Las luchas contra Ramfis y sus tíos no llegaron a los barrios pobres; eran peleas de la alta y la mediana clase media contra las fuerzas de Ramfis. El alzamiento de mayo de 1964, calificado por los círculos de la mediana y la alta clase media —y por el Gobierno golpista, desde luego— como una huelga fracasada, no fue en verdad una huelga; fue un estallido de cólera popular que a los ojos de un observador inteligente anunciaba otros cada vez más grandes en el futuro de la República Dominicana. Pues había una relación lógica entre el despertar de la conciencia política de esas masas, que se manifestó en las elecciones de 1962, y la violencia con que esa conciencia política se expresó en mayo de 1964. Los actos de calle de esa última fecha no fueron consecuencia de una huelga de choferes sino un típico alzamiento político contra un orden político que el Pueblo repudiaba; la huelga de choferes resultó ser sólo la llama que encendió una mecha, o, si se prefiere, el dedo que haló el gatillo de un revólver cargado.

Ahora bien, en la República Dominicana, para los grupos que gobiernan, la masa popular es “plebe”, “chusma” o “turba”; de manera que cuando esa masa protesta o se rebela, se la somete a palos, a bombazos o a tiros. Los grupos que gobiernan no respetaron los votos de esa “plebe” porque eran votos sin calidad, y no toman en cuenta las protestas de esa “chusma” porque no le han reconocido derecho a protestar; no la toman en cuenta como masa de dominicanos y ni siquiera como hombres y mujeres que han traído al mundo ciertos derechos. Como los grupos que gobiernan son de la alta y la mediana clase media, y entre ellos, sobre todo, los de origen

de “primera”, sólo gente de su misma escala social está autorizada a reclamar, protestar y exigir que se la oiga y complazca.

El estilo de gobierno que establecieron los golpistas fue completamente opuesto al del Gobierno constitucional; éste procedía a organizar las finanzas públicas y la economía nacional, pero bajo la idea dominante de que la riqueza debía ser distribuida en tal forma que las grandes masas participaran en su creación —es decir, en la creación de la riqueza— y por tanto en su distribución; y los golpistas hicieron desde el primer momento todo lo contrario: desorganizaron las finanzas públicas mediante el expediente de poner en manos de unos cuantos privilegiados los fondos del país y por reflejo debilitaron la creación de riqueza y por tanto estorbaron su distribución en favor de las masas. Así, nueve meses después del golpe, mientras unos cuantos centenares de familias de la alta y la mediana clase media tenían ingresos como nunca antes los habían tenido, millares y millares de trabajadores estaban cesantes, los pequeños comercios se llenaban de telarañas, los peones campesinos emigraban hacia las ciudades.

Con ese tipo de política económica, la presión de la miseria sobre las masas debía ser necesariamente mayor, y como a las reclamaciones de esas masas se respondía con el terror policial la conciencia ya despierta de esas masas iría profundizando cada vez más en la convicción de que la única salida para sus males estaba en su capacidad de luchar por una vida mejor.

A diez meses del golpe de 1963 se veía con claridad que el hambre creciente de las masas agravaría la situación de la pequeña clase media, primero la de la pequeña clase media pobre, después la de la pequeña clase media con más recursos. Llegaría también el día en que una parte importante de la mediana clase media se convencería de que no podía haber privilegios para todas las familias de la clase media. Al llegar

ese momento, la situación se haría crítica para los beneficiados del poder, la alta clase media y una porción de la mediana clase media.

Hay, pues, gente para construir la democracia en la República Dominicana. Pero antes de ponerse a levantar otra vez la casa de la libertad y de la justicia, esa gente mira hacia su pasado, mira hacia toda la América, y pregunta: “¿Vale la pena volver a edificar para que nos roben lo que hacemos? Rusia ayuda a Cuba, y a nosotros, ¿quién nos ayudará?”.

Y la pregunta demanda una respuesta clara. Porque el problema no es si los dominicanos pueden o no pueden levantar de nuevo el hogar democrático; el problema es si todavía hay tiempo de hacerlo en un país americano agobiado por males de siglos.

La crisis de la democracia en la República Dominicana es una crisis de la democracia de América. Tiene sus peculiaridades dominicanas, pero no es exclusivamente dominicana. Cuando fue derrocado el Gobierno que el Pueblo dominicano había elegido el 20 de diciembre de 1962, el puñal entró en carne dominicana y su punta fue a clavarse en el corazón de América. Pues América es múltiple y es, sin embargo, una, y todo cuanto ha sucedido en un país americano ha sucedido luego en otros. Por lo menos, eso enseña la historia, y la historia no es sólo un relato de lo que ya pasó, sino, también y sobre todo, un espejo de lo que va a pasar.

TRES ARTÍCULOS SOBRE
LA REVOLUCIÓN DOMINICANA

INTRODUCCIÓN

Los tres artículos que se publican en este folleto aparecieron en revistas norteamericanas con algunas modificaciones hechas por los traductores o por los editores, en los textos a en los títulos.

El primero, “Aclaraciones acerca de la Revolución Dominicana”, fue publicado en *The New Leader*, junio 21, 1965, Vol. XLVIII. N° 13, bajo el título de “A Tale of Two Nations”, sin el primer párrafo y con algunas variaciones en el texto; el segundo, “Comunismo y democracia en la República Dominicana”, se publicó en *War Peace Report*, julio, 1965, Vol. 5, N° 7, y en *Saturday Review*, Agosto 7, 1965, bajo el título, en ambos casos, de “Communism and Democracy in The Dominican Republic”, también con algunas variaciones; el tercero, “La debilidad de la fuerza”, fue publicado en *The New Republic*, julio 24, 1965, con el título de “The Dominican Revolution”*, mezclado con otro material mío y en forma resumida al grado de que varios párrafos del original quedaron fuera del texto en inglés.

* “The Dominican Revolution”, fue traducido al español y presentado como texto inédito en esta lengua por el historiador Bernardo Vega en la revista *Global*, Vol. 4, N° 14, Santo Domingo, Fundación Global Democracia y Desarrollo, enero-febrero de 2007, pp.15-20. La confusión pudo haber ocurrido por los cambios, incluso de título, que Bosch hace a este artículo de 1965. Igualmente, “La debilidad de la fuerza” (“The Dominican Revolution”) y “Aclaraciones acerca de la Revolución Dominicana” (“A Tale of Two Nations” [“Un cuento de dos naciones”]), fueron publicados en *Páginas para la historia*. Santo Domingo: Editorial Librería Dominicana, [1965] (N. del E.).

Las cuatro revistas mencionadas se publican en la ciudad de New York.

Estos artículos han sido los únicos escritos por mí durante los meses de la crisis dominicana que comenzó con la revolución del 24 de abril. Todo otro material publicado bajo mi nombre han sido, en general, declaraciones a periodistas que a veces las han tomado textualmente y a veces las han distorsionado para servir a sus intereses personales, de empresa o políticos.

JB

San Juan, Puerto Rico,
25 de agosto de 1965

ACLARACIONES ACERCA DE LA REVOLUCIÓN DOMINICANA

El embajador John Bartlow Martin ofreció en la revista *Life* (número del 28 de mayo 1965, Págs.26-30 y 70 C, 70 D y 73) una versión muy personal de lo que él hizo en la República Dominicana como enviado especial del presidente Johnson durante los días más duros de la crisis de mi país, y de las dos entrevistas que tuvo conmigo en Puerto Rico el día 3 de mayo. Me dirigí por cable a la revista *Life* solicitándole espacio para dar mi versión de esas dos entrevistas, y recibí, a los cuatro días; una respuesta en la que se me decía que *Life* podría considerar para su publicación una carta mía, hermosa prueba de libertad de expresión que desde luego me hizo sonreír piadosamente.

Cuando el señor Abe Fortas me comunicó por teléfono que el presidente Johnson iba a enviar a Santo Domingo al embajador Martin, recibí la noticia con agrado porque creía que el Embajador conocía la situación dominicana y sabría orientarse rápidamente en medio del caos de propaganda mentirosa que estaba lanzándose sobre el mundo acerca de la revolución democrática y constitucionalista de mi país. Pero al hablar con el señor Martin me di cuenta de que aunque había vivido entre los dominicanos más de un año y aunque hablé con él repetidas veces sobre el estado de espíritu revolucionario del Pueblo, el Embajador no había logrado comprender la situación dominicana. Era y es un hombre sensible

y de buen corazón, un hombre que siente simpatía por los que padecen hambre en la República Dominicana, pero no alcanzó a darse cuenta de cómo es ese pueblo, a qué aspira y por qué lucha.

Comprobar eso no me causó disgusto, como afirma el embajador Martin cuando dice que yo “did not want to talk to me about events, since I had said publicly that in my judgement his party was fallen under the domination of adventurers and Castro-Communist”.

No puedo explicarme por qué el embajador Martin escribió esas palabras, pues tan pronto el Rector de la Universidad de Puerto Rico, don Jaime Benítez, me llamó diciéndome que el embajador Martin se encontraba en su casa y deseaba hablar conmigo (eran las 12.30 de la noche del día 3 de mayo), salí hacia allá sin haber hecho el menor comentario. Sabía que el embajador Martin había dicho que la revolución constitucionalista se hallaba bajo el control de los comunistas y había oído al presidente Johnson decir eso mismo, pero eso no me molestó. Al contrario, en mi opinión el embajador Martin y el presidente Johnson habían dado un paso en falso puesto que estaban afirmando algo que no podrían probar ni ante su país ni ante el mundo, y ese paso falso los colocaría en posición difícil y acabarían dándonos una ventaja, alguna ventaja, en la lucha que estaba librando el Pueblo dominicano.

La acusación de que el movimiento constitucionalista dominicano estaba bajo dominio comunista no podía tardar, puesto que a mi juicio las fuerzas norteamericanas habían ido a Santo Domingo a aplastar ese movimiento, pero eso no podía decirse públicamente. Estoy seguro de que el presidente Johnson creyó de buena fe que los infantes de marina iban a Santo Domingo a salvar vidas, pero también debo decir que en el momento en que llegaban los primeros infantes de marina a mi país yo sabía que iban a algo más. Como dice

Leonard Gross en "The man behind our Latin-American actions" (*Look*, June 15, 1965. Págs. 35 a la 37), hablando del Secretario Thomas C. Mann, "But suddenly, it was a revolution gone wild. Mann concluded that the U. S. has to move, not simply on humanitarian grounds, but against what he perceived as a long-planned, now lightning Communist plot to seize power".

Desde Puerto Rico, consciente de las fuerzas que estaban moviéndose en Washington, yo le había cablegrafado al presidente Johnson advirtiéndole que había sectores trabajando para llevarlo a desembarcar en Santo Domingo más soldados de los que hacían falta para evacuar a los ciudadanos norteamericanos: y sabía que esos sectores usarían para lograr sus fines el argumento de que la revolución había caído bajo control comunista.

Si política y psicológicamente me hallaba preparado para las declaraciones que habían hecho el embajador Martin y el presidente Johnson, ¿cómo, pues, iba a negarme a hablar con el Embajador por lo que había dicho? ¿Y cuándo y a quién le dije yo que no quería hablar con el Embajador? Me parece que el señor Martin expresó su temor, no mi actitud, al afirmar que yo no quería hablar con él sobre los sucesos de mi país. Bien al contrario, le saludé con el viejo afecto que tenía por él y que sigo teniéndole. Aunque él piense otra cosa, yo no puedo esperar de un norteamericano que no haya estudiado a nuestros pueblos otro tipo de reacción, y en este momento histórico de los Estados Unidos, con la ignorancia del Pueblo no norteamericano acerca de los problemas políticos del mundo y con su ignorancia específica acerca de la diferencia que hay entre comunismo y democracia, espero siempre que de cada millón de norteamericanos, cinco acaso, sepan ver la luz de la verdad bajo la negra niebla del miedo.

El embajador Martin comenzó nuestra primera entrevista explicando que en la República Dominicana estaba todo

perdido; no había nada que hacer allí y nadie podría hallar solución alguna al caos reinante. Le dije que si ésa era la situación, pusiera a mi orden un avión para ir yo a Santo Domingo. “No, imposible; le matarían”, respondió. “Pero si tantos dominicanos están muriendo, poco importa que muera yo”, dije. “Señor Presidente, Ud. no comprende la situación. A mí me han disparado sus hombres, los de Wessin y Wessin y la propia infantería de Marina. Aquello es un caos. Si Ud. va lo matarán, y Ud. es el líder; Ud. no debe morir”.

Yo esperaba esa respuesta. El martes 27 de abril, el segundo secretario de la Embajada Norteamericana en Santo Domingo había dicho a gritos a varios altos directivos del Partido Revolucionario Dominicano que yo no podría volver a mi país. “*Nosotros no consentiremos que Bosch vuelva aquí*”, habían sido sus palabras. El sábado primero de mayo, dos días antes de esa entrevista con el señor Martin, cuando el señor Fortas me había dicho por teléfono que en diez minutos más la infantería de marina recibiría la orden de atacar a las fuerzas constitucionalistas, yo le había respondido a Fortas que a mi juicio en ese momento sólo había una solución a mano, que era mi llegada en Santo Domingo, y le había pedido un avión para el viaje, y el señor Fortas no había dado indicios de que su gobierno accedería a mi solicitud.

Pero volvamos a mi entrevista con el embajador Martin. El Embajador siguió hablando del control de los comunistas sobre las fuerzas revolucionarias dominicanas. Era inútil tratar de aclararle la situación. El señor Martin no sabía que cincuenta años antes en México hubo una revolución similar, y no había sido comunista; que ese era el tipo de revolución que conocíamos todos los latinoamericanos; que las revoluciones comunistas obedecen a otro esquema, en el cual lo primero que hacen los comunistas es tomar el poder y ya desde él desatan la revolución. Un funcionario ruso jamás caería en

la trampa de confundir una revolución comunista con una democrática, pero un funcionario norteamericano de hoy no cree que pueda haber revoluciones democráticas, y esa diferencia se debe a que los funcionarios rusos estudian política; conocen a los comunistas del mundo y saben quiénes son sus aliados y quiénes son sus enemigos, mientras que los funcionarios norteamericanos son generalmente personas llevadas a los cargos por capacidad burocrática, por amistad con sus superiores o por compromisos de partido, y no necesitan estudiar política; sus fuentes de información son caprichosas y sus juicios con mucha frecuencia dependen de causas emocionales, subjetivas, no objetivas. Y generalmente no saben quiénes son demócratas en América y quiénes no lo son; en principio, sospechan que todo el que habla de libertad y justicia social es comunista. Por último, el miedo al comunismo; que es propagado tan continuamente en los Estados Unidos, sin que se expliqué con seriedad qué es y cómo actúa el comunismo que lógicamente un hombre como el embajador Martin tenía que pensar que en Santo Domingo había una revolución comunista dado que esa revolución no respondía a lo que él y millones de norteamericanos creen que es una revolución.

En Norteamérica se ha generalizado la idea de que un golpe de Estado militar es una revolución y en términos de sociología un golpe de Estado es un desorden, no una revolución. Una revolución es algo mucho más profundo; es el estallido de un pueblo contra sus opresores tradicionales. Los latinoamericanos conocemos muchas revoluciones; ha habido países, como Venezuela y México, donde ha habido más de una, y desde luego docenas de golpes militares que no han sido revoluciones. Por otra parte, en los Estados Unidos se ha generalizado también la idea de que Fidel Castro engañó a los cubanos y a las dos Américas y él sólo, por su única y personal

capacidad de simular, convirtió a Cuba en comunista. Es fácil advertir este concepto en el artículo de Leonard Gross, ya mencionado, cuando reproduce las siguientes palabras de Thomas C. Mann: "Look at Cuba. There were only 12 people in the begining, and yet they took it over".

Si el señor Mann quiere decir con eso que en Cuba había sólo 12 comunistas y que aún siendo tan pocos tomaron el poder en esa isla, hay que recordarle al señor Mann que el partido comunista cubano, organizado oficialmente desde 1925 y de manera no oficial mucho antes, era el más numeroso, el mejor organizado y el mejor dirigido de la América Latina mucho antes de que Fidel Castro llegara a las costas cubanas a fines de 1956. Ese partido comunista cubano era la única fuerza política verdaderamente organizada y capaz que había en Cuba al finalizar el año de 1958. Cuando Batista huyó de su país, pues los partidos democráticos, a pesar de que tenían grandes simpatías, eran tenazmente perseguidos y muchos de sus líderes se hallaban en el exilio, cosa que no sucedía con los líderes comunistas. Sin ese fuerte partido comunista cubano Fidel Castro no hubiera podido declarar que Cuba era un estado comunista, puesto que sin millares de buenos comunistas que ocuparan los cargos burocráticos, militares y diplomáticos y además la dirección de todas las industrias y de todos los sindicatos no era posible mantener un gobierno comunista.

John Bartlow Martin sabía, porque había sido Embajador norteamericano en Santo Domingo durante más de un año, que en mi país no había comunistas suficientes ni para administrar un buen hotel, mucho menos el país. Pero el embajador Martin no tenía preparación suficiente para distinguir entre una revolución democrática y una revolución comunista. Si el Pueblo estaba armado y disparaba aquí y allá, eso era comunismo. Un ruso hubiera comprendido en

el acto que esa era una típica revolución democrática sin orden alguno, es decir, todo lo contrario de lo que son las revoluciones comunistas, que se controlan rígidamente desde antes de estallar.

En verdad, no había manera de entenderse con el señor Martin. Según él mismo explicó, llevaba ya tres días sin comer y sin bañarse y durante tres noches había dormido en el piso de la Embajada norteamericana en Santo Domingo. Era evidente que el señor Martin había sido sometido por alguien muy inteligente a un tercer grado psicológico. El embajador Martin llegó a decirme esa noche de nuestra primera entrevista que había cabezas cortadas por el Pueblo y hasta me señaló los lugares en que esas cabezas estaban clavadas; me habló de paredones y de toda suerte de crímenes. Espero que el embajador Martin se haya convencido ya de que nada de eso era cierto.

Desde que se produjo el desembarco de infantes de marina en San Isidro yo había pensado que los Estados Unidos se habían metido de sopetón, sin calcular las consecuencias de ese acto, en un serio problema que rebasaría las fronteras dominicanas y norteamericanas y que al Gobierno de los Estados Unidos le iba a ser difícil hallar una salida de ese problema. La Revolución Dominicana quedaba ahogada por el peso de un poder militar superior, pero la imagen norteamericana en el mundo democrático, y especialmente en la América Latina, quedaría rota por largos años. El Gobierno de Johnson pagaría por ese error y sólo tendría ante sí dos caminos: o el respaldo al gobierno constitucional dominicano, lo cual causaría una sensación de alivio y hasta de alegría en todos los sectores democráticos latinoamericanos, o la ocupación militar, con gobierno militar, de la República Dominicana, por muchos años. Esto último suponía que el Gobierno de los Estados Unidos tomara la responsabilidad de hacer frente a

las consecuencias de su intervención en nuestro país, que se hiciera cargo de todos los males que esa intervención acarrearía a la República Dominicana; que si era un poder lo suficientemente fuerte para intervenir militarmente lo fuera también para pagar el precio político que se derivaba del uso de la fuerza militar. Pues había llegado la hora en que el Pueblo dominicano se había hecho adulto, y lo había probado con su sangre, y ya no era posible gobernar a los dominicanos desde Washington a través de dominicanos dóciles. O ese nuevo país que había nacido con la revolución de abril se gobernaba directamente con militares norteamericanos, o se le dejaba que se gobernara a sí mismo.

Sin entrar en esas explicaciones, porque el estado de ánimo del embajador Martin —su cansancio, su falta de baño y de comida— no lo permitía; porque ya era tarde y porque una conversación entre tres —el Rector Benítez, el embajador Martin y yo— no permite hablar largo, le dije al señor Martin que yo no compartía su opinión de que no había solución para lo que él llamaba “el caos dominicano”. Había una de las dos salidas que acabo de explicar. Pero para él no había ninguna. Y nos despedimos pasadas las dos de la mañana sin aclarar nada. El Rector Benítez llevó al señor Martin a un teléfono desde donde el Embajador pudiera llamar al presidente Johnson. Ni esa noche ni al día siguiente me dijo el señor Martin que el Presidente le había pedido que viajara a Puerto Rico para hablar conmigo; eso he venido a saberlo al leer el artículo del embajador a Martin en *Life*. Por esa razón, al retirarse él a hablar con el señor Johnson no le di ningún mensaje para el Presidente.

Fue diez horas después, durante el día, y en nuestra segunda entrevista que celebramos en la casa de un matrimonio norteamericano amigo del Rector Benítez —cuando el embajador Martin y yo hablamos del Dr. Rafael Molina Ureña—. El

embajador Martin da esta segunda y última conversación como celebrada en la noche anterior, lo cual ofrece una idea de la confusión de sus recuerdos, explicable por el estado de agotamiento en que se hallaba.

Cuando llegué a esa segunda entrevista, a eso de las once de la mañana del 3 de mayo, el embajador Martin me preguntó qué pensaba yo. “Hoy se reunirá el Congreso para elegir un Presidente”, le dije: y no quise explicarle que yo había pedido la reunión del Congreso y la elección del nuevo Presidente porque ya no me quedaba duda de que con el control de todos los aeropuertos y los puertos del país en sus manos, los norteamericanos no permitirían que yo pudiera retornar a Santo Domingo.

...“¿Quién será el nuevo Presidente?”, preguntó el señor Martin. “El coronel Caamaño, y en su defecto, el coronel Fernández Domínguez”, “No puede ser. Nosotros no aceptaríamos un militar”, dijo el señor Martin. Sucedió sin embargo que pocos días antes el embajador Tappley Bennet en persona había formado una junta de tres coroneles, la llamada junta de San Isidro, que estuvo a punto de ser reconocida por el Gobierno norteamericano según informaron cables de Washington publicados en la prensa de Puerto Rico, y que no llegó a funcionar como gobierno porque a pesar de que fuentes oficiales de los Estados Unidos dijeron que Wessin y Wessin y sus tropas habían liquidado el movimiento revolucionario y estaban limpiando la ciudad de Santo Domingo de bolsillos de “insurgentes”, Wessin y Wessin y los tres coroneles no habían podido salir de San Isidro, y de acuerdo con la tradición constitucional dominicana, el Gobierno debe estar establecido en la ciudad de Santo Domingo. Habría de suceder también que la noche del mismo día en que el embajador Martin estaba diciéndome que su gobierno no reconocería a un militar como presidente dominicano, el propio señor Martin estaría invitando al general Antonio Imbert Barrera a encabezar un gobierno con el apoyo de Washington.

El embajador Martin llamó a Washington y habló con alguien antes de que se mencionara el nombre del Dr. Molina Ureña. El Dr. Molina Ureña había sido el Presidente de la Cámara de Diputados durante el Gobierno constitucional que yo presidí, y era la única persona, en la línea de la sucesión constitucional a la presidencia de la República, que se hallaba en Santo Domingo al estallar la revolución; por esa razón le tocó ser el Presidente Constitucional provisional, y fue él quien decretó que la Constitución de 1963 estaba vigente y quien el día 25 de abril convocó al Congreso para que se reuniera el día 26. El Congreso se reunió y votó una ley de amnistía general para los delincuentes políticos, de manera que los autores de los bombardeos y ametrallamientos aéreos de la ciudad de Santo Domingo quedaban comprendidos en esa Ley de amnistía, lo cual, desde luego, no modificó su decisión de seguir matando al Pueblo.

El Dr. Molina Ureña, como varios de los líderes civiles y militares de la revolución, se asiló en una embajada latinoamericana el martes 27 de abril. De esto hablaron mucho los círculos oficiales de los Estados Unidos; esos asilamientos se presentaron en unos casos como la prueba de que los jefes democráticos de la revolución comprendieron que ésta había caído en manos de los comunistas y abandonaron sus puestos de lucha, y en otros casos se presentaron como explicación de por qué los comunistas habían acabado tomando el control de la revolución; según los partidarios de esta última explicación, al buscar asilo en embajadas los líderes democráticos dejaron en las calles un vacío que los comunistas llenaron.

Lo que no han querido decir esos círculos oficiales es la verdad; y la verdad es que los funcionarios de la Embajada norteamericana en Santo Domingo amenazaron a los directores democráticos de la revolución, a los civiles y a los militares, con todo el poder de los Estados Unidos, y los acusaron

con tanta violencia que muchos de ellos se creyeron perdidos. El comportamiento de algunos funcionarios diplomáticos norteamericanos destacados en Santo Domingo durante la revolución de abril recuerda vivamente el de los funcionarios diplomáticos norteamericanos destacados en México en los trágicos días del asesinato del presidente Madero, pero es necesario aclarar que en el caso dominicano ese comportamiento fue mucho más duro e intervencionista que en el México de 1913. Este no es lugar para dar las pruebas de lo que acabo de decir, pero esas pruebas abundan.

Cuando el embajador Martín y yo hablábamos ese día 3 de mayo en un agradable hogar norteamericano de Trujillo Alto, en las vecindades de Río Piedras y en compañía del Rector don Jaime Benítez, el Dr. Molina Ureña estaba asilado en la Embajada de Colombia, en Santo Domingo. Para él, como para los que se hallaban en la vieja ciudad sacudida por la revolución ningún sitio podía ser grato. La infantería de marina norteamericana estaba allí, disparando sus ametralladoras calibre .50 contra todo el “rebelde” que se movía; uno de los “jeeps” de los infantes llevaba pintadas estas palabras: “Rebel Hunter”; los infantes consideraban imperdonable que un dominicano protestara de su presencia en aquellas tierras que no era la de ellos; aunque algunos periodistas norteamericanos y casi todos los periodistas europeos y sudamericanos que habían llegado a Santo Domingo comenzaban a decir la verdad, todavía las estaciones de radio controladas y numerosos diarios de los Estados Unidos hablaban de sacerdotes fusilados, de monjas violadas, de iglesias quemadas por las hordas comunistas de los “rebeldes”. ¿No me había dicho el mismo embajador Martín, horas antes, que había cabezas cortadas expuestas en varios sitios de la capital dominicana? ¿No había aparecido el día anterior en los periódicos de todo el mundo noticias como la de un barco que había sido cañoneado

por baterías norteamericanas cuando llegaba de Cuba cargado con armas para los revolucionarios? ¿No se publicaban fotos de granadas chinas “cogidas a los rebeldes” y no se esparcían por todas partes detalles del misterioso submarino ruso apresado por la marina de los Estados Unidos y no llenaban las ondas del mundo entero las increíbles fábulas de *La Voz de las Américas*?

Yo, que estaba fuera del alcance de los disparos, podía establecer con sangre fría la diferencia que había entre lo que era la guerra psicológica desatada por el poder militar más grande de la tierra y la verdad de lo que estaba pasando en mi país. Pero los que estaban allá, en la línea de fuego, ¿cómo se sentirían? ¿No estarían pensando, acaso, que ellos habían iniciado una revolución democrática sólo para que cayera en manos comunistas? Ellos no podían creer que la democracia norteamericana dijera mentiras para aplastar una revolución democrática, pues ellos habían creído siempre que la democracia era una sola y que todos los demócratas de todos los países luchan por los mismos principios. Yo conocía a esos hombres y sabía que eran inocentes en los vaivenes de la política y por eso mismo no se daban cuenta de que en la democracia norteamericana, como en la de todos los países democráticos, abundan los funcionarios que no creen en la democracia.

Es el caso que cuando el embajador Martin me afirmó que los Estados Unidos no aceptarían un gobierno presidido por Caamaño —y era muy importante que los Estados Unidos reconocieran el nuevo Gobierno dominicano, pues sólo con ese reconocimiento podíamos lograr el de los demás países de América—, yo respondí diciendo que teníamos la posibilidad de devolver al Dr. Molina Ureña a su cargo de Presidente constitucional. Entonces se produjo un cambio de opiniones que duró unos diez minutos. El embajador Martin sostenía

que no era posible sacar al Dr. Molina Ureña de la Embajada. Y yo decía que si la infantería de marina quería hacerlo, podía hacerlo. Al fin, el señor Martin telefoneó a Washington y volvió para decirme que él creía que podía lograrse el restablecimiento del Dr. Molina Ureña. Fue entonces cuando me preguntó: “¿Would you return to advise and assist in rebuilding the country?”.

La pregunta era demasiado extraña. La noche anterior el embajador Martin me había dicho francamente, bajo el pretexto de que mi vida corría peligro, que no podía volver a mi país; dos días antes el señor Fortas había respondido con el silencio a mi petición de un avión para ir a Santo Domingo; siete días antes el Sr. Arthur Bresenzky (ignoro si escribo el nombre correctamente), segundo secretario de la Embajada de los Estados Unidos en la República Dominicana había dicho a gritos que yo no podría volver a mi tierra. Por otra parte, ¿con quién hablaba el embajador Martin por teléfono? ¿Sería con el Subsecretario Mann? La forma de la pregunta era cuidadosa e implicaba saber si yo iría a mi país después de establecido y afirmado el Gobierno del Dr. Molina Ureña, no en ese mismo momento. De mi respuesta podía depender que el plan que estábamos comenzando a discutir fracasara o tuviera éxito. Me había sido fácil darme cuenta, durante esos días dramáticos, de que lo que menos podía gustarle al señor Mann era la idea de que yo pudiera volver a mi país. Respondí: “No, no puedo. Si retornara, yo sería el Presidente”. Con lo cual quería darle a entender al embajador Martin que yo no iría para no crear una situación difícil al posible gobierno del Dr. Molina Ureña.

El embajador Martin volvió a telefonar a Washington y la noticia de que yo no volvería a Santo Domingo debió ser recibida con agrado porque la negociación avanzó después rápidamente. Hubo una llamada de Washington para

el embajador Martin y éste comenzó a tomar apuntes. Poco después se acercó a mí y al Rector Benítez y empezó a dictar condiciones: yo tendría que dirigir al Pueblo dominicano un mensaje cuyos puntos eran tales y cuales; en el primero, yo tenía que declarar que la revolución había caído en manos comunistas y debía por tanto justificar el desembarco de fuerzas militares norteamericanas. Desde luego, aunque el señor Martin dijo cuáles eran los puntos restantes, no los pude oír, tan asombrado me hallaba.

Para explicar mi asombro debo decir que yo conocía al embajador Martin, sabía que era un hombre sensible, capaz de comprender sentimientos y actitudes que frecuentemente no comprenden los funcionarios diplomáticos de su país; me sentía amigo suyo y me siento amigo suyo, pues tengo el hábito de conservar mis sentimientos de amistad más allá de todo choque de ideas o intereses, y sabía a ciencia y conciencia que Martin respetaba mi derecho a ser digno y mi decisión de conservarme digno por encima de todo. ¿Cómo, pues, hallarle explicación a su proposición de que declarara que la intervención era legítima, que la fantástica carga de falsedades propagada contra la revolución constitucionalista dominicana era legítima? Colocado en circunstancias opuestas, yo nunca le hubiera propuesto al embajador Martin nada parecido.

Mi asombro creció de pronto cuando al decirle al señor Martin que no podía decir eso, que yo era un líder dominicano y el líder político de esa revolución —que se había hecho para que yo volviera al poder en mi país—, el señor Martin respondió que yo tenía que hacer esa declaración. “Me perdona, Embajador, yo no soy funcionario norteamericano y por tanto a mí no se me puede dictar desde Washington lo que debo hacer. Comprendo que Ud. defienda los puntos de vista de su país, pero yo tengo que defender los del mío”, le dije.

En ese momento intervino el Rector Benítez, En esas negociaciones, como en las conversaciones con el señor Fortas, como en negociaciones más importantes que se llevaron a cabo después, el Rector Benítez intervenía siempre a tiempo para romper puntos muertos, y en todos los casos lo hizo con una altura de miras y un don de expresión tan adecuado que se ganó siempre mi admiración. Rápido, vigilante ágil para interpretar la diferencia esencial entre la psicología norteamericana y la latinoamericana, siempre leal al mismo tiempo a su nacionalidad norteamericana y a su temperamento y a su sensibilidad latinoamericanos, el Rector Benítez actuó en todo momento con honestidad, capacidad y brillantez. El Rector Benítez acabó convenciendo al embajador Martin de que yo tenía razón.

Pasaba de la una de la tarde cuando me senté a escribir el mensaje para el Pueblo dominicano, en el cual, desde luego, protestaba de la intervención norteamericana en mi país. A eso de las dos entregué el original al embajador Martin y me despedí de él. Al día siguiente me informaban de Santo Domingo que horas después de habernos separado, el embajador Martin estaba conferenciando con el general Antonio Imbert y le había pedido que formara una junta de gobierno, dos días después me daban detalles de cómo el embajador Martin invitaba a prominentes ciudadanos dominicanos a la casa de Imbert y trataba de convencerlos de que aceptaran ser miembros de la junta en formación.

En cuanto a mí, directamente o por medio del Rector Benítez, no supe más del embajador Martin. Se desvaneció al despedirnos, y cuando tuve noticias de él fue a través de su artículo en *Life*; un artículo escrito muy de prisa, a juzgar por los olvidos y las confusiones en que abunda.

Puerto Rico,
11 de junio de 1965

COMUNISMO Y DEMOCRACIA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

El Departamento de Estado norteamericano hizo publicar una lista de 53 comunistas dominicanos; después, una de 58; al fin, una de 77.

Cuando yo era Presidente de la República Dominicana calculaba que en Santo Domingo había entre 700 y 800 comunistas y estimaba que las personas que tenían simpatía por el movimiento comunista podían oscilar entre 3,000 y 3,500. Esos 700 u 800 comunistas se dividían en tres grupos, de los cuales, a mi juicio, el más grande era el Movimiento Popular Dominicano, con tal vez entre 400 y 500 miembros en todo el país; le seguía el Partido Socialista Popular con algunos menos —de 300 a 400—, y un número que en mi opinión no llegaba a 50 se hallaba infiltrado en el Movimiento 14 de Junio, algunos en puestos directivos y otros en niveles más bajos.

Debo aclarar que en el año 1963 en la República Dominicana había mucha confusión política, y algunos millares de personas, sobre todo jóvenes de la clase media, no sabían aún a ciencia cierta qué eran y qué querían ser, si demócratas o comunistas. Pero eso había sucedido en casi todos los países donde hubo dictaduras prolongadas, una vez pasaron esas dictaduras; y cuando transcurrió cierto tiempo y el panorama político se aclaró, mucha gente que había comenzado su vida pública como comunista se pasó al campo democrático. En

1963, la República Dominicana necesitaba que se le diera tiempo al sistema democrático para aclarar la confusión; y desde cierto punto de vista se disponía de ese tiempo, puesto que 700 u 800 comunistas, divididos en tres grupos, no podían de ninguna manera, ni aún con armas en la mano, tomar el poder o siquiera representar una amenaza de que podrían tomarlo.

Ahora bien, si no había comunistas suficientes para tomar el poder, había en cambio un fuerte sentimiento opuesto a que los comunistas fueran perseguidos, y el origen de ese sentimiento estaba en que durante su larga tiranía, Trujillo había acusado siempre a todos sus adversarios de ser comunistas, y los adversarios de Trujillo eran o muertos o torturados o perseguidos sin piedad; de manera que anticomunismo y trujillismo acabaron siendo términos equivalentes en el lenguaje político dominicano, y como trujillismo significaba crimen, anticomunismo pasó también a significar crimen. Por otra parte, los organismos de represión del país —la Policía y las Fuerzas Armadas— eran en 1963 los mismos, y con los mismos hombres, que habían sido bajo Trujillo. Si yo los usaba contra los comunistas, ese aparato de terror hubiera acabado actuando como lo había hecho en los tiempos de Trujillo, yo hubiera terminado en prisionero suyo y al final esas fuerzas desatadas hubieran destruido a las nacientes fuerzas democráticas dominicanas; pues para esos hombres, según habían aprendido de Trujillo, no había distinción entre demócratas y comunistas, y todo el que se opusiera a sus violencias y a su corrupción era un comunista y debía ser aniquilado.

Esta presunción mía era correcta, según lo probaron los hechos. Desde la misma madrugada del 25 de septiembre, día del golpe contra el Gobierno que yo encabezaba, comenzó la policía a perseguir y apalear sin misericordia a todos los demócratas no comunistas que a juicio de los jefes militares podían hacer resistencia al golpe de Estado. En todo el país se

sabía que en el Partido Revolucionario Dominicano no había un solo comunista infiltrado, y sin embargo los líderes y miembros de ese partido eran perseguidos bajo la acusación de ser comunistas. El propio jefe de la policía insultaba a los prisioneros llamándoles comunistas. Muchos líderes del Partido Revolucionario Dominicano fueron deportados, y —dato curioso— aunque se les permitió volver al país a numerosos comunistas que estaban en Europa, Rusia y Cuba cuando se produjo la caída de mi gobierno, no se les dio entrada de nuevo a los líderes del Partido Revolucionario Dominicano, y si alguno pudo volver fue deportado de nuevo inmediatamente. Durante los 19 meses del Gobierno de Donald Reid fueron encarcelados, deportados, golpeados en forma bárbara miles de demócratas del PRD y centenares del Partido Social Cristiano y del Movimiento 14 de Junio; los locales de esos tres partidos fueron asaltados o destruidos por la policía. Todos los vehículos, escritorios, maquinillas y otros efectos de valor del Partido Revolucionario Dominicano fueron robados por la policía, un robo que alcanzó a un cuarto de millón de dólares. En los meses de mayo y junio de 1964 llegó a haber en las cárceles dominicanas, a un mismo tiempo, más de 1,000 miembros del Partido Revolucionario Dominicano acusados de ser comunistas.

Esa furia “anticomunista” desatada contra los demócratas dominicanos fue un factor de importancia en el estallido de la revolución de abril, pues el Pueblo combatió para reconquistar su derecho a vivir no sólo mejor sino también bajo un orden legal, no policial, y si hubiera sido yo quien hubiera desatado esa furia, la revolución hubiera sido hecha contra el régimen democrático que yo encabezaba, no a favor de la democracia.

No hacía falta ser un genio político para darse cuenta de que si comenzaba un estado de persecución “anticomunista”

a la manera clásica de un país educado por la tiranía, los policías y los militares perseguirían también, y sin duda más señudamente, a los demócratas de todos los partidos. Tampoco hacía falta ser un genio político para comprender que lo que se necesitaba en la República Dominicana no era estimular desde el Gobierno los hábitos hacia la persecución y el crimen que se hallaba en el fondo del alma de policías y soldados; lo que se necesitaba era fortalecer la democracia demostrándoles a todos los dominicanos y aún a esos mismos policías y soldados, que lo que más les convenía a ellos y al país era vivir bajo el orden legal de la democracia.

Ahora bien, en el panorama dominicano había una fuerza que en mi opinión determinaba el fiel de la balanza política, en lo que se refiere al punto de las ideologías y doctrinas, y esa fuerza era el Movimiento 14 de Junio.

Ya he dicho que de acuerdo con mis cálculos en el Movimiento 14 de Junio había una infiltración de menos de 50 comunistas, algunos de ellos en puestos directivos y otros en niveles más bajos. Pero debo advertir que en la dirección de ese partido, y en todos sus niveles, había mayoría abrumadora de jóvenes no comunistas y había muchos fuertemente anticomunistas.

¿Cómo se explica que hubiera comunistas junto con no comunistas y con anticomunistas?

Lo explica una razón: el Movimiento 14 de Junio era, en toda su extensión y en todos sus niveles, de un nacionalismo intenso, y ese nacionalismo se manifestaba sobre todo en términos de vivo antinorteamericanismo.

Es fácil comprender por qué la juventud dominicana de la clase media era tan nacionalista. Esa juventud quería a su país, deseaba verlo moral y políticamente limpio, deseaba que se desarrollara, y pensaba que Trujillo era quien impedía la moralización, la libertad y el desarrollo de su patria. Ahora

bien, no es tan fácil comprender por qué su nacionalismo se manifestaba en términos de antinorteamericanismo.

Sencillamente, por sentimiento de frustración. Esa juventud, que no había podido deshacerse de Trujillo, pensaba que Trujillo estaba en el poder debido al respaldo de los Estados Unidos. Para ellos, los Estados Unidos y Trujillo eran socios, ambos culpables a partes iguales de lo que sucedía en la República Dominicana, y por tanto su antitrujillismo se convirtió naturalmente en antinorteamericanismo.

No discuto aquí si tenían razón o no la tenían; sólo expongo el caso. Yo sabía que en los Estados Unidos había personajes que apoyaban a Trujillo y otros que lo atacaban. Pero los jóvenes dominicanos que vivían en el país sabían lo primero y no sabían lo segundo, pues Trujillo se encargaba de dar la mayor publicidad posible a cualquier manifestación, por pequeña que fuera, del respaldo que le ofreciera directa o indirectamente un ciudadano de los Estados Unidos, lo mismo si se trataba de un senador que de un turista anónimo, y en cambio impedía de manera escrupulosa que a Santo Domingo llegara la menor noticia de un ataque que le dirigiera cualquier norteamericano. Así, los jóvenes dominicanos sabían que Trujillo tenía defensores en los Estados Unidos, no enemigos.

Por otra parte, Trujillo alcanzó a crear en el Pueblo dominicano una imagen de unidad entre sociedad y gobierno sólo comparable a la que han producido en sus países los regímenes comunistas. Durante más de 30 años en la República Dominicana no sucedió nada, ni podía en verdad suceder nada, sin una orden expresa de Trujillo. Esa imagen se generalizó en la mente de los jóvenes, y ellos pensaban que tampoco en los Estados Unidos podía suceder nada sin una orden del que gobernaba en Washington. Así, para ellos, cuando un senador, un periodista o un hombre de negocios norteamericano

expresaba públicamente su apoyo a Trujillo, el senador, el periodista y el hombre de negocios estaba hablando por orden del Presidente de los Estados Unidos. Todavía hoy es alto el número de dominicanos de la clase media que piensa que todo lo que dice un ciudadano de los Estados Unidos lo está diciendo su gobierno.

El fiel de la balanza política dominicana estaba en el vivo antinorteamericanismo del Movimiento 14 de Junio, en el cual se agrupaban los jóvenes más vehementes y hasta más capacitados técnicamente —no políticamente—, pues era en ese sentimiento antinorteamericano donde más efecto podía hacer la prédica comunista, y además era en esa juventud nacionalista donde los comunistas podían formar los líderes que necesitaban. Los comunistas decían a esos jóvenes que la democracia que yo encabezaba recibía órdenes de Washington, igual que las había recibido Trujillo, para aniquilar a la juventud nacionalista bajo la acusación de que era comunista. Mi gobierno tenía que evitar a toda costa que los jóvenes nacionalistas perdieran la fe en la democracia. Poco a poco, a medida que pasaban los días y se afirmaba en la República Dominicana un estado de ley con amplias libertades democráticas, los miembros del Movimiento 14 de Junio no comunistas o anticomunistas iban ganando terreno ante los comunistas, pues podían probarles a sus amigos y compañeros con ejemplos evidentes y diarios que el Gobierno que yo presidía no recibía órdenes de Washington, ni para perseguirlos ni para otros fines, y además, que no seguía los métodos de Trujillo en ningún terreno. En dos o tres años más el sector democrático pero nacionalista —y antiamericano, no hay que olvidarlo— del Movimiento 14 de Junio hubiera acabado con la influencia comunista en sus filas y hubiera terminado siendo una firme columna de la democracia dominicana.

Yo sabía que si en el país se establecía un gobierno que no fuera elegido por el Pueblo, constitucional y respetuoso de las libertades públicas, ese gobierno cometería el grave error de proclamarse anticomunista y pronorteamericano, y que empezaría persiguiendo a todos los demócratas bajo la acusación de que eran comunistas; en pocas palabras, el nuevo gobierno se presentaría ante el Pueblo con los atributos de Trujillo. Como sería de esperar, los comunistas achacarían ese nuevo gobierno a maniobras norteamericanas, y los consabidos “periodistas” norteamericanos les darían la razón; en consecuencia, la autoridad de los comunistas crecería en el Movimiento 14 de junio y en otros círculos de la juventud. Conservar a esa juventud para la democracia, era, pues, mantener en equilibrio la balanza política dominicana. Toda medida que rompiera el equilibrio representado en el Movimiento 14 de Junio conduciría al desastre, y cualquier político dominicano sensato podía darse cuenta de lo que digo. Lo malo es que en el año 1963 no había políticos dominicanos sensatos, por lo menos en el número que necesitaba la República Dominicana. Los apetitos de poder contenidos durante un tercio de siglo se desbordaron y los políticos se dedicaron a conspirar con los militares de Trujillo y con los norteamericanos que se prestaban a ese juego. El resultado inmediato fue el golpe de septiembre de 1963, pero el resultado tardío fue la revolución de abril de 1965 y el imperdonable traspie de la intervención militar de los Estados Unidos en Santo Domingo.

En 1963, los comunistas dominicanos eran tan escasos en número y tan débiles en organización, que cuando se estableció el Partido Social Cristiano se presentó como militantemente anticomunista y persiguió a los comunistas con palos y piedras —y hasta tiros— en las calles sin que los comunistas pudieran hacerle frente. Sin embargo, los socialcristianos no tardaron en darse cuenta de que la mejor fuente de jóvenes de

que disponía el país era el Movimiento 14 de Junio, y entonces cesaron en su lucha callejera contra los comunistas y se dedicaron a predicar contra el “imperialismo norteamericano” y contra las injusticias del sistema social dominicano; y cuando demostraron con esa prédica que no eran un partido pronorteamericano y que reclamaban reformas en las estructuras del país, comenzaron a recibir adhesiones de jóvenes que habían sido miembros del Movimiento 14 de Junio y de muchos otros que no se habían definido aún en el campo político, pero tenían ya idea clara de lo que deseaban ser: nacionalistas y demócratas. Sin que hubiéramos cambiado ideas sobre el punto, los líderes socialcristianos acabaron comprendiendo que la clave del porvenir político dominicano estaba en asegurarles a los jóvenes nacionalistas una democracia digna y constructiva.

Eso que los socialcristianos comprendieron ya en 1963 lo hubieran comprendido otros sectores políticos si se le hubiera dado tiempo a la democracia dominicana. Pero no se le dio. Los círculos dominicanos y de los Estados Unidos que se conocen como de extrema derecha, se lanzaron sobre la democracia dominicana con una ferocidad digna de otro destino bajo la consigna de que el Gobierno que yo presidía era débil con los comunistas.

Este es el momento de analizar con brevedad la debilidad y la fuerza, sí es que estos dos términos significan conceptos contrapuestos. Por lo visto hay dos maneras de encarar los problemas políticos; una es usando la inteligencia y otra es usando la fuerza. Según esto, la inteligencia es débil, y el uso de la inteligencia, señal de debilidad.

Yo pienso que una materia tan compleja como es la que se refiere a las ideas y a los sentimientos políticos debe ser tratada con inteligencia. Pienso también que la fuerza es un concepto que expresa valores diferentes, según se esté en los Estados

Unidos o en la República Dominicana. En los Estados Unidos, el uso de la fuerza quiere decir aplicación de la ley sin crímenes, sin torturas, sin exilios, sin barbarie; en la República Dominicana quiere decir todo lo contrario: no se aplica ley alguna sino que se ponen en acción todos los instrumentos de la tortura, sin excluir el asesinato. Cuando un policía dominicano dice de una persona que es comunista, está diciendo que él, el policía, tiene todo el derecho —y hasta el deber— de apalearla, dispararle y matarla. Y como ese policía no sabe distinguir entre un demócrata y un comunista, es muy posible que al disparar y matar esté disparando y matando a un demócrata. Son muchos los centenares de demócratas muertos por la policía dominicana en los últimos años debido a que eran “comunistas”.

No es fácil cambiar la mentalidad de la gente que se enrola como policía en la República Dominicana si no se da tiempo para lograrlo. Cuando los colonos norteamericanos colgaron en Salem a unas mujeres bajo la acusación de que eran brujas, los que las colgaron creían absolutamente que eran brujas, y sin embargo, hoy no se encontraría un norteamericano en uso de su razón que crea que eran brujas. Cuando a un policía dominicano se le dice que debe perseguir a un joven porque es comunista, él cree con toda su alma que su deber es matarlo.

El problema que se le planteaba al Gobierno que yo presidía era escoger entre el uso de la inteligencia y el uso de la fuerza mientras transcurría el tiempo necesario para que los jóvenes exaltados y los policías aprendieran a distinguir entre la democracia y el comunismo; y si escogía el uso de la fuerza, el Gobierno dejaría de ser democrático en una o dos semanas, porque el crimen policial se hubiera derramado por el país. Y si alguien opina que en ese tiempo necesario para el aprendizaje los comunistas podían ganar fuerza y tomar el poder, yo

digo y aseguro que no podían hacerlo. Sólo la dictadura podía proporcionarles a los comunistas argumentos para progresar en la República Dominicana. Bajo un régimen democrático, la conciencia democrática hubiera progresado más que ellos, como de hecho lo hizo.

Si se me permite seguir hablando en términos de inteligencia y de fuerza, pienso que mis ideas acerca de la inteligencia y la fuerza se aplican al propio comunismo en su lucha por la conquista del poder. Ningún partido comunista, en ningún país del mundo, ha podido llegar al poder sólo porque haya sido fuerte; ha necesitado además tener un líder inteligente, de capacidad por encima del nivel corriente. Los comunistas dominicanos no tenían en 1963 fuerza suficiente y no tenían un líder capaz de llevarlos al poder.

En 1963, el comunismo dominicano estaba en su infancia y se hallaba, como el comunismo venezolano en 1945, dividido en grupos que no podían unirse fácilmente. Sólo la larga dictadura de Pérez Jiménez pudo crear el ambiente adecuado para que los diferentes grupos comunistas de la Venezuela de 1948 se unieran en un solo partido, y la falta de un liderazgo de capacidad reconocida ha evitado que a pesar de la fuerza actual que posee, el comunismo venezolano haya podido alcanzar el poder.

¿Cuántos comunistas hay en Francia, cuántos en Italia? Pero ni el comunismo francés ni el italiano han tenido líderes capaces de llevarlos al poder. En el caso dominicano, ni hay fuerza ni hay inteligencia.

Yo no puedo esperar que hombres como Wessin y Wessin, Antonio Imbert o Jules Dubois sepan estas cosas, piensen en ellas y actúen en consecuencia. Pero lógicamente tenía derecho a esperar que en Washington hubiera quien conociera la trama política dominicana y el papel que podían jugar los comunistas en mi país. Por lo visto, yo estaba equivocado. En

Washington conocen del problema dominicano sólo lo que Informan Wessin y Wessin, Antonio Imbert y Jules Dubois.

La falta de conocimiento adecuado equivale a una anulación del poder de la inteligencia, sobre todo en el campo político, y eso es de malos resultados. Cuando la inteligencia queda anulada, su puesto lo ocupa el miedo, y hoy se ha esparcido por los países de América un miedo al comunismo que nos lleva a todos a matar la democracia por temor de que la democracia sea la máscara del comunismo.

Me parece que hemos llegado al punto en que consideramos que la democracia es incapaz de resolver los problemas de nuestros pueblos. Y si en verdad hemos llegado a ese punto, no tenemos nada que ofrecerle a la humanidad. Estamos negando nuestra fe, estamos destruyendo las columnas del templo que durante toda la vida ha sido nuestro amparo.

“Estamos”, no; digo mal. Están otros. Porque a pesar de todo lo que ha sucedido, yo sigo creyendo que la democracia es el hogar de la dignidad humana.

San Juan, Puerto Rico,
18 de junio, 1965.

LA DEBILIDAD DE LA FUERZA

Al entrar en su tercer mes, la Revolución Dominicana, que había estado durante dos meses circunscrita a la capital de la república, comenzó a extenderse por el interior del país. Esto era inevitable, dado que una revolución no es una simple operación militar que pueda ser contenida por fuerzas militares dentro de límites determinados. Era inevitable, pero es inexplicable que en Washington nadie se diera cuenta de ello.

Al embotellar la revolución dentro de una parte de la ciudad de Santo Domingo, el Gobierno de los Estados Unidos hizo cálculos en términos de fuerza: los revolucionarios son tantos hombres con tales armas, y por tanto podemos dominarlos e inmovilizarlos con tantos hombres y tal equipo.

Llegar a conclusiones en términos de fuerza es fácil, sobre todo hoy, y sobre todo en los Estados Unidos, donde una batería de computadores electrónicos da las respuestas adecuadas a problemas de esa índole en pocos minutos y tal vez en pocos segundos.

Pero una revolución es un hecho histórico que no ofrece posibilidad de cálculos de esa naturaleza, porque escapa a las definiciones aritméticas. Una revolución tiene su origen en fenómenos peculiares de su medio social, económico y político, y tiene su fuerza en el corazón y en el cerebro de las gentes. Ninguno de esos dos factores de una revolución puede ser medido por computadores electrónicos.

La de Santo Domingo fue —y es— una típica revolución democrática a la manera histórica de la América Latina y se originó en factores sociales, económicos y políticos que eran y son al mismo tiempo dominicanos y latinoamericanos. Para situarla en el contexto latinoamericano, su patrón más cercano en el tiempo es la revolución mexicana de 1910, aunque no debía ni debe esperarse que fuera exactamente igual a esa revolución de México. En términos históricos, nada es igual a nada.

A pesar de que habían transcurrido cincuenta y cinco años desde que estalló la revolución mexicana hasta que comenzó la dominicana, y a pesar de que en ese largo tiempo —más de medio siglo— se han extendido por el mundo los estudios políticos, sociales, económicos e históricos, los Estados Unidos actuaron ante la Revolución Dominicana de 1965 en forma casi igual a como hicieron ante la revolución mexicana de 1910. En 1965 se ha aducido el peligro comunista como razón de la intervención militar en Santo Domingo; en 1910 no podía usarse ese pretexto para desembarcar tropas en Veracruz porque entonces no existía el peligro comunista. ¿Por qué la actuación ha sido tan parecida?

Porque tradicionalmente el mundo oficial norteamericano se ha opuesto a las revoluciones democráticas en la América Latina. Con la excepción de los años de Kennedy, la política exterior norteamericana en la América Latina ha sido la de entenderse con los grupos de poder y la de usar la fuerza para respaldar a esos grupos. Durante los años de Franklyn Delano Roosevelt se abandonó el uso de la intervención armada, pero no se abandonó el apoyo a los grupos dominantes, y todavía en el caso de la revolución cubana de 1933 se hicieron presentes los buques de guerra norteamericanos en aguas de Cuba como un recordatorio ominoso. Fue John Fitzgerald Kennedy quien transformó los viejos conceptos y puso en práctica una

nueva política, pero desaparecido él, volvió a imponerse el criterio de que el poder se ejerce sólo a través de la fuerza.

Esta idea parece no ser correcta. La fuerza como expresión única de poder tiene sus límites: es un instrumento idóneo cuando se enfrenta a la fuerza, pero no lo es cuando se enfrenta a fenómenos que tienen su origen en las bases más profundas de las sociedades. Stalin pudo haber tenido razón al decir, durante la última guerra mundial, que esa guerra sería ganada por el país que fabricara más motores; pues la lucha de 1939-1945 fue llevada a cabo entre poderes militares organizados, y el poder de cada uno de ellos se medía en términos de fuerza, de divisiones, de cañones, de bombas.

Pero una revolución no es una guerra, y hasta se conocen revoluciones que se han hecho sin que haya mediado un disparo de fusil. Tradicionalmente, las revoluciones las han perdido los más fuertes. Las trece colonias americanas eran más débiles que Inglaterra, y le ganaron la revolución de Independencia; el Pueblo francés era más débil que la monarquía de Luis XVI y le ganó la revolución del siglo XVIII; Bolívar era más débil que Fernando VII, y le ganó la revolución de América del Sur; Madero era más débil que Porfirio Díaz y le ganó la revolución de 1910; Lenin era más débil que el Gobierno ruso, y le ganó la revolución de 1917. Todas las revoluciones triunfantes a lo largo de la historia, sin una sola excepción; han sido más débiles que los gobiernos combatidos por ellas. Una revolución, pues, no puede medirse en términos de poderío militar; hay que apreciarla con otros valores.

Para saber si una revolución es verdaderamente una revolución y no un mero desorden o una lucha de caudillos por el poder, hay que estudiar sus causas, la posición que han tomado en ella los diferentes sectores sociales, y determinar su tiempo histórico. En Washington nadie estudió estos aspectos de la Revolución Dominicana. En Washington se recibieron noticias

de que el sábado 24 de abril, a mediodía, había habido cierta inquietud en algunos cuarteles de Santo Domingo y en el Pueblo; un poco más tarde se supo que el jefe del ejército había sido hecho preso por sus subalternos, y en el acto se pensó en desembarcar fuerzas militares norteamericanas en el pequeño país antillano. Eso lo dijo el propio presidente Johnson al afirmar en una conferencia de prensa que “as a matter of fact, we landed our people in less than one hour from the time the decision was made. It was a decision we considered from Saturday until Wednesday evening”. (*The New York Times*, Friday, June 18, 1965. Pág. 14 L).

Desde el sábado, pues, el Gobierno de los Estados Unidos consideró necesario desembarcar tropas en Santo Domingo; y ese día el Gobierno de los Estados Unidos no sabía qué clase de revolución estaba desarrollándose o iba a desarrollarse en la República Dominicana. Es evidente que la actitud del Gobierno norteamericano era la de defender el statu-quo dominicano, sin tomar en cuenta la voluntad del Pueblo dominicano. La reacción en Washington fue, pues, la habitual; el grupo dominante en la República Dominicana estaba amenazado y había que defenderlo.

Ese grupo dominante era sin duda pronorteamericano, pero también era antidominicano, y en grado sumo. En 19 meses de gobierno, el régimen predilecto de Washington había desmantelado la economía dominicana, había establecido un sistema de corrupción no visto en el país desde el siglo pasado y además se burlaba todos los días de las esperanzas del Pueblo en una solución democrática. Cuando los revolucionarios tomaron en la mañana del domingo día 25 de abril el Palacio Nacional, hallaron allí montones de carteles de propaganda para la campaña política de Donald Reid Cabral, que había resuelto continuar en el poder mediante elecciones amañadas.

La Revolución Dominicana de abril no fue un hecho improvisado. Era un acontecimiento histórico cuyos orígenes podían verse con claridad. En realidad, esa revolución estaba en marcha desde fines de 1959, y fue manifestándose gradualmente, primero con una organización clandestina de jóvenes de la clase media que fue descubierta a principios de 1960, después con la muerte de Trujillo en mayo de 1961, más tarde con las elecciones de diciembre de 1962 y por último con la huelga de mayo de 1964. El golpe de Estado de septiembre de 1963 no podía detener esa revolución. Fue una ilusión de gente ignorante en achaques de sociología y de política pensar que al ser derrocado el Gobierno que yo presidí la revolución quedaba desvanecida. Fue una ilusión creer, como consideraron los que formulan en Washington la política dominicana, que una persona de buena sociedad y de los círculos comerciales era el hombre indicado para dominar la situación dominicana. Fueron precisamente el uso de la fuerza y la frivolidad del favorito de Washington —Donald Reid Cabral— los factores que aceleraron el estallido de la revolución de abril.

La Revolución Dominicana tenía causas no sólo profundas, sino además viejas. La falta de libertades de los días de Trujillo y el desprecio a las masas del Pueblo volvieron a gobernar el país a partir del golpe de Estado de 1963; el hambre general se agravó con la política económica sin sentido del equipo encabezado por Reid Cabral, y la corrupción trujillista resultó a la vez más extendida y más descarada que bajo la tiranía de Trujillo. Se pretendió volver al trujillismo sin Trujillo, un absurdo histórico que no podía subsistir. La clase media y las grandes masas se aliaron en un mismo propósito; barrer ese pasado ignominioso que había renacido en el país y retornar a un estado de ley y de honestidad pública.

Veamos ahora el punto que toca al tiempo histórico. Lo que le da carácter peculiar a la historia de Santo Domingo es

lo que en otras ocasiones he llamado su "arritmia". Los acontecimientos dominicanos suceden en un tiempo que no corresponde al tiempo histórico general de la América Latina. El momento histórico en que se hallaba la República Dominicana en abril de 1965 era el equivalente de 1910 en México, y es curioso que los Estados Unidos actuaran sobre Santo Domingo, en cierto sentido, como lo hicieron sobre México en 1910, aunque alegaran para ello que en Santo Domingo estaba en marcha una segunda Cuba.

Pero en Santo Domingo no podía estar en marcha en abril de 1965 una segunda Cuba como no podía producirse en México de 1910. Lo que había estallado en la República Dominicana en abril de 1965 era —y es— una revolución democrática y nacionalista; y el 1965 era el momento histórico exacto para que los dominicanos iniciaran su revolución democrática y nacionalista.

En términos de 1965, una revolución democrática no debe ser, y no puede ser, una mera lucha por las libertades públicas. Eso equivaldría a combatir para conquistar solamente una democracia política, y ningún pueblo latinoamericano de hoy puede conformarse con una democracia que no ofrezca al mismo tiempo que libertades políticas, la igualdad social y la justicia económica. Por otra parte, el nacionalismo es un sentimiento que se origina en la necesidad vehemente de hacer progresar en todos los órdenes el propio país, en la necesidad de afirmar la conciencia nacional en el campo económico, en el político y en el moral, y toda revolución verdadera, sobre todo si es democrática, tiene un alto contenido de nacionalismo.

Para no equivocarse en el caso de la Revolución Dominicana de 1965 bastaba con situarla en su tiempo histórico. Eso hubiera servido también para evitar el costoso error político de considerar que era una revolución comunista o en peligro de derivar hacia el comunismo.

El precio que pagarán los Estados Unidos por ese error será alto, y a mi juicio lo veremos en nuestro propio tiempo. Un índice de la magnitud del error es el tamaño de la fuerza usada originalmente para embotellar la revolución. Los Estados Unidos, que en el mes de abril tenían en Viet Nam 23 mil hombres, desembarcaron en Santo Domingo 42 mil. Para los funcionarios de Washington, los sucesos de la República Dominicana eran de naturaleza tan peligrosa que se prepararon como si se tratara de llevar a cabo una guerra de la que dependía la vida misma de los Estados Unidos. Siempre recordaré como un síntoma de esa enorme equivocación un detalle de la densa propaganda hecha por el departamento de guerra psicológica, el del famoso submarino ruso capturado en el puerto de la vieja capital dominicana. Ese submarino desapareció misteriosamente tan pronto llegaron a Santo Domingo los primeros periodistas norteamericanos independientes, pero sigue navegando en las aguas del rumor interesado.

La fuerza de los Estados Unidos se usó en el caso de la Revolución Dominicana de una manera absolutamente desproporcionada. Un pueblo pequeño y pobre que estaba haciendo el esfuerzo más heroico de toda su vida para hallar su camino hacia la democracia fue ahogado por montañas de cañones, aviones, buques de guerra, y por una propaganda que presentó ante el mundo los hechos totalmente distorsionados. La revolución no fusiló una sola persona, no decapitó a nadie, no quemó una iglesia, no violó a una mujer; pero todo eso se dijo, y se dijo en escala mundial; la revolución no tuvo nada que ver ni con Cuba ni con Rusia ni con China, pero se dio la noticia de que 5 mil soldados de Fidel habían desembarcado en las costas dominicanas, se dio la noticia de que había sido capturado un submarino ruso y se publicaron “fotos” de granadas enviadas por Mao Tse-Tung.

La reacción norteamericana ante la Revolución Dominicana fue excesiva, y para comprender la causa de ese exceso habría que hacer un análisis cuidadoso de los resultados que puedan dar la fe en la fuerza y el uso ilimitado de la fuerza en el campo político, y convendría hacer al mismo tiempo un estudio detallado del papel de la fuerza cuando se convierte en sustituto de la inteligencia.

En el caso de la Revolución Dominicana, el empleo de la fuerza por parte de los Estados Unidos comenzó a tener malos resultados inmediatamente, no sólo para el Pueblo dominicano sino también para el Pueblo norteamericano. Con el andar de los días, esos resultados serán peores para los Estados Unidos que para Santo Domingo.

Pero mantengámonos ahora dentro del límite estrecho de los daños causados a Estados Unidos en Santo Domingo. Por de pronto, la Revolución Dominicana, que hubiera terminado en el propio mes de abril a no mediar la intervención de los Estados Unidos, quedó embotellada y empezó a generar fuerzas que no estaban en su naturaleza, entre ellas odio a los Estados Unidos. Ese odio no se extinguirá en mucho tiempo. El nacionalismo sano de la revolución irá convirtiéndose a medida que pasen los meses en un sentimiento antinorteamericano envenenado por la frustración a que fue sometida la revolución. Y es una tontería insigne considerar que el nacionalismo de los pueblos pequeños y pobres puede ignorarse, desdeñarse o doblegarse. La más poderosa de las armas nucleares es débil al lado del nacionalismo de los pueblos pequeños y pobres. El nacionalismo es un sentimiento profundo, casi imposible de desarraigar del alma de las sociedades una vez que aparece en ellas, y ese sentimiento, según lo demuestra la historia, lleva a los hombres a desafiar todos los poderes de la tierra. Ahora bien, cuando el nacionalismo democrático es ahogado o estrangulado, pasa a ser un fermento, tal vez el más

activo, para la propagación del comunismo. Estoy convencido de que el uso de la fuerza de los Estados Unidos en la República Dominicana producirá más comunistas en Santo Domingo y en la América Latina que toda la propaganda rusa, china o cubana.

Por de pronto, será difícil convencer a los dominicanos de que la democracia es el mejor de los sistemas. Ellos estaban pagando vidas y sangre por su democracia, y la democracia norteamericana presentó su lucha, tremenda y heroica, como obra de bandidos y comunistas. La fuerza, en su caso, fue empleada para impedirles que alcanzaran su democracia. Para muchos norteamericanos esto no es y no será cierto, pero yo estoy exponiendo aquí lo que sienten y sentirán por largos años los dominicanos, no las intenciones norteamericanas.

Debido a que la fuerza nunca es tan fuerte como creen quienes la usan, los Estados Unidos tuvieron que recurrir en Santo Domingo a un expediente que les permitiera usar la fuerza sin exponerse a las críticas del mundo; y eso explica la creación de la junta cívico-militar encabezada por Antonio Imbert. Esa junta, como es de conocimiento general, fue la obra del embajador John Bartlow Martin, es decir, de los Estados Unidos; y pocas veces en la historia reciente se ha cometido un error tan costoso para el prestigio de los Estados Unidos como el que se cometió al poner en manos del señor Imbert parte de las fuerzas armadas dominicanas y al proporcionarles como justificación para sus crímenes el argumento de estar combatiendo el comunismo en Santo Domingo. Las matanzas de dominicanos y extranjeros —entre los últimos, un sacerdote cubano y uno canadiense— realizadas por las fuerzas de Imbert bajo el pretexto de que estaban aniquilando a los comunistas, quedarán para siempre en la historia dominicana cargadas en la cuenta general de los Estados Unidos y en la particular del señor Martin. Esas matanzas fueron hechas

mientras estaban en Santo Domingo las fuerzas norteamericanas; y además el embajador Martin sabía quién era Imbert antes de invitarlo a encabezar la junta cívico-militar. La tiranía de Imbert fue establecida a ciencia y conciencia, y después de la tiranía de Trujillo no había excusa que pudiera justificar el establecimiento de la de Imbert.

La revolución no fusiló a nadie ni decapitó a nadie; pero las fuerzas de Imbert han fusilado y decapitado a centenares, y aunque a esos crímenes no se les ha dado la debida publicidad en los Estados Unidos, figuran en los expedientes de la Comisión de los Derechos Humanos de la OEA y de las Naciones Unidas, con todos sus horripilantes detalles de cráneos destrozados a culatazos, de manos amarradas a la espalda con alambres, de cadáveres sin cabezas flotando en las aguas de los ríos, de mujeres ametralladas en los "paredones", de los dedos destruidos a martillazos para impedir la identificación de los muertos. La mayor parte de las víctimas fueron miembros del Partido Revolucionario Dominicano, un partido reconocidamente democrático, pues la función de la llamada democracia de Imbert es acabar con los demócratas en la República Dominicana. Parece un sangriento sarcasmo de la historia que los crímenes que se le achacaron a la revolución sin haberlos cometido, hayan sido cometidos por un falso gobierno creado por los Estados Unidos sin que eso conmueva a la opinión norteamericana.

La mancha de esos crímenes no caerá toda sobre Imbert, que al fin y al cabo es un ave de paso en la vida política dominicana; caerá también sobre los Estados Unidos y, por desgracia, sobre el concepto genérico de la democracia como sistema de gobierno. O yo no conozco a mi pueblo, o va a ser difícil que a la hora de determinar responsabilidades los dominicanos de hoy y de mañana sean indulgentes con los Estados Unidos y duros solamente con Imbert. En general, va a ser

difícil salvar a los Estados Unidos de responsabilidad en todos los males futuros de Santo Domingo, aún de aquellos que se hubieran producido naturalmente si la revolución hubiera seguido su propio curso.

El Pueblo dominicano no olvidará fácilmente que los Estados Unidos llevaron a Santo Domingo el batallón nicaragüense “Anastasio Somoza”, el émulo centroamericano de Trujillo; que llevaron a los soldados de Stroessner, los menos indicados para representar la democracia en un país donde acababan de morir miles de hombres y mujeres del Pueblo, peleando por establecer una democracia; que llevaron a los soldados de López Arellano, que es para los dominicanos una especie de Wessin y Wessin hondureño. En todos los textos de historia dominicana del porvenir figurará en forma destacada el bombardeo a que fue sometida la ciudad de Santo Domingo durante 24 horas los días 15 y 16 de junio.

Todos estos puntos a que me he referido a la ligera son consecuencias del uso de la fuerza como instrumento de poder en el tratamiento de los problemas políticos. Una apreciación inteligente de los sucesos de Santo Domingo hubiera evitado los males que ha producido y producirá el uso de la fuerza que se desplegó en el caso dominicano.

Para la sensibilidad de los pueblos de la América Latina, para su experiencia como víctimas tradicionales de gobiernos de fuerza, todo empleo excesivo e injusto de la fuerza provoca sentimientos de repulsión. Desde el punto de vista de los latinoamericanos, los Estados Unidos cometieron en Santo Domingo el peor error político de este siglo. El presidente Johnson dijo que los infantes de marina de su país habían ido a Santo Domingo a salvar vidas, pero lo que puede asegurar el que conozca la manera de sentir de los latinoamericanos es que esos infantes de marina destruyeron en todo el Continente la imagen democrática de los Estados Unidos. Es que parece

estar en la propia naturaleza de la fuerza destruir en vez de crear, y cuando se usa en forma excesiva e inoportuna, la fuerza tiende a destruir a quien la usa.

Una revolución puede detenerse con la fuerza, pero sólo durante cierto tiempo. En muchos sentidos, las revoluciones son terremotos históricos incontrolables, sacudimientos profundos de las sociedades humanas que buscan su acomodo en la base de su existencia. Y la Revolución Dominicana de abril de 1965 fue —y es— una revolución auténtica. Por lo menos eso creen los que tienen razones para conocer la historia, las fallas, las angustias y las esperanzas dominicanas, es decir los dominicanos que las hemos estudiado y estamos vinculados al destino de aquel pueblo por razones tan justas y tan honorables como puede estar vinculado el mejor de los norteamericanos al destino de los Estados Unidos.

Puerto Rico.

29 de junio de 1965

LA REVOLUCIÓN DE ABRIL*

* Publicado en *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 192, Santo Domingo: Órgano del PLD, 20 de junio de 1979, p.4; *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 193, Santo Domingo: Órgano del PLD, 27 de junio de 1979, p.4; *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 194, Santo Domingo: Órgano del PLD, 4 de julio de 1979, p.4; *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 195, Santo Domingo: Órgano del PLD, 11 de julio de 1979, p.4; *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 196, Santo Domingo: Órgano del PLD, 18 de julio de 1979, p.4; *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 197, Santo Domingo: Órgano del PLD, 25 de julio de 1979, p.4.

LA REVOLUCIÓN DE ABRIL

Los hechos que tienen importancia en la vida de un pueblo no pueden verse aislados, y por esa razón no podemos hablar de la Revolución de Abril aislándola del resto de la historia dominicana como si ésta hubiera comenzado el día antes del 24 de abril de 1965. Es más, la Revolución de Abril no puede analizarse ni siquiera a partir del 25 de septiembre de 1963, fecha en que se dio el golpe de Estado que derrocó el Gobierno constitucional de ese año. Podemos decir que el golpe de 1963 fue el antecedente inmediato de la Revolución de Abril, pero para juzgar correctamente el estallido de 1965 habría que ir mucho más atrás porque todos los acontecimientos históricos tienen raíces múltiples y algunas de ellas nacen mucho tiempo antes de lo que se ve a simple vista. Esto que acabamos de decir es lo que explica que a la hora de analizar cada momento de la historia debemos partir del conjunto de los hechos anteriores.

Una de las raíces del 24 de Abril se encuentra en la ocupación norteamericana de 1916, pero sucede que esa ocupación militar de 1916 tuvo su origen en otros acontecimientos, y todos ellos tienen sus raíces en la falta de un desarrollo económico, y por tanto social, que le diera al Pueblo dominicano la base material indispensable para mantener la independencia del Estado y con ella la seguridad del régimen político propio del sistema en que nos propusimos vivir.

Durante mucho tiempo el Pueblo dominicano ha pretendido vivir organizado como una sociedad capitalista sin que llegara a serlo. Eso es lo que explica que comenzara su vida política con una revolución burguesa, que es así como debe ser calificado el movimiento del 27 de febrero de 1844. Esa revolución burguesa no iba a cuajar ni en todo el siglo pasado ni en los primeros dos tercios de éste porque no se formó la clase social que debía impulsarla, sostenerla y beneficiarse de ella. Lo cierto es que la revolución burguesa dominicana existió como un fantasma en la mente de la pequeña burguesía que se levantó contra los haitianos en el 1844, contra Báez en 1857, contra los españoles en el 1863 y aparentemente contra el Triunvirato el 24 de abril de 1965. La existencia fantasmal de esa revolución en la mente de la pequeña burguesía nacional compensaba la imposibilidad de que se estableciera un Estado burgués real en un país que no podía ofrecerle a ese tipo de Estado las bases materiales sin las cuales no podía sostenerse. Fue la ocupación militar norteamericana de 1916, ocurrida 72 años después del 27 de febrero de 1844, la que creó esas bases materiales necesarias, absolutamente indispensables, para que en la República Dominicana comenzara a desarrollarse una clase burguesa, y sólo una clase burguesa podía hacer la revolución burguesa que no pudieron hacer ni los trinitarios de Juan Pablo Duarte ni los azules de Gregorio Luperón.

Las bases materiales

Las bases materiales de que estamos hablando sin mencionarlas eran las que debían crear las condiciones para que se mantuviera con vida el Estado burgués.

¿Cuáles eran ellas?

En primer lugar, las comunicaciones. El país no estaba comunicado y por tanto no era un país sino un conjunto, no

precisamente homogéneo, de varios países pequeñísimos que se distinguían hasta en la manera de hablar la lengua española. Un campesino del Sur no hablaba igual que uno del Cibao y éste no hablaba como los llamados pororós de la región de Yamasá. El país no estaba unido ni en lo geográfico ni en lo económico ni en lo social ni en lo político. Por ejemplo, la región de la Línea Noroeste era a principios de este siglo un territorio autónomo bajo el control de algunos jefes de armas encabezados por Desiderio Arias. El general Arias y sus seguidores controlaban la aduana de Monte Cristi y con los fondos que recibían de esa aduana fortalecían su poder militar comprando armas en Haití, de manera que en el aspecto práctico, si no legal, y dentro de límites muy pequeños, el general Arias era el jefe de un Estado que tenía bajo sus órdenes a una población y disponía de una fuerza armada para hacer respetar esas órdenes y recaudaba dinero con que mantener funcionando el aparato militar y el burocrático civil de su pequeño Estado.

El caso de la Línea Noroeste era excepcional porque otras regiones no llegaban al grado de autonomía que ella tenía; pero sucedía que el aislamiento de las diferentes partes del país impedía que el poder del Estado nacional llegara a todos los lugares con la rapidez y la fuerza necesaria para imponer la autoridad pública en todas partes cuando era necesario hacerlo, y esa incapacidad se traducía en una situación de anarquía latente que se convertía en activa con mucha frecuencia, en forma de levantamientos armados que a menudo eran de pocos hombres pero en número suficiente para quebrantar la paz pública y alarmar al país o a una región.

Por ejemplo, antes de que se inaugurara el trencito que viajaba de Sánchez a La Vega era difícil llegar al corazón del Cibao desde cualquier punto del Sur a menos que se tomara el camino de San Juan de la Maguana a Constanza y de ahí a

La Vega, de donde podía irse a San Francisco de Macorís o a Moca, haciendo toda la ruta a lomo de mulo o caballo. Desde la Capital podía irse al Cibao, también en caballo o mulo, por la vía de Cotuí y La Vega o por Puerto Plata, adonde se llegaba en buque o goleta, y después de haber sido inaugurado a fines del siglo el tren de Puerto Plata a Santiago, se podía ir de este último punto a otros del Cibao usando bestias de silla. De todos modos, el transporte de cargas o personas de una región del país a otra cualquiera era costoso e inseguro, entre varias razones, porque no se sabía en qué lugar una recua cargada de telas o de tabaco o cacao iba a tropezar con un cantón guerrillero. (Recua era un número de caballos o mulos superior a tres que se dedicaban al transporte de mercancías entre dos o más sitios, digamos, de la Capital a San Cristóbal o de Moca a Puerto Plata; y cantón era el punto en que se reunía un grupo de gente armada durante un tiempo más o menos largo, pero siempre de más de un día).

Con la excepción de los pocos kilómetros de carreteras que se habían hecho en el Gobierno de Ramón Cáceres, el país estaba incomunicado excepto en los dos sitios donde había trenes, y un viaje por las regiones donde no había aquellos pocos kilómetros de carreteras o esos trenes era toda una hazaña, sobre todo si se hacía en épocas de lluvia. Esa situación empezó a cambiar cuando el Gobierno militar norteamericano comenzó a construir las carreteras del Este y del Sur, y la del Cibao, que llegaba hasta la frontera haitiana por la Línea Noroeste. Antes de eso en la mayor parte del territorio nacional se vivía como 200 ó 300 años antes, en los días en que la sociedad que ocupaba la porción Este de la isla no se había organizado en Estado ni soñaba hacerlo.

El Gobierno militar norteamericano que construía esas carreteras no lo hacía porque quisiera hacerles un servicio a los dominicanos sino porque dos de ellas penetraban en Haití y

Haití estaba ocupado también por las fuerzas de los Estados Unidos; la del Este recorría la zona de los ingenios azucareros en los que había inversiones yanquis, y por último, sólo si disponíamos de buenas carreteras podríamos convertirnos en compradores de automóviles y camiones fabricados en los Estados Unidos y de gasolina hecha con petróleo de Pensylvania.

Una burguesía

Ahora bien, lo que tiene importancia para el análisis histórico que estamos haciendo no es quiénes construyeron esas vías de comunicación sino el hecho de que ellas eran indispensables para que en la República Dominicana pudiera establecerse un Estado real, no fantasmal; un Estado capaz de tener el dominio de su territorio y de la población que lo habitara; pero debemos aclarar que por sí solas, las carreteras no formaban la base material para la existencia de un Estado que pudiera acercarse a lo que debe ser un Estado burgués. Era necesario que se hicieran otras cosas, y el Gobierno militar norteamericano las hizo cuando formó una fuerza armada que tendría la capacidad militar indispensable para asegurar el funcionamiento continuo, y en todos los puntos del país, del aparato del Estado.

El país había tenido ejércitos, pero pequeños, que no podían hacerles frente a levantamientos armados capaces de desatar ataques simultáneos en diferentes lugares, y naturalmente, ninguno podía tener esa capacidad antes de que se construyeran las vías que debían poner en comunicación a las diferentes regiones. En el siglo pasado, la más eficiente de todas las organizaciones militares que había conocido la República fue la que creó Ulises Heureaux, y en este siglo lo fue la que formó el Gobierno de Ramón Cáceres; pero ninguna de las dos podía tener la rapidez de movimientos y la capacidad de penetración en todas las regiones del país que tuvo la Policía

Nacional Dominicana, creación de los interventores norteamericanos que el Pueblo bautizó con el nombre de la Guardia, quizá porque así era como se le había llamado a la Guardia Republicana de los días del presidente Cáceres.

La Guardia que crearon los ocupantes militares de 1916-1924 vino a ser el ejército que el país no había tenido. No hablamos de su posición ideológica o política ni de su conducta sino de su capacidad para moverse por todo el país y por tanto para hacerse sentir como instrumento militar del Estado en cualquier rincón, por alejado que estuviera de los centros urbanos.

Sin que se cumplieran esas condiciones no era posible que se desarrollara una burguesía dominicana puesto que no podía haber sociedad burguesa nacional donde no había un Estado nacional, y tendrían que pasar muchos años antes de que sobre las bases materiales creadas por la ocupación militar norteamericana de 1916 pudiera establecerse un Estado burgués. En los Estados Unidos y en Europa la burguesía creó sus Estados, pero aquí el Estado fue una creación de los hateros, y al reaparecer después de la anexión a España, fue obra de la pequeña burguesía; de ahí la debilidad congénita que lo llevó de tumbo en tumbo a ser anulado en 1916 por el poder militar norteamericano y a quedar convertido en 1930 en un servidor de Rafael Leonidas Trujillo que se valdría de él para hacer al mismo tiempo y en 31 años la acumulación originaria y la acumulación capitalista que en otros países habían sido hechas a lo largo de 200 y más años por las burguesías de los Estados Unidos y de Europa.

En la República Dominicana hay quien cree que la existencia de una burguesía comercial constituye toda una burguesía, y no es cierto. Políticamente hablando, una burguesía está formada por sectores dedicados a todas las actividades económicas: a la comercial, a la industrial, a la financiera; pero

también tiene sectores técnicos, profesionales, políticos, y en el orden ideológico, militares, pues sin militares que piensen, sientan y actúen como burgueses no puede tener vida el Estado burgués.

II

Nueve años antes de que desembarcaran en el puerto de Santo Domingo los infantes de marina norteamericanos que iban a iniciar la etapa histórica de la ocupación militar, se publicaba en España (porque en el país no había imprenta que pudiera hacerlo) un *Directorio y Guía de la República Dominicana* en cuya página 127 hallamos estas cifras acerca del producto nacional del año 1905: “Para comprar en el extranjero la importación... \$3,000,000”; para “pagar los derechos de importación... \$2,000,000; consumo de comestibles y artículos nacionales durante un año, a diez centavos diarios por cabeza, 600,000 habitantes... \$2,190,000. Total, \$7,190,000. De esos estimados el autor sacaba las siguientes conclusiones: “Tenemos, pues, que los habitantes de la República han tenido que producir, para cubrir sus gastos, y sin computar ganancia alguna, \$7,190,000, y agregaba: “El valor del trabajo intercambiado dentro del país asciende, por este cálculo, a \$2,190,000, y el de enviado al extranjero y pagado en derechos de importación a \$5,000,000, total en que calculamos sin escudriñar mucho, el verdadero valor de las exportaciones con que fueron cubiertas esas sumas”.

¿Qué exportamos ese año de 1905?

Azúcar, 33 mil toneladas métricas; 80 mil quintales de tabaco; 278 mil de cacao; 21 mil 300 de café; 400 mil racimos de guineos; 1 mil 433 galones de ron; 7 mil cajetillas de cigarrillos; 190 quintales de almidón y 92 de maíz; 2 mil 355 reses; 666 caballos; 15 mulos; 3 burros; 14 mil millares

de plátanos; cueros de reses, 822 mil y de chivos 158 mil; cera, miel de abejas, cabuya, cocos secos, pencas de palma, cana, conchas de carey, rabos de vacas, madera de 17 tipos. Con esos renglones de exportación, y en esas cantidades, nuestro comercio exterior no podía ser más pobre, y el interior no podía ser más rico que el exterior. La medida de la pobreza del último la dan los precios de las tierras fértiles de que se hablaba en las páginas 130 y 131 del Directorio, en las cuales se leen estas palabras:

“Por doscientos pesos oro americanos puede obtenerse en la República la propiedad, absolutamente libre de todo impuesto, de una caballería de tierra donde se producirían a maravilla todos los frutos tropicales... La caballería dominicana consta de 1,200 tareas... (Ese precio es de los) más altos, porque hemos querido referirnos a terrenos próximos a embarcaderos o a vías de comunicación económica. Existen en todo el país terrenos inmejorables, en cuanto a sus condiciones de fertilidad, que se venden hasta a cuarenta pesos oro americano la caballería” (o sea, a menos de 17 centavos la tarea en el primer caso y a menos de 4 centavos la tarea en el segundo).

Bajo desarrollo social

Pero podían conseguirse buenas tierras sin comprarlas, y el autor del Directorio lo explica diciendo que “uno de los medios más expeditos y económicos de adquirir la propiedad de terrenos adaptables a la agricultura y la pecuaria, consiste en la compra de unos cuantos pesos de los llamados terrenos comuneros, grandes extensiones de tierras indivisas, cuyos títulos de propiedad no representan su valor, sin acciones del terreno”. Y agrega: “En una porción de terreno comunero valorada en dos mil pesos oro, el tenedor de una acción de diez, por ejemplo, está legalmente capacitado para consagrar

a los cultivos que desee toda la parte de aquella que esté desocupada, y para aprovechar en su propio beneficio como copropietario, todo lo que exista en dichas tierras, excepción hecha, naturalmente, de aquello que se deba a labores de otro u otros de los demás copropietarios”.

Desde esos tiempos estaban liberadas de impuestos las empresas industriales, y el autor del Directorio (que era una persona conocida y cónsul general de la República en España durante muchos años) lo explica diciendo en la página 247 de su libro que el azúcar no pagaba ningún derecho de exportación y que “de ventajas muy análogas gozan las diversas fábricas de jabón, de fósforos, de cigarrillos, de velas, esteáricas, de sombreros de paja, de zapatos, de licores, de medias y calcetines de algodón, de fideos, refinerías de petróleo”, lista muy exagerada en todos sentidos puesto que en el mismo párrafo se dice que salvo la industrial del azúcar, todas las demás “están todavía en período de ensayo, si se tiene en cuenta su relativo desarrollo”. En cuanto a la “refinería de petróleo”, basta ver la fotografía que aparece en el Directorio (pág. 247) para darse cuenta de que no había tal refinería ni cosa parecida, aunque a los dominicanos de 1905 debió parecerles algo fenomenal el conjunto de tres edificaciones de madera con techos dobles de zinc y tres tanques corrientes que se ven en esa foto rodeados de vegetación rústica debido a que la supuesta refinería se hallaba en pleno campo. A partir del grabado de la fabulosa refinería, el Directorio se dedica a hablar de las maderas dominicanas y de las fortunas que ganarían explotándolas los capitalistas extranjeros que quisieran dedicarse a ese negocio.

Estimar los habitantes del país en 600 mil para 1905 era un tanto arriesgado porque el autor del Directorio no podía partir de una base sólida para hacer cálculos de población dado que desde el siglo XVIII no se había hecho censo general, y sin

embargo su estimación no estaba lejos de la verdad puesto que el empadronamiento de 1920, hecho por el Gobierno militar norteamericano, dio un total de 895 mil; de ellos, 31 mil vivían en el municipio de la capital. Para ese año de 1920 teníamos, pues, 18 habitantes por kilómetro cuadrado, y de haber tenido en 1905 los 600 mil que decía el autor del Directorio habrían sido 12 por kilómetro cuadrado. En cualquiera de los dos casos, 18 ó 12 personas por kilómetro cuadrado era una población demasiado pequeña para que pudiera producirse en ella el alto grado de división del trabajo que se requiere para que una sociedad como la nuestra pudiera ser llamada capitalista. Es más, si para 1920 los habitantes de la Capital eran 31 mil, hay que pensar que en 1905 no podían ser más de 20 mil, y como en ambos casos se incluían los vecinos de la zona rural, hay que convenir en que la ciudad propiamente dicha tenía en esos años menos población de la que indican esas cifras; y es fácil imaginarse qué tipo de actividad económica podía haber donde el mercado consumidor era tan pequeño. Más aún, para el año 1920 la capital de la República no tenía todavía acueducto ni se habían hecho planes para construirlo, entre otras razones, ¿porque de dónde iba a salir el dinero necesario para hacerlo?

Esa era la situación del país, objetivamente hablando, desde el punto de vista del desarrollo social, y ese escaso desarrollo social era un reflejo del escaso desarrollo material. El nivel de ese desarrollo era tan bajo que la poca población que teníamos vivía en gran parte incomunicada como explicamos en el artículo anterior, y a la vez que ese escaso desarrollo material se reflejaba en un pobre desarrollo social, éste contribuía a mantener el estado de atraso material. Esta brevísima y somera descripción de lo que era la República Dominicana en los primeros años del siglo XX debería ser suficiente para explicarnos la no existencia de una burguesía si entendemos por

tal no a unos cuantos comerciantes aislados entre sí sino a toda una clase que tiene varios sectores y por tanto varias manifestaciones socio-económicas y políticas, tal como lo enseñó Marx, de manera tan magistral, en *Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850*.

Ejército y Estado

La falta de una burguesía llevó al fracaso a la revolución burguesa dominicana de 1844, a la de 1857, a la de 1863, a la que se produjo a la muerte de Ulises Heureaux. El último episodio de esa revolución iba a darse en abril de 1965, y sería aplastado por el poderío norteamericano. Pero debemos tener presente que los Estados Unidos pudieron actuar en esa ocasión como lo hicieron porque en 1965 la burguesía dominicana no había cuajado aún en el orden político, si bien ya estaba en el camino de hacerlo, y en consecuencia el Estado burgués no se había desarrollado al extremo de que pudiera resistir la embestida yanqui.

Al abandonar el país en julio de 1924, las tropas norteamericanas dejaron echadas las principales bases materiales para la existencia real, no fantasmal, de un Estado burgués dominicano. Fundamentalmente, esas bases eran un sistema de comunicaciones extendido por las regiones más importantes, un ejército de tierra formado por oficiales profesionalizados y clases y soldados contratados para servir durante un tiempo dado por un salario establecido, un sistema impositivo que garantizaba la recaudación de los fondos necesarios para mantener el funcionamiento del Estado en su doble aspecto civil y militar.

Pero esas bases materiales de un Estado burgués tenían que ser usadas por una burguesía que todavía no se había formado. Los ingenios azucareros eran en su mayoría propiedad de extranjeros y los contados que no lo eran se manejaban

como si lo fueran porque formaban parte de un conglomerado que funcionaba para provecho de capitalistas no dominicanos, pues si bien la economía nacional recibía de ellos algún beneficio en forma de ingresos para los dueños de colonias de caña y de jornales para los contados dominicanos que trabajaban en otras tareas (carreteros, agentes de orden, empleados, de oficinas y bodegas) y en cierta actividad comercial en La Romana, San Pedro de Macorís y Barahona, el grueso de los pagos en salarios y sueldos iba a manos de extranjeros (haitianos, cocolos, norteamericanos y puertorriqueños) que trataban de vivir haciendo las mayores economías posibles para llevárselas a sus países cuando volvieran a ellos una vez acabada la zafra. No había, pues, una burguesía industrial azucarera, salvo en el caso de los tres ingenios de los Vicini, que para 1916 y aún para 1920 se consideraban italianos y enviaban a Italia una parte importante de sus beneficios, si no la mayor. Todavía en 1937 los 13 ingenios del país usaron, entre empleados y obreros, 23 mil personas, de las cuales 22 mil no eran dominicanas. En ese año había algún que otro establecimiento industrial, pero el número mayor eran talleres artesanales, y lo demuestra el hecho de que los 1 mil 329 negocios censados como industrias tenían en promedio 7 personas trabajando a pesar de que entre ellos se hallaban los ingenios azucareros, cada uno de los cuales tenía en promedio 1 mil 800.

En 1924, al irse del país, los ocupantes norteamericanos dejaron echadas las bases materiales del Estado burgués, pero no había una burguesía que pudiera aprovecharlas. Para integrar una burguesía dominicana faltaban aún la burguesía industrial, la financiera, la técnica, la política y la militar. Esta última es la que forma la raíz y el tronco de un Estado burgués, así como el ejército proletario es el que forma la raíz y el tronco del Estado socialista.

III

En *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels dice que “como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase... es por regla general, el Estado de la clase más poderosa, y de la clase económicamente dominante, que, con la ayuda de él [*el Estado*, nota de JB], se convierte también en la clase políticamente dominante”, y explica que con ese dominio político adquiere “nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida”.

Como dijimos en el artículo anterior, al irse del país en julio de 1924, los ocupantes militares norteamericanos dejaron echadas las bases materiales que se necesitaban para que pudiera tener existencia real, no imaginaria, un Estado burgués dominicano. En el año 1924 y los que le siguieron hasta que se presentó, a fines de 1929, la crisis mundial del capitalismo, ese Estado sólo podía ser el instrumento de poder económico y político de los terratenientes y los comerciantes puesto que todavía no había burguesía industrial dominicana, y en ese momento empezó a surgir en el panorama político el hombre que iba a sustituir en el control del Estado a esa inexistente burguesía industrial, y más tarde a la también inexistente burguesía financiera; y pudo surgir porque la ola de la gran crisis lo halló situado en el mando de la fuerza armada del país, y en todas partes la fuerza armada es, como habíamos dicho antes, la que forma la raíz y el tronco de un Estado, sea burgués o sea socialista. Estamos hablando, como debe suponerlo el lector, de Rafael Leonidas Trujillo, a quien iba a tocarle adquirir, con la ayuda del poder del Estado, “nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida” dominicana.

En el caso de Trujillo se reprodujo, aunque siguiendo vías diferentes, el de los hijos de los reyes absolutos, que heredaban la corona y con ella la autoridad sobre el Estado, lo que

los convertía en fuerzas políticas tan poderosas que podían, como dijo Engels, actuar con independencia de las clases que mantenían luchas entre sí. Esos hijos de los reyes absolutos actuaban dentro de un contexto histórico dado y Trujillo lo hizo favorecido por circunstancias históricas que se dieron en la República Dominicana debido a que en un momento determinado coincidieron en la República Dominicana las fuerzas generadas por su propio atraso material, con sus consecuencias de atraso social, cultural y político, y las que impulsaban a los Estados Unidos en su impetuosa carrera imperialista.

Para que se comprenda lo que acabamos de decir hay que explicar que antes de un año de haber tomado posesión de la República, el poder interventor decidió, mediante Orden Ejecutiva N° 47 del 7 de abril de 1917, crear la Guardia Nacional Dominicana, y esa Guardia iba a ser el huevo en que se empollaría la futura dictadura de Rafael L. Trujillo.

La guerra mundial de 1914

El 9 de diciembre de 1919, Rafael L. Trujillo, que había cumplido poco antes 27 años, enviaba una carta a C.F. Williams, coronel comandante de la Guardia, en la que solicitaba un puesto de oficial en ese cuerpo, y nueve días después se le nombraba segundo teniente con un sueldo mensual de 75 pesos, cantidad que sería aumentada a 100 al comenzar el año 1920. En junio de 1921 la Guardia Nacional pasó a llamarse Policía Nacional Dominicana y el segundo teniente Trujillo entró como cadete en la recién fundada Escuela Militar de Haina donde estaría hasta diciembre de 1921; de ahí pasaría a prestar servicios en San Pedro de Macorís y poco después en Santiago, y se hallaba en esa ciudad en octubre de 1922, cuando fue ascendido a capitán

según nombramiento firmado por el presidente provisional de la República, Juan Bautista Vicini Burgos.

¿Cómo se explica que en plena ocupación militar norteamericana apareciera de buenas a primeras un presidente provisional dominicano con la autoridad necesaria para ascender a capitán a un segundo teniente de la Policía Nacional?

Se explica porque esa ocupación militar que desintegró el Estado llamado República Dominicana no se produjo por razones estratégicas o políticas sino económicas. La primera guerra mundial había empezado en 1914 y su campo de batalla fueron desde el primer momento los países europeos productores de azúcar de remolacha, lo que determinaba un alza inevitable, más temprano o más tarde, del precio del azúcar no sólo en Europa sino también en los Estados Unidos. Esa alza se produciría porque en medio de una guerra los hombres se dedican a matar y a morir, no a producir, a menos que se trate de armas, municiones o todo aquello que los soldados estén necesitando. Naturalmente, junto con el azúcar subirían los precios de los demás frutos del Trópico (el café, el cacao y el tabaco); y subieron, como lo demuestra el hecho de que las exportaciones dominicanas de 1914 fueron de 10 millones 589 mil dólares y las de 1915 subieron a 15 millones 209 mil, o sea, prácticamente la mitad más; pero faltaban cuatro años para llegar al alza espectacular a que se llegaría en los años 1919 y 1920, las que provocarían lo que en nuestro país, Cuba y Puerto Rico se llamó la Danza de los Millones. En 1919, con importaciones de 22 millones 19 mil dólares exportamos 39 millones 602 mil (el saldo favorable fue de 17 millones 583 mil), y en 1920 las exportaciones subieron a 58 millones 731 mil (casi 9 veces lo que habíamos exportado en 1905) y las importaciones fueron de 46 millones 526 mil, de manera que el saldo favorable fue de 12 millones 205 mil, que sumado al del año anterior daba

29 millones 789 mil, 1 millón 707 mil más que el total de los años anteriores a 1919.

Todo ese auge económico fue visto con anticipación por las firmas norteamericanas que negociaban con azúcar, café, cacao, tabaco, y fueron las perspectivas de ganar millones de dólares con los productos dominicanos, y especialmente con el azúcar, las que se usaron en los Estados Unidos para conseguir que con justificación en los desórdenes políticos provocados por el atraso material, y por tanto social y político del país, y con supuestas amenazas a la seguridad norteamericana y al canal de Panamá, se enviaran a Santo Domingo los infantes de marina. Ahora bien, el auge que había culminado en la Danza de los Millones terminó abruptamente cuando en el año 1921 la exportación bajó más de 30 millones en comparación con la de 1920 y por primera vez desde que se llevaban datos del comercio exterior, la balanza comercial fue desfavorable, y no por poco dinero sino por 3 millones 971 mil dólares. Al año siguiente las exportaciones bajarían a 15 millones 231 mil, esto es, sólo 22 mil dólares más de lo que habíamos exportado en 1915. Los números eran elocuentes: A partir de las bajas que se hicieron sentir a principios de 1921, la ocupación de la República Dominicana pasaba a ser un mal negocio para los capitalistas norteamericanos que la habían propuesto y en consecuencia dejó de tener interés para el Gobierno de los Estados Unidos. Por un lado la crisis económica podía provocar en Santo Domingo acontecimientos embarazosos para los políticos de Washington, y por el otro, el Pueblo dominicano reclamaba en manifestaciones públicas la salida de los ocupantes, pero al mismo tiempo estaban reclamándola gobiernos, periodistas, escritores de casi toda la América Latina, de manera que tanto en el país como en el exterior estaba creándose un ambiente de descrédito para los intereses yanquis.

Los ascensos de Trujillo

Al comenzar el año 1922, la presencia de la infantería de Marina de los Estados Unidos en Santo Domingo era un motivo de preocupación para los gobernantes norteamericanos. En ese momento Rafael L. Trujillo, segundo teniente de la Policía Nacional Dominicana, de 30 años cumplidos, no podía darse cuenta de hacia adonde lo llevarían los acontecimientos políticos que se derivarían de la crisis económica en que iba hundándose el país y de la campaña internacional contra la ocupación militar que estaban llevando a cabo intelectuales como Fabio Fiallo y Max Henríquez Ureña y líderes obreros como José Eugenio Kunhardt.

En el mes de mayo de 1922 hizo viaje a Washington un abogado que representaba en el país a los más importantes intereses norteamericanos. Se trataba de Francisco José Peynado, persona de reconocida habilidad y muy discreta, quien, dadas sus conexiones en los círculos de poder económico de los Estados Unidos, debía entrar en contacto con políticos prominentes que tuvieran acceso a personajes como el secretario de Estado, Charles Evans Hughes, puesto que en poco tiempo fue aprobado el llamado Plan Hughes-Peynado cuya aplicación determinarían la restauración del Estado dominicano y la subsiguiente salida de la fuerza militar interventora. En pocas palabras, la médula del plan consistía en la creación de una especie de comité con poderes de decisión formado por los jefes de los partidos políticos dominicanos cuya función principal sería escoger a un presidente provisional de la República. Ese presidente provisional tendría el encargo de convocar a elecciones en menos de dos años, y las fuerzas de ocupación militar saldrían del país cuando tomaran posesión de sus cargos el presidente de la República y los senadores y diputados elegidos.

El 15 de septiembre (1922), por la Orden Ejecutiva N° 800, el gobernador militar de Santo Domingo estableció

que “la única fuerza armada encargada del mantenimiento del orden público, de vigilar por la seguridad de las instituciones del Gobierno de la República Dominicana, de ejercer las funciones de Policía general del Estado y de velar por la ejecución de las leyes de la República” era la Policía Nacional Dominicana; de manera que por mandato del poder ocupante, que actuaba, naturalmente, cumpliendo órdenes de sus superiores, la Policía Nacional pasaba a tener las atribuciones que en todas partes del mundo tiene el ejército, atribuciones que se basan en la posesión del monopolio de la fuerza y por tanto en el monopolio de la violencia organizada de la sociedad. Cinco semanas después (el 21 de octubre) tomaba posesión de su cargo el presidente provisional.

Ese mismo día 21 de octubre Vicini Burgos nombró a los altos jefes de la Policía Nacional y a varios capitanes, primeros y segundos tenientes. Entre los capitanes se hallaba Rafael L. Trujillo, que no había pasado todavía a ser primer teniente. Menos de dos años después (en septiembre de 1924), Trujillo sería ascendido a mayor y el 6 de diciembre, a teniente coronel, jefe de Estado Mayor, comandante auxiliar de la Policía Nacional. Siete meses y medio más tarde Rafael L. Trujillo, pasaba a ser coronel comandante de la Policía Nacional Dominicana; el 13 de agosto de 1927 era ascendido a general de Brigada y el 17 de mayo de 1928 la Ley N° 928 convertía la Policía Nacional en Ejército Nacional. Al llegar a esa posición, en las manos de Trujillo cayó, de hecho, el poder del Estado, y si algo sucedía, le caerían también en las manos las formalidades que le dan legalidad a ese poder.

IV

La más grande de las crisis conocidas en la historia del capitalismo fue la que estalló el último miércoles de octubre de

1929, que se conoce con el nombre de Miércoles Negro. Esa crisis mencionada en los libros de economía como la Gran Depresión, fue políticamente devastadora en todo el mundo, pero estaba llamada a ser de importancia histórica en la República Dominicana, donde sus primeros efectos iban a coincidir con los de hechos políticos que podrían ser calificados de casuales, en la medida en que se dieron al mismo tiempo que la crisis y sus efectos o que produjeron sus efectos en esa oportunidad, pero pedimos que si se toman por casuales se tenga en cuenta aquella afirmación marxista de que el azar, o sea, la casualidad, es una categoría histórica.

¿Cuáles fueron esos hechos?

El primero de ellos fue la reelección del presidente Horacio Vásquez, que a pesar de que había sido elegido en 1924 para gobernar hasta el 16 de agosto de 1928 aceptó la tesis de que su mandato debía ser prolongado por dos años más, lo que se consagró mediante la redacción de una nueva Constitución, la de 1927; pero antes de que terminara el tiempo de la prolongación aceptó ser propuesto para que se le reeligiera por cuatro años, esto es, por un período que iría del 16 de agosto de 1930 al 16 de agosto de 1934.

Tanto la llamada prolongación como la propuesta reelección eran manifestaciones típicas del proceso que en países de escaso desarrollo clasista, como era entonces la República Dominicana, lleva al hombre que encabeza las fuerzas sociales desde la jefatura del Estado a sustituir, con el respaldo de esas fuerzas, a la clase gobernante que todavía no se ha formado.

La propaganda reeleccionista iba en aumento y estaba creando una fuerte agitación política que se hallaba en su etapa culminante en los días finales de ese mes de octubre de 1929 debido a que Horacio Vásquez, que para entonces estaba cumpliendo los 70 años, había enfermado a tal punto que debió salir hacia los Estados Unidos para ser sometido a tratamiento

médico, e inició su viaje en el momento mismo en que empezaba la Gran Depresión. Al volver al país, el 5 de enero de 1930, los efectos de la crisis se hacían sentir fuertemente en las débiles estructuras políticas dominicanas.

Otro de los hechos sería la ejecución del plan político que iba a poner en manos de Rafael L. Trujillo lo que en el artículo anterior calificamos de las formalidades que le darían legalidad al poder que sobre el aparato del Estado tenía él desde que había pasado a ser el jefe de la fuerza armada del país, que a partir del 17 de mayo de 1928 cambió su nombre de Policía Nacional Dominicana por el de Ejército Nacional.

Del poder militar al poder político

¿Cuál fue ese plan político que pondría en manos de Trujillo las formalidades llamadas a darle legalidad al poder efectivo que tenía en sus manos?

Fue el que podríamos bautizar con el nombre de Movimiento Cívico, puesto que así quedó nombrada en la historia de aquellos días la mascarada de levantamiento armado que se inició en Santiago el 23 de febrero de 1930, cuando un grupo de hombres, manejando fusiles que estaban en desuso desde el 1916, tomó la fortaleza de Santiago sin que la guarnición que debía defenderla disparara un tiro. Aparentemente, el jefe político de ese movimiento era el abogado Rafael Estrella Ureña y el jefe militar era su tío José Estrella, que había tomado parte en varias asonadas de las que se conocieron en el país antes de la ocupación militar norteamericana de 1916; pero en realidad había un jefe militar y político a la vez que dirigía el movimiento en las sombras del anonimato, por lo menos para la generalidad de los dominicanos, y ése era Rafael L. Trujillo, de quien la guarnición de Santiago había recibido órdenes de entregar la fortaleza San Luis sin combatir. Una orden igual le fue dada a un destacamento del Ejército

que fue enviado a tomar posiciones entre la Capital y lo que hoy es Villa Altagracia y entonces se llamaba Sabana de los Muertos. Si los militares no dispararon sus armas tampoco tenían necesidad de usar las suyas los hombres del Movimiento Cívico, que entraron en la Capital a bordo de camiones y de automóviles. El sólo grito de “Abajo el Gobierno” bastó para derrocar el del presidente Vásquez, que se había asilado en la Embajada de los Estados Unidos después de haber nombrado a Rafael Estrella Ureña secretario de Estado de lo Interior y Policía, que de acuerdo con la Constitución era el llamado a suceder al jefe del Estado en caso de renuncia, muerte o inutilidad de éste.

Estrella Ureña iba a durar cinco meses y medio en su cargo de presidente de la República, pues el papel que le tocaba desempeñar en el plan político que debía culminar el 16 de agosto de ese año consistía en servir de puente para que el poder de hecho que como jefe del Ejército tenía Trujillo sobre el aparato del Estado quedara legalizado al recibir el título de presidente constitucional. Ese título fue alcanzado con una mascarada electoral celebrada el 16 de mayo, que hizo pareja con la mascarada de levantamiento armado llevada a cabo el 23 de febrero. Para dejar bien establecido ese carácter de mascarada debemos decir que nueve días antes de las elecciones, en protesta por la intervención de los militares en el proceso con actuaciones partidistas en favor de la candidatura Trujillo-Estrella Ureña, todos los miembros de la Junta Central Electoral renunciaron a sus cargos. Un día antes de los comicios la Alianza Nacional Progresista, que era la fuerza política opuesta a Trujillo, retiró a sus candidatos de las elecciones, y cuando después del 16 de mayo la Alianza presentó ante la Suprema Corte de Justicia una demanda de nulidad de esas elecciones, hombres armados se apoderaron en pleno día de toda la documentación en que

se basaba la denuncia, hecho que se llevó a cabo en presencia de los jueces y del público que se hallaba en el alto tribunal. Pero es el caso que desde el punto de vista formal, y por tanto legal, Rafael L. Trujillo pasó a ser presidente de la República y con la autoridad del cargo iba a convertirse en empresario y beneficiario principal de la instalación del capitalismo industrial y financiero nacional que el país no había conocido en toda su historia.

Ahora bien, esa tarea sería llevada a cabo por Trujillo pero el costo que pagaría el Pueblo dominicano serían 31 años de opresión, hambre, sufrimiento de todos los tipos, lo cual era natural si tomamos en cuenta que tal como había dicho Marx en el conocido capítulo XXIV de *El Capital*, “el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies hasta la cabeza”. En tanto conglomerado humano, nosotros habíamos sido empujados, sin contar con nuestra voluntad, hacia el campo del sistema capitalista, que se hallaba en estado de formación cuando Colón descubrió la isla en que iba a establecerse la República Dominicana, pero el capitalismo sólo había funcionado aquí de manera aislada en su aspecto mercantil, y aun así era sumamente débil, a tal punto que la gran mayoría de los comerciantes dominicanos no habían pasado nunca, antes de 1930, del nivel de los altos y los medianos pequeños burgueses. Salvo 3 ingenios de azúcar que no figuraban entre los mayores y que habían pasado a manos dominicanas por herencia, todos los demás eran propiedad de extranjeros, como lo era casi todo el comercio más fuerte; no había una sola industria nacional que produjera para el consumo en el país que empleara un número de obreros que llegara a 50, y no había un banco nacional ni se hallaba en ninguna parte un dominicano que supiera cómo funcionaba un establecimiento bancario.

La doble contradicción

En los países avanzados de Europa la burguesía fue haciéndose de capitales y con ellos iba acumulando lo que en el trabajo titulado *Carlos Marx* llamaría Engels “la riqueza social y el poder social”, y sería mucho tiempo después, “al llegar a cierta fase”, cuando conquistaría también el poder político con el cual iba a convertirse “a su vez, en clase dominante frente al proletariado y a los pequeños campesinos”. Engels afirma que si se comprende ese proceso “siempre y cuando se conozca suficientemente la situación económica de la sociedad en cada época” (y explica que de esos conocimientos “carecen en absoluto nuestros historiadores profesionales”) “se explican del modo más sencillo todos los fenómenos históricos, y asimismo se explican con la mayor sencillez los conceptos y las ideas de cada período histórico, partiendo de las condiciones económicas de vida y de las relaciones sociales y políticas de ese período...”.

En el caso de la República Dominicana y del papel que jugó en ella la tiranía trujillista hay que partir de una contradicción que se daba en 1930 entre el país y el mundo capitalista del cual era formalmente parte. Esa contradicción consistía en que mientras el mundo en que nos hallábamos insertados era tan avanzado en términos de desarrollo industrial, social, que en algún punto se había pasado al socialismo trece años antes, (concretamente, en Rusia, un país de 60 millones de habitantes), para 1930 nosotros no habíamos entrado aún en la etapa del capitalismo industrial nacional, de manera que hubiera sido un contrasentido que nuestro desarrollo económico y político esperara, para iniciarse, a la formación de una burguesía dominicana que pudiera tomar el poder político a través del control de Estado después de haber acumulado “riqueza social y poder social”. En este país el proceso tenía que llevarse a cabo al revés o no se haría nunca, y al revés significaba

empezar tomando el control del Estado para con el uso del poder político pasar a formar una burguesía capaz de darnos sustancia capitalista aunque para eso fuera necesario hacernos chorrear sangre y lodo por todos los poros, desde los pies hasta la cabeza. Sólo así podía resolverse la contradicción entre el país y el mundo capitalista, pero puesto que no teníamos desarrollo capitalista, y eso nos distanciaba de los centros mundiales del capitalismo y también de lugares que sin llegar a ser centros mundiales del sistema se hallaban mucho más avanzados que nosotros y en consecuencia derivaban de sus relaciones económicas con esos centros ventajas que nosotros no podíamos alcanzar, era necesario que para resolver aquella contradicción se incurriera en una de métodos.

Esa contradicción de métodos, ¿cómo podía resolverse?

Empezando el desarrollo del capitalismo nacional por donde más alto había llegado el del capitalismo mundial, que era por la formación de monopolios en las principales ramas de la actividad económica. Eso lo hizo Trujillo apoyándose en el poder del Estado, y de esa monopolización se derivó el hecho de que la burguesía trujillista, la primera que llegó al Gobierno del país, quedara reducida a Trujillo y sus familiares y allegados y que a pesar de su debilidad cuantitativa fuera poderosa y eficiente para alcanzar sus fines propios.

V

Cuando Trujillo empezó su carrera de creador de monopolios no lo hizo pensando que estaba resolviendo una doble contradicción cuya existencia ignoraba por completo; ni lo hacía porque creyera que con el uso de los poderes que tenía a sus órdenes en su condición de jefe del Estado iba a cumplir un papel histórico. Nada de eso. Lo hizo porque se proponía ser el dominicano más rico de todos los tiempos. Ni por esos días

ni en los últimos de su vida llegó él a darse cuenta de que había pasado a ser un burgués; el más completo, en todos los órdenes, de los contados burgueses que había dado el país, y en un sentido estrictamente cualitativo, el único de ellos, puesto que ninguno antes que él había sido un capitalista que operaba en todos los campos del sistema (el terrateniente, comercial, el industrial, el financiero). Trujillo actuaba con una idea clara de lo que quería y de cómo podría conseguirlo, sin que le perturbaran en lo más mínimo escrúpulos morales o de otra índole. Pero además de eso, Trujillo resumió en su persona a toda la burguesía histórica puesto que aplicó en la República Dominicana métodos de la acumulación originaria que habían puesto en práctica los conquistadores ingleses de la India doscientos años antes sin que tuviera la menor idea de que habían existido, siquiera, esos conquistadores ingleses, y aplicó métodos de acumulación capitalista que habían usado las burguesías de los Estados Unidos y de Francia en el siglo pasado, a pesar de que no estaba enterado de su existencia.

Sabemos que lo que estamos diciendo va a ser tomado por algunos autocalificados marxistas de este país como elogios a Trujillo, lo que se explica porque esos supuestos marxistas ignoran que un sistema económico-social, cualquiera que sea, se reproduce constantemente en las ideas y la manera de actuar de millones de personas que no saben por qué piensan y actúan como lo hacen, fenómeno parecido al que podemos ver repetido en los autores de varios inventos de orden práctico hechos al mismo tiempo en lugares diferentes del mundo, verbigracia, el caso del cinematógrafo, inventando en Francia por los hermanos Lumiere y en los Estados Unidos por Tomás Edison.

El propósito de establecer un monopolio surge de manera natural en la mente de cualquier hombre que a la vez que aspire a enriquecerse tenga a su disposición la suma de los poderes de un Estado, incluyendo, claro está, el mando de

una fuerza militar, y que ejerza esos poderes en un territorio donde abunde un producto de uso general, como es el caso de la sal; y por tanto no debemos sorprendernos de que al disponer de fuerzas militares en la India los ingleses organizaran en aquel subcontinente el monopolio de la sal y que casi doscientos años después Trujillo hiciera lo mismo en la República Dominicana, donde además de sal marina la había también mineral o sal gema y él era el jefe del Estado y el comandante real y efectivo de la fuerza armada.

Los monopolios de Trujillo

Los monopolios trujillistas fueron creados por más de una razón. Una de ellas era la falta de conocimiento de los dominicanos en cuanto se relacionaba con las actividades económicas y otra era la incapacidad del país, dado su estado general y habitual de pobreza, para disponer de capitales de inversión. La competencia era normal en el campo del comercio, pero cuando se entraba en el de las industrias salvo las más elementales, como la fabricación de pan, fideos y jabón, que por otra parte requerían de muy poco capital y de escaso personal, en la República Dominicana no había quien conociera lo que los ingleses llaman el know-how indispensable para montar una industria y para administrarla. En cuanto a la formación teórica o práctica de personal capaz de manejar un banco, para que nos hagamos cargo de la situación del país en los años de 1930 diremos que fue después de la muerte de Trujillo cuando se estableció (en 1963) el primer banco comercial dominicano, y para fundarlo sus promotores le dieron al Banco Popular de Puerto Rico el 20 por ciento de las acciones a cambio de que el banco puertorriqueño les facilitara personal que pudiera formar a los futuros ejecutivos de la empresa; y agregaremos que para que el comercio nacional aceptara sin reservas depositar su dinero en el banco que iba a fundarse, se le puso

el nombre de Banco Popular Dominicano, con lo cual se conseguía dar la impresión de que se trataba de algo así como una sucursal del Banco Popular de Puerto Rico, lo que no era difícil dado que en el de Santo Domingo trabajaban varios puertorriqueños (los que se trajeron para formar el cuerpo de empleados); de manera que como puede comprender el lector, no sólo no se disponía de personal dominicano capaz de administrar un banco sino que además, todavía para 1963 los comerciantes del país rechazaban la idea de confiarle su dinero a una institución bancaria que no fuera extranjera.

En el terreno de todos los tipos de negocios, Trujillo fue un monopolista consumado no sólo porque él quería serlo o prefería serlo sino también porque el medio económico-social lo requería y porque la posesión de la suma de los poderes del Estado le proporcionaba los medios indispensables para hacer respetar sus monopolios.

¿Cuáles eran esos medios?

En primer lugar, los cuerpos legisladores, o sea, el Senado y la Cámara de Diputados; con ellos a su disposición hacía pasar cuantas leyes necesitara para legalizar sus empresas monopolistas.

En segundo lugar, la fuerza pública, y muy especialmente el aparato militar, que tenía la encomienda de hacer cumplir las leyes y de manera singular aquellas cuyo cumplimiento eran de interés para Trujillo, como por ejemplo, la ley que prohibía sacar sal de las salinas marinas del país, pues si esa disposición legal no se cumplía a rajatabla Trujillo no podía establecer el monopolio de la sal mediante la explotación de la única mina de piedras de sal o sal gema que había en la República Dominicana.

En tercer lugar el poder judicial, que es, en el aparato del Estado, el que tiene la capacidad de decidir acerca de la aplicación de las leyes.

Antes habíamos dicho que dada la pobreza general de los dominicanos, era difícil que alguien dispusiera de capitales de inversión para establecer industrias, pero Trujillo reunió esos capitales mediante el uso de los métodos de la acumulación originaria, cosa que pudo hacer porque el Estado le había proporcionado los medios que debía usar para llevar adelante ese tipo de acumulación, y llamamos la atención del lector hacia el hecho de que en la medida en que su fortuna aumentaba gracias a la aplicación de esos métodos, aumentaba también su poder político, que estaba vinculado, especialmente en los primeros años de vida de su dictadura, a la capacidad que tuviera Trujillo para resolver problemas económicos personales de muchos dominicanos, especialmente de miembros de las capas de la pequeña burguesía que por sí mismos o por sus familiares y amigos podían ser en un momento factores de importancia en episodios políticos.

Algunos de los monopolios trujillistas se mantuvieron desde el día en que fueron organizados o pasaron a manos de Trujillo hasta el desmantelamiento de la dictadura, que fue llevado a cabo después de la muerte del dictador; así sucedió, por ejemplo, con el de la sal y el de los cigarrillos. Otros se hallaban en proceso de desarrollo y respondían a un nivel alto dentro de las actividades de gran capitalista en que Trujillo tomó parte; tal fue el caso de los ingenios de azúcar; de 14 que había en el país, él se adueñó de 10 y después estableció 2, lo que indica que al morir iba camino de convertirse en el propietario monopólico de la industria azucarera nacional.

Una contradicción

Con Trujillo vivió la República Dominicana una experiencia que debería ser analizada seriamente para sacar a la luz las enseñanzas que hay en ella. Esa experiencia se expresó en la forma siguiente: El dictador introdujo en el país el capitalismo

industrial nacional (y también el financiero) y desde ese punto de vista fue el poder que impulsó la etapa más importante del desarrollo capitalista que había conocido nuestra historia, y como tal le tocó ser el más poderoso promotor del desarrollo de las fuerzas productivas que había tenido el país a partir de los tiempos en que comenzó la decadencia de nuestra industria azucarera. Pero como para desempeñar ese papel necesitó fundar su emporio económico en la existencia de una cadena de monopolios, al mismo tiempo que impulsaba el desarrollo de las fuerzas productivas en un aspecto lo impedía en otro muy importante. Trataremos de explicar inmediatamente a qué se debía esa contradicción.

En el sistema capitalista, el combustible que hace andar el motor del desarrollo es la ambición de los aspirantes a ser ricos. Esa aspiración es el producto y a la vez el origen subjetivo del sistema, puesto que sin patronos no sería posible crear la empresa capitalista. Se acepta como un principio fundamental del marxismo que el trabajador es la más valiosa fuente de las fuerzas productivas, y sabemos que el capitalismo existe porque entre los patronos y los obreros se lleva a cabo un acuerdo mediante el cual los últimos les venden a los primeros su fuerza de trabajo; luego, hay que reconocer que sin la existencia de la burguesía no habría capitalismo, y que es ella quien organiza la producción apoyándose en que el dinero de que dispone la convierte en propietaria de los medios que se requieren para producir cualquier tipo de mercancía; y ése, precisamente, es el privilegio original del cual salen todos los demás que tiene su clase. Ahora bien, para llegar a la categoría de burgués en un país como la República Dominicana, y de manera muy especial en los tiempos de Trujillo, había que partir de un nivel dado en el orden social porque salvo en el caso de los comerciantes ricos, que eran los menos, no había posibilidad de disponer de dinero de inversión para ningún

tipo de negocio industrial; y en el caso de los comerciantes, un estudio de los directorios de propaganda hechos en este siglo (la *Guía* de Enrique Deschamps, del año 1906; el *Libro Azul*, de dos puertorriqueños anónimos, 1920, y el *Álbum de Oro*, de los cubanos Monteagudo y Escámez, de alrededor de 1935, únicos en toda la historia del país), nos demuestra que la mayoría de los comercios que teníamos en el año 1906 habían desaparecido en el 1920 y de los que había en 1920 quedaban muy pocos cuando se publicó el *Álbum de Oro* quince años después.

Las fuerzas productivas de la República Dominicana eran sumamente débiles para los primeros años de la dictadura trujillista, y si Trujillo impulsó su fortalecimiento al establecer un emporio industrial que iba desde la fabricación de cemento y de harina de trigo hasta la creación de una línea aérea internacional, lo hizo porque monopolizó todos los negocios en que intervenía, y con su cadena de monopolios impidió el desarrollo de la burguesía nacional, lo que fue una manera de obstaculizar el desarrollo de las fuerzas productivas del país.

VI

Las revoluciones verdaderas, auténticas, estallan cuando la violencia concentrada de la sociedad impide el desarrollo de las fuerzas productivas. Si el estallido se produce en el momento histórico en que hay que barrer un sistema económico y social que se ha sobrevivido a sí mismo, o sea, que ha durado más allá de lo que le correspondía al tipo de fuerzas productivas que estaban en la base de su existencia, la revolución se presenta con un poder demoledor de todo lo viejo al que nada ni nadie puede resistir, pero al mismo tiempo aparece con un impulso creador de la nueva sociedad que la hace invencible no importa cuánta sea la capacidad de violencia que

puedan poner en acción sus enemigos. Eso es lo que explica que la Revolución Francesa, a la que Engels llamaba la Gran Revolución, pudiera enfrentarse a la coalición de todos los poderes europeos, incluyendo entre ellos a Inglaterra, que no era un Estado feudal ni cosa parecida, y que por el hecho de ser el país económica y políticamente más avanzado de los pocos capitalistas que había a fines del siglo XVIII, debió haber sido el aliado de la Francia revolucionaria y no el más ardiente de sus enemigos. La Francia de la Gran Revolución les respondió a esos enemigos con las armas de la guerra y se hizo respetar de todos ellos.

La de Francia fue la revolución burguesa, la de las fuerzas productivas del capitalismo que no podían desarrollarse en todas sus posibilidades porque el poder político seguía estando en manos de la nobleza feudal a través de los reyes absolutos, y como tal revolución burguesa, aparece en la historia como el modelo de todas las que hizo la burguesía. Pero es un modelo si la vemos desde el punto de vista cualitativo, porque a la hora de medir la cantidad de poder destructor y al mismo tiempo de poder creador que ella generó, esa revolución sólo puede ser igualada por la Rusa, que no fue burguesa sino proletaria. Hay muchas formas de manifestación de la revolución burguesa. La de los Estados Unidos se hizo en dos etapas, la primera de ellas en el siglo XVIII y con carácter de guerra de independencia; la segunda, con el de una guerra civil llevada a cabo en la segunda mitad del siglo XIX entre los estados industriales del Norte y los estados algodoneros del Sur.

La revolución burguesa de España tuvo numerosos episodios, la mayor parte de ellos en el siglo pasado y otra parte en este siglo XX, pero su culminación tuvo lugar bajo el aspecto de un levantamiento fascista que comenzó en el año 1936 y se prolongó en la larga dictadura de Francisco Franco, que vino a terminar con la muerte del dictador en noviembre de 1975.

En países como los de la América Latina, donde no se conoció el feudalismo y por tanto la burguesía no podía formarse, como sucedió en Europa, en el seno de ese sistema económico-social, la revolución burguesa tomó las formas más inesperadas y en algunos casos todavía hoy se halla en proceso de desarrollo como podemos verlo en los ejemplos de Haití, Guatemala, El Salvador y otros.

De La Trinitaria a la Restauración

En el caso de la República Dominicana, la pequeña burguesía trinitaria se organizó con el fin de establecer aquí un Estado burgués, pero esa tarea requería como paso previo indispensable la independencia del país, y la conquista de la independencia significaba a su vez un levantamiento armado contra las autoridades militares y civiles haitianas; en suma, que el establecimiento del Estado burgués tenía que ser necesariamente el resultado de una guerra de independencia, algo similar, aunque en una medida mucho más pequeña, a lo que habían hecho las colonias inglesas de América del Norte; esto es, una revolución burguesa bajo la forma de una lucha independentista.

La lucha se llevó a cabo y nació la República Dominicana, pero el Pueblo no pudo organizarse políticamente como sociedad burguesa. ¿Por qué? Porque no tenía en su seno una burguesía. La Revolución Francesa fue hecha por una burguesía que venía desarrollándose dentro de la sociedad feudal desde hacía por lo menos cuatro siglos; la guerra de independencia de las colonias inglesas de Norteamérica fue iniciada por burgueses y oligarcas esclavistas cuyos antepasados procedían de Inglaterra de donde habían salido para fundar una sociedad capitalista en el Nuevo Mundo; la revolución burguesa cubana fue iniciada en 1868 con la declaración de libertad de sus esclavos, medida con la cual afirmaron, actuando, su

posición ideológica burguesa. Pero en la República Dominicana no teníamos burgueses sino una pequeña burguesía en la que se mezclaban por lo menos tres capas, la alta representada por Juan Pablo Duarte, la mediana representada por Pedro Alejandrino Pina y la baja representada por Francisco del Rosario Sánchez; y una pequeña burguesía no podía hacer la revolución burguesa así como un niño de diez años no puede desempeñar el papel de un hombre adulto.

El segundo episodio de la revolución burguesa dominicana fue el levantamiento de Santiago que tuvo lugar el 7 de julio de 1857, cuya justificación política se hizo en un manifiesto de corte claramente burgués, en el cual se afirmaba que el segundo gobierno de Báez había sido el peor del país ya que además de haber hecho todo lo malo que habían hecho los anteriores “quitaba al Pueblo el fruto de su sudor, porque en plena tranquilidad pública, mientras el aumento del trabajo del Pueblo hacía rebosar las arcas nacionales de oro y plata, mientras disminuidos los gastos públicos, no por disposiciones del Gobierno, sino por circunstancias imprevistas... había dado en emitir más papel moneda, y no sólo en emitirlo, sino que no satisfecho con sustraer por ese medio, e indirectamente, parte de la riqueza pública, había sustraído directamente, y en gran cantidad, el resto del haber del Pueblo”. (Siempre que usaron la palabra pueblo, los organizadores de ese movimiento revolucionario querían decir comerciantes, o sea, se referían a ellos mismos, altos y medianos pequeños burgueses del sector mercantil).

El intento de revolución burguesa de 1857 acabó en un fracaso cuando, incapacitados para derrotar a Báez, que usó contra ella a las capas más bajas de la pequeña burguesía, sus jefes se vieron obligados a reproducir la alianza de los trinitarios y los hateros que había hecho Duarte en 1843. En virtud de esa alianza, retornó al país Pedro Santana, que

se hallaba exiliado en Saint Thomas, recibió el mando de las fuerzas revolucionarias, tomó la Capital y se quedó con el poder. Como saben todos los dominicanos que han estudiado la historia del país, el resultado de la vuelta de Santana a la jefatura del Estado fue la entrega de éste a España en el penoso episodio histórico llamado la Anexión.

El movimiento de 1857 fracasó porque era una revolución burguesa iniciada y llevada adelante por la pequeña burguesía comercial del Cibao, de manera que en cierto sentido fue una repetición del fracaso de los trinitarios originado en causas semejantes.

El tercer intento de hacer una revolución burguesa en nuestro país se llevó a cabo al mismo tiempo que se llevaba a cabo la guerra de la Restauración. El nombre de esa guerra nos indica que lo que se perseguía con ella era restaurar el Estado burgués llamado República Dominicana, pero además, en todos los documentos redactados por los líderes políticos que iniciaron y sostuvieron la lucha contra el poder español resplandece la ideología burguesa de sus autores, pequeños burgueses con mayor base doctrinaria que los que formaron la Trinitaria, salvo quizá Juan Pablo Duarte, pero en fin de cuentas pequeños burgueses que pensaban como burgueses y sin embargo no podían actuar como tales.

El cuarto y el quinto

Hubo un cuarto intento de hacer una revolución burguesa dominicana; un intento que comenzó con la muerte de Ulises Heureaux y terminó con la de Ramón Cáceres. Si vemos la historia de manera superficial nos parecerá que lo que acabamos de decir no tiene sentido, ¿pues, cómo se explica que un propósito semejante se mantuviera tanto tiempo, desde mediados de 1899 hasta fines de 1911? Pero es el caso que se mantuvo porque aunque fueran personalistas a tal punto que

tenían los nombres de sus caudillos (horacistas y jimenistas), los dos partidos políticos que se disputaban a tiros el poder en todos esos años eran ideológicamente burgueses, y en el caso de los jimenistas o bolos, su fundador, Juan Isidro Jimenes, era un típico comerciante burgués, el único que tuvimos en todo el siglo XIX y los primeros años del XX. Estúdiense las medidas de gobierno de Ramón Cáceres y se verá que todas ellas se dirigían, en un grado que no se había conocido antes, a organizar el país como un Estado burgués. Naturalmente, Cáceres tenía que fracasar, y pagó ese fracaso con su vida, porque a pesar de que intentó hacerlo, no pudo echar las bases materiales indispensables para la existencia de un Estado burgués, tarea que llevaría a cabo el Gobierno de la ocupación militar norteamericana de 1916 como explicamos al comenzar esta serie de artículos.

El último intento sería el de la Revolución de Abril, y ése fue el que estuvo más cerca de ser una revolución burguesa; primero, porque ya existían las bases materiales de un Estado burgués, más firmes que las que habían dejado los ocupantes militares de 1916-1924 puesto que Trujillo las había ampliado cuantitativa y también cualitativamente; y segundo, porque en esa ocasión se produjo un estallido de las fuerzas productivas nacionales cuyo desarrollo había sido obstaculizado por la tiranía, que no toleraba la formación de burgueses dado que eso ponía en peligro el aspecto monopolista del capitalismo trujillista. Trujillo fue a la vez el jefe militar, económico y político del país; cada una de esas tres jefaturas fortalecía a las otras dos, pero las tres se debilitarían si se debilitaba una de ellas. Así lo entendía Trujillo, y de ahí el control de acero que mantenía sobre las fuerzas armadas, sobre la economía del país, que manejaba a través de los monopolios y a través de las instituciones del Estado, que era en última instancia el poder decisivo en todos los aspectos de la vida nacional.

Los aspirantes a burgueses que no pudieron satisfacer sus aspiraciones bajo el régimen trujillista creían en la democracia representativa, que, aunque para ellos no tuviera reacción con el sistema capitalista, era y es la proyección política de ese sistema; pero sus ilusiones quedaron destruidas con el golpe de Estado de 1963. Así pues ese golpe pasó a ser, subjetivamente, un elemento obstaculizador del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas; de ahí que con él se provocara el último y a la vez el más fuerte intento de revolución burguesa conocido en la historia de nuestro país.

El próximo intento será el primero de la revolución proletaria dominicana.

LA REPÚBLICA DOMINICANA:
CAUSAS DE LA INTERVENCIÓN
MILITAR NORTEAMERICANA DE 1965

LA REPÚBLICA DOMINICANA: CAUSAS DE LA INTERVENCIÓN MILITAR NORTEAMERICANA DE 1965

Al cumplirse veinte años de la última intervención armada de Estados Unidos en la República Dominicana, que se inició el 28 de abril de 1965, los dominicanos que luchamos por la liberación de nuestro país debemos hacernos una pregunta que hasta ahora nadie ha hecho. Al formularla la concibo así:

¿Qué fines perseguía en verdad el Gobierno del presidente Lyndon B. Johnson cuando éste dio la orden de iniciar la operación intervencionista? ¿Qué había detrás de la agresión militar de que fue víctima el movimiento constitucionalista iniciado el día 24 de abril de ese año? ¿Qué llevó a los altos funcionarios del Gobierno de Johnson y al propio Johnson a decir que habían resuelto enviar tropas a la República Dominicana porque el levantamiento militar y popular del 24 de Abril era comunista y Estados Unidos no podía tolerar la implantación de otro gobierno como el de Cuba en América Latina, y sobre todo en la región del Caribe? ¿Era cierto que los altos funcionarios del Gobierno estadounidense y el propio jefe de ese gobierno creían en la naturaleza comunista del levantamiento constitucionalista de una parte de las Fuerzas Armadas dominicanas o actuaron con ese pretexto pero por otras razones?

En el libro *Dictadura con respaldo popular* (Publicaciones Max, Santo Domingo, segunda edición, febrero de 1971, pp.78 y siguientes), yo hacía referencia a los muchos años de la lucha

antitrujillista y daba nombres de personas que se habían destacado en ella, “sin embargo”, decía, “esa lucha sólo tuvo éxito cuando el Gobierno de los Estados Unidos, en tiempos del presidente Eisenhower, decidió organizar a la todavía dispersa oligarquía dominicana a fin de que ésta matara a Trujillo y tomara el poder”.

Con un salto sobre un párrafo que no tiene nada de documental, copio a seguidas lo que seguía, que eran datos precisos nunca antes dichos en el país y nunca desmentidos a pesar de que fueron publicados en julio de 1969 en la revista *Abor-ra!*, que era en esos años la más importante y en consecuencia la publicación no diaria de más circulación en el país; y lo que seguía era esto:

“El encargado de realizar ese trabajo fue un coronel retirado de apellido Reed, quien llegó a Santo Domingo y se puso en contacto con algunos comerciantes importadores de artículos norteamericanos e ingleses. A través de uno de esos comerciantes, Reed alquiló una casa en las vecindades del hipódromo Perla Antillana; desde esa casa se dominaba el palco donde se sentaba Trujillo cuando iba a presenciar alguna carrera. En esa ocasión el dictador iba a ser cazado con un rifle de mira telescópica, pero el plan fracasó porque por alguna razón desconocida Trujillo dejó de ir al hipódromo”.

El episodio que conté con esas palabras ocurrió a mediados de 1960 y el comerciante que gestionó el alquiler de la casa desde la cual iba a dispararse contra Trujillo fue Antonio Martínez Francisco, cuyo nombre no mencioné en 1969 porque todavía a esa altura del tiempo eran muchos los protegidos de Trujillo que mantenían vigencia militar en el país y yo no debía exponer a Martínez Francisco al peligro de ser eliminado por uno de ellos, sobre todo si se toma en cuenta que fue él, Martínez Francisco, quien me dio detalles sobre la actividad del coronel Reed, si bien debo decir que a Reed lo había

conocido en Washington en la ocasión en que pasé por esa ciudad de viaje hacia Europa, y él, sin ofrecerme datos concretos, me dijo que en 1960 había estado en la República Dominicana para darle cumplimiento a órdenes que había recibido de funcionarios del Gobierno de su país. Dicho eso, paso ahora a copiar los párrafos del libro que seguían a los datos referidos.

“A través de Antonio Martínez Francisco, el coronel Reed le propuso al general Rodríguez Reyes que encabezara un complot cuya finalidad sería matar a Trujillo. El general Rodríguez Reyes se negó a organizar el complot o a participar en cualquier tipo de acción contra ‘el jefe’, y Reed y sus amigos dominicanos temieron que Rodríguez Reyes los denunciara; sin embargo, el hombre que poco más de dos años después iba a caer en Palma Sola no los denunció.

‘Los trabajos de Reed en la República Dominicana se prolongaron hasta muy avanzado el año de 1960. En ese tiempo el coronel retirado norteamericano conoció a mucha gente, y de una manera o de otra fue conectando a esa gente, de modo que cuando salió del país ya estaba prácticamente formado el núcleo de lo que iba a ser el sector llamado a dirigir a la oligarquía nacional en el campo político.

‘Lo que podríamos llamar ‘el plan Reed’ operaba a favor de una ola antitrujillista que estaba siendo estimulada por la crisis económica que se había desatado en los Estados Unidos en 1957 y se había profundizado en Santo Domingo debido a los gastos suntuosos de la Feria de la Paz y se agravó a causa del bloqueo del régimen trujillista acordado en San José de Costa Rica en agosto de 1960. En el orden político, la crisis se manifestaba al nivel de todas las capas sociales. La juventud de la mediana y la alta pequeña burguesía, impresionada por el asesinato de los invasores del 14 de Junio, se organizaba clandestinamente; la escasa burguesía nacional estaba asustada por

la magnitud de la crisis económica; los obreros y los campesinos pobres sufrían por la falta de trabajo y el encarecimiento de la vida; una parte de la baja pequeña burguesía y del proletariado de las ciudades comenzó a ser organizada por los líderes del MPD, que habían llegado de Cuba. Trujillo reaccionó con violencia ante esa ola de actividades contra su régimen que se extendía por todo el país; mató a centenares de luchadores, entre ellos a las hermanas Mirabal; llenó de presos la cárcel de La Victoria, inició la persecución del sacerdocio católico; apretó de manera despiadada las tuercas de su régimen, cuya estabilidad confió a la maquinaria de terror que dirigía Johnny Abbes García.

‘El coronel Reed se fue del país, y al mismo tiempo que él se fueron a los Estados Unidos algunos de los oligarcas que habían estado trabajando con él. Pero el plan norteamericano no quedó abandonado. La Radio Swan fue puesta a la orden de algunos dominicanos; periódicos y revistas de Norteamérica recibieron instrucciones de destacar las noticias desfavorables al sistema de Trujillo; algunos jóvenes de los que trabajaban en Santo Domingo fueron protegidos y sacados del país cuando se tuvieron pruebas de que Abbes García había ordenado su detención, y los funcionarios del consulado general de los Estados Unidos en el país —pues las relaciones diplomáticas habían quedado suspendidas después de la Conferencia de San José de Costa Rica— siguieron haciendo contacto con los grupos oligárquicos. Esta situación duró, por lo menos, hasta el día en que el Gobierno norteamericano abandonó completamente el plan de organizar el asesinato de Trujillo.

‘Ese abandono se produjo cuando ya Kennedy estaba en el poder. La invasión de Cuba había terminado en el fracaso de Bahía de Cochinos y era altamente peligroso sumarle a ése un nuevo fracaso en la explosiva zona del Caribe. En el caso de

Bahía de Cochinos, Kennedy había salvado la cara diciendo que él cargaba con la responsabilidad de los hechos, ¿pero cómo hubiera podido salvarla de nuevo si Trujillo salía inesperadamente diciéndole al mundo que había descubierto un complot para matarlo y presentaba pruebas de que ese complot estaba dirigido desde Washington? ¿No había sido una acusación similar —la de que él había tratado de matar a Rómulo Betancourt, presidente de Venezuela— la que se había usado para acordar en la Reunión de Costa Rica el bloqueo de la República Dominicana? Dada la naturaleza política del Gobierno de Trujillo la conjura podía ser descubierta en cualquier momento y la Casa Blanca podía quedar ante el mundo como un nido de mentirosos empedernidos que al mismo tiempo organizaba expediciones contra Fidel Castro porque era comunista y planes de asesinato de Trujillo porque era un fanático anticomunista.

‘La retirada de Reed no detuvo, sin embargo, la marcha de los acontecimientos que iban a desembocar en la muerte de Trujillo. Hasta el momento no se han presentado pruebas de que los que intervinieron en el atentado del 30 de mayo de 1961 tuvieron contacto con Reed o con los norteamericanos que permanecieron en Santo Domingo después de la salida del coronel retirado. Sólo se sabe que un norteamericano, el dueño del colmado Wimpy —si es así como se escribe el nombre de ese comercio—, introdujo en el país algunas de las armas que se usaron en esa ocasión. De todos modos, si los conjurados tuvieron esos contactos, el hecho no le resta méritos a lo que hicieron, pues enfrentarse al dictador para matarlo no era un juego de niños. Por otra parte, cualquier persona puesta en su lugar habría actuado de manera insensata si hubiera rechazado la ayuda que podían ofrecerle los yanquis. En la situación en que se encontraban ellos y el país, toda ayuda era buena aunque procediera del infierno.

‘Desde el punto de vista político, lo que tuvo importancia trascendental en esa ocasión no fue que los conjurados del 30 de mayo contaran con la ayuda norteamericana, si es que la tuvieron; lo realmente importante fue que el Gobierno de los Estados Unidos, encabezado entonces por el demócrata John F. Kennedy, se aprovechó de la profunda crisis económico-política del país —la más seria que había conocido el país desde el año 1916— para darle a la oligarquía, que todavía era políticamente incapaz de tomar los mandos del país, la consistencia organizativa necesaria a fin de que a la muerte de Trujillo pudiera tomar el poder y lo usara en perjuicio del Pueblo y en beneficio, sobre todo, de los intereses norteamericanos.

‘En los sucesos que se han dado en Santo Domingo a partir de la muerte de Trujillo puede verse con claridad absoluta y con detalles nítidos cuál es el papel que juegan los Estados Unidos en la formación y la consolidación de los frentes oligárquicos. Fueron ellos los que formaron el frente oligárquico dominicano entre 1960 y 1961, y en ese frente, como en todos los de América Latina, ellos pasaron a ser, desde el primer momento, el miembro más poderoso. Como representante político de ese frente formaron la Unión Cívica Nacional, cuya organización fue planeada en Washington con la participación de Donald Reid [*Cabral*] y [*José Antonio*] Bonilla Atilés. El primer vehículo de propaganda de la Unión Cívica fue una estación de radio de New York que estaba al servicio del Gobierno norteamericano”.

Lo que dije desde París en artículos escritos en el mes de julio de 1969 vino a ser confirmado por el periodista Víctor Grimaldi al darles publicidad en el diario *La Noticia* del 19 de abril de este año (1985) a documentos oficiales del Gobierno de Estados Unidos que consultó en la Biblioteca John F. Kennedy de Boston y en los archivos del Consejo Nacional de Seguridad de Lyndon B. Johnson, en Austin, Texas. En

esa publicación Grimaldi dice que “el presidente demócrata John F. Kennedy estaba de acuerdo con su antecesor, el presidente republicano Dwight Eisenhower, en el sentido de que la tiranía trujillista podría provocar una resistencia que diera paso a un movimiento revolucionario similar al de Fidel Castro (en Cuba). Por tanto, tal como lo revelan los documentos oficiales norteamericanos, Kennedy también comprometió al gobierno de su país en los planes para eliminar a un ‘anticomunista a ultranza’ como Trujillo con el propósito de que el fanatismo de ultraderecha no facilitara los planes de los simpatizantes de Fidel Castro que pudieran haber en el país (República Dominicana) por aquella época”.

Trujillo fue muerto el 30 de mayo de 1961, y Víctor Grimaldi halló en la Biblioteca John F. Kennedy documentos que “revelan que el 5 de mayo (de ese año) se reunió el Consejo Nacional de Seguridad para analizar la situación de la República Dominicana, Haití y Cuba”. Ese día, refiere Grimaldi, el teniente general Earle G. Wheeler le envió al mayor general Chester Clifton Junior, ayudante militar del presidente Kennedy, un memorándum —el número DJSM-546-61— que decía: “Si las circunstancias de la República Dominicana requieren el uso de fuerzas de los Estados Unidos, los planes requeridos están en las manos de las unidades que participarán, y las fuerzas están listas. Los comandantes apropiados de las fuerzas asignadas del Comando del Atlántico han sido alertados de que puede haber problemas en la República Dominicana”, y luego describe esas fuerzas diciendo que incluían 14 destructores, un Phibron con un batallón menos una compañía y un escuadrón de aviones de combate.

Esos documentos revelan que veinticinco días antes de que Trujillo fuera muerto a tiros mientras salía de la ciudad de Santo Domingo en dirección hacia San Cristóbal el presidente Kennedy estaba listo para actuar militarmente en la

República Dominicana si los acontecimientos que esperaba se darían en este país requerían de una intervención armada de Estados Unidos, y revelan también que lo que haría el demócrata John F. Kennedy seguía la misma línea de acción que había establecido su antecesor inmediato, el general Dwight Eisenhower, cuyo gobierno dirigió el acuerdo de San José de Costa Rica mediante el cual el Gobierno de Trujillo fue económica y diplomáticamente aislado del resto de los Estados de las dos Américas por haber tramado el asesinato del presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt. El 3 de junio, tres días después de la muerte de Trujillo, el Gobierno de Kennedy envió a las costas dominicanas nada menos que 40 unidades navales; y en noviembre de ese año, cuando Ramfis, el hijo de Trujillo, y un grupo de altos oficiales de su confianza se negaban a salir del país tras haber dado muerte a los sobrevivientes de la conjura que culminó en la muerte del dictador, John F. Kennedy envió otra flota a la cabeza de la cual se hallaba nada menos que el portaviones *Intrepid*.

Lo que un observador, que no tiene que ser necesariamente muy sagaz, puede sacar en claro de la identidad de actuación ante el caso dominicano de un Gobierno estadounidense republicano y otro demócrata se resume en pocas palabras; esos dos gobiernos, el de Eisenhower y el de Kennedy, fueron en su política exterior, por lo menos en la región del Caribe y hasta cierto punto en el Sudeste Asiático, partidarios de la aplicación de la Doctrina Truman pero no pudieron ejecutarla como lo haría Johnson lo mismo en el Caribe que en Viet Nam. Kennedy trató de aplicar esa llamada doctrina en Cuba y fue derrotado por la decisión de los cubanos, no porque dispusieron de más elementos de guerra que los invasores llevados por el Gobierno norteamericano a Bahía de Cochinos; Johnson la puso en práctica en la República Dominicana pero fracasó de manera humillante cuando quiso ejecutarla en Viet Nam, y fracasó a

tal punto que su empeño en mantener la guerra en la antigua Indochina le costó el poder puesto que no se atrevió a presentar su candidatura presidencial para un segundo período dada la oposición del Pueblo de los Estados Unidos a esa guerra y al gobernante norteamericano que la llevaba a cabo. Conviene tener presente que también Nixon fue partidario de la aplicación en la política exterior de su país de la Doctrina Truman, que ha sido en resumen la de llevar la guerra sin limitación alguna a cualquier país que se proclame socialista lo mismo si está situado en tierras del Nuevo Mundo, como sucedía con Chile, que si se halla en los confines de África, como es el caso de Angola y Etiopía; y naturalmente, el más empecinado en la aplicación de lo que dictaminó Harry S. Truman cuando proclamó, el 12 de marzo de 1947, la llamada Doctrina de la Guerra Fría, nombre con que la bautizaron los periodistas de varias partes del mundo, es Ronald Reagan, para quien la misión de Estados Unidos es destruir el socialismo dondequiera que se establezca o se tema que lo haga, y destruirlo mediante el uso del poderío militar, tal como hizo él en Granada.

De este breve resumen con que expongo, no juicios sino hechos, brota una comparación con lo que estuvieron haciendo los gobiernos norteamericanos antes de la Segunda Guerra Mundial y desde fines del siglo pasado cuando usaban sus fuerzas armadas para arrastrar a países militar y económicamente débiles a su hegemonía económica; esto es, lo que varias generaciones de latinoamericanos han conocido con el nombre de imperialismo. En la etapa imperialista los gobiernos estadounidenses usaban su poder militar para explotar las riquezas naturales y el trabajo humano de países pequeños, lo mismo si estaban cerca de su territorio —Cuba, Nicaragua, Haití, la República Dominicana, Puerto Rico, Panamá—, como si se hallaban a distancias de varios días de navegación, que era el caso de Guam, Hawai y Filipinas. La

explotación requería previa ocupación militar, que en algunos casos acabó siendo ejercida por una mezcla de tropas metropolitanas y policías o soldados naturales del territorio ocupado como sucedió en Puerto Rico, territorio español en el Caribe que ha sido convertido en una colonia aunque toda su población tenga la ciudadanía norteamericana, incluyendo entre los ciudadanos al gobernador de la isla, o en un Estado de la Unión, como es el caso de Hawai.

Tenemos, pues, que en los años del imperialismo llegaban primero los soldados, casi siempre miembros de la Infantería de Marina, y tras ellos los banqueros, los comerciantes; los agentes económicos de la intervención militar, a los que seguían los agentes religiosos, pastores de iglesias protestantes, y los agentes culturales que tenían a su cargo demostrar que en ningún pueblo de la Tierra se vivía con más holgura y seguridad que en Estados Unidos, el paraíso de los ambiciosos donde cualquiera podía hacerse millonario.

Ahora, en la época de las empresas transnacionales no hay necesidad de tomar por medio de las armas un territorio dado porque los llamados inversionistas de dólares tienen a su servicio gobiernos interesados en que se instalen en sus países; ahora la agresión militar se lleva a cabo por miedo, un miedo pavoroso a que el comunismo se expanda por las porciones del mundo desde las cuales puede penetrar en Estados Unidos o puede cercar la tierra del dólar y esterilizarla de tal manera que en ella se acaben los multimillonarios.

Ocurre, sin embargo, que la intervención se ejecuta por miedo al comunismo pero se afirma mediante la instalación de empresas industriales, bancarias, comerciales que se hacen al favor del poder militar interventor y del debilitamiento del poder político del país ocupado. Ese es el caso de la República Dominicana, que fue ocupada por las Fuerzas Armadas estadounidenses por miedo a que en el país se estableciera el

comunismo y acabó siendo convertida en una neocolonia suministradora de trabajo asalariado barato, de facilidades para montar negocios, lo mismo industriales como la Gulf and Western o la Falconbridge que financieros como el Bank of América, el City Bank o el Chase Manhattan Bank.

En la etapa que podría denominarse de invasión de empresas capitalistas norteamericanas en un país que ha sido agredido militarmente el Gobierno estadounidense se convierte en el agente introductor de las empresas, y en algunos casos ese gobierno es representado por los funcionarios más altos. Así, por lo menos, sucedió en la República Dominicana, donde la Gulf and Western Incorporated, que figura en la conocida lista de *Fortune* en lugar destacado entre las 500 multinacionales más importantes de Estados Unidos, fue introducida por recomendación directa del presidente Johnson ante el presidente Joaquín Balaguer cuando los dos jefes de Estado se reunieron en Punta del Este, Uruguay, en el mes de abril de 1967. La Gulf and Western inició sus negocios en el país comprando las instalaciones del Central Romana a su propietaria, la South Porto Rico Sugar, y en menos de diez años se había convertido en una potencia industrial, comercial y financiera dueña de negocios de todo tipo entre los cuales estaban, además de la producción y venta de azúcar y furfural, de frutos tropicales, de cemento, grandes instalaciones turísticas con aeropuerto propio, zonas francas y una firma financiera.

La Gulf and Western Industries es un ejemplo de empresa neocolonial establecida mediante el uso del poder estatal de su país de origen, pero es necesario decir que el poder estatal norteamericano no se mantiene en la República Dominicana alimentado únicamente por el peso en la economía de Estados Unidos que tienen empresas como ésta; se mantiene primordialmente por la autoridad que impone el poderío militar de aquel país sobre las Fuerzas Armadas dominicanas. Para la

generalidad de las personas, tanto en nuestro país como en los de Europa, América Latina y Estados Unidos, la intervención armada de 1965 terminó cuando las tropas norteamericanas retornaron a sus cuarteles en Puerto Rico y Norteamérica, y sin embargo no sucedió así porque la reorganización de las fuerzas militares dominicanas fue impuesta por los interventores y los que quedaron en las posiciones de mando de esas fuerzas fueron hombres escogidos entre los que habían demostrado lealtad a los principios ideológicos del Pentágono cuyos representantes aquí serían los miembros de la Misión Militar norteamericana. Naturalmente, en casos similares hay siempre excepciones y las hubo también en la República Dominicana, pero en número muy limitado.

El ejercicio de la autoridad militar de Estados Unidos en nuestro país ha tenido muchas manifestaciones y a seguidas vamos a exponer algunas de las más ostensibles porque las que se han hecho de manera encubierta aparecerán en público sólo cuando sea posible examinar sin limitaciones los documentos secretos que se guardan en los archivos del Pentágono y del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense.

De las actuaciones conocidas, la más importante fue la misión encabezada por el general Dennins McAuliffe, jefe del Comando Sur (Zona del Canal, Panamá) del Ejército de Estados Unidos, formada por él y por varios coroneles que llegaron al país a cumplir órdenes del presidente Antonio Guzmán, quien, tomó posesión de la presidencia de la República el 16 de agosto de 1978 y se proponía retirar a los numerosos jefes militares que en la noche del 16 al 17 de mayo de ese año habían puesto en ejecución un plan para sustraer la documentación de las elecciones que se habían celebrado el día 16. Los documentos habían sido llevados a la Junta Central Electoral donde estaba haciéndose el conteo de los votos emitidos y las noticias en que se daba cuenta de ese conteo

eran transmitidas por estaciones de radio, razón por la cual pasada la media noche empezó a conocerse que los resultados estaban siendo favorables al candidato presidencial del Partido Revolucionario Dominicano, el señor Antonio Guzmán, y a eso de las 3:30 de la mañana entraron al local de la Junta Central Electoral fuerzas militares que se apoderaron de la documentación y la llevaron a lugares controlados por ellos.

A raíz de ese hecho se declaró en la jefatura de la Policía que el ganador de las elecciones había sido el presidente Joaquín Balaguer, quien mantenía el poder desde hacía años con apoyo político, económico y militar de cuatro gobiernos norteamericanos: los presididos por Johnson, Nixon, Ford y Carter. El Dr. Joaquín Balaguer había sido elegido presidente en el año 1966 con el beneplácito del Gobierno de Johnson, quien le dio toda suerte de respaldo incluyendo el envío desde Miami en aviones que aterrizaban en la base aérea de San Isidro, a 15 kilómetros de la ciudad de Santo Domingo, cargados de urnas llenas de votos falsos; en las elecciones de 1970 no figuró el Partido mayoritario de la oposición, el Partido Revolucionario Dominicano, debido a que el Gobierno no ofrecía garantías de ninguna especie a los activistas electorales de ese partido, y en las de 1974 el PRD se retiró 24 horas antes por la misma razón; pero en las de 1978 la situación había cambiado porque el PRD había abandonado del todo, desde fines de 1973, su línea de oposición a la Gulf and Western y en general a la política de entrega de las tierras y las minas del país a empresas norteamericanas, y con ese abandono pasó a ser la organización política favorita del Gobierno de Estados Unidos, que estaba encabezado en 1978 por Jimmy Carter. Carter en persona dirigió el operativo político y militar destinado a sacar del poder al Dr. Balaguer y llevar a él a Antonio Guzmán y en poco tiempo consiguió que el Dr. Balaguer accediera a reconocer la victoria electoral de Guzmán si a él se le atribuía

la victoria en cuatro provincias donde su partido había perdido las elecciones, con lo cual él pasaba a tener mayoría de un asiento en el Senado.

En el orden político, Carter aceptó la propuesta de Balaguer y con él la aceptó Guzmán, pero tanto Carter como Guzmán se reservaron el uso del poderío militar norteamericano para mostrarlo en el momento mismo en que Guzmán pasara a ser presidente de la República Dominicana, y así se hizo con el envío del general McAuliffe y varios coroneles del Comando Sur del Ejército de Estados Unidos cuya misión fue ejecutar, pidiéndoles a los afectados que las aceptaran, las órdenes de retiro de varios generales y coroneles dominicanos considerados políticamente adictos al Dr. Balaguer. Posiblemente con esa operación se inició una nueva etapa en el uso del poderío militar estadounidense en condición de instrumento de dominación política en países neocoloniales.

La supervisión de la situación militar y política del país por parte del Pentágono ha estado a cargo, desde agosto de 1978, del propio general McAuliffe, quien volvió a la República Dominicana poco después de su primera visita; del general Robert B. Tanguy, comandante de la División Aérea Sur de la Aviación y vicecomandante en jefe del Comando Sur con asiento en Panamá. El general Tanguy se reunió con el presidente Guzmán el 9 de septiembre de 1979. El 29 de enero de 1980 llegó el mayor general Robert L. Schweitzer, director de Estrategias, Planes y Políticas del Ejército, quien en declaraciones a la prensa dominicana dijo que había venido a brindar apoyo para combatir la subversión comunista y para “fortalecer con nuestros amigos de la República Dominicana las acciones políticas, sociales, económicas y militares que podamos hacer juntos frente a esa amenaza comunista”, y afirmó que Estados Unidos “sabe bien la posición estratégica que tiene la República Dominicana, especialmente porque está

ubicada entre el Canal de la Mona y el Paso de los Vientos y ésa es una razón por la que todos los barcos que se dirigen al Canal de Panamá necesitan pasar por aquí”.

Apenas mes y medio después, el 14 de marzo, llegó el almirante y general de cuatro estrellas Harry D. Train, jefe de la flota, y también él hizo declaraciones sobre el peligro del “avance del comunismo”; el 12 de mayo vino el teniente general Wallace Nutting, nuevo jefe del Comando Sur del Ejército con sede en Panamá; el jefe de la Fuerza Aérea del mismo Comando, el general James Walters, se reunió el 30 de septiembre con el presidente Guzmán; el 1º de junio de 1981 llegó, en condición de enviado especial del presidente Reagan, el teniente general retirado Vernon Walters, conocido como agente político-militar al que se le atribuye estar muy versado en los problemas políticos y militares de la región del Caribe.

El general Robert L. Schweitzer volvió al país al comenzar el mes de agosto de 1983 en calidad de presidente de la Junta Interamericana de Defensa y se entrevistó con el presidente Jorge Blanco; menos de dos meses después, el 27 de septiembre, vino acompañado de varios oficiales el mayor general William E. Masterson, vicecomandante en jefe del Comando Sur y comandante de la División Aérea de ese Comando en Panamá; el 19 de marzo de 1984 llegó el almirante Ralph Hedge, jefe de la Fuerza Naval de Estados Unidos en el Caribe, y un año después, el 19 de marzo de 1985, llegó el jefe de la Flota Atlántica y del Comando Naval de Estados Unidos, almirante Wesley McDonald, quien declaró en rueda de prensa que Estados Unidos intervendría militarmente el país si el Gobierno dominicano lo solicitaba y si las circunstancias del momento lo aconsejaban; reafirmó el respaldo militar norteamericano a la República Dominicana e hizo los consabidos señalamientos anticomunistas. El presidente Jorge Blanco, a quien el militar estadounidense no había visitado, por lo

menos públicamente, visitó el portaviones *Nimitz*, en el cual viajaba el almirante McDonald.

Aunque parezca innecesario, debo decir que las visitas de los jefes militares mencionados en estas páginas fueron acompañadas de exhibiciones de poder naval y aéreo porque en la mayoría de los casos vinieron al país en transportes de guerra que eran aviones o portaviones, fragatas y destructores armados de cohetes, todo lo cual se ha estado haciendo para dejar en el ánimo de los militares dominicanos, y por lo menos de una parte de nuestro pueblo, la idea de que el poderío militar de Estados Unidos es invencible.

En resumen, lo que surge de un análisis de las causas que dieron origen a la intervención armada de Estados Unidos en la República Dominicana iniciada el 28 de abril de 1965 con el pretexto de que en nuestro país se había producido un levantamiento comunista es la convicción de que con esa acción Estados Unidos dejó atrás la etapa del imperialismo impulsado por razones económicas que había sido su política de penetración y dominación mundial desde fines del siglo pasado hasta mediados del actual y pasó a actuar en el terreno militar en forma de agresión armada defensiva por miedo a la instauración del comunismo en territorios que el capitalismo norteamericano consideró desde los tiempos de Monroe reservas destinadas a ser usadas por él.

La Revolución Rusa no alarmó a los capitalistas estadounidenses mientras no apareció en uno de esos territorios que habían sido considerados reservas para ser explotadas por ellos. La alarma primero y el miedo después a ese sistema social, político y económico que reemplaza al capitalismo apareció en Estados Unidos cuando quedó instalado en Cuba, y aun desde antes, puesto que fueron las sospechas de que la Revolución Cubana era comunista lo que provocó la formación de la fuerza expedicionaria llamada a penetrar en Cuba por Bahía de Cochinos.

El miedo del Gobierno de Eisenhower al establecimiento de un régimen comunista en Cuba llevó al gobierno revolucionario cubano a apoyarse en la Unión Soviética, primero económicamente y después en la ayuda militar, única manera de sobrevivir a las amenazas políticas y las medidas económicas que le llegaban de Estados Unidos y por fin a la convicción de que por órdenes del presidente Eisenhower la CIA estaba organizando una fuerza armada de cubanos que habían pasado a vivir en Estados Unidos.

La expansión del llamado comunismo, que en realidad es socialismo y puede tardar hasta cien años en pasar a ser comunismo, aterra a los capitalistas de Estados Unidos y con ellos a sus representantes políticos a tal punto que una isla minúscula del Caribe como es Granada le pareció al Gobierno del presidente Reagan un continente gigantesco lleno de cohetería y toda suerte de armas imbatibles destinadas a aniquilar no sólo el poderío sino la población entera de Norteamérica. En la República Dominicana, donde el año 1965 no había cien comunistas, el miedo de Johnson y de todos los altos funcionarios de su gobierno dio lugar a la intervención armada cuyas causas se estudian en estas páginas, pero esa intervención creó una fecha histórica, y con ella una bandera de lucha por la liberación nacional alrededor de la cual se organizan los mejores hijos del Pueblo.

En el escudo de esa bandera figuran los mártires de 1965 y dos nombres de jefes militares que entraron en la historia nacional: Francisco Alberto Caamaño y Rafael Fernández Domínguez.

A ellos dedica el autor estas páginas.

Santo Domingo, R. D.
18-19 de abril, 1985.

CLASES SOCIALES EN LA
REPÚBLICA DOMINICANA

INTRODUCCIÓN

Clases sociales en la República Dominicana es un libro formado con artículos y entrevistas, o partes de ellos, que habían sido publicados a partir del mes de agosto de 1974 en el semanario *Vanguardia del Pueblo* y la revista *Política, teoría y acción*, órganos, ambos, del Partido de la Liberación Dominicana.

Este libro no debe confundirse con el titulado *Composición social dominicana*, que es una historia del Pueblo dominicano vista como resultado de la lucha de clases que se ha venido llevando a cabo a partir del momento en que del territorio de nuestro país se adueñaron los conquistadores traídos por Colón en el segundo de sus viajes a América.

Clases sociales en la República Dominicana no es un libro de historia aunque en algunas de sus partes lo parezca. Lo que se hace en él es clasificar y describir las clases y las capas de clases que forman el conjunto de la población nacional y además presentar aquellos de sus aspectos que no se exponen a la vista de los más son, sin embargo, los que las definen como clases y capas de un país dependiente, de esos denominados del Tercer Mundo, que están en el grupo de los que ni son socialistas ni se cuentan entre los capitalistas desarrollados.

Debo aclarar que si bien el tema de esta obra lo remite a aquellos tramos de las bibliotecas donde se colocan los libros de Sociología, el lector no va a encontrar en él el lenguaje que usan los sociólogos sino el que habla cotidianamente el Pueblo

dominicano, cuyo léxico es más corto de lo que se requiere para tratar cualquiera de las ciencias sociales que preocupan hoy a millones de seres humanos en países como el nuestro.

Dicho en otras palabras, éste es un libro político, no un tratado destinado a satisfacer exigencias propias de obras de texto. Su fin es el de ayudar a formar opiniones útiles en el terreno político acerca de cómo está compuesta la sociedad dominicana, porque si no conocemos su composición no podremos transformarla para que deje de ser dependiente y se convierta en lo que no ha podido ser hasta ahora: Libre y Justa.

JB

Santo Domingo,
9 de octubre de 1982.

LA EDUCACIÓN ES UNA ACTIVIDAD CLASISTA
(Una entrevista para *Vanguardia*)*

Usted habló en San Cristóbal del caso de los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres y de la educación, o mejor dicho, de la ninguna educación que reciben. Me parece que a los lectores de Vanguardia les interesaría que usted repitiera en esta entrevista lo que dijo en San Cristóbal sobre ese punto.

Sí, de eso voy a hablar. Yo también pienso que a muchos lectores de *Vanguardia* puede interesarles ese punto. Lo que dije en San Cristóbal fue que hay casos especiales de educación, casos que se dan en la República Dominicana pero no en todos los demás países que viven dentro del sistema capitalista, y pasé a referirme al caso de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre que tenemos aquí. El burgués, según se sabe o debe saberse, es el dueño de los medios de producción, es decir, de las fábricas, las tierras, los bancos, las minas, los barcos, los aviones, y el pequeño burgués es el dueño de medios de producción pequeños o limitados. De la pequeñez de sus medios de producción, y del hecho de que él sea dueño de ellos, viene la clasificación de pequeño burgués. Al hablar en San Cristóbal puse un ejemplo de burgués y uno de pequeño burgués; puse el de un dueño de una fábrica de tejidos que es conocido en San Cristóbal y el de mi hermano Pepito, y dije

* *Vanguardia del Pueblo*, Año I, N° 6, Santo Domingo, Órgano del PLD, 16-31 de octubre de 1974, pp.4-5.

que el primero recibe el beneficio que le proporcionan muchos trabajadores y que por eso es un burgués, pero que mi hermano Pepito, que tiene un taller de mecánica, vive de su trabajo y del de dos oficiales y uno o dos aprendices, y con el trabajo de dos oficiales y uno o dos aprendices trabajando en un local pequeño donde hay un torno y algunas otras herramientas, mi hermano Pepito, clásico pequeño burgués, no puede ganar ni remotamente lo que gana el dueño de la fábrica de tejidos de San Cristóbal.

Pues bien, en la República Dominicana hay varias capas de pequeños burgueses, pues en nuestro país la mayor parte de la población pertenece a la pequeña burguesía, y entre los muchísimos, los incontables pequeños burgueses dominicanos los hay que o son dueños de talleres de mecánica o de otros oficios, como mi hermano Pepito, o son comerciantes, dueños de comercios pequeños y hasta muy pequeños, o son agricultores que tienen 10 ó 20 tareas de tierra no buenas, y todos esos están agrupados en capas; la capa de la alta pequeña burguesía, la de la mediana y la de la baja; pero cuando llegamos a la capa baja tenemos que pararnos a analizarla con cuidado y de manera muy detallada, porque ahí es donde aparece lo que podríamos llamar la originalidad de nuestro país desde el punto de vista social; originalidad si lo comparamos con Francia o con Inglaterra, no si lo comparamos con otros países dependientes, como Honduras y Bolivia.

Usted ha explicado en otras ocasiones esa tesis, la de la existencia en la República Dominicana de las capas pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía, y perdone que le interrumpa.

No, no tengo nada que perdonarte, pues efectivamente he explicado varias veces la existencia de esas capas de la baja pequeña burguesía de nuestro país, pero nunca la he explicado desde el punto de vista de la educación; y mira, al hablar de la educación, como al hablar de la producción y hasta del

lenguaje, para referirme sólo a tres aspectos de la actividad social, aparecen siempre datos de tipo sociológico que alumbran (en el sentido de dar luz o iluminar) todo el panorama social. La baja pequeña burguesía dominicana en sus capas pobre y muy pobre está compuesta por el mayor número de los hombres y las mujeres del país. Nadie sabe cuántos son porque aquí no sabemos ni siquiera cuántos habitantes tiene la República. Los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres no tienen prácticamente de qué vivir y sin embargo son pequeños burgueses; no son ni obreros ni burgueses. Lo que sucede con ellos es que sus bienes de producción son sumamente limitados, son muy pequeños; tan limitados que no dan para mantenerlos en un nivel que les permita satisfacer o llenar sus necesidades más urgentes, ni siquiera la de la comida. Los medios de producción de que ellos disponen son, por ejemplo, para los vendedores callejeros de víveres, una carretilla en mal estado, que podrá valer diez pesos, tal vez doce, y un capital quizá de diez a doce pesos para comprar plátanos, guineos, auyamas, tomates; o es una bandeja de paletero y un capital de veinticinco pesos para comprar cigarrillos y fósforos y dulces; o es un ranchito de yaguas que tiene alquilado por quince pesos.

Fíjate en la diferencia que hay entre esos bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres, que forman la mayor parte de la población del país, y los pequeños burgueses de la capa baja propiamente dicha, o de la capa mediana. Vamos a seguir hablando de mi hermano Pepito. Pepito tiene su casa de concreto, con teléfono y nevera, y no le falta el dinero necesario, digamos, para una emergencia. Pepito tiene un negocio estable, con una clientela fija. Es más, si se mudara a cualquier sitio, en la Capital o en sus vecindades, esa clientela iría a buscarlo donde fuera porque está acostumbrada a que él le resuelva sus problemas de mecánica. Algunos de esos clientes son hijos

de clientes que empezaron a darle trabajo a Pepito hace más de cuarenta años. Pepito aprendió la mecánica porque papá lo puso a aprender en el taller de Manuel María Domínguez, en La Vega; y el hijo de un pequeño burgués comerciante aprende el comercio en su casa, desde niño. Pero al bajo pequeño burgués pobre y muy pobre, ¿quién le enseña nada? Ni siquiera se le forma el hábito de comer a una misma hora cada día, porque desde que nace come cuando la mamá o el papá consiguen en la calle con qué llevarle comida, y a veces eso sucede mucho después de pasado el medio día, y a veces en la noche; y generalmente se pasa el día solo en un ranchito, tal vez acompañado de sus hermanitos o de vecinitos que son, como él, retoños de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre. ¿Me hago entender o no?

Claro que sí, compañero Juan. Lo entiendo bien. Creo que lo que ha dicho es que la baja, la mediana y la alta pequeña burguesía aprenden, o en su medio social o en las escuelas; aprenden a producir, pero que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no aprende nada.

Sí y no. Eso es lo que he dicho, y sin embargo la intención con que lo he dicho es otra. No es que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no aprenda nada; sí aprende; aprende lo que le enseña la calle, pero eso que le enseña la calle, es decir, el tigueraje, que es la parte negativa de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre de nuestro país; eso no les sirve para nada ni a él ni a la sociedad. Lo que he querido decir no es que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no aprende sino que la sociedad no le enseña nada porque no le tiene destinado un lugar en las relaciones de producción. El burgués tiene un lugar en ellas, que es el del dueño de los medios de producción; el obrero tiene otro, que es el del que vende su fuerza de trabajo; los pequeños burgueses desde los bajos a los altos tienen también los suyos; y dentro de unos y otros

los campesinos tienen funciones muy concretas. Todos ellos reciben, o de la sociedad o de las escuelas, la educación que les corresponde según sean sus clases respectivas. El burgués aprende en colegios y universidades a usar su dinero de manera que le deje beneficios y a manipular a los trabajadores y a los compradores, y aprende a más, aprende también a actuar con sentido clasista de miembro de una clase dominante; el pequeño burgués bajo, medio y alto adquiere los conocimientos de su capa, y desde su primera infancia recibe en su casa lecciones de hábitos de trabajo, de disciplina, de estudios. Pero el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no recibe nada del medio, ni de su casa ni del barrio ni del oficio de sus padres, que no tienen oficios. Los pequeños burgueses de las capas baja, mediana y alta tienen un lugar en las relaciones de producción de este país. No sabemos a cuánto alcanza la participación de esa pequeña burguesía en la producción nacional, pero debe ser un tanto por ciento alto. Ahora bien, lo que produce la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre no llega ni siquiera al nivel de poco. Desde el punto de vista de la producción, el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre vive improvisando; vive como la cigua, que levanta el vuelo sin saber adónde va a ir a dar. Si Pepito se muda, su clientela irá adonde él vaya; si tú te mudas, no te acordarás, en el orden económico, del platanero que pasaba todos los días por la calle donde vivías ni del palettero de la esquina a quien le comprabas los cigarrillos. Adonde vayas a vivir habrá otro platanero y habrá otro palettero que te servirán igual que los anteriores. En dos palabras, la sociedad dominicana desconoce al bajo pequeño burgués pobre y muy pobre porque no tiene papel en la producción, y como lo desconoce no lo prepara para nada porque no tiene un lugar para él. Nuestros bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres ocuparán cada uno un sitio mínimo en el campo de la producción

allí donde encuentran huecos, lugares abandonados, pero la sociedad no los tomará en cuenta. Hay educación para los demás, a cada uno según su posición en las relaciones de producción. No la hay para el que en esas relaciones no tiene lugar definido.

¿Y qué recomienda usted, compañero presidente, para que se les dé educación a nuestros bajo pequeños burgueses pobres y muy pobres?

Lo que estamos haciendo en el Partido: educarlos para la revolución. Si la sociedad actual no les concede, y no puede concedérselo, un lugar en las relaciones de producción, la sociedad revolucionaria, que es la del porvenir opóngase quien se oponga, les reserva un lugar en la dirección del proceso revolucionario con una sola condición: Que se capaciten para esa tarea, la más hermosa que pueden llevar a cabo aquellos que aman a la humanidad y aman a su patria, y necesitan verla libre.

31 de octubre de 1974

ANALIZANDO A LA PEQUEÑA BURGUESÍA *

Compañero presidente, usted ha estado hablando mucho en estos días; dio una conferencia, aunque no le guste esa palabra, en el Club Cultural Los Nómadas de Los Minas el 12 de octubre; dos semanas después hizo la historia de algunos de sus libros en el Centro Cultural Dominicano y dos días después empezó en ese mismo lugar un cursillo sobre la crisis económica mundial, pero todavía no ha terminado de explicar para los lectores de Vanguardia del Pueblo lo que dijo en San Cristóbal acerca de nuestra baja pequeña burguesía y su relación con la educación. Por esa razón vamos a hacerle más preguntas sobre ese tema. Por ejemplo, usted dijo en San Cristóbal, y lo repitió al responder las preguntas que le hicimos para el número 6 de Vanguardia, que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre de la República Dominicana no tiene ningún lugar en las relaciones de producción. ¿Se refería usted a las relaciones de producción aquí, en nuestro país, o en todas partes?

Aquí, en nuestro país, y si no recuerdo mal, en esa entrevista, que salió hace ahora menos de dos semanas y por eso tengo fresco en la memoria lo que dije en ella, expliqué que en otros países, como Inglaterra y Francia, no hay ese tipo de bajo pequeño burgués pobre y muy pobre que tenemos aquí; que tal vez lo hay en países dependientes, y creo que mencioné

* *Vanguardia del Pueblo*, Año I, N° 7, Santo Domingo, Órgano del PLD, 1-15 de noviembre de 1974, pp.4-5.

entre ellos a Honduras y a Bolivia. Es aquí donde la gente de esa capa social (que no aparece descrita en los tratados de Sociología europeos o norteamericanos porque ellos no la conocen debido a que no la hay en sus sociedades) no tiene lugar alguno en las relaciones de producción. Si se les reconociera un lugar en ellas, en la educación que dan las escuelas dominicanas habría materias dedicadas a darles a los niños y a los jóvenes de esas capas algunos conocimientos, alguna preparación, algún entrenamiento que los capacitara para hacer un trabajo provechoso para la sociedad. ¿Sabes adónde van a parar los jóvenes de esas capas, especialmente si son campesinos? A la guardia, a la policía y a los servicios de caliesaje; los que no quieren ser ni guardias ni policías ni calieses ponen un tarantín para vender lo que sea, o, como expliqué en el número pasado de *Vanguardia*, consiguen una carretillita y se hacen plataneros o paletteros; y ahora van a la Universidad Autónoma porque no tienen que pagar transporte para ir a las clases y porque allí pueden comer barato. Creo que para el año académico que empezó el día primero de este mes hay unos 30 mil estudiantes inscritos en la UASD, y de ellos posiblemente 25 mil son miembros de las capas pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía.

Así es, compañero presidente; pero también es verdad que de esas capas sociales salen muchos revolucionarios. Los partidos revolucionarios de nuestro país están formados casi en su totalidad por bajos pequeños burgueses de las capas pobre y muy pobre.

Sí, pero hay más en los partidos que no son revolucionarios. Mira, nosotros no nos damos cuenta, porque tenemos ojos en la cara y no vemos, de la enorme cantidad de hombres y mujeres de todas las edades y todas las razas que en nuestro país son bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres, y tampoco nos damos cuenta de lo que eso significa social, económica y políticamente para el país. Vamos a hablar, por ejemplo, del

caso de la mujer dominicana. En tu casa y en la mía y en las de todos los pequeños burgueses de las capas alta y mediana y en las de muchos de los de la capa baja hay una cocinera y en muchas además de cocinera hay una mujer que cuida a los niños y arregla la casa y lava la ropa. Pues bien, todas esas cocineras y niñeras o lavanderas y sirvientas proceden de los sectores pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía, y todas son trabajadoras pero no obreras, es decir, son trabajadoras no productivas porque ninguna de ellas le vende su fuerza de trabajo a un patrón.

¿Cómo? ¿Pero entonces la cocinera de mi casa, que hace la comida de seis personas, no está vendiéndonos a nosotros su fuerza de trabajo? ¿El trabajo que ella hace no beneficia a toda la familia?

Mira, vamos a aclarar las cosas. El trabajo que ella hace es beneficioso para ustedes pero no desde el punto de vista que sería el trabajo de esa señora que cocina en tu casa si en vez de cocinar trabajara en un taller de tu familia haciendo camisas. Cocinando para ti, tu mamá y tus hermanos, esa señora no les proporciona a ustedes plusvalía, no contribuye a enriquecerlos, y por esa razón su trabajo no es productivo. Para ser productivo, el trabajo de una persona tiene que producir todos los días el salario de ella, los gastos generales de la empresa o fábrica donde trabaja (es decir, lo que vale la fábrica, lo que valen las materias primas, lo que vale la propaganda de lo que produce esa fábrica, lo que cuesta la administración de la empresa, siempre, desde luego, en proporción a lo que esa persona está produciendo, pues si la fábrica produce 10 mil pares de zapatos y esa persona de quien estamos hablando produce 10 pares, ella tendrá que producir cada día la milésima parte de todo lo que acabo de mencionar), y además tiene que producirle también todos los días una ganancia al patrón, es decir, una plusvalía. Y la cocinera de tu casa no produce nada de eso porque tu casa no es una empresa industrial.

Ella no produce diariamente su salario, es decir, no lo reproduce, ni produce diariamente una plusvalía porque ustedes no le venden a nadie lo que ella produce; ustedes consumen lo que ella hace. El beneficio que ella les proporciona es de carácter muy personal y subjetivo. En la división del trabajo de la familia ella realiza un trabajo especializado, que es el de cocinar, y eso les deja tiempo a tu mamá y a tus hermanas para hacer otras cosas o para pasear o para estudiar, y a cambio de ese trabajo que ella hace ustedes le dan habitación y comida y quizá otras atenciones, pero no les venden a otras personas el producto del trabajo de ella, no reciben plusvalía de ella. ¿Y cuántas mujeres que trabajan, como ella, en servirles a otras personas, no a un patrón que comercia con el trabajo ajeno, crees tú que hay en la República Dominicana?

No lo sé, pero debe ser un número muy grande.

Muy grande no; es grandísimo, porque la señora que cocina en tu casa recibe un salario de tu mamá o de tu papá (pues supongo que el que lo paga es tu papá, aunque quien le entrega el dinero a fin de mes es tu mamá), pero hay cientos y cientos de miles que trabajan tanto o más que la cocinera de tu casa y no reciben ningún salario. Esas son las que les cocinan a los maridos y a los hijos, es decir, a los maridos y a los hijos de ellas, o las que cuidan a los viejos de las familias y a los niños y a los enfermos. ¿Quién sabe cuántas son? En este país nadie lo sabe porque aquí no hay organización oficial, o del Estado, que se ocupe de recoger esos datos. Es más, te aseguro que ahora mismo, en este mismo momento, no hay un solo dominicano que sepa cuántas cocineras pagadas hay en el país; y tal vez ni siquiera hay quien pueda decir con certeza cuántas mujeres trabajan en fábricas. Y sin embargo esos datos son necesarios, muy necesarios si aspiramos a conocer nuestra sociedad tal como ella es, no como alguna gente se imagina que es. Por ejemplo, hay una enorme diferencia,

hablando en términos de sociología, no ya en términos económicos, entre una cocinera y una obrera; es más, hay una enorme diferencia entre una mujer que trabaja de cocinera en una casa de familia y esa misma mujer si pasa a trabajar de obrera en un taller donde se fabrican camisas de hombre.

¿Es la diferencia que explicó usted hace un rato; que la cocinera no le está vendiendo a nadie su fuerza de trabajo porque no le proporciona plusvalía al dueño de la casa donde cocina, y la obrera sí le proporciona todos los días plusvalía al patrón?

No. Eso ya lo dije, bien o mal, pero lo dije. Hablo de otra cosa. Lo que voy a decir es que la obrera de una fábrica de camisas o de cualquier otro producto es, sociológicamente hablando, un ser social, una persona que está produciendo para la sociedad. Ya hablé de este asunto en las tres conferencias sobre la crisis económica mundial que mencionaste al comenzar la entrevista, y entonces expliqué que cuando esa mujer hace una camisa, o la parte de la camisa que le toca hacer, no sabe quién se la va a poner; no se imagina qué hombre es el que va a comprarla. Su trabajo, pues, no está destinado a una persona conocida, a una persona que es así y así; es un trabajo destinado a la sociedad, a alguien que es un ser humano, un ser social, uno que usa camisas. Como es natural, la naturaleza social del trabajo que hace esa trabajadora, esa camisera, la convierte intelectualmente y emocionalmente en un ser social. Aunque sea de un campo muy apartado y no tenga letras, como dice la gente del Pueblo, el hecho de que trabaje para la sociedad y no para una persona que ella conoce, una persona cuya cara y cuyo tamaño ella pueda reproducir en su imaginación; ese hecho la convierte en un ser social, y eso sucede como estoy diciéndotelo aunque la obrera no llegue a darse cuenta de ello. En cambio, la mujer que cocina en tu casa, o la que cocina para su marido y sus hijos, no son seres sociales en el sentido en que lo es la camisera; son, si

acaso, seres familiares. Trabajan para una familia, la tuya o la suya, y desde el momento en que llegan al mercado a comprar los víveres y las verduras que van a cocinar ese día ya saben para quién van a hacer los platos. “Esa yuquita le va a gustar a don Luis”, piensa la cocinera de tu casa; o si es la que cocina para su marido y sus hijos pensará: “Déjame ver cómo le consigo un aguacatico a Ramoncito, que le gustan tanto...”. Y al hacer un plato están pensando en la persona que se lo va a comer; ya conocen los gustos de cada quien en la casa; saben que a Fulano no se le puede poner mucha sal y a Mengano no le gusta la carne muy cocinada. Su tipo de trabajo hace de esas señoras personas dependientes, ideológica y emocionalmente dependientes de las gentes a quienes les sirven, y como es natural, sus preocupaciones tienen el tamaño de la familia para la que trabajan; no pasan del círculo familiar.

Profesor, pero eso que usted está diciendo tiene una gran importancia desde el punto de vista político.

Claro que la tiene, ¿y por qué crees que lo digo? Si no tuviera importancia política no hablaría de eso. La importancia es en varios niveles, pero el que debe interesarnos, como miembros que somos de un partido revolucionario, es el de la dependencia ideológica de las mujeres que trabajan para una familia, aunque sean sus propias familias. Esa dependencia ideológica es lo que las mantiene en un estado perpetuo y generalizado de retraso político. Si la mujer dominicana, y de países parecidos al nuestro, no se incorpora masivamente a la lucha política, hay que buscar la explicación en el hecho de que la gran mayoría de ellas no ha pasado todavía de ser dependiente. Las grandes mayorías de las mujeres dominicanas no son todavía seres sociales porque aun no han llegado a ocupar un lugar en la producción para la sociedad. Hay una minoría de mujeres de todas las capas de la pequeña burguesía, incluyendo las capas pobre y muy pobre de la baja, que

piensan y sienten en términos sociales, no familiares; y ésas, naturalmente, no son dependientes en el orden ideológico. Nosotros tenemos muchos ejemplos de mujeres así en el PLD y tú mismo puedes seguramente recordar en este momento no menos de cien, si te lo propones. Imagínate durante un minuto que a una de esas mujeres peledéistas que no son políticamente dependientes le dice el marido, o el novio, o el hermano o el papá: “Te prohíbo que sigas yendo al Partido”. En ese mismo instante se produce un conflicto, o comienza a producirse un conflicto entre el hombre que dijo esas palabras y la compañera a quien se las dijo. Y supón que un patrón, el patrón de la camisera que he estado mencionando, le dice el día antes de unas elecciones (si nos figuramos que en este país hay elecciones propiamente dichas y no mataderos electorales): “Mira, mañana vas a votar por Mengano y por Perencejo”. Ese patrón estaría perdiendo el tiempo, porque una mujer a quien la naturaleza de su trabajo ha convertido en un ser social es una persona políticamente independiente, y lo es también en otros aspectos, en casi todos los aspectos que se relacionan con sus sentimientos y con sus opiniones. En cambio, la cocinera de una familia está esperando que el dueño de la casa le diga por quién va a votar porque ella no tiene posiciones tomadas en nada que sea de carácter social; tiene posiciones tomadas en lo que se relacione con la familia para la cual trabaja, y si trabaja para su familia, hará lo que le mande su marido o le mande alguno de sus hijos o hará aquello que a juicio de ella es lo que su marido o sus hijos quisieran que ella hiciera.

¿Entonces, compañero presidente, el carácter de una persona, digamos de una mujer, cambia si cambia la posición de ella en las relaciones de producción?

Cambia la manera de sentir y de actuar, no digo de una mujer, hasta la de un pueblo cambia si hay cambios en la posición de las gentes en las relaciones de producción. Pon a

una mujer al frente de una empresa capitalista y a su marido en un empleo público y verás como al cabo de cierto tiempo la mujer es la jefa de la casa. ¿Por qué sucede eso? Pues porque la mujer pasa a ser la jefa o el jefe debido a que desarrolla capacidad de mando, capacidad para tomar decisiones, y desarrolla todas las condiciones de carácter y de mente que acompañan a esa capacidad, y mientras tanto el marido no las ha desarrollado porque en su trabajo de empleado público o burócrata no se ponen en función esas condiciones o cualidades. No hay sino que fijarse en la manera de actuar de las mujeres de los países desarrollados y comparar esa forma de actuar con la de las mujeres de un país como la República Dominicana para darse cuenta de que son diferentes. ¿Qué es lo que las hace diferentes? ¿Es que las de Francia, Alemania, Suecia o los Estados Unidos pertenecen a una raza superior a la de las mujeres dominicanas? Nada de eso; es que las de esos países que acabo de mencionar han pasado a ser seres sociales porque intervienen en la producción social mientras las de aquí, en su inmensa mayoría, no han pasado de ser seres familiares, y por lo tanto mujeres ideológica y socialmente dependientes de una familia, de la familia para la cual trabajan, que muy bien puede ser, y es, en la mayoría de los casos, su propia familia. Y para acabar de responder tu pregunta te diré que si la cocinera de tu casa pasara a ser cocinera de un restaurante o un hotel o una fonda, en un tiempo dado, digamos un año o dos o tres años, su manera de ser cambiaría porque ella pasaría de ser un ser dependiente a ser un ser social. Tú dirás que cómo se explica ese cambio si esa mujer no dejó de ser cocinera, y yo te diría que siguió siendo cocinera, pero cambió su naturaleza social porque en vez de cocinar para ti, para tu papá, para tu mamá y tus hermanos pasó a cocinar para desconocidos; antes hacía la comida dedicándole un plato a tu papá, cuyos gustos conocía muy bien, y además tenía interés afectivo,

sentimental en que tu papá se sintiera satisfecho con ese plato y con la sazón del pescado, al que le daba exactamente el punto que le gusta a tu papá; pero ahora, en el restaurante, cocina para cincuenta personas distintas a quienes no conoce, cuyos gustos ignora; cocina para una clientela anónima, es decir, para la sociedad, y le da a la comida una sazón buena para todo el mundo. En pocas palabras, de trabajadora improductiva que era en tu casa pasó a ser trabajadora productiva en una empresa a la que tiene que proporcionarle todos los días los gastos de producción de la comida que hace y además una plusvalía, un beneficio; cambió su posición en la relaciones de producción y eso determina que haya un cambio sustancial en su actitud ante la vida. Cuando ese cambio se generaliza, es decir, si en vez de ser la cocinera de tu casa nada más la que ha cambiado en su manera de ser porque cambió su posición en las relaciones de producción, se produjera el mismo tipo de cambio en el caso de todos los dominicanos, o de la mayoría de los dominicanos, habría un cambio en la manera de sentir, de actuar, de pensar de todo nuestro pueblo.

¿Y qué relación tiene eso que acaba usted de decir con la existencia de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre?

Una relación muy estrecha, de causa a efecto, o para decirlo de manera más simple para que lo entienda la gente que va a leer esta entrevista, aquí tenemos una proporción muy grande de bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres (y ésa es la causa) y eso tiene resultados, entre ellos que hay muchísimas mujeres de esas capas sociales que por ser miembros de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre carecen de un lugar determinado en las relaciones de producción, lo que equivale a decir que la sociedad no tiene para ellas un lugar en esas relaciones y por eso la sociedad no las prepara, no las capacita para que participen en la producción; no las prepara para producir porque no hay lugar para ellas en la producción, y

entonces esas mujeres se acogen a lo único que tienen a la mano, que es el trabajo de cocinera, de sirvientas, de niñeras; o hacen ese trabajo en una casa ajena o lo hacen en la suya. De paso quiero preguntarte algo: ¿Tú sabes si aquí hay escuelas para enseñar a esas mujeres a cocinar, a tender una cama, a cuidar a un niño? ¿No lo sabes? Pues yo puedo decírtelo: no las hay.

Las mujeres del Pueblo que trabajan como cocineras, sirvientas, niñeras, no aprenden en ninguna parte; aprenden de oídos, es decir, mirando lo que hacen otras. Por otra parte, debo aclarar que la existencia de tanta baja pequeña burguesía pobre y muy pobre en nuestro país es también un efecto de una causa, un resultado de un hecho anterior (o tal vez sería mejor decir de la falta de un hecho anterior), que es el poco desarrollo clasista del Pueblo dominicano, y ese desarrollo clasista a su vez se debe al atraso económico en que hemos estado viviendo durante cuatro siglos. En el año 1937, que es como decir el mes pasado porque menos de cuarenta años es como un mes de la historia de un país, todos los establecimientos industriales de la República Dominicana, con la excepción de los ingenios de azúcar, que eran 14, tenían 9 mil 20 empleados y obreros y aprendices, y los empleados y los trabajadores de los ingenios eran en su gran mayoría extranjeros; yanquis y puertorriqueños los empleados, y cocolos y haitianos los trabajadores. Desde luego, si no había oportunidad de trabajo para los que iban llegando a la edad de trabajar, ¿qué sucedía? Que la gran mayoría de los hombres y las mujeres se quedaban sin ocupar puestos de obreros en las relaciones de producción, y mientras tanto la población crecía, y dentro de la población lo que crecía era la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre, que procedía más que nada de la mediana y la baja pequeña burguesía de los campos.

¿Cómo, o mejor dicho, por qué procedía de esas capas campesinas?

Porque el campesino dueño de 100 tareas, ó de 50 ó de 30, se moría y les dejaba a 8 ó 10 hijos esas tierras, que repartidas tocaban a 3, 5, 10 tareas, y en esos años la tierra dominicana era muy barata, era baratísima, de manera que los hijos pasaban a trabajar sus tareítas o las vendían, y en los dos casos, si no cambiaban de posición en las relaciones de producción, si no hallaban trabajo de obreros o no pasaban a bajos o medianos pequeños burgueses, caían en la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre, y estas dos capas se multiplicaron tanto bajo el Gobierno de Trujillo y se han seguido multiplicando tanto desde la muerte de Trujillo, que actualmente el país está siendo ahogado por ellas; es decir, la sociedad dominicana está siendo ahogada por un mar agitado de bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres. Entre otras cosas, eso es lo que explica que desde la muerte de Trujillo la Universidad Autónoma haya pasado a tener diez veces el número de estudiantes que tenía en 1961 a pesar de que desde entonces se han establecido en el país dos universidades y la escuela de medicina de San Pedro de Macorís*. La gran mayoría de los estudiantes de la UASD proceden de las dos capas de bajos pequeños burgueses de que estamos hablando. Y eso, que no cuento el altísimo número de bajos pequeños pobres y muy pobres que se han ido a vivir a New York y a Puerto Rico.

Profesor, pero el tema de esta entrevista y de la anterior quedó desviado porque el interés de hacérselas estaba en que nos hablara en ellas de la escuela hostosiana, o de Hostos, que fue de lo que usted habló en San Cristóbal en su confe... digo en su charla sobre Educación y clases sociales en la República Dominicana.

Sí, lo que estás diciendo es así, y yo comprendí desde el primer momento que lo que querías era que hablara de lo que

* Para 1982, año que esta entrevista se publica en un volumen, el número de estudiantes de la UASD pasaba de 70 mil.

dije en San Cristóbal. Pero sucede que lo que he dicho hoy y lo que dije hace dos semanas son parte de lo que dije en San Cristóbal; lo que pasa es que en las dos entrevistas he ampliado el punto referente a la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre de nuestro país y su relación con la educación. ¿Por qué lo he hecho así? Porque es absolutamente necesario que se comprenda que la sociedad dominicana no tiene un lugar en las relaciones de producción para la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre, que es donde se halla colocado el mayor número de dominicanos, y especialmente de dominicanos jóvenes; que no lo tiene ni para los sectores urbanos de esas capas sociales ni para los sectores campesinos, y además que esas capas sociales no adquieren ningún tipo de educación en el medio social en que se forman; tampoco en sus casas o en las calles se les enseña nada que les sirva para trabajar, salvo en el caso de los campesinos que se quedan en el campo, que según van creciendo van recogiendo en su medio social enseñanzas relacionadas con la producción campesina. Pero yo me pregunto: ¿Y qué van a hacer con esas enseñanzas cuando salgan del campo para ir a las ciudades? ¿Y qué van a hacer con ellas los que se metan a la policía o a la guardia o al caliesaje?

15 de noviembre de 1974.

SOBRE EL DESARROLLO DE LAS CLASES EN EL PAÍS*

En primer lugar, hablemos del poco desarrollo clasista de nuestro pueblo. El desarrollo clasista escaso, pobre o limitado de un pueblo se debe, naturalmente, al escaso, pobre o limitado desarrollo capitalista de ese pueblo; y esto necesita a su vez una explicación: en el sistema capitalista las clases se van desarrollando al mismo tiempo que se desarrolla el capitalismo. No es que las clases aparezcan antes que el capitalismo ni que el capitalismo aparezca antes que las clases; mientras van desarrollándose, ambos promueven o provocan el desarrollo del sistema. Así pues, podemos decir que donde no hay capitalistas no hay capitalismo y donde no hay capitalismo no hay capitalistas. Es más, en un país puede haber capitalismo y no haber burguesía ni proletariado. Eso estuvo sucediendo en muchos países de la América Latina hasta el siglo pasado, y estuvo también pasando en una parte de los Estados Unidos, en la región del Sur, hasta el siglo pasado. Por eso se explica que Carlos Marx dijera en cierta ocasión, allá por el 1853, que en esa fecha todavía en los Estados Unidos no había definición de clases, y hay que tomar en cuenta que ya para 1853 Estados Unidos era una potencia, no mundial, pero una potencia; por ejemplo, para ese año ya le había arrebatado a

* *Vanguardia del Pueblo*, Año I, N°13, Santo Domingo, Órgano del PLD, 1-15 de febrero de 1975, pp.4-5.

México Texas, Nuevo México, California, y había tomado Ciudad México; le había comprado a Francia La Luisiana y todo el territorio central cuya capital era New Orleans, le había quitado a España las Floridas españolas y le había comprado a Rusia lo que hoy es el estado de Alaska. Es más, para la época en que Marx decía esas palabras que acabo de repetir, Estados Unidos había hecho la guerra contra los piratas de Argel, en el Mediterráneo y en aguas africanas.

Compañero Juan, ¿usted podría explicar esas palabras de que en un país puede haber capitalismo y no haber burguesía ni proletariado? Creo que esa explicación es necesaria porque sin ella muchos compañeros lectores de Vanguardia van a caer en una tremenda confusión.

Naturalmente que voy a aclararlas. En ningún momento pensé dejarlas dichas sin explicarlas porque tal como acabas de decir, una frase como ésa, si no se aclara, confunde a mucha gente.

Los mejores ejemplos de que en un país puede haber capitalismo pero no burguesía ni proletariado son los de Brasil, Cuba y el Sur de los Estados Unidos, para no mencionar a Haití, que está en nuestra propia isla. En esos países (y en varios más de América, que no nombro para no hacer una lista interminable) hubo durante siglos capitalismo, pero no había ni burgueses ni obreros; su capitalismo era, como dijo Carlos Marx, anómalo, palabra con la que quiso decir que se trataba de algo fuera de lo normal; y lo dijo precisamente por lo que he dicho en esta entrevista, porque era un capitalismo sin burgueses y sin proletariado.

¿Y cómo se explica que haya, o hubiera habido en esa época, durante varios siglos, en algunos países de América, un capitalismo anómalo, es decir, fuera de lo normal; un capitalismo sin burgueses y sin obreros?

Pues se explica porque los capitalistas de esos años empleaban parte de su capital en comprar esclavos, y los esclavos

no eran obreros; los esclavos eran una propiedad de sus amos, una propiedad igual que lo eran los caballos, las reses, las tierras y los ingenios de azúcar o las siembras de algodón. Los esclavos y los obreros son dos cosas distintas. El obrero vende su fuerza de trabajo y el burgués se la compra con una determinada cantidad de dinero que se llama salario o jornal; pero para que suceda eso, es decir, para que el obrero acepte venderle al patrono Fulano de Tal (que puede ser una persona o una compañía) su fuerza de trabajo, tiene que haber entre él y el patrono un entendimiento, un trato, un acuerdo, que podemos resumir en pocas palabras: “Tú trabajas para mí tantas horas en tales y cuales tareas o tipos de trabajo y yo te pago tanto mensual o quincenal o por día”. Si al trabajador le conviene esa proposición, acepta; si no le conviene, dice que en esas condiciones no puede trabajar; que si se le pagara medio peso más por día sí... Bueno, el caso es que el obrero trata con su patrón, negocia con él, pero el esclavo no. El esclavo era traído a América a la fuerza; lo cogían en su tierra como se coge un tigre o un elefante o un león, y lo traían a América a venderlo, y el capitalista, dueño de un ingenio de azúcar o de una siembra o plantación de algodón o de café o de cacao, lo compraba como se compra un caballo o un buey, y lo ponía a trabajar a la buena o a la mala, y si lo consideraba necesario, lo apaleaba o mandaba a apalearlo, o le ponía cepos en los pies; y comía lo que el amo quería, no lo que quería él, y lo vestían como quería el amo, no como él quería; y lo mandaban a dormir a tal hora y a levantarse a tal hora. Como puede verse había diferencias enormes entre el esclavo y lo que es un obrero. Este último vende su fuerza de trabajo y nada más que eso; no vende su cuerpo. El esclavo, desde luego, tampoco vendía su cuerpo porque él no iba a venderse para que lo trajeran a estos países; a él lo cogían como a una fiera y lo vendían como si fuera un caballo. Fíjate que el esclavo no

vendía su fuerza de trabajo. A él lo vendían entero, como un animal. Ahora bien, de la misma manera que hay muchas y muy importantes diferencias entre lo que era un esclavo y lo que es un obrero, había muchas y muy importantes diferencias entre un dueño de esclavos, un comprador de esclavos, y un burgués. Y sin embargo, en los dos casos, el del esclavo y el del obrero, ambos trabajaban para enriquecer al dueño o patrono, es decir, al capitalista; y en los otros dos casos, el del dueño de esclavos y el burgués, ambos trabajaban para enriquecerse con el trabajo de los esclavos y los obreros. Pero no eran la misma cosa; es decir, un capitalista esclavista o dueño de esclavos no era igual a un capitalista burgués dueño de los medios de producción, pero no de los obreros. Por eso Marx llamó oligarcas a los capitalistas que compraban esclavos y burgueses a los capitalistas que compraban (o compran) fuerza de trabajo, la fuerza de trabajo de los obreros y únicamente su fuerza de trabajo y nada más.

Lo que acabo de decir explica por qué en los países de América donde la producción se hacía a base de esclavos había capitalismo pero no había burguesía ni había obreros o proletariado. Lo que había era un sistema de explotación basado en la existencia de una oligarquía esclavista, pero ese sistema de explotación era ya capitalista; no era igual al de la oligarquía esclavista de la Antigüedad, por ejemplo, al que había en el imperio romano, porque en la época de Roma no existía todavía el capitalismo; en cambio, en el siglo pasado, y en el anterior (es decir, el XVIII), y desde mucho antes, el modo de producción de los países de Europa y de América era el capitalista. ¿Crees que ya quedó aclarado ese punto de la existencia de capitalismo sin burgueses y sin proletariado?

Sí, ese punto quedó aclarado, pero falta por aclarar el anterior, el del poco desarrollo clasista del Pueblo dominicano.

El de su poco desarrollo clasista y la cola que eso trae o produce en las organizaciones marxistas; porque en realidad, en esto último es donde está la sustancia de lo que dejé dicho al terminar la entrevista anterior. Pero antes que nada debo aclarar, como es lógico, lo que se refiere al escaso, pobre o limitado desarrollo clasista del Pueblo dominicano y a las causas de ese pobre desarrollo.

Ya dije que las clases y el sistema se van desarrollando conjuntamente, porque los dos se influyen a la vez; el avance del capitalismo produce un desarrollo de los capitalistas y también del proletariado, y el desarrollo de esas dos clases tiene como resultado un desarrollo del capitalismo. Por esa razón en un país donde los capitalistas son poco desarrollados podemos asegurar que el capitalismo no está desarrollado; y lo mismo sucede en lo que se refiere a la clase obrera. ¿Qué quiere decir, por ejemplo, que en la República Dominicana haya tanta gente sin trabajo: o mejor dicho, qué se deduce de eso? Pues se deduce que hay poco desarrollo capitalista; hay pocas industrias, hay pocas oportunidades de trabajo para la población. Y por supuesto, si hay pocas industrias es porque hay pocos capitalistas o por lo menos pocos que empleen sus capitales en industrias, bancos, empresas de transporte, minería, y en general en las actividades de la producción al nivel del capitalismo actual. No mencionemos el caso de los capitalistas extranjeros que vienen a explotar la riqueza de la tierra nuestra y el trabajo de nuestro pueblo, que pagan el trabajo de nuestros obreros cinco y hasta diez veces más barato que el trabajo de los obreros de sus países de origen, o traen braceros de Haití para pagar el trabajo humano más barato todavía. Precisamente, en el uso de la fuerza de trabajo barata se basa la creación de las zonas francas, que operan a base de capital norteamericano dedicado a producir artículos que van a ser vendidos en los Estados

Unidos. ¿Por qué? Porque los que trabajan en las zonas francas dominicanas son mujeres y hombres de nuestro país que cobran, digamos, dos pesos diarios mientras un trabajador yanqui en su país cobra más de dos pesos y medio por hora; no el día de trabajo sino por cada hora de trabajo.

No hablemos de esos casos; hablemos del caso de los capitalistas dominicanos que prefieren invertir su dinero en casas de alquiler o en casas de comercio o en compra y venta de terrenos; es decir, en negocios que emplean poca mano de obra. Esos son capitalistas no desarrollados, que además operan o actúan en un país donde en términos generales el sistema capitalista, el capitalismo en su conjunto, es poco desarrollado porque es dependiente del gran capitalismo mundial; produce principalmente para completar el proceso industrial y financiero del capitalismo extranjero, sobre todo del norteamericano. Y en un país capitalista de desarrollo escaso, pobre o limitado, el desarrollo de las clases sociales que son típicas del sistema capitalista resulta también escaso, pobre o limitado, porque ya está dicho: las clases y el sistema se van desarrollando conjuntamente; las clases y el sistema se influyen a la vez.

Tú sabes que los pueblos tienen historia y prehistoria, y la prehistoria es la etapa anterior a la historia conocida, a la que es conocida porque está escrita. Pues bien, en el caso del capitalismo dominicano, su desarrollo comenzó con Trujillo, y más bien en los últimos 15 años de Trujillo, y lo demás es prehistoria. Ahí se halla la explicación de nuestro escaso, pobre y limitado desarrollo capitalista, y en ese escaso, pobre y limitado desarrollo capitalista está la explicación del escaso, del limitado y del pobre desarrollo clasista de nuestro pueblo.

Perdóneme, compañero presidente, pero creía que usted iba a hablar del efecto que tiene en los grupos marxistas de nuestro país el, como dice usted, escaso, limitado y pobre desarrollo clasista.

Pero claro que de eso voy a hablar, sólo que antes tenía que explicar los orígenes del problema en nuestro pueblo, porque sólo sabiendo por qué y cómo se da ese problema en el Pueblo dominicano podremos saber por qué y cómo se da en los grupos marxistas, o en casi todos, si no en todos. Pero hay algo más, sólo sabiendo qué produce eso en nuestro país, de dónde sale nuestro limitado desarrollo clasista, sólo analizando los orígenes de ese problema podemos darnos cuenta de dónde sale, en países de evolución histórica parecida a la del nuestro, ese fenómeno social que algunos llaman caudillismo en vez de llamarlo como se llama propiamente, que es caudillaje. El caudillo es el producto de una sociedad de escaso, pobre y limitado desarrollo clasista, y el escaso, pobre y limitado desarrollo clasista (por lo menos en la sociedad capitalista) es el producto de un escaso, pobre y limitado desarrollo del capitalismo. Donde hay desarrollo clasista (como consecuencia de que hay desarrollo capitalista) no puede haber caudillos; hay representantes de clases que tienen que actuar sometidos a estas y no como sometedores de ellas. Nixon quiso actuar como caudillo, no como un representante obediente de la clase dominante de los Estados Unidos; quiso colocarse por encima de esa clase, que es una sola aunque este políticamente dividida en republicanos y demócratas, y esa clase (demócratas y republicanos juntos) lo echó del poder, pero con condiciones, con la condición de que no se le pudiera perseguir judicialmente, porque eso habría sentado o establecido un antecedente muy peligroso para la estabilidad de la clase; es decir, la clase dominante no puede presentar a los ojos de su pueblo, y menos del mundo, y muchos menos en términos históricos, el ejemplo de haber condenado a prisión, como a un delincuente cualquiera, a uno de los suyos que llegó a la presidencia del país y fue reelegido por el número más grande de votos que había recibido ningún otro candidato presidencial

en 200 años; y recordemos que tampoco fue preso el vicepresidente Spiro Agnew ni fue condenado por ningún juez a pesar de que todos los norteamericanos sabían que había robado fondos públicos. En los Estados Unidos hay actualmente, aunque no lo hubiera en el 1853, un desarrollo clasista tan completo (y hablo en lo que se refiere a desarrollo de clases, no a conciencia política, que es una cosa diferente), que ese desarrollo impide de manera natural la formación de un caudillo. En cambio, entre nosotros, la falta de desarrollo clasista no solamente ha permitido sino que ha favorecido la formación de caudillos, y no de uno sino de varios, desde Juan Sánchez Ramírez hasta Balaguer. Y de ese fenómeno no escapan los grupos marxistas, aunque haya alguna que otra excepción, porque para escapar de él los líderes y los miembros de esos grupos tendrían que tener una conciencia política muy desarrollada; tan desarrollada que ese desarrollo sustituyera en sus mentes, en sus ideas y hasta en sus sentimientos el desarrollo clasista que no tenemos.

Entonces, compañero Juan, usted cree que el desarrollo de la conciencia política puede conseguirse aun en una sociedad sin suficiente desarrollo clasista, y me parece algo más, me parece que usted cree que el desarrollo de la conciencia política puede ser un sustituto para la falta de desarrollo clasista.

Pues claro que eso es lo que he querido decir. Pero es bueno que todos entendamos lo que quiero decir al hablar de desarrollo de la conciencia política, porque muy bien podría suceder que alguno por ahí crea que la conciencia política se desarrolla leyendo libros y aprendiéndose de memoria todo lo que dicen esos libros o repitiendo como cotorros lo que dijeron sus autores, digamos, por ejemplo, hombres como Marx y como Engels. Sí, hay que leer esos libros, pero hay que leerlos e incorporar las ideas que se exponen en ellos a nuestro mundo interior, es decir, a nuestra manera de pensar, de sentir y de

actuar. Hay que leerlos de tal manera que sustituyamos con lo que ellos nos enseñan lo que no puede enseñarnos nuestra sociedad, que precisamente por ser poco desarrollada en el orden clasista no puede proporcionarnos muchísimas enseñanzas que otras sociedades más desarrolladas les dan a sus pueblos mediante la práctica diaria de la vida.

Para ampliar lo que acabo de decir podría referirme a ejemplos diferentes; a unos de orden que podríamos llamar material y a otros de orden intelectual y moral y espiritual. Un ejemplo de orden material sería el de la facilidad, la naturalidad con que se forman en sociedades de alto desarrollo clasista ciertas agrupaciones, como por ejemplo los sindicatos obreros. En Suecia, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, los obreros se agrupan en sindicatos y ningún patrón los bota de su trabajo por eso o porque pidan aumento de salarios o hagan una huelga en defensa de un derecho laboral. Claro, que en los Estados Unidos no le permitirían a un sindicato afiliarse a una central o confederación marxista, pero le permiten ir a una huelga para reclamar mejores salarios, y sobre todo a los obreros se les permite formar sindicatos. Esos obreros tienen escasa conciencia política, y sin embargo tienen desarrollo clasista; saben que son obreros y que como tales disfrutan de derechos sociales, y los reclaman, y a veces los reclaman con violencia; y los patronos capitalistas, que también tienen desarrollo clasista, aunque en el terreno político sean más atrasados que los burros, respetan los derechos sociales de clase de los obreros, aunque en el orden político no respeten ninguno.

¿Pasa aquí algo parecido a eso?

No señor; aquí no pasa nada parecido a eso. Aquí el obrero que habla de mejores salarios es sacado de su trabajo a toda velocidad, aunque en la empresa donde trabaja haya un sindicato y aunque él sea dirigente de ese sindicato. De manera

que como podemos ver, la práctica diaria le enseña a un obrero norteamericano que él tiene derechos sociales y que puede reclamarlos hasta haciendo huelgas, y le enseña a un obrero dominicano que él no tiene el menor derecho social y que si pretende siquiera reclamar uno de ellos lo botan de su trabajo inmediatamente.

Si eso se da en la sociedad dominicana en el terreno de las actividades sociales, ya podemos imaginarnos lo que pasa en el de las actividades políticas. En el orden de las actividades políticas la sociedad dominicana lo único que nos enseña mediante la práctica diaria es que los que se dedican a luchar por los derechos del Pueblo y por la revolución son perseguidos, son torturados, son exiliados o son asesinados. En una sociedad como la nuestra, ampliar, profundizar y refinar la conciencia política requiere no sólo mucho estudio; requiere también que el que se dedica a la actividad política incorpore lo que estudia a su vida misma, a su manera de sentir y de pensar, a su manera de actuar; y para lograr eso hay que vivir en un estado de vigilancia perpetua; de vigilancia de uno mismo sobre sus ideas, sobre sus sentimientos, sobre sus actos, a fin de mantener esas ideas, esos sentimientos y esos actos en el nivel apropiado para el desarrollo constante de una conciencia política real, auténticamente revolucionaria.

¿Qué le pasa al que no establece esa vigilancia permanente sobre sí mismo?

Pues le pasa que sin que se dé cuenta, va siendo arrastrado día tras día por la corriente social propia de la clase o la capa a la que pertenece; de una corriente social que en un país de escaso desarrollo clasista se dirige inevitablemente hacia un punto muerto que se llama caudillaje, aunque algunos sociólogos de nuestro país lo llamen caudillismo. Eso es lo que está pasando en la mayoría de los grupos marxistas de nuestro país, y eso es lo que explica que en vez de estar sirviendo los

mejores intereses de clases, de capas y hasta de organizaciones marxistas, estén siguiendo las emociones propias de la pequeña burguesía. Y ya se sabe lo que dijo Marx de la pequeña burguesía: que no alcanza a ver la realidad en su totalidad, sea ésta nacional o regional o mundial; que su mirada termina donde terminan sus intereses o sus creencias. Y si no lo dijo con esas palabras, eso fue lo que quiso decir y no otra cosa.

Bruselas, enero de 1975.

BALAGUERISMO Y PERREDEÍSMO*

El atractivo de la personalidad

León Trotsky tenía una personalidad sumamente atractiva, y el atractivo de su personalidad se hace patente no sólo en todo lo que escribió o hizo sino también en los libros que se han escrito sobre él, y muy especialmente en la biografía o historia de su vida escrita por Isaac Deustcher. Y el atractivo de su personalidad ha sido tan grande que los que admiran su vida por lo que hizo siguen sus ideas sin analizarlas, y naturalmente, fracasan porque las ideas de Trotsky no tienen la base teórica que les hace falta a las ideas políticas para ajustarse a la realidad.

Por ejemplo, la idea de la revolución permanente es falsa, pero como fue Trotsky quien la produjo, aquellos que admiran a Trotsky creen que es válida.

¿Y por qué es falsa la idea de la revolución permanente?

Porque la historia enseña que el desarrollo de los pueblos es desigual; no se produce ni al mismo tiempo ni en la misma forma, y es mucho más desigual en la etapa del capitalismo que en todas las demás. Y no siendo igual ni produciéndose al mismo tiempo, el desarrollo histórico, del cual la revolución es solamente una manifestación, no puede conducir a pueblos diferentes a la revolución en un mismo tiempo histórico. La

* *Vanguardia del Pueblo*, Año II, N° 30, Santo Domingo, Órgano del PLD, 15-30 de octubre de 1975, p.4.

revolución se va dando de país en país según sean las condiciones en que ese país se haya desarrollado en lo económico, en lo social, en lo político; y si todos los países no se desarrollan al mismo tiempo ni en la misma forma, es imposible que la revolución se dé en todos a la vez y por las mismas razones.

Así, cuando León Trotsky produjo su tesis de la revolución permanente cayó en un error teórico gravísimo, y en errores de ese tipo no se cae, tratándose de un revolucionario de tanta importancia como era su caso, si no se parte de una base: la de la escasa o incompleta preparación teórica de su autor.

Ahora bien, ¿dónde podemos hallar la explicación de esa incompleta preparación teórica en un revolucionario de la talla de León Trotsky?

En que actuaba mucho pero no pensaba mucho o no dedicaba el tiempo necesario a leer a los teóricos de la revolución; y no sólo a leerlos sino a analizarlos, a meditar en lo que ellos habían dicho; a buscarles el derecho y el revés de sus ideas.

El que sí hizo eso fue Lenín, razón por la cual Lenín no cometió los errores teóricos que cometió Trotsky, cuyas cualidades excepcionales en todos los demás campos Lenín fue el primero en reconocer.

Trotsky y el imperialismo norteamericano

Además de no darse cuenta de que el desarrollo histórico no era igual en todos los países, y que en consecuencia el mismo tipo de revolución no podía darse en todos los países al mismo tiempo; además de no darse cuenta de que la revolución permanente era un deseo suyo pero no podía ser una realidad histórica, Trotsky no alcanzó a comprender el papel que iba a jugar el imperialismo norteamericano en el proceso de la revolución mundial y muy especialmente en el caso de los países coloniales de Asia y la América Latina. Lenín sí lo vio con claridad, al extremo de que fue él quien después de un estudio

detallado del imperialismo lo presentó como la última etapa del capitalismo.

Ahora bien, el hecho de que Trotsky pasara por alto el papel que iba a jugar el imperialismo norteamericano en los países coloniales puede explicarse hasta cierto punto por el género de vida que hizo, por la actividad revolucionaria que desplegó, que fue muy intensa y en su casi totalidad dedicada a la revolución rusa. Lo que no tiene explicación es que los trotskystas de hoy, los adeptos de la llamada Cuarta Internacional, y especialmente los de la América Latina, no se den cuenta de que por detrás de las clases dominantes de nuestros países está el poderío norteamericano, y que cuando hay peligro para esas clases dominantes quien toma la dirección de la contrarrevolución en nuestros países es el poder yanqui. Y si algún trotskysta está en la obligación de no olvidar eso, es el trotskysta dominicano, porque este país fue invadido por 42 mil soldados yanquis y no para aplastar un levantamiento socialista o comunista sino para aniquilar una típica revolución burguesa por miedo a que esa revolución burguesa evolucionara hacia una revolución socialista, hecho que no podía darse porque aquí no había un partido revolucionario del proletariado capaz de repetir en 1965 lo que había sucedido en Rusia en el 1917 ó en Cuba en el 1961. La ley del desarrollo desigual de los países, especialmente dentro del sistema capitalista, se encargaba por sí sola de impedir que aquí pudiera suceder en 1965 lo que había sucedido en Cuba en 1961 y en Rusia en 1917.

Los programas, las clases y los partidos

Un programa no hace una revolución ni hace un partido; es al revés, un partido puede hacer un programa y puede hacer una revolución. Pero para estar en capacidad de hacer ambas cosas un partido tiene que representar a una clase, y si se trata

de un partido de tipo liberacionista, tiene además que contar con el apoyo político, si no con la militancia, de otras clases y capas de la población. Ahora bien, la existencia de una o más clases no es cosa que se inventa; es el producto del desarrollo histórico. El desarrollo histórico del Pueblo dominicano ha sido de naturaleza tan poco común que a pesar de que nuestro país entró en la órbita del capitalismo desde el año 1493, que fue cuando llegó a la costa del norte la primera expedición colonizadora, su desarrollo capitalista vino a comenzar bajo el Gobierno de Trujillo, y no desde los primeros tiempos del trujillato sino a partir de los años de 1940 y tantos. Antes de eso había habido repuntes de desarrollo capitalista, como diría un escritor elegante, pero esos repuntes duraron muy poco y se perdieron rápidamente en el mar de la miseria general, que fue la realidad viva del país durante varios siglos.

El escaso y tardío desarrollo capitalista dominicano ha impedido que en la curva final del siglo XX tengamos desarrollo clasista. Ni los capitalistas llegan a ser burgueses en el valor teórico de la palabra ni los trabajadores llegan a ser obreros en el terreno ideológico. Y todo esto, como es natural, se refleja en los partidos, porque los partidos políticos son expresión de la sociedad en que funcionan; no son abstracciones; no son sueños o pesadillas que aparecen en la imaginación de una persona cuando al dormirse sus células cerebrales quedan fuera del control en que las mantiene la actividad a que está dedicado el cerebro en las horas del día, en las horas del trabajo, en las horas, en fin, en que el ser humano que porta o lleva ese cerebro bajo los huesos del cráneo tiene que vigilarse a sí mismo y vigilar también a los demás.

Cada realidad es ella misma y no otra

Los médicos dicen que no hay enfermedades sino enfermos, con lo que afirman una verdad como una montaña; la de que

una enfermedad no produce los mismos efectos en todos los que la sufren. Y eso se debe a que en la medicina como en cualquier ciencia, como en la vida, no hay casos generales sino casos concretos. Lo único verdaderamente cierto que se da en la política como en la vida es que cada pueblo como cada ser humano tiene su propia historia y sólo puede avanzar en el camino hacia el porvenir siguiendo la dirección que le marca esa historia suya y utilizando sus propias experiencias y sus propias fuerzas. Puede apoyarse en experiencias ajenas y en fuerzas ajenas, pero no puede suplantar con ellas las que son suyas.

Cuando el PRD comenzó a operar en el país bajo nuestra dirección, predicó ese llamado programa de transición de que habló León Trotsky; y eso le dio la victoria en las elecciones de 1962. Pero ese programa fue usado dentro de los marcos de la democracia representativa y por un partido populista de dirección y masas pequeño burguesas y, empezando por nosotros, nadie en el país sabía que ese tipo de programa había sido propuesto por Trotsky como fundamento práctico de su tesis de la revolución permanente y nadie sabía tampoco que la falta de una burguesía nacional hacía imposible que aquí se desarrollara el régimen de la democracia representativa, porque ese régimen es la expresión política propia del capitalismo burgués y por tanto no puede existir donde no hay la clase social que debe sostenerlo.

Cada realidad es ella misma y no otra, y lo es en cada momento de su evolución. Vamos a decir lo mismo con un ejemplo que todo el mundo puede comprender: Rómulo Pedro es Pedro y nadie puede sustituirlo, ni aun el ser que más lo quiera. Pero el Pedro de ahora es distinto al Pedro de hace diez años y el Pedro de 1985 será distinto del Pedro de hoy.

En el orden político, nosotros no somos los mismos de 1962; no lo somos como personas ni lo somos como país. Y por

esa razón el programa que dio resultado dentro del marco de unas elecciones en 1962 puede haber sido el tipo de programa que predicó Trotsky para mantener vivo el fuego de su soñada revolución permanente; pero nosotros no creemos en la revolución permanente. Creemos que el ejemplo de Trotsky como revolucionario merece mucho respeto, pero que como teórico de la revolución no dio pie con bola, y en ese terreno no lo respetamos y naturalmente no lo seguimos. Pero además, si lo siguiéramos, lo haríamos con las limitaciones que impone esa ley de la vida y por tanto de la política que afirma que cada realidad es ella misma y no otra.

Afanes electorales

Para las elecciones generales faltan dos años y siete meses y todavía nadie puede decir si en este país habrá elecciones el 16 de mayo de 1978, y sin embargo el Partido Revolucionario Dominicano se declaró en campaña electoral desde el mes de agosto, y en cuanto al doctor Balaguer, ése había iniciado su campaña desde el 17 de mayo del año pasado, es decir, desde el día siguiente de haber “ganado” las últimas elecciones.

Tenemos, pues, que balagueristas y perredeístas están metidos en una actividad que se podría calificar con toda propiedad de afanes electorales, y este pueblo nuestro, malicioso para muchísimas cosas e inocente para otras, no alcanza a darse cuenta de cuáles son las razones de esa actividad que se manifiesta tan temprano, tan de madrugada como diría un viejo campesino; mucho antes de que el sol empiece a calentar la tierra.

Lo que no ve la gente poco entendida en el oficio de la política es que nada puede ser más normal que el hecho de que los perredeístas hagan lo mismo que hace Balaguer, porque esa gente no alcanza a darse cuenta de que perredeístas y

balagueristas son iguales entre sí. Unos se parecen a otros como se parecen entre ellas las gotas de agua de una misma lluvia. Unos y otros tienen los mismos apetitos y la misma necesidad de estar en el poder para hacer las mismas cosas porque unos y otros tienen la misma procedencia social y la misma posición ideológica.

¿Cuál es la procedencia social de la gran masa balaguerista?

La baja pequeña burguesía en sus tres niveles: baja propiamente dicha, baja pobre y baja muy pobre.

¿Cuál es en estos momentos la posición social de los dirigentes balagueristas? Y nos referimos a estos momentos, no a lo que eran muchos de ellos hace nueve o diez años, porque una gran mayoría de esos dirigentes han ascendido de nivel social gracias a las posiciones que han ocupado en el Gobierno en los últimos nueve, ocho, siete o cinco años.

La posición social de esos dirigentes balagueristas es la de medianos y altos pequeños burgueses con base económica muy segura, sobre todo con dinero en bancos norteamericanos o puertorriqueños; y una parte de ellos se han convertido en millonarios aunque no estén invirtiendo esos millones en negocios.

¿Cuál es en estos momentos la posición social de los dirigentes perredeístas?

Empezando por el nivel más alto, algunos de ellos son gente de posición económica muy sólida, o porque heredaron tierras que han sido altamente valoradas, por el afán de hacer obras suntuarias que tiene el doctor Balaguer o porque sus negocios se han expandido al expandirse la economía dominicana en beneficio del grupo que disponía de una base económica cuando llegó la hora de esa expansión. Otros dirigentes son medianos y bajos pequeños burgueses que en el ejercicio de la política han adquirido hábitos de gente adinerada y ya no podrán nunca más volver a vivir con la

modestia con que vivían cuando se iniciaron en la vida política afiliándose al PRD.

Lo que es igual no es ventaja

Si las masas del balaguerismo son iguales a las del perredeísmo y si la dirección de los partidarios de Balaguer es semejante a la de los partidarios del PRD, hay que concluir diciendo lo que dice el Pueblo, que lo que es igual no es ventaja; y con esas palabras, que desde el punto de vista de la corrección gramatical son un poco confusas, lo que el Pueblo quiere decir es que entre los que no hay diferencias hay igualdad, y de manera natural acaban actuando en la misma forma.

Lo único que podría diferenciar en el orden político a los que proceden de las mismas capas sociales sería la toma de posiciones ideológicas distintas. Veamos el caso de dos bajos pequeños burgueses pobres, uno que se hace revolucionario y otro que se hace policía o calié. Si el revolucionario lo es sólo de sentimiento y no adquiere una base ideológica que lo haga tomar una posición política firme, una posición arraigada, es decir, enraizada en una absoluta convicción intelectual, tan pronto el poder policial o gubernamental lo golpea o tan pronto le ofrecen dinero suficiente, abandona su posición revolucionaria y pasa a servirle al enemigo. En el proceso que lo lleva de revolucionario a policía o calié la fuerza que lo empuja es la de su origen social, y lo único que lo habría librado de esa fuerza era la adquisición de una fuerza que sustituyera a la de su origen social, y esa fuerza sustituta tenía que ser una sola, la convicción ideológica, firmemente sembrada en sus ideas, de que el camino que conduce a la liberación popular y personal es el de la revolución.

Ahora bien, sucede que ni el balaguerismo ni el perredeísmo se preocupan por el aspecto ideológico de la lucha política desde el punto de vista revolucionario. Esos dos sectores de la

población dominicana tienen una posición ideológica igual, y ni siquiera se interrogan a sí mismos en relación con ella, porque se trata de una posición vivida, no pensada; se trata de una posición creada por la sociedad en que viven que ellos han adoptado de manera natural e inconsciente; y estamos hablando del balaguerismo y del perredeísmo como de dos totalidades partidistas, no de personas aisladas dentro de cada una de ellas, porque muy bien puede darse el caso, y de hecho se ha dado, que algún balaguerista y algún perredeísta pongan en duda las bondades de la sociedad en que viven y hayan acabado convenciéndose de que se trata de una sociedad injusta que debe ser transformada de raíz.

Socialmente, perredeísmo y balaguerismo son la misma cosa con dos nombres distintos e ideológicamente entre ellos no hay diferencias. Entonces, ante esa igualdad evidente tenemos que admitir, diciéndolo con la lengua del Pueblo, que lo que es igual no es ventaja.

14 octubre, 1975

DISCURSO EN EL PRIMER CONGRESO*

Presenciando este acto nos preguntamos cómo se explica que en un país donde el desarrollo político es escaso, y en un día como el de hoy en que las nubes se derramaban en agua, se reúna la cantidad de personas que estamos viendo para presenciar un hecho completamente nuevo en la historia política nacional.

Ese hecho es la elección de candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República llamados a terciar en unas elecciones que no tienen ninguna importancia, como tales elecciones, ni para ustedes ni para el que les habla ni para los compañeros Rafael Alburquerque y Rafael Kasse-Acta. Lo natural hubiera sido que si los candidatos y el partido que los presenta consideran que las elecciones en que van a terciar carecen de importancia, este acto careciera de importancia, pero no hay duda de que la tiene, porque si no, ¿cómo se justifica la presencia en él de tanta gente entusiasta?

Aquí viene al pelo relacionar este acto con el desarrollo político del país, porque siendo ese desarrollo tan escaso como es, lo lógico sería que nadie les diera apoyo a un partido y a unos candidatos que le restan importancia a la

* *Vanguardia del Pueblo*, Año III, N° 90, Santo Domingo, Órgano del PLD, 6 de julio de 1977, p.4.

elección en que van a tomar parte, y sobre todo que nadie considerara de interés estar presente en la proclamación de esos candidatos.

Pero resulta que aquí están ustedes, y ustedes son varios miles, y para nosotros la presencia de ustedes tiene una significación.

¿Qué significación tiene el hecho de que ustedes estén aquí a pesar de que saben que este acto no es el punto de partida de una campaña política tradicional, de ésas que hacen los partidos con el objeto de conquistar votos ofreciendo que van a resolver los problemas del Pueblo?

Tiene una significación que nos parece muy importante, porque el hecho de que hayan venido a este acto y en este día demuestra que ustedes tienen una conciencia política desarrollada, lo cual se opone al escaso desarrollo político del país.

¿Pero es que puede haber al mismo tiempo un escaso desarrollo político nacional y un alto desarrollo político en ciertos sectores del Pueblo?

Pues sí señores. No es que esos hechos pueden darse sino que se dan, y en el caso de la República Dominicana están dándose ahora mismo; y no se dan por casualidad sino porque hay fuerzas históricas que así lo determinan; pues al mismo tiempo que nos hallamos con que el país ha venido desde hace algunos años convirtiéndose en una sociedad en la que a pesar de que todavía se emplean los métodos de la acumulación originaria las relaciones de producción preponderantes son capitalistas, las clases sociales no se han definido aún, como decía Marx que sucedía en los Estados Unidos en 1853.

Esa falta de definición se refleja en el hecho de que en la sociedad dominicana prepondere la pequeña burguesía, y en esa sociedad tienen que reflejarse, también de manera preponderante, todas las confusiones típicas de la pequeña burguesía, entre las cuales se halla precisamente la contradicción.

Carlos Marx dice que el pequeño burgués es al mismo tiempo socialista y economista; que se siente atraído a la vez por el tipo de vida que hace la burguesía y por los dolores del Pueblo; afirma que el pequeño burgués es la contradicción social en acción, y nosotros queremos explicar que si la pequeña burguesía es la contradicción social en acción así mismo tiene que ser un pueblo donde la pequeña burguesía es mayoritaria, como sucede en la República Dominicana; y por último Marx dice que “la pequeña burguesía será parte integrante de todas las revoluciones sociales” que vendrán.

Ahora bien, ocurre que en el seno de la sociedad donde predomina numéricamente la pequeña burguesía hay muchas confusiones, pero entre ellas se mueven fuerzas que provocan corrientes de avanzada, y eso es lo que explica que tantos líderes de la revolución mundial hayan salido de la pequeña burguesía.

Nada puede ser y no ser a la vez, pero todo lo que es o existe contiene elementos que se contradicen. Por falta de definición clasista, en la República Dominicana hay escaso desarrollo político, pero esa falta de desarrollo político está contrarrestada por la activa conciencia política de sectores que han encontrado en el Partido de la Liberación Dominicana la vía para organizarse y expresarse; y eso es lo que explica que ustedes estén en este acto: Están aquí porque comprenden con toda claridad las razones por las cuales el PLD proclama esta noche sus candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República a pesar de que ni el Partido ni sus candidatos van a hacer el penoso papel de buscavotos.

30 de junio, 1977.

POLÍTICA Y PODER*

En el ejercicio de la política nos damos con toda clase de gente, y más en un país como el nuestro, donde la política es un potrero sin puertas en el cual puede entrar todo el que quiera y muy especialmente todo el que tenga hambre de figureo, de dinero o de poder.

Normalmente, el comportamiento de una persona está determinado por la clase o la capa social a que pertenece. Los que han nacido en hogares donde había dinero en abundancia, y sigue habiéndolo en los suyos, no se inquietan fácilmente ante problemas que sacan de quicio a quienes viven en medio de estrecheces o de ciertas limitaciones; y no porque aquéllos tengan un control de sus nervios que los convierte automáticamente en superiores a los demás seres humanos, sino porque pueden resolver muchos problemas de alguna importancia con sólo poner su firma en un cheque. ¿Que la señora tuvo un accidente y el automóvil quedó destruido? Ahí va una orden para que se compre otro sin tener que esperar que la compañía de seguros pague la póliza del chocado. ¿Que un incendio le destruyó la casa o que la hija quiere darle la vuelta al mundo para consolarse de la mala conducta de su marido o el hijo quiere pasar las vacaciones en la India? Todo eso lo resuelve la secretaria haciendo cheques; a él sólo le tocará firmarlos.

* I y II, en *Vanguardia del Pueblo*, Año IV, N°101 y 102, Santo Domingo, Órgano del PLD, 21 y 28 de septiembre de 1977, respectivamente p.4.

La posición que ocupa en las relaciones de producción le permite al capitalista sentirse seguro a tal punto que un problema de 25 mil o de 30 mil pesos no le perturba en lo más mínimo; en cambio, un pequeño burgués que tenga que pasarse el año trabajando para ganar 25 mil pesos se sentirá preocupado, y hasta muy preocupado, si se le presenta una novedad que le costará 25 mil pesos, ó 20 mil ó 15 mil; y para un bajo pequeño burgués cuyas entradas son de 10 ó 12 mil, la pérdida de 10 mil le provocará un estado de nerviosismo que le quitará muchas horas de sueño.

El bajo pequeño burgués, y con más razón los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres, que son las capas sociales de donde salen los chiriperos, viven con un margen de maniobrabilidad económica muy estrecho, y eso se refleja en un alto grado de susceptibilidad. Es en esas capas sociales, y no en las que se hallan por encima de ellas, donde se dan los episodios de Fulano que mató a Zutano porque éste le debía 5 pesos o por motivos parecidos. Cuanto más insegura sea la situación económica de una persona, más se inclinará a enfrentar los problemas mediante reacciones emocionales incontrollables, y así mismo actuará en la política si adquirió durante los primeros años de su vida el hábito de dejarse llevar por las emociones a la hora de tomar decisiones importantes. Eso es lo que explica la sorprendente escasez de líderes políticos en una sociedad como la dominicana donde la gran mayoría de la población es de origen bajo pequeño burgués pobre y muy pobre así como la reserva de líderes con que cuentan los países altamente desarrollados donde las capas superiores de la burguesía están compuestas por mucha gente o los países socialistas donde la casi totalidad de la población es trabajadora y disfruta de una fuerte estabilidad económica y social.

Pero la emocionalidad o el emocionalismo a que es tan propensa la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre no se

manifiesta sólo en forma agresiva; se manifiesta también en forma de ilusiones, especialmente en relación con la conquista del poder. La historia dominicana está llena de episodios en que aparecen representantes de esas capas sociales lanzándose a la conquista del poder con tan escasas posibilidades de conquistarlo que las páginas de la historia en que figuran esos episodios nos parecen, vistas a la luz de la razón, invenciones de locos. En algunos casos recientes hallamos la influencia que tuvo la Revolución Cubana en los sueños de poder de nuestra baja pequeña burguesía en todas sus capas, y a veces hasta en miembros de la mediana y de la alta, pero en episodios anteriores, especialmente en los últimos treinticinco años del siglo pasado, la influencia venía de Haití, lo que se explica por el ejemplo que daban los haitianos de hombres que habían sido esclavos o hijos de esclavos y llegaron, sin embargo, a posiciones de poder, algunos de ellos hasta alcanzar títulos de emperadores, como sucedió con Henri Christopher y Soulouque, y después de ellos, de hombres del Pueblo que fueron presidentes de la República haitiana porque en las guerras civiles de su país habían conquistado a la fuerza grados de generales. Puestos en ese camino por el impulso del ejemplo, los dominicanos actuaron por sí mismos y en el siglo pasado llegaron a la presidencia de la República Luperón, Meriño y Heureaux, los tres nacidos y formados en las capas pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía.

Pero Luperón, Meriño y Heureaux fueron realistas y por tanto no cometieron el error político de apoyar sus deseos de alcanzar el poder en fuerzas que ellos no podían controlar.

20 septiembre, 1977.

CLASES Y PSICOLOGÍA*

I

¿Por qué decimos que lo determinante en la manera de actuar de una persona son sus condiciones materiales de existencia? ¿Cómo debemos interpretar esas palabras? ¿Qué significado tienen y qué relación hay entre las condiciones materiales de existencia de Fulano, de Zutano o de Mengano, y la psicología de cada uno de ellos?

Empezaremos la respuesta a esas preguntas diciendo que las condiciones materiales de existencia de una persona son las que corresponden a su posición en las relaciones de producción, y por tanto, si Fulano es capitalista, o sea dueño de medios de producción, y Zutano es obrero, lo que significa que su única propiedad es su fuerza de trabajo, y Mengano es bajo pequeño burgués muy pobre, por lo que debemos entender que sus medios de producción son mínimos y apenas le alcanzan para alimentarse, las condiciones materiales de existencia de cada uno de ellos serán desiguales.

Veamos el caso de Fulano. Sus condiciones materiales de existencia están determinadas por la capacidad económica que se requiere para poseer una casa que vale 80 ó 100 mil pesos, y puede que tenga otra, también muy cara, en Jarabacoa o en una playa; y la una o las dos tendrán una distribución de

* I, II y III, en *Vanguardia del Pueblo*, Año IV, N°132, 133 y 134, Santo Domingo, Órgano del PLD, 26 de abril, 3 y 10 de mayo de 1978, respectivamente p.4.

salones, pasillos o corredores, habitaciones, baños y servicios que facilita los movimientos de los que viven y los que trabajan en ella o en ellas (la familia y además la cocinera, la criada, la niñera, el jardinero, el chófer); la pintura de sus paredes ha sido escogida para que dé sensación de bienestar, y además, de esas paredes cuelgan cuadros de buenos pintores, y en los salones y las habitaciones hay muebles que son no solamente cómodos sino también bellos y costosos. Esas condiciones materiales de existencia se reproducen en las oficinas de su negocio, donde tiene a su disposición los mejores equipos de oficinas y de trabajo (máquinas de escribir eléctricas y ultramodernas, teletipo para comunicarse con sus relaciones internacionales, copiadoras de la mejor marca, secretarias eficientes y vestidas con pulcritud y elegancia), y se reproducen en los restaurantes adonde invita a comer a sus clientes o adonde es invitado a comer por personas con las cuales mantiene relaciones económicas; se reproducen en las casas de sus amigos, en el departamento de primera clase de los aviones y los barcos en que viaja cuando tiene que salir del país y en los de los hoteles en los cuales se hospeda.

Las condiciones materiales de existencia de un capitalista son el fruto natural de los medios económicos de que puede disponer, pero a la vez son una consecuencia de la necesidad que tiene ese capitalista de colocarse fuera, y por encima, del nivel en que viven los obreros que le venden su fuerza de trabajo y las capas sociales compuestas por aquéllos que forman lo que comúnmente se llaman masas populares; y todo eso se sostiene gracias a una cuenta bancaria cuyo balance se escribe con varios números.

El propietario de los medios de producción es a la vez el propietario de su tiempo, y como dueño, lo usa a su gusto y conveniencia. Para una cita de negocios o de amistad o de placer, él es quien fija el día y la hora, y si no los fija, acepta que los

fije otra persona, pero sólo si le convienen. Puede llegar a su oficina o a su fábrica a la hora que le parezca, y si no quiere ir un día, no irá y nadie se lo tomará en cuenta. Ese poder, el de hacer con su tiempo lo que le parezca bien o lo que le dé la gana, convierte al dueño de medios de producción, esto es, al capitalista o burgués, en un ser privilegiado, especialmente cuando se compara a sí mismo con el obrero, que junto con su fuerza de trabajo le vende su tiempo, y con el empleado, que además de sus conocimientos le vende también su tiempo.

Pero como contrapartida al privilegio de ser dueño de su tiempo, lo que le brinda la oportunidad de usar en placeres una parte del poder económico que le proporciona su condición de propietario de bienes de producción, el capitalista o burgués vive con el temor de perder su capital y aprende desde temprano la lección de que no debe actuar de manera precipitada porque un paso en falso puede significar su ruina o por lo menos una pérdida, que puede ser importante o puede ser pequeña, pero será una pérdida, y para un capitalista, una pérdida, por pequeña que sea, es una derrota. El temor a perder su fortuna o parte de ella acompaña al capitalista como la sombra al cuerpo, especialmente en países como el nuestro, donde la aparición de su clase es muy reciente o está todavía en su primera etapa, y son contados, y conocidos de todos, los dominicanos que nacieron en hogares burgueses.

Lo que acabamos de decir explica el hecho de que en la República Dominicana abunden los capitalistas que aún no tienen la conducta que les corresponde a los burgueses. Han llegado a ese nivel hace poco tiempo, muchos de ellos, procedentes de la pequeña burguesía, de la baja pequeña burguesía y de la baja pobre y la baja muy pobre, y padecen los efectos de las contradicciones y las inseguridades propias de gentes que se formaron en condiciones materiales de existencia sumamente cambiantes y por esa razón, muy inestables.

En respuesta al temor de equivocarse y perder su fortuna o parte de ella a consecuencia de un error, el capitalista ha creado el hábito de estudiar con calma todos los aspectos de los problemas que se le presentan, y ha podido hacerlo porque el hecho de ser dueño de su tiempo le da la base material necesaria para no actuar de manera apresurada ni siquiera cuando se trata de hacer un negocio que a simple vista parece bueno. Los verdaderos burgueses estudian con calma, por medio de los técnicos que tienen a su servicio, todos los aspectos de los problemas, especialmente los legales, los económicos y los sociales, y eso es lo que explica el uso que hace el capitalismo de economistas, sociólogos y psicólogos, que no trabajan directamente en tareas productivas a pesar de lo cual son bien pagados, y el uso de abogados, así como el cambio operado en el último medio siglo en la especialización de los abogados en países que tienen el nivel de desarrollo de la República Dominicana. Los grandes abogados dominicanos de 1928 eran penalistas, criminalistas, oradores brillantes que se lucían en las causas en que había que defender a una persona conocida que había dado muerte a otra tan conocida como ella, hecho frecuente en aquellos tiempos, o en las que había que representar a los familiares del muerto, y los grandes abogados de hoy son los que conocen al dedillo todos los vericuetos del Código de Comercio, y como para subir a estrados, como dicen ellos, a representar a sus clientes en materia comercial no hay que hablar ante los jueces, los abogados de ahora no son oradores, y sus funciones son las de consejeros, consultores y con frecuencia las de intermediarios entre sus clientes y los que tienen acreencias o deudas con ellos.

Ese detalle (orador, no orador) que distingue al abogado de 1978 del abogado de 1928 nos dice en qué medida las condiciones materiales de existencia de los hombres influyen sobre ellos. El hecho de tener que ganarse la vida en una

especialidad diferente de la que ejercía el abogado de 1928, ha borrado de la profesión lo que era una característica sobresaliente de los abogados dominicanos de hace medio siglo, esto es, su capacidad para conmover a los jueces y al público con buenos discursos, y ese don de expresión que el ejercicio profesional les hacía desarrollar, los conducía de manera casi inevitable a la política, de manera que muchos abogados de aquellos años terminaban siendo políticos, proceso que confirma la tesis de que en la medida en que el hombre hace el trabajo, su trabajo hace al hombre.

Fueron los capitalistas los que crearon el hábito de analizar detalladamente, y con anterioridad, las consecuencias posibles de un hecho, y hace poco explicamos que ese hábito tiene su origen en el temor a los fracasos; pero los capitalistas no podían llevar ese hábito más allá del círculo de sus intereses individuales, porque el motor que impulsa las actividades de un capitalista es su decisión de obtener beneficios, lo cual lo convierte en un competidor de todos los demás capitalistas, y la competencia es, por su naturaleza, contraria al planeamiento o a la planificación en todo aquello en que poner en ejecución un plan general signifique, o pueda significar, una limitación de los beneficios para las empresas o los negocios individuales. Ahora bien, sucede que todo lo que los hombres han creado o inventado es susceptible de ser mejorado, pero siempre a partir de lo que existe y se conoce, y es partiendo de lo conocido como la humanidad ha progresado hacia el dominio de las fuerzas de la naturaleza. Por ejemplo, la capacidad de volar empezó a desarrollarse a fines del siglo XVIII (año 1783) con la invención de un globo que se elevó llevando animales en una barquilla y pocas semanas después (el 21 de noviembre de ese mismo año) con la fabricación de otro que voló con dos hombres a bordo, y de cambio en cambio ha llegado hasta los cohetes espaciales de hoy, que han llevado seres humanos a la Luna.

Los hábitos propios de una clase pueden ser desarrollados por otra, y por eso hallamos que una costumbre que se formó como fruto natural de las condiciones materiales de existencia de los burgueses, como fue la de estudiar de manera detallada lo que va a hacerse a fin de evitar las consecuencias malas o dañinas de un hecho, pasó a convertirse en uno de los métodos de trabajo de los gobiernos socialistas, que son los gobiernos de la clase obrera. Ahí tenemos una lección de la historia profunda, la que no está a la vista de todo el mundo, de la manera como la humanidad progresa, que es marchando hacia el porvenir impulsada por fuerzas enemigas que en un momento dado se convierten en aliadas y fuerzas aliadas que pasado cierto límite se vuelven enemigas.

II

No es fácil hablar de las condiciones materiales de existencia de un obrero dominicano en el año 1978 porque aunque algunos se alarmen ante lo que vamos a decir, no conocemos en nuestro país el primer ejemplo de lo que podríamos llamar un obrero puro, que sería un obrero hijo de obreros o por lo menos criado desde su infancia en un ambiente hogareño o en un vecindario de obreros, caso que se ha dado durante mucho tiempo en varios países de Europa y que se da ahora de manera natural en cualquier país socialista.

El obrero dominicano es de origen bajo pequeño burgués campesino, normalmente de las capas pobre y muy pobre, que empezó a salir de su conuco para trabajar en industrias cien años atrás, cuando se inició en nuestro país el renacimiento de la fabricación de azúcar, pero las condiciones materiales de existencia que se le ofrecían en los ingenios no eran superiores, sino quizá inferiores, a las que tenía en un bohío o rancho tan pobre como el que había dejado en su campo;

estaba forzado a comer, en el mejor de los casos, el mismo tipo de comida que comía en el campo, pero no era dueño de su tiempo como lo era cuando explotaba el pedazo de tierra que podía considerar como el patio de su casa y tenía a su servicio a su mujer para hacerle el sancocho o el café cuando cruzaba la puerta del bohío después de haber pasado el día trabajando con el machete o la azada o la coa.

El hecho de que las condiciones materiales de existencia que encontraba el campesino dominicano que abandonaba su conuco y su familia para irse a trabajar a un ingenio de azúcar fueran no sólo diferentes, sino peores que las que tenía en su campo, determinó que el campesino no se transformara en obrero azucarero; al contrario, lo que hizo fue abandonar los campos de caña y volver a su condición de miembro de la capa pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía campesina o se fue a trabajar como peón en los contados y pequeños centros urbanos de la época, y a su vez ese hecho llevó a los propietarios de los ingenios a sustituir al campesino dominicano con trabajadores haitianos y cocolos (ingleses de las islas del Caribe), porque en el país no había quienes pudieran ocupar el sitio de trabajo que el campesino había abandonado.

Hubo algunos campesinos que se quedaron trabajando en los ingenios de azúcar; fueron los que tuvieron la capacidad indispensable para especializarse en algunas tareas, como la de carreteros y la de pesadores de caña o trabajadores de los talleres, pero esos formaban una minoría que tenía muy poco peso numérico en comparación con los que habían vuelto a sus campos y con la cantidad de haitianos y cocolos que pasaron a sustituir a los que se habían ido. Años después llegó a los ingenios una nueva ola de campesinos, pero no de manera espontánea sino estimulada por Trujillo, que había comprado diez de los catorce ingenios que había entonces en el país y

luego hizo construir dos más, el Río Haina y el Catarey, y Trujillo quería que en sus ingenios hubiera trabajadores dominicanos, no haitianos ni súbditos ingleses.

¿Qué se proponía conseguir Trujillo con eso de tener dominicanos, en vez de extranjeros, trabajando en sus ingenios? ¿Era favorecer a sus compatriotas porque él se sentía nacionalista?

No. Trujillo había pasado en 1938 y 1939 por una experiencia muy dura, la de verse obligado a pagarle al Gobierno haitiano 750 mil dólares como indemnización por los ciudadanos de Haití que habían muerto en la matanza de 1937, y seguramente recordaba que algunos años antes Gerardo Machado, el dictador cubano, tuvo que pagarle al Gobierno inglés una fuerte suma por la muerte de algunos cocolos, trabajadores de ingenios, que habían sido ametrallados, mientras participaban en una huelga, por miembros de la guardia rural de la hermana isla. Si en sus ingenios se producía una huelga, como las que habían estallado en 1942 y 1946 en La Romana, y tenía que matar trabajadores, como lo había hecho en 1946 después que la huelga había pasado, nadie le pediría cuentas si las víctimas eran dominicanos, y en cambio si mataba haitianos, cocolos o puertorriqueños, de los muchos que trabajaban en los ingenios del país, podía verse en una situación difícil que le obligara a pagar caro en el orden económico y en el político, y para Trujillo lo económico y lo político tenían la misma importancia y en todos los casos se entrelazaban íntimamente. Si se veía en el caso de tener que dominar una rebelión obrera en los ingenios azucareros, podía hacerlo sin temores siempre que en los ingenios no trabajaran, o lo hicieran muy pocos, ni haitianos ni súbditos ingleses, lo que exigía que se llevaran dominicanos a ocupar los puestos de trabajo de unos y otros. Ahí estuvo el origen de lo que podríamos llamar la dominicanización del trabajo en la era trujillista.

Pero esos dominicanos que pasaron a trabajar en los ingenios de Trujillo no eran obreros sino campesinos, como los que habían salido de sus conucos a partir de 1870 y tantos para ir a cortar caña en los primeros ingenios modernos que se establecieron en el país y como los que lo habían hecho en los años de 1920 y tantos, si bien los del tiempo de Trujillo eran campesinos diferentes, o porque habían pasado a vivir en las ciudades en busca de trabajo o porque habían recibido las influencias de las ciudades a través de la radio, que a mediados de este siglo se oía ya en las zonas rurales. Una parte de esos campesinos que pasaron a trabajar en los ingenios de Trujillo volvió a las ciudades después de la muerte del dictador, pero una cantidad que no podemos determinar se quedó como obreros de transporte y de los llamados trabajos de factoría, y los puestos de los que abandonaron los ingenios tuvieron que ser cubiertos, y lo son todavía hoy, a la altura de 1978, por inmigrantes haitianos, pero de todos modos los trabajadores azucareros dominicanos deben ser ahora unos 70 mil, tal vez 75 mil, y quizá entre 20 y 25 mil sean haitianos.

En realidad, no sabemos cuántos son los dominicanos que trabajan en la industria azucarera, pero tampoco sabemos cuántos trabajan en las demás industrias, de manera que no tenemos datos concretos acerca del número de obreros industriales que hay en el país, y naturalmente, tampoco sabemos qué salarios ganan ni cuál es su aporte a la economía nacional; lo que sí sabemos de los obreros del azúcar es que trabajan durante una parte del año, lo que los sitúa en la condición de semiproletarios, de manera que en su caso es difícil determinar cuáles son sus condiciones materiales de existencia*. Si

* En "Capitalismo y clase obrera", que aparece en la página 541 de este volumen, se explica que para la fecha en que se escribió este trabajo (26 de abril de 1978) no se habían publicado datos estadísticos acerca de la mano de obra empleada en el país en los años posteriores a 1976.

hemos hecho brevemente su historia es porque debido a circunstancias especiales ellos formaron la base histórica de la clase obrera dominicana y además porque numéricamente son el sector más importante de los trabajadores dominicanos.

Pero Trujillo fue determinante no sólo en lo que hemos llamado la dominicanización del trabajo en los ingenios azucareros sino que lo hizo también en otros campos, porque como empresario y beneficiario de la creación del capitalismo nacional, y especialmente del industrial y del financiero, a él le tocó la tarea de establecer industrias como la del cemento, la de la harina de trigo, la del aceite de cocina, la del tejido, la eléctrica (mediante la nacionalización de la planta de la Capital y la organización de todas las del país en un monopolio estatal); y en todas esas industrias pasaron a trabajar dominicanos, la mayoría de ellos en condición de obreros, y el solo hecho de contar con un salario seguro, aunque fuera muy pequeño, determinó que los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres que lo conseguían comenzaran a ser condicionados en su comportamiento social porque para ellos quedaban establecidas, a partir del día en que eran empleados como trabajadores de esas industrias, condiciones materiales de existencia de las cuales no habían tenido hasta entonces la menor noticia.

¿Cuáles eran esas condiciones materiales de existencia?

Primero que ninguna otra, la que determinaba la venta de su tiempo como consecuencia natural de la venta de su fuerza de trabajo. En la venta del tiempo del obrero, de cuya importancia no siempre se dan ellos cuenta, se manifiesta la enorme diferencia que hay entre un capitalista y el obrero que trabaja para él, porque desde el momento en que se adueña de los bienes de producción, el capitalista se adueña también del tiempo de los que trabajan en su empresa, mientras que al vender junto con su fuerza de trabajo la parte tal vez más grande de su tiempo libre, el obrero queda sometido a reglas

muy estrictas, más estrictas cuanto más desarrollada, en el sentido capitalista, es la sociedad en que vive.

Esas reglas no toleran ni descuidos ni rebeldías. En primer lugar, el obrero tiene que aprender de inmediato a usar su tiempo de manera disciplinada, y si hasta el momento en que consiguió trabajo en una fábrica le gustaba acostarse tarde y levantarse también tarde, tendrá que enseñarle a su cuerpo nuevos hábitos; y si le dedicaba tiempo en horas del día a reunirse con amigos, tendrá que cambiar esas reuniones hacia horas de la noche, siempre que sean horas tempranas porque deberá estar en su trabajo día tras día antes de que el capataz o el jefe de personal dé la orden de que pongan las máquinas en funcionamiento.

Las condiciones materiales de existencia del capitalista quedan determinadas por la cantidad de dinero que gana porque de ella dependen la extensión y la importancia de su negocio pero también su nivel de vida, pero en las condiciones materiales de existencia del obrero tiene escasa influencia su nivel de vida y en cambio la tienen en alto grado su horario de trabajo, las funciones que desempeñe en el trabajo y la mayor o menor intensidad de atención que esté obligado a prestarles a esas funciones. Si en el caso del capitalista podemos decir que su trabajo lo hace él en la misma medida en que él hace su trabajo, en el caso del trabajador eso es una verdad contundente, especialmente si se trata de un obrero industrial, porque los que manejan máquinas tienen que someterse a las leyes de esas máquinas, que por ser máquinas carecen de conciencia y de sentimientos y exigen, de manera implacable, que el obrero les sirva con obediencia absoluta.

III

Junto con la baja pobre, la baja pequeña burguesía muy pobre forma la mayor parte del Pueblo dominicano, y por esa razón no podemos conocer la realidad social de nuestro

país si no sabemos por qué motivos esa porción de la sociedad en que vivimos actúa de ésta o de aquella manera; en otras palabras, si ignoramos cuáles son sus condiciones materiales de existencia.

Nadie sabe en este país cuál es la aportación de la pequeña burguesía al Producto Nacional Bruto (PNB), y por tanto no hay quien sepa cuál es la de cada una de las capas que la componen. Por observación de la realidad entendemos que el lugar que ocupa cada una de ellas en las relaciones de producción va en orden descendente; que la que más aporta es la alta seguida por la mediana, la baja, la baja pobre y la baja muy pobre, y que al llegar a la capa pobre ese lugar es insignificante y al llegar a la muy pobre es mínimo a tal punto que sería difícil hallar su expresión en términos económicos, pero el conocimiento práctico nos lleva a algunas conclusiones. Por ejemplo, en cualquiera de los barrios marginales de las ciudades y hasta en ciertos campos cibaños es relativamente fácil darse cuenta de cuáles son las casas de los altos, los medianos y los bajos pequeños burgueses; se conocen por los materiales con que están hechas, la pintura que las adorna, la calidad de los muebles y la limpieza de los pisos y los patios, mejores, en todos los casos, cuando son propiedad de la capa alta, y se pueden distinguir a simple vista las diferencias entre las de la capa mediana y la baja, pero las distinciones se hacen menos fáciles cuando queremos hacerlas entre las que corresponden a la baja y a la baja pobre, y más difíciles todavía cuando nos proponemos aislar a las de la capa baja muy pobre; sin embargo, podemos señalar algunos aspectos formales que son característicos de los hogares de los bajos pequeños burgueses muy pobres, o lo que es lo mismo, los aspectos que nos indican cuáles son las condiciones materiales de existencia de esa capa.

Por lo general, la vivienda de una familia de bajos pequeños burgueses muy pobres está hecha con desechos de varios materiales, como pedazos de madera, cartones, yaguas, zinc, lata, a veces todos o parte de ellos juntos; a menudo esas viviendas están en lo que en la Capital se llama “parte atrás”, en callejones oscuros, estrechos, o en aceras, y pegadas a paredes que sirven como cercas de edificios o solares; las aguas negras corren por delante, por detrás y hasta por dentro de las viviendas; se cocina en un espacio muy pequeño al lado o detrás de la casa. Esos ranchitos, como les llaman, se levantan casi siempre en terrenos que nadie sabe de quiénes son y cuando la movilidad social empieza a llevar al propietario del nivel de la baja a pequeña burguesía muy pobre hacia la pobre o hacia la baja, o más allá, en esas casuchas se pone el letrero de “Se vende”. Y a veces aparecen varios compradores, porque esa capa social se reproduce en la República Dominicana más que los conejos y los curíos.

Los capitalistas son los dueños de los medios de producción y generalmente su trabajo consiste en dirigir los negocios o las empresas que emplean esos medios que les pertenecen; los obreros les venden su fuerza de trabajo a los capitalistas y trabajan en los negocios o empresas de quienes se la compran; los altos y los medianos pequeños burgueses, y a menudo los bajos, trabajan al servicio de los capitalistas (por ejemplo, cuando son abogados o ingenieros o médicos a sueldo de compañías y clínicas) o en negocios propios (cuando son médicos o dentistas que trabajan en sus consultorios o farmacéuticos propietarios de farmacias o técnicos que tienen laboratorios o talleres, y comerciantes medianos que se hallan en un nivel superior al de los ventorrilleros pero inferior al de los importadores de poco capital); los empleados, que pueden ser de alta categoría, como los profesores universitarios y los

ejecutivos de bancos y compañías, y los técnicos de industrias, deben ser colocados entre los altos y los medianos pequeños burgueses; los dueños de una o dos casas con cuyos alquileres pueden sostenerse bastante bien entran en la capa de los medianos; y los bajos pueden ser todos aquéllos que tienen medios de producción en pequeña escala, como por ejemplo los choferes de carros públicos que son propietarios de los vehículos que manejan o los dueños de colmaditos de barrios pobres.

A partir de ese nivel lo que hallamos en la pequeña burguesía son bajos pequeños burgueses pobres y bajos pequeños burgueses, muy pobres, y si bien los últimos son mucho más numerosos que los primeros, la suma de unos y otros forma, como hemos dicho, la mayoría de la población dominicana.

¿Qué distingue a los bajos pequeños burgueses pobres de los muy pobres?

Que los últimos son los clásicos chiriperos, palabra que a nosotros nos suena como muy dominicana pero que es españolísima y sirve para calificar al que se gana la vida por pura casualidad, a veces con ayuda de la suerte pero más gracias al coraje y a la habilidad del que se lanza a buscar el pan porque él y los suyos tienen que comer pase lo que pase, mientras que los bajos pequeños burgueses pobres saben hacer algo, y aunque les es difícil conseguir trabajo, podrían tenerlo en un país donde la distribución de la riqueza (o de la renta o del producto nacional, para decirlo con lenguaje de economista) fuera menos injusta, o sea, donde los menos no ganen tanto y los más ganen lo que necesitan para vivir.

Debido a la enorme variedad de oficios que los bajos pequeños burgueses muy pobres se ven obligados a desempeñar, resulta casi imposible describir sus condiciones materiales de existencia, y tendremos que limitarnos a presentar un caso concreto, digamos, el caso del vendedor de guineos.

El vendedor de guineos no tiene dinero suficiente para comprar un racimo de guineos, pero si consigue un peso, pidiéndoselo a un amigo o a desconocidos, deja en su casa lo necesario para la comida y emplea veinticinco centavos en comprar una mano grande de guineos maduros que sale a vender por las calles, especialmente en los puntos donde los semáforos detienen los automóviles que van hacia los barrios ricos; y si le va bien, unas semanas después habrá acumulado suficientes beneficios como para comprar un racimo. Un racimo de guineos no es tan fácil de manejar como una mano, pero el bajo pequeño burgués que vive, y mantiene a su familia de la venta de esa fruta, no tiene dinero suficiente para comprar una carretilla o los materiales que necesitaría para hacerla, y por tanto no dispone de un medio de transporte en qué llevar un racimo de guineos de una a otra parte de la ciudad; y para remediar la situación recoge en cualquier parte un pedazo de madera redondo, o que manda redondear, y coloca en sus extremos dos alambres o cuerdas que le sirven para colgar dos pedazos del racimo, y al hacerse de ese instrumento de trabajo, que le ha costado centavos, queda convertido en vendedor profesional de guineos, en un comerciante de la más baja escala, pero comerciante que al cabo de algún tiempo podrá comprar cada día o cada dos días un racimo de la fruta hasta que llegará el tiempo en que podrá disponer de un ahorro de diez y quizá de veinte pesos, y cuando haya llegado a esa altura, habrá comenzado a dejar de ser muy pobre sin que eso signifique que haya entrado en la categoría de los bajos pequeños burgueses pobres.

¿Por qué decimos eso?

Porque si algo le da carácter distintivo al bajo pequeño burgués muy pobre, ese algo es el hecho de que no tiene un oficio, no está especializado en nada, y por tanto se ve obligado a hacer el trabajo que le salga al camino, y estábamos hablando

de uno de ellos que logró reunir veinte pesos de beneficio vendiendo guineos, actividad en la cual aprendió a comprar y a vender. Tal como dijimos, los bienes de ese bajo pequeño burgués muy pobre dedicado a detallar guineos en las calles de una ciudad son mínimos, a tal punto que si tuviéramos que describirlos con una línea en un papel, la línea sería tan fina que resultaría casi invisible, mientras que la que correspondería a los de un alto pequeño burgués tendría tal vez una pulgada de ancho, pero por lo menos puede agregar a esos bienes de producción el conocimiento, que ha adquirido vendiendo guineos, de los trucos que se usan en el oficio de comprar y de vender, pero todavía no pisa el terreno en que se mueven los bajos pequeños burgueses pobres porque la miseria lo lleva a ser al mismo tiempo un explotador y un explotado, ya que su condición de comerciante del más bajo nivel no le permitiría acumular un beneficio de veinte pesos si les diera a su cuerpo y a los de su familia los alimentos que esos cuerpos reclaman, y en el caso del suyo nada más, si le diera el descanso que necesita, porque es bueno tomar nota de que el bajo pequeño burgués muy pobre que se dedica a comerciar, con frutas o con otros productos, trabaja mucho más de ocho horas.

Objetivamente, el chiripero vendedor de guineos (o de lo que sea) es un comerciante en escala mínima, pero no es eso nada más, pues al mismo tiempo que sus ideas son las de un comerciante, su cuerpo es el de un peón que carga el racimo, o los dos racimos de guineos, llevándolo calle arriba y calle abajo, y ese peón invisible que comparte su vida con el comerciante se alimenta mal, con dos o tres guineos de los que lleva colgando de un palo durante las largas horas en que cumple su tarea de cargador, y duerme poco porque debe estar en el mercado antes de que salga el Sol debido a que los camiones de frutas ponen sus cargas a la venta de madrugada.

El comerciante que hay en él explota al trabajador que vive en su cuerpo, y esa dualidad es lo que determina la posición que ocupa entre las diferentes capas de la pequeña burguesía dominicana y también lo que hace muy difícil que alguien pueda describir lo que son las condiciones materiales de existencia de un bajo pequeño burgués muy pobre de nuestro país.

10 de mayo de 1978.

VOTACIONES Y ELECCIONES*

Votar es una cosa y elegir es otra, y no todo el que vota elige o llega a elegir. Votar es el acto de echar un voto en una urna, pero para que se convierta en un agente elector ese voto necesita ser valorizado por una serie de hechos que escapan a la voluntad, y por tanto al control, de la persona que lo puso en la urna. El último de esa serie de hechos es el reconocimiento del voto por parte de las autoridades encargadas de supervisar las elecciones; pero el primero de tales hechos se lleva a cabo a mucha distancia del último y en el seno de organizaciones que no son parte del Estado aunque sí son sus colaboradoras muy cercanas, y estamos refiriéndonos a los partidos políticos, pues es en la afiliación de un ciudadano a un partido, y hasta en la inclinación, como simpatizante, de ese ciudadano a un partido, donde empieza a tomar cuerpo el acto de echar un voto en una urna electoral; de manera que a la hora de juzgar todos los hechos que se relacionan con el acto de votar no podemos desligar el voto del partido al cual pertenece como miembro, o hacia el cual se inclina como simpatizante la persona que ha votado.

En las elecciones del día 16 de este mes los dominicanos votaron pero no eligieron, y habrá quienes digan que no eligieron porque la fuerza pública interrumpió el proceso electoral

* *Vanguardia del Pueblo*, Año IV, N°135, Santo Domingo, Órgano del PLD, 26 de abril de 1978, p.4.

en su parte final, que es el conteo de los votos; pero antes de que se llegara a la etapa de contar los votos, y antes aún de que se llegara al acto de votar, nosotros habíamos anticipado que en esas elecciones habría votación, pero no elección, y el sábado día 13, en una entrevista televisada (por el programa *Aeromundo*, del periodista Guillermo Gómez) aclaramos que en este país había gente que estaba jugando a la política sin darse cuenta de que la política es un animal venenoso que en cualquier momento puede atacar a su propio dueño.

¿En qué partidos están esos que juegan a la política y qué posiciones ocupan en ellos?

Están en todos los que se autoproclaman democráticos y en sentido general son sus líderes más altos, pero por el peso cuantitativo que tiene entre todos los partidos del país y porque es el más viejo de ellos, así como por las características de sus líderes, el que tiene más importancia es el PRD, y por esa razón debemos analizar la composición social de sus dirigentes y seguidores si es que queremos dar con las causas de que en sus filas se hallen los mayores responsables de la peligrosa inclinación a jugar con la política.

El PRD es un partido de grandes masas y de líderes que no han hecho el menor esfuerzo por capacitarse para dirigir esas masas, y desde el punto de vista de su origen social, es el típico partido policlasista de un país dependiente que padece de un alarmante atraso social y político.

Cualquiera que sepa lo que quiere decir el prefijo poli sabe que policlasista significa varias o muchas clases, y dirá, por tanto, que aplicada al PRD, la palabra policlasista quiere decir que se trata de un partido en el que están representadas varias clases; y efectivamente así es, sólo que esa respuesta es buena y válida si sabemos qué quiere decir en la República Dominicana eso de varias clases, porque una cosa es la

burguesía en Francia y otra aquí; una es el proletariado en Italia y otra es en nuestro país.

Si el PRD es un partido policlasista, debemos saber qué clases lo forman y quiénes, en su dirección, representan a cada clase o sector de clase que se hallan en sus filas, y debemos saber también cuáles son los resultados orgánicos, ideológicos y políticos que produce en el PRD la presencia de tantas clases o tantos sectores de clases. Sabiendo todo eso nos será relativamente fácil comprender por qué en el PRD hay varios líderes que juegan a la política y quiénes son ellos.

Si para hacer este análisis adoptamos un orden, por ejemplo, el orden cuantitativo o numérico de los miembros de cada clase o sector de clase que se reúnen en el PRD, debemos empezar por la baja pequeña burguesía muy pobre, que es la más abundante en cantidad de personas que se consideran perredeístas, pues debemos aclarar que el PRD no es un partido de militantes sino de simpatizantes que en lugar de darle algo al partido lo esperan todo de él, desde unos pesos para pagar el alquiler del rancho en que se vive hasta un puesto de trabajo en una firma industrial o en el gobierno municipal o nacional cuando el Partido alcance el poder en cualquiera de los dos niveles; desde la medicina para curar una dolencia hasta el ataúd para enterrar un familiar muerto. La masa mayor del PRD está formada por la baja pequeña burguesía muy pobre seguida inmediatamente por la pobre, tanto urbana como campesina, y es de esas capas de donde sale en nuestro país lo que en Europa se llamó el lumpen-proletario y aquí llamamos tigueraje.

El representante natural, en la dirección del PRD, de esas dos capas de la baja pequeña burguesía era Casimiro Castro, pero fue suplantado en esa posición por Jacobo Majluta cuando éste, inducido por sus amigos norteamericanos de la AID a lanzarse como aspirante a la candidatura presidencial del PRD,

negoció con el Dr. Balaguer un acuerdo político secreto mediante el cual obtuvo que el Banco Central le diera, como le dio, 330 mil pesos por una tierrita que le había costado 7 mil 500, y con billetes de cien pesos y la ayuda del secretario general del PRD se hizo una base política compuesta de bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres que aspiraban a ser delegados a las convenciones del PRD y necesitaban dinero para comprar a sus electores. Con esa base Majluta consiguió en un dos por tres la presidencia del Partido y la candidatura a la vicepresidencia de la República.

En el extremo opuesto de las masas perredeístas, tanto en número de miembros (porque son pocos) como en poder económico (que es grande), están colocados los terratenientes y hacendados perredeístas, a quienes representa uno de ellos, Antonio Guzmán; los comerciantes mayoristas y medianos, cuyo representante en el Comité Ejecutivo Nacional del Partido es el comerciante importador Manuel Fernández Mármol, y los banqueros e industriales, los más ricos y al mismo tiempo los menos en número, cuyos intereses están representados por el empresario Carlos Pérez Ricart. Como se sabe, Guzmán, Fernández Mármol y Pérez Ricart lanzaron y trabajaron personalmente sus candidaturas a presidente de la República, síndico de la Capital y diputado al Congreso, respectivamente, para las elecciones generales de este año, lo que denuncia a la legua el escaso desarrollo de la división social del trabajo en el país, que es un síntoma elocuente del atraso del Pueblo dominicano. En nuestras vecindades latinoamericanas (Venezuela y México, por ejemplo) hallamos que esos sectores de la clase dominante tienen como voceros suyos en los partidos y en la burocracia del Estado a políticos profesionales, que van desde las posiciones más altas de los gobiernos (presidentes de repúblicas, senadores, diputados, ministros o secretarios de Estado) hasta las más modestas,

pero en la República Dominicana, y más concretamente en el PRD, son los terratenientes y hacendados, los comerciantes, los industriales los que tienen que asumir, en persona, las funciones propias de personas que dedican sus mejores años a la actividad política.

En los artículos “Balaguer y la Reelección” (*Vanguardia*, números 127, 128, 129 y 130) mantuvimos la tesis de que Balaguer, como Trujillo, como Ulises Heureaux, como Báez, se mantiene en el poder porque está ocupando, igual que lo hicieron Trujillo, Heureaux y Báez, el lugar que ha dejado vacío la clase gobernante de la República Dominicana, que todavía no ha logrado formarse; y esa situación del país se refleja en el PRD, organización política en la cual están representados varias clases y sectores de clases, pero no puede estar representada la clase gobernante que el país no tiene.

¿Cuándo se forma, en cualquier lugar del mundo, una clase gobernante?

Hablamos, naturalmente, de países capitalistas, y debemos aclarar que una clase gobernante de un país capitalista no se forma mientras entre las fracciones que se dividen el poder económico no ha aparecido la que toma la dirección de todas ellas, o sea, la fracción a la cual llamamos el sector hegemónico, el más potente en recursos económicos, sociales y políticos de ese país. En un momento dado del desarrollo del capitalismo del país X, esa fracción hegemónica fue la mercantil; en otro momento, en tal o cual país, fue una coalición o alianza de dos o más sectores, como explicamos en el artículo número 3 de la serie “Balaguer y la Reelección”. En la República Dominicana no se ve todavía la fracción hegemónica alrededor de la cual deberán reunirse todos los sectores capitalistas que bajo la dirección de aquella pasarán a convertirse en la clase gobernante, pero para gobernar a través de sus representantes en los partidos políticos, y no ellas mismas en

las personas de miembros destacados de cada sector. La llamada democracia representativa es el producto político de una sociedad burguesa desarrollada a tal punto que cada tarea de las que se llevan a cabo en ella sea ejecutada por especialistas, y los políticos son los especialistas de todo lo que se relaciona con el Estado, que ha sido hasta ahora la forma suprema de organización de la sociedad y lo seguirá siendo nadie sabe por cuánto tiempo.

Lo que le sucede al país le sucede al PRD. Entre los que representan las varias clases y los varios sectores de clases que forman ese partido (y entre las clases está la de los trabajadores, que en el orden ideológico no son proletarios sino pequeños burgueses de la capa baja), no hay uno que tenga la representación de la fracción hegemónica porque esa fracción no ha aparecido en el país y por tanto no la hay en el Partido. El hueco que deja en el PRD esa fracción inexistente tendría que ser llenado por una persona con suficiente conocimiento de la política y con la experiencia necesaria en ese campo, y esa persona no aparece en el horizonte del perredeísmo, al menos en el presente y en el futuro inmediato.

18 de mayo, 1978.

NO SIEMPRE LA CLASE DOMINANTE ES CLASE GOBERNANTE*

Una clase dominante puede convertirse en clase gobernante pero conviene aclarar que si bien a menudo una clase dominante pasa a ocupar los puestos más importantes del aparato del Estado, eso no es suficiente para que pueda decirse de ella que ha pasado a ser una clase gobernante. Una clase dominante se convierte en clase gobernante cuando el país en que esa clase actúa ha llegado a un punto tal en el desarrollo de la división social del trabajo que miembros de esa clase, ideológicamente hablando, han formado un equipo humano suficiente para cubrir todos los puestos de dirección que hay en el aparato del Estado y cualitativamente capaz de conocer en todos sus matices cómo debe funcionar ese aparato en sus dos aspectos, de fondo y forma.

Para apreciar con hechos que están a la vista de todos los dominicanos la razón de lo que acabamos de decir veamos qué sucede en nuestro país. Es evidente que en la República Dominicana hay una clase que domina la economía y gracias a ese dominio domina también el aparato del Estado, ¿pero es acaso esa clase dominante una clase gobernante?

No lo es, y a simple vista tenemos muchas demostraciones de que no lo es. Por ejemplo, el secretario de Estado

* *Política, teoría y acción*, Año I, N° 8, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, agosto de 1980, pp.1-4.

—ministro en otros países— de Industria y Comercio del Gobierno actual es un comerciante e industrial que también es terrateniente, pero su antecesor era un conocido industrial y el antecesor del último era un empresario de transporte marítimo y socio de una industria alcohólica; y si eso fuera poco, el propio jefe del Estado es un capitalista terrateniente que ha hecho una fortuna en esa actividad. Hay otros ejemplos, pero no queremos recargar estas líneas con casos de altos funcionarios del Estado que nunca han hecho vida pública o la han hecho de manera circunstancial y no como actividad de primera importancia para ellos. Vamos a ceñirnos por ahora a casos recientes, como el discurso leído el 16 de este mes de agosto por el señor presidente de la República, cuyo antepenúltimo párrafo decía así:

“Propicia es la ocasión para enviar un mensaje de aliento y de esperanzas a los hombres y mujeres del Partido Revolucionario Dominicano. La historia del Perredeísmo ha sido rica en hazañas portentosas, pero todo eso se ha logrado gracias a la unidad indestructible que hemos exhibido. Por eso, aprovecho este momento para hacer un llamado a la Unidad y la Concordia en nuestras filas. El Pueblo, Supremo Juez de nuestras acciones políticas, espera y ansía esa unión que debe extenderse desde el Partido hasta el Gobierno. Sin ella, sería difícil que el país continúe disfrutando de las ventajas de un Gobierno inspirado en los principios fundamentales del Perredeísmo: Justicia social, soberanía nacional, libertad y democracia”.*

En el discurso en que dijo esas palabras el presidente Guzmán estaba refiriéndose a cuestiones de Estado porque hablaba como jefe del Estado, desde el Palacio Nacional y con motivo de la fecha patriótica, nada menos que el 117

* Las mayúsculas que aparecen en el texto de ese párrafo del discurso del presidente Guzmán aparecieron así en la publicación que hicieron todos los periódicos del día 17 de agosto (1980).

aniversario del inicio de la guerra que hizo el Pueblo dominicano contra España para restaurar la República. Para el Pueblo, el señor presidente puede ser un miembro importante del PRD, pero para el Estado él es únicamente su jefe, el jefe del Gobierno y del poder Ejecutivo, y en el desempeño de esas funciones no puede hablar del PRD como si éste fuera parte del aparato del Estado.

¿Por qué razón el presidente Guzmán mezcla los asuntos de Estado con los políticos privativos de un partido, sea el que fuera, que no tiene participación en las estructuras estatales?

Los mezcla porque aunque él es miembro y a la vez representante dentro del aparato del Estado de la clase dominante del país, no conoce qué diferencia hay entre el Estado y el Partido Revolucionario Dominicano porque los que componen la clase dominante nacional no han pasado de ser eso: miembros de la clase dominante. No son miembros de una clase gobernante debido a que el país no ha producido aun los representantes políticos de la clase dominante, esto es, los que manejan en representación y para el beneficio de esa clase el aparato del Estado, o para decirlo de otro modo, los especialistas de la ciencia y el arte de gobernar.

En otra fecha patriótica —el 27 de febrero de 1978— otro jefe del Estado —el Dr. Joaquín Balaguer— interrumpió su discurso para que se oyera en una cinta magnetofónica lo que había dicho poco antes en un mitin el líder del Partido Revolucionario Dominicano, o lo que es lo mismo, el Dr. Balaguer convirtió un discurso de Estado en una pieza de propaganda electoral antiperredeísta. Dado el tiempo que el Dr. Balaguer ha dedicado a la política se supone que debía conocer la diferencia que hay entre un discurso partidista dicho para conseguir votos y uno del jefe del Estado dicho para cumplir con obligaciones ineludibles de un estadista, pero tanto el Dr. Balaguer como Antonio Guzmán han actuado en

una sociedad en la que la clase dominante no ha pasado a ser aun clase gobernante si bien por su larga práctica como funcionario del aparato del Estado el Dr. Balaguer conoce mejor que el presidente Guzmán el complicado mecanismo de ese aparato aunque nunca alcanzara a darse cuenta de que entre el Estado y las actividades partidistas o de otra índole hay deslindes que no pueden ignorarse. Ejemplo de lo que acabamos de decir era la exhibición anual, o casi anual, de modelos de trajes que hacía Oscar de la Renta en el salón de actos del Palacio Nacional, que debido a que es un lugar destinado a actos de Estado no puede ser usado en provecho de una empresa privada.

El caso de una clase dominante que no ha pasado a ser clase gobernante no es peculiar de la República Dominicana. Durante algunos siglos la burguesía fue dominante desde el punto de vista de la economía en varios países de Europa, pero tardó mucho tiempo para convertirse en clase gobernante. El más notable de los ejemplos de una clase dominante europea que tardó en pasar a ser clase gobernante es el de la burguesía francesa, que sólo pasó a clase gobernante después de la que Engels llamó la Gran Revolución, y no inmediatamente después de los sucesos de 1789, pues durante varios años fue sustituida en el dominio del aparato del Estado por Napoleón Bonaparte. Antes de 1789, la burguesía francesa tenía el dominio económico del país, pero la existencia de una nobleza feudal terrateniente que tenía el dominio social e ideológico obligó a esa burguesía a aceptar que el control del aparato del Estado estuviera en manos de una cadena de reyes absolutos. Esos reyes favorecían económicamente a los burgueses pero retenían la autoridad que les proporcionaba ese control del Estado que se resume en la monopolización de la violencia organizada de la sociedad.

Un caso que llama la atención es el de Estados Unidos, del cual dijeron Marx y Engels (en Feuerbach: *Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas*) que era “el ejemplo más acabado de Estado moderno”. Aunque la independencia norteamericana fue declarada en 1776, el primer jefe de Estado del país vino a aparecer en el 1789, cuando ya había sido redactada y aprobada la Constitución, y desde el primer momento el Gobierno de George Washington funcionó de tal manera que nadie puede poner en duda que para entonces ya había en los Estados Unidos una clase gobernante.

¿Cómo explicar la existencia de una clase gobernante norteamericana en época tan temprana? ¿Dónde y cómo se había formado?

Se había formado mientras el país era territorio inglés y su sociedad se hallaba gobernada por funcionarios del Estado inglés, al frente del cual había una clase gobernante bien adiestrada en el manejo del aparato de ese Estado que ejercía su poder desde la India hasta América pasando por Europa. Hay constancia histórica de que el propio Washington pasó largos meses redactando él mismo y muy cuidadosamente el protocolo que debía regir los movimientos y los hechos de todos los funcionarios públicos de los Estados Unidos. El protocolo de la monarquía inglesa era, naturalmente, apropiado a una corte real; pero los ingleses que fundaron las colonias americanas que iban a formar los Estados Unidos salieron de Inglaterra porque eran ideológicamente burgueses, de manera que tenían una posición ideológica firme desde antes de establecerse en su nuevo país, y además, aunque siguiera siendo una monarquía, Inglaterra había pasado a ser una sociedad capitalista desde el siglo XVII, más de cien años antes que Francia; y esa sociedad burguesa inglesa estuvo gobernando en sus colonias inglesas de América del Norte hasta 1776, o sea, hasta trece años antes de la Revolución Francesa. Así pues, la clase

dominante norteamericana que hizo la guerra de independencia contra el poder inglés tenía para 1789 las condiciones necesarias para pasar a ser, como efectivamente sucedió, una clase gobernante.

[Al llegar a este punto me veo en el caso de introducir unos párrafos que no figuraron en el original de este artículo porque debo aclarar que la composición social norteamericana tuvo cambios apreciables al ritmo al que iba desarrollándose en Estados Unidos el capitalismo moderno, lo que coincidía con la llegada al país de millones de emigrantes europeos. La asociación de comerciantes y terratenientes que formaba la clase dominante en los últimos treinta años del siglo XVIII no lo era ya en 1820, cuando las luchas entre los esclavistas del Sur y los antiesclavistas del Norte parecían haber llegado a un remanso con el Compromiso de Missouri. La actitud contraria a la oligarquía esclavista del Sur, que iba a llegar a su más alta expresión al estallar en 1861 la Guerra de Secesión, fue fortaleciéndose al mismo tiempo que el desarrollo capitalista se demostraba con la rápida expansión de los ferrocarriles y se daban los primeros movimientos de huelga, como la del 8 de julio de 1842, llevada a cabo en una mina de carbón, datos que nos indican claramente que una oleada de capitalistas industriales había pasado, o estaba pasando a ocupar el lugar de la asociación de comerciantes y terratenientes que habían formado la clase dominante del país en los últimos años de la colonia y los primeros de la República.

La violencia del desarrollo capitalista era de tal magnitud que grandes cantidades de personas pasaban, a menudo casi de manera improvisada, de la pequeña burguesía a la burguesía, y en los niveles de la burguesía el paso de ricos a muy ricos era común. Esos traslados sociales se expresaban en el orden político por medio de la formación de grupos y partidos. El panorama de la movilización social era tan fácil

de apreciar desde lejos que en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx lo comentó diciendo que en los Estados Unidos, “si bien existen ya clases, éstas no se han plasmado todavía, sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo” (24 de agosto, 1982)].

Al tomar el poder, el proletariado se convirtió en clase dominante en Rusia, China, Yugoslavia y Cuba, pero no podía pasar a ser clase gobernante debido a que era imposible que de las fábricas de esos países salieran obreros especializados en la ciencia y el arte de gobernar, y mientras no se convirtiera en clase gobernante, el proletariado tenía que ser sustituido en el poder por hombres como Stalin en Rusia, Mao en China, Tito en Yugoslavia, Fidel Castro en Cuba, y con ellos equipos humanos formados generalmente por intelectuales pequeño burgueses y hasta algún que otro burgués revolucionario. Fue después de la muerte de Stalin, y aun diríamos que después de la caída de Kruschev cuando el proletariado pasó a ser clase gobernante en la antigua Rusia, que a su vez había pasado a ser la Unión Soviética.

En un país como la República Dominicana —ya lo hemos dicho— la burguesía, que es económicamente dominante, no podrá convertirse en clase gobernante mientras no pasen a tener una ideología política burguesa todos los sectores de esa clase dominante, desde los que estén en las alturas del aparato del Estado hasta los que cumplan funciones de policías y de guardias rasos.

5 de agosto, 1980.

CAPITALISMO TARDÍO Y CLASES SOCIALES EN LA AMÉRICA LATINA*

En el conocido capítulo XXIV de *El Capital* (la llamada acumulación originaria) decía Marx que “la estructura económica de la sociedad capitalista brotó de la estructura económica de la sociedad feudal. Al disolverse ésta, salieron a la superficie los elementos necesarios para la formación de aquélla”.

¿Y en los países de la América Latina, donde no se conoció el feudalismo, de dónde salió el capitalismo?

En la América Latina, como en África y otras tierras del mundo, el capitalismo no brotó de las estructuras económicas de una sociedad que existió antes de la llegada de los conquistadores españoles, portugueses, ingleses, franceses u holandeses. El capitalismo les fue impuesto a los países latinoamericanos desde Europa y los Estados Unidos como parte del proceso de explotación de las riquezas mundiales, y con ellas de la mano de obra que producía la humanidad de nuestros países, como sucedía, y sigue sucediendo, con los pueblos indígenas, o que era traída a estas tierras mediante la violencia más espantosa, como era el caso de los esclavos africanos. En cuanto a los Estados Unidos, donde fueron explotados en igual forma los pueblos indios y los esclavos llevados de África, la incorporación al sistema capitalista de lo que hoy son sus territorios y con

* *Política, teoría y acción*, Año I, N° 9, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, septiembre de 1980, pp.1-3.

ellos de sus pobladores originales fue obra de emigrantes ingleses y después de toda Europa que salieron hacia América del Norte porque debido a que eran ideológicamente capitalistas y no podían desarrollarse como tales en Inglaterra, se asfixiaban en sus países de origen y salieron hacia el llamado mundo nuevo —tierras vírgenes— a fundar allí la Ciudad del Futuro, esto es la sociedad capitalista que no tuviera gérmenes de contaminación feudal.

En el caso de los Estados Unidos, allí se dio un trasplante de población europea mal llevada con los restos feudales que impedían el desarrollo capitalista de los países donde esos emigrantes habían nacido; en el caso de la América Latina, la emigración europea no española comenzó después de haber sido alcanzada la independencia, y no precisamente tan pronto salieron las autoridades y los ejércitos españoles y portugueses sino muchos años después, cuando ya se habían formado las estructuras económicas necesarias para que nuestros países produjeran las mercancías que reclamaban los mercados de Europa y los Estados Unidos y sobre esas estructuras habían comenzado a desarrollarse los núcleos de organización social que respondían a los requerimientos de la producción de tales mercancías.

El capitalismo, pues, no brotó de una raíz social latinoamericana sino que nos fue impuesto desde afuera, y se nos impuso tarde, después que ya estaba instalado, en Europa por lo menos, en el orden económico, y en gran medida, en el económico y el político en los Estados Unidos, de manera que la América Latina fue escenario de la acción de un capitalismo tardío que no reprodujo aquí la formación social del capitalismo europeo sino que produjo una caricatura de la sociedad capitalista francesa o inglesa de los siglos XVIII y XIX. Muchos oligarcas esclavistas cubanos de esos tiempos tenían títulos de marqueses y de condes, pero esos títulos no

se alimentaban en la propiedad de señoríos poblados por siervos feudales a los que había que reconocerles ciertos derechos consagrados por muchos siglos de ejercicio; de lo que los nobles azucareros de Cuba eran dueños era de esclavos africanos a los que habían comprado como si fueran animales, y si de un siervo feudal salía a menudo un hombre libre, de un esclavo podía salir a lo sumo un liberto, que casi nunca era admitido en la sociedad esclavista de la América Latina o de los estados sureños de Norteamérica con igual categoría que un blanco, aunque se tratara de un blanco muy pobre.

La burguesía latinoamericana es una clase social políticamente débil a causa de su dependencia del capitalismo exterior, que en gran medida ha venido a concentrarse en los Estados Unidos. Esa condición de dependiente la moldea a tal extremo que su debilidad se refleja en los gobiernos de su clase, pero también en la clase obrera, que no ha podido desarrollarse al punto que lo ha hecho en Europa porque en situaciones normales en ninguna parte del mundo la clase obrera puede ir más allá de adonde ha llegado el capitalismo. Esos límites pueden ser rebasados en países como los nuestros sólo en situaciones coyunturales muy concretas, cuando sectores avanzados de la pequeña burguesía se ponen al frente de la clase obrera y de las capas más bajas de la pequeña burguesía para hacer lo que se hizo en Cuba en los últimos años de la década de 1951-1960 y en Nicaragua en los últimos de la década 1971-1980.

3 de septiembre, 1980.

ALGO MÁS SOBRE LA CLASE DOMINANTE QUE NO ES CLASE GOBERNANTE*

La tesis de que la clase dominante dominicana no ha llegado a ser todavía clase gobernante ha quedado demostrada de manera irrefutable en los primeros días de este mes de enero con varios hechos, de los cuales sobresalen dos porque son ejemplos que pueden ser apreciados objetivamente por todos los que observan con cierto detenimiento la vida pública del país; y estamos refiriéndonos a la designación como director general de Aduanas y Puertos del ingeniero electromecánico Pedro Porrello Reynoso, que hasta ocho días antes había sido el secretario de Educación y Bellas Artes, y a la escandalosa muestra de improvisación que ha dado el Gobierno nacional a la hora de poner en ejecución el papel que le tocaba desempeñar como firmante del Acuerdo de San José.

Por sí solo, el nombramiento de secretario de Estado de Educación en favor de Porrello Reynoso fue una demostración de que el país no tiene una clase gobernante porque el nuevo ministro no tenía antecedente alguno, ni político ni técnico, que justificara su designación para ese cargo, uno de los más importantes, desde varios puntos de vista, que hay en el aparato del Estado. Pero haberlo llevado a esa posición pudo haber sido un error si no hubiera sido, como fue, resultado del

* *Política, teoría y acción*, Año II, N° 13, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, enero de 1981, pp.1-3.

hecho de que la falta de una clase gobernante hace muy difícil escoger altos funcionarios que llenen a cabalidad los requisitos que demandan las funciones que van a desempeñar.

A la hora de buscar un sustituto del Dr. Castaños Espaillat para ocupar la jefatura de la escuela dominicana, el presidente Guzmán no lo encontró y echó mano del ingeniero Porrello como hubiera podido hacerlo con otra persona tan desconocida y tan incompetente como Porrello, y eso explicaba que lo pusiera en la alta y delicada posición en que lo puso, ¿pero qué explica que ocho o diez días después de haberlo destituido y de haber nombrado en su lugar a una persona que no tiene mejores condiciones que Porrello haya decidido designar a Porrello director general de Aduanas y Puertos, y sobre todo, cómo puede nadie explicar que Porrello haya aceptado esa nueva posición para la cual no tiene, hasta donde se sepa, ninguna clase de preparación?

Pasar de buenas a primeras de la Secretaría de Estado de Educación a la dirección general de Aduanas y Puertos es una manera de dar un salto en el vacío y al mismo tiempo descender en forma vertiginosa ante la opinión pública, pero ese salto y ese descenso no afectan para nada al ingeniero Porrello debido a que él no tiene noción de lo que le ha pasado; y no la tiene porque no forma parte de una clase gobernante cuyos miembros tendrían, en caso de existir, conciencia de cuál es su papel social y por tanto tendrían también ese tipo de dignidad formal, si no sustancial, que es propio de las personas que ocupan posiciones más altas que el común de los mortales.

En cuanto a la solicitud del Gobierno para que el de Venezuela retirara su negativa a seguirle vendiendo a la República Dominicana petróleo reconstituido en la misma cantidad y en las mismas condiciones que lo hacía antes de que nuestro país firmara el Acuerdo de San José —en virtud del cual debíamos empezar el 1° de enero a recibir diariamente 14 mil

barriles de crudo mexicano y 14 mil del reconstituido venezolano en vez de los 28 mil del último que nos vendía Venezuela—, el hecho de firmar un acuerdo con dos países que habían sido visitados por el presidente de la República para negociar ese acuerdo y pedir después que no se pusiera en vigor, demuestra que el Gobierno dominicano no tiene idea de lo que significa la firma de un jefe de Estado o de los que legítimamente lo representan al pie de un documento que lo compromete con otros Estados; y esa ignorancia de lo que es una obligación a nivel de Estados contraída sin que hayan mediado presiones de ninguna especie sólo se explica si aceptamos que los hombres de Estado que actúan así no forman parte de una clase gobernante.

¿Cuánto tiempo necesita una clase dominante para convertirse en clase gobernante?

No lo sabemos, pero la velocidad a que marcha hoy la historia hace difícil que la clase dominante dominicana pueda convertirse en clase gobernante antes de que le toque desaparecer por desaparición del sistema que le ha dado vida.

4 de enero de 1981.

APARIENCIAS Y SUSTANCIA DEL CAPITALISMO EN LA REPÚBLICA DOMINICANA*

El hecho de que en la lengua del Pueblo se le llame capital al dinero ha dado origen, al menos en la República Dominicana, a la idea que tiene mucha gente, algunas de ellas no precisamente incultas, de que la existencia del dinero en un país dado y en una época dada marca el inicio en ese país del modo de producción capitalista, lo que se explica porque donde circula dinero hay ya un desarrollo económico relativamente complejo que confunde a personas no preparadas para conocer los secretos de la ciencia que llamamos Economía Política.

Si nos limitamos al ejemplo de Europa hallamos que en algunos lugares de ese continente había dinero metálico hace 4 mil años, si bien no era todavía el dinero acuñado o en monedas que conocemos hoy, y en un pequeño Estado de Asia Menor donde iba a nacer Creso, al que se le atribuye haber sido uno de los grandes potentados de la antigüedad, se acuñaron monedas hace 2 mil 500 años.

Esos son datos muy concretos que nos autorizan a negar la creencia de que la circulación de dinero signifique capitalismo, pero hay otros. Jenofonte, que murió hace más de 2 mil 300 años, decía, en lo que fue el último de sus trabajos de escritor que podría ser calificado de ensayista, que cuantos

* *Política, teoría y acción*, Año II, N° 15, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, marzo de 1981, pp.1-3.

“más extranjeros vayan y vengan entre nosotros, más aumentarán las importaciones y las exportaciones, las compras y las ventas, los salarios acordados y los impuestos a percibir” (en *Las Rentas del Atica*, Editorial Iberia, Barcelona. 1965, Volumen II, página 294).

Ese párrafo del autor de *Anábasis* parece describir de manera breve pero aguda un centro comercial muy parecido a los que se conocen en varios países del llamado Tercer Mundo. No menciona la moneda, pero la presencia de ese agente de cambio está implícita en la descripción cuando se habla de importaciones y exportaciones, de compras y ventas, de salarios y de impuestos. En otros párrafos de la misma obra Jenofonte explica cómo funcionaba en Grecia lo que muchos siglos después iba a ser bautizado en Europa con el nombre de “ley de la oferta y de la demanda”. Decía él que “cuando hay vino y trigo en abundancia, estos productos se mantienen a un precio ínfimo. Y disgustados de un cultivo infructuoso (la mayoría de los dueños de esos cultivos) abandónanlos... para abrazar el comercio, abrir tabernas o dedicarse a la usura” (págs. 295-6), palabras que parecen estar refiriéndose a situaciones conocidas de todos nosotros.

Oigamos estos conceptos tal como nos los transmite Jenofonte (página 297):

“Al llegar el oro a ser común baja de precio y hace subir la plata”; y refiriéndose a la producción de plata menciona a Nicias, que tenía mil hombres trabajando en las minas de ese metal, “y que se los contratava el tracio Sosías mediante (el pago de) un óbolo neto por hombre y por día” (página 298). Lo descrito en esas líneas no tiene nada que ver con el capitalismo, pero los que creen conocer el modo de producción capitalista por sus apariencias y no han llegado a penetrar en su sustancia pensarán que donde había un Nicias y un Sosías y mil personas trabajando para el primero por un jornal de un

óbolo diario tenía que haber necesariamente capitalismo, y capitalismo desarrollado porque la empresa de Nicias usaba el trabajo de mil operarios.

Pero esos hombres que Nicias empleaba no eran obreros sino esclavos, y quien cobraba un óbolo al día por cada uno de ellos era el tracio Sosías, que seguramente los compraba en los campos de batalla donde habían caído prisioneros. El modo de producción de Grecia, como el de Roma, era el esclavista, y aunque circulara la moneda y se pagaran salarios y se hiciera comercio doméstico o, como decimos hoy, nacional, y comercio exterior, como se hacen en el capitalismo, aquello no era capitalismo ni podía serlo porque faltaban varios siglos para que la humanidad estuviera en capacidad de organizarse en un modo de producción tan complejo como es el capitalismo.

Antes de llegar al capitalismo, Europa vería agotarse el modo de producción esclavista en su modelo romano y vería formarse el modo de producción feudal que empezó en el siglo VI de nuestra era con características de feudalismo rural, cuya duración se prolongó tres siglos, y tras un siglo de transición aparecería el feudalismo urbano, en el cual, como en el esclavismo, circulaban monedas, se hacía comercio interno y externo, y como parte de ese comercio externo se celebraban ferias en las que participaban los comerciantes de muchos países.

Por cierto, que en esas ferias se vendían y se compraban monedas, y de las bancas y banquetas que usaban los negociantes de monedas salió el nombre de banco que le damos hoy a un establecimiento financiero. A las ferias de la Champaña, que eran seis anuales, concurrían comerciantes de varios lugares de Europa que llegaban con las monedas de sus países, y las operaciones de cambiarlas eran numerosísimas y además muy provechosas. Fue en esas ferias de la Champaña donde aparecieron los documentos llamados hoy letras de cambio o pagarés que se cruzaban comerciantes de diferentes nacionalidades, de

cuya existencia en los años iniciales de la República Dominicana no hay pruebas. Según han dicho historiadores autorizados, de las ferias de la Champaña salieron los fundamentos del crédito moderno, y sin embargo todavía se estaba lejos del capitalismo, si bien ya se hallaba en proceso de formación la clase que iba a dirigir el establecimiento de ese nuevo modo de producción; y nos referimos a la burguesía.

Antes del siglo XIV de nuestra era había habido circulación de monedas, comercio interno y externo, creación de un sistema de contabilidad por partida doble, pago de dinero a cambio de trabajo, y habían aparecido los documentos de pago que iban a facilitar enormemente las operaciones comerciales. En resumen, desde hacía miles de años en diferentes lugares de Europa se habían estado echando las bases de lo que los inventores del capitalismo necesitarían para establecer ese modo de producción, que comenzó a actuar en forma de capitalismo mercantil en el siglo XVI, unos setenta años después de haber sido descubierta la América de la cual somos parte. Sin esas bases que le dieron apoyo habría sido imposible montar las piezas que iban a formar el modo de producción llamado capitalista.

Que a un hachador de árboles dominicano de la primera mitad del siglo pasado se le pagara su trabajo no significaba que en este país estuviera funcionando entonces el capitalismo, no importa que esos troncos de árboles se destinaran a ser vendidos en Europa. El corte, la extracción o arrastre y la exportación de troncos maderables tal como se hacía en nuestra tierra para esa época era una actividad típicamente precapitalista, y por tanto no capitalista. Para que hubiera sido capitalista habría hecho falta que al llevarla a cabo se cumplieran dos condiciones que para entonces no se daban en la República Dominicana; la primera de ellas era la existencia de dos clases contrapuestas y sin embargo unidas por

una forma de contrato en virtud del cual una de ellas era dueña de los bienes de producción y por tanto de lo que se produjera como fruto de ese contrato, y la otra era dueña nada más de su fuerza de trabajo, y esa fuerza de trabajo se la vendía a la primera a cambio de equis cantidad de dinero que en el caso de los cortadores de madera dominicanos de 1825 ó 1840 no constituía salario porque se trataba de un pago circunstancial, no permanente; y la otra condición era la producción de plusvalía, de la que se apropiaban los dueños de los bienes de producción, y la plusvalía no es un simple beneficio que se obtiene en un negocio, que beneficio de ese tipo era el que obtenía Nicias con el trabajo de los esclavos en la Grecia de la antigüedad y el que obtenían los mercaderes medievales que tomaban parte en las ferias de la Champaña.

La plusvalía es la única forma de beneficio que puede transformarse en capital, y para que sea capaz de cumplir esa transformación, la plusvalía tiene que llenar ciertas condiciones sin las cuales sería algún tipo de beneficio, pero no propiamente plusvalía.

15 de marzo de 1981.

CAPAS DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA*

Hay sociólogos que no nos perdonan haber dicho que la pequeña burguesía dominicana tiene cinco capas: la alta, la mediana, la baja, la baja pobre y la baja muy pobre. No nos perdonan esa clasificación porque nadie la había hecho antes que nosotros, como si los conceptos hubieran brotado de la Tierra cuando todavía no estaba poblada de seres humanos; como si no fuera el hombre el que ha producido los conceptos, razón por la cual lo único que se necesita para que un concepto tenga validez es que se apoye en la realidad; y la realidad social dominicana está a la vista de todo el que quiera estudiarla.

Pero conviene aclarar que la realidad social dominicana no es un caso aislado; al contrario, sus líneas generales corresponden a la de cualquier país de los que llamamos del Tercer Mundo o de capitalismo tardío, en los cuales las estructuras sociales han sido el fruto natural de un desarrollo económico distorsionado, que se ha ido estableciendo a saltos y además por asaltos.

En los países de capitalismo tardío las clases antagónicas o son o equivalen a las dos clásicas en Europa: burguesía y proletariado. Y decimos “o son o equivalen a las dos clásicas” porque

* *Política, teoría y acción*, Año II, N° 16, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, abril de 1981, pp.1-4.

en aquellos donde el capitalismo, aun siendo tardío, ha alcanzado una expansión y una profundidad apreciables hay ya una burguesía desde el punto de vista socio-económico aunque no la haya desde el político, y donde hay burguesía hay proletariado, y viceversa; pero en la República Dominicana del siglo pasado y de parte de este siglo lo que había era una pequeña burguesía comercial alta y mediana y una oligarquía terrateniente —a veces el comerciante era a la vez terrateniente—, y como no había una burguesía no podía haber un proletariado, de manera que el antagonismo se daba entre la alta y la mediana pequeña burguesía y las capas más bajas de este mismo sector social.

¿Cuáles eran esas capas más bajas?

La baja propiamente dicha, la baja pobre y la baja muy pobre. Los sociólogos del mundo capitalista agrupan a todo ese conjunto de capas en un montón denominado el de los marginados, palabra que no tiene sentido cuando se usa en una ciencia como la Sociología, porque no es ni puede ser cierto que millones y millones de personas que no viven en países socialistas pueden vivir o están viviendo al margen de la sociedad capitalista, lo que equivaldría a decir que viven fuera de las relaciones de producción y por tanto también fuera del mercado consumidor. En realidad, llamar marginados a esos muchos millones de seres humanos es una manera de esconder su existencia de explotados, condición que no debe denunciarse para que esos explotados no hagan conciencia de su situación y por tanto no se sumen al proletariado en la lucha contra el sistema que los explota.

Oscar Lewis, sociólogo norteamericano, intentó disfrazar la situación de esos explotados metiéndolos dentro de un saco que envolvió en un mar de confusiones denominado *cultura de la pobreza* y describiendo su vida en el libro que tituló *Los hijos de Sánchez*. La descripción era fiel; lo que carecía de legitimidad

era la clasificación, o para decirlo de manera más correcta, la falta de clasificación que dentro de la sociedad mexicana, típica de un país de capitalismo tardío, les correspondía a los millones de hombres y mujeres de México que vivían en la misma situación que los hijos de Sánchez.

Marx no calificó a las capas más bajas de la pequeña burguesía, entre otras razones porque él no conocía el tipo de sociedad que el capitalismo tardío ha producido; pero a su mirada de águila no escapó la existencia de algunos casos que no tenían cabida ni entre los burgueses ni entre los proletarios de Europa. De esos casos se ocupa él en uno de los cuadernos de notas publicados en español por la Editorial Ciencias Sociales de La Habana, Cuba (1978) con el subtítulo de *El trabajo de los artesanos y los campesinos en la sociedad capitalista* que figura en las páginas 330 y siguientes del tomo I de *Teorías de la plusvalía*.

Al iniciar el tema correspondiente a ese título Marx pregunta: “¿Y en qué caso se hallan los artesanos o campesinos que trabajan solos y no producen, por tanto, como capitalistas?”. Y a seguidas se responde: “puede ocurrir como acontece siempre con el campesino (aunque no es ése el caso del jardinero que trabaja a domicilio), que sean *productores de mercancías, las cuales venden...* Para nosotros esos productores serán vendedores de mercancías y no vendedores de trabajo; su situación no tiene, por tanto, relación con el intercambio del capital ni por consiguiente, con la distinción *de trabajo productivo e improductivo...* Aun si producen mercancías, estos trabajadores no son productivos ni improductivos, pues su producción no entra dentro del tipo de producción capitalista”.

De acuerdo con Marx, no son capitalistas porque lo que producen “no entran dentro del tipo de producción capitalista”; pero está o debe estar claro que tampoco son obreros porque no le venden su fuerza de trabajo a un capitalista.

Entonces, ¿qué son?

Esta pregunta demanda una respuesta, sobre todo si la hace una persona de un país de capitalismo tardío en cuya población forman mayoría los hombres y las mujeres socialmente semejantes a los que describe Marx en los párrafos que hemos copiado.

Si no son capitalistas ni son obreros, y sin embargo producen algo o venden algo que ellos no producen pero que compran con el propósito de venderlo, ¿dónde los situamos?, ¿en qué grupo social?

Desde luego, no puede ser en esa invención de los *marginales*. Marx dice que “dentro del tipo de producción capitalista el campesino independiente y el artesano aparecen incluso desdoblados cada uno de ellos en dos personas distintas”, y no puede haber duda de que se refiere al campesino que es propietario pero no explota trabajo ajeno, puesto que habla de un campesino “considerado como propietario de los medios de producción” y dice que desde ese punto de vista tal campesino “es un capitalista”, y que “considerado como obrero, es su propio asalariado”.

¿Podríamos situar a ese campesino en el lote de los burgueses y al mismo tiempo en el de los proletarios?

De ninguna manera; pero sí tiene cabida en cualquiera de las capas bajas de la pequeña burguesía —la baja, la baja pobre y la baja muy pobre— que proliferan en los países de capitalismo tardío. Tendría que ser en esas capas, que no explotan de manera directa trabajo ajeno porque los que figuran en ellas son a la vez capitalistas y sus asalariados; y nunca en las capas alta y mediana, que en todos los casos de trabajo productivo compran fuerza de trabajo.

La realidad social dominicana —como la de Colombia, la de Perú, la de Brasil; la de cualquier país del Tercer Mundo— está a la vista de quien quiera analizarla, y el que la

analice hallará en ella muchas, muchísimas gentes que ni son capitalistas ni son obreros, y además un número alto de personas que son al mismo tiempo, como dice Marx “su propio capitalista y su propio obrero asalariado”, duplicidad que se engendra en el hecho de que esa persona “es propietaria de los medios con los cuales trabaja”.

Marx explica tal situación de la siguiente manera:

“En los casos referidos, el productor, el obrero, es poseedor, propietario de sus medios de producción. Estos no constituyen capital, ni él es tampoco asalariado. A pesar de eso, se consideran como capital; y el obrero, dividido en dos, es un capitalista que se explota a sí mismo como asalariado”.

Ese capitalista que se explota a sí mismo abunda en el Tercer Mundo; lo tenemos a montones en la República Dominicana y lo hay a montones en Indonesia o en Marruecos. Ideológicamente, lo mismo el capitalista que el obrero de uno de esos países que conviven en una misma persona son burgueses; su aspiración es enriquecerse, y tan pronto como es posible hacerlo porque ha habido cierta acumulación de capital, el asalariado desaparece en la figura del capitalista y es sustituido por otra persona que le vende a ese capitalista su fuerza de trabajo; y ahí comienza una nueva etapa en la vida de ese capitalista en estado naciente que de semilla de burgués ha pasado a ser parte de la burguesía, tal vez en el nivel de la mediana pequeña burguesía comercial, del cual pasará luego al nivel inmediatamente superior —la alta pequeña burguesía— y de ahí a la burguesía propiamente dicha.

Si ese capitalista-proletario vendía plátanos en una carretilla y después pasó a tener dos o tres y cinco carretillas que ponía en manos de otros tantos proletarios, y de ahí saltó a tener un triciclo y luego una pequeña camioneta y más tarde un camión y ahora tiene tres camiones que traen plátanos

de Salcedo o de Vicente Noble, ¿cómo podríamos explicar su paso a la alta pequeña burguesía comercial si el punto de partida no estuviera en la baja pequeña burguesía muy pobre? ¿De qué medios hay que valerse, y en que forma usarlos, para pasar de *marginado* a mediano o alto pequeño burgués?

En estas líneas hemos hablado del caso de los pequeños burgueses de las capas más bajas que actúan dentro de lo que Marx llamó trabajo productivo, porque hay gente que hace trabajos no productivos, esto es, que no producen mercancías y por tanto no generan plusvalía. ¿Pero dónde situaremos a los hijos de esos bajos pequeños burgueses que no hacen ni trabajo productivo ni no productivo porque no trabajan, como es el caso de los muchos millares de jóvenes que estudian en las universidades dominicanas?

La pregunta es pertinente porque la abundancia de pequeños burgueses de las tres capas bajas que tenemos en el país se refleja en la existencia de muchos miles de universitarios que son, subjetivamente, el capital con que cuentan sus familias para salir de los niveles en que viven. Gracias al título que cada uno de ellos conquistará en la universidad, toda su familia ascenderá socialmente en la misma medida en que el hijo ascienda en el campo económico.

Por esa razón hay un vínculo de acero entre el hijo y los padres; un vínculo que no es meramente el del sentimiento paternal o filial sino clasista aunque de orden subjetivo. Y por eso podemos decir que en el caso de los pequeños burgueses dominicanos de las capas más bajas, hay que atribuirles a los hijos la posición clasista de los padres, por lo menos mientras vivan en el mismo núcleo familiar.

6 de abril de 1981.

LA PEQUEÑA BURGUESÍA Y EL PROGRAMA SOCIALISTA*

La casi totalidad de los llamados marxistas-leninistas dominicanos son pequeños burgueses, y la mayoría de ellos proceden de las tres capas más bajas de la pequeña burguesía.

El origen social no determina necesariamente una posición política y mucho menos una definición ideológica; pero cuando la última se basa nada más en razones emocionales y no se afirma en la práctica diaria, en el estudio, en el aprendizaje y el hábito de razonar que se adquieren en el trabajo político colectivo, la persona que adopta una definición ideológica, sobre todo si se trata de marxismo, alimenta esa definición con sentimientos e impulsos emocionales propios de su condición social, que están divorciados casi siempre del marxismo.

De esos sentimientos e impulsos el más vigoroso es el que empuja a los pequeños burgueses de las capas baja, baja pobre y baja muy pobre a destacarse socialmente; a escalar, en competencia con sus compañeros, alturas que lo distinguan en los grupos u organizaciones a los cuales pertenecen. Algunas veces la vía para lograr los propósitos de distinguirse es el ejercicio del terrorismo, pero con frecuencia es la de pavonearse en los círculos de los llamados revolucionarios luciendo un título de nobleza que no conocieron los

* *Vanguardia del Pueblo*, Año VIII, N° 330, Santo Domingo, Órgano del PLD, 10 de febrero de 1982, p.4.

señores feudales: el de marxistas-leninistas. En estos casos lo que persiguen esos bajos pequeños burgueses no es actuar como marxistas-leninistas sino que se sepa que ellos lo son, pues lo que les da prestigio entre sus amigos y compañeros no es *ser* sino *parecer* lo que dicen que son.

En nuestro país no son pocos los izquierdistas emocionales que buscan de esa manera una notoriedad que los lleva a satisfacer una necesidad característicamente pequeño burguesa, que es la de darse a conocer del medio en que se desenvuelven; pero lo que llama la atención es que por ese camino se hayan dejado llevar varias organizaciones políticas de izquierdas, por ejemplo, la mayoría de las que se aferran a la tesis de que los partidos marxistas-leninistas que van a terciar en las elecciones generales de 1982 deben hacerlo llevando un programa socialista.

Si alguna de esas agrupaciones creyera que en las elecciones de este año va a sacar un diputado, se explicaría que quisiera vincular desde antes de la elección a ese posible representante suyo con un programa que deberá defender y sostener en la Cámara de Diputados; pero todas ellas saben que ni una de ellas ni todas juntas podrán elegir a un miembro del poder legislativo.

¿Para qué, entonces, va a servir el programa socialista?

Para que el Pueblo identifique como marxistas a sus autores, y al parecer también para educar a las masas, lo que indica que quienes dirigen a esos grupos no tienen idea de cuál es la realidad social dominicana.

Lenín se refirió varias veces, de manera especial en los años de su gobierno, a la pequeña burguesía rusa de la cual dijo en más de una ocasión que en relación con el resto de la población de su país era numéricamente mayoritaria, pero esa pequeña burguesía rusa era productiva, detalle muy importante porque él marca la diferencia entre los pequeños burgueses de

la Rusia de 1920 y los de la República Dominicana de 1982. Los de nuestro país forman también, y de manera abrumadora, la mayoría de la población, pero dentro de esa mayoría hay tres capas que en términos de cantidad sobrepasan con mucho al resto de la pequeña burguesía; son los bajos pequeños burgueses, los bajos pobres y los muy pobres, entre los cuales los productivos son contados, y su número más alto está en los campos mal sosteniéndose con los escasos frutos que sacan de tres o cinco tareas de tierra que a veces son tan pobres como los hombres que las trabajan.

De la millonaria multitud de campesinos pobres del país salen los cientos de miles de hombres y mujeres que año por año van a establecerse en las ciudades más importantes; y resulta que todos ellos, por razones que tienen su explicación en sus condiciones materiales de existencia, son ideológicamente burgueses, y burgueses capaces de matar por esa posición. De esa masa salen los policías y los soldados así como los militantes de partidos como el PRD, el Reformista, el PQD. Con excepción de los muy pocos que se adhieren a organizaciones marxistas-leninistas, a ninguno de ellos le importa para nada qué cosa diga o deje de decir el programa electoral de un partido, cualquiera que sea, pero si se les habla de un programa socialista y se les dice que deben votar por él, creerán que quien les hace una proposición como ésa está burlándose de ellos o es un loco, porque de no ser así, ¿cómo se le ocurre pensar que ellos le darían su voto a un partido comunista?

El bajo pequeño burgués pobre y muy pobre dominicano no vota como lo hace un pequeño burgués francés, italiano o español. El nuestro transforma su voto en una inversión cuya existencia y valor conoce bien, cree él, y lo cree a toda fe, en el candidato presidencial del partido por el cual ha votado. Ese voto representa en su imaginación, y sobre todo en sus esperanzas, un vínculo poderoso entre él y el candidato; más aún,

el bajo pequeño burgués, el bajo pobre y el muy pobre cree que el candidato le atribuye a su voto el poder decisivo en las elecciones; cree, por tanto, que es él, únicamente él y nadie más que él, quien hace presidente de la República al candidato por quien votó; pero además está convencido de que el candidato está creyendo también eso.

El autor de este artículo sabe lo que dice por experiencia propia, no ajena. Habiendo sido elegido en diciembre de 1962 jefe del Estado, no tardó en hacerse cargo de que un número muy alto de miembros de la pequeña burguesía dominicana pensaba que fue el voto de cada uno de ellos el que determinó su elección, y también cada uno de ellos pretendía que se le retribuyera inmediatamente la parte de bienes materiales que correspondían a ese voto.

¿A quién se le ocurre pensar que una masa de electores que tiene tal creencia va a apoyar un programa socialista?

30 de enero de 1982.

CONCIENCIA POLÍTICA Y PROGRAMA SOCIALISTA*

La existencia de la pequeña burguesía rusa, y sobre todo su número tan alto en relación con los demás habitantes de Rusia, preocupaba a Lenín cuando ya era jefe del Gobierno revolucionario, porque ese conjunto de capas sociales reproducía constantemente, como lo habían dicho Marx y Engels, y la reproducían por cierto de manera muy activa, a la clase que la Revolución Rusa se proponía aniquilar, esto es, a la burguesía.

¿Qué quería decir eso de reproducir a la burguesía?

Quería decir que los pequeños burgueses rusos aspiraban a ser burgueses, a vivir como ellos, a hacer lo que hacían ellos, para lo cual era necesario que pensarán y sintieran como esos modelos a quienes imitaban de manera tan apasionada que los sustituían en todo hasta inconscientemente. Como la mayoría de los marxistas-leninistas dominicanos no han estudiado ni a Marx ni a Lenín, no se han dado cuenta de la atención que uno y otro ponían en la existencia de la pequeña burguesía, el uno en la de todos los países y el otro en la de Rusia; pero, cosa más importante que ésa, no se han dedicado a estudiar las características de la pequeña burguesía dominicana, que es tan abundante, en relación con la población del país, como lo era la rusa, y mucho más compleja que la rusa debido

* *Vanguardia del Pueblo*, Año VIII, N° 331, Santo Domingo, Órgano del PLD, 17 de febrero de 1982, p.4.

a que en la dominicana hay capas que no se conocieron en Rusia, y sin embargo todas las capas reproducen a la burguesía, y no ya a la nacional sino a la que tienen como modelo y pretenden imitar en todo a los pequeños burgueses criollos, y de manera más vehemente los que pertenecen a las capas más bajas de nuestra pequeña burguesía.

El modelo de los bajos pequeños burgueses nuestros, incluyendo a los bajos pobres y los bajos muy pobres, es la burguesía norteamericana, cuyos automóviles quieren usar, cuyo nivel de vida quieren reproducir en todos los terrenos. Ese modelo se les presenta a través de los medios de comunicación de masas, de manera especial la televisión, el cine y la prensa escrita, sobre todo con sus secciones dedicadas a la publicidad, en las cuales aparecen mujeres y hombres elegantes vistiendo y comiendo y divirtiéndose con lo mejor de lo mejor. Esa publicidad vende Coca Cola, trajes, casas, muebles, pero también vende ideología, la ideología burguesa en sus esencias más atractivas, porque cuando se admira tanto un tipo dado de vida, los admiradores quedan adheridos de manera automática al sistema político y social que se ha establecido en los lugares o países donde está más avanzado y extendido.

Ese tipo de vida a la norteamericana se refleja en la República Dominicana no sólo en los medios de comunicación social sino además en tiendas, supermercados, barrios de lujo, grandes restaurantes, sitios por los cuales pasan a diario miles de pequeños burgueses de las capas más bajas; pero sobre todo lo hallamos en la atmósfera ideológica en que viven los dominicanos.

Con la excepción de unos pocos miles de pequeños burgueses de inclinaciones revolucionarias que hay en el país, entre los cuales figuran miembros de las dos capas superiores de la pequeña burguesía —la mediana y la alta—, puede

decirse sin temor a caer en error que la gran masa pequeño burguesa dominicana es ideológicamente burguesa, y eso lo demuestra la presencia abrumadoramente mayoritaria de esa masa en partidos como el Reformista, el PRD, el Social Cristiano*, el PQD.

La atmósfera ideológica burguesa a que nos hemos referido hace un momento es mucho más pesada cuanto más se descienda en el orden de las capas de la pequeña burguesía. En las capas altas y medianas podemos hallar fanáticos de derechas, pero son contados; entre los bajos pequeños burgueses pobres y los muy pobres se cuentan por muchos miles los que son o han sido soldados, policías y agentes secretos, y por cientos de miles de miembros y simpatizantes de partidos como los que hemos mencionado al final del párrafo anterior, todos los cuales son agencias políticas del sistema capitalista. En total, las masas de esos partidos están formadas por más de dos millones de personas, esto es, una gran mayoría de la población adulta del país.

Hasta ahora hemos estado refiriéndonos en este artículo a la pequeña burguesía nacional, y como es natural, los dirigentes de los grupos y partidos marxistas-leninistas dirán que a ellos no les interesa lo que sean o dejen de ser los pequeños burgueses dominicanos; que ellos luchan en favor del proletariado. Pero sucede que los trabajadores dominicanos, esos a quienes llamamos obreros, son casi en su totalidad, en el orden ideológico, pequeños burgueses de las capas más bajas. No conocemos ni hemos conocido un obrero, uno solo, que se proponga para sus hijos un destino proletario; todos quieren que los hijos sean profesionales universitarios.

* En el momento en que el autor escribe estas líneas todavía el Partido Revolucionario Social Cristiano no se ha fusionado con el Partido Reformista. Este hecho se producirá el 16 de abril de 1983, de donde saldrá el Partido Reformista Social Cristiano.

Naturalmente, que si al obrero dominicano le falta conciencia de clase, es deber de los marxistas darle esa conciencia, transmitirle la ideología propia de su clase; pero eso no puede hacerse mediante un programa de gobierno socialista, llamado a tener una vida de cuatro meses, y sobre todo que será puesto en circulación en los días en que estarán más excitados los ánimos de la pequeña burguesía por el entusiasmo que genera en ella una campaña electoral, y esa excitación es promovida y sostenida en el orden ideológico por todos los medios que tienen en sus manos los partidos de la burguesía.

Hablando de los problemas del comunismo inglés, Lenín decía, en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, que “si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas, nunca con la propaganda sola”. Y efectivamente, la propaganda produce conocimientos, pero no experiencias. La experiencia es un producto de la vida, no de las palabras de unos cuantos oradores ni de las que aparecen escritas en programas de gobierno, en folletos, en libros.

Pretender que con propaganda pueden ser convertidos los trabajadores dominicanos en marxistas es un error que sólo se explica porque los líderes de la izquierda del país, o la mayoría de ellos, creen que la publicidad que el capitalismo usa para vender desde Coca Cola hasta la ideología burguesa tiene un don mágico que sirve también para transformar la conciencia de los obreros.

1° de febrero de 1982.

¿CUÁNDO PASA UNA CLASE A SER GOBERNANTE?*

I

El periodista Eugenio Bueno, que publica en *El Sol* una columna titulada “Breverías”, dijo en días pasados que nuestra tesis de que en la República Dominicana no hay todavía una clase gobernante debe aplicársele también a Estados Unidos porque según él “allí es corriente y normal que millonarios, inclusive familias enteras, se dediquen a la política”, y explica que “los casos Kennedy y Rockefeller son muy famosos como para no ser conocidos”, y por tanto, en su opinión no debe negárseles a los hombres de empresas de nuestro país el derecho de ser políticos.

Esos argumentos indican que el autor de “Breverías” cree que millonarios y empresarios son palabras equivalentes, y no lo son. Una persona puede ser millonaria y no tener o dirigir ninguna empresa, como ha sido el caso de los hermanos Kennedy y de los Rockefeller, pero además una persona puede ser político profesional sin que sea a la vez miembro de la clase gobernante de su país aunque se halle al servicio de esa clase gobernante, caso que se da, por ejemplo, en la República Dominicana.

En los Estados Unidos sí hay una clase gobernante, y nada lo demuestra mejor que el hecho de que algunos miembros de esa clase nacidos millonarios y archimillonarios, en vez de

* I al XX, en *Vanguardia del Pueblo*, Año VII, N° 302/ 305-327, Santo Domingo, Órgano del PLD, del 29 de julio de 1981/ 19 de agosto de 1981 al 20 de enero de 1982, p.4.

dedicarse a dirigir empresas de las cuales son accionistas, y a menudo grandes accionistas que han heredado esas acciones, se han dedicado a ser políticos, tal como ocurrió en los casos de los tres hermanos Kennedy, John F., Edward y Robert, y de los hermanos Rockefeller, Nelson Aldrich y Winthrop, y como lo demuestra el hecho de que todo empresario o alto funcionario —ejecutivo— de empresas que pasa a servirle al Gobierno en cargos públicos debe renunciar a mantener relaciones económicas con su empresa o con aquella en la cual había trabajado durante el tiempo en que desempeñe sus funciones en el aparato del Estado, y violar ese principio es un delito que se castiga con sanciones penales.

Debemos advertir que por el solo hecho de ser millonarios, dueños de acciones de empresas grandes o medianas, los hermanos Kennedy y los hermanos Rockefeller eran, antes de dedicarse a la actividad política, miembros de la clase dominante norteamericana, y esa clase dominante se había convertido en clase gobernante mucho tiempo antes de que ellos nacieran; de manera que desde el momento mismo de su nacimiento ellos eran miembros de la clase gobernante de su país. Téngase esto presente, porque el periodista Eugenio Bueno parece haber entendido que los hermanos Kennedy y los hermanos Rockefeller habían pasado a ser miembros de la clase gobernante a partir del momento en que se dedicaron a la actividad política.

Ser miembro de la clase gobernante no significa ser político profesional. Se es miembro de la clase gobernante de un país sin que sea obligatorio ni necesario desempeñar tareas políticas de por vida o durante una parte de la vida, y en sentido opuesto, abundan las gentes que se dedican a la actividad política como profesional o manera de vivir sin que pertenezcan a la clase gobernante, cosa que sucede sobre todo en países de capitalismo tardío como son los del Tercer Mundo,

donde generalmente los políticos son pequeños burgueses, el mayor número de ellos provenientes de las capas más bajas de la pequeña burguesía.

Ser miembros de la clase gobernante no significa que se es, o se tiene que ser, funcionario del Gobierno. La clase gobernante no necesita desempeñar los puestos públicos para retener bajo su control el poder del Estado. Para eso le basta con que el Estado le sirva a ella y sólo a ella, nunca a las clases que ella explota o que ella tiene sometidas a su autoridad, y consigue y retiene el control del Estado porque ha conseguido poner a su servicio los instrumentos políticos que manejan el aparato del Estado, entre los cuales están, en primer lugar, las fuerzas llamadas del orden público (ejército, policía, servicios secretos), en segundo lugar los partidos políticos y en tercer lugar todas las instituciones sociales que aparentemente no tienen nada que ver con la política, como son los grupos religiosos, los medios de comunicación de masas, los establecimientos de enseñanza y los económicos. Teniendo a su servicio los partidos políticos quedan bajo su control las diferentes ramas del Gobierno, esto es, el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, no importa cuáles de esos partidos ganen las elecciones, puesto que los candidatos a presidentes de la República y a senadores y diputados son escogidos por los partidos y los senadores eligen a los miembros del poder Judicial, al menos en la República Dominicana.

Más aún (y hemos hecho un punto y aparte para decir esto a fin de que quede claro en la mente del lector), la clase dominante sólo se convierte en clase gobernante cuando ha logrado el dominio de todas esas fuerzas sin las cuales no podría mantener el control del poder del Estado, y es ese control, ese y ningún otro, el que le da la categoría de clase gobernante.

II

La clase gobernante se va formando a lo largo de un proceso que puede durar mucho tiempo, como ha sido el caso de la República Dominicana. En los diecisiete años de la Primera República —de 1844 a 1861— la lucha de la pequeña burguesía comercial contra los hateros por el control del Estado condujo el país a la Anexión porque los hateros, cuyo jefe político y militar era Pedro Santana, prefirieron la disolución de la República y su retorno a la condición de colonia antes que aceptar el establecimiento de un Estado burgués, que era lo que se proponía la pequeña burguesía comercial, y de manera especial la que se oponía a Báez y acabó aliándose con los hateros. Esa alianza fue determinante en el paso hacia la Anexión, pues gracias a ella Pedro Santana recuperó el poder y desde el poder negoció la entrega del país a España.

En esos diecisiete años la clase económica y socialmente dominante fue la hatera, y había pasado a ser dominante también en el orden militar desde los primeros días de julio de 1844. El dominio de la fuerza armada del nuevo Estado que quedó formado a partir del 27 de Febrero determinó el paso de los hateros de clase dominante a clase gobernante, pues la toma del poder militar les facilitó la conquista del poder político que era lo que les faltaba para organizar el Estado a su gusto y medida. Debemos advertir, sin embargo, que la condición de clase gobernante no les daba a los hateros el control absoluto de la sociedad dominicana, lo que se explica por la debilidad estructural de esa sociedad debido a que sus grupos más avanzados eran los altos y medianos pequeños burgueses comerciantes que se movían en un medio sumamente atrasado. Los hateros no pudieron evitar el fortalecimiento de esa pequeña burguesía comercial y las consecuencias de tal fortalecimiento fueron las luchas contra el poder hatero que iban a desembocar en la solicitud de anexión a España hecha por el Gobierno de Pedro Santana.

La Anexión fue el canto de cisne de los hateros, una clase que se hallaba para 1861 en extinción, y fue al mismo tiempo un revulsivo para las diferentes capas de la pequeña burguesía que se lanzaron a la guerra y tuvieron la capacidad necesaria para derrotar el poder militar español pero no podían convertirse en clase gobernante porque ninguna de esas capas llegó a ser la clase dominante en lo social, en lo económico y en lo militar a la vez, y no podían serlo todas juntas debido a que la lucha a muerte que había entre ellas les impedía unirse.

Pasada la guerra de la Restauración, Buenaventura Báez, que se había convertido en el líder de las capas más bajas de la pequeña burguesía, sustituyó durante doce años a la clase gobernante que no se había formado después de la extinción de la hatera, pero la sustituyó no en forma sostenida sino a saltos, tal como lo habían hecho los hateros en los años de la Primera República y por razones muy parecidas: porque la sociedad dominicana no tenía las estructuras indispensables para que se estabilizara en el país una clase gobernante o el hombre y su equipo humano que la sustituyeran.

Espaillet, Luperón, González, Guillermo, Meriño: ninguno de esos jefes de gobiernos pudo sustituir a la clase gobernante que no se había formado. Quien lo haría sería Ulises Heureaux, que se apoyaba a la vez en los contados burgueses mercantiles nacionales y extranjeros que había en la Capital, Santiago y Puerto Plata, en las capas bajas de la pequeña burguesía y en algunos medianos y altos pequeños burgueses. Sin representar a una clase dominante como había sido el caso de Pedro Santana, Heureaux se convirtió en el jefe militar del país en los días en que se iniciaba el desarrollo del capitalismo con la instalación de ingenios de azúcar, un proceso del cual se aprovecharía Heureaux para mantenerse durante diecisiete años como sustituto de la clase gobernante que no se había formado todavía al terminar el siglo pasado.

¿Cuál era la clase económica y socialmente dominante en los años de Heureaux?

Debía ser la de los capitalistas azucareros, pero muy pocos de ellos eran dominicanos. En su defecto debió ser la de los comerciantes que habían escalado el nivel de los burgueses, pero entre ellos los dominicanos eran pocos, y esos pocos, lo mismo que los extranjeros, vivían aplastados por el terror lilisista.

Los grandes terratenientes y ganaderos o los que cosechaban café y cacao en cantidades importantes —pues los había que cosechaban cantidades pequeñas— no tenían la coherencia social que se requería para formar una clase. Y por último, los capitalistas azucareros, los burgueses comerciales, los terratenientes ganaderos y los productores de cacao y café formaban algo así como islas de poder dispersas en medio de una sociedad que venía generando cambios importantes desde que terminó la guerra de la Restauración pero que todavía no había creado las estructuras sobre las cuales pudieran desarrollarse de manera normal los elementos que se requerían para que se formara una clase, o un frente de clases dominante. Fue a esa dispersión, a ese aislamiento social a lo que se debió el hecho de que la eliminación de Heureaux no fuera la obra de una clase sino la de una conjura de comerciantes y agricultores pertenecientes a la alta y la mediana pequeña burguesía de una ciudad de cuarta o quinta categoría, lo que equivale a decir que desde el punto de vista objetivo estuvo más cerca de ser una aventura que el producto de la decisión política de una clase.

III

Ramón Cáceres —más conocido de sus amigos y del Pueblo por su sobrenombre de Mon, lo cual es un índice de que no pertenecía a una clase gobernante— dio muerte en Moca a Ulises Heureaux el 26 de julio de 1899, y a partir de ese momento

el país entró en una era de desórdenes que durarían hasta que se produjo la intervención militar norteamericana de 1916.

Si se analiza la historia de esos años —1899 a 1916— se advierte que al morir Heureaux desapareció de manera casi total la autoridad que mantenía cohesionada a la sociedad dominicana, lo que nos indica que cuando se produjo la muerte del dictador lo que quedó en el lugar que él ocupaba fue un vacío porque detrás del férreo gobernante no se hallaba una clase a la cual estuviera representando; y esa clase inexistente era la que debió haber pasado a gobernar el país el mismo día en que Heureaux moría en Moca; o dicho de otra manera, esa clase debió ser la clase gobernante, o un frente formado por más de una clase que se encargara de dirigir la vida económica, social y política dominicana.

La situación de desorden general que sucedió a la muerte de Ulises Heureaux venía dándose en el país desde que terminó la Guerra de la Restauración, pero nos parece que en la etapa que siguió al magnicidio de Moca es cuando pueden verse mejor, en conjunto y en detalle, los efectos explosivos de la lucha de clases que sacudía al país, una lucha que había sido contenida durante años por Heureaux pero que al morir él estalló en varios frentes y en varios niveles de manera espontánea con consecuencias tan desintegradoras para la sociedad nacional que por momentos se advierte con precisión cómo se hundían en los pantanos sangrientos de esa lucha las estructuras del aparato del Estado debido a que la falta de una clase gobernante lo dejaba a merced de cuantos grupos y personas se propusieron ponerlo a su servicio.

Como hemos dicho de manera tal vez machacona, allí donde no hay una clase gobernante, caso que se ha dado con frecuencia en los países del Tercer Mundo o de capitalismo tardío, aparece el dictador que la sustituye, lo que viene a ser el mecanismo natural de sustitución que impide la disolución

de una sociedad que se halla expuesta a los efectos de un caos, tal como le sucedía a la República Dominicana tras la muerte de Heureaux. Quien restauraría el orden sería el Gobierno militar que nos impuso Estados Unidos durante ocho años sometiendo a su voluntad a todas las fuerzas sociales que tomaban parte en la lucha de clases iniciada a tiros sobre el cadáver todavía caliente del dictador.

En esa lucha iban a tomar parte la oligarquía terrateniente y ganadera, los comerciantes grandes, que eran pocos y en su mayoría extranjeros, cuyo líder natural sería Juan Isidro Jimenes porque era el más rico de todos. Por su parte, la alta y la mediana pequeña burguesía ligada al comercio por razones económicas, representada por Horacio Vásquez, que había sido el jefe político de los conjurados para darle muerte a Heureaux, tomó la delantera cuando Vásquez pasó a ser presidente provisional en sustitución del Gobierno que había dirigido Heureaux, pero a la hora de elegir un presidente constitucional, Jimenes fue el candidato propuesto por Vásquez, y éste fue elegido junto con el primero como vicepresidente. Ambos tomaron posesión de sus cargos en noviembre de 1899, pero al finalizar abril de 1902, Vásquez iniciaba un movimiento armado contra Jimenes, quien abandonó el país al comenzar mayo mientras Vásquez pasaba a ocupar su puesto en la jefatura del Estado y del Gobierno.

Tan pronto Vásquez tomó el poder comenzaron a darse levantamientos armados en el Cibao y en la Línea Noroeste, primeras formas de manifestación de los dos partidos caudillistas en que iban a mantenerse divididas todas las clases y las capas sociales del país durante más de veinte años: los horacistas o rabuses y los jimenistas o bolos. Esas dos corrientes se enfrentaron con tanta violencia como si estuvieran formadas por clases antagónicas y su enfrentamiento iba a desembocar en una rebelión de los presos políticos que se

hallaban en la Fortaleza del Homenaje, en la capital de la República. Como la mayoría de los presos eran partidarios de Heureaux, aclamaron presidente a Alejandro Woss y Gil, que lo había sido como testaferro del dictador. El presidente Vásquez organizó fuerzas con las cuales le puso a la ciudad de Santo Domingo un sitio que duró varias semanas, costó muchas vidas, algunas de ellas de jefes horacistas importantes, y provocó un incendio que destruyó la mayoría de las casas de San Carlos.

Vásquez se fue del país para vivir en Cuba y Woss y Gil pasó en agosto de ese año —1903— a ocupar el cargo que había dejado Vásquez, pero lo ocupó por poco tiempo porque el 24 de octubre comenzó otro levantamiento armado, el que se conocería con el nombre de la Unión debido a que en él participaron juntos los enemigos que lo habían sido a muerte hasta abril de ese año, esto es, los horacistas y los jimenistas, los cuales combatirían bajo el mando de un guerrero improvisado llamado Carlos Morales Languasco, que había sido sacerdote católico.

IV

Una clase gobernante toma el poder y establece determinadas reglas del juego político cuya aplicación le asegura, en primer lugar, el dominio del poder por largo tiempo, y en segundo lugar, su existencia como clase llamada a disfrutar privilegios que sólo da el uso del poder.

Para que se cumpla lo que acabamos de decir tiene que haber una condición previa sin la cual sería imposible alcanzar esos propósitos; y esa condición previa es que exista la clase que va a gobernar. En el caso de que la clase no exista lo sabremos mediante la observación de los hechos, que serán caóticos desde el punto de vista social y político, o serán todo lo contrario debido a que se hallarán bajo el control de un

orden arbitrario, como el que mantuvieron en la República Dominicana Ulises Heureaux en el siglo pasado y en este siglo Rafael L. Trujillo aquí, Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, y Duvalier padre y Duvalier hijo, también en este siglo, en Haití.

A la muerte de Heureaux nuestro país estaba muy lejos de contar con una clase gobernante y todavía no la tenía cuando la vida de Trujillo terminó a tiros en una avenida de la Capital el 30 de mayo de 1961. La situación de caos social y político que brotó, como la lava de un volcán que empezaba a hacer erupción, tan pronto Heureaux cayó abatido por Mon Cáceres, no cambió con la victoria del levantamiento armado conocido con el nombre de la Unión, según veremos a seguidas.

Morales Languasco entró en la ciudad de Santo Domingo con una columna armada el 6 de diciembre de 1903 y tomó posesión de la presidencia de la República mientras Woss y Gil y sus colaboradores más cercanos salían del país en condición de exiliados, lo que al parecer iba haciéndose ya una tradición política nacional; pero en vez de entregar el poder a Jimenes, como había dicho que lo haría cuando encabezó el movimiento de la Unión, Morales Languasco decidió quedarse él en la jefatura del Gobierno —y del Estado— para lo cual se rodeó de horacistas y lanzó su candidatura presidencial para unas elecciones que se celebrarían en 1904, lo que nos indica que el ex-sacerdote no había encabezado un levantamiento armado porque estuviera sirviendo los fines políticos de una clase sino porque en la lucha de clases que sacudía al país, llevada a cabo por las diferentes capas de la pequeña burguesía, él había entrevisto que tenía por delante una oportunidad de ascender rápidamente, por la escala política, hacia la posición más alta a que podía llegar un dominicano, que era la presidencia de la República.

A quien Morales Languasco escogió como el candidato vicepresidencial que le acompañaría en las elecciones de 1904 fue a Mon Cáceres, que por el hecho de haber dado muerte a Ulises Heureaux se había convertido en un héroe nacional, y por el de ser primo hermano de Horacio Vásquez, jefe del partido horacista o rabudo, era la segunda figura de esa corriente política en la que los dominicanos veían la contraparte del partido jimenista o bolo. La presencia de un horacista tan importante como Mon Cáceres en la segunda posición de la candidatura moralista determinó un levantamiento armado del jimenismo, que fue bautizado por el Pueblo con el nombre de la Desunión.

La lucha de clases llevada a cabo por las diferentes capas de la pequeña burguesía no era la de una clase que se proponía tomar el poder para imponerles a otras clases sus intereses, su concepto particular o clasista del Estado. No era ni podía serlo porque la sociedad dominicana no había llegado aún, en ese año de 1904, ni llegaría en el año 1961 ó 1963, al grado de desarrollo de la división social del trabajo necesario para que se formara en su seno la clase gobernante. De lo que se trataba en ese momento era de que tal o cual sector de una de las capas de la pequeña burguesía tomara el poder para satisfacer propósitos personales o a lo sumo de grupos.

Por eso se explica que Morales Languasco estuviera dispuesto a conceder lo que le pidiera el Gobierno de Estados Unidos a cambio de que le diera apoyo para seguir gobernando, y que entre otras cosas aceptara que los impuestos de aduanas fueran cobrados por funcionarios norteamericanos, los cuales enviarían al Gobierno de su país el 55 por ciento de los ingresos generados por esos impuestos, para que ese gobierno, y no el dominicano, pagara con tales fondos a los empleados de aduanas y a los ciudadanos extranjeros de los que era deudor el Estado dominicano. Esa decisión de Morales Languasco conduciría de manera

inevitable a la aceptación, por parte del Gobierno que le sucedería —que sería encabezado por Cáceres—, de la Convención Domínico-Americana de 1907, que iba a ser la antesala de la intervención militar de 1916.

Debido a que en 1905 el país no tenía un clase gobernante su falta fue sustituida de hecho por el Gobierno de los Estados Unidos, tal como lo dice el convenio negociado con ese gobierno el 7 de febrero de ese año, que terminaba con estas palabras:

“El Gobierno de los Estados Unidos, a solicitud de la República Dominicana, auxiliará a ésta en la forma que estime conveniente para restablecer el crédito, conservar el orden, aumentar la eficacia de la administración civil y promover el adelanto material y el bienestar de la República”.

Obsérvese la amplitud ilimitada del concepto que iba contenido en las palabras “auxiliará a ésta (la República Dominicana) en la forma que estime conveniente...”.

¿Es posible que una clase gobernante acepte una disminución tan escandalosa de sus atributos?

V

Tal vez el episodio más demostrativo de que en la República Dominicana no había en 1905 una clase gobernante sea el del abandono de sus funciones de jefe del Estado que hizo el presidente Morales Languasco cuando tuvo la peregrina idea de iniciar un levantamiento armado nada menos que contra su propio gobierno. Es difícil que en otro país se haya visto algo semejante.

En esa ocasión el antiguo sacerdote y guerrillero iba a encabezar una guerra civil para librarse de los horacistas que él había nombrado en su gabinete y en otras posiciones importantes, y para actuar como lo hizo se apoyó en los jimenistas con el mismo desenfado con que en la revuelta

de la Desunión se apoyó en los horacistas para combatir a los jimenistas.

Un alto jefe del jimenismo acompañó al presidente en una fuga de la Capital al final de la cual debía empezar el levantamiento que se había planeado, pero dada la posición de presidente de la República que desempeñaba el líder de ese levantamiento y dados el día y la hora en que se llevaba a cabo —24 de diciembre de ese año de 1905— la fuga fue fácilmente descubierta por los personajes horacistas que ocupaban altos cargos en el Gobierno.

Tan pronto se corrió la voz de que Morales Languasco estaba huyendo de su propio gobierno y se hallaba en algún lugar de la cercana sección de Haina, se organizó la persecución del prófugo, espectáculo inconcebible en lugares del mundo donde se aplican las reglas del juego político que pone en vigencia una clase gobernante.

En su huida, el presidente de la República se rompió una pierna, lo que equivalía a hacer más patente el ridículo en que habían caído él y el país. En ese momento el jefe del Estado dominicano no halló otra persona a quien pedirle ayuda que al representante diplomático de Estados Unidos, y con su protección consiguió salir hacia la pequeña isla de Santomas donde puso un puesto de venta de frutas con el cuál se ganaba la vida.

Cinco días después de la fuga de Morales Languasco se hizo cargo de la presidencia de la república el vicepresidente Ramón Cáceres, y al comenzar el mes de enero de 1906 estallaba un movimiento armado jimenista encabezado por Desiderio Arias y Demetrio Rodríguez. El último iba a morir en los primeros días de la contienda mientras dirigía el sitio de Puerto Plata, pero su muerte no le puso fin al nuevo brote de guerra civil, que iba a durar hasta mediados de 1907.

A esos estallidos de violencia colectiva se les llamaba en el país revoluciones. En ellos tomaban parte fundamentalmente

campesinos pobres que seguían a pequeños y medianos pequeños burgueses convertidos en “generales” por el hecho de que eran hombres audaces y de mucho valor, en la mayoría de los casos procedentes de las capas baja y mediana de la pequeña burguesía, sobre todo campesina, y en ciertas ocasiones de la mediana y la alta pequeña burguesía de ciudades y pueblos. En sentido general, los jefes y las masas que hacían esas “revoluciones” luchaban porque necesitaban conquistar la seguridad económica y el ascenso social en un país muy pobre, pero en algunos casos los jefes eran de familias conocidas y de centros urbanos a quienes llevaban a las guerra civiles sus tendencias aventureras y el aura de popularidad que rodeaba a los que se destacaban en los numerosos combates que se libraban entre fuerzas “revolucionarias” y las del Gobierno.

La “revolución” de 1906 se extendió por la Línea Noroeste y por la costa norte con tanta violencia que el Gobierno de Cáceres tuvo que hacerle frente con medidas nunca antes vistas en el país, como fueron, por ejemplo, la concentración de familias y ganados en lugares de la Línea Noroeste que estaban bajo control de los soldados gobiernistas. Animal que anduviera en terrenos que no se hallaran bajo ese control era sacrificado sin contemplaciones.

Hasta ese momento a la jefatura del Gobierno de la República no había llegado un hombre con tantas condiciones naturales de estadista como Ramón Cáceres, pero a él le tocó actuar en una sociedad que no había dado aún una clase gobernante, lo que en la vida diaria se traducía en una situación de cuasi caos perpetuo. Para dominar ese caos en el más dañino de sus aspectos, Cáceres tuvo que darle carácter oficial, y con él derecho a cobrar sueldos sin rendir trabajo alguno, a numerosísimos supuestos generales, única manera de evitar los brotes de violencia colectiva que venían sucediéndose desde los días de la Guerra Restauradora.

En cualquier sociedad que se halle en una etapa de su evolución similar a la que estaba viviendo la dominicana, los que llegan a la jefatura política tienden a sustituir a la clase gobernante que no se ha formado todavía. Ramón Cáceres actuó en consecuencia con esa inclinación, y cuando terminaba su mandato presidencial presentó su candidatura al mismo cargo, fue elegido e inauguró ese período el 1° de julio de 1908. Como había sido elegido para gobernar seis años, debió entregar el poder, si no se reelegía, el 1° de julio de 1914; pero fue muerto a tiros el 19 de noviembre de 1911, y lo mismo que había sucedido cuando él mató, también a tiros, a Ulises Heureaux doce años antes, tan pronto murió Cáceres el país vio reproducirse rápidamente el estado de caos social en que estaba viviendo desde hacía casi medio siglo, pero en esa ocasión con una violencia multiplicada.

Había empezado la llamada “guerra de los quiquises”, en la cual tomaron parte todas las capas de la pequeña burguesía dominicana para librar una lucha salvaje que sólo cesaría cuando el país fuera ocupado militarmente por los Estados Unidos, hecho que se produjo en el año 1916.

VI

A partir de la muerte de Ulises Heureaux la lucha de clases que se llevaba a cabo, en su última etapa, entre las diferentes capas de la pequeña burguesía, se fue encauzando políticamente a través de los partidos horacista o rabudo y jimenista o bolo. Lo de rabudos se explica porque el símbolo de los primeros era un gallo de pelea que tenía una cola o rabo abundante y el de los segundos era otro gallo de pelea que no tenía cola, y los gallos de esa característica se conocían con el nombre de bolos.

Los cauces políticos que ofrecían los dos partidos corrían más o menos paralelos, pero como hemos visto en los artículos anteriores, de vez en cuando se unían, y por tanto se

confundían, como sucedió cuando se produjeron los movimientos armados de la Unión y la Desunión. Una de esas confusiones se dio bajo el Gobierno de Cáceres y llevó a unirse a fracciones del partido bolo con fracciones del rabudo, pero sucedió algo que le dio a esa última unión una significación excepcional; y fue que el partido rabudo, cuya segunda figura era el presidente de la República, se dividió entre caceristas y horacistas, y con la división comenzaron a organizarse grupos de horacistas, entre los cuales alguna que otra vez había uno, dos, tres bolos, que se dedicaban a conspirar para derrocar el Gobierno. Una de esas conspiraciones fue la que culminó en el atentado a tiros que le costó la vida a Ramón Cáceres, o, como le llamaba la generalidad de la gente, a Mon Cáceres.

Con la muerte del presidente Cáceres se puso de manifiesto de manera dramática la ausencia de una clase gobernante que condujera los acontecimientos forzándolos a obedecer las reglas del juego favorables a los intereses de esa clase, y surgió de manera automática el hombre que iba a sustituirla: era un joven de menos de treinta años llamado Alfredo Victoria a quien Cáceres había puesto en el cargo militar más alto del país, el de comandante de Armas de la Fortaleza Ozama, lo que equivalía a decir jefe de la guarnición de la capital de la República.

Gracias a ese cargo Alfredo Victoria, conocido por el apodo de Jacagua debido a que había nacido en la sección de Santiago que lleva ese nombre, tenía bajo su mando el poder decisivo en cualquier sociedad, y sobre todo en una como la dominicana, de manera especial la de principios de este siglo, época en la que sólo se hacía respetar el que tuviera armas y hubiera demostrado su decisión de usarlas para decidir con ellas una controversia pública o privada, y Alfredo Victoria había demostrado que las usaba; lo demostró de manera convincente en la persecución de los matadores del presidente

Cáceres y poco después cuando obtuvo que el Congreso eligiera como sucesor de Cáceres a su tío, el senador Eladio Victoria, apodado Quiquí.

Quiquí Victoria tomó posesión de la jefatura del Estado el 27 de febrero de 1912 y casi inmediatamente estalló una guerra civil de ferocidad impresionante, en la que actuaron unidos, de una parte, “generales” bolos y rabudos respaldados por sus seguidores, y de la otra, las fuerzas militares que pudo controlar Alfredo Victoria, entre las cuales estaban el Batallón Ozama y la Guardia Republicana. Esas fuerzas fueron bautizadas por el Pueblo con el nombre de *los quiquises*, derivado del apodo del presidente Victoria, y la feroz contienda sería llamada *la guerra de los quiquises*.

La guerra de los quiquises dejó demostrado de manera irrefutable que en el país no sólo no había una clase gobernante sino que tampoco había una clase dominante. Los partidos políticos a través de los cuales se encauzaba la lucha de clases de las diferentes capas de la pequeña burguesía quedaron desbordados por esa lucha, que había tomado un impulso vigoroso con el relativo desarrollo económico alcanzado bajo el Gobierno de Cáceres, y se veían revueltos no sólo grupos de “generales” bolos con grupos de “generales” rabudos que tomaban parte en la contienda, unos de un lado, otros del otro, sino que además surgían grupos nuevos, como el que acaudillaba en la región sur del país el “general” Luis Felipe Vidal.

El Gobierno norteamericano terció en esa guerra feroz, hizo sacar de la jefatura militar a Alfredo Victoria y luego de la presidencia de la República a Eladio Victoria, a la que renunció el arzobispo Nouel, jefe de la Iglesia nacional, quien desempeñaría el cargo con carácter provisional, pero lo renunció a los cuatro meses porque ni aun con la autoridad de su investidura sacerdotal podía sustituir a una clase gobernante que el país no tenía.

El “general” Desiderio Arias, que como varios otros “generales” disponía de fuerzas armadas propias como si fuera un jefe de Estado, entró en la Capital a la cabeza de su “ejército” privado, avanzó por las calles de la vieja ciudad y acampó sus hombres en el patio del palacio arzobispal, que se hallaba en la calle llamada hoy Padre Billini, entre la Hostos y la Arzobispo Meriño, lo que equivale a decir que el presidente Nouel quedó sitiado por el jefe guerrillero que le hizo un cerco armado para forzarlo a aceptar una larga lista de peticiones de nombramientos a favor de partidarios suyos y otras medidas, las cuales sumadas a la primera habrían convertido al sitiador en el poder supremo del país, lo que indica que la disolución social había llegado a tales extremos que hasta fuera del aparato del poder del Estado había hombres que aspiraban a sustituir a una clase gobernante que no existía.

La presión que cayó sobre monseñor Nouel fue de tal naturaleza que no pudo resistirla, abandonó el país y desde a bordo del buque en que viajaba hacia Europa envió al Congreso su renuncia a la presidencia de la República, lo que se explica porque aunque él no se diera cuenta de la razón que lo llevaba a actuar así lo cierto es que él no podía representar a la vez a todas las capas de la pequeña burguesía que luchaban a muerte, armadas de fusiles, para tomar el control del Estado.

VII

¿Qué impulsaba a las diferentes capas de la pequeña burguesía dominicana a batirse a tiros de manera desesperada en esos años de 1912 y 1913 para tomar el control del Estado? ¿Eran posiciones ideológicas antagónicas que se manifestaban en encuentros armados de los partidos horacista o rabudo y jimenista o bolo?

Nada de eso, pues ambos partidos tenían posiciones iguales ante los problemas del país, ambos eran caudillistas y sólo

se diferenciaban en que el caudillo de uno era Horacio Vásquez y el del otro era Juan Isidro Jimenes. De los dos formaban parte las mismas capas de la pequeña burguesía; en el horacismo había tantos altos y medianos pequeños burgueses como los que había en el jimenismo y así sucedía también en el caso de las tres capas bajas de ese conglomerado social, y los que tomaban parte en los combates representaban a la totalidad de los partidarios de sus respectivos caudillos.

Si los pequeños burgueses de todas las capas que tomaban parte en las guerras civiles de esos años se lanzaban a matarse entre sí no lo hacían porque hubieran leído libros que les habían dado una determinada firmeza ideológica ni cosa parecida; lo hacían porque en la práctica de sus vidas habían aprendido la lección que les daban los que conquistaban el poder político, esto es, que quienes alcanzaban el control del Estado se hacían de manera automática de otros poderes, y de manera especial de los que da el dinero que manejan los gobiernos. La vida misma, y no ningún libro, les había enseñado que ese dinero confería a quienes lo tenían una autoridad sin límites gracias a la cual se satisfacían todos los apetitos y se alcanzaban los niveles sociales más altos, ¿o no había sido Ulises Heureaux, el legendario Lilís, hijo natural de una cocinera de Puerto Plata, el amo y señor del país durante varios años gracias a que llegó a la presidencia de la República tirando tiros y ganando combates?

En el caso de los bajos pequeños burgueses de mejores condiciones en cuanto a sensibilidad patriótica y social, que repudiaban a Lilís por sus métodos dictatoriales, esos tenían presente el ejemplo de Gregorio Luperón, que era de origen tan humilde como Heureaux, y de su mismo color, y sin embargo había llegado también a ser jefe del Estado, una posición que Luperón no usó para hacer las cosas que haría Lilís, pero pudo haber hecho lo mismo que hizo el último si ése

hubiera sido su deseo porque a los ojos de la pequeña burguesía dominicana de las capas más bajas un presidente de la República podía hacer todo lo que le diera la gana debido a que en él se unían la autoridad y la fuente de las leyes del país. Esas capas de la pequeña burguesía no tenían la menor noción de lo que eran el poder Legislativo y el Judicial, y no podían tenerla precisamente porque la ausencia de una clase gobernante se reflejaba en la existencia de un vacío de conocimientos acerca de la organización del Estado que afectaba de manera directa e inmediata a la gran masa de la población, compuesta de las capas más bajas de la pequeña burguesía.

Cuando el padre Nouel renunció a la jefatura del Estado se les debían seis meses de sueldo a los empleados públicos. Como no había vicepresidente, el Senado tenía a su cargo la elección de un presidente cuya misión principal sería la convocatoria a unas elecciones en las que se escogería al sucesor del arzobispo Nouel. El elegido fue José Bordas Valdés, senador por Puerto Plata, de afiliación horacista. Como les sucedía a todos los que ocupaban la jefatura del Estado en un país donde no había una clase gobernante, Bordas se propuso ser él quien sustituyera a esa clase inexistente, lo que significa que su candidato a la presidencia de la República era él mismo, para lo cual tenía que impedir que lo fueran Horacio Vásquez y Juan Isidro Jimenes.

Con el fin de debilitar políticamente a Vásquez, que era su jefe político, Bordas se apoyó en fuerzas que al mismo tiempo que políticas eran militares, como sucedía con las que dirigían Desiderio Arias en la Línea Noroeste y Luis Felipe Vidal en el Sur, y se las arregló para que cayera en manos de Arias el ferrocarril de Puerto Plata a Santiago, que era propiedad estatal y estaba administrado por horacistas. Esos antecedentes explican por qué el levantamiento horacista de septiembre de 1913, que fue encabezado por

el propio Horacio Vásquez, se llamó la “revolución del ferrocarril”, que terminó cuando el representante diplomático de Estados Unidos le hizo saber a Vásquez, declarado por sus seguidores presidente provisional de la República, que si su movimiento tomaba la ciudad de Santo Domingo Washington no lo reconocería como gobierno del país.

Naturalmente, con esa intervención norteamericana Bordas quedó afirmado en el poder, pero tuvo que pagar un precio muy alto para el país, pues le fue impuesta la presencia de un contralor, designado por el Gobierno norteamericano, sin cuya autorización el de Bordas no podría gastar ni un centavo fuera de lo que ordenaba el presupuesto de la República, lo que significa que la soberanía quedaba cercenada en uno de sus aspectos fundamentales, que es la capacidad de un Estado independiente para crear impuestos y usar el dinero que ellos generen en el sostenimiento del aparato del Estado.

Esa limitación de los poderes del Estado dominicano era una intromisión abusiva de Estados Unidos en la vida política del país, de la cual éste no podía defenderse porque se lo impedía precisamente la situación de debilidad nacional e internacional en que lo mantenía sumida la falta de una clase gobernante.

VIII

En 1913 las clases que ocupaban los niveles más altos de la sociedad dominicana eran la burguesía comercial y los terratenientes. La primera estaba formada por varios sectores, de los cuales los más importantes por su número eran los importadores y los exportadores, y entre ellos había algunos, que debían ser muy contados, dedicados a la vez a importar y a exportar.

No hay datos de cuántos importadores ni de cuántos exportadores teníamos entonces, pero sabemos que ese año de 1913 las importaciones fueron de 9 millones 273 mil dólares.

(Hemos escrito dólares porque desde 1905 el dólar norteamericano había sido adoptado como moneda nacional).

Ese mismo año —1913— las exportaciones llegaron a 10 millones 470 mil, una cantidad muy cercana a la de las importaciones de 1938, que fueron de 11 millones 342 mil, a pesar de que para entonces la población del país, que en 1935 fue de 1 millón 480 mil personas, debía ser más del doble de la que había en 1913, y ésta no podía ser superior a 750 mil porque en 1920 no llegaba a 900 mil.

Esos datos indican que la actividad comercial era, estimándola por persona, más o menos el doble de lo que sería la de 1938, pero debe tenerse presente que en 1938 nos hallábamos todavía sometidos a los efectos de la larga y profunda crisis económica de 1929, que se dejó sentir en el mundo capitalista, lo que significa la mayor parte de la humanidad porque para esos años sólo Rusia (la U. R. S. S.) había hecho la revolución socialista.

De todos modos, lo que correspondía a cada dominicano de las importaciones de 1913 eran menos de 13 dólares y de las exportaciones menos de 15, y eso quiere decir que en 1938 estaban reducidas a la mitad.

Cuando se escriben estas líneas, en 1981, esas cifras no dan idea de los resultados que ellas tenían en la sociedad, pero nosotros recordamos muy vivamente cómo allá por el año 1924, y más tarde, recorrían las calles de La Vega hombres que iban de casa en casa proponiendo huevos o pollos a cambio de ropa usada, y para esos tiempos la ropa se usaba mientras pudieran hacerse remiendos.

En algunas ocasiones los que proponían el trueque eran artesanos que ofrecían jarros de hojalata o molinillos de madera para mover el chocolate a cambio, también, de ropa vieja, y no pedían zapatos porque entonces la gran mayoría de la población andaba descalza lo mismo en los campos que en los

pueblos y ciudades, sobre todo, en este último caso, los que vivían en las barriadas alejadas de los centros.

Si lo que acabamos de decir no da una idea clara de cómo vivían entonces el número más alto de los dominicanos agregaremos que muy a menudo llegaba a la puerta de una casa una mujer que iba de algún campo acompañada de una hija, a veces de pocos años pero a veces también de doce o quince. A lo que iban esas campesinas era a regalar hijas, y lo decían así: “Doña, le regalo esta muchachita para que me la enseñe a hacer algo, que en mi casa somos muchos y no tenemos con qué mantenerla”.

En cuanto a la posición de comerciantes y terratenientes ante los partidos políticos, y de manera especial ante las personas que se hallaban en los niveles de control del aparato del Estado, hay suficientes descripciones para hacernos una idea clara de cómo sentían y actuaban. Los grandes comerciantes vivían llenos de miedo a esos políticos y compraban su amistad proporcionándoles dinero, a veces sumas importantes en relación con las posibilidades económicas del país, y varios de ellos conseguían, a cambio de ese dinero, favores como el de meter contrabando, y en sentido general, era raro que se atrevieran a enfrentar a los gobernantes.

Hay, sin embargo, un aspecto de la vida política de esos años que debemos destacar, y es el de que cuando tomaban pueblos y ciudades, a veces a tiro limpio, los llamados revolucionarios nunca asaltaban las casas de comercio; pero ni los grandes ni los pequeños negocios conocidos con los nombres de pulperías y ventorrillos. Las luchas de clases se llevaban a cabo en el seno de la pequeña burguesía y siempre en el terreno político. Las masas no tenían en esos años conciencia de clase en el orden social, y en el político lo reducían al odio entre rabudos y bolos, es decir, entre horacistas y jimenistas.

En cuanto a los campesinos, a menos que se tratara de algunos que se habían comprometido políticamente actuando en favor de Jimenes o de Horacio —lo que equivale a decir que hubieran tomado parte en hechos de armas de parte de uno o del otro—, eran jimenistas u horacistas de acuerdo con lo que fueran los latifundistas de sus campos, y tampoco tenían ante esos terratenientes posición clasista desde el punto de vista social; a lo sumo, lo que hacían las bandas armadas era matarles a algunos de ellos una o dos reses para comer si les venían a la mano; y lo habitual en esos casos era que si entre los que sacrificaban una vaca había un jefe que supiera escribir o siquiera firmar, se le dejara al ganadero constancia escrita de que se le había dado muerte a una res suya cuyo valor se pagaría cuando la “revolución” llegara al poder.

IX

José Bordas Valdés no era ni comerciante ni terrateniente ganadero. Miembro de una familia de mediana pequeña burguesía de Puerto Plata adonde había llegado desde Santiago, se dedicó a la política, lo que vale tanto como decir que se hizo hombre de armas porque en los últimos treinta y cinco años del siglo pasado y los primeros quince del actual, en la República Dominicana la política se ejercía a tiro limpio. Como hombre de armas Bordas se distinguió por el valor que demostró en todos los combates en que tomó parte. En poco tiempo se ganó el título de “general”, que daban las gentes del Pueblo, no los gobiernos, a todo el que mandaba hombres en acciones de guerra aunque ese mando se ejerciera sobre media docena de seguidores.

El “general” Bordas se hizo rápidamente popular, sobre todo en las regiones del Cibao y de la Línea Noroeste, y pasó a ocupar cargos públicos que lo llevaron de gobernador a

varios lugares del país y a senador por Puerto Plata, posición que ocupaba cuando fue elegido presidente de la República.

Como en la República Dominicana no había —y no hay todavía— una clase gobernante, y como la clase gobernante es la que pone las reglas del juego social, de las cuales forman parte las del juego político —y además de poner las reglas del juego las hace respetar valiéndose de los mecanismos represivos del Estado que están siempre a su servicio—, todo el que alcanzaba en nuestro país el nivel de jefe del Estado, así como todo el que lo alcanza actualmente, se proponía seguir desempeñando ese cargo porque el que lo ocupaba se convertía, y se convierte, en sustituto de esa clase inexistente.

A fin de hacer más comprensible lo que estamos diciendo pondremos de ejemplo el caso de la sociedad inglesa:

Inglaterra ha tenido líderes muy importantes, de prestigio internacional, como fue el caso de Winston Churchill, orador y escritor, ministro de la Guerra en la gran contienda mundial de 1914-1918 y jefe del Gobierno en la de 1939-1945, que fue la época más crítica de la historia de su país; y a Churchill no se le ocurrió nunca aspirar a la jefatura del Estado inglés porque todos los británicos han crecido sabiendo desde sus primeros años que para ser jefe de Estado de Gran Bretaña hay que ser miembro de la familia real, y aún dentro de esa familia debe ser heredero directo e inmediato del que desempeña el cargo y además tener el título de príncipe de Gales.

Cualquier inglés sabe que puede ser primer ministro, ministro, diputado, embajador, pero las reglas del juego político establecen que por muy grandes que sean sus méritos, los que no son miembros de la familia real no podrán ser nunca reyes o reinas, y ninguno de ellos se atreve a pensar que puede llegar a la jefatura del Gobierno mediante un golpe de Estado, porque

esas posibilidades quedaron definitivamente anuladas en Gran Bretaña por lo menos desde que en el año 1660 fueron restaurados los poderes reales.

Pero la República Dominicana no era —ni es— Inglaterra y José Bordas Valdés no era inglés sino un presidente de la República Dominicana que se movía en un vacío social carente de reglas del juego político y por esa razón nada le impedía llenar ese vacío o, para decirlo de manera más descriptiva, sustituir a la clase gobernante que el país no tenía. La existencia de ese vacío social provoca el desbordamiento de la autoridad en quienes la ejercen desde posiciones públicas, pero la idea generalizada es que sucede lo contrario, esto es, que el gobernante está animado de una pasión incontrolable de poder.

Colocado en el centro del vacío social, como habían estado antes que él la mayoría de los gobernantes dominicanos, Bordas, que aspiraba a continuarse a sí mismo en la presidencia de la República, aceptó el contralor financiero que le imponía el Gobierno de Estados Unidos a cambio de que se le permitiera ser candidato en las elecciones que debían llevarse a cabo en junio de 1914, y mientras tanto, usó la fuerza militar para ganar las que se hicieron en diciembre de 1913 a fin de elegir funcionarios municipales y a los encargados de redactar la Constitución que entraría en vigor antes de las elecciones de 1914.

La violencia y los fraudes de 1913 así como la agitación preelectoral de 1914 provocaron levantamientos armados, entre ellos el del gobernador de Puerto Plata, que había sido nombrado por Bordas. Bordas sitió Puerto Plata con fuerzas militares que dirigió él mismo. El sitio, que comenzó en el mes de abril (1914), duraría hasta agosto, y en una ocasión un buque de guerra norteamericano bombardeó las baterías del Gobierno que disparaban hacia el centro de la ciudad.

Para el mes de junio los movimientos armados eran varios, lo que no impidió que el día 15 se celebraran, aunque en ellas tomaran parte sólo los partidarios de Bordas, unas elecciones en las que éste sería electo presidente supuestamente constitucional cargo que no pudo desempeñar más allá de dos meses porque el presidente Woodrow Wilson, de Estados Unidos, se negó a reconocer el resultado de las elecciones de junio e impuso su decisión de que tanto el Gobierno de Bordas como los jefes políticos de las diferentes fuerzas guerrilleras —bolos, rabudos y vitalistas— debían escoger un presidente provisional que convocaría a elecciones en el plazo de noventa días después de hacerse cargo del poder. Wilson amenazaba con ocupar militarmente el país si no aceptaban sus condiciones, y bajo el peso de tal amenaza, Bordas renunció a la presidencia y se autoexpatrió.

A la República Dominicana le había aparecido un nuevo aspirante a sustituir a la clase gobernante que no tenía: el Gobierno de Estados Unidos, agente político de los grandes capitalistas norteamericanos.

X

Para dar cumplimiento a lo que exigía el llamado Plan Wilson los representantes de los partidos eligieron presidente de la República a un hijo de Buenaventura Báez, médico de buena reputación, que había nacido en Mayagüez, Puerto Rico, en 1858, es decir el año en que su padre había salido de Santo Domingo derrotado por las fuerzas que la revolución cibaëña de 1857 había puesto a las órdenes de Pedro Santana. Ese médico se llamaba Ramón Báez y sus tareas serían las de organizar en el plazo de noventa días la celebración de elecciones en las que se escogerían un presidente que se obligaría a gobernar según los mandatos de la Constitución de 1908 y senadores y diputados elegidos por los votantes de las doce provincias que tenía entonces la República.

El Dr. Ramón Báez tomó posesión del cargo de presidente provisional el 26 de agosto de 1914 y algunos de los episodios de su breve actuación figuran en *Páginas dominicanas de historia contemporánea*, libro escrito por Antonio Hoepelman, publicado por Impresora Dominicana en Ciudad Trujillo en el año 1951. Hasta donde sepamos, ése es el único documento en que se presenta la sociedad de nuestro país tal como era para 1914, y en él cualquier lector puede ver, moviéndose en todos los niveles del aparato del Estado, a una procesión de pequeños burgueses que actuaban sin la menor idea de lo que era una clase gobernante y ni siquiera de lo que era una clase dominante.

Hoepelman describe las elecciones en la Capital (páginas 111-117) y empieza diciendo que en el principal lugar de votación la mesa directiva estaba compuesta nada menos que por un hijo del candidato a la presidencia por el partido bolo o jimenista, que era Juan Isidro Jimenes, un hermano del candidato horacista que era Horacio Vásquez, y algunas personas entre las cuales estaba el propio Hoepelman, y cómo era la lucha por entrar en el sitio donde se votaba: “Palos, patadas, mordiscos y empujones enardecían los ánimos y los que estábamos dentro del local tuvimos el presentimiento de que tan violento pugilato degeneraría en un gran desorden o incidente grave, como así sucedió”.

El desorden grave consistió en “una lluvia de piedras (que) comenzó a caer sobre el edificio... Y al producirse una correría, sonó un disparo de revólver seguido de otras muchas detonaciones... Una avalancha de hombres se precipitó sobre el entablado derribándolo. Dos proyectiles se introdujeron por una de las ventanas haciendo impacto en la pared, sobre nuestras cabezas... Fuera, el Parque Colón parecía un campo de desolación y de muerte con tanta gente tendida en los paseos y arriates... Más tarde se supo que la

fatal ocurrencia dio este trágico balance muertos y heridos: José Altagracia Ramírez y Felipe Sanabia, muertos; León Reynoso, Vicente Nurino, Lorenzo Magden, Rafael Porro (Fellito), Deogracia Marty hijo (Mólera), Enrique Marchena, José María Pérez Jorge, Antonio Mesa, Abelardo Martín, Cristian Lugo Lovatón, Natalio Cabrera, José Vicente Lora, José Romero, Isidro Guzmán, Antonio Mejía, Alfredo Buompensiere y Secundino Ramírez, heridos leves unos y graves otros”.

Los apellidos Sanabia, Porro, Marty, Marchena, Lugo Lovatón, Mejía eran de familias conocidas de la ciudad, miembros de la alta y la mediana pequeña burguesía capitala, y sin embargo aparece un Sanabia muerto y los demás heridos en un desorden que comenzó con “palos, patadas, mordiscos y empujones” para entrar en el sitio donde se votaba.

“A las 11:30 de esa misma noche”, cuenta Hoepelman, “hubo una gran alarma a causa de unos disparos que sonaron por los lados de la Atarazana las consiguientes correderas. Las tropas estacionadas fuera se precipitaron bruscamente dentro del local y ocuparon las ventanas y azoteas y las puertas fueron cerradas”. Eso sucedía en la Capital, pero nadie describió lo que pasó en Santiago, donde la Corte de Apelación anuló las elecciones, que en aquella ciudad tuvieron que celebrarse por segunda vez los días 8, 9 y 10 de noviembre.

En cuanto a los conceptos de lo que era un gobierno, veamos un ejemplo de cómo actuaba un pequeño burgués dominicano de esos tiempos (págs. 24-126):

En enero de 1915 el secretario de Estado de lo Interior y Policía recibió un telegrama del gobernador de Puerto Plata, general Quirico Feliú, en el cual éste le decía “Pueblo, en imponente manifestación, pidióme suspender varios empleados que no son gratos Puerto Plata. Por utilidad general y paz pública accedí petición. Suplico Gobierno apoyarme, pues

situación Provincial muy delicada... Debemos corresponder sacrificios Puerto Plata y evitar complicaciones que puedan alterar la paz. Respondo orden Provincia si Gobierno no entorpece mi política de conciliación”.

Hoepelman no nos dice a qué se debió el repudio de Puerto Plata a los empleados públicos aludidos por el gobernador Feliú, pero seguramente la causa de la “imponente manifestación” de los puertoplateños era la afiliación política de los empleados repudiados, y como de ser así en la protesta pública iba implícito un problema de lucha partidista entre bolos y rabudos, el Gobierno, que era bolo, debió temer que el desfile de Puerto Plata fuera de horacistas opuestos a que se les dieran cargos a algunos jimenistas; y había base para que fuera así porque el gobernador de Puerto Plata era conocido por su vinculación con el horacismo.

Ese movimiento ocurrido en Puerto Plata podía ser el primer paso de uno más amplio, y así lo entendían sin duda los gobernantes bolos, puesto que como dice Hoepelman, “se produjo de inmediato un gran malestar en la Provincia del Atlántico (Puerto Plata) y el Gobierno, en previsión de que se alterase la paz, desplegó fuerzas (militares) movidas por el general Apolinar Rey, Gobernador de Santiago, quien marchó con ellas y ocupó la población de Altamira, listo a debelar cualquier intentona revolucionaria”.

XI

El hecho de que el Gobierno elegido para cumplir una demanda del de Estados Unidos se alarmara y movilizara fuerzas militares porque temía que un incidente tan banal como el provocado por unos cuantos empleados públicos de Puerto Plata pudiera poner en peligro la paz del país bastaría para convencernos de que la sociedad dominicana no había pasado de ser en 1915 un conglomerado de pequeños burgueses en

el que los más abundantes pertenecían a las capas más bajas. Por esos años en la República Dominicana todo el mundo tenía armas; los bajos pequeños burgueses, los bajos pobres y los muy pobres, tenían revólveres, machetes y cuchillos, pero entre los medianos y los altos muchos tenían, además de armas cortas, armas largas, y seis u ocho hombres armados que actuaran bajo la jefatura de un “general” bastaban para crearle a cualquier gobierno un problema de orden público que a menudo acababa siendo toda una “revolución”, como se les llamaba entonces a los movimientos armados en que tomaran parte ochenta o cien guerrilleros.

Pero además de los levantamientos del tipo a que acabamos de referirnos, la naturaleza díscola de una pequeña burguesía que no tenía sustancia económica provocaba constantemente situaciones que causaban alarma a los gobiernos. En la página 129 de su libro, Hoepelman refiere un episodio que de ninguna manera podía darse en una sociedad burguesa, y lo cuenta así:

“El día 6 de Marzo de 1915, un suceso sangriento, consecuencia derivada de nuestras luchas fratricidas, vino a escribir una página luctuosa en nuestra turbulenta historia: El General Remigio Zayas, alias Cabo Millo, había sido advertido de que su presencia en Azua, su pueblo natal, no sería consentida, a causa de que él, Zayas, en su condición de jefe de Operaciones a las órdenes del Gobierno de Bordas Valdés, había bombardeado a la población de Azua utilizando los cañones del vapor *Independencia*. No obstante esa advertencia, el General Zayas desembarcó con su familia del vapor *Seminole* y aunque fue protegido por las autoridades, no se pudo evitar el choque con un grupo armado que le salió al encuentro, entablándose una terrible lucha, en la cual perdieron la vida Cabo Millo y el señor Noé Pichardo y hubieron [*sic*] así numerosos heridos de parte y parte”.

Obsérvese que Hoepelman menciona el título y el nombre del personaje central del episodio de Azua, pero al final olvida que era “general” y que se llamaba Remigio Zayas para mencionarlo por su apodo de Cabo Millo. Por el apodo puede conocerse en nuestro país el origen bajo pequeño burgués de una persona, sobre todo cuando procede de las capas baja pobre y baja muy pobre de la pequeña burguesía, y en el caso de Cabo Millo se notaba más ese origen porque la palabra Cabo significaba que él había sido cabo de un batallón formado en Azua en los años del Gobierno de Cesáreo Guillermo, según dice Rufino Martínez en su *Diccionario biográfico histórico dominicano* (Edición de la UASD, 1971, pág. 525). En cuanto a Millo, se trata de una corrupción del nombre Remigio.

En las quince líneas en que Hoepelman relata los hechos que le costaron la vida a Cabo Millo y a Noé Pichardo se da cuenta de la causa de esas muertes, y esa causa denuncia, mejor aún que lo que hemos dicho del apodo y del título militar de Cabo Millo, la naturaleza bajo pequeño burguesa de la sociedad dominicana de los tiempos en que sucedían los episodios que cuenta Hoepelman en su libro. Como lo dice Hoepelman, Cabo Millo había ordenado el cañoneo de Azua, llevado a cabo poco más de año y medio antes de su muerte, y ese cañoneo costó vidas y destruyó casas, lo que le creó enemigos que nunca lo perdonarían.

¿Por qué no lo perdonarían nunca?

Porque la necesidad de vengarse de cualquier agravio era una de las manifestaciones típicas de la pequeña burguesía dominicana, que alimentaba en su alma esa necesidad de vengarse con más intensidad cuanto más baja fuera la capa a la cual pertenecía el agraviado. Como en la medida en que era más baja su capa pequeña burguesía era también mayor su carencia de sustancia económica, el bajo pequeño burgués

vivía en un estado de permanente cólera contra el ambiente en que vivía, y ese ambiente estaba representado para él por las personas que de manera directa o indirecta le habían causado algún daño. En pocas palabras, el bajo pequeño burgués dominicano desviaba la lucha de clases hacia los cauces de lucha de tipo personal, y al producirse ese desvío la lucha de clases se concentraba en odio que a su vez llegaba a grados de intensidad incontrolable cuando el motivo que lo alimentaba tomaba en su mente la forma de una venganza, esto es, cuando el agraviado creía que estaba haciendo algo que le correspondía hacer y lo hacía con la aprobación de la sociedad, a la que él sustituía en vista de que no había mecanismos sociales que pusieran en acción el aparato de la justicia.

Las víctimas del bombardeo de Azua fueron vengadas con la muerte de Cabo Millo, hecho que puso en serios aprietos al Gobierno y que fue ejecutado por y entre personas de la baja pequeña burguesía azuana; pero apenas dos meses después sucedía en pleno corazón de la Capital del país lo que Hoepelman relató en las páginas 132 y 133 de su libro de la siguiente manera:

“La tarde del 13 de mayo, un desgraciado suceso de sangre ocurrido entre dos distinguidos y apreciados elementos de esta sociedad puso luto en un hogar y zozobra y angustia en otro. En un duelo personal sostenido entre los jóvenes, Gral. Octavio Ricart, alias Pirulí, jefe del Cuarto Militar del Presidente de la República y Luis Bonetti, resultó muerto de un balazo en la frente el primero y gravemente herido el segundo. Como el hecho ocurrió en el Parque Colón, Bonetti, después de dar muerte a Ricart se refugió en las oficinas aledañas del Banco Nacional; pero hasta allí fue perseguido por el Capitán Rafael Persia y otros oficiales, para causarle, como le causaron, varias heridas graves de bala con intento de matarle, lo que no lograron por la oportuna y enérgica intervención

del Secretario de Estado de lo Interior, Lcdo. Elías Brache. Bonetti fue conducido al Hospital Militar, casi moribundo y Persia reducido a prisión y sometido a la justicia”.

XII

Cuando por esos años de 1915 y aún de 1930 y más se decía que una persona era de “buena sociedad” o “elemento apreciado de esta sociedad” lo que se afirmaba era que esa persona figuraba entre las familias de la gente llamada “de primera”, esto es, entre los que formaban el nivel más alto de la escala social, para lo cual no era imprescindible ser ricos, pues la distinción social era una condición que se heredaba si bien algunas veces también se adquiría haciendo una fortuna o mediante un ascenso social pronunciado que generalmente se llevaba a cabo por la vía de la política.

Los apellidos Ricart y Bonetti estaban en la lista de los que, tal como dice Hoepelman en su libro (página 132-133), eran “distinguidos y apreciados elementos de esta sociedad”, lo que equivale a decir de la Capital. De ser así, y efectivamente así era, ¿por qué al general Octavio Ricart, jefe de los ayudantes militares del presidente Jimenes, se le conocía con el apodo de Pirulí? ¿No hemos dicho varias veces que esos sobrenombres eran distintivos de los miembros de las capas más bajas de la pequeña burguesía?

A Octavio Ricart le llamaban Pirulí como a un Lovatón le decían Piro y al presidente Cáceres Mon porque en la sociedad dominicana de esos tiempos ni siquiera las familias más encopetadas podían aislarse del contacto diario y permanente con el oleaje de la baja pequeña burguesía en sus capas pobre y muy pobre, representadas por la mujer que cuidaba de los niños, la cocinera, la lavandera, el cochero si la familia tenía coche y los artesanos que hacían la ropa y los zapatos de hombres y

mujeres de la casa; y en ese contacto las familias “distinguidas y apreciadas” pagaban muy pobremente, por cierto, los servicios, y sin darse cuenta pasaban a ejercer muchos de los hábitos de sus sirvientes.

Pero no caigamos en el error de creer que una familia “distinguida” dominicana del año 1915 era algo que podía compararse con otra familia igualmente distinguida de Francia o de España o de Cuba. En esos tiempos la gente de “buena sociedad” de nuestro país componía las capas mediana y alta de la pequeña burguesía, y a menudo un comerciante rico, con mucho más poder económico que un miembro de las familias “distinguidas” no podía ir a un baile de esas familias porque aunque tuviera dinero carecía de autoridad social. Ese era el caso, por ejemplo, de Rafael Alardo, personaje casi mítico a quien se mencionaba como el hombre más rico de la capital de la República y se le atribuía ser dueño de no menos de cien casas, pero al parecer eran contadas las personas que podían decir que lo habían tratado, y por otra parte, nadie lo vio nunca en un baile o en una de las fiestas en que se reunían lo que las crónicas sociales que publicaba el *Listín Diario* llamaban “lo más granado” de la ciudad.

Las familias Ricart y Bonetti eran conocidas en la capital por lo menos desde mediados del siglo pasado.

Los Ricart eran comerciantes y el nombre de varios de ellos aparece en las páginas 114 y siguientes del libro *La República Dominicana* de Enrique Deschamps, publicado en España en 1907, así como en *El Libro Azul*, que data de 1920. Los Bonetti aparecen en la obra de Deschamps, sin datos de sus oficios o profesiones; eran importantes desde el punto de vista social pero no el económico. Pocos años después, Ernesto Bonetti sería miembro del Gobierno que encabezó Horacio Vásquez a partir de 1924, pero no sería sino en

la etapa del desarrollo capitalista de Trujillo cuando los Bonetti entrarían en las actividades económicas con el establecimiento de la fábrica de aceite de maní que el Pueblo conocería con el nombre de La Manicera.

En mayo de 1915, un Ricart y un Bonetti, “dos distinguidos y apreciados elementos de esta sociedad”, se liaron a tiros en pleno parque Colón, que era el centro social de la capital de la República, y para salvar la vida de uno de ellos, que fue atacado por varios oficiales —se supone que compañeros del general Ricart—, fue necesario que interviniera personalmente el secretario de Estado de lo Interior y Policía, licenciado Elías Brache, abogado bien conocido en el país. La sola mención del hecho y de sus consecuencias inmediatas, entre ellas la intervención de un miembro del Gobierno de tanta categoría como lo era el jefe político de los cuerpos de orden del país, indica que en la República Dominicana no se había formado todavía una clase burguesa que tuviera las condiciones indispensables para ser la clase económica dominante, y naturalmente, si no teníamos una clase dominante mal podíamos tener una gobernante.

Los duelos a tiros que celebraban los burgueses de Francia estaban sometidos a un ceremonial muy detallado. Para empezar, el ofendido debía golpear al ofensor con un guante de mano en la cara o entregarle una tarjeta de desafío o enviarle dos padrinos que debían entrevistarse con los padrinos del desafiado. En algunos casos los padrinos podían quedar reducidos a uno por cada uno de los duelistas; pero eran los padrinos quienes convenían las peculiaridades del duelo, como si era a muerte o a primera sangre, a tantos disparos cuando las armas escogidas eran de fuego y a cuántos pasos debían situarse los dos enemigos. El ceremonial de los duelos era tan meticuloso que se tenía el cuidado de llevar médicos a lo que se llamaba, pomposamente, el campo del honor.

Ese ceremonial obedecía a reglas del juego social, no a leyes promulgadas por el Gobierno. Con tales reglas se encauzaban de manera ordenada los actos de violencia personal en países donde había una clase gobernante; pero en la República Dominicana, donde en 1915 no había aún una burguesía que tuviera en sus manos el poder de una clase económicamente dominante, dos hombres separados por diferencias personales graves, que muy a menudo eran producto de chismes de terceros, no obedecían a ninguna regla cuando necesitaban desahogar sus pasiones de manera violenta; y donde se encontraban “jalaban” las armas de fuego que todo varón adulto llevaba en la cintura mientras estaba de pie y colocaba en una silla al lado de su cama cuando se metía en ella; “jalaban” y disparaban a matar, tal como lo hicieron el 13 mayo de 1915 el general Octavio Ricart y Luis Bonetti.

XIII

La pequeña burguesía está formada por capas o grupos de personas que no son obreros pero tampoco burgueses, esto último debido a que los medios de producción que poseen son tan limitados en cantidad que limitan su producción de bienes y por tanto limitan también el número de trabajadores que pueden emplear cuando se trata de pequeños burgueses productivos, por ejemplo, los artesanos o los pequeños propietarios campesinos.

La incapacidad para producir en gran escala le impide al conjunto de la pequeña burguesía pasar a burguesía, aunque hay siempre pequeños burgueses aislados que llegan a los niveles de la burguesía, pero por la misma razón el conjunto de los pequeños burgueses no puede llegar nunca a ser una clase dominante y mucho menos a ser una clase gobernante si bien su existencia está asegurada en todos los países que forman la cadena capitalista mundial, así se trate de aquellos que la forman en

condición de eslabones pobres y por tanto dependientes como era el caso de la República Dominicana en el año 1915.

En el *Manifiesto comunista* Marx y Engels dijeron que en esos países “se ha formado una nueva pequeña burguesía, que oscila entre el proletario y la burguesía y que siempre se reconstituye como parte integrante de la sociedad burguesa”, y sin duda esa reconstitución “como parte integrante de la sociedad burguesa” se da aún en aquellos lugares donde todavía no se ha formado la burguesía, como sucedía en nuestro país en los primeros años de este siglo.

Donde no hay producción capitalista no hay burguesía ni hay proletariado, y fue Marx quien explicó cómo se inicia en un país la producción capitalista. Lo dijo en el primer párrafo del capítulo XI de *El Capital* con estas palabras:

“La *producción capitalista* tiene, histórica y lógicamente, su *punto de partida* en la reunión de un número relativamente grande de obreros que trabajan al mismo tiempo, en el mismo sitio (o, si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista”. (Las *itálicas* son de Marx).

Se sabe que las condiciones a que se refirió Marx se dieron en nuestro país a principio del siglo XVI, que fue cuando comenzó aquí la producción de azúcar, pero hecha con trabajo esclavo, no con el de obreros, y se sabe también que la fabricación de azúcar no pudo desarrollarse y acabó fracasando porque no se les permitió a los dueños de ingenios vender su producción fuera de España, y a partir de entonces en ningún momento de nuestra historia antes de 1870 ó 1874 pudo reunirse “un número relativamente grande de obreros” que trabajaran “al mismo tiempo, en el mismo sitio (o, si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista”.

En el libro *Conferencias y artículos* (Alfa y Omega, Santo Domingo, 1980), al referirnos a la historia del azúcar en la República Dominicana (páginas 59-108) decimos que aunque el primer ingenio que tuvo el país al renacer en el siglo pasado la industria azucarera fue el que establecieron en Puerto Plata los cubanos Carlos y Diego Loynaz, el primero a vapor fue La Esperanza, del también cubano Joaquín M. Delgado, quien lo fundó en el año 1874, y debe ser considerado el primero porque el de los hermanos Loynaz fracasó poco tiempo después de haber sido montado.

Podemos decir, pues, que en el año 1874 se inicia la producción capitalista en la República Dominicana, y podemos agregar que su desarrollo fue extremadamente lento puesto que en el año 1893 los ingenios del país estaban produciendo tan sólo algo más de 36 mil toneladas cortas, una cantidad que estaba por debajo de lo que producía Cuba ochenta y siete años antes, o sea, en el 1806, y no hay noticias de que para 1893 estuviera funcionando aquí otra industria que pudiera ser calificada de capitalista.

¿Cuánto tiempo necesitaba para desarrollarse dentro del sistema capitalista un país cuyos habitantes no podían llegar en 1874 a 450 mil, que no se reunían en ninguna ciudad en número superior a 15 mil, esto es, a menos de 3 mil familias, y por esa razón no podían constituir centros comerciales importantes ni aún teniendo un poder adquisitivo superior al que les era dable tener en las condiciones de miseria general en que vivía el grueso de la población?

En el mejor de los casos necesitaba de cincuenta a sesenta años, pero como la República Dominicana no se hallaba en el mejor de los casos iba a necesitar más tiempo o tendría que ser llevada a empujones hacia el tipo de organización que se requiere para adaptar al capitalismo una población de hábitos precapitalistas. Esos empujones, muy rudos por cierto,

le serían dados por la intervención militar norteamericana de 1916 y por la prolongada dictadura de Trujillo.

En 1915 éramos todavía un país sin desarrollo capitalista cuyos habitantes no podían ni pensar ni actuar como burgueses, y eso explica lo que les sucedió a varios diputados según cuenta uno de ellos, Antonio Hoepelman, en las páginas 138-41 de su libro. Dice él que el 4 de agosto (de 1915) salió a la calle a averiguar por qué habían caído presos el Lic. Abigaíl Montás y el doctor Armando Aybar, los dos diputados como él por el partido horacista, y en la esquina lo detuvo el comandante Chucho García. Relata Hoepelman:

“... Me desceñí el revólver que tenía en el cinto, el cual envié a mi casa con uno de los guardias y me puse a las órdenes del Comandante García, quien... me llevó... directamente a la Fortaleza y de allí a una celda en la Torre del Homenaje..”
“Presos permanecemos en aquellos calabozos los señores Luis Felipe Vidal, Lcdo. Montás, Dr. Aybar y yo durante 30 días consecutivos, incomunicados y sin haber sido interrogados ni dicho el motivo de nuestra prisión”.

¿Qué clase de sociedad era la dominicana de 1915, que no podía ofrecerles garantías legales ni siquiera a los representantes elegidos del Pueblo ni a un “general” y político de renombre como Luis Felipe Vidal?

XIV

En las elecciones de 1914 salió ganadora una conjunción del partido de los bolos o jimenistas y del partido que dirigía Federico Velásquez. El candidato de esa conjunción a la Presidencia de la República era Juan Isidro Jimenes.

Jimenes había sido el comerciante más importante del país en el siglo XIX, y aunque no se dispone de datos históricos que lo demuestren, parece haber sido el más importante en toda la historia dominicana. La Casa Jimenes tuvo sucursales

en varios lugares y en Haití y Francia, pero había entrado en declinación desde fines del siglo pasado y sin haber presentado quiebra había quedado disuelta cuando su fundador y jefe fue elegido en 1914 para encabezar el Gobierno.

Debemos suponer que para llevar su firma comercial desde una pulpería de Sabaneta hasta tener sucursales en otros países, Jimenes necesitó tener condiciones de burgués; y si lo suponemos debemos pensar que el Gobierno que él presidió sería de métodos y criterios burgueses. Pero es el caso que no fue así ni podía serlo porque la sociedad dominicana no producía políticos burgueses y para formar su gobierno Jimenes no podía importar burgueses de otros países.

Dados los antecedentes históricos que hemos descrito en esta serie de artículos, según los cuales desde que comenzó la guerra de la Restauración no había habido paz en el país excepto en los años en que la paz fue impuesta a filo de sable por una dictadura, el cargo más importante en el Gobierno de Jimenes era el Ministerio de Guerra y Marina, que le fue entregado a Desiderio Arias. Luis F. Mejía, en *De Lilís a Trujillo*, Editora de Santo Domingo, S.A., 1976, pág. 113, describe a Arias así:

“Salido de las bajas capas sociales, carretero en su juventud, al servicio de la casa comercial de Jimenes, de escasa instrucción y muy limitada cultura, pero de cierta natural inteligencia, debió su elevación a sus excepcionales dotes de guerrillero”.

Arias era de origen bajo pequeño burgués pobre y sus compañeros en el Ministerio eran miembros de otras capas de la pequeña burguesía porque, como hemos dicho, el país no producía políticos burgueses, no podía producirlos debido a que su desarrollo social no podía ser más rápido que su desarrollo económico. La pobreza general se reflejaba en las limitadas recaudaciones de impuestos que hacía el Gobierno. Mejía dice que “como consecuencia de los tres años (anteriores) consecutivos

de guerras civiles, reinaba en las finanzas la mayor desorganización. Las rentas producían muy poco. En las provincias trabajaban los alambiques (de ron) en combinación con las autoridades locales y sólo se perseguía a los infractores (productores clandestinos de ron) de la Ley de Estampillas cuando eran contrarios políticos”. Sigue diciendo Mejía (pág. 114):

“El Ministro de Hacienda, Pérez Perdomo, empeñóse en corregir esos abusos y en ajustar los diversos departamentos de la administración a las asignaciones fijadas para cada uno por la Ley de Presupuesto, pero hubo de tropezar con serios inconvenientes, pues Ministros de la Guerra y de lo Interior, Arias y Brache, tenían a su cargo un gran número de oficiales (guerrilleros) y partidarios para quienes no hallaron nada dentro del tren de empleados (públicos). Había, además, contraído el primero numerosos compromisos económicos durante las últimas guerras civiles. Como el Ministro de Hacienda rehusaba dar los fondos necesarios para ambas necesidades políticas, colocóse en posición difícil con los expresados compañeros de gabinete, los más destacados personajes de la hora.

El ministro de lo Interior, abogado, de nombre Elías Brache, no procedía de la baja pequeña burguesía pobre, como Arias. El autor de estas líneas recuerda precisamente en la época a que se refiere Luis F. Mejía, entre 1915 y 1916, y recuerda al detalle su familia y la casa en que vivía en La Vega. El licenciado Brache era un pequeño burgués del sector profesional de la capa alta, pero colocado en determinadas circunstancias actuaba igual que Arias. Lo que decimos está ilustrado por un episodio de su vida que contamos en *Composición social dominicana* (Alfa y Omega, Santo Domingo, 11^a edición, págs. 234-5) de la siguiente manera:

“A mediados de abril (1913), el Congreso eligió presidente a un horacista, el general José Bordas Valdés, que debía gobernar provisionalmente durante un año. El día de su elección se

produjo un episodio típico de la conducta caótica de la pequeña burguesía nacional. El licenciado Elías Brache, que había sido ministro en el gabinete del padre Nouel, bolo, miembro de la alta pequeña burguesía profesional del Cibao, tomó por sorpresa uno de los buques del Gobierno y se dirigió con él a San Pedro de Macorís, donde le propuso al gobernador que se levantara contra el Gobierno; no lo consiguió y siguió viaje a Monte Cristi para unirse al general Arias, quien también tenía bajo sus órdenes otro buque de guerra nacional. Desde Monte Cristi Arias y Brache pretendieron imponer a Bordas condiciones similares a las que Arias quiso imponerle a Nouel.

XV

En julio (en los primeros días, dice Mejía, obra mencionada, pág. 115) se levantó en armas en los campos de Santiago Quírico Feliú, aquel “general” que siendo gobernador de Puerto Plata había suspendido en el mes de enero de ese año (1915) a varios empleados públicos. El alzamiento se llevó a cabo en el Cibao y rápidamente tuvo eco en San Cristóbal, donde se levantó Lico Castillo, y en la región oriental, donde, según dice Mejía, (pág. 115) “aparecieron varias montoneras, capitaneadas por Chachá Goicochea, Vicente Evangelista y Calcaño”.

Hacía casi un año que había comenzado en Europa la Primera Guerra Mundial; no hacía aún dos que el Gobierno norteamericano de Woodrow Wilson había impuesto su voluntad sobre los políticos dominicanos para que fuera aceptado como presidente provisional de la República el arzobispo Nouel y menos de uno que impuso en el cargo al Dr. Ramón Báez, y el 21 de ese mes de julio el Encargado de Negocios norteamericanos en el país les enviaba a los jefes de los contados partidos políticos (eran dos) que no compartían el Gobierno con los bolos o jimenistas una comunicación en la que se leían estos párrafos:

“El presidente Jimenes... recibirá de los Estados Unidos cualquier ayuda que sea necesario para obligar al respeto su administración... He sido instruido por el Gobierno de los Estados Unidos para llamar la atención a los jefes de la oposición no sólo con respecto a lo que precede, sino de que en caso de que sea necesario, del desembarco de tropas para imponer el orden y respeto al Presidente electo por el Pueblo”.

¿Se debió esa comunicación a que el presidente Jimenes había solicitado ayuda al Gobierno de Wilson para hacerles frente a los levantamientos de Quírico Feliú, Lico Castillo, Chachá Goicochea, Vicente Evangelista y Calcaño?

No. El presidente Jimenes no le había pedido al Gobierno de Estados Unidos ninguna clase de respaldo, ni político, ni económico ni militar. Lo que sucedía era que la etapa imperialista de la política exterior norteamericana, iniciada a fines del siglo pasado, avanzaba de manera impetuosa en la región del Caribe y la ausencia de una clase gobernante en la República Dominicana actuaba como un imán poderoso que atraía hacia el país las fuerzas imperialistas, y llevado por ese impulso y por el que le comunicaba el vacío de poder en que se hallaba la sociedad dominicana, el Encargado de Negocios de Estados Unidos envió a la Cancillería una nota —la número 167— en que le ofrecía al presidente Jimenes el apoyo del Gobierno norteamericano. La noticia de esa nota aparece en *Resumen de historia patria*. Editorial Librería Dominicana, Santo Domingo, 1966, pág. 325, cuyo autor, Bernardo Pichardo, recibió la nota en su condición de ministro de Relaciones Exteriores de la República.

La nota del Encargado de Negocios yanqui estaba fechada el 23 de julio y el día 28 comenzaba la ocupación militar de Haití con tropas de infantes de marina que bajaron del acorazado Washington para tomar la ciudad de Port-au-Prince.

Lo que estaba sucediendo en Haití debió haber alarmado a los políticos dominicanos, sobre todo si conocían las intenciones de Estados Unidos, y debían conocerlas porque era imposible conservar en secreto las maniobras diplomáticas norteamericanas y las presiones a que estaba sometido el Gobierno de Jimenes. Pero una sociedad que está supuestamente organizada como un Estado independiente carece de cohesión si no está dirigida por una clase gobernante que ponga las reglas del juego y las haga cumplir; y en el caso de la República Dominicana de ese momento histórico, la falta de cohesión social afectaba a la propia familia del presidente de la República en tal forma que el aparato del Estado no podía funcionar de manera eficiente ni en su nivel más alto.

Las luchas entre los miembros del Ministerio, que eran un reflejo de las luchas de clases propias de los diferentes sectores y capas de la pequeña burguesía, llevaron al presidente Jimenes a nombrar ministro de lo Interior a su sobrino Enrique Jimenes, conocido en el mundillo político por su decisión y actuación en varios de los combates que tuvieron lugar en la región de la Línea Noroeste por los días de la llamada guerra de los quiquises; pero como su designación de ministro de lo Interior convertía a Enrique Jimenes en virtual heredero político de su tío, la corriente jimenista o bola encabezada por Desiderio Arias y Elías Brache, conocida como *jimenismo pata prieta*, se dedicó a obstaculizar al nuevo ministro, y la señora del presidente pedía el cargo para su hijo José Manuel, que acabó sustituyendo a su primo hermano Enrique sin que tuviera las condiciones necesarias para ocupar su puesto.

Esa sustitución dejó al Gobierno en estado de debilidad tan grande que el ministro Plenipotenciario de Estados Unidos pudo presentar a la Cancillería una nota escandalosa, que no se habría atrevido a enviar en un país donde hubiera

habido una sociedad coherente. En la nota se demandaba que la fiscalización de la recaudación y los gastos del Estado se pusieran en manos de funcionarios norteamericanos y que el Ejército dominicano quedara disuelto y en su lugar se creara una Policía comandada por oficiales yanquis.

De haber habido en el país una clase gobernante, ésta habría reaccionado tomando decisiones que aseguraran su control del Estado y en consecuencia del flujo de los beneficios económicos que se derivarían de ese control; pero como esa clase no se había formado aún, lo que hicieron los jefes políticos de los diferentes sectores y capas de la pequeña burguesía fue lanzarse unos contra otros en una lucha parecida a la de animales hambrientos, que aún siendo de una misma especie se atacan entre sí con ferocidad cuando están comiendo juntos, y con esa lucha crearon las condiciones necesarias para que las fuerzas militares de Estados Unidos entraran en el país y pasaran a ocupar el lugar que debió haber ocupado la clase gobernante que no teníamos.

XVI

La lucha entre los jimenistas o bolos *pata prieta* y los *pata blanca*, así como la de los horacistas o rabudos contra el presidente Jimenes, llegó a tal grado que en abril de 1916 los *pata blanca* hicieron presos a dos jefes militares *pata prieta*, y se le prohibió la entrada en la Fortaleza del Homenaje al ministro de la Guerra, general Arias, a lo que éste respondió haciendo presos a dos jefes militares *pata blanca*. Los gobernadores de provincia, con excepción de uno, se declararon partidarios de Jimenes, y por tanto *pata blanca*, pero un general *pata prieta* pronunció la ciudad de Santiago a favor de Desiderio Arias.

En medio de esa situación de desorden general, Jimenes fue acusado en la Cámara de Diputados de haber violado la Constitución y la acusación fue hecha por diputados bolos

pata prieta, a los que se sumaron los horacistas y los legalistas. El presidente no aceptó la acusación y se retiró a un lugar cercano a la Capital llamado Cambelén, donde empezaron a concentrarse fuerzas enviadas de varias provincias. Mientras tanto, frente a la ciudad se fondeó un buque de guerra norteamericano cuyo comandante advirtió que “Si llegare a ser necesario el desembarco de fuerzas se previene por la presente que cualquier acto de hostilidad contra las tropas americanas dará por resultado una acción seria por parte de esas tropas”.

Casi inmediatamente después llegaría desde Haití el contraalmirante Caperton, cuya misión era iniciar la ocupación militar del país. El día 8 de mayo presentó Jimenes su renuncia a la presidencia; el día 13 Caperton y el ministro Russell enviaban a Arias un ultimátum para que entregara los cuarteles a las fuerzas yanquis a más tardar el día 15; el 14 salieron de la capital Arias y sus soldados y oficiales y el 15 entraron en la ciudad Caperton y los suyos. Había comenzado la intervención militar norteamericana que iba a durar ocho años y dos meses.

Aunque el país había sido ocupado por un poder extraño, el Estado dominicano no quedó disuelto porque siguieron funcionando las Cámaras de diputados y senadores y el Consejo de secretarios de Estado formado por los que habían sido ministros del presidente Jimenes; pero se trataba de un Estado fantasma que no tenía a su orden ni fuerza militar ni centros de recaudación de impuestos, y mientras tanto las tropas yanquis iban adueñándose del país y la Receptoría General de Aduanas —que desde el 1905 estaba bajo control norteamericano— se incautó de los fondos que producían impuestos no aduaneros. Las Cámaras eligieron presidente de la República al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, que vivía en Santiago de Cuba desde hacía años, como él mismo dijo al tomar posesión del cargo, “huyendo a los horrores de las luchas fratricidas”.

El presidente Henríquez y Carvajal tuvo que abandonar la Presidencia cuando el día 29 de noviembre de 1916 el capitán de navío H. S. Knapp proclamó, desde el acorazado *Olimpia*, que se hallaba surto en el antepuerto de Santo Domingo, que el Estado dominicano había sido disuelto y que en su lugar quedaba establecido, a partir de ese momento, un gobierno militar norteamericano encabezado por Knapp.

El gobierno militar dispuso una requisita de armas en todo el país. Mejía cuenta (páginas 144-5) que “en los campos se recogieron miles de revólveres”, y afirma que “en la provincia Duarte, de setenta y cinco mil habitantes para aquellos tiempos, se confiscaron más de cuatro mil”. Con esa medida terminó la etapa de las guerras civiles que a menudo no eran tales guerras sino alzamientos de pocos hombres armados que tenían, sin embargo, el poder de paralizar la vida política en una o dos regiones y a veces en gran parte del país.

A partir de esa recogida de armas los partidos debieron aplicar, para movilizar a sus seguidores, métodos que hasta entonces no se habían conocido. Antes la actividad política era ejecutada por una minoría de hombres de acción, los más de ellos analfabetos campesinos de origen bajo pequeño burgués pobre y muy pobre y los menos de origen bajo y mediano, que llevaban a cabo esa actividad a tiros. Pero cuando esos hombres de acción quedaron desarmados se entró en una época nueva, “pues había que llevar en automóvil y camiones a los campesinos ante la Junta Municipal (electoral) de su jurisdicción y darles cigarros, pan, queso, un trago de ron y un *clavao*” (moneda de 20 centavos). (Mejía, página 194).

Ahora bien, los móviles de la actividad política no cambiaron; siguieron siendo personalistas. El propio Mejía lo dice cuando explica que “al decidirme en la política, mi identificación en ideales con Horacio Vásquez desde la iniciación de la

campaña nacionalista, mis amistades íntimas y fraternales de largos años con prominentes horacistas de San Francisco de Macorís, me señalaron una orientación, no obstante tener el concepto de que Peynado [*el candidato opuesto a Vásquez*, nota de JB] podría ser también un excelente Presidente... Me incorporé, pues, sin entendidos, ni promesas previas, al Partido Nacional [*nombre que había tomado para las elecciones de 1924 el partido horacista o rabudo*, nota de JB], en cuyo seno los más me recibieron con entusiasmo y algunos con celos de preponderancia". (Mejía, págs. 191-2).

En esas líneas entrecomilladas está pintado al detalle el mural de la realidad social dominicana de 1924: Un país poblado por pequeños burgueses que actuaban como individuos, no como miembros de clases, que no había dado una sociedad burguesa porque todavía no había salido de su etapa capitalista si bien ya estaban echadas las bases —y las había echado la intervención militar extranjera— para que se pasara al capitalismo nacional en sus aspectos industrial y financiero. El autor del libro *De Lilís a Trujillo* lo dejó dicho cuando aclaró que al decidirse a afiliarse en el Partido Nacional "algunos lo recibieron con celos de preponderancia"; esto es, algunos miembros de su propia capa pequeño burguesa —la alta del sector profesional— le temían a competir con él por un puesto público, temor que se explicaba porque al nivel de mediana y la alta pequeña burguesía la lucha de clases se convertía en luchas de personas, cosa que ocurría entre los bajos pequeños burgueses pobres muy pobres. Estos eran feroces en sus luchas con las capas mediana y alta, pero fraternizaban entre sí, y todavía hoy podemos ver esa fraternización si nos internamos en los barrios de las ciudades donde viven los bajos pequeños burgueses de las capas pobre y muy pobre.

XVII

Las fuerzas militares norteamericanas estuvieron sustituyendo durante ocho años a la clase gobernante que la sociedad dominicana no había producido y salieron del país sin haber sido sustituidas por un clase gobernante. Para que ellas abandonaran el territorio nacional se convino un plan de desocupación que se hizo público el 13 de septiembre de 1922. La primera parte de ese plan sería la selección y la instalación de un gobierno provisional formado por un presidente y sus secretarios de Estado (ya no se llamarían ministros, como se llamaban antes del desmantelamiento del Estado dominicano dispuesto por la proclama del capitán Knapp), todos los cuales serían escogidos por los jefes de los partidos horacistas, velazquista y jimenista (Jimenes había muerto tres años antes en Puerto Rico y su partido estaba representado por el Lic. Elías Brache), por el arzobispo de Santo Domingo, Adolfo Nouel, y por el Lic. Francisco José Peynado, principal autor del plan de evacuación.

El presidente provisional escogido fue Juan Bautista Vicini Burgos, y su gobierno tenía que negociar con el de Estados Unidos todos los puntos políticos y económicos relativos al abandono del país por el poder norteamericano así como organizar elecciones que deberían celebrarse en marzo de 1924 para escoger un Colegio Electoral. Ese Colegio elegiría senadores y diputados los cuales propondrían las reformas a la Constitución de 1908 que fueran necesarias para darles validez constitucional a los acuerdos convenidos entre el Gobierno provisional y el de Estados Unidos, y las reformas serían sometidas a una Asamblea Constituyente que sería elegida para el caso. El presidente de la República sería elegido por la mayoría de los votos de todo el electorado.

Mejía, que fue actor en ese proceso electoral, dice que “al instalarse el Gobierno Provisional, renació vigoroso el partidismo” (página 190). Los candidatos presidenciales

fueron Horacio Vásquez, por su partido y por el de Velázquez, que habían formado una alianza, y Peynado, que formó, basándose en el partido jimenista, la Coalición Patriótica de Ciudadanos. Mejía refiere (página 192) que “La campaña eleccionaria empezó inmediatamente por la prensa, en mítines y manifestaciones públicas”, pero olvida decir que ésa era una novedad en la historia política del país porque antes del desarme general hecho por las fuerzas militares extranjeras no se habían celebrado mítines ni manifestaciones públicas. Los primeros mítines que conocieron los dominicanos fueron los que se llevaron a cabo precisamente durante la ocupación militar yanqui para pedir que dejaran libre la tierra de Juan Pablo Duarte.

La noche anterior a las elecciones, cuenta Mejía (pág. 196), “ambos bandos celebraron fiestas en los campos, para reunir sus adeptos, con sancochos, tragos y cigarros en abundancia. Se bailaba el típico merengue al son de los acordeones. Al amanecer los directores de los comités rurales (de los partidos políticos) llevaron a votar aquellos campesinos, casi todos analfabetos, gratificando a cada uno con un clavao”.

Las elecciones fueron ganadas por la alianza de horacistas y velazquistas, llamada Nacional Progresista, y de acuerdo con las reformas que se le habían hecho a la Constitución de 1908, el Gobierno surgido de esas elecciones duraría cuatro años, que terminarían el 16 de agosto de 1928; pero como en el país no había una clase gobernante que pusiera las reglas del juego político y social e hiciera cumplir esas reglas, año y medio o algo así antes de la fecha de la expiración del mandato presidencial empezó Enrique Apolinar Henríquez a publicar una serie de artículos en que opinaba que el Gobierno del presidente Vásquez había sido elegido según lo establecía la Constitución de 1908 y por tanto debía durar seis años; y el presidente Vásquez, que había sido

durante más de un cuarto de siglo un luchador contra la prolongación de los períodos presidenciales, aprobó la tesis de Henríquez, y una vez aprobada por él fue aceptada por todos los horacistas que tenían posiciones destacadas en el Gobierno. Una reforma constitucional llevada a cabo en junio de 1927 prolongó el mandato del presidente Vásquez, de los senadores, los diputados y del vicepresidente Velázquez hasta el 16 de agosto de 1930.

La prolongación del período presidencial, y con él el correspondiente al vicepresidente de la República y a los senadores y diputados no parecía indicar que Horacio Vásquez había resuelto sustituir a la clase gobernante que el país no tenía; sin embargo, eso era lo que se proponía el jefe del Gobierno con el apoyo de los líderes medios y bajos de su partido, pues desde principios de 1929, tal como lo refiere Mejía (página 230) “se emprendieron en la prensa, con entera libertad, intensas campañas en pro y en contra de la reelección... la reelección seguía en marcha, con las acostumbradas cartas públicas dirigidas al general Vásquez en solicitud de su aceptación. Se convocó, por último, una Asamblea Constituyente, encargada de reformar el precepto constitucional que la prohibía”.

La nueva Constitución fue votada por unanimidad el 20 de junio de 1929 y el 22 de octubre, día de su cumpleaños, ante una manifestación celebrada frente a su residencia para pedirle que aceptara ser postulado candidato presidencial en las elecciones que debían celebrarse el año siguiente, Horacio Vásquez declaró que aceptaría ser candidato a la reelección.

Lo que evitó que el presidente Vásquez se reeligiera fue la gran crisis económica que estalló en Estados Unidos pocos días después de la manifestación del 22 de octubre. Esa crisis sacudió al capitalismo en sus cimientos y en pocos días paralizó la economía dominicana como la de todos los países

de América, empezando por los del Caribe. La parálisis le ofreció al general Rafael Leonidas Trujillo, jefe del ejército, la coyuntura necesaria para que se lanzara a tomar el poder político y pasara a ser, en forma absoluta, el sustituto, durante casi un tercio de siglo, de la clase gobernante que la sociedad dominicana no había formado y no iba a formar ni siquiera en el largo período en que estuvo bajo el mando de Trujillo.

XVIII

Hay un rasgo común a casi todos los gobernantes de la historia dominicana que sustituyeron en el uso del poder del Estado a la clase gobernante que no hemos tenido —y que todavía no tenemos—, y es su dedicación a favorecer de manera legal y especialmente ilegal a personas determinadas. Algunas de esas personas fueron extranjeras domiciliadas en el país y otras extranjeras que no vivían aquí, pero la mayoría de los que se hicieron ricos con el apoyo oculto o abierto de un gobierno han sido dominicanos, y lo mismo en el caso de esos dominicanos que en el de los extranjeros avecindados en el país, los gobernantes que los favorecieron tomaron parte, de manera consciente o inconsciente, en la tarea de formar y desarrollar una clase económicamente dominante que más tarde o más temprano pasaría a convertirse en una clase gobernante.

Hemos dicho casi todos los gobernantes y no todos porque no hay constancia de que Ramón Cáceres facilitara o tolerara el enriquecimiento de nadie poniendo al servicio de ese enriquecimiento el poder del Estado o haciéndose el ignorante si lo ponía alguno de sus funcionarios. En nuestra opinión Cáceres sustituyó de manera instintiva —o tal vez sería más correcto decir que pretendió sustituir— a la clase gobernante que el país no había producido pero no por razones de beneficio personal, de índole política o económica, sino porque de no haberlo

hecho no le habría sido posible gobernar. Cuando Cáceres tomó el poder, las consecuencias de la falta de una clase gobernante se sentían en el país de manera tan intensa que un hombre como él tenía necesariamente que tratar de imponer ciertas reglas del juego político que eran ignoradas por todas las clases y capas de clases de la sociedad dominicana.

De todos modos, los gobernantes que facilitaron o toleraron el enriquecimiento ilícito de extranjeros y de nacionales, lo mismo si lo hicieron por razones de beneficio personal económico que por conveniencia política, estaban, al hacerlo, sirviéndole al sistema capitalista, porque éste funciona a base de la existencia de una clase que explota el trabajo de otras, y esa clase va formándose en la medida en que unas cuantas personas pueden hacer su acumulación originaria; y en la República Dominicana, como en cualquier otro país de capitalismo tardío, la corrupción administrativa, en sus variedades de robo abierto o encubierto, tráfico de influencias y soborno, es una forma de acumulación originaria que está en uso cuando faltan menos de veinte años para que termine el siglo XX, de manera que en el momento en que se escriben estas líneas* todavía nos hallamos, en ese aspecto, en la etapa inicial del capitalismo; y es precisamente el hecho de que el capitalismo no se desarrollara entre nosotros antes lo que explica que no tengamos todavía una clase gobernante a pesar de que somos un país capitalista, si bien de escaso y muy tardío desarrollo.

Lo que acabamos de decir no es válido si queremos aplicar esas conclusiones del lado opuesto, esto es, si creemos que en los países de capitalismo altamente desarrollado ya no se hace acumulación originaria, al menos por la vía de la corrupción administrativa, el tráfico de influencias y el soborno. Es cierto

* El 20 de noviembre de 1981, en La Habana.

que no la hallamos en Alemania Federal, en Francia, en Inglaterra, en Suecia, pero la encontramos en Estados Unidos, donde muy a menudo se descubren y se hacen públicos sobornos a figuras importantes de la vida política, como senadores, representantes (diputados) y jueces, algunos de estos de los más altos tribunales del país, incluyendo en ellos la Corte Suprema, y se dan casos como el de Lyndon B. Johnson, que habiendo trabajado durante su vida únicamente al servicio del Estado, desde peón caminero en sus años mozos —puesto por el cual cobraba sin prestar servicios— hasta presidente de la República, murió millonario gracias a una febril actividad comercial ilícita que llevó a cabo cobrando favores hechos desde sus cargos públicos, pero esos cobros aparecían ante las leyes como beneficios de empresas en las que no figuraba su nombre.

La acumulación originaria viene haciéndose de manera incesante en Estados Unidos desde los tiempos coloniales, cuando se hacía mediante la guerra a los pueblos indios y su dispersión para despojarlos de sus tierras, pero esa práctica se mantuvo durante la mayor parte del siglo pasado, y junto con ella se mantuvo la de la esclavitud de negros africanos, que no sólo eran vendidos a colonos ricos del Sur sino además comprados en África por negreros norteamericanos. Las bandas de cuatreros que florecieron después de la guerra de Secesión, sobre todo en el oeste del país, exaltadas en novelas y películas de los primeros años de este siglo, así como las de gánsteres o pandilleros que duraron hasta pasados los años de 1930 y tantos, y los muchos negocios que controlan las organizaciones mafiosas, entre los cuales está el de la importación y venta de drogas alucinógenas; todas fueron y son actividades propias de las épocas de acumulación originaria. Debemos decir, sin embargo, que en Estados Unidos hay desde los primeros tiempos de la independencia una

clase gobernante que estableció y hace cumplir las leyes del juego social, por lo menos en el terreno político, como lo demuestra la aplicación de sanciones a importantes figuras políticas que violan esas leyes, entre ellas a jueces, senadores, representantes y hasta a un presidente de la República: Richard M. Nixon.

La etapa imperialista de la historia norteamericana, que se inició a fines del siglo pasado, y la de la aparición de las grandes firmas transnacionales, corresponden también a la del uso de los métodos de la acumulación originaria, pues en los dos casos empresas industriales y financieras se valen del poderío político y militar de Estados Unidos para someter a su dominio a pueblos débiles con el fin de explotar sin misericordia sus riquezas naturales y su mano de obra, y para hacer negocios que les dejen millones de dólares sobornan a personajes políticos de países de capitalismo desarrollado donde desde hace tiempo no se lleva a cabo la acumulación originaria. De lo que acabamos de decir es buen ejemplo el soborno del príncipe consorte de Guillermina, la reina de Holanda, ocurrido hace algunos años.

XIX

En los Estados Unidos se han mantenido hasta hoy los métodos de la acumulación originaria, a menudo entremezclados con los de la acumulación capitalista, pero los beneficiarios de los primeros no han pretendido sustituir a la clase gobernante, entre otras razones porque esa clase les sirve a ellos cuando le conviene hacerlo para reforzar su dominio político a nivel nacional o internacional como lo demuestra el uso de un jefe de gánsteres, Lucky Luciano, para resolver en Italia un problema político militar durante la Segunda Guerra Mundial o el de Sam Giancana para organizar el asesinato de Fidel Castro, pero en la República Dominicana el limitado desarrollo capitalista ha impedido el desarrollo de todos los sectores de

la burguesía y de la pequeña burguesía cuyo fortalecimiento cuantitativo e ideológico burgués es indispensable cuando se trata de la integración de una clase gobernante, lo que explica que en nuestro país sigan teniendo uso los métodos de la acumulación originaria y se mezclen también con los de la acumulación capitalista, pero por razones diferentes a las que se dan en Estados Unidos.

Lo normal es que en un país capitalista la clase gobernante sea la burguesía, que pasa a esa categoría después de haber sido clase económicamente dominante, y puede llegar a formar un frente de clases gobernante dándoles participación en él, aunque de manera limitada y más bien formal, a la clase obrera y a la campesina, como lo ha hecho en los países donde se ha establecido la llamada socialdemocracia a la manera en que puede verse en Suecia o en Alemania Federal.

A veces el tránsito de clase dominante a gobernante requiere de mucho tiempo y a veces de menos; depende de cuánto tarde en dar sus frutos la división social del trabajo, pues de ese proceso van surgiendo de manera natural los diferentes sectores burgueses: la burguesía terrateniente, la comercial, la industrial, la financiera, la técnica o profesional, la política, la militar. Los tres últimos sectores quedan formados, generalmente, por miembros de la pequeña burguesía alta, mediana y baja. Sin ellos no podría integrarse una clase gobernante porque ésta necesita contar en sus filas con personas capaces de mantener funcionando a toda capacidad el aparato burocrático estatal, los partidos políticos y las fuerzas armadas; y las últimas son la raíz misma y a la vez el tronco de cualquier tipo de Estado, no sólo del Estado burgués.

Detengámonos un poco a explicar cómo avanza, multiplicándose, la división social del trabajo. Esa división es un producto de dos hechos, uno objetivo y el otro subjetivo. El primero es el aumento de la población y el segundo es la lucha del

hombre contra la Naturaleza para ponerla a su servicio; ambos se dan simultáneamente y ambos se influyen recíprocamente. Cuando la población se multiplica se multiplica también su capacidad para producir más alimentos, más medicinas, más y mejores viviendas, medios de transporte, centros de trabajo y estudios, y en consecuencia se van profundizando y extendiendo los conocimientos de todo tipo, entre ellos los de carácter social y político...

Con el desarrollo de las fuerzas productivas, que son un efecto del aumento de la población a nivel mundial pero también, aunque en grados diferentes, a nivel de cada país, se va dando la formación y la ampliación numérica de las clases sociales y también su producto político, esto es, la ideología. Lo natural es que una clase, cualquiera que sea, se integre como resultado del desarrollo de la división social del trabajo pero tarda mucho tiempo, a veces siglos, en crearse o aceptar que se le cree una explicación ideológica —y por tanto política— de su existencia; o lo que es lo mismo, que se mantenga durante una etapa muy larga como clase en sí antes de pasar a ser una clase para sí, y esto último significa *antes de que haga el propósito de organizar la sociedad para ser dirigida por ella*.

En esa primera etapa la clase, si se trata de la burguesía en un país capitalista así sea del Tercer Mundo, ejerce una función de dominante, no de gobernante. A la de gobernante llegará después de haberse hecho consciente de su poder social y sobre todo después que de su seno hayan salido los sectores a que nos hemos referido.

De manera objetiva, el proceso que hemos tratado de explicar sigue las siguientes líneas generales:

La burguesía terrateniente, la comercial, la industrial y la financiera forman una clase dominante que se organiza por razones económicas, a efectos de una fuerza centrípeta, y arrastra

consigo a la pequeña burguesía de todas las capas que a la vez que les sirve como instrumento de su dominación forma el semillero que de manera inmediata va a reproducir a esos sectores burgueses porque muchos de tales pequeños burgueses acabarán ascendiendo a burgueses, en la mayoría de los casos dentro del mismo sector burgués al cual le sirven.

En el desarrollo de los hechos que conducen a la nucleación o integración de los sectores capitalistas la burguesía terrateniente pasa a sustituir a la oligarquía latifundista; el comercio especializado acaba sustituyendo al comercio no especializado que conoció la República Dominicana hasta hace pocos años, esto es, el que vendía en un mismo local telas, zapatos, provisiones y bebidas, o el de almacenes de provisiones para vender al por mayor que tenían, también en el mismo local, ventas de esas provisiones al detalle —con lo cual competían con los comercios minoritarios a los que ellos surtían—, y a la vez que se producía esa sustitución del comercio no especializado por el especializado se daba la del pequeño y mediano comercio por el grande, la de la pulpería y el colmado por el supermercado; y además el industrial sustituye al taller artesano y los establecimientos financieros sustituyen a los prestamistas individuales.

En la República Dominicana el proceso de las sustituciones a que acabamos de referirnos tardó casi un siglo. Empezó en los años de 1870 y tantos con la transformación en campos de caña para fabricar azúcar de latifundios improductivos o que se dedicaban a ganado que vivía en ellos de manera montaraz; pero ese proceso se dio con tanta lentitud que fue en 1963 cuando se fundó el primer banco comercial dominicano de capital privado y tras él aparecieron varios años después las empresas privadas de financiamiento. Para la fecha en que se escriben estas líneas en el país hay ya una clase dominante, pero carece de la sustancia social indispensable para convertirse en

clase gobernante si bien hay signos de que comienza a preguntarse si no ha llegado el tiempo de que se convierta en clase para sí.

XX

En ninguna sociedad burguesa, y menos aun en las que corresponden a los países de capitalismo tardío —que son las del Tercer Mundo—, puede organizarse la clase gobernante si no participan en ellas todos los sectores capitalistas que forman la clase dominante, y además de ellos los sectores pequeño burgueses dedicados al ejercicio de la técnica en sentido general y al de las funciones militares en sentido particular. Este último sector juega un papel decisivo en el paso de la clase dominante a clase gobernante.

¿Qué lo lleva a jugar ese papel?

Su peso específico en el mantenimiento del aparato del Estado. Si las fuerzas armadas de cualquier país no comparten el criterio político de los que gobiernan ese país, a la menor insinuación de enemigos internos o externos del Gobierno o por razones de un repartimiento de influencia política o de bienes económicos en que se sientan disminuidos o postergados, los militares derrocarán al Gobierno y colocarán en su lugar a personas que respondan a sus intereses o a los de los autores intelectuales de su acción. La única manera confiable, segura, de conseguir que los soldados no conspiren para derrocar gobiernos es dotándolos de una ideología que los haga capaces, en todos los órdenes, de comprender a fondo que su función de soldados es cumplir y hacer cumplir las reglas del juego que le impone a la sociedad su clase gobernante; y lo que acabamos de decir es válido para cualquier tipo de sociedad, lo mismo la esclavista que la feudal, la capitalista que la socialista.

El problema que se le plantea a una sociedad como la dominicana es que su escaso y tardío desarrollo capitalista le ha

impedido producir una clase gobernante, y como ésta es la que impone las reglas del juego social y político, el país ha carecido, y sigue careciendo, de esas reglas; y las mismas causas que han determinado esa carencia han impedido que sus masas hayan alcanzado el desarrollo político necesario para comprender que los hombres no actúan en la vida política por motivos personales, como se les dice todos los días y en todas las formas imaginables; que el hombre es el producto de su sociedad y cuanto él hace en beneficio o en perjuicio de la sociedad es impulsado por ésta, o bien porque deja actuar a una de las clases que la componen o bien porque acaba aceptando, tras luchar contra esa clase, lo que ha hecho un representante de ella.

Por ejemplo, en el caso de la sustitución de la inexistente clase gobernante dominicana por un hombre, algunos lo hicieron por largo tiempo, lo que indica que sus hechos tuvieron aprobación social, y de ser así los motivos que impulsaron esos hechos no fueron personales; fueron producto de la falta de reglas del juego con que ha estado viviendo la sociedad dominicana desde hace más de un siglo. De haber habido esas reglas del juego a ningún político o militar de nuestro país se le hubiera ocurrido la idea de ser él el elegido por quién sabe qué fuerzas ocultas para establecer y hacer cumplir esas reglas.

En la lista de esos hombres no figura Pedro Santana porque él representó a una clase, que fue la hatera, y gobernó por y para ella. Los que figuran en esa lista son Buenaventura Báez y Ulises Heaureaux, en el siglo pasado, y en el actual, Ramón Cáceres, Horacio Vásquez, Rafael Leonidas Trujillo y Joaquín Balaguer. Hemos dicho que todos contribuyeron en alguna medida a la formación de la clase dominante que ya tiene el país, pero que la contribución de Cáceres no fue a través de personas sino mediante medidas de gobierno que tendían al

fortalecimiento económico de las escasas individualidades burguesas que había en el país. En cierto sentido puede decirse lo mismo de Báez y de Heureaux, sólo que con la salvedad de que además de esas medidas usaron las de tipo personal y con ellas convirtieron en ricos a unos cuantos dominicanos y extranjeros aunque esos ricos, por lo menos en el caso de los dominicanos, no llegaron a integrar una burguesía.

Horacio Vásquez pretendió también sustituir a la clase gobernante que no existía y en su gobierno se enriquecieron algunos políticos, pero Vásquez mismo no figuró entre ellos; en cambio, su sucesor, Rafael Leonidas Trujillo, sustituyó de manera absoluta y por tiempo prolongado a la inexistente clase gobernante y gracias al uso de los métodos más brutales de la acumulación originaria, que se pusieron en práctica a través del aparato del Estado y por tanto contando con la fuerza de ese aparato, él mismo pasó de alto pequeño burgués a burgués terrateniente, comercial, industrial y financiero, el más importante que ha conocido la historia dominicana, y además formó con familiares y amigos un núcleo burgués pequeño pero muy poderoso en el orden político, económico y social.

A través del núcleo de capitalistas que él creó o fortaleció, Trujillo le impuso al Pueblo dominicano las reglas del juego que él consideraba necesarias para la conservación de su poder. Esas reglas correspondieron a la breve pero justa descripción hecha por Marx cuando dijo que el capitalismo llega a un país echando sangre hasta por los codos. Debemos aclarar, sin embargo, que como a Trujillo, a pesar de todo su poder, le era imposible ir más allá de lo que se le podía pedir al desarrollo social de país, al desaparecer él no se había formado todavía la clase dominante dominicana, si bien en sus treinta y un años de control absoluto de la vida política, económica y social miles y miles de familias habían ascendido en la escala económica, varias de ellas hasta llegar al nivel de los burgueses.

El proceso de la división social del trabajo entró en desarrollo violento después de la muerte de Trujillo. A los tres años de ese hecho empezaron a verse los resultados de ese desarrollo en el establecimiento de supermercados y otros tipos de grandes comercios, como firmas importadoras de vehículos y maquinarias, fundación de bancos, periódicos, negocios de radio y televisión; y el proceso se aceleró con la llegada al Gobierno, en el 1966, del Dr. Balaguer, quien estuvo doce años sustituyendo a la clase gobernante que el país no ha tenido.

Desde el punto de vista cuantitativo, nadie en República Dominicana contribuyó tanto como el Dr. Balaguer a la formación de una clase dominante. En su gobierno se formaron cientos de millonarios, la mayor parte de ellos a través de negocios con el Estado, unas veces construyendo obras que el Estado pagaba en más de lo que valían y otras veces apoderándose, desde un cargo público —en direcciones o administraciones de empresas del Estado—, de tierras, dineros o bienes. A diferencia de lo que hizo Trujillo, el Dr. Balaguer no usó los mecanismos de acumulación originaria en provecho suyo, pero no hizo nada para impedir que lo hicieran funcionarios, amigos y favorecidos de su gobierno. En ese sentido él estaba preparado ideológicamente para aceptar que esos mecanismos son parte integrante del sistema capitalista, y así lo dijo poco antes de las elecciones de 1978 cuando declaró que ningún gobierno —naturalmente, del sistema— podrá erradicar la corrupción administrativa.

La Habana,
30 de noviembre, 1981.

CAPITALISMO Y CLASE OBRERA*

I

En el diario *La Noticia* del 31 de agosto [1978] apareció una publicación titulada *Portuarios Piden Volver Sistema Trabajo de 1963* que puede darnos una idea bastante clara de lo que pensaba una mayoría de dominicanos cuando acudieron el 16 de mayo de este año a los colegios electorales. En esa publicación se refiere que dos líderes del Sindicato de Trabajadores Portuarios de Arrimo (POASI), hablando en presencia de un número alto de miembros de esa organización sindical, dijeron que estaban dispuestos a “sacrificar su propia vida en defensa del plan de trabajo colectivo firmado hace 15 años”, o sea, el que puso en vigor el Gobierno que fue derrocado por el golpe de Estado de 1963. Los líderes hablaron en una rueda de prensa, y el periodista que tomó sus declaraciones para *La Noticia* dijo que según esos líderes “la mayoría de sus miembros [*del sindicato*] pertenecen al partido de gobierno [*el PRD*] porque ese partido se identificó con este sindicato en 1963”, palabras que pueden ser interpretadas, sin caer en subjetividad, como la afirmación, hecha de manera consciente, ante un número importante de sus compañeros de trabajo, de que los trabajadores de POASI votaron por los candidatos del PRD debido a que proyectaron en esos candidatos el recuerdo de los beneficios que recibieron del Gobierno constitucional de 1963.

* I al X, en *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 152 y 153, Santo Domingo, Órgano del PLD, 13 y 20 de septiembre de 1978, p.4; y del N° 169-176, del 10 de enero al 28 de febrero de 1979, p.4.

¿Fue esa idea la que llevó a tantos dominicanos a votar por el PRD? ¿Cuántos hombres y mujeres votaron este año movidos por el mismo impulso que los miembros de POASI?

No lo sabemos, pero no sería exagerado decir que una cantidad muy importante, si no la mayoría, de los que echaron en las urnas sus votos en favor del PRD lo hicieron pensando que un Gobierno perredeísta sería la continuación, quince años después, del que conoció el país durante los siete meses transcurridos entre el 27 de febrero y el 25 de septiembre de 1963, y al decir esto no estamos ni por asomo haciéndole propaganda a aquel gobierno; lo que hacemos es sentar las bases para analizar las elecciones de 1978, no el Gobierno que nos tocó presidir hace quince años. Desde luego, sabemos que los líderes del PRD dieron alientos a la idea de que ahora iban a repetirse aquellos días, sólo que no durante siete meses nada más sino durante largo tiempo (uno de ellos se lanzó a anunciar cien años corridos de gobiernos perredeístas); y esos alientos, propagados con palabras superficiales, llevaron a centenares de obreros a iniciar, inmediatamente después del 16 de agosto, la organización de sindicatos en sus centros de trabajo, a lo que respondieron los dueños de empresas echando a la calle a todos los que se aventuraron a actuar en defensa de los intereses de los obreros pensando que ya habían empezado a reproducirse en el país las condiciones políticas y sociales de 1963.

Sólo el atraso político de los líderes altos y medios del PRD pudo llevarlos a ilusionar a los trabajadores, y a gran parte del Pueblo dominicano, con la idea de que el pasado podía vivirse de nuevo. Un vistazo al mundo que nos rodea nos enseña una lección que para alguna gente es difícil de aprender; la de que no hay fuerza capaz de detener la marcha inexorable del tiempo, y con ella, los cambios que van operándose en las personas, en las sociedades, en los árboles y hasta en las piedras. El

Gobierno perredeísta de 1963 podía hacer cosas que no puede hacer el Gobierno perredeísta de 1978, y ésta es una verdad tan grande que para hacer desde el Gobierno algo importante, un cambio verdadero, y no de caras nada más, el PRD habría tenido que dejar de ser el PRD para convertirse en otro partido. Por eso nosotros dejamos el PRD como deja un joven de veinte años los zapatos que usaba a los quince o el pantalón que usaba a los diecisiete.

Veamos en una ojeada rápida qué era la sociedad dominicana, desde el punto de vista del poder de la burguesía nacional y del capital norteamericano, once años antes de la muerte de Trujillo. Debemos saberlo para apreciar, por lo menos en rasgos generales, cómo fue creciendo ese poder, y aclaremos, de pasada, que el escaso desarrollo de nuestro país nos ha impedido disponer de estadísticas detalladas, con diferenciación de empresas de capital dominicano y de capital extranjero, y aún más, nos ha impedido valernos de cifras confiables y actuales debido a que las publicaciones de la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), que es la más importante de las fuentes oficiales de datos con que cuenta el país, no pasan del año 1974 cuando se trata de los que se refieren a la cantidad de establecimientos industriales en actividad, capital invertido, empleados y obreros ocupados en ellos y sueldos y salarios pagados por año.

De acuerdo con las publicaciones de la ONE, en el año 1950 había en el país 3 mil 412 industrias, si bien el calificativo de industrias les cabía a muy pocas de ellas como van a ver los lectores. El capital invertido en esas 3 mil 412 era 119 millones 600 mil pesos, sus empleados y trabajadores fueron en ese año 48 mil 332 y los sueldos y jornales que ganaron llegaron a 18 millones 900 mil pesos. Al analizar esos datos hallamos que si todos esos establecimientos industriales hubieran sido iguales en inversión y número de personas

empleadas en cada uno, lo que se había invertido en cada unidad eran 35 mil pesos y todas tenían trabajando 14 personas que recibían 5 mil 600 pesos anuales, o sea, a razón de 400 pesos por cabeza al año.

Si hacemos un breve análisis de esos datos hallaremos que para 1950 había tantos ingenios de azúcar como ahora salvo el Haina, que empezaría a moler en enero de 1951, lo que nos autoriza a decir que de los 119 millones 600 mil pesos invertidos en establecimientos industriales, 15 de ellos se llevaban la parte del león, a tal punto que si les calculamos a esos 15 una inversión total de 59 millones 500 mil pesos, cantidad que seguramente es inferior a la real, tendríamos que para los 3 mil 397 restantes la inversión promedio sería de 20 mil 600 pesos; pero si tomamos en cuenta que para ese año en el país había funcionando empresas como la Telefónica, la Grenada, la Tabacalera, la FADOC, una fábrica de fósforos, las propietarias de plantas eléctricas en las ciudades más importantes, digamos, unas 17 que debían tener inversiones por unos 20 millones de pesos, hallamos que las restantes 3 mil 380 no habían invertido en promedio más de 15 mil pesos cada una. Estos estimados pueden parecer caprichosos y hechos para presentar la situación industrial del país en el año 1950 en un aspecto deprimente, y lo aceptamos; pero les pedimos a los que piensan así que nos den una explicación racional, basada en datos ciertos, para el corto número de empleados y obreros que trabajaban en las industrias ese año (14 por cada unidad). Si el promedio de lo que ganaban empleados y trabajadores era 400 pesos al año (33 con 33 al mes), tenemos en ese dato una base para estimar que el mayor número era el de los que se usaban en tareas agrícolas, como pasaba en la industria azucarera, y el que le seguía debía estar compuesto no por obreros sino por artesanos y aprendices.

Para 1950 estaban echadas las bases del capitalismo industrial dominicano que se desarrollaba dolorosamente en su etapa de acumulación originaria con mezcla de acumulación capitalista, bajo la dura mano de Trujillo, empresario y al mismo tiempo beneficiario de ese capitalismo en formación. Desde octubre de 1941 se había fundado el Banco de Reservas, propiedad del Estado que se estableció sobre las estructuras que tenía en el país un banco norteamericano, The International Banking Corporation; en 1945 se estableció otro banco del Estado, el Banco Agrícola e Hipotecario, y en octubre de 1947 se habían creado el peso oro nacional y el Banco Central. Todas esas instituciones eran necesarias para que el país pudiera avanzar por la vía del capitalismo porque sin ellas no podía hacerlo ni siquiera dentro de los estrechos límites del capitalismo mercantil a pesar de que para el 1940 eran abundantes los establecimientos comerciales, que no figuran en las estadísticas que estamos analizando.

A partir de 1950 no tenemos datos hasta el 1961, que es el de la muerte de Trujillo, y lo primero que llama la atención en lo que corresponde a ese año es que para entonces ya se había iniciado el proceso de concentración de capitales puesto que los 3 mil 412 establecimientos industriales de 1950 con 119 millones 600 mil pesos de inversión y 48 mil 332 obreros pasan a ser 2 mil 331, o sea, mil 81 menos (cerca de la tercera parte) con 80 mil 54 empleados y obreros, esto es, 31 mil 722 más que los que había en 1950, lo que da un promedio de 39 por unidad industrial, cerca de tres veces la cantidad que hallamos once años atrás, y en lo que se refiere a inversión, sobrepasa en 8 millones las dos veces y media de los 119 millones 600 mil que había en 1950 para llegar a 307 millones 200 mil. Sin embargo, si nos fijamos en lo que se empleó en 1961 para pagar sueldos y jornales vemos que fue apenas el doble puesto que sólo alcanzó a 38 millones 300

mil; y en cambio la inversión promedio por unidad industrial, que había sido en 1950 de 35 mil pesos, dio en 1961 un salto a 132 mil. Este es el dato clave para comprender que ya estaba en marcha el proceso de concentración de capitales que se manifestaba en uso de más bienes de capital y en menos establecimientos y menos mano de obra en relación con la inversión, o sea, que se había invertido más dinero en máquinas y menos en obreros. Por otra parte, el promedio de sueldo y salario anual para cada empleado y obrero era 400 pesos y en 1961 llegó a 480, lo que equivalía a 40 pesos mensuales por persona en vez de los 33 con 33 que correspondieron al año 1950, pero debemos observar que con un peso de 1961 no podían comprarse las cosas que se compraban con un peso en 1950 porque en los países del sistema capitalista vivimos en un proceso de inflación que no se ha detenido (salvo en las ocasiones en que ha habido crisis en los centros de mando de la economía mundial) desde que fueron abiertas a la explotación española las minas de oro y plata de México y del Perú, allá por los años de 1520 y tantos.

II

Conviene que nos detengamos un poco a analizar el proceso de concentración de capitales que se dio en los años transcurridos desde el 1950 hasta el 1961, y si lo hacemos debemos saber, antes que nada, qué pasaba en el país en esos once años. Lo sabemos, claro; lo saben todos los dominicanos: Fue entonces cuando dio sus mejores frutos, naturalmente que para su dueño y sus familiares y asociados, la monopolización de la economía nacional que Trujillo había empezado a organizar desde que tomó el poder político en 1930; y es fácil llegar a la conclusión de que la fuerza determinante en esa concentración de capitales era el poderío económico de Trujillo, que estaba respaldado por el control que él te-

nía del aparato del Estado, desde el cual se dirigía toda la economía del país.

Empecemos destacando el hecho de que si el dictador controlaba el aparato del Estado, el Estado a su vez era propietario de bancos como el Central, el de Reservas y el Agrícola, que le servían a Trujillo para financiar el emporio industrial que venía montando desde hacía algún tiempo, y el desarrollo de ese emporio requería la desaparición de muchas industrias pequeñas y talleres artesanales que no estaban en capacidad de competir con las empresas del amo del país. Eso sucedía en todos los campos; por ejemplo, se daba en el caso de la grasa comestible, que era producida por miles de familias, especialmente campesinas, a base de cerdos que en unos casos criaban ellas mismas y en otros casos compraban para sacrificarlos y freír las partes en que se hallaba la manteca. Puede decirse que ése era un método artesanal de producción de grasa y en correspondencia con él era el método de venta; pues bien, tanto la producción como la venta de manteca animal fueron barridas al establecerse la fábrica de aceite de maní, y con ellas quedaron suprimidas la importación y la distribución de la manteca de cerdo norteamericana; pero las consecuencias llegaron también a la economía agrícola, puesto que tierras que antes se dedicaban a otros frutos pasaron a ser sembradas de maní y lo mismo sucedió en el caso de las tierras de víveres situadas en las vecindades de los ingenios de azúcar que había adquirido Trujillo, que gran parte de ellas quedaron incorporadas a las tierras de esos ingenios, en muchas ocasiones por medio de la fuerza y lanzando a sus propietarios a la miseria, con lo cual el proceso de concentración de capitales se extendía a los campos con el desalojo violento de numerosos agricultores medianos y pequeños; y otro tanto se hizo en los campos de sisal del Sur y en los arrozales de la región de Nagua y se había

hecho antes en la región de la Línea Noroeste al establecerse allí la Grenada Fruit.

La concentración de capitales es un fenómeno que se da en los países dependientes de manera mucho más rápida que como se llevó a cabo en los grandes centros del capitalismo mundial, lo que se explica porque en los países dependientes el capitalismo es impuesto desde afuera, no producto de su propio desarrollo; pero lo mismo en los que dependen que en los que imponen la dependencia, el proceso de concentración de capitales no puede empezar sino allí donde hay ya una infraestructura económica en el sector industrial y por lo menos con cierta base en el sector financiero. Para dejar clara la idea que acabamos de exponer, vamos a hacer un breve recorrido por el pasado de nuestro país en lo que se refiere a desarrollo industrial.

Donde no hay datos estadísticos acerca del número de industrias y capitales invertidos en ellas no queda más remedio que usar otros que puedan suplirlos; y, por ejemplo, en el caso dominicano, la primera referencia a trabajadores industriales que aparece en la historia es la que en relación con la industria azucarera hizo Eugenio María de Hostos en el periódico *Eco de la Opinión*, de la Capital, en noviembre de 1884, y en esa oportunidad Hostos no ofreció datos, porque no los habían sino suposiciones; calculó cuánta tierra usaban los ingenios, a cuánto llegaron las inversiones para montarlos, a cuánto alcanzaban sus gastos fijos, qué pagaban de salarios y qué número de trabajadores usaban, y estimó que estos eran 5 mil 500 dominicanos y 500 extranjeros, además de que había “maquinistas, maestros de azúcar y otros auxiliares técnicos que la fabricación en gran escala del azúcar ha hecho indispensables”, que a su juicio eran unos 200. En el caso de los dominicanos, Hostos pudo haber fallado por 300, por 500 de más o de menos, o sea, que pudieron haber sido 5 mil 800 ó 6 mil pero también 5 mil 300 ó 5 mil; en lo que no creemos que fallara es

en el tipo de trabajo que hacían esos compatriotas, porque se refiere a ellos con las palabras “jornaleros nacionales”, y Hostos, que era un maestro en el uso de la lengua española, sabía que un jornalero era lo que hoy llamamos un echadías, esto es, uno que trabajaba y cobraba por días, y eso identificaba a los dominicanos como trabajadores de campo, sembradores y cortadores de caña y también carreteros.

Todavía en 1884, y seguramente durante varios años más, la mayoría de los trabajos agrícolas en los ingenios eran hechos por dominicanos, pero ya al empezar este siglo, y especialmente después de 1916, los dominicanos pasaron a ser sustituidos gradualmente por haitianos y cocolos (ingleses negros de las Antillas británicas), al punto que en el año 1938, de las más o menos 30 mil personas censadas por la Dirección General de Estadísticas como población obrera, sólo 9 mil eran dominicanas, y en esas 9 mil se incluían los aprendices, que abundaban mucho para entonces porque la mayoría de las industrias que no eran ingenios de azúcar consistían en talleres de artesanos que hacían sillas, mecedoras, ataúdes, zapatos a mano; los demás, casi 22 mil, eran cortadores de caña de Haití y de las islas inglesas del Caribe.

En el artículo anterior vimos que doce años después, en 1950, los empleados y trabajadores industriales habían pasado a ser 48 mil 332, pero no sabemos cuántos de ellos eran dominicanos y cuántos eran extranjeros; sin embargo, probablemente ya la mayoría eran del país, porque hacia 1950 Trujillo era el dueño de 11 de las 15 fábricas de azúcar que había para ese año y uno de los cambios trascendentales, desde el punto de vista social, que produjo la aparición de la burguesía industrial encarnada en Trujillo y sus familiares y allegados fue sustituir con dominicanos a los haitianos y cocolos que trabajaban en los ingenios. Con ese paso Trujillo parteó el nacimiento de una clase obrera dominicana si entendemos, como

debemos entenderlo, que una clase obrera no puede estar formada por unos pocos miles de campesinos que trabajan en la industria de la caña unos meses y dedican el resto del año, que es en su mayor parte, a hacer oficio de echadías o de chiriperos.

Naturalmente, no hay lugar en el mundo donde pueda haber burguesía sin obreros, pero tampoco puede haber clase obrera donde no hay burguesía. Al capitalismo industrial formado por Trujillo tenía que corresponder por fuerza la formación de la clase obrera destinada a trabajar en las industrias que él iba montando o que iban pasando a sus manos, ya que hasta ahora no se ha inventado la manera de que las industrias funcionen sin obreros.

¿Por qué sustituyó Trujillo en sus ingenios a los trabajadores haitianos y cocolos con dominicanos? ¿Fue porque Trujillo era nacionalista?

Sí, Trujillo era nacionalista, pero debemos aclarar que nacionalismo no significa patriotismo (cosa que hemos explicado más de una vez), y en lo que se refiere a la sustitución de los sembradores y cortadores de caña haitianos y cocolos por dominicanos, Trujillo no actuó como lo hizo porque fuera nacionalista, sino porque era capitalista y no quería arriesgarse a perder dinero, y tal vez algo más que dinero, si en algún momento tenía que hacer una matanza de cocolos y de haitianos como era posible que sucediera si los trabajadores de los ingenios se levantaban en huelga como habían hecho en 1946, cuando Nando Hernández y Mauricio Báez organizaron una en el central Romana. Trujillo había pasado por una dura experiencia, que fue la de tener que pagarle al Gobierno de Haití 750 mil dólares como indemnización por los haitianos muertos en la masacre de 1937, pero además conocía otra experiencia, la de su amigo Gerardo Machado, el dictador de Cuba, a quien el Gobierno inglés le hizo pagar muy caros unos cocolos, también cortadores de caña, que habían sido ametrallados por un oficial del

Ejército cubano. Si Trujillo se veía en el caso de reprimir un movimiento de huelga en sus ingenios y en el curso de la represión morían algunos haitianos y algunos ingleses de las islas antillanas, ¿cuánto podía costarle eso en dinero, y hasta qué punto le perjudicaría políticamente el hecho de verse envuelto en una situación parecida a la de octubre de 1937, cuando en todas partes del mundo, pero sobre todo en América Latina y en los Estados Unidos se le acusó de haber ordenado una matanza de haitianos? Esa posibilidad quedaba soslayada con una medida que podía darle provecho político: la de sacar de sus ingenios a cocolos y haitianos y darles sus puestos de trabajo a dominicanos. Si lo hacía así, en el caso de verse obligado a liquidar una huelga matando obreros, ningún gobierno extranjero tendría derecho a reclamarle que pagara indemnización a los familiares de los muertos, pero además cuantos más dominicanos ganaran un salario aunque fuera bajo, y hasta muy bajo, más se fortalecería su régimen político.

En cuanto a que Trujillo era a la vez nacionalista y capitalista, eso se explica porque el nacionalismo es una posición que corresponde a la ideología propia del capitalismo. Se puede ser capitalista sin ser nacionalista pero no se puede ser nacionalista sin ser capitalista. Cuando se da el primer caso, el capitalista tiene dinero y medios de producción, pero no tiene todavía conciencia política de clase; en el segundo caso, el capitalista es un burgués con conciencia política burguesa. Lo que no aparece hoy, a menos que se trate de un fósil social, es un nacionalista revolucionario, porque en esta hora del mundo sólo son revolucionarios los internacionalistas.

III

El proceso arrollador de la concentración de capitales que estaba siendo impulsado por la necesidad que tenía Trujillo de afianzar cada vez más su dominio económico del país iba a

llevarse por delante a mucha gente porque ese proceso avanzaba como si fuera una máquina poderosa a la que nadie podía oponerse. Personas que habían ocupado durante muchos años un lugar en el mundo de la política o de los negocios eran barridas y echadas a un lado al mismo tiempo que desde el fondo social surgían caras nuevas, desconocidas o casi desconocidas hasta entonces, que ascendían a los puestos de mando del país por la vía de los empleos militares y civiles y también por la de los cargos de dirección o de niveles medios en los monopolios trujillistas; y hubo casos de algunas que alcanzaron preeminencia en los tres campos, como sucedió con Anselmo Paulino, que llegó a ser a la vez una figura de la mayor importancia en la organización civil y militar del Estado y en la administración de varias empresas de Trujillo.

En cierto sentido el movimiento de los que perdían sus antiguas posiciones (y hasta la vida), en contraste con los que llegaban a ocupar otras nuevas, equivalía a los efectos de un terremoto social; eso pudo notarse a simple vista aun durante varios años después de la muerte de Trujillo, cuando todavía se daban ascensos y descensos sociales (más los primeros que los segundos) con tanta rapidez que podían verse tal como se ven, en una botella de Coca-Cola removida, las burbujas que suben y que bajan. Esa remoción fue el efecto inmediato, en el orden social, de la entrada del país, bajo la dirección de Trujillo, en la etapa del capitalismo industrial y financiero nacional, con lo que dejó atrás la del capitalismo mercantil que había mantenido a la sociedad dominicana en una especie de parálisis de más de medio siglo. Para darnos cuenta del significado que tuvo el cambio a que estamos refiriéndonos no hay nada más expresivo que algunos datos numéricos; por ejemplo, estos: En el año 1938 lo que vendimos en el extranjero no llegó a 15 millones de pesos (fueron 14 millones 938 mil) y las importaciones no alcanzaron a ser ni siquiera once

millones y medio (fueron 11 millones, 432 mil 495), y si estimamos que para ese año la población era de 1 millón 650 mil, y a lo sumo de 1 millón 700 mil (el censo de 1935 dio 1 millón 480 mil), tenemos que en 1938 exportamos a razón de 6 pesos con 70 centavos por habitante; y en 1951 las exportaciones llegaron a 118 millones 722 mil pesos y las importaciones a 58 millones 595 mil; esto es, de 1938 a 1951 las exportaciones se multiplicaron casi ocho veces y las importaciones casi cinco, y en trece años la población no podía ni siquiera doblarse (el censo de 1950 arrojó 2 millones 136 mil). Ese aumento tan notable en la producción, aún restándole lo que le agregara el proceso inflacionario, sólo tiene una explicación: la entrada del país en la etapa del capitalismo industrial en su aspecto nacional.

Entre las cosas que se llevó el terremoto estuvo la propia vida de Trujillo, que fue víctima de una contradicción, creada por él mismo, entre sus intereses políticos y sus intereses económicos. Podemos explicar esa contradicción con pocas palabras diciendo que si él logró, desde los primeros años de su dictadura, poner el Estado al servicio de su ambición de convertirse en el hombre más rico de la historia del país (que fue lo que hizo de él el empresario y a la vez el beneficiario del desarrollo del capitalismo industrial y el que echó las bases para el desarrollo financiero nacional), la necesidad de defender sus riquezas lo llevó a enfrentar el Estado dominicano a otros Estados más poderosos, como el de Venezuela y el de Estados Unidos, y esos enfrentamientos condujeron su régimen a crisis severas que, combinadas con una crisis general del sistema político capitalista en la zona del Caribe (provocada por el ascenso al poder de la Revolución Cubana), fueron el punto de partida de los planes que pusieron fin a su vida, única manera de dismantelar su dictadura. En un análisis de lo que califica como período de depresión económica (años

1959-1961) publicado en 1968 por la Oficina Nacional de Planificación de la Secretaría Técnica de la Presidencia de la República se dice que en esos años la inversión pública quedó reducida “en más del 40 por ciento con respecto a los niveles anteriores” y que ese fue un período de fuga de capitales al exterior, y se da la siguiente explicación (pág. 23): “Nunca antes el Gobierno [*esto es, Trujillo*, nota de JB] permitió que los capitales fueran invertidos en el extranjero, sin embargo, a partir de 1959, la salida de capitales fue una política deliberada. Pero es necesario aclarar que esta política sólo beneficia a la familia gobernante y sus más íntimos allegados ... Entre 1959 y 1961 muchos millones de dólares salieron del país hacia bancos extranjeros, principalmente europeos. Para financiar un drenaje de dólares de tal magnitud, se utilizaron casi totalmente las reservas internacionales, se estableció un estricto control de importaciones y se paralizó la inversión en empresas a fin de liberar reservas monetarias e invertirlas en dólares” ... “La crisis general del Gobierno, arrastró consigo a la empresa privada. La disminución en términos absolutos de las importaciones, como resultado de su estricto control, creó conflictos con el sector de importadores, que veía disminuir sus utilidades. La baja en la inversión pública, provocó una gran depresión en las actividades de la construcción por medio de las cuales se otorgaban beneficios al sector privado. La caída de la inversión, especialmente en la construcción, llevó a un fuerte agravamiento de la desocupación...”

Ahí están explicadas las causas inmediatas de la muerte de Trujillo, ocurrida a mediados del 1961 (el 30 de mayo), pero en la raíz de ellas están las que mencionamos un poco antes. En ese año podían apreciarse los efectos que estaba provocando en la sociedad la concentración de capitales. Para entonces el número de empleados y obreros industriales había subido a 80 mil, casi nueve veces el de los dominicanos que figuraban

como obreros en las estadísticas de 1938, de manera que desde el punto de vista social, en 1961 estaban echadas las bases de un proletariado nacional, y, detalle muy importante, tan pronto como empezaron, a partir del mes de julio, las movilizaciones populares en demanda de libertades democráticas, surgieron líderes obreros, a la cabeza de los cuales estaba Miguel Soto, y se inició una etapa de organización de sindicatos que no pudo llegar lejos porque no se lo permitía el atraso económico, social y político del país. Nada explica mejor ese atraso que el corto número de obreros que teníamos cuando faltaban apenas cuarenta años para terminar el siglo XX.

Muerto Trujillo, el Estado se adueñó de las empresas que él y sus familiares tenían en territorio dominicano. El capital invertido en esas empresas equivalía al 51 por ciento de todas las inversiones industriales que había en 1962; el 7 por ciento correspondía a otras industrias nacionales y 42 por ciento a inversiones extranjeras, cuya mayoría era de norteamericanos.

Veintiún meses después de la muerte de Trujillo nos tocó encabezar el Gobierno nacional. Desde el primer día, ese gobierno pasó a administrar industrias que representaban 156 millones 100 mil pesos de una inversión total en el ramo industrial de 306 millones 83 mil; la inversión del sector privado dominicano era de 21 millones 425 mil y la de firmas extranjeras era de 129 millones 555 mil. Aunque no se dispone de datos oficiales podemos afirmar que en lo que se refiere al número de empleados y obreros, la cantidad mayor estaba en los establecimientos del Estado, que era dueño de 12 de los 16 ingenios del país, entre ellos algunos como el Río Haina, el Catarey y el Barahona, que emplean mucha mano de obra. Las industrias del Estado eran las mayores empleadoras del país, a mucha distancia de la Casa Vicini, que era la más fuerte empleadora dominicana en el sector privado; y además, como en ese año de 1963 se presentaba un alza en los

precios del azúcar, el Gobierno, que anteponía el interés político al beneficio económico, podía dar, y así lo hizo, facilidades para que en sus ingenios se les dieran plazas a muchos obreros que no podían conseguir trabajo en otros sitios; pero el Gobierno hizo algo más, que fue concederles a los trabajadores de las industrias del Estado ventajas que no estaban dispuestos a reconocerles los empresarios privados, y al mismo tiempo las que concedía el Gobierno beneficiaban a una cantidad de trabajadores que era mayoritaria, en relación con los 80 mil obreros empleados que había en ese momento en el país y sobre todo en relación con los que empleaban los industriales dominicanos. En cuanto a las industrias extranjeras, las que usaban más mano de obra eran el Central Romana y la Grenada Fruit, pero no debemos ver el Central Romana de 1963, propiedad de la South Porto Rico Sugar Company, como si fuera el Central Romana de la Gulf and Western de 1978. La Gulf and Western produce en 1978 en los terrenos del Central Romana una cantidad de artículos que no producía la South Porto Rico antes de 1966, año en que vendió el ingenio y la fábrica de furfural a la Gulf and Western. Las otras industrias norteamericanas importantes desde el punto de vista del número de personas que emplean eran la Alcoa y la Grenada Fruit, pues la Codetel no tenía entonces el número de empleados y obreros que tiene ahora como podemos ver comparando una guía telefónica de 1962 con la de este año, y la Falconbridge no había empezado aún la explotación de los yacimientos del níquel de Maimón. Pero además, en la situación de debilidad política en que colocó a las empresas extranjeras la desaparición de Trujillo, era difícil que opusieran resistencia a disposiciones del Gobierno favorables a los trabajadores, y a eso hay que sumar factores políticos que no estaban en capacidad de tomar en cuenta los líderes perredeístas que hicieron la campaña electoral de 1978 creando en los electores la ilusión

de que un gobierno del PRD en 1978 podía hacer, en lo que se refiere a libertades sindicales, lo mismo que hizo el de 1963.

IV

Vamos a dedicarle unos minutos al último párrafo del artículo anterior, no vaya a ser que alguien se confunda al leerlo. Dijimos en él, primero, que las empresas extranjeras que había en el país cuando fue muerto Rafael L. Trujillo quedaron en una situación de debilidad política que les impedía hacer resistencia a las decisiones que tomara el Gobierno de 1963 en favor de los trabajadores. Esas palabras pueden entenderse como que las firmas a que aludimos eran o habían sido socias del dictador y al desaparecer éste quedaron sin la protección que él les ofrecía, y no fue eso lo que sucedió; al contrario, como la mayor parte de ellas, o por lo menos las más importantes (Alcoa, Central Romana, la Grenada), eran norteamericanas y por tanto tenían tras sí el apoyo de la Embajada de los Estados Unidos, que a la muerte de Trujillo pasó a tener más poder que el que había tenido mientras él vivió, de hecho esas firmas eran políticamente más fuertes después que antes del 30 de mayo de 1961.

Ahora bien, por muy poderosa que fuera, la Embajada norteamericana no podía oponerse a las medidas que tomara el Gobierno de 1963 a favor de los trabajadores porque las circunstancias políticas del momento no lo favorecía y en los tiempos de Trujillo el Gobierno no podía adoptar medidas beneficiosas para los obreros si esas medidas no les convenían a los negocios de Trujillo porque esos negocios se hacían a base de una explotación salvaje de la fuerza de trabajo nacional.

Trujillo tenía en sus manos el control del Estado más allá de lo que pudiera tenerlo cualquier jefe de gobierno por arbitrario que fuera, ya que además de jefe político él era el jefe militar y el jefe económico del país, lo que le permitía hacer cosas que

no podían hacer otros dictadores, por ejemplo, Pérez Jiménez en Venezuela, Batista en Cuba o Rojas Pinilla en Colombia. Con todos esos poderes a su orden, Trujillo tenía bajo control a los obreros dominicanos, a los cuales organizó en una central sindical que funcionaba a su servicio. Esa central sindical empezó a actuar después de las huelgas de 1946, esto es, cuando ya Trujillo se había adueñado de los ingenios azucareros norteamericanos, y como es natural, las firmas norteamericanas que quedaron actuando en el país se beneficiaban de la política obrera que Trujillo ponía en vigor para mantener en su emporio industrial un régimen de disciplina y explotación sin debilidades. Podemos decir, pues, que lo que le daba provecho a Trujillo en ese aspecto se lo daba también a las firmas extranjeras, pero en cambio la agitación obrera que se levantó desde fines del año 1961 no podía perjudicar ya al emporio trujillista sino a ellas. Por eso dijimos que la muerte de Trujillo dejó a esas empresas en situación de debilidad política ante las medidas que podía tomar el Gobierno de 1963.

Por otra parte, los líderes del PRD que hicieron la campaña electoral de 1978 ofreciéndoles villas y castillas a las masas populares (y entre ellas, naturalmente, a los obreros) no tenían la capacidad necesaria para darse cuenta de las transformaciones sociales que venía desatando el proceso de concentración de capital industrial a que estamos refiriéndonos en estos artículos ni del que se dio, a partir de 1964, en los capitales comerciales. En el 1964 el Triunvirato dispuso que además de pagar los derechos de aduanas, los importadores debían depositar en el Banco Central una cantidad igual a los derechos. Con la alta inmovilización de fondos que requería esa disposición los medianos importadores no podían seguir importando y tuvieron que convertirse en compradores de los mayoristas más fuertes, que por esa razón ampliaron sus negocios e iniciaron con ello la etapa del gran comercio, que

hasta entonces no se había conocido en el país. Esa etapa comenzó con el desarrollo, en los años que siguieron al 1964, de las grandes ferreterías y los supermercados; y a su vez la existencia de ese gran comercio iba a reflejarse en un mayor número de establecimientos bancarios, de casas aseguradoras y de compañías de financiamiento de diferentes tipos que se dedicaron a proporcionarle a ese gran comercio el dinero y las garantías que necesitaba para mantener el flujo de sus operaciones. (En 1947 había en el país 3 bancos comerciales; 2 eran canadienses y uno del Estado; había un banco de desarrollo, el Agrícola, y el Banco Central, ambos también estatales; en 1977 había 13, además de 3 bancos hipotecarios de la construcción, 13 sociedades financieras privadas, 3 instituciones estatales autónomas de ahorro y financiamiento, 1 oficina de ahorros y préstamos y 15 de capital privado así como varias docenas de casas de préstamos de menor cuantía y 56 compañías de seguros y reaseguros. En el año 1966 el total de primas de seguros cobradas fue de 10 millones 174 mil pesos; en 1975 fue de 43 millones, 566 mil 398. En 1947, año de la fundación del Banco Central, el circulante monetario fue de 47 millones, y treinta años después, en 1977, llegó a 560 millones. En los mismos años, el valor del comercio exterior pasó de 137 a 1,628 millones).

¿Qué significado político podían tener, para el futuro inmediato o casi inmediato, los cambios económicos que acabamos de describir?

Primero que nada, que los efectos del poderío comercial que se hallaba en expansión y de la ampliación de las actividades bancarias y financieras iban a reflejarse en una mayor concentración de capitales en el campo industrial, lo que a su vez redundaría en un aumento del número de los obreros industriales; y segundo, que la existencia de capitales relativamente fuertes de un lado y una cantidad relativamente

numerosa de obreros del otro tendría como consecuencia natural una profundización de la lucha de clases, que podía ser más profunda en la medida en que se les ofrecieran a los trabajadores cosas que no podrían cumplírseles.

La campaña para asegurarse el voto de los obreros se hizo mediante la argucia de presentar al PRD como el partido socialista de la República Dominicana. En un pueblo con tan escasa cultura política como es el nuestro, la palabra socialista tiene un atractivo fuerte para ciertas capas de la población, y ese atractivo se usó en una intensa campaña de publicidad hecha sobre la base de la posición destacada que tenía el PRD en la Internacional Socialista; pero además en el programa del PRD se les dedicaron a los trabajadores seis puntos bajo el subtítulo de Sector Laboral y algunos otros en el de Área de la Distribución de Ingresos. El número 1 del primer sector empezaba diciendo: “4.1 Se modificará el Código de Trabajo, para asimilarle las conquistas consagradas en el proyecto de Constitución. Asimismo, el reconocimiento de los derechos adquiridos por los trabajadores respecto al auxilio de cesantía y otros beneficios, cual que sea la causa de terminación del contrato de trabajo”.

Como puede verse, ése y otros puntos del programa sólo se convertirían en realidad si se aprobaba el proyecto de Constitución del PRD, pero los obreros dominicanos, que no tienen la menor idea de lo que es y de cómo se hace una Constitución, no tomaron en cuenta esa condición y creyeron que el mismo día en que el PRD quedara convertido en gobierno quedaría también modificado el Código de Trabajo.

Ese Código, que es el mismo de los tiempos de Trujillo (y por eso se le conoce con el nombre de Código Trujillo), autoriza al patrono a desahuciar (o cancelar) a cualquiera de sus trabajadores en el momento en que quiera o le convenga hacerlo, y todos los patronos dominicanos usan ese derecho

para sacar de sus fábricas, de cualquier establecimiento agrícola, comercial o de otra índole, al trabajador o empleado de quien han sabido o sospechan que quiere organizar un sindicato en la empresa donde trabaja. Naturalmente, que ningún patrono se conforma con eso sino que va más allá, pues de alguna manera todos se las arreglan para que el obrero despedido por uno de ellos no consiga una plaza en ninguna otra empresa.

El obrero que manifiesta su disposición de formar un sindicato tiene madera de líder, pero en la República Dominicana no pueden desarrollarse líderes sindicales porque se quedan sin trabajo. Ahora bien, los que sentían, antes de las elecciones de 1978, la llamada de la lucha en favor de sus compañeros de clase, creyeron que tan pronto el PRD llegara al poder podrían actuar según se lo pedía su vocación de líderes, porque el PRD había estado diciendo durante muchos años que con un gobierno de hombres suyos habría libertad para organizar sindicatos, y el único gobierno del PRD que había conocido el país garantizó esa libertad y apoyó a los obreros en sus aspiraciones; y además, el programa de ese partido para las elecciones de 1978 fue muy explícito y muy generoso en lo que se refería a los trabajadores.

He aquí algunos de sus puntos: “4.2 Se modificarán todas las leyes de seguridad social, incluyendo la Ley sobre Accidentes del Trabajo; la Ley Orgánica del Instituto de Seguros Sociales, así como la estructura administrativa de dicha institución, de manera a hacer eficientes las prestaciones médicas a los trabajadores y sus familiares. Así mismo, para dejar establecidas las prestaciones por vejez, incapacidad y accidentes en forma más justa, e incluir al trabajador a destajo en la protección que brinda el régimen de seguridad social y las leyes laborales. De igual manera se incluirá el derecho de los trabajadores a ser indemnizados por los riesgos profesionales, exista o no

culpa o negligencia por parte de la empresa, o por parte de los obreros y empleados”.

‘4.3 Se propiciará la revisión y actualización periódicas de los salarios mínimos de todos los trabajadores”; y además, esta flor:

“4.5 Se elaborará una legislación... para que consagre la inamovilidad de los dirigentes sindicales... En virtud del mismo [*sic*], se exigirá la reposición de los sindicalistas despedidos injustamente por sus patronos como medidas de represión sindical”.

Después de eso, todos los obreros del país esperaron con ansias el 16 de mayo para amanecer votando por el PRD; y así lo hicieron*.

V

Esta serie había empezado a publicarse en *Vanguardia* el 13 de septiembre (Nº 152) del año pasado** y de ella aparecieron sólo dos artículos (el segundo en el Nº 153, correspondiente al 20 de septiembre) porque en el Nº 154 comenzó la serie titulada “La Crisis del PLD”, de la cual se publicaron ocho artículos, y a partir de esos ocho se nos impuso la necesidad de escribir comentarios de hechos políticos nacionales que ocuparon varias veces esta página, hasta la del Nº 168. Sucedió, sin embargo, que desde antes del 20 de septiembre del año pasado habíamos escrito los artículos 3 y 4 de la serie “Capitalismo y Clase Obrera”, que además de haber sido escritos fueron compuestos, también desde fines de septiembre, y estaban listos para ser incorporados a esta página, y por esa razón salieron en los números 169 y 170 de *Vanguardia*; pero

* Ninguno de los puntos de ese programa del PRD se cumplió en el período gubernamental de 1978-1982.

** Es decir, de 1978 (N. del E.).

al disponernos a escribir los artículos siguientes al 4 hallamos que en el tiempo transcurrido desde los últimos días de septiembre del año pasado hasta el momento en que nos sentamos a organizar datos y notas para escribir el que el lector tiene ahora ante sus ojos, el compañero Felucho Jiménez había dado con una publicación titulada Estadística Industrial de la República Dominicana, N° 23, correspondiente al año 1975, editada en mimeógrafo por la Oficina Nacional de Estadísticas no sabemos cuándo, pero seguramente hace poco tiempo porque al final de la página 110 tiene esta fecha: Junio 1978; lo que sabemos es que a principios de agosto, que fue cuando el compañero Jiménez inició la búsqueda de los datos que necesitábamos para desarrollar el tema, no había noticias de que esa publicación estuviera haciéndose.

Los informes anuales acerca de la evolución industrial dominicana empezaron a publicarse en el año 1950, pero según dice el N° 23, con excepción de los de 1968 y 1969, todos, incluyendo el de 1974, estaban agotados. El compañero Jiménez había conseguido datos de 1950, 1961, 1966 y 1974; de ahí que en el primer artículo de esta serie dijéramos que “A partir de 1950 no tenemos datos hasta el 1961”, con lo que quisimos decir que nos veíamos obligados a dar un salto de 1950 a 1961, pero ahora hallamos que en el boletín N° 23 tenemos información desde 1937 año por año hasta 1975, de manera que disponemos de datos suficientes, dentro de las limitaciones que nos impone un medio como el nuestro, para hacer un análisis más amplio del que teníamos pensado llevar a cabo cuando iniciamos la publicación de esta serie.

De acuerdo con una publicación de la Oficina Nacional de Estadísticas (República Dominicana en Cifras, 1978, Vol. VIII, página 9), la población del país fue estimada en el año 1937 en 1 millón 557 mil personas, y en el boletín N° 23 de Estadística Industrial de la República Dominicana

1975 (página 9), se nos dice que para ese año los empleados, obreros y aprendices censados fueron 31 mil 956, que ganaron salarios por un total de 6 millones 470 mil pesos (o sea, a razón de 220 pesos anuales por cabeza, menos de 19 pesos mensuales cada uno en promedio) y produjeron mercancías que se vendieron en 22 millones 884 mil pesos (en realidad eran dólares porque para ese año no se había establecido todavía el peso oro dominicano). De esa cantidad de empleados, obreros y aprendices, 9 mil 20 trabajaban en industrias no azucareras y cobraron salarios por un millón 564 mil pesos, lo que da un promedio de 174 pesos por persona al año (menos de 15 al mes). De esas llamadas industrias no azucareras, una parte importante eran talleres artesanales que hacían muebles, zapatos, frenos, sillas de montar y artículos parecidos, y otra parte estaba compuesta de empresas no dominicanas, como eran, por ejemplo, las plantas eléctricas de las ciudades más grandes, la compañía telefónica de la Capital, la única fábrica de cerveza que había en el país. En los ingenios de azúcar la mayoría de los empleados y trabajadores eran puertorriqueños o haitianos o cocolos (ingleses de las Antillas británicas); una ínfima parte eran dominicanos, muchos de los cuales trabajaban en los campos acarreado y pesando caña y en otros servicios, de manera que debemos considerar, al bulto, que de los trabajadores del azúcar unos 22 mil eran extranjeros, y podemos considerar también que de los 9 mil 20 que había en la industria no azucarera, la mitad, por lo menos, no eran obreros sino artesanos y aprendices, y de ser así, al pasar balance hallamos que al terminar el año 1937 en la República Dominicana no había más de 5 mil obreros dominicanos, si es que llegaron a ser tantos.

¿Quién puede hablar de clase obrera ante esas cifras en una población de más de millón y medio de habitantes? El total de salarios cobrados por los obreros dominicanos no debió

pasar de un millón 200 mil pesos, y eso es lo que explica que para 1937 Trujillo estuviera dedicado todavía a hacerse, usando los métodos de la acumulación originaria, del dinero que necesitaba para convertirse en el empresario, y por tanto el beneficiario, del desarrollo capitalista del país.

El boletín N° 23 mencionado arriba nos dice que al finalizar el año 1937 el número de establecimientos industriales era 1 mil 342, de los cuales 13 eran ingenios azucareros; sabemos que en la zafra de ese año (1936-1937) trabajaron unas 23 mil personas entre empleados y obreros, y que de ellas, unas 22 mil eran extranjeras, y sabemos además que en los 1 mil 329 establecimientos que no eran ingenios de azúcar trabajaban unos 9 mil hombres; eso significa que en cada uno de esos 1 mil 329 establecimientos había en promedio 7 personas, lo que nos confirma en la idea de que la mayoría de ellos eran talleres artesanales. En cuanto a los azúcares y las mieles producidos en la zafra 1936-1937, su venta dio 10 millones 680 mil pesos (o dólares), lo que indica que para 1937 la industria azucarera, que empleaba 2 de cada 3 personas que trabajaban en establecimientos industriales, generaba casi la mitad del dinero producido por la actividad industrial.

¿Pero son suficientes esos datos para que nos demos cuenta del atraso en que vivía nuestro país desde el punto de vista económico-social?

Puede que no lo sean, y a fin de que nos veamos a nosotros mismos tal como éramos, hagamos una comparación con Cuba. En 1935 en la República Dominicana había 13 ingenios que produjeron 473 mil toneladas largas de azúcar; ocho años antes, en 1927, Cuba fabricó en 177 ingenios 4 millones 508 mil toneladas, y la diferencia es más notable si observamos que en 1927 Cuba vendió su azúcar a 2.64 dólares el quintal y en 1933 nosotros vendimos las 473 mil toneladas de ese

año cuatro veces más baratas las cien libras, de manera que en términos de precios de venta tenemos que comparar los 4 millones 508 mil toneladas que produjo Cuba en 1927, con menos de 120 mil toneladas de las que produjimos aquí en 1933.

En septiembre de 1939 comenzó la segunda guerra mundial y en diciembre de 1941 los Estados Unidos entraron a participar en ella. Al finalizar el año 1942, en la República Dominicana, como en toda América, se sentía el impacto económico de esa guerra debido a que los Estados Unidos tuvieron que dedicar sus esfuerzos a la economía militar, lo que llevó a los países como el nuestro a comprar menos artículos industriales y de consumo norteamericanos (y europeos y japoneses, puesto que Europa y Japón tomaban parte en la guerra) y a producir para nuestro consumo y para la exportación.

El año 1941 había terminado con mil 733 establecimientos industriales que empleaban 36 mil 630 personas a las que se les pagaron en salarios 6 millones 100 mil pesos por producir mercancías que se vendieron en 27 millones 440 mil; en 1942 pasamos a tener 2 mil 11 establecimientos en los que había una inversión de 76 millones 140 mil pesos y las mercancías producidas por ellos se vendieron en 43 millones 290 mil. Dos años después (en 1944) el número de establecimientos llegó a 2 mil 919, la inversión industrial subió a 79 millones 435 mil pesos, el número de empleados y trabajadores alcanzó a 44 mil 528, las ventas llegaron a 84 millones 781 mil pesos y los sueldos y salarios pagados sumaron 10 millones 763 mil pesos.

De la misma manera que la guerra había provocado un impulso hacia la industrialización, su final, que en Europa se presentó en abril del 1945 y en Japón en agosto de ese año, provocó una paralización de la actividad industrial que se tradujo en la desaparición de 309 industrias, una baja de 2 mil 525 en el número de empleados y obreros (aunque no en

el monto de los salarios, que en comparación con el año 1944 fue 1 millón 62 mil pesos más) y un descenso de 22 millones de pesos en las ventas. A partir de entonces iba a presentarse una situación de altibajos, algunos tan pronunciados que en el año 1947 la venta de productos industriales subió a 120 millones 489 mil pesos, o sea 5 veces y $\frac{1}{4}$ la de 1937, pero el número de empleados y obreros ni siquiera se dobló y los salarios pagados fueron apenas 3 veces más.

En 1950, como dijimos en el artículo N° 2 de esta serie, el número de empleados y obreros industriales llegó a 48 mil 332, lo que significa una baja de 2 mil en comparación con los que había en 1947, pero aun con 2 mil empleados y obreros menos, las mercancías producidas en 1950 se vendieron con una diferencia negativa de sólo 18 mil pesos comparadas con las producidas en 1947. La baja en mano de obra empleada se explica por una baja en el precio del azúcar que se hizo sentir durante tres años (1948-1950), y a pesar de eso el número de establecimientos industriales no azucareros aumentó de 2 mil 989 en 1947 a tres mil 42 en 1950.

En 1950 empezó la guerra de Corea, lo que significa que los Estados Unidos volvieron a la que habían tenido entre 1942 y 1945, si bien con efectos menos intensos en su economía civil porque la guerra de Corea no tuvo el carácter totalitario que la de 1939-1945. En 1951 las inversiones industriales dominicanas subieron a 131 millones 600 mil pesos, y entre ellas estuvo la que correspondió a la instalación de Río Haina, empresa de Trujillo; el número de establecimientos subió a 3 mil 525, el de los empleados y obreros a 60 mil 942 (44 mil 945 de ellos trabajan en los ingenios), los sueldos y salarios llegaron a 24 millones 500 mil pesos y las ventas de las mercancías producidas por esos empleados y obreros subieron a 162 millones 280 mil pesos, de los cuales 69 millones 700 mil fueron de azúcar y mieles.

Puede ser que estas cifras le parezcan a alguien una demostración de que para 1951 en la República Dominicana había una burguesía y en consecuencia había una clase obrera, y si hay quien lo crea, permítasenos llamarle la atención hacia el hecho de que nuestro país, descubierto en el año 1492, empezado a colonizar a fines de 1493, había tardado más de cuatro siglos y medio en conseguir un desarrollo industrial tan débil que para 1951 sólo podía proporcionarles puestos de trabajo en fábricas a 61 mil personas de los 2 millones 216 mil que de acuerdo con las estimaciones estadísticas debía haber ese año. Al año siguiente (1952) íbamos a contar con el mayor número de establecimientos industriales de nuestra historia hasta el día de hoy, lo que nos indica que fue entre 1951 y 1952 cuando cristalizó el proceso de concentración de capitales a que nos referimos en el artículo N° 2 de esta serie y al que nos referimos también en el N° 6.

VI

Al terminar el año 1956 teníamos veinte años corridos de estar recogiendo datos estadísticos sobre las industrias dominicanas y hallamos que desde 1952 el número de fábricas y talleres (y usamos la palabra talleres porque sabemos que hace veinticinco años se pensaba que no había ninguna diferencia entre un establecimiento industrial pequeño o mediano y un taller artesanal) había estado descendiendo y era en ese año (1952) de 2 mil 906, pero la inversión de capital, que había saltado de 166 millones 567 mil pesos en 1954 a 201 millones 49 mil en 1955, subió en 1956 a 204 millones 29 mil, y el número de empleados y obreros que trabajaban en esos establecimientos había pasado de 71 mil en 1955 a 81 mil 579 en 1956; en cuanto a los salarios y sueldos, el total de 30 millones 481 mil pesos que se habían pagado en 1955, pasó a ser de 35 millones 250 mil en 1956, y las mercancías

producidas en 1956 se vendieron en 193 millones 795 mil pesos, lo que suponía un aumento de 28 millones 794 mil sobre las ventas de 1955, y 170 millones 895 mil más (o sea, casi 8 veces y media) que los 22 millones 884 mil en que fue vendida la producción de 1937.

La sola comparación de los datos de 1937 con los de 1956 debería ser suficiente para que todos los dominicanos aceptemos que fue bajo el régimen trujillista cuando el país alcanzó el nivel de desarrollo propio del capitalismo, que sólo se da cuando se llega a la etapa industrial. El hecho de que antes de 1937 no se llevaran registros estadísticos acerca de las industrias que teníamos indica el atraso en que vivíamos en lo que se refiere a ese aspecto de la vida nacional. No podemos poner en duda que antes de Trujillo había capitalismo mercantil, pero aun haciendo abstracción de la participación mayoritaria de comerciantes extranjeros en esa rama de la actividad económica, no hay base para decir que en el siglo pasado las relaciones de producción eran en nuestro país preponderantemente capitalistas. La corta vida que tuvieron los trencitos de Sánchez a La Vega y de Puerto Plata a Santiago (y los calificamos así por el ancho de sus vías, el tamaño de las locomotoras y el de los vagones que ellas arrastraban), y el uso limitado y el corto trayecto que recorrían los muy contados que se establecieron en algunos ingenios del Este para llevar caña a los molinos, nos indica que la producción de tipo capitalista del país no bastaba para sostener funcionando esos medios de transporte terrestre, que eran los únicos con que contábamos porque no había ni siquiera caminos para el uso de vehículos, por rudimentarios que estos fueran, y el que lo ponga en duda que lea el capítulo dedicado a las comunicaciones interiores que figura en *Reseña General Geográfico Estadística* de José Ramón Abad, impreso en la Capital por García Hermanos.

En ese libro de Abad, (página 395) podemos ver que para 1888 vendíamos en el extranjero algunos renglones que no eran fruto de relaciones capitalistas de producción, tales como tabaco, algodón, cera, miel de abejas, cocos, cueros de reses y chivos y cuernos de reses; y aunque Abad no dice nada acerca de la cuantía de esas exportaciones en dinero, sabemos que lo normal es que el quintal de tabaco (del que se exportaron ese año 118 mil 173 quintales) valía varias veces más que el azúcar (cuya exportación fue en 1888 de 388 mil 103 quintales), y en esos tiempos el azúcar tenía precios bajos. En esa época, y también muchos años después, el tabaco se producía con trabajo familiar, no asalariado, y si es verdad que se convertía en mercancía capitalista, eso sucedía después que pasaba a manos de los comerciantes que lo vendían a las firmas exportadoras establecidas en Puerto Plata y algunas de ellas en Santiago.

Lo mismo pasaba con la cera, la miel de abeja, los cocos, los cueros de reses y de chivos y los cuernos de reses. En cuanto al cacao y el café, las cantidades exportadas en 1888 (15 mil 582 quintales del primero y 13 mil 217 del segundo), debieron ser en su mayor parte productos de cultivos y cosechas también familiares. En lo que se refiere al azúcar, en la siembra y el corte de la caña intervenían los trabajadores cocolos, y aunque se les pagaran salarios muy bajos, eran asalariados, pero eran extranjeros de los cuales la mayoría volvían a sus tierras cuando terminaba la zafra, como eran extranjeros casi todos los dueños de los ingenios, que no invertían sus ganancias en el país si se exceptúan casos muy conocidos, como el de Juan Bautista Vicini, de lo que se desprende que los ingenios eran en realidad islas económicas. Por esa razón la industria azucarera no jugó en la economía del país el papel que la cubana jugó en Cuba y el que jugó aquí después que todos los ingenios extranjeros, con la excepción del Romana, pasaron a manos de Trujillo.

En los datos que dimos en la primera parte de este artículo puede apreciarse que el proceso de concentración de capitales, que había empezado entre 1951 y 1952, se había afirmado para 1956 después de haber recibido un impulso que se hizo patente desde 1955. Buscando el origen de ese impulso hallamos que estuvo en el azúcar, pues en 1954, usando 48 mil 273 trabajadores y empleados, habíamos vendido azúcar y mieles por 47 millones 176 mil pesos; en 1955, los empleados y obreros pasaron a ser 51 mil 618 y las ventas alcanzaron a 52 millones 431 mil pesos; en 1956, con el trabajo de 61 mil 504 obreros y empleados se produjeron azúcar y mieles que se vendieron en 70 millones 290 mil pesos, o sea, más de 26 veces y media lo que habíamos importado en el 1905, que fueron 2 millones 737 mil pesos, y si estimamos que los pesos (o dólares), de 1905 valían 10 de 1956, todavía tenemos por delante el hecho de que sólo en azúcares y mieles el país vendió en 1956 más de dos veces y media de todo lo que importó medio siglo antes.

El impulso de que hemos hablado tuvo su culminación en el año 1957, cuando con el uso de 65 mil 509 empleados y obreros (el número más alto que había conocido la industria azucarera dominicana en toda su historia, a lo que tenemos que agregar la consideración de que se trataba en su gran mayoría de obreros y empleados dominicanos), se fabricaron azúcares y mieles que se vendieron en 104 millones 610 mil pesos, 10 millones 258 mil pesos por encima del doble de las ventas de 1954.

Para ese año estaban en función 16 ingenios, los mismos que tenemos ahora si bien la producción actual es mucho más alta que la de veinte años atrás, de manera que de las 2 mil 883 instalaciones industriales que teníamos entonces (1957), 2 mil 867 eran no azucareras, y en ellas trabajaban 21 mil 302 empleados y obreros que produjeron

mercancías cuya venta dio 139 millones 931 mil pesos. En total, las ventas de los productos industriales de ese año llegaron a 244 millones 549 mil pesos, de manera que en veintiún años el producto industrial se había multiplicado por más de once, y más de tres veces y media si calculamos que el peso de 1937 equivalía a 3 de 1957; el número de fábricas era poco más del doble, el de los obreros y empleados no llegaba a tres y el total de los sueldos y salarios que recibieron fue algo más de cinco.

El año 1957 fue el de la llamada “pequeña crisis norteamericana”, que sería pequeña en los Estados Unidos pero fue muy seria en los países del Caribe, especialmente en sus resultados políticos, porque fue ella la que proporcionó la base económica que iba a servir de fondo para los movimientos sociales que al adquirir color político sacaron, de Colombia, a Rojas Pinilla; de Venezuela, a Pérez Jiménez; de Cuba, a Batista, y la Revolución Cubana iba a reflejarse en la República Dominicana con la muerte de Trujillo.

En nuestro país, los 65 mil 509 empleados y trabajadores de 1957 quedaron reducidos en 1959 a 58 mil 712, y los 104 millones 610 mil pesos en que se vendieron los azúcares y las mieles de 1957 bajaron en 1959 a 65 millones 26 mil; el total de 86 mil empleados y obreros industriales de 1957 pasaron en 1959 a ser 83 mil 625 que produjeron 22 millones 100 mil pesos menos que en 1957 en un número de instalaciones sensiblemente parecido (2 mil 855 en 1959 en vez de 2 mil 883 en 1957).

Llama la atención el hecho de que a pesar de la diferencia en el número de los trabajadores y empleados (3 mil 186 menos en 1959 que en 1957), los sueldos y salarios pagados en 1959 fueron en total mayores que los de 1957 en 2 millones 606 mil pesos, pero si observamos el caso particular de la industria azucarera hallamos que en ese campo sucedió lo contrario, pues de

23 millones 695 mil pesos pagados a empleados y obreros en 1957 se bajó en 1959 a 21 millones 775 mil.

¿Cómo se explica eso que parece ser una incongruencia?

La explicación es sencilla: Los empleados y obreros que tenían en 1957 las industrias no azucareras eran 21 mil 302, y en el año 1959 eran 24 mil 913, de manera que en esas industrias hubo un aumento de 3 mil 609 personas que entraron en el mercado de trabajo como resultado inmediato de la creación de industrias sustitutivas de importaciones que llevaba adelante Trujillo. En la lista de esas creaciones figuran la fábrica de cemento, la de textiles, la de harina de trigo, la de astilleros navales. Los obreros de esas industrias tenían entonces, como tienen ahora, mejores salarios que la gran mayoría de los trabajadores de la caña, que son picadores y carreteros, a quienes se les pagan jornales de peones campesinos.

De buenas a primeras, de los 222 millones 466 mil pesos que produjeron las 2 mil 855 instalaciones industriales del país en 1959, se saltó en 1960, con 2 mil 427 fábricas nada más, a producir mercancías que se vendieron en 271 millones 645 mil pesos, con un aumento de unos 6 mil obreros y empleados (en el 1960 llegaron a 89 mil 591), de los cuales 6 mil 161 lo fueron sólo en la industria azucarera; pero es el caso que para los empleados y trabajadores del azúcar no hubo aumento en el total de los salarios, sino al contrario en el 1960 se pagaron en sueldos y jornales 703 mil pesos menos que en 1959, si bien en el total general hubo un aumento de 28 mil pesos, lo que indica que entre los empleados y obreros de las industrias no azucareras se distribuyeron los 703 mil pesos que se les rebajaron a los del azúcar, y 28 mil pesos más.

VII

¿Qué pasó en el año 1961, que de los 89 mil 591 empleados y obreros que habían estado ocupando puestos en las

industrias en 1960 se bajó a 80 mil 54, vale decir, a la alarmante proporción de 11 por ciento menos de un año para otro? Naturalmente, también bajó la cuantía de dinero en que se vendió la producción (de 271 millones 654 mil pesos en 1960 a 253 millones 433 mil en 1961, algo más del 7 por ciento menos) y la de los sueldos y salarios, aunque en este caso la baja fue apenas del 2 por ciento.

De seguro que habrá quien diga que la explicación es sencilla porque ese año 1961 fue el de la muerte de Trujillo, hecho que debió provocar un caos en todas las actividades del país, especialmente en las económicas. Pero la causa de esa especie de salto en el vacío de la economía que tuvo lugar en el año 1961 no fue la muerte de Trujillo, la causa hay que buscarla principalmente en el azúcar, cuya producción es la que emplea más mano de obra en el país. En el 1960 se exportaron 1 millón 163 mil toneladas de azúcar y 64 millones 410 mil galones de melaza (Instituto Azucarero Dominicano, *Estadísticas Azucareras*, 1970, páginas 50 y 52), que se vendieron en 107 millones 166 mil dólares y para cuya producción se usó el trabajo de 64 mil 873 personas que cobraron sueldos y salarios por un total de 21 millones 72 mil pesos; mientras que las exportaciones de 1961 fueron cerca de una cuarta parte más bajas en azúcar y casi el 20 por ciento menos en mieles (864 mil toneladas y 53 millones 395 mil galones respectivamente), con ventas que dieron 77 millones 776 mil dólares (29 millones 390 mil menos que en 1960). En lo que se refiere a mano de obra empleada, en 1961 fueron 55 mil 73 personas, o sea, 9 mil 800 menos que en el 1960, que recibieron sueldos y salarios por un total de 20 millones 326 mil pesos.

Una venta tan alta de azúcar y mieles como la de 1960 no se había conocido en la historia dominicana. En el 1959 se vendieron 765 mil toneladas de la primera (no tenemos datos

de la venta de mieles en 1959); en 1957 se habían vendido 876 mil y antes de 1971, año en que se sobrepasó el millón de toneladas de azúcar (se produjeron 1 millón 98 mil), lo más cerca que estuvimos de la producción de 1960 fue en 1962, cuando las exportaciones del dulce en grano llegaron a 923 mil toneladas y las de mieles a 46 millones 523 mil galones.

No tenemos una explicación para la alta producción azucarera de 1960 y para la baja de 1961, a menos que se trate de que en 1957, cuando el precio promedio del azúcar llegó a 5.6 dólares el quintal (el mejor que se había alcanzado desde 1951) empezaron a prepararse terrenos nuevos y se hicieron siembras de caña que vinieron a ser cosechadas en 1960, y de ser así, la baja de precio de 1961, año en que el azúcar llegó a pagarse a 2.61, debió reflejarse en la baja de la producción de esa zafra.

Hagamos ahora un alto para volver la vista hacia atrás y recordar que en 1948 y 1949, años malos para el azúcar, los empleados y trabajadores de los ingenios fueron menos de los que figuran en las estadísticas de 1937 como empleados, obreros y aprendices de todas las industrias; que en cambio, los usados en 1960 sólo en la producción de azúcar fueron más del doble del total de 1937, y en ese año 1960, con 57 mil empleados y obreros más que los que habíamos tenido en el 1937 (faltaron 6 mil 277 para que fueran el doble) se produjeron mercancías que se vendieron en 271 millones 645 mil dólares, cerca de 11 veces más que las que se habían vendido en 1937.

Los números pueden ocultar muchas cosas, y suelen hacerlo; por ejemplo, comparados con los de 1937, los dólares de 1960 habían perdido mucho poder de compra, pero aun suponiendo que hubieran perdido la mitad, siempre estaríamos ante el hecho de que frente a 22 millones 884 mil dólares de productos industriales vendidos en 1937, cuando

teníamos algo más de millón y medio de habitantes, vendimos en 1961 el equivalente de 135 millones 823 mil de 1937. En el 1961 teníamos el doble de habitantes que en 1937, y si en 1937 se produjeron mercancías que se vendieron a razón de 20 pesos por cada habitante, la producción de 1961 se vendió a razón de 44 pesos con 70 centavos por cada uno de los 3 millones 38 mil que teníamos entonces. En la lengua de los expertos en la materia eso significa que en 23 años la producción industrial vendida pasó de 20 a 44 con 70 por cabeza, lo que equivale a un aumento de más de 120 por ciento.

La muerte de Trujillo no provocó un caos económico, pero el caso es que con ella terminó la época de los salarios de hambre, lo que no significa que los que se pagaron después fueran buenos ni cosa parecida. En 1962 el número de empleados y obreros industriales volvió a estar muy cerca del de 1960, que había sido el más alto de la historia del país. En 1960 habían sido 89 mil 591 y en 1962 fueron 89 mil 300, pero los de 1960 habían ganado sueldos y jornales por un total de 39 millones 68 mil y los de 1962 ganaron 72 millones 941 mil; por otra parte, los de 1960 produjeron mercancías que se vendieron en 271 millones 645 mil y los de 1962 las produjeron que se vendieron en 326 millones 591 mil. En ese aumento de las ventas jugó un papel muy importante la industria azucarera, para la cual en 1962 trabajaron 3 mil 400 empleados y obreros menos que en 1960, pero cuya producción se vendió en 2 millones 532 mil pesos mas (109 millones 698 mil, que como dijimos hace poco fue la suma más alta que había recibido el país por ventas de azúcares y mieles), lo que se explica porque en ese año 1960 comenzó una de las periódicas alzas de precios del dulce que iba a durar hasta el 1964.

Los empleados y obreros de los ingenios cobraron en 1962 sueldos y salarios por un total de 45 millones 531 mil pesos

que debemos comparar con los 21 millones 72 mil que habían cobrado en 1960 para darnos cuenta de que en 1962 ganaron más del doble de lo que habían ganado dos años antes a pesar de que en vez de las 64 mil 873 personas que trabajaron en la producción de azúcar en el 1960, en el 1962 sólo lo hicieron 61 mil 487.

En 1961 la inversión promedio por unidad industrial fue de 132 mil pesos (ver artículo N° 1 de esta serie) y en 1962 fue de 136 mil 400, cantidad que no es muy diferente a la de 1961, como sucedió también con el promedio de empleados y obreros de cada establecimiento, que de 39 en 1961 pasó a 40 en 1962; pero lo que ganaron los empleados y obreros de 1962 fue otra cosa, pues en vez de los 480 pesos anuales que cobró cada uno en 1961, en 1962 llegó a algo más de 815.

Ese fue el resultado inmediato de las demandas de mejores salarios y condiciones de trabajo que a partir de la muerte de Trujillo empezaron a hacer los trabajadores y los partidos políticos que iban organizándose y difundían prédicas que el Pueblo dominicano no había oído jamás, pues por vez primera se les hablaba a las grandes masas del país de sus problemas, de la injusticia social en que habían estado viviendo durante siglos, de su derecho a ser oídos y atendidos por sus gobernantes y por los patronos o los terratenientes si se trataba de asalariados de las industrias y de los campos.

Cuatro párrafos atrás dijimos que en 1962 había comenzado una subida de precios del azúcar que duraría hasta 1964. En 1962 el quintal se vendió a 2 dólares 97 centavos en promedio, 6 centavos más que en 1961; en 1963 llegó a 8.48, aunque debe tomarse en cuenta que de la bonanza de esa subida no se benefició solamente el Gobierno de 1963; los mayores beneficios entraron en el país después del golpe de Estado de 1963. Pero de todos modos, para mediados de 1963 había precios por encima de 5 dólares el quintal y de 20 centavos el

galón de melaza, y aunque el total de las ventas de esos dulces fue inferior en 4 millones 382 mil pesos a las de 1962 (105 millones 316 mil contra 109 millones 698 mil), debido a las entregas de azúcar y mieles vendidos a precios más bajos en 1962 pero también a que se produjeron 190 mil toneladas de azúcar y 1 millón 288 mil galones de melaza menos, el Gobierno de 1963, que esperaba por lo menos dos años de buenos precios para el azúcar, metió en los ingenios del Estado el mayor número posible de trabajadores, pues aunque sobraron brazos, lo que se dejara de ganar por esa razón se ganaría en paz social, y eso es lo que explica que los empleados y trabajadores de los ingenios pasaran, de 61 mil 487 que eran en 1962, a 89 mil 156 que fueron en 1963, una diferencia de 27 mil 669. Sería en 1972, año en que se produjeron 1 millón 139 mil toneladas de azúcar, cuando iba a superarse ese número de empleados y trabajadores del dulce. En cuanto a sueldos y salarios, los de 1962 cobraron 45 millones 531 mil y los 89 mil 156 de 1963 recibieron 55 millones 10 mil.

En el total de la industria, incluyendo la del azúcar, los puestos de trabajo llegaron en 1963 a 117 mil 831, que cobraron sueldos y salarios por 88 millones 812 mil pesos y produjeron mercancías que se vendieron en 364 millones 863 mil. El número de empleados y obreros industriales de 1963 vino a ser superado sólo en el 1971, y eso, por 435 nada más; en cambio las mercancías producidas en 1971 se vendieron en 677 millones 271 mil pesos, 312 millones 406 mil más que los 364 millones 863 mil en que habían sido vendidas las producidas en el 1963, esto es, ocho años antes.

A fin de que nos hagamos una idea clara de lo que significan esos números desde el punto de vista de los beneficios que del proceso de la concentración de capitales que venía dándose desde el 1952 sacaron en esos ocho años los capitalistas, comparemos lo que produjo en 1963 cada uno de los 117

mil 831 empleados y obreros de ese año y lo que produjo cada uno de los 118 mil 266 de 1971.

Los de 1963 fabricaron mercancías a razón de 3 mil 97 pesos por cabeza y ganaron sueldos y salarios de 63 pesos mensuales en promedio; los de 1971 produjeron mercancías a razón de 5 mil 727 cada uno, o sea, 2 mil 630 pesos más que los de 1963, y recibieron paga de 78 pesos 50 centavos mensuales en promedio; lo que significa que por el 25 por ciento más del salario produjeron 46 por ciento más de mercancías calculando éstas por su valor de venta.

A partir de 1963 iba a darse un proceso de aumento del número de los establecimientos industriales, de las inversiones y de la producción, que tardaría algunos años en dejarse sentir en lo que se refiere a mano de obra, pero de eso nos ocuparemos después.

VIII

Dijimos que en el año 1971 los empleados y obreros de las industrias fueron sólo 435 más que en 1963, pero debemos aclarar que la población de 1963 había sido estimada en 3 millones 315 mil y la de 1971 lo fue en 4 millones 182 mil, y esos números nos llevan a la conclusión de que si en 1963 hubo un dominicano de cada 28 trabajando en un establecimiento industrial, en 1971 había uno de cada 35, diferencia que nos da pie para decir que si se hubiera mantenido la proporción entre empleados y trabajadores de industrias y habitantes que teníamos en 1963, en 1971 debió haber habido 148 mil 800 personas ocupadas en las fábricas del país, cantidad a la que no habíamos llegado ni siquiera en 1976, último año del que hemos podido conseguir datos estadísticos que a la fecha en que se escribe este artículo no se han hecho públicos puesto que los que se han publicado llegan sólo hasta 1975.

Sería alarmante que en el 1976, o sea, trece años después de 1963, no hubiera ni siquiera 2 mil trabajadores y empleados industriales más que en 1963, y eso, que si comparamos la población estimada de 1963 con la de 1976 veremos que la diferencia fue de millón y medio, y en consecuencia, de haberse mantenido en 1976 la proporción de empleados y obreros que teníamos en 1963, en 1976 debieron ser 177 mil en vez de los 119 mil 377 que figuran en las estadísticas de ese año. La diferencia en números redondos entre los que hubo en 1976 y los que debió haber fue de 59 mil, pero 59 mil personas ocupadas significa no menos de 275 mil cuerpos alimentados si consideramos que por cada una persona que trabaja hay cuatro más que comen, además de ella; y 59 mil desocupados significa que esa cantidad de hombres y mujeres, que debieron ocupar puestos de trabajo en condición de obreros industriales, tuvieron que vivir chiripeando para llevar la comida a sus casas, lo que de ninguna manera quiere decir que ése fuera el número de chiriperos que tuvimos en 1976. Para esos tenaces trabajadores de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre no hay puesto en las estadísticas nacionales. Existen, pero no quedan reflejados en la contabilidad oficial.

(En este artículo hemos estado haciendo cálculos sobre la base de los datos que ofrece la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), y según se nos ha asegurado, ese departamento no toma en cuenta ni el número de establecimientos industriales de las llamadas Zonas Francas ni el de los empleados y obreros que ellos emplean. De acuerdo con nuestras investigaciones, al 31 de diciembre de 1976 en las Zonas Francas del país había 119 industrias con más de 15 mil obreros y empleados. ¿Hay alguien en las esferas gubernamentales que pueda explicar por qué no se centralizan los datos estadísticos?).

En 1963, los haitianos que trabajaban en los ingenios azucareros eran pocos, y eran menos los que lo hacían en los

ingenios del Estado; pero no tenemos datos oficiales sobre su número porque las cifras de los trabajadores del azúcar no dominicanos dejaron de figurar en las estadísticas desde hace años. Sin embargo, se sabe que desde 1966 los gobiernos de Haití y nuestro país llegaron a un acuerdo, que se ha venido renovando cada año, para que anualmente entraran 12 mil haitianos destinados a cortar caña, de manera que de los 119 mil 377 empleados y obreros que figuran en las estadísticas de 1976 habría que descontar por lo menos los 12 mil haitianos de ese año, y al hacerlo tendríamos un dato cierto, o cercano a la verdad, el de que los empleados y obreros industriales dominicanos inscritos en las estadísticas de ese año fueron 107 mil 377, o sea, 10 mil 454 menos que en el 1963.

Ahora vamos a ofrecer datos significativos para aquellos que desean conocer a fondo si tenemos o no tenemos una clase obrera dominicana, no en lo que se refiere al punto de vista social, que sin duda la tenemos, sino en lo que se refiere al punto de vista político. Puede discutirse si los trabajadores industriales dominicanos fueron más o menos en el año 1976, pero no podemos dudar de que en el proceso de formación de una conciencia obrera, los de 1963 fueron más allá que los de 1976, pues en 1963, con 2 mil 427 establecimientos industriales, se inscribieron en la Secretaría de Trabajo 512 sindicatos y se firmaron 97 pactos colectivos, y en 1976, con 3 mil 303 establecimientos, los sindicatos activos no llegaban a 300, según informes recogidos en centros sindicales, y los pactos colectivos llegaron sólo a 31. Es más, de acuerdo con una información obtenida en la Sección de Mediación y Arbitraje de la Secretaría de Trabajo, el año en que se firmaron más pactos colectivos en la historia del país fue el de 1963 (97); y le siguieron 1974 con 52, 1966 con 51, 1972 con 46, 1977 con 43, 1973 con 33, 1975 con 32, 1971 y 1976 cada uno con 31, y los demás años por debajo de 27. Al terminar el año

1978 sólo había 60 pactos colectivos vigentes, número que no significa que 60 empresas de las que emplean más de 20 obreros hayan firmado pactos colectivos con sus trabajadores, pues se conocen casos de una sola empresa que tiene varios pactos con varios sindicatos; por ejemplo, eso sucede en el ingenio Río Haina, del Consejo Estatal del Azúcar (CEA), que en el 1978 había firmado pactos con cinco de los numerosos sindicatos en que están organizados sus trabajadores.

Hace poco dijimos que en el año 1976 había en el país, o por lo menos eso dice la Oficina Nacional de Estadísticas, 3 mil 303 instalaciones industriales, lo que parece indicar que el proceso de reducción del número de fábricas se detuvo en el 1962, año en que bajó a 2 mil 251, y en 1963 empezó a subir (ese año fueron 2 mil 427 y en 1964, 2 mil 687) aunque en 1965 tuvo una baja brusca (a 2 mil 354) que se explica por la Revolución de Abril, y a partir de 1966 (cuando subió a 2 mil 548), y especialmente de 1967 (cuando saltó a 2 mil 855), recuperó el impulso ascendente hasta llegar en 1976 a 3 mil 303. Esos aumentos no se reflejaron, sin embargo, en la cantidad de empleados y obreros, que sólo pasará a ser superior a la de 1963 en 1971, y eso, por 435 personas nada más, y a partir de 1971 irá en aumento hasta 1974, año en que llegó a 146 mil 697, para caer en 1975 a 130 mil 100 y en 1976 a los ya mencionados 119 mil 377, una baja de 27 mil 230 comparada con la cantidad que había dos años antes.

Las oscilaciones en el número de establecimientos y en el de trabajadores y empleados que vemos a partir de 1963 no se advierten, sin embargo, antes de 1976 en las ventas de la producción industrial, que de los 403 millones 886 mil pesos que alcanzaron en 1966 van dando saltos de 20, de más de 45, de más de 53, de 81, de 106 millones de año en año; de más de 232 millones en 1973, de casi 420 millones en 1974 y de 412 millones en 1975, año en que llegaron a 1 mil 890

millones 133 mil pesos, o sea, tan cerca de los 2 mil millones que con menos de 110 millones más habríamos llegado a esa cantidad.

¿Indica acaso el paso de disminución a aumento en el número de instalaciones industriales que en el año 1966 quedó terminado el proceso de concentración de capitales que había empezado en 1962?

De ninguna manera. Lo que sucedió fue que la muerte de Trujillo tuvo como consecuencia inmediata un cambio en el control del aparato del Estado, que hasta mediados de 1961 estuvo manejado por Trujillo, sus familiares y asociados, los cuales lo usaban, en el orden económico, para monopolizar todo lo que pudiera monopolizarse, y a partir de 1962 el cambio iba a reflejarse en nuevas actividades en el campo de la economía que fueron estimuladas por los precios a que subió el azúcar en los años 1963 y 1964, y de ahí en adelante el proceso de concentración de capitales avanzaría acompañado paralelamente por el aumento de los establecimientos industriales.

La estrecha relación que hay entre la economía dominicana y el azúcar se aprecia viendo año tras año la columna de ventas de los productos de la caña. En 1963 esas ventas produjeron 105 millones 316 mil pesos gracias al trabajo de 89 mil 156 personas que ganaron 55 millones 10 mil pesos; en 1964 las ventas bajaron a 103 millones 797 mil pesos y los empleados y obreros a 77 mil 274, que ganaron 70 millones 950 mil; en 1965 las ventas fueron de 76 millones 608 mil pesos y los empleados y obreros 58 mil 622 que cobraron 48 millones 947 mil pesos, y en 1966, año en que se exportaron sólo 37 mil 350 toneladas de azúcar más que en 1965, las ventas subieron a 94 millones 756 mil pesos y los sueldos y salarios a 51 millones 888 mil distribuidos entre 70 mil 945 personas. A partir de ese año las ventas irían subiendo, pero no el total de los sueldos y salarios, que en el 1969, cuando se vendieron

azúcares y mieles por 114 millones 370 mil pesos, llegaron a 51 millones 262 mil pesos, menos que en el 1966, año durante el cual las ventas fueron casi 20 millones de pesos menos que en 1969. 1970 marcó el punto de partida hacia totales superiores en el pago de sueldos y salarios en la industria azucarera.

Los precios del azúcar crudo empezaron a subir en 1969 (3.37 el quintal, en promedio) y a partir de ahí hallamos que fueron así: en 1970, 3.75; en 1971, 4.52; en 1972, 7.41; en 1973, 9.59; en 1974, 29.60. En ese último año el quintal de azúcar llegó a pagarse en 65.50 dólares, algo que no había pasado en la historia del dulce. Para la República Dominicana, los precios de 1974 y la alta producción (1 millón 194 mil toneladas) significaron ventas por 370 millones 944 mil pesos y trabajo para 102 mil 460 empleados y obreros que ganaron sueldos y salarios por un total de 74 millones 733 mil pesos. Pero todavía nos faltaba ver algo que dos años antes hubiera parecido imposible:

En el 1975 las ventas de azúcares y mieles produjeron 592 millones 582 mil pesos con el trabajo de 81 mil 278 empleados y obreros (prácticamente 9 mil menos que los empleados y obreros azucareros de 1963, que fueron 89 mil 156), a quienes se les pagaron sueldos y salarios por 97 millones 365 mil pesos.

Ese fue el año en que añadiendo algo menos de 110 millones a las ventas habríamos alcanzado el nivel de los 2 mil millones. De todos modos, los 1 mil 890 millones 133 mil pesos que vendió el país en 1975 equivalieron a unos 402 pesos por cabeza si la población fue, como se había estimado, de 4 millones 697 mil. En cuanto a empleados y obreros, el total, incluyendo los del azúcar, que había sido 146 mil 697 en 1974, había caído en 1975 a 130 mil 100, pero los sueldos y salarios no bajaron sino que subieron, de 167 millones 790 mil a 205 millones 68 mil, lo que significa que cada uno

de esos 130 mil 100 empleados y obreros ganó, en promedio, 1 mil 500 pesos en el año, o sea, 125 pesos al mes.

IX

Las ventas de azúcares y mieles, que habían llegado en el año 1975 a 592 millones 582 mil pesos, bajaron en el 1976 a 299 millones 574 mil, y el número de empleados y trabajadores de los ingenios, que había sido en 1975 de 81 mil 278, cayó en 1976 a 67 mil 333. Como puede verse, en lo que se refiere a las ventas la diferencia fue de más de 293 millones de pesos (prácticamente la mitad), pero en lo que se refiere a mano de obra empleada fue sólo de 13 mil 945 menos, que equivale a menos de la sexta parte. En el total de las industrias, esa caída se reflejó de la siguiente manera: 83 millones 603 mil pesos de ventas y 10 mil 723 empleados y trabajadores menos que en 1975. Sin embargo, los empleados y trabajadores, que en 1975 habían recibido sueldos y salarios promedio de 1 mil 500 pesos anuales, equivalentes a 125 al mes, recibieron en 1976 1 mil 710, lo que significó promedios de 144 pesos mensuales.

¿Cómo se explica que en vez de bajar subieran los sueldos y los salarios de los empleados y obreros industriales?

Se explica por la influencia de la industria azucarera, y podemos demostrarlo recordando que en el año 1963 los empleados y trabajadores azucareros fueron 89 mil 156, cantidad que vino a ser superada sólo en 1972, cuando llegaron a ser 94 mil 497, y sin embargo en 1970 el total de los sueldos y salarios de los ingenios había llegado a 58 millones 670 mil pesos, o sea, a 3 millones 660 mil pesos más que lo que ganaron los de 1963. Hubo una sola excepción, la de 1964, en que con casi 12 mil empleados y trabajadores menos que en 1963, los sueldos y salarios subieron a 70 millones 950 mil pesos, lo que se explica porque en 1964 mantuvieron su vigencia los pactos colectivos

firmados en 1963, especialmente los de los trabajadores del azúcar; pero en 1965 lo que pagaron los ingenios a sus empleados y obreros bajó a 48 millones 947 mil pesos distribuidos entre 58 mil 622 personas; en 1966, 70 mil trabajadores y empleados recibieron 51 millones 888 mil; en 1967, 82 mil 839 ganaron 44 millones 402 mil; en 1968, a 75 mil 117 se les pagaron 45 millones 933 mil; en 1969, 73 mil 527 cobraron 51 millones 262 mil; y a partir de entonces empezó a subir la cuantía de los sueldos y los salarios de los empleados y trabajadores del azúcar hasta llegar en 1975 a los 97 millones 365 mil pesos para pagar el trabajo de 81 mil 278 personas y en 1976 a 92 millones 13 mil pesos para 67 mil 333 empleados y trabajadores, lo que equivale a 1 mil 366 pesos anuales por cabeza, o sea, 114 pesos mensuales en promedio para algo más del 56 por ciento de los empleados y obreros de todas las industrias del país, que era en el año mencionado la proporción que había entre la fuerza de trabajo empleada por los 16 ingenios que tenemos y la que empleaban los restantes 3 mil 287 establecimientos industriales que aparecen en los registros de la Oficina Nacional de Estadísticas.

Ahora nos toca repetir algo que habíamos dicho en uno de los artículos de esta serie: que los informes estadísticos ocultan a menudo aspectos importantes de la realidad. Por ejemplo, en el caso del aumento que se ve en el renglón titulado Sueldos y Jornales de la página 3 del Boletín N° 23 (Estadística Industrial de la República Dominicana, 1975), sería muy difícil saber a qué se debió la subida anual del total nacional de los sueldos y salarios, que de 82 millones 611 mil pesos que había sido en 1968 fue ascendiendo hasta llegar en 1976 a 213 millones 3 mil, si no estuviéramos enterados de que en la Ley 7 de 1966 se estableció que el 40 por ciento de los beneficios que tuvieran los ingenios del Estado debía ser repartido entre los trabajadores. Ese 40 por ciento, conocido

popularmente como “la bonificación”, debió ser bastante alto hasta 1975, año en que el dulce llegó al mejor precio en toda la historia, y eso es lo que explica que los sueldos y jornales de los ingenios subieran ese año a 97 millones 365 mil pesos, 15 veces más que los 6 millones 471 mil que pagaron en 1937 todas las industrias a pesar de que los que cobraron los sueldos y jornales de 1975 apenas fueron 4 veces más que los 31 mil 956 de 1937. Queremos llamar la atención hacia el hecho de que aun si el peso de 1937 valiera 3 de 1975, los sueldos y jornales de 1975 fueron 5 veces más altos para los empleados y trabajadores del azúcar que lo que habían sido para todos los empleados y trabajadores industriales en 1937.

El que pretenda sacar conclusiones políticas de la existencia de la Ley 7 de 1966 cometería un error si creyera que el 40 por ciento de los beneficios hechos por los ingenios del Estado fueron a dar a manos de los trabajadores. Naturalmente que una parte cayó en ellas, pero sin duda otra parte, quizá la más grande, cogió el camino de las cuentas bancarias de ciertos pejes gordos.

Los altos sueldos y salarios y el número de empleados y trabajadores de esa industria empezaron a bajar en el año 1976, último del que tenemos información estadística. Ese año los ingenios usaron 67 mil 333 personas a las que les pagaron 92 millones 13 mil pesos, o sea, 5 millones 532 mil menos que en 1975, y sin embargo el total de los sueldos y salarios en todas las industrias del país que están registradas en la Oficina Nacional de Estadísticas subió a 213 millones 3 mil pesos, esto, es, 8 millones 65 mil más que en 1975.

¿Cómo se explica eso? ¿Es que de buenas a primeras la influencia que ejercía la industria azucarera en ese terreno pasó a otros productos? ¿Por qué en 1976, año en que los ingenios pagaron 5 millones 532 mil pesos menos a sus empleados y

trabajadores, la totalidad de los sueldos y salarios industriales subió cerca de 8 millones de pesos?

Para esas preguntas puede haber más de una respuesta. Es posible que en las cuentas de algunas de las industrias del Estado, entre las cuales hay varias muy importantes por el número de empleados y obreros que usan, figuren como gastos en sueldos y salarios altas cantidades de dinero que salieron hacia otros destinos. Debe recordarse que en *Vanguardia* se publicaron numerosas denuncias de maniobras turbias en la Corporación Dominicana de Electricidad y en la Fábrica Dominicana de Cemento, para mencionar sólo dos de las empresas del Estado.

De todos modos, tenemos que aceptar los números que da la Dirección Nacional de Estadísticas porque no podemos valernos de otros; y esos números dicen que en el año 1976 el país tenía 3 mil 303 establecimientos industriales que invirtieron 181 millones 877 mil pesos para producir mercancías que se vendieron en 1 mil 806 millones 531 mil pesos con el trabajo de 119 mil 377 empleados y obreros a quienes se les pagaron 213 millones 3 mil pesos. Comparadas con las cifras de 1937 las de 1976 significan un aumento, en 39 años, de 1 mil 961 establecimientos industriales (casi el 60 por ciento) y de casi 13 veces la inversión de capitales; de 3 veces y tres cuartos el número de empleados y obreros y de casi 79 veces el valor de venta de las mercancías producidas.

Si la mercancía producida en 1976 hubiera sido proporcional a la producción de 1937 en cantidad y precios, las ventas de 1976 habrían correspondido al aumento del número de empleados y obreros, que entre 1937 y 1976 se multiplicó por 3 y 3 cuartos (3.75); habrían sido, pues, de unos 86 millones, no de 1 mil 806 millones 531 mil. La diferencia de más de 1 mil 720 millones indica el grado de explotación a que están sometidos los empleados y trabajadores industriales

dominicanos y el Pueblo que consume una parte de lo que producen las industrias del país.

Si recordamos que las industrias establecidas en las Zonas Francas no aparecen registradas en los informes de la Dirección Nacional de Estadísticas debemos sumar por lo menos 15 mil y quizá 16 mil empleados y obreros a los 119 mil 377 que figuran en los datos de 1976, pero al mismo tiempo debemos restar entre 12 y 15 mil trabajadores haitianos de la caña que entran en el país como temporeros y vuelven a Haití cuando termina la zafra. El resultado de la suma y la resta nos lleva a la conclusión de que en el 1976 sólo había 120 mil empleados y trabajadores industriales, lo que equivale a menos del 2 y $\frac{1}{2}$ (2.5) por ciento de la población estimada para ese año, que era 4 millones 835 mil. Pero hay algo más que decir. Si analizamos (aunque sea valiéndonos de suposiciones porque no hay datos que nos den pie para hacer un estudio detallado) a esa misma población que se gana la vida vendiéndoles su fuerza de trabajo a las industrias del país, hallaremos, en primer lugar, que no todos los 120 mil obreros son realmente obreros, puesto que los informes hablan de empleados, obreros y aprendices; así pues, pasemos a sacar de los 120 mil por lo menos 6 mil empleados, aunque es muy probable que nos quedemos cortos para que no se diga que exageramos, y después pasemos a restar los que aparecen mezclados con empleados, obreros y aprendices, pero en realidad son dueños de cientos de talleres artesanales que aparecen en las estadísticas con la etiqueta de instalaciones industriales. Ahí están juntos con una fábrica de cemento o con la Alcoa, que emplean cientos de hombres, los talleres de dos o tres oficiales y uno o dos aprendices de mecánica, de sastrería, de reparación de acumuladores, de zapatería, los de imprentas pequeñas, las panaderías también pequeñas, las talabarterías, las llamadas fábricas de helados y dulces y de chocolate, especialmente las de

los pueblos; los talleres de vulcanización y de reparación de radios y máquinas de coser, de escribir y de relojes, y los de hacer ataúdes.

¿Cuántos serán ellos? ¿1 mil, 2 mil, 2 mil 500?

Pongamos 1 mil 500, agreguemos 500 aprendices y restemos los 8 mil que dan la suma de ellos y de los 6 mil empleados y hallaremos que lo que queda son 112 mil trabajadores, de los cuales no todos pueden ser considerados obreros porque los cortadores de caña, que nadie sabe cuántos son, no reúnen las condiciones que se requieren para llamarse obreros industriales.

Esos números, ¿qué nos dicen y para qué sirven?

Nos dicen que la clase obrera dominicana es numéricamente muy pequeña, lo que se explica debido a que el desarrollo industrial del país es reciente, si se exceptúa el caso de los ingenios azucareros que hasta muy avanzada la dictadura de Trujillo operaban como islas económicas, a base de capitales, gerencia y mano de obra extranjeros; y sirven para que nos demos cuenta de que precisamente a causa de las razones que explican su limitación numérica, nuestro proletariado tiene escaso desarrollo político y por tanto no ha formado aún conciencia de clase, aunque hay indicios de que está en vías de hacerlo.

X

Al terminar el año 1976 la Oficina Nacional de Estadísticas daba, como número de empleados y obreros que trabajaban en los 3 mil 303 establecimientos industriales del país, el de 119 mil 377. Aceptemos, por el momento, esa cantidad como para sacar de ella algunas conclusiones. Por ejemplo éstas:

Cuarenta años antes (en 1937) la cantidad de empleados, obreros y aprendices que había en los 1 mil 342 establecimientos industriales que tenía entonces el país llegaba a 31 mil 956; de manera que en esos cuarenta años las personas

dedicadas a trabajar en las industrias (y en ellas se incluyen los talleres artesanales, que parecen haber sido los más numerosos, y se incluyen en su personal los dueños de esos talleres que sin duda en muchos casos serían los que figuraron en los registros estadísticos como obreros) no llegaron a multiplicarse ni siquiera por cuatro.

En el año 1963, el gran total de empleados, obreros y aprendices fue 117 mil 831, sólo 1 mil 546 menos que en 1976. Esos números podrían llevarnos a la conclusión de que en 13 años el aumento de plazas de trabajo apenas alcanzó a ser 120 por año en promedio, lo cual sería alarmante; pero más alarmante es comprobar que en 1974 trabajaron en las industrias del país 146 mil 697 personas, la cantidad más alta en toda la historia de la República, de manera que en tres años hubo 27 mil 320 personas que perdieron sus empleos, o digámoslo en otros términos: 136 mil 500 personas entre esos trabajadores y sus familiares perdieron su fuente de ingresos. Debemos suponer que los 27 mil 320 desempleados eran dominicanos porque en ningún momento se dio la noticia de que después de 1974 dejaron de entrar en el país los 12 mil haitianos que venían a trabajar en los ingenios amparados por el acuerdo de los dos gobiernos de la Isla (la República Dominicana y Haití) de que hablamos en uno de los artículos de esta serie; antes al contrario, ese acuerdo se renovó después de 1976 aumentando en 3 mil el número de jornaleros haitianos autorizados a venir al país.

La baja de 27 mil 320 empleados, obreros y aprendices en dos años equivale a más de 18 y medio (18.5) por ciento, cantidad que hubiera llenado de alarma al país entero si aquí hubiera habido una clase gobernante o siquiera una clase dominante consciente de lo que significaban esos datos; y de paso diremos que el hecho de que para escribir estos artículos tuviéramos que recurrir a relaciones de amistad para conseguir que

se nos dieran a título confidencial, en febrero de 1979, los informes estadísticos correspondientes a 1976 (año en que aparece el dato clave de los 119 mil 377 empleados y obreros industriales) es por sí solo alarmante, puesto que de haberlos pedido en una sociedad organizada en los niveles en que debe estarlo cualquier país industrial, los números de las personas empleadas en las industrias en el 1976 debieron haber sido de conocimiento público en los primeros meses de 1977, y en la República Dominicana no se habían publicado aun en febrero de 1979.

Para fines de 1978 los empleados civiles, policiales y militares del Gobierno nacional eran unos 105 mil*, y no hay razón para que dos años antes fueran menos. Si a esos 105 mil les agregamos los jornaleros de Obras Públicas y de otros departamentos oficiales y los empleados y jornaleros de los ayuntamientos, que no figuran en ningún informe estadístico, veríamos que los que trabajan para el Estado y los ayuntamientos son tantos como los empleados y obreros industriales de 1976; y si es así (y creemos que lo es), no nos costará mucho esfuerzo llegar a la conclusión de que nos hallamos a distancia del día en que la República Dominicana pueda ser considerado como un país industrial con una clase obrera numéricamente importante. Hoy por hoy no la tiene, y si no la tiene no hemos estado confundidos cuando hemos dicho que la nuestra es una sociedad eminentemente pequeño burguesa, con predominio en esa pequeña burguesía de las capas bajas, baja pobre y baja muy pobre. Las dos últimas son las que componen lo que los sociólogos a la moda norteamericana llaman población marginada, como si fuera científico dividir a las personas en integrados y marginados

* Debemos explicar, para los lectores no dominicanos, que en nuestro país no hay servicio militar obligatorio y por esa razón los militares, desde el soldado hasta el general, cobran sueldos del Estado.

en vez de hacerlo en clases que se forman de acuerdo con el lugar que cada quien ocupa en las relaciones de producción.

Los obreros industriales no son los únicos productores del país, pero desde el punto de vista del desarrollo social son los más importantes, y sobre todo son los que dan el tono en lo que se refiere al tipo de sociedad en que vivimos. Una sociedad en la que predomine en número la clase obrera es más avanzada en todos los órdenes que una donde la mayoría de la población sea pequeño burguesa. Los obreros son más numerosos en los países industrializados que en los de economía agrícola, y viven en los centros urbanos, no en los campos, si bien en los países capitalistas de economía agrícola hay ciudades grandes que deben su tamaño a la presencia de campesinos echados de los campos por los capitalistas terratenientes que se han adueñado de las mejores tierras. No es a esas ciudades a las que nos hemos referido al decir que los obreros industriales dominicanos no se hallan en la Capital, que es la ciudad más poblada del país, sino en los ingenios de azúcar, donde en el 1976 trabajaban 67 mil 333 de las 119 mil 377 personas que tenían ese año empleos industriales.

Por otra parte, cuando hablamos de obreros industriales lo hacemos generalizando, pero conviene aclarar que no todos los obreros industriales tienen las mismas características sociales. No es lo mismo trabajar en una industria pesada que en una liviana, y si aceptamos que el trabajo hace al hombre en la misma medida en que el hombre hace el trabajo, lo que es una verdad que puede demostrarse en cualquier momento, es fácil llegar a la conclusión de que no podemos igualar al obrero de la industria del carbón o de la industria química pesada con el que maneja una máquina que envase líquido detergente en botellas de plástico con el que hace funcionar un telar mecánico en una fábrica de tejidos. En la República

Dominicana hay una industria pesada, que es la Falconbridge; algunas medianas (la Alcoa, la Rosario, Astilleros Dominicanos, los ingenios azucareros, las fábricas de cemento), y pocos de contar; todas las demás, o sea, más de 2 mil 900 de las 3 mil 303 que teníamos en 1976, son livianas, y muchas de ellas, como lo hemos dicho más de una vez, no llegan a la categoría de industrias porque se quedan en el grupo de los talleres artesanales.

Es necesario distinguir entre lo que son industrias pesadas, medianas o livianas porque la existencia de unas o de otras es determinante a la hora de analizar el papel que juega, o puede jugar, la clase obrera de cualquier país no sólo en lo que se refiere a la economía sino también a la política. El peso de los obreros en la vida política de la sociedad en que viven es mucho mayor cuando se trata de obreros de la industria pesada que cuando se trata de los de la industria liviana. En los sucesos de Irán, que todavía están ocupando la atención de todo el mundo, la huelga de los trabajadores del petróleo fue mucho más importante que las movilizaciones de estudiantes y empleados privados y gubernamentales que durante casi un año llenaban las calles de Teherán y de otras ciudades iraníes; y la industria del petróleo es una de las pesadas.

Desde ese punto de vista, la clase obrera dominicana, que trabaja mayoritariamente en industrias medianas y livianas, tiene menos peso específico que los 35 ó 40 mil obreros que emplea la industria petrolera de Venezuela. Una huelga de los obreros venezolanos del petróleo paralizaría no sólo a Venezuela sino también a la República Dominicana, que compra en Venezuela todo el petróleo que consume; a Curazao, que ocupa el mayor número de sus obreros en la refinación y la transformación y el transporte del petróleo que lleva de Venezuela, y provocaría paralizaciones parciales, pero económica

y políticamente muy efectivas, en Puerto Rico y en los Estados Unidos, lugares donde se industrializa la mayor parte del petróleo que exporta Venezuela.

Las huelgas son acontecimientos de orígenes y también de resultados económicos, pero pueden serlo, y a menudo lo son, de orígenes y de resultados políticos. Por ejemplo, en Irán la huelga de los trabajadores del petróleo tuvo orígenes y resultados políticos, Los medios de comunicación (agencias de noticias, periódicos, estaciones de radio y de televisión) han destacado en los sucesos de Irán la figura y el papel del Ayatollah Khomeini y dejaron en las sombras el que jugaron los obreros del petróleo de aquel país, y no creemos aventurado decir que muchos de esos medios de comunicación lo dejaron en las sombras para no propagar un mal ejemplo; pero lo cierto es que sin la huelga de los petroleros iraníes el Ayatollah Khomeini no habría ido muy lejos.

Las condiciones de debilidad económica, social y política de la clase obrera dominicana son de tal naturaleza que sería muy difícil que aquí pudiera llevarse a cabo en un momento dado algo parecido a lo que hicieron en Irán los obreros del petróleo. Con la excepción de la Corporación Dominicana de Electricidad, en el país no hay una actividad económica determinante en la vida nacional al extremo de que su paralización signifique la paralización de todos los establecimientos industriales o por lo menos de los que tienen un peso decisivo en la economía. Pero además de ese aspecto hay otro, de tipo político, que la hace débil, y es la división de los obreros organizados (que no alcanzan a ser la mayoría de la clase obrera) en varias centrales de las cuales hay algunas que no responden a los intereses de los trabajadores.

Naturalmente, las debilidades de la clase obrera dominicana son el reflejo del atraso del país en todos los terrenos, incluyendo, desde luego, el de los capitalistas, que es a su vez

producto del tardío, lento y tambaleante desarrollo histórico de nuestro pueblo. Una muestra de lo que acabamos de decir es el hecho de que cuatro siglos y medio después de la llegada de Colón fue cuando vino a levantarse en nuestro país el primer censo industrial de su historia, y en ese censo apenas figuraron 32 mil obreros, de los cuales más de las dos terceras partes eran extranjeros, y un alto porcentaje de los restantes eran empleados aprendices, estos últimos de talleres artesanales cuyos dueños no les pagaban salarios en el año 1937 y mucho menos antes de ese año.

25 de febrero de 1979.

LA PEQUEÑA BURGUESÍA EN LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA DOMINICANA*

* I al XXIV, en *Vanguardia del Pueblo*, Año X, N° 460-480, Santo Domingo, Órgano del PLD, del 8 de agosto al 26 de diciembre de 1984; y N° 481-483 del 2 y 16 de enero de 1984, p.4.

I

La clave para comprender por qué la historia dominicana presenta tantos altibajos, tantos puntos débiles, tantos momentos oscuros y de confusión, está en la existencia de la pequeña burguesía en condición de componente mayoritario de la población del país, pero hay que tomar en cuenta que la pequeña burguesía de nuestro país no sólo es numéricamente más fuerte que el resto de los habitantes sino también que está formada por varias capas, y en éstas, la alta, la mediana y la baja son minoritarias en comparación con la suma de la baja pobre y la baja muy pobre, y además que no sólo es así ahora, cuando somos un país de seis millones de personas sin tomar en cuenta a más de un millón que viven en Estados Unidos y Venezuela, sino que lo fue desde mucho antes de que comenzáramos, hace poco más de un siglo, a ser una sociedad capitalista, hecho que podemos fechar en la década de los años 1871 a 1880 debido a que fue entonces cuando se establecieron aquí los primeros ingenios de azúcar movidos por vapor, es decir, las primeras instalaciones en que se invirtieron capitales destinados a extraer plusvalía del trabajo obrero. De paso debemos explicar que quienes hicieron esas inversiones no eran dominicanos y la mayoría de los obreros, los de las plantas industriales o de las factorías, como se les llama aquí, eran traídos de otros lugares del Caribe.

Si alguien preguntare por qué hablamos de la existencia de pequeños burgueses dominicanos antes de 1871 sí resulta que la pequeña burguesía no debe existir allí donde no hay burguesía habrá que explicarle que en vista de que el precapitalismo dominicano no fue de naturaleza feudal, no podemos llamarles siervos a los que no eran nobles, además de que en el país no había nobles, y en la lengua de los sociólogos no hay una palabra que califique a las capas de la población que antes de que se establecieran las primeras empresas capitalistas disponían de pocos bienes como era el caso de los campesinos que sólo tenían un machete para producir algo pero no en tierras propias y tenían que usar las baldías o las de un terrateniente que les autorizaba a hacer un conuco en las suyas, pero téngase en cuenta que en esos conucos se sembraba sólo para mantener a las familias de los que los trabajaban de manera que ni aun en esos casos había producción capitalista aunque fuera escasa; y algo parecido se daba en el caso de los pequeños propietarios de tierras, en el de los artesanos de los pueblos —y decimos de los pueblos porque a mediados del siglo pasado en nuestro país no había realmente ciudades sino pueblos— como los sastres, los barberos, los que hacían mesas y sillas, serones y aparejos, sillas de montar y frenos para caballos y mulos, los carpinteros, los zapateros.

La pequeña burguesía, a través de todas sus capas, tiene un lugar destacado en la historia nacional, pero ahora no disponemos de tiempo para hacerla en toda su extensión; ahora haremos la de su papel en la fundación y el desarrollo del Estado dominicano, y la haremos para que los lectores de *Vanguardia* se formen una idea al menos aproximada de la realidad sociológica de nuestro pueblo; una idea que les proporcione las bases indispensables para comprender por qué en el PLD se presentan crisis como la que dio lugar a que la dirección peledista le pidiera al Dr. Rafael Albuquerque su

renuncia a la condición de miembro del Comité Central y del Partido, por qué los partidos que se autotitulan marxistas-leninistas viven en un perpetuo movimiento de división que ha llevado la lista de la existencia permanente o pasajera de esos partidos a un número alarmante en los años transcurridos entre la muerte de Trujillo y el momento en que se escribe este artículo.

El proyecto de fundación de la República Dominicana fue obra de la pequeña burguesía de la Capital en sus niveles alto, mediano y bajo encabezada por Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella. Esa tesis ha acabado siendo aceptada por la generalidad de los historiadores y sociólogos nacionales tras varios años de argumentación alrededor del tema de si para el 1838 ó el 1844 había o no había burguesía dominicana. El proyecto tardó seis años en ser ejecutado, y para su ejecución fue necesario que los trinitarios hicieran alianza con los hateros en la porción de la isla donde se hablaba el español y con la pequeña burguesía reformista de Haití, y desde el momento mismo en que se proclamó la independencia, en la noche del 27 de Febrero de 1844, comenzó una lucha entre pequeños burgueses y hateros que iba a mantenerse a lo largo de diecisiete años, o sea, hasta que el Estado dominicano pasó a ser convertido en una provincia ultramarina de España.

El primer intento de creación de un aparato estatal nacional llamado a consagrar la validez histórica de la acción del 27 de Febrero se dio al quedar organizada la Junta Central Gubernativa, hecho que tuvo lugar el 1º de marzo, y en ese momento los hateros tomaron el mando en perjuicio de la pequeña burguesía trinitaria puesto que en vez de ser elegido para presidir la Junta el jefe de los conjurados que actuaron en la Puerta del Conde la noche del 27 de Febrero, esto es, Francisco del Rosario Sánchez, lo fue Tomás Bobadilla; y

sucedía que Sánchez era miembro de la baja pequeña burguesía mientras Bobadilla era un representante político de los hateros, y esa elección desató en el seno de la Junta una lucha entre pequeños burgueses y hateros que se encauzó en dos posiciones diferentes ante el problema de qué hacer para sacar el poder de Haití del territorio dominicano, esto es, de la porción de la isla que desde mediados del siglo XVII se había llamado la parte española. La pequeña burguesía proponía la guerra contra Haití sin apoyarse en poderes extranjeros; los hateros mantenían el criterio de que la única manera de mantener la independencia nacional era declarando el país bajo el protectorado del Gobierno francés al cual se le ofrecía el dominio soberano de la Bahía de Samaná y los terrenos que la circundaban.

La Iglesia, en la persona de su jefe, el arzobispo de Santo Domingo Tomás de Portes e Infante, y los hateros, en la de Tomás Bobadilla y Pedro Santana, jefe militar de las fuerzas en la región Sur, eran partidarios de que el país pasara a ser protectorado de Francia, a lo que los trinitarios respondían organizando complots militares, que al fin culminaron en el golpe del 9 de junio mediante el cual la Junta fue reorganizada, integrada sólo por trinitarios y pasó a ser presidida por Francisco del Rosario Sánchez, que se hizo cargo de sus funciones el día 10; pero ese golpe desataría el de Santana, y mientras tanto el Estado dominicano no se creaba porque lo impedía la lucha de pequeños burgueses y hateros.

II

La primera medida que tomó la Junta Central Gubernativa después de haber pasado a ser presidida por Sánchez fue enviar a la región del Cibao a Juan Pablo Duarte con la misión de que explicara en los lugares importantes —La Vega, Santiago, Puerto Plata— los cambios que se habían operado en la Capital. Duarte salió de la Capital el 20 de junio y el 4 de julio fue proclamado en Santiago nada menos que presidente de la República, pero un día antes había llegado a Azua el coronel Esteban Roca enviado por la Junta con el encargo de destituir a Pedro Santana del mando del ejército que estaba operando en la región del Sur.

La proclamación de Duarte en el Cibao como presidente de la República, organizada por Mella sin conocimiento de la Junta, era una muestra de la manera de actuar propia de la pequeña burguesía en un país que carecía de las estructuras materiales indispensables para constituir en él un Estado burgués, y el envío del coronel Roca a Azua con una misión de alta significación política que no conllevaba las fuerzas militares necesarias para ser aplicada, era otra demostración, y por cierto muy expresiva, de la manera de hacer las cosas que estaba instaurando la pequeña burguesía dominicana en el mismo momento en que el Pueblo dominicano se asomaba a la vida de un Estado soberano y por tanto independiente.

A partir del momento en que el coronel Esteban Roca llegó a Azua la lucha entre pequeños burgueses y hateros se profundizó a tal punto que pasaría a ser llevada a cabo no en el terreno político sino en el de las armas. Santana había manifestado ya su aprobación a los planes de que el país quedara convertido en un protectorado de Francia, posición que a lo largo de los años iría evolucionando hasta llevar al mismo Santana a pedir la anexión a España y a Báez a pedir la integración del país a Estados Unidos a pesar de que Báez no fue hatero sino que pasó a ser, y lo fue durante muchos años, el líder, primero de las capas altas de la pequeña burguesía y después de las capas más bajas, pero al final de su vida política no representaba a ningún conglomerado social, lo que explica la soledad de sus últimos años pasados en Puerto Rico.

Ni corto ni perezoso, Santana se dirigió a la Capital, pero no solo sino al frente de sus soldados, y entró en la ciudad el 12 de julio; marchó por ella hasta la plaza llamada entonces de Armas y hoy parque Colón, y allí, a los gritos de “¡Muera la Junta, viva el general Santana!”, fue proclamado presidente de la Junta, que quedó reorganizada con la salida de los trinitarios a quienes sustituyeron los representantes de los hateros, entre los cuales estaban los que el 9 de junio habían sido sustituidos por trinitarios.

El 24 de julio la Junta declaró que no reconocía la presidencia de Duarte y ordenó la prisión de Mella; el arzobispo don Tomás de Portes e Infante amenazó con la excomunión, el más temido de los castigos de la Iglesia a los que se opusieran a la autoridad del general Santana, y los trinitarios más activos en su oposición a los hateros fueron detenidos. Por su parte, los militares santanistas decidieron denominarse a sí mismos con el nombre de Ejército Libertador y le reclamaron a Santana mano dura contra los trinitarios, petición a la que se sumaron muchas personas conocidas, es decir, que tenían

importancia social, todo lo cual sirvió de base política para que la Junta declarara el 22 de agosto traidores a la Patria nada menos que a Duarte, Sánchez y Mella y a varios otros trinitarios de los más activos, entre ellos a Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina. Los acusados de traidores a la Patria fueron expulsados del país, pero la expulsión de Duarte se retardó porque al enterarse de lo que estaba sucediendo en la Capital buscó refugio en campos de Puerto Plata, pero no tardó en ser apresado y enviado al destierro.

Desde el 24 de julio la que pasaremos a llamar la Junta hatera había convocado a elección de diputados que tendrían la tarea de redactar una Constitución. Esos diputados habían sido elegidos a partir del 20 de agosto, es decir, dos días antes de que los líderes trinitarios fueran declarados traidores a la Patria y se decretara su expulsión del país. Los diputados debían reunirse en San Cristóbal para elaborar la Constitución, que sería la primera de la historia nacional; de ahí que hayamos dicho que el fundador del Estado dominicano fue Pedro Santana, porque esa Constitución, conocida con el nombre de Constitución de 1844, fue el plano sobre el cual se organizó el Estado, y el factor político decisivo en que ella fuera adoptada fue Pedro Santana, y lo fue a tal extremo que se negó a aceptarla tal como salió de los trabajos de la Asamblea Constituyente si no era enmendada para que se le agregara el artículo 210, según el cual, “durante la guerra actual (la que se llevaba a cabo contra el ejército haitiano) y mientras no esté firmada la paz, el Presidente de la República (esto es, Pedro Santana) puede libremente organizar el ejército y la armada, movilizar las guardias de la nación; pudiendo, en consecuencia, dar todas las órdenes, providencias y decretos que convengan, sin estar sujeto a responsabilidad alguna”.

Ese artículo 210 de la Constitución de 1844 es un documento de la historia dominicana al mismo tiempo político y

sociológico, porque por sí solo demuestra que aunque el 27 de Febrero fue obra de los trinitarios, la fundación del Estado fue la de los hateros representados por Santana, y a su vez, el papel de fundadores del Estado reforzado con la amenaza de excomunión hecha por el jefe de la Iglesia contra todo el que se opusiera a la autoridad de Santana demuestra de manera irrefutable que los hateros formaban antes del 27 de Febrero el sector social dominante del país, pero pasaron a ser el poder gobernante a partir del 16 de julio, día en que Pedro Santana, su jefe militar y político, fue elegido presidente de la Junta Central Gubernativa.

III

Al decir que el 16 de julio de 1844 los hateros habían pasado a ser el sector social gobernante del país debemos aclarar que en el folleto número II (dos) de una mini-serie escrita en 1979 para la Colección Estudios Sociales decíamos que “los hateros no eran una clase sino el sector sobreviviente de una oligarquía esclavista que pasó, con la desaparición de la industria azucarera, a convertirse en oligarquía esclavista patriarcal, y aunque su declinación como el sector social más importante del país había comenzado en los inicios del siglo XIX, se conservó en los años del Gobierno haitiano (de 1822 al 1844) como un conglomerado con características propias, pero que iba perdiendo su condición de centro de la sociedad nacional debido a que en los terrenos económico y político iba tomando fuerza una pequeña burguesía comercial cuyo desarrollo era alimentado por una pequeña burguesía agrícola que se hallaba en etapa de ampliación numérica...”.

Al tomar el poder político y militar en el año 1844 los hateros estaban en proceso de disolución, y en cambio iba en ascenso la alta pequeña burguesía comercial, y con ella, naturalmente, la mediana pequeña burguesía del mismo sector, esto es, la dedicada de manera exclusiva al comercio detallista, y las dos habían hecho su entrada en la historia con la creación, la organización y el sostenimiento durante seis años de la Trinitaria.

En esos tiempos en nuestro país no se tenían ni siquiera nociones de lo que era la lucha de clases y por esa razón se dio cuenta de que los hateros formaban una fuerza social dominante porque podían proporcionarles a las masas más pobres, que para entonces eran mayoritariamente campesinas, tierras para que produjeran ellas mismas los víveres con que hacían sus comidas, carne de res y leche, pero sucedía que los hateros estaban siendo desplazados de ese papel de poder dominante porque el país había ido convirtiéndose año tras año en suministrador de tabaco a compradores europeos, y quienes medaban entre los pequeños agricultores que cosechaban el tabaco y los compradores extranjeros eran los comerciantes de La Vega, Moca, Santiago, Puerto Plata, que iban haciendo poco a poco fortuna porque con el dinero que recibían del tabaco vendido traían al país mercancías que el Pueblo dominicano necesitaba pero no podía producirlas debido al atraso económico en que se vivía.

El papel de intermediarios entre la pequeña burguesía nacional productora de tabaco y los compradores extranjeros de ese tabaco convertía a los comerciantes dominicanos, y de manera acentuada a los que se hallaban establecidos en las ciudades de la región tabaquera del país, en partidarios del sistema político en que vivían los pueblos donde se hallaban los mercados compradores de la rica y aromática hoja, es decir, los que estaban organizados según lo mandaba la burguesía, que para esa época —a mediados del siglo pasado— eran sobre todo Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

La inclinación de la alta y la mediana pequeña burguesía comercial dominicana hacia el régimen político francés, inglés, norteamericano, que tenía su origen en las actividades de las cuales dependían sus medios de vida, determinó que esos comerciantes formaran el núcleo de lo que sin ser un partido político acabó llamándose “los liberales” mientras que

los que se les oponían eran “los conservadores”; el líder de los liberales fue Juan Pablo Duarte y el de los conservadores era Pedro Santana; pero el lector debe tener en cuenta que en una sociedad de economía sumamente débil como era la nuestra no podía haber corrientes políticas sólidas, y por esa razón a lo largo de los años de la primera República, que fueron diecisiete, hubo liberales conocidos que pasaron a ser santanistas, esto es, conservadores, y conservadores que pasaban a ser, si no liberales al menos antisantanistas, como fue el caso de Tomás Bobadilla, y los había que hoy eran liberales, mañana conservadores y al día siguiente otra vez liberales.

Una vez coronada la Constitución con el artículo 210, que le dio al Estado dominicano, desde el primer momento de su formación, el carácter de Estado hatero, Pedro Santana fue elevado al cargo de presidente de la República, y no así como así sino por dos períodos consecutivos cada uno de cuatro años, de manera que le tocaba gobernar hasta el año 1852, y tan pronto se hizo cargo de la presidencia constituyó un Consejo de Ministros, lo que significa que a partir de ese momento la maquinaria estatal hatera comenzaba a funcionar y funcionó de tal forma que al cumplirse dos meses del establecimiento del Gobierno organizado según lo mandaba esa Constitución Pedro Santana creó un instrumento que le permitiría aplicarles a sus enemigos políticos, esto es, a los trinitarios, todo el poder de esa maquinaria estatal. Ese instrumento fueron las Comisiones Militares, establecidas el 18 de enero de 1845 para que se pusieran en función inmediatamente.

La lucha de los trinitarios contra Santana, o dicho de otro modo, de la pequeña burguesía, sobre todo de las capas alta y mediana, contra los hateros, había llevado a los últimos al poder, y no a un poder cualquiera sino a uno implacable con sus enemigos, pero eso no significaba que la pequeña burguesía se daba por vencida; de ninguna manera. Sus representantes

políticos, esto es, los trinitarios, no abandonaron la lucha, y Santana lo sabía. Por eso las Comisiones Militares, creadas para juzgar y condenar a los que conspiraran para actuar o actuaran de alguna manera contra el Estado, sus servidores o sus intereses, entraron en acción nada menos que una semana después de establecidas, y lo hicieron juzgando y condenando a muerte por fusilamiento a María Trinidad Sánchez.

IV

Como se deduce de lo que dijimos en las últimas líneas del artículo anterior, las Comisiones Militares tenían una suma de poder que las convertía en un instrumento de terror aplastante debido a que al mismo tiempo juzgaban y ejecutaban su sentencia. Esa doble facultad iba ser usada sin contemplaciones por el Gobierno hatero en su lucha contra la pequeña burguesía trinitaria, y para que todo el mundo quedara enterado de sus propósitos las Comisiones Militares iniciaron sus actividades llevando a cabo el juicio contra María Trinidad Sánchez, y no nos referimos al fusilamiento sino al hecho de que la persona que iba a ser fusilada era una mujer.

María Trinidad Sánchez era un familiar cercano de Francisco del Rosario Sánchez, y éste era el trinitario con más capacidad ejecutiva; había sido el líder de la acción del 27 de Febrero; en el golpe del 9 de junio fue elegido presidente de la Junta Central Gubernativa y desde ese cargo fue él quien dispuso que el coronel Esteban Roca sustituyera a Pedro Santana como jefe del ejército del Sur, y aunque no se han conservado documentos que expliquen por qué María Trinidad Sánchez fue fusilada, la única explicación que se le puede dar a ese hecho es que ella debía estar dirigiendo algún plan llamado a asegurar la vuelta al país de los trinitarios desterrados, entre los cuales se hallaba Sánchez, cuya sentencia de muerte firmaría Pedro Santana dieciséis años después.

En el folleto *Acerca del Estado* mencionado en el artículo anterior decíamos que el fusilamiento de una mujer causa una impresión aplastante en cualquier parte del mundo y tenía que causarla más honda en Santo Domingo, que en aquellos días era un pueblo de tal vez 4 mil personas donde todo el mundo conocía a todo el mundo, de modo que la población de la capital del país debía conocer a María Trinidad Sánchez y el tipo de muerte que se le dio debe haber causado una enorme impresión entre los capitaleños de todas las condiciones sociales; y como si eso fuera poco, se le fusiló nada menos que el 27 de febrero de 1845, es decir, en el primer aniversario de la acción de la Puerta del Conde, que debió ser conmemorado de manera solemne y al mismo tiempo con actos de carácter popular y de ninguna manera convirtiéndola en la primera víctima y mártir del Estado que acababa de estrenar la Constitución de San Cristóbal a una mujer tan estrechamente vinculada por razones familiares con el jefe del hecho que inició en el aspecto armado la etapa histórica llamada a darle nacimiento a ese Estado.

El fusilamiento de María Trinidad Sánchez fue un episodio de la lucha de hateros contra trinitarios, pero no un episodio cualquiera sino el más espectacular de los que habían tenido lugar hasta ese momento. Probablemente el Gobierno hatero, y no sólo Pedro Santana, pensó que con él, dada la demostración de poderío implacable que se dio al ejecutarla, iba a quedar aniquilada para siempre la pequeña burguesía trinitaria, pero si los que planearon y lo llevaron a cabo pensaban así estuvieron equivocados porque la única manera de derrotar para siempre a la pequeña burguesía que se les enfrentaba a los hateros era fusilando a todos sus miembros, y eso no podía hacerse tanto por razones materiales como por razones políticas.

Casi tres años después del fusilamiento de María Trinidad Sánchez, en vísperas de la Nochebuena de 1847, fueron fusilados el general José Joaquín Puello, su hermano Gabino Puello y dos compañeros suyos, Pedro de Castro y Manuel Trinidad Franco.

El general Puello empezó su vida política, que era al mismo tiempo una vida militar, como un trinitario convencido, y como tal participó en los trabajos llamados a culminar en la acción del 27 de Febrero y en el golpe del 9 de junio; fue el jefe vencedor de la batalla de La Estrelleta y ministro de lo Interior y Policía del Gobierno de Santana, lo que le llevó a hacerse santanista, esto es, conservador, pero como dijimos en el artículo anterior, entre los pequeños burgueses trinitarios los había que hoy eran liberales, mañana conservadores y al día siguiente otra vez liberales. A los dos años de desempeñar su cargo de ministro el conservador o santanista exliberal o trinitario general José Joaquín Puello había recapacitado y estaba pensando y actuando como lo que era; como un pequeño burgués trinitario, y como era hombre de acción, cualidad propia en un militar, empezó a conspirar contra el Gobierno que mantenía en el destierro a los jefes trinitarios. Santana, que fue informado de lo que pensaba y hacía su ministro de lo Interior y Policía, se presentó en su casa y lo hizo preso. Dos días después los hermanos Puello y sus desconocidos compañeros caían ante un pelotón de fusilamiento.

La ejecución de los hermanos Puello y sus compañeros habría sido aleccionadora para algunos dominicanos si en aquellos años hubiera habido en el país conocimiento de lo que son las clases sociales, de las luchas que se dan entre ellas y de las causas y efectos de esas luchas, pues de haberse conocido esos aspectos de la vida de los pueblos alguien habría llegado a la conclusión de que el sector social que mantenía el poder político no estaba gobernando un país poblado nada más por

hateros sino que además de los hateros que controlaban el aparato del Estado había una pequeña burguesía comercial y otra productora de tabaco que se hallaban en expansión y dada su condición de clase no podían abandonar la lucha contra los hateros, una lucha que provocaba conspiraciones como la del general Puello, que era miembro muy importante del Gobierno, lo que indicaba que esa lucha había penetrado hasta el corazón mismo del poder hatero, y si había llegado allí se debía a que la pequeña burguesía estaba jugando un papel de categoría histórica: el de desplazar del poder y derrotar con las armas a los hateros como lo haría en la Guerra de la Restauración.

V

La lucha de pequeños burgueses contra hateros y de estos contra aquéllos estallaba en crisis que se mantenían a nivel personal de las cuales eran ejemplos destacados el destierro de los trinitarios, los fusilamientos de María Trinidad Sánchez, de los hermanos Puello y de dos de sus amigos, pero en un caso, por lo menos, una crisis personal pasó a ser política; se trata de la que convirtió a Tomás Bobadilla en enemigo de Santana. Bobadilla no era un pequeño burgués a quien Santana podía fusilar sin que su fusilamiento tuviera consecuencias serias para la vida política nacional porque se trataba de un personaje influyente, tanto, que su firma fue la primera en el manifiesto del 16 de enero de 1844 —en el cual se invitaba al Pueblo a rebelarse contra el Gobierno haitiano—; fue el primer presidente de la Junta Central Gubernativa y por indicación del propio Santana había sido elegido tribuno, cargo equivalente al de los actuales diputados.

La influencia política de Bobadilla era mucha si la medimos tomando en cuenta la limitada población de la capital del país donde se debatían los problemas del naciente Estado, y pesaba tanto en los círculos hateros como en el de los pequeños burgueses. Esa influencia mantenida a la vez en dos grupos que se oponían entre sí se explica porque para llevar a cabo sus planes de creación de un Estado soberano que ejercería su poder sobre el territorio de la antigua parte española de

la isla, los trinitarios tuvieron necesidad de convenir una alianza con los hateros debido a que si estos no le retiraban su apoyo al Gobierno haitiano sería muy difícil alcanzar la meta que se habían propuesto, y al poner en práctica esa alianza los jefes trinitarios se dieron cuenta de que Tomás Bobadilla era hombre dotado de condiciones políticas apreciables gracias a las cuales pasó a ser estimado por ellos.

La realidad social dominicana les imponía a los trinitarios la alianza con los hateros porque dada la enorme debilidad del aparato productivo de la antigua porción española de la isla no había, ni podía haberlo en mucho tiempo, un desarrollo de clases que produjera por sí solo una clase revolucionaria como la hubo en la parte francesa. Allí esa clase había sido la que formaban los esclavos, totalmente antagónica de la que formaban sus amos, y además consciente a plenitud de que sus enemigos no consentirían de ninguna manera en declarar a los esclavos hombres libres y ni siquiera en aliviar aunque fuera en proporción mínima la atroz explotación a que los tenían sometidos. La verdad es que se necesitaban condiciones poco comunes para percibir en un medio tan atrasado en todos los órdenes como era la sociedad dominicana de aquellos años la necesidad de forjar una alianza entre trinitarios y hateros, y lo cierto es que los primeros no podían ir solos al enfrentamiento con el poder haitiano, que para 1838-1844 era varias veces superior a las fuerzas que podían movilizar los trinitarios; sin embargo los trinitarios percibieron lo que no era fácil de ver y se aliaron con los hombres que tenían el poder social, la autoridad sobre el Pueblo. Esos hombres eran los hateros, de entre los cuales iba a salir el primer jefe militar y político de la futura República Dominicana; es decir, Pedro Santana.

Pedro Santana era antihaitiano, tal vez entre otras razones porque el lugar donde nació —Hincha— había pasado a ser territorio de la República de Haití antes de que el resto de la

antigua parte española quedara integrado a esa república, pero no era patriota puesto que de haberlo sido no habría encabezado el movimiento de la anexión a España; era un general que sabía mandar hombres en una batalla y tenía una fuerte conciencia del poder que proporcionaba el mando militar, pero no era un tirano. Lo determinante en la conducta de Santana era su instinto de clase, un instinto tan poderoso que lo llevaba lo mismo a ser coronel de la Guardia Nacional creada por el Gobierno haitiano como a ser vocal del consejo de notables del Seibo, es decir, a ser funcionario militar y civil de ese gobierno, como a ser de buenas a primeras personaje decisivo en la expulsión del poder de Haití y primer y tercer presidente de la República Dominicana, títulos a los que renunció sin que lo obligara a hacerlo un poder superior al suyo, pero antes y después de haber sido lo que fue era y seguía siendo hatero porque la fuente de su poder estaba en su posición de clase, que no variaba a causa de los cambios políticos.

A Santana le resultaba fácil deshacerse de un enemigo político; para lograrlo sólo necesitaba tener una razón que le permitiera acusar a ese enemigo de conspirar contra la estabilidad del Estado y pedir que se le juzgara y se le condenara, pero como no tenía idea de lo que era una lucha de clases atribuía los hechos de sus enemigos a malquerencia de tipo personal y se cansaba de mantener una lucha que no cesaba nunca porque las medidas con que la enfrentaba no le ponían fin.

Seguramente para los primeros meses de 1848 no había trinitarios en tanto corriente política que pudiera llamarse así, y lo decimos porque los líderes trinitarios estaban en el destierro y a la vez sus seguidores no habían sido organizados en un partido; pero había antisantanismo, y como a los partidarios de Santana se les llamaba conservadores, a los antisantanistas se les conocía como los liberales, y la simpatía de la gente del Pueblo, y con ella la de la pequeña burguesía,

se desplazaba hacia los liberales a causa de que la economía del país andaba manga por hombro a tal punto que desde el año anterior la moneda dominicana había empezado a perder valor y acabó tan abajo que llegó a 250 pesos por un peso fuerte o de plata.

El descrédito del Gobierno descendió a tales niveles que el 4 de agosto de 1848 Santana renunció a la presidencia de la República, esto es, cuatro años antes de que terminara el segundo período porque, como se recordará, había sido elegido para el cargo por dos períodos consecutivos. Las funciones de gobierno pasaron a ser desempeñadas por el Consejo de Secretarios de Estado o Ministros, llamados así debido a que la Constitución de 1844 denominaba a esos funcionarios indistintamente en las dos formas, y el 8 de septiembre el mismo Consejo eligió presidente al ministro de Guerra y Marina, general Manuel Jimenes, trinitario conocido, de manera que la lucha entre hateros y trinitarios (o conservadores y liberales) había pasado al nivel más alto del aparato del Estado y en esa altura había provocado una crisis política de carácter nacional.

VI

De dos presidentes de la República que no nacieron en el país, el primero fue Manuel Jimenes y el segundo Pepillo Salcedo. Jimenes había nacido en Cuba y Salcedo en España, y los dos vinieron a la antigua parte española de la isla de Santo Domingo desde Cuba, donde habían estado viviendo sus padres. Al entrar en los años de la adultez Salcedo se dedicó en la región norteña al corte de madera, actividad típicamente precapitalista, y Jimenes se había dedicado en la Capital a producir algún tipo de bebida, no sabemos cuál pero es probable que fuera aguardiente, que consiste en alcohol diluido en agua, porque en esos tiempos en el país nadie tenía capital de inversión en la cantidad de dinero necesaria para hacer ron y además la población capaz de consumir ese tipo de bebida era tan escasa que su producción no podía ser un negocio rentable. Lo que acabamos de decir indica que Manuel Jimenes era un pequeño burgués de la capa alta.

A pesar de que era un ministro del Gobierno de Pedro Santana, y nada menos que el de Guerra y Marina, Manuel Jimenes había empezado su vida política y militar como febrerista, es decir, trinitario, que era la posición que le correspondía dada su condición de pequeño burgués, y como tal había participado en la conspiración del 27 de Febrero, pero no en la Puerta del Conde porque se le encomendó trasladarse a Monte Adentro, un paraje que se hallaba en el

camino de la Capital a Los Llanos, cuyos pobladores eran conocidos prohaitianos de la región del Este. No hay datos que indiquen qué hizo Manuel Jimenes en Monte Adentro o en otros lugares, pero es el caso que se le dio rango de general y Santana confió en él al punto de llevarlo a un Ministerio tan importante como el que ocupó, pero además parece que entre los candidatos a sucederle Santana aceptó que el mejor sería Jimenes.

De ser cierto, y en vista de que los hechos del presidente Jimenes dicen a las claras que aunque santanista no dejó en ningún momento de ser trinitario, hay que llegar a la conclusión de que en el caso concreto de las relaciones entre el conservador Pedro Santana y el trinitario Manuel Jimenes la lucha de clases de hateros contra pequeños burgueses y de estos contra aquéllos quedó enmascarada, encubierta durante algún tiempo, y si fue así (y todo indica que lo fue) hay que admitir que hubo un plazo, en medio del tiempo transcurrido desde el fusilamiento de María Trinidad Sánchez al terminar el mes de febrero de 1845 hasta algunos meses antes del de los hermanos Puello ocurrido a fines de 1847 (un paréntesis que pudo haber sido de dos años) en el que esa lucha había perdido intensidad, pero la había recobrado a tal punto que les costó la vida a los Puello.

¿Qué hecho provocó la pérdida de intensidad en la lucha de pequeños burgueses y hateros y cuál otro desató la reanudación de esa lucha?

Tiene que haber sido la situación económica y algún cambio violento en ella. No hay datos históricos dominicanos que den indicios de una crisis en los años 1845 y 1846. En varias lenguas se afirma que cuando no hay noticias es porque todo marcha bien, y si la economía del país no fue mala en esos dos años, la lucha de clases entre pequeños burgueses y hateros tenía que amenguar para reanudarse con vigor

tan pronto la economía entrara en crisis como sin duda sucedió en los últimos meses de 1847.

Lo que nos autoriza a pensar como acabamos de decir son, en primer lugar, unas cuantas líneas de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, el notable estudio de Carlos Marx sobre los hechos a que se refiere ese título, y en segundo lugar, la renuncia del general Pedro Santana a la presidencia de la República. Marx describió la crisis económica por la que atravesaba Europa en esos días diciendo que “el otro gran acontecimiento económico que aceleró el estallido de la revolución (la llamada de Febrero de 1848) fue una crisis general del comercio y de la industria de Inglaterra”... que... “estalló, por fin, en el otoño de 1847, con las quiebras de los grandes comerciantes en productos coloniales de Londres, a las que siguieron muy de cerca las de los bancos agrarios y los cierres de fábricas en los distritos industriales de Inglaterra”.

Esa crisis tuvo necesariamente que reflejarse en la República Dominicana porque Inglaterra era en esos años el país que encabezaba el corto número de los del capitalismo en auge; era el de mayor desarrollo industrial y su comercio se hallaba tan extendido como lo estaba por todo el mundo el llamado Imperio Británico; a tal extremo era así que su moneda, la libra esterlina, era la más fuerte de la Tierra; sus territorios coloniales se extendían por América, con Canadá y varios lugares del Caribe; por África, donde ocupaba millones de kilómetros cuadrados desde Egipto hasta Sudáfrica; por Asia, donde su poderío dominaba toda la India, país tan grande que de él saldrían en este siglo Pakistán y Bangladesh y seguiría siendo enorme; por Australia y Nueva Zelanda. En suma, Inglaterra ocupaba a mediados del siglo pasado la cuarta parte del globo terráqueo y mucho más de la cuarta parte de la población; y naturalmente, una crisis económica inglesa

afectaba a todo el mundo incluyendo a un país lejano, pequeño y pobre como era la República Dominicana.

La crisis mundial de 1848 iba a reanudar la intensidad de la lucha de clases hatero-pequeño burguesa encarnada en dos figuras militares y políticas, esto es, Pedro Santana y Manuel Jimenes; primero, porque el 26 de septiembre, dos semanas después de haberse hecho cargo del Gobierno, el general Jimenes decretó una amnistía para los trinitarios a quienes Santana había desterrado, y segundo, porque disolvió una parte importante de las fuerzas militares que habían sido organizadas por Santana, dos medidas que provocarían el resentimiento del jefe hatero. Al parecer, el presidente Jimenes no se daba cuenta de que Santana era un enemigo que no le demostró su enemistad mientras fue un jefe político y militar debido a que cuando Jimenes fue su subordinado no significaba ningún peligro para lo que él representaba dado que como ministro y como general hizo lo que Santana ordenaba. Pero la situación había cambiado desde que el 26 de septiembre de 1848 Manuel Jimenes pasó a actuar como un trinitario, y para Santana, que tenía un fuerte instinto de clase, trinitario quería decir enemigo.

VII

El presidente Jimenes tenía seis meses en su cargo de jefe del Estado cuando el emperador Faustino Soulouque se lanzó, con grandes fuerzas militares, a la reconquista del territorio dominicano. Carecemos de datos históricos pormenorizados sobre la situación de Haití en los primeros meses del año 1849 que nos permitan identificar las causas de esa acción del Gobierno haitiano, pero en vista de que las tropas de Soulouque cruzaron la frontera de nuestro país el día 9 de marzo nos sentimos autorizados a pensar que esa operación militar había sido planeada por lo menos con dos meses de anticipación, es decir cuando finalizaba el mes de diciembre de 1848, y de haber sido así hay que atribuir la decisión de invadir nuestro país a los efectos deprimentes que estaba dejando en la economía haitiana la crisis que Marx describió en pocas palabras en *Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850*. El recurso de crear un estado de guerra, con el cual se justificaba un ejercicio dictatorial del poder político, le venía muy bien a un gobierno encabezado por Faustino Soulouque, sobre todo si los métodos dictatoriales que se pusieran en juego estaban justificados, además del estado de guerra, por las perspectivas de ocupar las tierras dominicanas, abundantes y muy fértiles, en las cuales podían hallar medios de vida todos los haitianos que fueran capaces de hacerse una imagen de un futuro mejor que el que les ofrecía su país.

El ejército de Soulouque atacó por la región del Sur y antes de un mes, es decir, al comenzar el mes de abril (1849) había tomado San Juan de la Maguana y Azua. Fuerzas dominicanas comandadas por Antonio Duvergé combatieron contra los invasores en El Número pero no pudieron detenerlo, y cuando las noticias de lo que estaba sucediendo llegaron a la Capital, la lucha de clases de pequeños burgueses contra hateros, brotó de los sitios donde había permanecido oculta, y lo hizo con la fuerza que le comunicaba el miedo de que el país volviera a caer bajo el Gobierno haitiano. En ese momento los abanderados en la lucha serían los hateros, entre los cuales los más numerosos debían ser los de las capas más altas de la pequeña burguesía porque eran los que podían resultar más perjudicados por un gobierno haitiano decidido a usar el poder del Estado en favor de los soldados y oficiales del ejército invasor.

Al presentarse ese estado general de miedo y confusión les surgió a las capas superiores de la pequeña burguesía, la alta y la mediana, un representante que iba a desempeñar un papel de primera categoría en la historia nacional. Fue Buenaventura Báez, presidente del Congreso, quien resueltamente se lanzó a reclamar que el Gobierno llamara al general Pedro Santana para ponerlo al frente de fuerzas que acudieran en el acto a detener el avance de las tropas haitianas antes de que éstas llegaran a las puertas de la Capital. Todavía en ese momento la figura política de Báez era insignificante y por tanto el Pueblo no la veía; a quien veía era al presidente Jimenes que se oponía a que se le diera al general Santana el mando militar de un ejército importante, lo que en fin de cuentas venía a ser una batalla en el seno de la pequeña burguesía que acabó ganando Báez porque el Congreso llamó a Santana y Santana derrotó al ejército haitiano en la batalla de Las Carreras.

La victoria militar de Pedro Santana en Las Carreras era a la vez una victoria política de Buenaventura Báez aunque ésta quedara opacada por la de Santana, que naturalmente tenía aspectos espectaculares de los cuales carecía la de Báez, pero sucedía que esas dos victorias coincidían con la derrota del general Jimenes, a quien el ascenso de Santana al aprecio de la mayoría de los dominicanos lo dejaba totalmente huérfano de la estimación de esa mayoría. El resultado de esos movimientos de lo que usando palabras de hoy podemos calificar de opinión pública, aunque de hecho ésta no tenía vigencia en esos años de la historia nacional, fue la caída de una figura militar y política que había representado en un momento dado una alianza de hateros y pequeños burgueses —y tal vez sería más correcto decir, en vez de alianza, una reconciliación de esas dos representaciones de sectores sociales del país— y el resurgimiento de otra que iba a representar, al menos en su primera fase, a las dos capas superiores de la pequeña burguesía, y mientras tanto Pedro Santana seguía siendo la encarnación política y militar de los hateros, un sector social que estaba sustituyendo a la inexistente clase terrateniente en el papel de clase dominante del país; clase dominante que había sido, y lo sería de nuevo, clase gobernante a pesar de que se hallaba en declinación desde que el Gobierno de Jean Pierre Boyer declaró abolida la esclavitud en la antigua parte española de la isla de Santo Domingo.

Es un hecho curioso que el personaje llamado a aniquilar la imagen política y militar del presidente Jimenes y a hacer lo contrario con la figura política de Buenaventura Báez fuera Pedro Santana, el vencedor de Las Carreras, esa batalla que jugó un rol tan importante en la historia del país, y resulta tanto más curioso si sabemos que Santana representaba un poder social que fue dominante a lo largo de dos siglos y medio pero estaba llamado a ser sepultado, como lo fue, con

el hombre que lo encarnó políticamente y militarmente durante los diecisiete años de la Primera República.

El avance de Soulouque sobre la Capital conmovió al país y la victoria de Las Carreras rehabilitó a Santana, pero sólo en apariencia porque al reanudarse inmediatamente después de esa batalla la lucha entre Santana y Jimenes, es decir, entre hateros y pequeños burgueses, lo que se iniciaba en realidad era una lucha entre lo que representaban Báez y Jimenes dentro de las diferentes capas de la pequeña burguesía, y en esa lucha venció Báez gracias a que Santana lanzó sobre la Capital el ejército vencedor de Las Carreras para echar del poder a Jimenes porque éste había decretado la destitución del jefe hatero de su mando militar. Las tropas de Santana avanzaron hacia la Capital; el avance provocó un combate que terminó en el incendio de San Carlos y la entrada de Santana y su ejército en la ciudad de Santo Domingo. Esta fue tomada el 30 de mayo de 1849. El día anterior había embarcado hacia Curazao el ex-general y ex-presidente Manuel Jimenes y a partir de ese momento el lugar que él había tenido en la jefatura de la pequeña burguesía nacional pasaría a ser ocupado por Buenaventura Báez.

VIII

Buenaventura Báez, hijo de una esclava liberta y de un negociante en madera tenía condiciones excepcionales para jefe político y las usó con frialdad y sin escrúpulo de ningún género. Fue él quien desde la presidencia del Congreso le dio apoyo a Pedro Santana para que tras la toma de la Capital, ocurrida el 30 de mayo de 1849, tomara también la presidencia de la República. Desde ese alto cargo Santana mantuvo su lucha de hatero contra los pequeños burgueses liberales, a muchos de los cuales encarceló y a otros desterró, pero los planes de Santana no eran seguir en la posición de jefe del Estado sino mantener bajo su control la fuerza militar del país y que otro desempeñara las funciones de presidente en las cuales había que prestar mucha atención a las actividades políticas de amigos y enemigos, tarea para la cual el vencedor de Las Carreras no estaba preparado. Para lo que Pedro Santana tenía condiciones naturales era para el mando militar porque en ese campo nadie discutía sus órdenes; todos sus subalternos las obedecían sin pedir aclaraciones o enmiendas, y eso explica que tan pronto empezó a desempeñar la presidencia de la República convocó a elecciones que tuvieron efecto el 5 de julio, esto es, apenas treinta y cinco días después de la toma de la Capital. En esas elecciones resultó elegido presidente el candidato que Santana había recomendado, Santiago Espaillat, pero sucedió que

Espaillet se negó a ocupar el cargo y hubo que convocar a elecciones otra vez. En ellas, celebradas el 5 de agosto, fueron elegidos delegados que siguiendo recomendaciones de Santana, eligieron presidente a Buenaventura Báez y Báez tomó posesión de su cargo de jefe del Estado el día 24 de septiembre de ese agitado año 1849.

En cualquier tipo de sociedad quien tiene el control del poder es quien controla la fuerza militar, de manera que para Báez no podía ser fácil ejercer la autoridad del Gobierno mientras Santana fuera jefe del Ejército; pero Santana vivía en su propiedad campesina de El Seibo y Báez se las arregló para tomar medidas que no habría podido tomar si Santana hubiera estado en la Capital; una de ellas fue amnistiar a los que Santana había condenado al destierro en los pocos meses en que ejerció funciones presidenciales en 1849 y otras fueron poner en práctica decisiones favorables a los grupos liberales, esto es, pequeños burgueses, lo que equivale a decir que no hizo un gobierno de corte hatero si bien se cuidó mucho de provocar un rompimiento entre él y Santana, pero aunque no llegara al rompimiento con el jefe militar del país, éste decidió sustituirlo cuando terminaran los cuatro años de gobierno que le correspondían, lo que sucedió en el mes de febrero de 1853.

Báez sustituyó a Santana, pero no podía detener la lucha de clases entre pequeños burgueses y hateros y Báez había acabado convirtiéndose en el líder de las dos capas más altas de la pequeña burguesía, con lo que en los hechos, aunque ésa no fuera su intención, el político sin principios que era Buenaventura Báez acabó sustituyendo en la dirección de la pequeña burguesía nada menos que a Juan Pablo Duarte, que fue quien la organizó con fines patrióticos en la Trinitaria, y a Manuel Jimenes, que la encabezó en los pocos meses de duración de su gobierno.

La lucha hatera-pequeño burguesa presentó una derivación porque había llegado adonde nadie lo esperaba: al sacerdocio católico, que en esos años representaba, pero sólo por inercia, los valores más conservadores de una sociedad de tradición religiosa como lo era la dominicana; y decimos que por inercia porque en varios países de América había habido sacerdotes que lucharon por la independencia, unas veces desde el púlpito y la cátedra, como fue el caso del Padre Valera en Cuba y de Gaspar Hernández entre nosotros, y en ocasiones con las armas en la mano, como lo hicieron Hidalgo y Morelos en México. Al tomar el poder Santana decidió aniquilar a un grupo de sacerdotes a quienes él acusaba de baecistas y se enfrentó al arzobispo, doctor Tomás de Portes e Infante, episodio que figura en el folleto II (dos) de los titulados *Perfil político de Pedro Santana* de la Colección de Estudios Sociales, pero además ordenó la expulsión de tres sacerdotes y a seguidas hizo público un manifiesto de acusaciones contra Buenaventura Báez tras lo cual desterró al expresidente para quien él mismo había pedido cuatro años atrás los votos que lo habían hecho jefe del Estado.

Santana no podía darse cuenta de que Báez representaba una fuerza social, y mientras esa fuerza social existiera, alguien, fuera Báez o fuera otra persona, tenía que representarla en el orden político, pero además, esa fuerza social estaba en ascenso y en expansión y nadie podía evitar que ascendiera y se expandiera porque la formación del Estado dominicano provocaba en países como Inglaterra, Francia, España y Estados Unidos, interés de participar en negocios con los comerciantes de ese nuevo Estado, y los comerciantes dominicanos presionaban al Gobierno de Santana, como lo harían con cualquier otro, para que las relaciones comerciales entre esos países y el nuestro fueran cada vez más amplias debido a que a una mayor amplitud correspondían mayores beneficios para los comerciantes nacionales.

El interés de aumentar esos beneficios era el motor que impulsaba el movimiento liberal encarnado en la pequeña burguesía dominicana, especialmente la mercantil en sus capas alta y mediana, y esa pequeña burguesía mercantil arrastraba consigo a otros pequeños burgueses, como los artesanos, los sastres, los zapateros, los talabarteros, los ebanistas, los pequeños agricultores, sobre todo los productores de tabaco y café, los pequeños ganaderos que vendían vacas y cerdos en Curazao y los dueños de balandras que traían de Santomas y Curazao lo que compraban en esas islas los comerciantes importadores dominicanos y llevaban a ellas lo que vendían allá los pocos exportadores de nuestro país.

En la organización política de los países con los cuales hacía negocios, la pequeña burguesía nacional veía un modelo a seguir porque creía que si esos países habían progresado, y en ellos había riquezas que manejaban comerciantes y banqueros, se debía a esa organización que ellos aspiraban a imitar aquí, y la verdad era lo contrario; que habían llegado a ese grado de organización política y social porque a lo largo de los siglos sus pueblos habían creado esas riquezas de las cuales acabaron adueñándose los menos que pasaron a explotar a los más.

IX

El poderoso instinto de clase de Pedro Santana lo lanzaba con la fuerza de una catapulta contra esa pequeña burguesía que mediatizaba su poder, y lo hacía personificándola en Báez que pasó a convertirse en la encarnación de todos sus enemigos porque él —Santana— no tenía conciencia de lo que él representaba y mucho menos de lo que representaba Báez, como la tuvo de lo que representaron Manuel Jimenes y los líderes trinitarios. Báez salió del país, pero lo hizo después que se divulgó la noticia de su expulsión, decretada por Santana, medida que iba a llevar la lucha entre hateros y pequeños burgueses al mayor grado posible de enconamiento. Después de esa expulsión Báez pasaría a tratar a Santana como un enemigo mortal y le pagaría el destierro con la misma moneda.

Para compensar la expulsión de Báez con una concesión a la pequeña burguesía liberal, Santana convocó a elección de delegados que tendrían a su cargo la redacción de una Constitución más liberal que la de 1844, pero una vez terminado su trabajo y promulgada la Constitución, hecho que se produjo el 25 de febrero de 1854, los constituyentes y la pequeña burguesía representada por ellos se enteraron de que Santana pedía una Constitución distinta porque con ésa él no podía gobernar; y la verdad es que ni con ésa ni con ninguna otra podría Santana desempeñar las funciones presidenciales con los métodos hateros, que eran los suyos, porque la expansión

de la pequeña burguesía y su necesidad de abrirse paso hacia una organización social que le permitiera ascender económicamente hacia niveles burgueses, aunque esa necesidad no estuviera claramente expuesta en su mente, formaban una fuerza indetenible que Santana no lograba identificar ni podía destruir, si bien el poder de Santana era tan grande que se les impuso a los senadores y los diputados y consiguió que se redactara una nueva Constitución, la de diciembre de ese año 1854, en la cual las dos Cámaras que formaban el Congreso quedaron reducidas a una de sólo 7 miembros cuyas atribuciones eran discutir y aprobar proyectos de leyes, pero nada más, durante tres meses cada año, y durante los nueve restantes todo el poder del Estado quedaba resumido en la persona del presidente de la República, o dicho de otro modo, en el general Pedro Santana.

De hecho, la Constitución de 1854 le confería a Santana más poder que la de 1844, lo que naturalmente tenía que causar mucha irritación entre los pequeños burgueses liberales, cuyas dos capas superiores, como hemos dicho, tenían por líder a Buenaventura Báez; esa irritación se convertía en un factor político perjudicial para Santana porque entre los países que aspiraban a establecer con el nuestro relaciones beneficiosas para ellos estaban Estados Unidos y España, el primero por razones comerciales y la segunda porque del imperio que tuvo en el Nuevo Mundo le quedaban sólo dos islas, Cuba y Puerto Rico, y el territorio dominicano le había sido arrebatado hacía nada más treinta y dos años sin que los gobiernos españoles de esa época supieran ni cómo ni por qué lo había perdido España. Por su parte, Santana estaba haciendo establecer con la antigua metrópoli relaciones privilegiadas con lo cual creó en Madrid la ilusión de que lo que había sido la parte española de la isla de Santo Domingo podría convertirse en un elemento fortalecedor del poder de España en Cuba y Puerto Rico.

Los historiadores nacionales le achacan al cónsul de España en el país, Antonio María Segovia, la responsabilidad de haber inventado y aplicado la política de la “Matrícula”, palabra con la cual se aludía a un libro de inscripción puesto en uso por el cónsul Segovia en el cual se anotaban los nombres y los datos de nacimiento y generales —edad, sexo, oficio, dirección— de todos los dominicanos que decidían hacerse españoles y en esa calidad podían reclamar en cualquier momento la protección del cónsul y de las autoridades españolas. Como es natural, el cónsul Segovia no estaba en capacidad de poner en práctica una medida de esa importancia sin autorización de su gobierno, y su gobierno la adoptó dado que con ella convertía de hecho a la República Dominicana en una dependencia de España si los dominicanos que tenían peso en la opinión del país se declaraban españoles.

El plan tuvo mucho éxito porque en poco tiempo los pequeños burgueses liberales más militantes —que eran los baecistas— se habían inscrito en el Consulado ibérico y en condición de ciudadanos de España pasaron a ser intocables para las autoridades santanistas las cuales dedicaban mayormente su atención a la guerra contra las fuerzas del emperador Soulouque que desde fines de 1855 habían invadido de nuevo el país.

El hecho de que hubiera dominicanos, que además eran baecistas, a quienes él no podía enviar a los campos de batalla a combatir a los haitianos, tenía que ser algo demoledor para el general Santana. Pedro Santana había traído a la vida una capacidad de mando militar que desarrolló en las guerras contra Haití, pero no era un político y seguramente le habría resultado muy difícil enfrentar al Gobierno español que sin ninguna duda estaba violando los principios en que se basaban las relaciones entre dos Estados soberanos al declarar ciudadanos españoles a hombres que eran dominicanos por razones

de nacimiento y en la mayoría de los casos eran hijos de padres dominicanos, y que además vivían en territorio dominicano y por tanto sus vidas se regían por las leyes del país.

La puesta en práctica de la política española que en la historia nacional se conoce con el nombre de la Matrícula fue un golpe que anonadó a Pedro Santana; lo afectó a tal punto que en vez de actuar como acostumbraba hacerlo cuando se hallaba ante un problema político, que era ejerciendo el poder militar, decidió abandonar el Gobierno y así lo hizo el 26 de mayo de 1856, día que renunció a la presidencia de la República. Su puesto fue ocupado por el vicepresidente, también general Manuel de Regla Mota, mientras él se dirigía a la finca El Prado donde tenía una “casa nueva de quince varas de largo y seis y media de ancho, entinglada de tablas de palmas y dos cuartos con su soberado elevado, cinco puertas y seis ventanas, todas de caoba”, según declaró en su primer testamento el vencedor de Las Carreras.

X

En el año 1856 hicieron crisis los muchos errores que en materia monetaria habían estado cometiendo los gobiernos dominicanos, y sobre todo el de Jimenes, el de Báez y el último de Santana, que hicieron emisiones de billetes sin ningún respaldo, y lo que es peor, en ciertos casos sin que se supiera a cuánto llegaban tales emisiones como sucedió, por ejemplo, con la que autorizó el 17 de mayo de 1853 el Congreso Nacional, en la que se le daba potestad al Gobierno, que en esa ocasión estaba encabezado por el general Santana, para que hiciera “fabricar la suma que crea necesaria en billetes de caja de 1,2,3,20 y 40 pesos con el destino especial y único de sustituir el papel moneda que actualmente circula”.

A la cadena de errores de ese tipo, que son un reflejo del desorden creado en la administración de los asuntos del Estado por la lucha constante de pequeños burgueses contra hateros y viceversa, hay que agregar la falsificación de billetes nacionales hecha en Estados Unidos por dos comerciantes de la Capital en combinación con comerciantes norteamericanos. Ese episodio lo cuenta César A. Herrera en su libro *Las Finanzas de la República Dominicana* (Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1955, Tomo I, pp.28-9) y al contarlo refiere que para hacerle frente a la situación creada por los billetes falsificados el Gobierno tuvo que suspender la circulación de sus billetes de 5 pesos, probablemente porque esa medida

dejaba circulando los falsos, que eran todos de 5 pesos. De pasada diremos que uno de los dos comerciantes acusados de haber organizado la falsificación organizó también, con la participación de otra persona, una sublevación de los presos de la cárcel pública, y por esa causa, “aunque su condena había sido de prisión perpetua, fue fusilado el 22 de septiembre de 1855, a las 5 de la tarde”, dice Herrera.

La abundancia de pesos nacionales fue tan grande que esos pesos perdieron prácticamente su valor como signos monetarios y para mediados de 1856, cuando el vicepresidente Manuel de Regla Mota pasó a presidir el país, el Gobierno se hallaba en estado de quiebra económica tan fuerte que no podía pagar ni la comida de los soldados y la opinión pública reclamaba que volviera al poder Buenaventura Báez, lo que en términos políticos significaba que la mayoría de los dominicanos habían pasado a ser partidarios de un gobierno de pequeños burgueses, o dicho de otro modo, pedían un gobierno liberal.

Debemos decir que además de las causas puramente dominicanas de la crisis, en la situación de 1856 debió jugar algún papel una violenta recesión que se presentó en Estados Unidos entre los meses finales de 1854 y el verano de 1855 porque de una manera o de otra la economía de los países capitalistas los intercomunicaba a todos ellos y un vaivén en la de Estados Unidos afectaba a Inglaterra, a Alemania, a Francia, donde se hallaban los principales mercados compradores de nuestro tabaco y de algún que otro renglón dominicano de exportación.

Precisamente, en el 1854 se había sublevado en España una parte del Ejército y el jefe de esa sublevación era el general Leopoldo O'Donnell, que había sido el jefe militar y político de Cuba con el rango de Capitán-General, desde 1844 hasta 1848, esto es, durante los primeros cuatro años de vida

de la República Dominicana, hecho político y militar que debió despertar mucho interés en él, militar de profesión y político por inclinación.

¿Qué papel jugó el general O'Donnell en las actividades que llevó a cabo el cónsul español Antonio María Segovia?

No lo sabemos, pero conviene advertir que de 1854 a julio de 1856 el general O'Donnell fue ministro de la Guerra y desde ese cargo podía ejercer influencia sobre los ministros de Ultramar y de Estado que eran los que trataban en el Gobierno español los asuntos correspondientes a la República Dominicana, y esa influencia pudo haber sido usada para que se nombrara cónsul de España en nuestro país al señor Segovia; pero además debemos explicar que Segovia no era un improvisado ni cosa parecida. Emilio Rodríguez Demorizi afirma en su obra *Relaciones dominico españolas* (Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R.D., 1955, nota en la página 255) que había sido militar y dejó esa profesión para hacerse periodista; que fue “miembro de la Academia de la Lengua y de la de Bellas Artes”; que “dejó diversos escritos literarios, cuya reseña puede verse en la *Enciclopedia Espasa*, vol. 54. Era Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica; Caballero de la Real y Distinguida de Carlos III; oficial de la Legión de Honor de Francia”. El cónsul Segovia era un personaje y todo indica que al actuar como lo hizo en nuestro país cumplía instrucciones de su gobierno.

En ese año 1856 era presidente de Estados Unidos Franklin Pierce, en cuyo programa figuraba la compra de Cuba. A ese propósito se oponían los políticos españoles y de manera especial O'Donnell, que se había vinculado con los oligarcas esclavistas de la isla antillana desde que fue capitán general de esa posesión española y por órdenes suyas entraron de contrabando muchos miles de esclavos africanos en violación del tratado de 1835, acordado entre Inglaterra y España,

en virtud del cual había quedado prohibida la venta de esclavos en territorios españoles; ese contrabando se hacía al precio de una onza de oro por cabeza pagada por los dueños de ingenios azucareros, dinero que no llegaba a las arcas del Estado español pero sí a los bolsillos del capitán general Leopoldo O'Donnell. Pero además de su pretensión de comprar la isla de Cuba, Pierce se proponía establecer una base naval en Samaná, lo que alarmaba a los políticos españoles debido a que la República Dominicana ocupaba un lugar muy valioso como punto desde el cual podían ser defendidas militarmente Puerto Rico y Cuba, las únicas posesiones que le quedaban a España en el que había sido su enorme imperio americano.

Por todo lo dicho pensamos que el cónsul Segovia había sido enviado a nuestro país a cumplir una misión muy importante, y que la cumplía con más vigor desde que el general O'Donnell pasó a ser jefe del Gobierno español en julio de 1856.

XI

Napoleón III, emperador de Francia, se había casado en el año 1853 con Eugenia de Montijo, española, hija de familia noble, y a partir de ese matrimonio la política internacional francesa y la de España serían las de dos aliados, a tal punto que los gobiernos de los dos países actuaban de acuerdo lo mismo en la toma del territorio llamado hoy Viet Nam, donde operaron a la vez tropas francesas y españolas aunque la operación se hacía para que Francia ocupara ese país, que en la República Dominicana, donde sucedía lo contrario, esto es, que quien llevaba la dirección del plan era España. Por otra parte, en esos años la política extranjera de los gobiernos ingleses coincidían con la de Francia y la de España cuando la de los gobiernos franceses y españoles no era favorable a los intereses de Estados Unidos, país cuyo desarrollo industrial representaba una amenaza para el dominio económico que mantenía Inglaterra en todo el mundo.

Sabido lo dicho no es necesario explicar por qué al comenzar el mes de agosto de 1856 los cónsules de España, Francia e Inglaterra acreditados en la pequeña ciudad que era entonces la capital de la República Dominicana se pusieron de acuerdo para llevar a cabo un plan que aparentemente perseguía un entendimiento —conciliación, le llamaban sus autores— entre Báez y Santana; y usamos la palabra aparentemente porque creemos que lo que los señores cónsules se proponían no

era que los dos hombres que compartían la autoridad política sobre la población del país llegaran a un acuerdo sino todo lo contrario; que uno de ellos —Báez— aniquilara al otro —Santana—, y para lograr ese fin era indispensable que el primero volviera a la República Dominicana, algo que no podía suceder de ninguna manera si no se contaba de antemano con la aprobación de Santana.

Pero Santana apoyaba el plan de los tres cónsules porque el día 7 de agosto ellos le enviaban una carta a Báez, que pasaba su destierro en la pequeña isla de Santomas; y en esa carta le daba información acerca del plan “de olvido de pasados agravios” entre Santana y él, y le decían que el plan había sido aprobado por el Senado Consultor y el Gobierno de Manuel de Regla Mota, carta a la que Báez respondió con frases infladas de retórica política como ésta: “Acepto de lleno y sin restricción alguna la proposición del Senado y el Gabinete Dominicano que habéis anunciado tan dignamente: órganos vosotros de esa necesidad social, seréis al mismo tiempo, no lo dudo, firmes garantes de la fidelidad con que cada una de las partes debe llenar sus solemnes compromisos” (Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Buenaventura Báez*, Santo Domingo, 1969, pp. 126-7).

Nos atrevemos a pensar que quien escribió esa carta fue Antonio María Segovia porque ella tiene el aliento de un miembro de la Academia de la Lengua española y además porque está fechada el 16 de agosto (1856), y en esos días Segovia estaba en Santomas, adonde había ido para hablar con Báez a quien seguramente trataría de convencer —y sin duda lo convenció— de que el plan del Gobierno español, ése que había comenzado con la matriculación de gran cantidad de dominicanos como ciudadanos españoles, era llevarlo a él —a Báez— a la presidencia de la República. La carta pudo haber sido escrita también por Félix María

Delmonte, que acompañaba a Báez en Santomas y actuaba como secretario suyo. Delmonte era un escritor brillante, pero esa carta era un documento político que tenía la solidez de los poderes europeos representados por los tres cónsules a quienes iba dirigida, y lo característico del estilo con que fue escrita es la solidez, no el brillo.

Buenaventura Báez era un político que podía hablar de los principios como si creyera y se apoyara en ellos, pero lo cierto es que no los tomaba en cuenta; lo que hacía de él un caudillo era su astucia, su frialdad y su decisión a la hora de actuar. Báez sabía que Santana era una máquina de muerte que trituraba a todo el que se interponía en su camino, y él se había interpuesto en ese camino. En marzo del año anterior (1855) Santana había descubierto un complot organizado para derrocarlo. El descubrimiento les había costado la vida al general Antonio Duvergé y a su hijo Alcides, y el jefe político del plan era Báez, y aunque no lo hubiera sido, así lo creyó Santana y así lo había dicho en un manifiesto, lo que para Báez equivalía a tanto como si efectivamente él hubiera sido el autor y el jefe de ese complot.

Si en la carta dirigida a los cónsules que él firmó, Báez aceptaba volver al país, lo hacía porque estaba seguro de que al pisar tierra dominicana pasaba a tener una protección tan poderosa que Santana no podía desconocerla; y efectivamente, como los hechos se encargarían de demostrarlo, Santana no intentó siquiera ignorar esa protección; es más: todo indica que el vencedor de Las Carreras no alcanzó a darse cuenta de que el plan que estaba dirigiendo Segovia, cuya extensión probablemente no conocían los cónsules de Francia e Inglaterra, no terminaba con el retorno de Báez; que lo que hacía con ese retorno era empezar; por lo menos empezaba su parte final porque sin duda el primer paso fue la matriculación en el Consulado de España de los seguidores de Báez, medida con la

cual se convertían en ciudadanos españoles que no podían ser perseguidos por el hecho de ser adictos políticos de Báez.

El plan de Segovia no era suyo; era el producto de toda una intriga internacional de cuya importancia no se dieron cuenta ni los políticos dominicanos de la época en que fue puesto en funcionamiento ni los historiadores de entonces y de ahora. De ese plan fueron víctimas no sólo Pedro Santana y sus seguidores más cercanos, sino todo el Pueblo porque su aplicación iba a conducir nada menos que a la Anexión, ese episodio de la historia de nuestro país único en la de todos los que fueron dominios españoles en el Nuevo Mundo. La vigencia de ese plan y sus consecuencias se explican porque la dominicana no era una sociedad organizada como debía serlo para mantener funcionando un Estado nacional de tipo capitalista. En el cuerpo de esa sociedad lo que había era un amasijo de pequeños burgueses de todas las capas dirigido por una clase hatera que se hallaba en la etapa final de un proceso de liquidación llamado a terminar ocho años después.

XII

El último capítulo de *El Capital*, que es el LII (52) del tercer tomo, ocupa sólo página y media porque cuando lo escribió, Marx carecía ya de salud y fuerzas para terminarlo, y en él dice el padre del socialismo científico que “las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción”, son los “propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo”.

De seguro que Marx no tuvo tiempo para discutir con Engels a esa altura de su vida el tema de las clases, y lo decimos porque en su trabajo *Marx y la Nueva Gaceta del Rhin* (1848-1849), que escribió al comenzar el año 1884, Engels dijo que en Alemania, “para nosotros, Febrero y Marzo (de 1848) sólo podían tener el significado de una auténtica revolución siempre y cuando no fuesen el remate, sino por el contrario, el punto de partida de un largo movimiento revolucionario en el que (como había ocurrido en la gran Revolución francesa —paréntesis de Engels—) el Pueblo se fuese desarrollando a través de sus propias luchas, en la que los partidos se fuesen deslindando cada vez más nítidamente hasta coincidir por entero con las grandes clases —burguesía, pequeña burguesía y proletariado...”.

(Para explicar el hecho de que en la opinión de Marx aparezcan como la tercera gran fuerza los propietarios de tierras y

en la de Engels sean sustituidos por la pequeña burguesía debe tenerse en cuenta que al referirse a la Alemania de mediados del siglo XIX en *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*, Engels dice: “Entre aquella época y la de hoy [octubre de 1885, nota de JB], medía toda una generación. Entonces Alemania era un país de artesanía y de industria casera, basada en el trabajo manual; hoy es un gran país industrial”, y artesanía e industria casera son producciones típicas de la pequeña burguesía).

Obsérvese que Marx llamó al proletariado, al capitalista y al terrateniente “las tres grandes clases”, y repitió esa clasificación con las mismas palabras y también con las de “tres grandes grupos” en apenas 30 líneas de la página y media del capítulo que tituló “Las clases”, pero a seguidas aclaró que esa sociedad moderna a que se refería al hablar de las tres grandes clases sólo estaba desarrollada en Inglaterra, e Inglaterra era entonces, esto es, hacia el 1870 y tantos, la vanguardia mundial del capitalismo, a pesar de lo cual decía él: “Sin embargo, ni aquí [recuérdese que Marx vivía por esos años en Inglaterra, nota de JB] se presenta en toda su pureza esta división de la sociedad en clases. También en la sociedad inglesa existen estados intermedios y de transición que oscurecen en todas partes (aunque en el campo incomparablemente menos que en las ciudades) las líneas divisorias”.

Hablando con claridad, uno no puede leer esa clasificación de Marx sin preguntarse por qué no fueron mencionadas también la pequeña burguesía y el campesinado. La Revolución Rusa demostró que el campesinado pobre es una clase tan definida que Lenín se refirió muchas veces a la alianza de obreros y campesinos, y en cuanto a la pequeña burguesía, Marx se refirió a ella con frecuencia, desde el Manifiesto del Partido Comunista en el que él y Engels le llamaron a la pequeña burguesía capas medias, y aclararon que se trataba de “el

pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino”, hasta *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* y *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

¿Era que al decir que en Inglaterra había “estados intermedios y de transición” entre las “tres grandes clases” Marx estaba preparando al lector para referirse a la pequeña burguesía y a los campesinos pobres?

Tal vez, pero no podemos asegurarlo; lo que sí aseguramos es que en la República Dominicana de 1856, año en que Buenaventura Báez fue traído por el cónsul Segovia al país desde Santomas, donde se hallaba desterrado, no había proletariado porque no se conocía una sola industria, y si no había proletarios tampoco había burgueses, y por último los dueños de tierras eran propietarios porque ocupaban terrenos donde pastaban libremente sus reses, y el hecho de ser dueños de tierras y reses les daba una autoridad social respetada por todo el mundo, pero no les producía esos ingresos llamados la renta del suelo a que se refería Marx al describir la sociedad inglesa de 1870 y tantos.

En los años 1850-1860 la sociedad dominicana estaba compuesta por 30 mil familias de las cuales es difícil que llegaran a vivir en poblaciones 5 mil, y 5 mil familias eran un conjunto de 25 mil personas. Según los datos que enviaba a Londres el cónsul de Inglaterra Robert. H. Schomburgk, que había llegado al país en enero de 1849, en 1851 en La Vega había sólo 360 casas y bohíos; en Moca había 830 habitantes, en Santiago 3 mil 222; en Puerto Plata 2 mil; en San José de Las Matas 234; en San Francisco de Macorís 800; en Sabaneta (hoy Santiago Rodríguez) había 45 bohíos y otros tantos en Guayubín; en Monte Cristi había 22 y en Constanza vivía una sola familia que había llegado al lugar en 1849. Schomburghk no dijo cuántos habitantes tenía entonces la ciudad de Santo Domingo, pero la Comisión norteamericana

de Investigación de 1871 opinó que aunque un estimado hecho por la Iglesia católica los fijaba en 10 mil, “es cosa evidente para el observador cuidadoso que cuenta las calles y las casas que no puede haber más de 6 mil, si acaso los hay”; y si tenía 6 mil en 1871, en el 1856 no podía pasar de 4 mil si es que llegaban a tantos.

En poblaciones tan escasamente habitadas no podía haber comercios importantes ni aunque hubiera alguna gente rica, pero no burgueses porque la posesión de dinero no significa que el dueño sea un burgués. El burgués es el que percibe ganancia a través de plusvalía, y la plusvalía se obtiene sólo mediante la explotación de obreros asalariados. Por ejemplo, Buenaventura Báez era rico porque recibía beneficios de la venta de maderas finas, pero ése era un típico negocio precapitalista dado que la madera no era producida por nadie sino por la Naturaleza, y ésta no empleaba fuerza de trabajo ajena para hacer prosperar los bosques o para mantener los árboles sanos ni los que cortaban esos árboles eran asalariados de una industria sino campesinos pobres que trabajaban por ajuste y de ocasión.

XIII

Si Buenaventura Báez no era burgués ni propietario de tierras que le proporcionaran la “renta del suelo” y sin embargo era rico, ¿qué lugar ocupaba en las relaciones de producción?

En las relaciones de producción, ninguna, porque él no producía nada, pero en los cortes de madera empleaba algunos peones, muy pocos y no de manera permanente, y probablemente en sus tierras había unos cuantos campesinos que sembraban y cosechaban víveres, criaban gallinas y puercos; en pocas palabras, en la sociedad dominicana sucedía lo mismo que en la inglesa a pesar de que la nuestra no era moderna como la de Inglaterra, y si en ese país había también “estados intermedios y de transición” que oscurecían en todas partes las líneas divisorias de las clases, ¿qué podía esperarse de nuestra sociedad?

Sucedía, sin embargo, que la República Dominicana era un Estado organizado (desde luego, con muchas deficiencias; podemos decir que con más deficiencias que aciertos) según los principios generales del capitalismo pero sin el menor grado de desarrollo capitalista; por tanto su sociedad no era feudal ni esclavista y en consecuencia no hay manera de clasificarla en ninguno de los tipos de organización propios de esas sociedades. En suma, que a Buenaventura Báez no se le puede atribuir la condición de noble o de propietario de esclavos y como no podemos llamarlo burgués nos vemos en el caso de

atenernos a sus ideas y su manera de actuar para situarlo en el lugar que le correspondería en una sociedad capitalista con algún desarrollo, y ese lugar es el de la capa alta de la pequeña burguesía; pero en el caso de que tuviéramos que recurrir a su papel de negociante de maderas para reconocerle o rechazarle la categoría de pequeño burgués de la capa alta lo haríamos alegando que él no invertía capital para producir los árboles que le proporcionaban la madera; lo que hacía era pagar a unos cuantos peones cortadores de esos árboles, y repetimos, no los empleaba de manera permanente sino ocasional.

Lo que hacía él como negociante de maderas era diferente a lo que hacía a fines de siglo la Casa Jimenes en la Línea Noroeste; esta firma tenía toda una empresa de corte y acarreo (esto último usando las aguas del río Yaque) de campeche que vendía en Alemania donde una industria de tintas extraída de ese campeche, tintura que era usada por los fabricantes de telas para darles color a sus productos, y para suministrarles a sus compradores alemanes todo el campeche que necesitaban la empresa maderera tenía que trabajar de manera permanente y utilizando mucha fuerza de trabajo; ésa es la razón que nos ha llevado a decir que Juan Isidro Jimenes, el fundador y jefe de la Casa Jimenes, fue en realidad el único burgués dominicano del siglo XIX, y lo era a tal punto que cuando Ulises Heureaux planeó desviar el Yaque para que desembocara en un lugar apartado del puerto de Monte Cristi la Casa Jimenes decidió que tenía que construir un ferrocarril para llevar el campeche al puerto o echar del poder a Heureaux. Jimenes era un comerciante, pero un comerciante que estableció varias casas de comercio y montó sucursales fuera del país, en Haití y Francia; en cambio los comerciantes de ese siglo, y de manera especial los de los años de la primera República, no pasaban de ser pequeños burgueses, la gran mayoría de ellos de la capa baja, algunos de la mediana y muy pocos de la alta.

Buenaventura Báez era un típico pequeño burgués y quien lo dude que lea su testamento y la relación de sus bienes publicados por Rodríguez Demorizi en la obra que hemos citado en estos artículos. En la página 491 se leen afirmaciones como ésta: “A mi hermano Carlos le he prestado durante su destierro y cautiverio hasta la fecha de hoy, dos mil seiscientos ochenta y dos pesos... Las tierras que poseía el difunto Tomás Gómez en el lugar nombrado el Peñón me las traspasó en pago de ciento cincuenta pesos que me debía... Mi acreencia contra Abraham Jesurum y la sucesión de su padre asciende a ciento dos mil setecientos cincuenta y cinco pesos veinticinco centavos, según cuenta cortada el treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos ochenta...”; y en la página 493 dice que año y medio antes, “en fecha veinte y ocho de junio de mil ochocientos setenta y ocho convine en rebajarle a Abraham Jesurum la suma que me debe reduciéndola a ochenta mil pesos...”; y a seguidas de esa anotación, en la que se da una reducción de 22 mil 755 pesos, con veinticinco centavos adicionales, como si se tratara de algo sin valor hallamos esta otra: “Según recibo de un hombre de San Cristóbal me debe doscientos, el recibo aparecerá en mis papeles”, y añade, pero esta vez en números: “200”.

El desorden y la ausencia de método para llevar las cuentas de sus bienes y acreencias que se advierte en las casi nueve páginas del libro de Rodríguez Demorizi dedicadas al testamento y a la lista de los haberes de Báez se afirman como demostraciones objetivas de su condición pequeño burguesa en párrafos como estos:

“Tengo otros documentos y obligaciones que por falta de tiempo no puedo buscar pero que se encontrarán en mis papeles... Las propiedades de Santo Domingo están en un apunte aparte lo mismo que la lista de las escrituras de las casas compradas en esta villa de Mayagüez”. Mayagüez es una ciudad

de Puerto Rico en cuya jurisdicción estaba el lugar llamado Hormiguero, donde murió Báez el 4 de marzo de 1884.

Sin embargo, debemos aclarar que su naturaleza mental pequeño burguesa no aparecía, o no daba señales de existencia cuando Báez actuaba en política. Sin duda la política, que era su vocación, no tenía nada que ver con la inclinación de servirle a su pueblo sino con la de ejercer el poder por el poder mismo, no por lo que pudiera hacerse con él en beneficio de la familia dominicana; y si Antonio María Segovia, cónsul, es decir, representante del rey de España en el país, le explicó que al llevarlo a Santo Domingo, adonde llegarían Segovia y él el 2 de septiembre de 1856, lo hacía para instalarlo poco después en la Presidencia de la República, Buenaventura Báez no titubearía, y no titubeó.

XIV

El retorno de Buenaventura Báez al país provocó una explosión de entusiasmo en las filas de la alta y la mediana pequeña burguesía que estaban compuestas por comerciantes y dueños de negocios asociados al comercio, pero esas capas arrastraban con su entusiasmo a la baja, la baja pobre y la baja muy pobre.

Lo que acabamos de decir describe lo que sentía la población de la Capital, una ciudad tan pequeña que no pasaba de 800 viviendas entre las cuales había algunas construcciones valiosas, como las que levantaron los gobernadores españoles en el primer siglo de la Conquista, y muchas de madera o de barro mezclado con cal, unas u otras techadas de yaguas y de pencas de palma; de estas últimas las había en la calle el Conde, algunas a poca distancia de lo que hoy es el parque Colón.

La ola de entusiasmo levantada por la llegada de Báez debía tener su origen en la alta y la mediana pequeña burguesía porque seguramente sus miembros estaban enterados del papel que en ese episodio de la política nacional jugaban los gobiernos de España, Francia e Inglaterra, y su participación anunciaba para los comerciantes dominicanos buenos negocios y por tanto tiempos mejores.

Era evidente que en 1856 estaba rota la alianza de hateros y pequeños burgueses que se había producido para alcanzar la independencia del país. Esa alianza no fue planeada, discutida

o pactada nunca, sino que fue llevándose a cabo en la práctica en cada uno de los lugares donde había un hatero partidario de la independencia. En el caso de Pedro Santana, quien habló con él, a petición de su hermano Ramón, fue Juan Pablo Duarte, que había ido al Seibo en busca de Ramón, no de Pedro.

Los resultados de la alianza hatera-pequeño burguesa y sus vaivenes se aprecian claramente en las relaciones de Pedro Santana y Buenaventura Báez, que fueron estrechas y políticamente provechosas para Santana cuando Báez, desde la presidencia del Congreso, apoyaba las ideas favorables a Santana, como la de darle el título honorífico de Libertador y la de proponerlo para el cargo de presidente de la República para suceder al general Manuel Jimenes; pero también fueron provechosas para Báez como puede verse en el hecho de que fue Santana quien lo llevó a la jefatura del Estado en 1849, posición en la que duró hasta febrero de 1853, cuando se hizo cargo de ella otra vez el general Santana. En julio de ese año se inició la ruptura de las relaciones políticas que mantenían Santana y Báez lo que provocaría la separación de los seguidores de ambos, pero además conduciría a enfrentamientos entre los líderes y los que les seguían, y lo que era más definitorio, tendría como efecto inevitable el cambio de actitud de personas importantes por la influencia que ejercían en ciertos sectores de la población.

Ejemplos de lo que acabamos de decir fueron los casos de Félix María Delmonte, Manuel María Gautier, Nicolás Ureña, el poeta y padre de Salomé Ureña, y José María González, que habían sido antibaecistas militantes en el primer Gobierno de Báez y en 1856 apoyaban a Báez con toda su alma. El 8 de octubre de ese año Báez asumió la presidencia por segunda vez y el primero en felicitarlo fue Manuel María Gautier, quien encabezaba una manifestación popular que recorría las

calles de la Capital y al llegar frente a la casa de Báez se dirigió a él diciéndole entre otras cosas: “De hoy más la nación confía su porvenir en vuestras manos, y cree en sus esperanzas porque ve a su cabeza el hombre que es la significación verdadera del nuevo orden que ha de asegurar el triunfo de la libertad, de la justicia y del progreso”, palabras que expresaban las ilusiones propias de un pequeño burgués embriagado de ideología burguesa.

En el párrafo final de su discurso, Gautier aludió a Santana con la palabra monstruo cuando dijo “que las generaciones que se levantan os bendigan, y que la República Dominicana levante orgullosa su frente abatida por un monstruo, y ocupe, a favor de vuestra ilustre dirección, un lugar distinguido entre las naciones civilizadas”, frase a la cual respondió el Pueblo con aclamaciones de júbilo y vivas a Báez sin que esos que le gritaban su apoyo se dieran cuenta de que estaban celebrando la ruptura de la alianza de hateros y pequeños burgueses que iba a ser renovada nueve meses después pero no mediante un acuerdo entre Santana y Báez sino entre la alta y la mediana pequeña burguesía del Cibao y Santana.

La manifestación que festejaba en las calles de la Capital el retorno de Báez al poder se dirigió a la casa del arzobispo don Tomás de Portes e Infante, a quien Santana había acusado hacía tres años y medio, ante el Congreso reunido para el caso, nada menos que de anarquista, y allí habló el poeta Nicolás Ureña y dijo: “El déspota que ultrajó vuestras canas... se halla hoy en nulidad completa”; pero además deseosa de oír más agravios a Santana y más loas a Báez, la multitud, en la que participaban los pequeños burgueses de la Capital de todas las capas, se dirigió a la casa de los cónsules de Francia, de Inglaterra y de España para darles las gracias, a través de diferentes oradores, por el papel que ellos habían desempeñado en la vuelta de Báez al país y a la jefatura del Gobierno, y

el que habló frente a la casa de Antonio María Segovia fue José María González. He aquí una parte mínima de lo que González le dijo a Segovia: “El triunfo es vuestro” (por haber sido) “el agente de la restauración dominicana”, a lo que Segovia respondió: “...yo no hago más que cumplir con la voluntad e instrucciones de su Majestad (la reina de España) trabajando por el Pueblo dominicano”.

Y ésa era la verdad. La alianza hatera-pequeño burguesa fue rota por la intervención de poderes extranjeros en la política nacional. Báez lo sabía y por eso confió con los ojos cerrados en lo que le ofrecía el cónsul español Antonio María Segovia cuando fue a Santomas a decirle que había llegado la hora de su retorno a la República Dominicana.

XV

Los hechos que hemos historiado nos dicen que cuando tomó el poder por segunda vez, el 8 de octubre de 1856, Buena-ventura Báez era ya el líder de la pequeña burguesía incluyendo en ella todas las capas, pero en ese momento las que representaban la voz cantante en apoyo de Báez, eran la alta y la mediana a las cuales representaban los oradores que pronunciaron ese día discursos ante Báez, el arzobispo Portes e Infante y los cónsules de Francia, Inglaterra y España, y los hechos indican que las dos capas altas, adueñadas del poder en la persona de Báez, no se conformaban con la mera ruptura de la alianza hatera-pequeño burguesa sino que habían resuelto declararle la guerra a Santana, e inmediatamente después de la toma de posesión de la presidencia de la República por parte de Báez se presentó en el Senado Consultor una moción en la que se declaraba nulo el acuerdo por el cual se le había donado a Pedro Santana la isla Saona, y por otra parte Báez dispuso que se le retirara el grado de General de los Ejércitos nacionales.

Debe haber habido algo más que esas medidas porque en un periódico que dirigió el poeta José Joaquín Pérez [*El Nacional*, números 3 y 6 de enero y febrero de 1874] se publicaron noticias que nunca fueron desmentidas, y según ellas Báez despachó un emisario para que informara a Santana de “el grado de exaltación (antisantanista) a que ha llegado el pueblo de

la Capital” y le pidiera a nombre suyo [*de Báez*] que se fuera del país “para cuyo efecto podía aprovechar una goleta que por sus órdenes hallaría fondeada en el Soco”.

Según el autor de la publicación, Santana ocupaba un pequeño bohío, y “allí en un aposentito de sórdido aspecto, alumbrado por una vela de sebo, acostado en su lecho, enfermo, abatido y solo se halla [*Santana*]”, a quien el emisario le transmite el mensaje que le enviaba Báez. Santana respondió diciendo que él “no es un hombre que ha de salir escondido de su país; que si así lo hiciese sería reconocerse culpable. Dígale al presidente Báez que estoy dispuesto a presentarme en la barra de los tribunales para responder de mi conducta y someterme a su juicio”.

El 13 de diciembre [*de 1856, esto es apenas dos meses después de haber tomado posesión de la Presidencia*] Báez se presentó en el Senado para pedir que se levantara la acusación que se le había hecho a Santana [*de la cual no hay constancia, nota de JB*], y según afirma *El Eco del Pueblo*, edición del 21 de diciembre de 1856, su solicitud fue rechazada en medio de “acaloradas discusiones entre los miembros del Senado”, a lo que Báez respondió diciendo que él se preparaba para ir en busca de Santana y “haberle traído vivo o muerto a la Capital; pero si abrigaba estos sentimientos a la idea de un hombre dispuesto a resistir, no puedo ensañarme contra un hombre rendido que se humilla...”, y a seguidas rompió en llanto y “sus lágrimas ... le ahogaron la voz”.

Báez podía llorar cuanto quisiera, que sus lágrimas no ablandaban a los altos y medianos pequeños burgueses que pedían mano dura contra Santana. Dos meses después de haberse dado la escena del llanto, esto es, el 10 de febrero de 1857, el Consejo de Secretarios de Estado resolvió que se arrestara a Santana y que la misión de hacerlo preso se le encomendara al general José María Cabral.

La oposición militante de la alta y la mediana pequeña burguesía a Santana no obedecía a razones ideológicas. Hay que tomar en cuenta que si en el año 1984 el grueso de los miembros de esas capas carece de conciencia política a pesar de que son económicamente más fuertes que hace 125 años y por esa razón han adquirido conocimientos que no tenían en 1850 y tantos, en aquellos tiempos no podían adoptar una posición determinada por causas ideológicas. El odio a Santana no se explica por los fusilamientos o las medidas de fuerza que el jefe hatero ordenaba; su origen está en las torpes medidas en materia monetaria que se aplicaron en los gobiernos encabezados por él; pero por razones de la misma índole, la alta y la mediana pequeña burguesía se volverían contra Báez en ese año 1857 y se aliarían de nuevo a los hateros que para esa época estaban en la última etapa de su vida en tanto grupo con autoridad social y política, y como es imposible conseguir que los hechos se repitan porque ellos se dan siempre en el seno del tiempo y el tiempo se mueve perpetuamente, lo que provoca cambios constantes, esa última alianza hatera-pequeño burguesa no sería similar a la primera ni en sus causas ni en sus efectos; la de 1843 sirvió para alcanzar la independencia nacional y la de 1856 conduciría directamente a lo contrario: a la anexión a España, lo que equivale a decir la pérdida de la independencia.

El día de esa renovación de la alianza hatera-pequeño burguesa no estaba lejos cuando el general Cabral llegó al hato El Prado al mando de un escuadrón de caballería, y ante esa fuerza Santana no podía hacer resistencia. El autor anónimo de los artículos de *El Nacional* dice que cuando se supo que Santana estaba del otro lado del río Ozama y que venía en condición de preso, “unos hombres sin fe ni ley, acompañados de esa escoria que en todas partes hállase siempre lista a ejecutar actos semejantes, se juntan para acompañar con sus

groseros insultos al que sus servicios a la patria y la posición que había ocupado recomiendan al respeto público ... Le hacen tragar el amargo cáliz hasta la última gota y a los insultos más groseros agregan las mofas más obscenas”.

Lo que está descrito con la palabra escoria son las capas más bajas de la pequeña burguesía, pero al hablar de “unos hombres sin fe ni ley” el autor sin duda aludía a los que dirigían a los restantes. Esos debían ser de las capas altas, y debido a los acontecimientos que iban a transformar completamente el panorama político del país cuatro meses después del arresto de Santana, las capas altas de la pequeña burguesía pasarían a aliarse con Santana, es decir, con lo que quedaba de los hateros, pero las tres capas bajas escogerían como su caudillo a Buenaventura Báez y lo tendrían por tal durante muchos años.

XVI

Para explicar cuáles fueron las causas de que la alta pequeña burguesía se aliara de nuevo a Pedro Santana debemos adelantarnos a los hechos diciendo que la forma como actuó Buenaventura Báez a poco de retornar al poder el 8 de octubre de 1856 provocó un movimiento revolucionario que iba a comenzar en Santiago a los nueve meses del ejercicio del Gobierno baecista, y para llevar ese movimiento a la victoria sus iniciadores, toda la alta pequeña burguesía comercial del Cibao, pero especialmente de Santiago, necesitaba tener de su lado a un general experimentado. Ese general era Pedro Santana, que como dijimos en el artículo anterior había sido hecho preso en su hato de El Prado y llevado a la Capital de donde salió expulsado hacia la isla francesa de Martinica.

La razón de ser de la vida, para los altos pequeños burgueses de nuestro país —y naturalmente, también para los medianos y los bajos, pero ahora estamos refiriéndonos sólo a los altos— era ganar dinero, hacerse ricos, y la mayoría de ellos pretendía conseguir ese fin ejerciendo la actividad comercial. El comercio más fuerte era el de Santiago, centro económico de la región productora de tabaco, y el tabaco era a mediados del siglo pasado el producto de exportación más importante del país y por tal razón era el que dejaba más beneficios en manos de los que servían de mediadores entre los que lo sembraban y cosechaban y los comerciantes de Europa que lo compraban.

¿Quiénes eran esos mediadores?

Los comerciantes de Santiago; pero no los medianos ni los pequeños sino los más fuertes, que lo eran de manera relativa a la época, pues comparados con un comerciante mediano de la actualidad eran unos pobres. Valiéndose de empleados o de representantes suyos, los comerciantes de Santiago compraban tabaco en La Vega, Cotuí, en los campos del propio Santiago y quizá hasta en algunos de la zona de Puerto Plata; lo compraban a precios convenidos en pesos nacionales hechos en papel (por eso el Pueblo les puso el nombre de papeletas) pero lo vendían a los agentes de los compradores de Europa y esos agentes pagaban el tabaco en monedas de oro y de plata españolas, francesas, mejicanas, peruanas, inglesas, y a veces hasta venezolanas, y con esas monedas de metal compraban las mercancías que traían de Europa y de Estados Unidos, pues esas mercancías no podían pagarse con pesos dominicanos de papel debido a que tales pesos no tenían ningún respaldo ni en oro ni en plata y en consecuencia carecían totalmente de valor fuera de nuestro país.

El peso tenía valor aquí, y por tal razón los comerciantes lo usaban en la adquisición de mercancías del país, que podían ser serones de los que se usaban para empacar el tabaco que se enviaba a Puerto Plata, donde era embarcado a Francia o a Alemania, o podía ser frijoles, como se llamaba entonces el grano que ahora tiene el nombre de habichuela, pero además los pesos se dedicaban a pagar las recuas de mulas y caballos que llevaban a Santiago el tabaco de Cotuí, La Vega, Moca, o las que lo llevaban a Puerto Plata y volvían de ese lugar cargadas con mercancías importadas.

Como puede deducir el lector de lo que hemos dicho, el comerciante de Santiago que compraba y vendía tabaco trajinaba con varias monedas y en consecuencia ganaba dinero tanto con el peso dominicano como con las piezas de oro y

plata de otros países, pero las que tenían para él más valor eran las extranjeras porque con éstas funcionaba el negocio que le producía más beneficios: la importación de mercancías procedentes de Europa y de Norteamérica; y el Gobierno de Buenaventura Báez, ése que había quedado establecido el 8 de octubre de 1856 gracias a la intervención de los cónsules de España, Inglaterra y Francia y al apoyo político de la alta y la mediana pequeña burguesía nacional, maniobró en los meses de marzo y abril de 1857 de tal manera que se adueñó de las monedas metálicas que traían al país los representantes y agentes de los compradores europeos de tabaco y a cambio de esas monedas de oro y plata les dejó a los comerciantes de Santiago una montaña de papeletas nacionales compuesta por 18 millones de pesos, una cantidad muchas veces más grande de la que la economía del país podía absorber.

Esos 18 millones de pesos inundaron el país; estaban en todas partes y cuantos más eran menos valía cada uno porque el dinero en el sistema capitalista, aunque fuera tan escasamente desarrollado como el de la República Dominicana que para esa época estaba en plena etapa precapitalista, sigue la misma ley que todas las mercancías, que encarecen si son escasas y se abaratan cuando abundan. El peso dominicano fue perdiendo valor a medida que su cantidad iba aumentando, y perder valor significaba que para comprar una moneda de plata o de oro había que disponer de más pesos en la misma proporción en que estos eran más abundantes.

El abaratamiento del peso se tradujo en pérdidas severas para la alta pequeña burguesía comercial de Santiago, y con ella decaían también la mediana y la baja, pero sin duda la primera, esto es, la alta, sufría pérdidas más grandes, pues si entre los que la formaban no había nadie que fuera un gran capitalista ni cosa parecida aunque nuestros ideólogos marxistas digan lo contrario, las pérdidas podían ser muy fuertes

y sobre todo muy importantes para aquellos que quedaban arruinados, y los que se arruinaron con la enorme emisión de pesos hecha por el Gobierno de Báez fueron muchos; es más, fueron prácticamente todos los comerciantes compradores de tabaco que eran al mismo tiempo los importadores de mercancías extranjeras y los que les vendían a los cosecheros de tabaco las azadas, los cuchillos, las ollas, la loza, los cubiertos, las telas para la ropa de la familia, adultos y niños, que en esos tiempos era hecha en la casa; y los peines, los alfileres, las agujas, los botones y los broches, las tijeras y el jabón: en fin, los comerciantes importadores surtían a su clientela de todo lo que ésta necesitaba, y lo que se necesitaba no se hacía en el país salvo lo que producía la tierra y el ganado vacuno, porcino, caprino, ovino, el caballar y las aves domésticas.

XVII

Al poner en circulación una cantidad tan grande de pesos de papel como eran para aquellos tiempos 18 millones, el Gobierno de Báez arruinó a los comerciantes compradores de tabaco, la mayor parte de los cuales, repetimos, estaban establecidos en Santiago.

¿Cómo se explica lo que acabamos de decir?

Para que el lector comprenda lo que diremos en respuesta a esa pregunta se requiere que esté enterado de algunos aspectos de la vida económica del país, como por ejemplo el siguiente:

Cuando el Gobierno pone a circular una cantidad de dinero lo hace a través del Banco Central; éste distribuye esa cantidad por medio de los bancos comerciales los cuales usan la parte que reciben haciéndoles préstamos a sus clientes y se la pagan al Banco Central con un recargo o beneficio que el Banco Central dedica a cubrir sus gastos y hasta a la construcción de edificios donde aloja sus oficinas; pero a mediados del siglo pasado, y aun muchos años después, en el país no había bancos ni Central ni comerciales a través de los cuales pudieran ponerse en circulación 18 millones de pesos, y lo que el Gobierno de Báez hizo fue distribuir las papeletas entre baecistas conocidos para que compraran tabaco pagándolo a mejores precios que los que ofrecían los comerciantes, dato que el lector debe tomar en cuenta si quiere comprender a

qué se debió que Buenaventura Báez pasara de líder de la alta pequeña burguesía que había sido hasta mediados de 1857 a líder de las capas más bajas de ese sector social y al mismo tiempo hombre odiado por los que antes lo seguían ciegamente, esto es, los altos pequeños burgueses.

Con la enorme cantidad de papeletas que ponían en circulación los jefes baecistas (de los cuales ellos se quedaban con la parte del león), sucedía lo que pasa con todo lo que abunda: que se abarata. Antes de la emisión de los 18 millones un peso de metal, fuera de plata o fuera oro, valía de 60 a 70 pesos dominicanos de papel, y poco tiempo después estaba valiendo de 3 mil a 4 mil. Como era lógico que sucediera, en la misma proporción en que bajaba el valor del peso de papel subía el precio del tabaco. Esa alza provocó una gran abundancia de dinero en los campos donde se cosechaba tabaco, pero tuvo efectos ruinosos para los comerciantes que hasta el año anterior (1856) habían sido no sólo los compradores habituales de esa hoja sino además los que surtían a los cosecheros de tabaco de todos los artículos que usaban tanto en las actividades agrícolas como en su vida diaria.

La venta de esos artículos se hacía generalmente a crédito para ser pagados cuando se cogiera el tabaco, y ese año (1857) el campesino que le debía 100 pesos a un comerciante le pagó la deuda con 100 pesos que valían cincuenta o sesenta veces menos, lo que venía a ser una razón más para que el campesino productor de tabaco (generalmente un bajo pequeño burgués que sembraba, cosechaba y transportaba su fruto del campo a la ciudad él mismo o a lo sumo contando con el trabajo de su familia) se convirtiera en un baecista apasionado debido a que gracias a Báez había pagado su deuda con un comerciante de Santiago usando para ello una mínima parte del dinero que había recibido por su tabaco.

La adhesión a Buenaventura Báez de las capas más bajas de la pequeña burguesía jugó un papel extraordinario en la historia dominicana porque de esas capas salieron hombres de acción que se convirtieron en líderes locales y regionales sobre cuya autoridad descansó durante largos años el prestigio del baecismo, pero del baecismo y de su arrastre popular hablaremos después porque ahora debemos referirnos a otras consecuencias de la emisión de 18 millones de pesos que había hecho el Gobierno de Báez.

Hasta ese año 1857 los comerciantes compradores de tabaco lo adquirían pagándolo con pesos nacionales pero se lo vendían a los agentes de las firmas europeas a cambio de monedas extranjeras metálicas, y como en la ocasión a que estamos refiriéndonos los comerciantes no compraron el tabaco, porque los partidarios de Báez que habían recibido el dinero en papeletas lo pagaban a precios más altos, no pudieron conseguir monedas de plata o de oro, y sucedía que si no tenían ese tipo de moneda no había posibilidad de comprar mercancías europeas o norteamericanas porque el peso dominicano no tenía ningún valor para los comerciantes de Europa y de Estados Unidos debido a que carecía de respaldo de cualquier tipo. El que compró las monedas fue Báez según afirma José Gabriel García, quien explica que con la manipulación de la moneda nacional Báez se benefició en 50 mil pesos oro “que se hizo dar en compensación de los perjuicios inferidos a sus propiedades”.

Por su parte, Marrero Aristy dice que “el tabaco y el dinero de oro y plata habían ido a parar a manos del Presidente (Báez) y de su grupo, en razón de que los millones de papeletas impresas sin control fueron repartidos entre el Mandatario y sus amigos...”, pero no se queda ahí sino que agrega algo muy importante cuando explica que también se beneficiaron “del despojo incluso los cónsules de España, Inglaterra y Francia, quienes adquirieron fácilmente fuertes cantidades de ese dinero”.

Esos cónsules fueron los que rescataron a Buenaventura Báez del destierro y lo trajeron al país; ellos fueron quienes lo llevaron al poder el 8 de octubre del año anterior, de manera que si la historia que cuenta Marrero Aristy fue inventada por los enemigos políticos de Báez, la mentira se basó en un supuesto valedero: la relación de esos cónsules con Báez debía ser muy estrecha. Por otra parte, de Báez podían decirse cosas parecidas a ese episodio porque sus tratos con países más poderosos que la República Dominicana fueron propios de un pequeño burgués, aunque fuera de la capa más alta de la pequeña burguesía. Por ejemplo, Antonio María Segovia, el cónsul español que influyó tanto en la política nacional a través de Báez fue nombrado por éste nada menos que representante diplomático del Estado dominicano ante el Gobierno español, designación que ese gobierno rechazó por insólita y absurda.

XVIII

A mediados del siglo pasado la población del Cibao estaba concentrada en tres sitios: Santiago, La Vega y Cotuí, y los nombres de las personas que formaban la alta pequeña burguesía de esos lugares se hallan al pie de una carta enviada el 16 de julio de 1850 al cónsul inglés Robert Schomburgk, que ha sido publicada en la obra de Roberto Marte *Estadísticas y Documentos Históricas sobre Santo Domingo* (1805-1890), Ediciones Museo Nacional de Historia y Geografía, Santo Domingo, 1984, páginas 179 y siguientes.

Los firmantes de esa carta son 207, de ellos 64 comerciantes; 60 hacendados; 39 funcionarios del Gobierno nacional y de los municipios, y 32 militares; 5 sacerdotes, 2 abogados, 1 notario y 3 secretarios de Comandantes, 2 de ellos en Cotuí, único lugar donde no figura un solo comerciante pero el número de hacendados es más alto que el de Santiago y sólo uno menos que en La Vega, detalle que nos lleva a pensar que la población de Cotuí era predominantemente rural y por esa razón no había allí una casa de comercio de importancia ni siquiera mediana, pues de haberla habido su dueño figuraría entre los firmantes de la carta a Schomburgk.

Las 207 personas que aparecen como autores de esa carta eran sin duda las más importantes del Cibao. El que encabeza las firmas es Teodoro Stanley Heneken, ese compatriota de Schomburgk que se hizo dominicano y llegó a ser una figura

política nacional cuya posición en el año 1850 era la de miembro del Congreso, en el cual representaba a la provincia de Santiago. El hecho de ser Heneken el primer firmante de la carta da pie para pensar que la idea de escribirla y la recolección de firmas que la autorizan fueron obra suya, pues ese documento tenía un propósito de carácter político, que era agradecerles a los gobiernos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, pero en primer lugar al de Inglaterra, las gestiones que habían hecho para conseguir que Haití abandonara la pretensión de someter a su dominio de nuevo el territorio y la población de la República Dominicana; y entre los firmantes aparecen tres miembros de la conocida familia Espaillat, entre ellos Santiago Espaillat, que en las elecciones de 1849 había sido elegido presidente de la República y se negó a aceptar el cargo, negativa que era una consecuencia de la lucha de clases entre pequeña burguesía y hateros que ya en esa época estaba personalizada en Buenaventura Báez como representante de la alta pequeña burguesía y Pedro Santana como jefe de los hateros.

Para la alta pequeña burguesía de aquellos tiempos una posición oficial era el equivalente de un título de nobleza, y eso explica que el segundo de los firmantes de la carta fuera Benigno Filomeno de Rojas, cuyo nombre aparece sin el Filomeno pero con el de, y la función de *Primer Magistrado Municipal*; Santiago Espaillat firmó como *Ultimo Presidente del Congreso Dominicano*, pero sus familiares, entre los cuales están Ulises Francisco Espaillat y J. Espaillat, figuran como comerciantes, profesión que el primero de los dos iba a cambiar en los próximos años por la del servicio público en la cual alcanzó el puesto de Presidente de la República.

El panorama de lo que era el país desde el punto de vista de su composición social en el año 1857 no debía ser muy diferente de lo que había sido en 1850, y la lista de nombres

que hallamos en la carta al cónsul Robert Schomburgk ilumina la entraña misma de esa composición social al acompañar cada nombre del oficio, la profesión o las funciones de los firmantes de ese documento. Sin duda los que de ellos tenían una base económica estable, o más o menos estable, eran los comerciantes, si bien no es posible decir cuáles de ellos habían llegado a ser ricos y cuáles no pasaban de ser acomodados; y aunque se piense otra cosa, los clasificados de hacendados no debían ser necesariamente personas de buena base económica. Un hacendado era en aquellos años un dueño de tierras, pero las tierras tenían entonces poco valor porque lo que valoriza las tierras es su capacidad de producir alimentos para una población dada; si esa población es mayoritariamente campesina, como lo era entonces, ella misma produce lo que consume de manera que el monto de ese consumo no entra en los canales comerciales, y sin duda muchos de los que figuran en la carta al cónsul Schomburgk como hacendados se hallaban en el número de los que producían su comida en sus tierras.

En cuanto a los funcionarios, ¿cuáles podían ser los ingresos de un *Miembro de la Asamblea Provincial* o de un *Secretario de la Municipalidad de Santiago* o de un *Secretario del Primer Magistrado Municipal?*; y los funcionarios municipales y nacionales de los tres centros económicos y sociales del Cibao eran 39, casi la quinta parte de todos los firmantes. A ellos seguían los militares, que eran 32; pero en la lista los hay que a la vez que militares figuran como hacendados; tal es el caso de F. Javier Jimenes, *Hacendado y teniente coronel del Ejército Dominicano*, y los de Rafael Tovar y J. de Lora, ambos *hacendados y coroneles de la Guardia Cívica*, los tres de Santiago.

No puede caber duda de que los que resultaron directamente perjudicados por la acción del Gobierno de Báez cuando puso en circulación 18 millones de pesos papel o papeletas

fueron los comerciantes, sobre todo los de Santiago, porque entre ellos estaban los compradores y exportadores de tabaco. Esos comerciantes eran miembros de la capa más alta de la pequeña burguesía cibaëña, y lo eran también los llamados hacendados que producían tabaco usando cierta cantidad de fuerza de trabajo ajena, pero no lo fueron los pequeños productores, los que sembraban y cosechaban ellos mismos o usando la fuerza de trabajo de sus hijos y mujeres; al contrario, estos resultaron beneficiados por las medidas del Gobierno como lo hemos explicado en artículos anteriores de esta parte.

Hasta el momento en que Báez intervino en el negocio del tabaco como lo hizo en el 1857, las diferentes capas de la pequeña burguesía que cosechaban tabaco o negociaban con él se comportaban como una sola corriente social y política, pero a partir de ese momento la capa superior y la mediana, compuesta por los comerciantes, los hacendados y los militares de alta graduación, iban a enfrentar a Báez, y las capas baja, baja pobre y baja muy pobre iban a lanzarse a la lucha contra ella en apoyo de Báez.

XIX

Ahora pasamos a analizar un episodio de la lucha de clases que es el más importante de la historia nacional después de la abolición de la esclavitud, hecho ocurrido treinticinco años antes. Ese episodio es el levantamiento armado de las provincias del Cibao que comienza con la publicación del manifiesto del 7 de julio de 1857 firmado por los representantes de las capas alta y media de la pequeña burguesía de Santiago, La Vega, Cotuí, Puerto Plata y hasta algunos de la Línea Noroeste. En ese manifiesto quedaron expuestas de manera transparente, aunque no categórica, la posición clasista de esas capas de la pequeña burguesía de la región norte del país y su ilusión de creer que la República Dominicana podía ser, y debía ser gobernada como lo eran Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

En el manifiesto se hacían juicios políticos en los que salían condenados todos los gobiernos anteriores y el segundo de Báez, esto es, el de 1856; juicios que quedaron dichos así: Los habitantes de las provincias del Cibao, en el transcurso de catorce años, han dado pruebas de lo que puede soportar un pueblo. Una serie de administraciones [*palabra que en el lenguaje político norteamericano quiere decir gobiernos, lo que es un indicio de la influencia que el ejemplo de Estados Unidos ejercía sobre los autores del manifiesto*, nota de JB] tiranas y rapaces, han caído sobre la República y la han despojado de

cuanto puede formar la dicha de una Nación, sin que ellos [*los habitantes de las provincias del Cibao*, nota de JB] hayan pedido cuenta.

En ese párrafo se les decía tiranos y ladrones (rapaces) a todos los gobiernos que había tenido el país, de manera que el juicio se les aplicaba a los dos de Buenaventura Báez pero también a los dos de Pedro Santana, hecho que es más evidente en el caso de Santana porque en el párrafo siguiente se hace referencia a las constituciones de 1844 y 1854 que habían sido promulgadas por los dos gobiernos de Santana y se repite, aludiendo a los dos, lo de tiranos y ladrones, alusión que fue expresada de esta manera:

Las constituciones de los años 44 y 54 no han sido más que los báculos del despotismo y la rapiña.

El lector debe tener presente las alusiones a los gobiernos de Santana porque poco tiempo después de haberse publicado el manifiesto en que se hacían, sus autores le pedían a Santana que volviera al país a dirigir el movimiento armado que ellos habían organizado, y con la vuelta de Santana quedaría constituida de nuevo la alianza hatera-pequeño burguesa que las capas altas de la pequeña burguesía habían roto cuando pasaron a ser baecistas.

El manifiesto del 7 de julio terminaba diciendo que el Gobierno, “temeroso de la naciente riqueza de una provincia, la ha empobrecido”, y agregaba:

Estas razones, unidas al derecho que les asiste, han determinado a los pueblos de la República a sacudir el yugo del Gobierno del señor Báez [*primera vez que se menciona ese nombre en el manifiesto*, nota de JB] al cual desconocen desde ahora, y se declaran gobernados (hasta que un Congreso, elegido por voto directo, constituya nuevos poderes, paréntesis de los autores del manifiesto) por un Gobierno provisional, con su asiento en la ciudad de Santiago de los Caballeros.

Los firmantes de ese documento, el primero en la historia de la República que se escribía para justificar un levantamiento armado o guerra civil, fueron los personajes de la alta pequeña burguesía de Santiago. Doce de ellos figuran en la obra de Marrero Aristy, y de los doce, ocho habían suscrito la carta que se dirigió al cónsul Schomburgk siete años antes. El más destacado en el manifiesto es el general José Desiderio Valverde cuyo nombre es el primero en la lista de los firmantes; en la carta a Schomburgk ocupaba el lugar vigésimo octavo (28); su nombre se limita a José y en vez de general era sólo “Ayudante del Ejército Dominicano”. El segundo sitio lo ocupaba en 1850 el nombre de Benigno de Rojas que en 1857 se había ampliado con el de Filomeno situado entre el Benigno y el apellido.

Refiriéndose al manifiesto del 7 de julio, Marrero Aristy afirma, sin decir en qué fuente obtuvo el dato, que “los firmantes notables eran cerca de doscientos” y en el artículo anterior nosotros dijimos que los que firmaron la carta al Cónsul de Inglaterra habían sido 207. Como en los siete años que pasaron de 1850 a 1857 no hubo cambios apreciables en la vida del país, debemos pensar que tampoco los hubo en las filas de los que formaban la pequeña burguesía en sus capas más altas, de manera que lo más lógico sería que la mayoría de los firmantes de la carta a Schomburgk fuera invitada a firmar el manifiesto del 7 de julio y a participar en la reunión que se celebró ese día en horas de la noche en la fortaleza de Santiago de los Caballeros.

En esa reunión se declaró iniciado el levantamiento contra el Gobierno de Báez y se eligió un gobierno presidido por el general José Desiderio Valverde a quien acompañaría en condición de vicepresidente Benigno Filomeno de Rojas. Para los cargos ministeriales fueron escogidos Ulises Francisco Espaillat, Pedro Francisco Bonó, Julián Belisario Curiel,

el padre Dionisio de Moya, Sebastián Valverde y el general José María López, entre otros.

Ese gobierno tenía un programa: el derrocamiento del que presidía Buenaventura Báez; pero como verá el lector si sigue leyendo los capítulos futuros de esta serie, el Gobierno de la alta y la mediana pequeña burguesía cibaëña no tenía la capacidad que hacía falta para jugar el papel que le atribuyeron sus electores.

XX

Si no es expuesta desde el punto de vista de la lucha de clases se hace muy difícil comprender la historia de un país como la República Dominicana. Por ejemplo, ¿cómo pueden explicarse de manera satisfactoria los cambios que se dieron en las relaciones de Santana con Báez, dos caudillos que de amigos muy cercanos pasaron a ser enemigos mortales, si no se sabe que el primero representaba a una parte de la sociedad y el segundo a otra y que en un momento dado las dos pasaron a ser antagónicas? ¿Y quién puede comprender el papel de Báez en la vida política nacional si no se da cuenta de que de amigo predilecto de Santana pasó a ser el caudillo de las dos capas altas de la pequeña burguesía que se convirtieron en antisantanistas porque no podían pensar como Santana debido a que sus ideas estaban determinadas por la influencia que ejercían sobre el comercio dominicano las burguesías de Europa y Estados Unidos que eran a la vez compradoras del tabaco que se producía en el Cibao y vendedoras de las mercancías extranjeras que consumía nuestro pueblo.

La figura histórica de Buenaventura Báez es complicada, difícil de estudiar si no se analiza viéndola a la luz de la lucha de clases que se llevaba a cabo en el país, no entre burgueses y obreros, dos clases inexistentes en la República Dominicana a mediados del siglo pasado, sino entre hateros y pequeños burgueses y a partir de un momento dado —precisamente

desde mediados de 1857 en adelante— también entre capas diferentes de la pequeña burguesía; pero además sucedió que Báez, que cuando pasó a ser el caudillo de la totalidad de la pequeña burguesía acabó siendo la contraparte de Santana, y por tanto el jefe de la oposición a los hateros, abandonó también a las capas altas de esa pequeña burguesía en 1857 para encabezar a las capas bajas en la lucha de éstas contra las capas alta y mediana, y en esa condición seguiría siendo antihatero, esto es, antisantanista.

Lo dicho en los dos párrafos anteriores no es bastante para iluminar las oscuridades de nuestra historia que abundaron tanto en los primeros treinta años de la República; y no lo es porque a lo dicho hay que agregar la cambiante personalidad de Báez, que en vez de tomar parte en la Guerra de la Restauración, en la que participó de manera decisiva la base social del baecismo, compuesta ya en esos años por las capas bajas de la pequeña burguesía, se mantuvo aislado pero sin renunciar al grado de Mariscal de Campo de los Ejércitos Reales que le había sido dado por Isabel II, reina de España, y en 1869 acordó con el presidente norteamericano Ulysses S. Grant el arrendamiento de la península de Samaná, con todo y Bahía, y la anexión del país a Estado Unidos.

Esos vaivenes de la personalidad de Buenaventura Báez tienen explicación si los vemos a la luz del análisis clasista del Pueblo dominicano; del Pueblo de esos años, porque el de hoy no es el mismo de 1857 y de 1869. Báez no era una persona socialmente definida. Era rico, pero no burgués. El burgués es aquél que percibe plusvalía producida por obreros asalariados que trabajan para él. Báez era rico porque heredó de su padre dinero que éste había ganado vendiendo en Inglaterra madera de los bosques dominicanos, y la madera de nuestros bosques no era producida por trabajo asalariado; la producía la Naturaleza. Báez heredó también de su

padre algunas propiedades madereras adquiridas en los llamados terrenos comuneros, que eran una modalidad de propiedad colectiva absolutamente precapitalista.

La República Dominicana era un país supuestamente capitalista porque como Estado había sido organizado según modelo norteamericano y sus leyes era copiadas de la legislación francesa, pero la realidad social no respondía ni a la organización estatal de Estados Unidos ni a las leyes de Francia. Para responder a la una y a las otras era necesario que la sociedad fuera capitalista, esto es, compuesta de burgueses, obreros y terratenientes productores de bienes de consumo, y en el país no se conocía nada de eso. Debido a que la sociedad dominicana era una cosa en la forma y otra en la realidad, el Pueblo se comportaba en todos los aspectos de manera inestable, y nada lo demuestra mejor que la vida política de Buenaventura Báez, que fue presidente de la República cinco veces llevado al poder y sacado de él por los embates de fuerzas sociales que se movían hoy hacia un lado y mañana hacia otro a efectos de la permanente inestabilidad que lo sacudía, y con el Pueblo a todas las capas sociales que lo componían.

Buenaventura Báez era rico, pero en la correspondencia suya publicada por Emilio Rodríguez Demorizi hallamos declaraciones como éstas, las dos en cartas escritas a su hermano Damián, una fechada en Santomas el 21 de abril de 1856 y la otra en el mismo lugar el 1º de mayo siguiente:

Primera: “Nos estamos arruinando: o tenemos que intentar algo para volver a nuestra patria, o es preciso que nos pongamos a trabajar”.

Segunda: “Si no puedo organizar algo contra Santana en poco tiempo, me retiro a trabajar donde y como Dios me lo depare”.

Báez era rico, pero el 30 de julio de 1857, es decir a los veintidós días de haber sido formado el Gobierno de Santiago,

el Senado Consultor “acabó de poner en (sus) manos”, dice Marrero Aristy, “el último centavo disponible en monedas”, —esto es, dinero metálico extranjero, no billetes (papeletas) dominicanos sin valor—, 50 mil pesos fuertes, “en compensación por los daños que hubiesen sufrido sus propiedades”, según explica Marrero Aristy, “bajo el régimen de Santana”, pero según indica la lógica, por los daños que esas propiedades sufrieron a partir del momento en que comenzó la revolución de los comerciantes cibaeños.

Báez era rico, pero además de lo dicho, Marrero Aristy cuenta que “pocos días antes de la rendición [*a las fuerzas revolucionarias del Gobierno de Santiago*, nota de JB], Báez despachó varios buques del Gobierno a Curazao cargados con las riquezas y los muebles suyos y de sus amigos”. “Estos barcos”, añade Marrero Aristy, “estaban hipotecados o vendidos. También estaban afectadas las rentas de la Aduana de Santo Domingo o las de cualquiera otra que los prestamistas exigieran en cambio”.

Báez era rico, pero su riqueza no tenía estabilidad como no la tenía él ni la tenía la sociedad dominicana.

XXI

La revolución de la alta y la mediana pequeña burguesía cibaëña contra el segundo Gobierno de Buenaventura Báez declarada el 7 de julio de 1857 comenzó a ser puesta en ejecución al amanecer del día 8, pero tardaría en expandirse y avanzar porque en aquellos años el medio de comunicación más rápido que se conocía en el país era el caballo, y la marcha del caballo dependía de las condiciones del camino, pues si tenía que desplazarse bajo lluvia y con los ríos crecidos tardaba el doble o el triple del tiempo, en recorrer una distancia dada, digamos, la que había entre Santiago y Cotuí o entre Santiago y la capital del país.

Para jefe militar del movimiento el Gobierno revolucionario escogió al general Juan Luis Franco Bidó, cuyo nombre aparece entre los firmantes de la carta enviada a Schomburgk sin el Juan y con la calificación de Ultimo Gobernador de la Provincia de Santiago, no con ningún grado militar, pero no debe causar asombro que pasara de las funciones de gobernador a las de general porque en los siete años transcurridos de 1850 a 1857 hubo que enfrentar la invasión de Soulouque y a Juan Luis Franco Bidó le tocó actuar en esa situación, primero, organizando la defensa de la frontera y después participando en la batalla de Sabana Larga; pero además el generalato era para él un don familiar dado que en la lista de los firmantes de la carta dirigida a Schomburgk figura su hermano

Román Franco Bidó con los títulos de General de Brigada y último Ministro de la Guerra.

La noticia de que la revolución estaba en marcha tardaría algunas horas en ser conocida en todo el Cibao pero tardaría varios días en llegar a la Capital, lugar donde debía darse la batalla contra Báez; y la Capital, que no era un centro tabaquero ni para sembrar tabaco ni para comercializarlo, ni iba a responderle a la revolución como le habían respondido Santiago, La Vega, Moca, Cotuí, Puerto Plata y la Línea Noroeste, y no sólo porque la manipulación llevada a cabo con el dinero destinado a la compra del tabaco no se hizo ni podía hacerse en la Capital sino además porque las capas alta y mediana de la pequeña burguesía de Santo Domingo eran numéricamente muy débiles comparadas con las del Cibao y en cambio las capas bajas eran relativamente fuertes por la cantidad de sus miembros, y esas capas bajas formaban la base del baecismo en la Capital como lo dejó demostrado la recepción que le hicieron a su caudillo cuando regresó del exilio en que lo había mantenido Santana.

Este es el momento apropiado para advertirle al lector que en las crisis políticas que se presentan en forma de luchas de clases, como estaba sucediendo en la República Dominicana en ese mes de julio de 1857, hay individuos que se pasan de su clase a la opuesta o de su capa a una más alta o más baja, hecho que se ve de manera nítida cuando esa lucha se lleva a cabo entre dos clases antagónicas como sucede en las del proletariado contra la burguesía. Como se sabe, Marx, Engels, Lenín, Trotski, Stalin, Mao Tse-Tung, Ho Chi-Minh, Fidel Castro, no fueron proletarios, y los grandes líderes obreros norteamericanos que apoyaron los bombardeos de Viet Nam como lo hicieron los de la American Federation of Labor y el Congress of Industrial Organizations no eran burgueses. En el caso de la pequeña burguesía no es raro hallar personas que

pasan de una capa baja a otra superior y sin embargo en el orden social y político siguen pensando y actuando como lo hacían antes y a menudo se encuentran miembros de las capas altas que piensan y actúan como si provinieran de las más bajas.

En los sucesos de 1857 las capas bajas de la pequeña burguesía —la baja propiamente dicha, la baja pobre y la muy pobre— iban a demostrar su apoyo a Báez, pero en el conjunto de los miembros de esas capas se destacarían algunos nombres que habían pasado a ser figuras nacionales debido a su comportamiento en las luchas por la independencia nacional a pesar de lo cual en 1857 apoyaron a Báez porque seguían pensando y actuando en el orden político como miembros de las capas bajas. Esos eran, en verdad, hombres de excepción, y la prueba de que lo eran está en un aspecto de sus vidas que los señala como tales: cuando su actividad guerrera se salía de los marcos de la política netamente dominicana para convertirse en lucha por la defensa de la soberanía nacional —guerras contra Haití o contra España— esas figuras de excepción dejaban de ser baecistas para ser patriotas. Tales fueron los casos de Francisco del Rosario Sánchez y José Antonio Salcedo.

El manifiesto del 7 de julio dio paso al movimiento armado que comenzaría el día 8. Hasta ese momento, Buenaventura Báez había sido el caudillo de todas las capas de la pequeña burguesía dominicana, pero a medida que ese movimiento iba extendiéndose se disolvía la unidad pequeño burguesa, cuya característica en el aspecto político era el antisantanismo y la adhesión a Báez, y los campos quedaban deslindados así: la alta y la mediana pequeña burguesía se enrolaban en las filas de la revolución y las capas bajas se proclamaban baecistas. En las provincias productoras de tabaco, lugares dirigidos económicamente por los comerciantes que compraban esa hoja, el Gobierno de Santiago dominó rápidamente

la situación, pero la Capital quedó bajo el control de las fuerzas baecistas comandadas por Sánchez y por Cabral.

Pasaron los días y el país se hallaba paralizado, dirigido en el norte por un gobierno y por otro en el sur, mientras en Santomas, adonde se había trasladado desde Martinica, Pedro Santana seguía el curso de los acontecimientos y los siguió hasta avanzado el mes de agosto, cuando llegó a un acuerdo con el Gobierno de Santiago en virtud del cual el caudillo hatero debía trasladarse a Santiago para recibir allí el mando de las fuerzas militares de la revolución. Con ese acuerdo se reanudaba la alianza hatera-pequeño burguesa que había sido rota por Santana cuando se lanzó a perseguir a los jefes trinitarios. Para llevar a cabo la reanudación de la alianza, los altos y medianos pequeños burgueses cibaños que firmaron el manifiesto del 7 de julio y eligieron el Gobierno provisional de Santiago tuvieron que olvidar que apenas mes y medio antes habían lanzado en su manifiesto acusaciones muy fuertes contra los gobiernos que presidió el jefe hatero y las olvidaron como si nunca las hubieran escrito y autorizado con sus firmas.

XXII

La renovada alianza de hateros y pequeños burgueses estaba llamada a desembocar nada menos que en la anexión a España, lo que equivale a decir en la desaparición del Estado dominicano, hecho que no fue capaz de prever ninguno de los que propusieron o aceptaron que se gestionara la vuelta de Santana al país para que participara en la guerra contra Báez.

Esa incapacidad para prever los hechos derivados de sus actuaciones era propia de la condición de clase de los que habían encabezado el levantamiento armado del 8 de julio de 1857 porque una de las características de la pequeña burguesía es su creencia ciega en que los hechos se producen tal como ella los ha pensado y no de otra manera, actitud mental cuyo origen está en la ausencia del hábito de ver con anticipación el proceso de desarrollo de esos hechos.

El pequeño burgués típico no forma ese hábito porque el campo de sus preocupaciones es corto, tan corto como el de sus intereses; de ahí que para él sea natural, y por tanto lógico, que las cosas sucedan como le convienen a él y no de otra manera. Por eso entre los que dirigieron el movimiento armado del 8 de julio ninguno tomó en cuenta que Santana era un hombre de armas, el más conocido del país en ese terreno; ninguno advirtió que debido a que Santana era el más notorio de los enemigos políticos de Báez y la más conocida de sus víctimas, en una guerra que se hacía contra el Gobierno de

Báez debían participar muchos santanistas que tan pronto como Santana pisara tierra dominicana acudirían a ponerse bajo sus órdenes, lo que acarrearía como consecuencia natural el pase de Santana a la jefatura militar del movimiento.

La pequeña burguesía vive en el orden político de ilusiones que transforman en su cerebro la realidad, y la ilusión que habían provocado los acontecimientos de julio de 1857 no podía escapar a esa inclinación. Para esa pequeña burguesía la República Dominicana era un Estado en cuya base había una sociedad similar a la de Francia o Estados Unidos. Lo que le impedía ser igual a esos países era sus malos gobiernos y las Constituciones que habían promulgado esos gobiernos; en consecuencia, la situación del país cambiaría tan pronto se le diera una Constitución diferente. Por eso el Gobierno de Santiago convocó a elecciones de diputados constituyentes para que redactaran la Constitución llamada de Moca porque los que la redactaron escogieron esa ciudad para llevar a cabo la discusión de sus artículos.

Cuando se eligieron los diputados constituyentes, el día 7 de diciembre de 1857, Santana estaba en el país porque había llegado a Santiago el 25 de agosto, y cuando iniciaron sus reuniones en Moca ya estaba operando militarmente como jefe del llamado Ejército del Sudoeste, cargo para el cual lo había nombrado el Gobierno de Santiago, que además de designarlo para ese mando le había dado 500 pesos a fin de que los dedicara a resolverles problemas económicos a algunos de los oficiales que el mismo Santana nombraría.

Los redactores de la Constitución de Moca, que trabajaron en la elaboración de esa carta magna fantasmal —y la calificamos así porque apenas fue aplicada de manera muy superficial en algunos lugares del Cibao— eligieron presidente de la Asamblea Constituyente a Benigno Filomeno de Rojas y empezaron sus trabajos discutiendo si la República debía

quedar organizada como Estado unitario a la manera como lo había sido hasta entonces o si debía serlo como Estado federal según el modelo norteamericano.

El hecho de que se pensara, siquiera, aunque fuera una propuesta derrotada, que el pequeño y atrasado país llamado República Dominicana podía ser organizado como Estado federal da la medida de las ilusiones que se hacían algunos de los diputados elegidos para redactar la Constitución de 1858. Esa idea no prosperó, pero sí tuvo el apoyo de la mayoría la de trasladar la capital del país a Santiago de los Caballeros. Santo Domingo había sido la capital de la isla desde los años finales del siglo XV; más aún, fue la primera de las capitales del Nuevo Mundo y siguió siéndolo después que la isla quedó dividida en colonia española al este y colonia de Francia al oeste; siguió siendo la capital del territorio haitiano de habla castellana después de 1822 porque ahí residía el gobernador general que nombraba el Gobierno de Haití; y por fin, quedó consagrada como capital de la República, casi de manera automática, cuando se llevó a cabo la separación de Haití, porque fue en Santo Domingo donde se declaró la independencia del país y donde se establecieron todos los gobiernos dominicanos, desde la Junta Central Gubernativa que empezó a actuar el 1º de marzo de 1844 hasta el que presidía Buenaventura Báez, ése que los hombres del 8 de julio pretendían sacar del poder a cañonazos.

Si no se conoce la naturaleza mental de la pequeña burguesía, que mantiene en el terreno político ilusiones semejantes a las que alimenta en el orden económico porque vive soñando con todo lo que hará cuando conquiste la riqueza, resulta difícil aceptar que los diputados constituyentes de 1858 estamparan en su carta magna un artículo en que se afirmaba que la capital del país era Santiago de los Caballeros sin detenerse a pensar que para los dominicanos que tenían idea de lo

que era una ciudad, la más importante de su tierra era Santo Domingo. A tal punto eso era así que aunque estaban enfrentados en una guerra, los santanistas y los baecistas pensaban igual en ese caso.

La guerra se había reducido al sitio de la Capital, un sitio que se mantenía a cañonazos lo mismo de parte de las fuerzas sitiadoras, cuyo jefe era Santana, que de parte de las sitiadas. Para los meses de marzo y abril la situación de los sitiados era desesperada. No había manera de atender a los enfermos, que llegaron a ser muchos porque se presentaron enfermedades epidémicas agravadas por la falta de alimentos y medicinas; pero desde el punto de vista político lo realmente serio que se daba en esa guerra era el hecho de que la autoridad de Báez se desintegraba con el paso de los días y al mismo tiempo se fortalecía la autoridad de Santana, no la del Gobierno de Santiago; y eso equivalía a decir que a la vez que las capas más bajas de la pequeña burguesía, base social del baecismo, iban perdiendo fuerza política, en la alianza hatera-pequeño burguesa la perdían la alta y mediana pequeña burguesía cibañas y la ganaban los hateros personificados por su caudillo Pedro Santana, el hombre que aparecía a los ojos del país como el vencedor en la primera guerra civil dominicana.

XXIII

Los ataques de las tropas de Santana a la ciudad de Santo Domingo y las respuestas de los soldados baecistas a esos ataques estaban a la orden del día cuando el 26 de marzo (1858) se presentó en las aguas del Placer de los Estudios un barco de guerra norteamericano, el crucero *Colorado*, que llegaba comandado por el comodoro John Mac Intosh con la misión de proteger la vida de los ciudadanos de Estados Unidos que vivían en la Capital. No se sabe quiénes eran esos afortunados yanquis; ningún historiador ha dicho cuántos eran ni cuáles eran sus nombres, y el autor de estos artículos se pregunta si en la ciudad de Santo Domingo o en cualquier otro lugar del país estaban viviendo algunos norteamericanos, ¿por qué Estados Unidos no tenía un representante consular ante el Gobierno dominicano?

Desde hacía algunos años los cónsules acreditados eran el de Inglaterra, el de Francia y el de España nada más, y en ese año 1858 el de Francia era Monsieur Saint André, cuyo nombre de pila no figura en las historias dominicanas*; el de Inglaterra era Martin Temple Hood y el de España Juan del Castillo** y

* Su nombre de pila era Dourant, según J. G. García, *Compendio de la historia de Santo Domingo*, t.I. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1979, p.240.

** José Gabriel García, *op. cit.*, t. II, p. 312, da el apellido Cantillo y Jovellanos. Debe ser una errata de la citada edición.

Jovellanos, que había sustituido al renombrado Antonio María Segovia. Hasta donde se sepa, ninguno de los tres hizo gestiones para que se acordara un armisticio o siquiera un cese de fuego temporal entre los combatientes, pero sí se da a entender que en los tres consulados o por lo menos en uno de ellos se asilaron personas conocidas por su antibaecismo, y más concretamente por su santanismo, y sin embargo ni Inglaterra ni Francia ni España enviaron buques de guerra para proteger sus consulados y a las personas que se habían refugiado en ellos.

Todo indica que el papel del comodoro Mac Intosh no era el de proteger a nadie sino el de negociar un acuerdo de paz entre los combatientes para lo cual solicitó y obtuvo la colaboración de los cónsules mencionados. El plan acordado por los tres representantes consulares europeos y el jefe naval norteamericano fue simple: había que ofrecerles garantías de toda especie tanto a Báez como a Santana. A Báez se le darían seguridades de que los santanistas respetarían las vidas de él y sus partidarios; pero además de que podría llevarse consigo los bienes transportables que quisiera sacar del país; pero sucedía que aunque era el jefe militar vencedor, Santana representaba al Gobierno de Santiago y ese gobierno no quería aceptar que Báez saliera del territorio nacional con los 50 mil pesos fuertes en moneda metálica extranjera que le había donado el Senado Consultor; pero además Báez dilataba las negociaciones porque quería sacar del país esos 50 mil pesos y para conseguirlo necesitaba ganar tiempo.

El tiempo que ganaba dilatando la hora del acuerdo lo aprovechaba Báez en despachar para Curazao los barcos de guerra del Gobierno dominicano (el Gobierno que él encabezaba, no el de Santiago, y los barcos eran aquellos a que se refería Marrero Aristy, que iban cargados con muebles y

otros bienes del mismo Báez y de partidarios suyos). (De paso debemos aclarar que los barcos de que se habla eran goletas, es decir, embarcaciones de madera que navegaban a vela, empujadas por el viento, no por máquinas).

Al cabo de unas dos semanas de negociaciones se llegó a un acuerdo que pondría fin a la vez al Gobierno de Báez y a la guerra, y como la guerra estaba circunscrita ya al sitio de la ciudad de Santo Domingo, con el acuerdo terminaba también el sitio, lo que equivale a decir que terminaban los sufrimientos de los habitantes, que para esos días no podían ser más de 4 mil si es que llegaban a esa cantidad.

Sin decir cuál fue la fuente donde recogió esos datos Marrero Aristy afirma que el acuerdo de rendición de Báez se hizo a base de los siguientes puntos:

1: Báez abandonaría la presidencia y saldría del país inmediatamente después de firmar la convención. 2: El General Santana en su nombre y en nombre del Gobierno, garantizaba que no se perseguiría ni molestaría a las personas que hubieren luchado por sostener el Gobierno caído. 3: Se le concedería pasaporte a todo oficial que deseara abandonar el país después de entregada la plaza de Santo Domingo. 4: Santana prometía mantener el orden dentro y fuera de la ciudad desde el momento en que ésta le fuera entregada. 5: La plaza de Santo Domingo con sus fuertes y arsenales, los buques de la armada con sus armamentos y pertrechos, y todo cuanto perteneciera al Estado, serían entregados a Santana el 13 de junio a las 6 de la mañana.

Para terminar esa parte del capítulo XII de su libro *La República Dominicana* (Editora del Caribe, C. por A., Ciudad Trujillo, R.D., pp. 409-19), Marrero Aristy dice:

“El 13 de junio el mandatario depuesto embarcó en el buque *27 de Febrero* rumbo a Curazao, cuando casi todos sus amigos y oficiales, así como familias íntegras, que temían a las

represalias de Santana, le habían precedido desde fines de mayo. Santana ocupó una ciudad casi muerta”.

Ese día, pues, a los ojos de los que no sabían juzgar los hechos históricos como resultados de las luchas entre clases o capas sociales diferentes, había sido el de la victoria de los comerciantes del Cibao encarnados en los de Santiago; una victoria alcanzada sobre los seguidores de Buenaventura Báez que eran gentes de la peor ralea porque así era como se juzgaba a los que formaban las capas más bajas de la pequeña burguesía.

Para muchos dominicanos la victoria había sido de los hombres cultos de Santiago, los que tenían ideas liberales: así lo creía, por ejemplo, el propio Ramón Marrero Aristy que tituló *Tendencias liberales frustradas* el capítulo de su libro en que se ocupó de ese episodio de nuestra historia.

Pero la verdad es distinta. Quienes ganaron esa primera guerra civil dominicana fueron los hateros encabezados por su caudillo Pedro Santana; y a tal punto fue así que Báez abandonó el país el 13 de junio y el 27 de julio Santana desconocía el Gobierno de Santiago y formaba en la Capital uno presidido por él e inmediatamente despachó hacia Santiago bajo el mando del general Abad Alfau el ejército con que había tomado la Capital mes y medio antes.

Ese ejército hizo su marcha hacia Santiago sin que se le disparara un tiro, al contrario, por donde pasaba se le unían los soldados que estaban de puesto en los pueblos del camino, y mientras tanto, de todo el país le llegaban a Santana listas de adhesiones.

XXIV

¿Qué explicación hay para el hecho de que las tropas del Gobierno de Santiago se unieran al ejército vencedor que marchaba hacia la capital del Cibao para tomarla y someterla a la autoridad del Gobierno presidido por Santana?

Lo explica la condición social de esas tropas, que podían estar bajo el mando de altos y medianos pequeños burgueses y en algunos casos de hacendados, es decir, hateros (hateros que ya no eran dueños de esclavos, circunstancia que mantenía a su clase en proceso de liquidación que a la altura de 1858 iba muy avanzado), pero necesariamente la tropa debía ser de origen bajo pequeño burgués, sobre todo de las capas pobre y muy pobre, porque los medianos y los altos pequeños burgueses y los hateros no eran tantos como para que con ellos pudiera organizarse siquiera un batallón. Debido a la condición social de los que las formaban, esas tropas debían sentirse vinculadas políticamente a Báez, no a los jefes del Gobierno de Santiago, y aunque Santana era el enemigo jurado de Báez, en el momento en que el ejército santanista marchaba hacia Santiago lo hacía para combatir a otros enemigos de Báez, pero se trataba de enemigos mejor conocidos de ellos que Santana y sus hombres, y en horas de crisis las masas actúan, llevadas por el instinto, con sorprendente capacidad táctica, de manera especial con la capacidad de saber que entre dos enemigos deben escoger el que representa para ellas

menos amenaza de persecución, explotación o peligro, que en el caso concreto de ese episodio de la historia nacional era Santana, no los jefes económicos, sociales y militares cibaños a quienes esas masas conocían bien.

Cuando el ejército santanista llegó a Santiago ya no quedaba en pie nada del Gobierno que habían formado los comerciantes y los hacendados cibaños. Todos los miembros de ese gobierno se fueron de Santiago y los principales de ellos, como José Desiderio Valverde, Benigno Filomeno de Rojas, Ulises Francisco Espaillat, Domingo Mallol, Daniel Pichardo y Pedro Francisco Bonó habían salido del país, lo que en pocas palabras significaba que todo el andamiaje político montado por la alta y la mediana pequeña burguesía comercial del Cibao se vino abajo, y como la base legal de ese andamiaje era la Constitución de Moca —la de 1858—, y la de 1854 no había sido repuesta, el país se quedó sin más ley fundamental que la voluntad del grupo hatero que estaba encarnada en su caudillo, el general Pedro Santana.

Las masas formadas por las capas más bajas de la pequeña burguesía tuvieron que someterse a las autoridades hateras, pero lo hicieron sin rendirse incondicionalmente; sin dejar de ser baecista.

Al terminar el mes de agosto de 1859 sonaron numerosos disparos en la Capital. En ese momento Santana se hallaba en su hato de El Prado, en las cercanías de El Seibo, y la autoridad superior había quedado a cargo del Vice presidente Abad Alfau. Alfau ordenó la prisión de los antisantanistas conocidos, a la cabeza de los cuales figuraba Francisco del Rosario Sánchez, y los sacó del país en condición de desterrados; pero una semana después el coronel Matías Vargas, baecista apasionado, que había conseguido evadir la persecución que se le hacía para desterrarlo, asaltó y tomó Azua con algunos seguidores, fusiló al comandante de Armas de la población y

mandó un mensaje a Báez pidiéndole que volviera al país a encabezar el movimiento armado que él había iniciado.

Matías Vargas cayó preso en Haina después de haberse perdido durante meses en los montes que abundaban en aquellos tiempos, y por fin fue fusilado, y con él un hermano y un amigo; en Barahona fueron detenidos varios baecistas a quienes se les envió a la Capital en una goleta que los presos tomaron por asalto a la altura de Palmar de Ocoa y se llevaron consigo a los hombres que los escoltaban y además las armas de sus escoltas. Por su parte, Báez viajaba de Europa a Curazao y también a Nueva York mientras en el país Santana y sus ministros se veían y no se deseaban porque se hallaban en una situación que no ofrecía salidas.

Económicamente, el panorama era muy malo; en el orden político el baecismo se mantenía inquieto y amenazador y al mismo tiempo se temía una invasión haitiana organizada por el Gobierno de Geffrard, el sucesor del que había encabezado Soulouque. Para el pequeño grupo hatero que rodeaba a Santana no había opción: o se le entregaba el poder a Báez o se llamaba a un poder superior a hacerse cargo del país. Se decidió que había que hacer lo último y a fines de abril de 1860 se le envió un mensaje al Gobierno español en el que se le hacía saber que la República Dominicana solicitaba pasar a ser parte del reino de España.

Desde luego, que un paso tan grave no podía darse en público sino en el secreto más hermético, y de buenas a primeras sucedió algo que alarmó al Gobierno hatero: el general Domingo Ramírez, jefe militar de las fronteras del Sur, acompañado de otros generales y con apoyo del Gobierno haitiano, encabezó un levantamiento contra Santana que se hizo llevando por delante la bandera de Haití. La revuelta se extendió como fuego en un pinar por Las Matas de Farfán, Neiba y El Cercado, lo que demostraba que contaba con el

apoyo de los pobladores de esos lugares, y si lo tuvo se explica porque era un movimiento baecista.

Cuando se produjo ese movimiento, que habla por sí solo mejor que un libro de la incoherencia con que actúa la pequeña burguesía, sobre todo sus capas más bajas, Santana se hallaba en El Prado y tan pronto se enteró de lo que había pasado se dirigió a la Capital, tomó las medidas indispensables para ahogar el movimiento en su cuna y dirigió las operaciones desde San Juan, adonde se trasladó con tanta rapidez que estaba allí el 31 de mayo (1860). Poco más de un año después actuaría con la misma rapidez para enfrentar la expedición que encabezaron Sánchez y Cabral cuyo fin era iniciar una guerra patriótica contra la Anexión.

La Anexión se produjo y para combatirla volvieron a unificarse todas las capas de la pequeña burguesía dominicana; las altas, que acabaron fundando el Partido Azul, cuyo líder sería Gregorio Luperón, de origen bajo pequeño burgués muy pobre; y las capas bajas, que siguieron siendo baecistas y como baecistas tomaron parte en la Guerra de la Restauración a pesar de que su caudillo había aceptado, y mantuvo hasta después de terminada esa guerra, el rango de Mariscal de Campo de los Ejércitos españoles.

Todavía más: Esas capas no les dieron apoyo a Luperón y a Cabral cuando encabezaron la lucha contra la Anexión del país a Estados Unidos negociada entre Báez y el presidente Grant. Ellas no eran dominicanas; eran baecistas porque Báez las favoreció al poner en práctica las medidas con que en 1857 perjudicó a la pequeña burguesía comercial, demostración acabada de que entre las capas altas y las bajas de la pequeña burguesía se llevaba a cabo en esos años —y seguiría llevándose a cabo durante mucho tiempo— una lucha de clases tan feroz como si la llevaran a cabo dos clases antagónicas.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abad, José Ramón 569
Abbes García, Johnny 350
Alardo, Rafael 511
Alburquerque, Rafael 409, 600
Alcides 641
Alfau, Abad 690, 692
Anacaona 34
Arias, Desiderio 311, 489, 494,
496, 517-519, 521-523
Arroyo Riestra, José 198
Aybar, Armando 516

B

Báez Blyden, Damián 84
Báez, Buenaventura 84, 94, 185, 310,
341, 439, 480, 481, 503, 537,
538, 604, 624-629, 631, 632,
635, 636, 639, 641, 642, 645,
646, 647, 649-659, 661-666,
668-681, 683-686, 688-691,
693, 694
Báez, Mauricio 550
Báez, Ramón 503, 504, 519
Balaguer, Joaquín 11-13, 22, 28-31,
45-47, 49-51, 53, 54, 58-63,
65-67, 82-84, 89, 111, 112,
123, 146, 147, 357, 359, 360,
394, 404-406, 438, 443, 537,
539
Baquero, Luis Manuel 47, 48, 52,
58, 59, 63
Barbot 207

Barrabás 137
Batista, Fulgencio 17, 163, 224,
245, 247, 272, 558, 572
Bautista Vicini, Juan 570
Belisario, Julián 673
Bella, Ben 210
Benítez, Jaime 268, 274, 277
Benítez, Rector 281
Bennet, [William] Tappley 275
Benoit 207
Betancourt, Rómulo 14, 111, 119,
121, 134, 211, 351, 354
Bobadilla, Tomás 601, 602, 609,
615, 616
Bolívar 135, 184, 297
Bonaparte, Napoleón 444
Bonetti, Ernesto 511
Bonetti, Luis 509, 510, 513
Bonilla Atilés 352
Bonilla Aybar, Rafael (Bonillita) 223
Bonnely, Rafael F. 18, 67, 82-84,
109, 111
Bonó, Pedro Francisco 673, 692
Bordas Valdés, José 496, 497, 500,
502, 503, 507, 518
Boyer, Jean Pierre 625
Brache, Elías 510, 512, 518, 519,
521, 526
Bresenzky, Arthur 279
Brossa, Jordi 52, 59
Bueno, Eugenio 477, 478
Buompensiere, Alfredo 505

C

- Caamaño, Francisco Alberto 275, 278, 363
 Cabral, José María 656, 657, 682, 694
 Cabrera, Natalio 505
 Cáceres, Ramón (Mon) 312, 314, 342, 482, 486, 487, 488, 490-493, 510, 529, 537
 Cantave, León 211, 212
 Caonabo 34
 Carlos [Báez] 649
 Carlos III 637
 Carter, Jimmy 359, 360
 Casimiro Castro 437
 Castaños Espaillat 454
 Castillo, Lico 519, 520
 Castillo, Ramón 10, 193
 Castro, Fidel 14, 17, 18, 50, 86, 151, 156, 160-163, 194, 196, 211, 245, 247, 271, 272, 301, 351, 353, 532, 680
 Castro, Pedro de 613
 César 150
 Chi-Minh, Ho 680
 Christopher, Henri 415
 Churchill, Winston 501
 Clarizio, Monseñor 146, 147
 Clifton, Chester Junior 353
 Colón [Cristóbal] 6, 367, 596
 Creso 457
 Cristo 140, 151
 Cristóbal 203

D

- Damián [Báez] 677
 De Regla Mota, Manuel 634
 Del Castillo y Jovellanos, Juan 687
 Delgado, Joaquín M. 515
 Delmonte, Félix María 641, 652
 Deschamps, Enrique 338, 511
 Dessalines 203
 Deustcher, Isaac 399
 Díaz, Porfirio 297
 Domínguez, Manuel María 372
 Duarte, Juan Pablo 184, 310, 341, 342, 527, 601, 603-605, 609, 628, 652

- Dubois, Jules 158, 292, 293
 Dugan, Ralph 197
 Duvalier, François 205-208, 210, 486
 Duvalier (Hijo) 486
 Duvergé, Antonio 624, 641

E

- Edison, Tomás 333
 Eisenhower, Dwight 186, 348, 353, 354
 Engels 321, 322, 331, 339, 394, 444, 473, 514, 643, 644, 680
 Escámez 338
 Espaillat (Familia) 668
 Espaillat, J. 668
 Espaillat, Santiago 627, 668
 Espaillat, Ulises Francisco 481, 668, 673, 692
 Estrella, José 328
 Estrella Ureña, Rafael 328, 329
 Evangelista y Calcaño, Vicente 519, 520

F

- Fandino 122
 Fantino (Padre) 154
 Feliú, Santiago Quírico 505, 519, 520
 Fernández Domínguez, Rafael 275, 363
 Fernández Mármol, Manuel 438
 Fernández Spencer, Antonio 84
 Fernando VII 297
 Feuerbach 445
 Fiallo, Fabio 325
 Fiallo, Viriato A. 26, 30, 38, 39, 48, 55, 58, 59, 64-66, 95, 96, 103, 106, 107, 119-123, 130, 132, 144, 151, 206, 223, 237, 245, 249
 Figueres, José 9, 111
 Ford 359
 Fortas, Abe 267, 270, 279, 281
 Franco Bidó, Juan Luis 679
 Franco Bidó, Román 680
 Franco, Francisco 339
 Franco, Manuel Trinidad 613
 Frías, Thelma 132, 133, 139

G

García, Chucho 516
 García, José Gabriel 665
 García, Láutico 133, 134, 137-141,
 153, 155, 258
 García Guerrero, Amado 231, 232,
 234
 Gautier, Manuel María 652, 653
 Geffrard 693
 Gilbert, Gregorio Urbano 189
 Goicochea, Chachá 519, 520
 Gómez Estrella, Francisco 32
 Gómez, Guillermo 436
 Gómez, Juan Vicente 486
 Gómez, Máximo 184
 Gómez, Tomás 649
 González 481
 González, José María 652, 654
 González Tamayo, Segundo A. 126
 Grant, Ulysses S. 676, 694
 Grau San Martín 28
 Grimaldi, Víctor 352, 353
 Gross, Leonard 269, 272
 Guillermina 532
 Guillermo, Cesáreo 481, 508
 Guzmán, Antonio 48, 358-361,
 438, 442, 443, 454
 Guzmán, Isidro 505

H

Hedge, Ralph 361
 Heneken, Teodoro Stanley 667, 668
 Henríquez, Enrique Apolinar 527,
 528
 Henríquez Ureña, Max 325
 Henríquez y Carvajal, Francisco 523
 Hernández, Gaspar 629
 Hernández, Nand 550
 Herrera, César A. 635
 Heureaux, Ulises 85, 313, 319, 342,
 415, 439, 481-487, 491, 495, 537,
 538, 648
 Hidalgo 629
 Hill (Cónsul) 52, 67, 79
 Hitler, Adolfo 159, 192, 206
 Hoepelman, Antonio 504-510, 516
 Hood, Martin Temple 687
 Horacio 500

Hostos, Eugenio María de 93, 135,
 385, 548, 549
 Hughes, Charles Evans 325
 Hull, Cordell 35
 Hunter, Rebel 277

I

Imbert Barrera, Antonio 275, 281,
 292, 293, 303, 304
 Isabel II 676
 Izaguirre 121, 122

J

Javits 173, 197
 Jenofonte 457, 458
 Jesurum, Abraham 649
 Jesús 22, 150
 Jimenes, Enrique 521
 Jimenes, F. Javier 669
 Jimenes, Juan Isidro 343, 484, 486,
 495, 496, 500, 510, 516, 517,
 520-523, 526, 648
 Jimenes, Manuel 618, 619, 622, 623,
 625, 626, 628, 631, 635, 652
 Jimenes Grullón, Juan Isidro 143
 Jiménez, Felucho 563
 Joffre 106
 Johnson, Lyndon B. 187, 267-269,
 273, 274, 298, 305, 347, 352,
 354, 357, 359, 363, 531
 Jorge Blanco [Salvador] 361
 José Manuel 521

K

Kasse-Acta, Rafael 409
 Kennedy, Edward 478
 Kennedy, John Fitzgerald 117, 119,
 122, 167, 170, 171, 185-187,
 191, 296, 350-354, 477, 478
 Kennedy, Robert 478
 Khomeini 595
 Knapp, H. S. 524, 526
 Krushev, Nikita 151, 194, 447
 Kunhardt, José Eugenio 325

L

Lenín 400, 473, 476, 644, 680
 Lewis, Oscar 464

- Lilís (Ver Heureaux, Ulises)
 López Arellano 305
 López, José María 674
 López Mateos 197, 225
 Lora, J. de 669
 Lora, José Vicente 505
 Loynaz, Carlos 515
 Loynaz, Diego 515
 Luciano, Lucky 532
 Lugo Lovatón, Cristian 505
 Luis XVI 297
 Lumiere 333
 Luperón, Gregorio 189, 310, 415,
 481, 495, 694
- M**
- Mac Intosh, John 687, 688
 Maceo 184
 Machado, Gerardo 17, 424, 550
 Machepa 94
 Madero 277, 297
 Magden, Lorenzo 505
 Majluta, Jacobo 437, 438
 Mallol, Domingo 692
 Mann 272, 279
 Marchena, Enrique 505
 Marrero Aristy, Ramón 673, 678,
 688-690
 Marte, Roberto 667
 Martí 126, 142, 184
 Martín, Abelardo 505
 Martin, John Bartlow 117-119,
 121, 122, 183, 185, 209, 211,
 244, 267-281, 303, 304
 Martin, Mary 117
 Martínez, Francisco Antonio 348,
 349
 Martínez, Julio César 134
 Martínez, Rufino 508
 Marty, Deogracia 505
 Marx, Carlos 140, 319, 330, 387, 388,
 390, 394, 397, 410, 411, 445, 447,
 449, 465-468, 473, 514, 538,
 621, 623, 643-645, 680
 Masterson, William E. 361
 Mayne, Alvin 197
 McAuliffe, Dennins 358, 360
 McDonald, Wesley 361
- Medina, Llauger 9
 Mejía, Antonio 505
 Mejía, Luis F. 517-519, 524, 525,
 527, 528
 Mella, Matías Ramón 184, 601,
 603-605
 Meriño 415, 481
 Mesa, Antonio 505
 Miolán, Ángel 9, 10, 17, 22-24, 28,
 31, 42, 48, 50, 51, 53, 54, 65, 85,
 96, 106, 107, 112, 113, 121, 127,
 139, 140, 161, 193, 258
 Mirabal, Hermanas 350
 Molina Ureña, Rafael 146, 274,
 276-279
 Monroe 362
 Montás, Abigaíl 516
 Monteagudo 338
 Montijo, Eugenia de 639
 Morales, Carlos 60, 485, 487, 488
 Morales Carrión, Arturo 52, 65, 67
 Morales Languasco 486, 487, 489
 Morelos 629
 Moscoso, Teodoro 170
 Moya, Dionisio de 674
 Muñoz Marín, Luis 98, 111
- N**
- Napoleón III 639
 Negro 48
 Nicias 458, 459, 461
 Nixon, Richard 355, 359, 393, 532
 Nouel, Adolfo 493, 494, 496, 519,
 526
 Nurino, Vicente 505
 Nutting, Wallace 361
- O**
- O'Reilly, [Tomás F.] Monseñor 147
 O'Donnell, Leopoldo 636-638
 Ornes, Horacio Julio 11
 Ortega y Gasset 34
- P**
- Pancho Villa 184
 Paulino, Anselmo 82, 552
 Pedro 403
 Peña Gómez, José Francisco 1

- Pepito [Bosch] 369, 371, 373
 Pérez, José Joaquín 655
 Pérez, Juan Isidro 605
 Pérez Jiménez, Marcos 292, 486, 558, 572
 Pérez Jorge, José María 505
 Pérez Perdomo 518
 Pérez Ricart, Carlos 438
 Pérez Sánchez, Monseñor 139, 144
 Persia, Rafael 509
 Petán [Trujillo] 48, 62
 Peynado, Francisco José 325, 525-527
 Peynado, Jacinto B. 84
 Pichardo, Bernardo 520
 Pichardo, Daniel 692
 Pichardo, Nicolás 89
 Pichardo, Noé 507
 Pierce, Franklin 637, 638
 Pilatos, Poncio 137
 Pina, Pedro Alejandrino 341, 605
 Pittaluga, Salvador 137, 139
 Porrello Reynoso, Pedro 453, 454
 Porro, Rafael 505
 Portes e Infante, Tomás de 602, 604, 629, 653, 655
 Puello (Hermanos) 615, 620
 Puello, Gabino 613
 Puello, José Joaquín 613, 614
- R**
- Ramírez, Domingo 693
 Ramírez, José Altagracia 505
 Ramírez, Secundino 505
 Rasputín 144
 Reagan, Ronald 355, 361, 363
 Reed 348-351
 Regla Mota, Manuel de 636, 640
 Reid Cabral, Donald 52, 285, 298, 299, 352
 Renta, Oscar de la 444
 Rey, Apolinar 506
 Reynoso, León 505
 Ricart, Octavio (Pirulí) 509, 510, 512, 513
 Roca, Esteban 603, 604, 611
 Rockefeller, Nelson Aldrich 477, 478
 Rockefeller, Winthrop 478
- Rodríguez 111
 Rodríguez Demorizi, Emilio 28, 637, 640, 649, 677,
 Rodríguez Echavarría, Pedro Rafael 49, 51, 53, 58, 60, 61, 66, 67, 89, 111
 Rodríguez Reyes 123, 124, 349
 Rojas, Benigno Filomeno de 668, 673, 684, 692
 Rojas Pinilla 558, 572
 Romero, José 505
 Roosevelt, Franklyn Delano 296
 Roosevelt, Teodoro 185
 Russell 523
- S**
- Saint André, Monsieur 687
 Salcedo, José Antonio (Pepillo) 619, 681
 Sanabia, Felipe 505
 Sánchez, Buenaventura 126
 Sánchez, Francisco del Rosario 184, 341, 601, 602, 605, 611, 681, 682, 692, 694
 Sánchez, María Trinidad 611, 612, 615, 620
 Sánchez Ramírez, Juan 394
 Santana, Pedro 185, 341, 480, 481, 503, 602-606, 609-613, 615-618, 620-622, 624-626, 628, 629, 631-635, 639, 641, 642, 652, 653, 655-659, 672, 675-678, 680, 682-684, 686-694
 Santana, Ramón 652
 Savonarola 159
 Schomburgk, Robert. H. 645, 667, 669, 673, 679
 Schweitzer, Robert L. 360, 361
 Segovia, Antonio María 633, 637, 638, 640, 642, 645, 650, 654, 666, 688
 Silfa, Nicolás 10, 193
 Silva, Rafael Marcial 144
 Somoza, Anastasio 12
 Sosías 458, 459
 Soto, Miguel 555
 Soulouque, Faustino 204, 415, 623, 624, 626, 633, 679, 693
 Spiro Agnew 394

Stalin 192, 297, 447, 680
Stevenson 117

T

Tanguy, Robert B. 360
Tavárez Justo, Manuel 18, 26, 28,
30, 42, 48, 87, 246, 247
Thomas C. Mann 269, 272
Thomas, Norman 191, 192, 194
Tito 447
Toussaint [Louverture] 203
Tovar, Rafael 669
Train, Harry D. 361
Troncoso de la Concha, Pipí 84
Trotsky, León 399-401, 403, 404,
680
Trujillo, Pedrito 65
Trujillo, Rafael Leonidas 5-7, 9-15,
17, 18, 21, 24, 25, 27, 29-31,
33-39, 41, 43, 45-47, 49, 55,
61-65, 69, 70, 72, 77, 79, 81-84,
89, 91, 93, 95, 105, 111, 112,
131-136, 143-147, 149, 161, 167,
171, 190, 193, 200, 203, 204, 206,
208, 217, 223, 227-229, 231-236,
238, 239, 242, 244-246, 256, 284,
286-289, 299, 304, 305, 314, 321,
322, 325, 326, 328-330, 332-338,
343, 348-354, 385, 392, 402,
423-426, 439, 486, 512, 516, 529,
537-539, 543, 545-547, 549-558,
560, 565, 567, 569, 570, 572-574,
576, 577, 583, 590, 601
Trujillo, Ramfis 13-15, 22, 29, 31,
45, 46, 48, 49, 51, 62, 105, 112,
131, 134, 195, 227, 229, 239,
260, 354
Truman, Harry S. 355
Tse-Tung, Mao 301, 447, 680

U

Ureña, Nicolás 652, 653
Ureña, Salomé 652

V

Valdez Sánchez, Humbertilio 48,
51, 89, 111
Valera (Padre) 629
Valverde, José Desiderio 673, 692
Valverde, Sebastián 674
Vargas, Matías 693
Vásquez, Horacio 327, 329, 484,
485, 487, 495, 497, 504, 511,
525-528, 537, 538
Velásquez, Federico 516, 527, 528
Vicini Burgos, Juan Bautista 323,
326, 526
Victoria, Alfredo (Jacagua) 492, 493
Victoria, Eladio (Quiquí) 493
Vidal, Luis Felipe 493, 496, 516
Virgen de La Altagracia 132
Volman, Sacha 114, 191-197, 199

W

Walters, James 361
Walters, Vernon 361
Washington, George 35, 36, 186,
445
Wessin y Wessin 270, 275, 292,
293, 305
Wheeler, Earle G. 353
Wilde, Oscar 206
Williams, C.F. 322
Williams, Newell 180, 183, 185
Wilson, Woodrow 503, 519, 520
Woss y Gil, Alejandro 485, 486

Z

Zarzuela 110
Zayas, Remigio (Cabo Mollo) 507-509

EL TOMO XI (HISTORIA DOMINICANA), DE LAS *OBRAS
COMPLETAS* DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE
JUNIO DE DOS MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
SERIGRAF, S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.